FRIEDRICH NIETZSCHE

Así habló Zaratustra

Edición de Luis A. Acosta

CATEDRA
LETRAS UNIVERSALES

A Friedrich Nietzsche se le conoce en primer lugar como filósofo. Pero el filósofo fue también un gran escritor y un poeta. Inicialmente, fue incluso menos discutido como escritor que como filósofo. Se le ha situado al nivel de los clásicos de Weimar —Goethe y Hölderlin—; Thomas Mann le alabó en términos muy positivos y Gottfried Benn le consideró un gran creador de lengua.

Así habló Zaratustra no es solo una obra filosófica emblemática del pensamiento de Nietzsche, sino también una de sus grandes creaciones literarias. En ella hace filosofía de una manera poco frecuente de filosofar. Hay en ella poemas que destacan no menos por su componente literario que por su componente filosófico. La idea del *superhombre*, el concepto del *eterno retorno* son contenidos constituyentes que forman parte de una expresión literaria, de la historia de los años de madurez de un profeta, de su manera de vivir, sus encuentros con la gente, sus discursos, su forma de pensar, su *filosofía*

ISBN 978-84-376-2502-7 00404

9 [illegible]

0120404

LETRAS UNIVERSALES

ASÍ HABLÓ ZARATUSTRA

LETRAS UNIVERSALES

FRIEDRICH NIETZSCHE

Así habló Zaratustra

Edición de Luis A. Acosta

Traducción de Luis A. Acosta

CÁTEDRA
LETRAS UNIVERSALES

Título original de la obra:
Also sprach Zarathustra

1.ª edición, 2008

Diseño de cubierta: Diego Lara

Ilustración de cubierta: Joseph Mallord William Turner,
The Passage of St. Gothard (1804)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2008
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 41.779-2008
I.S.B.N.: 978-84-376-2502-7
Printed in Spain
Impreso en Huertas I. G., S. A.
Fuenlabrada (Madrid)

INTRODUCCIÓN

Friedrich Nietzsche.

Autores sobre Nietzsche

Pero de lo que no puede dudarse tampoco es que Nietzsche supo acomodar absolutamente su modo de decir a las tenebrosidades rotas u ondulantes de su modo de pensar... Se nos manifestó por eso como él es: cualidad tan rara y difícil, que más parece de dioses[1].

Llamó Nietzsche a Cristo ladrón de energías. Y así, ladrón de energías, ha llamado Unamuno a Nietzsche. Hasta para agredirle entra a saco en sus conceptos y frases[2].

Será la edad del sobre-hombre, del Uebermensch, con que, entre tanta escoria de egoístas sueños, soñaba el pobre Nietzsche; la edad del triunfo, no de los más brutos ni de los más listos, sino de los más hombres, de los que lleven en su seno más humanidad, más sustancia común, de los más buenos[3].

... pero creo que, andando el tiempo, será Nietzsche considerado como uno de los precursores del retorno de los intelectuales a la Iglesia, y merecerá este honor por haber sido el pensador moderno que con más elocuencia ha enseñado a las gentes a desconfiar de sí misma[4].

Nietzsche, salido del pesimismo más fiero, es en el fondo un hombre bueno; en esto es el polo opuesto a Rousseau, quien, a pesar de ha-

---

[1] F. Trigo, *El amor en la vida y en los libros*, Madrid, Renacimiento, 1907, pág. 287.

[2] J. Sorel, *Los hombres del 98. Unamuno*, Madrid, Rafael Caro Raggio, 1917.

[3] M. de Unamuno, «La regeneración del teatro español», *Ensayos II*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1916-1918, págs. 95-96.

[4] R. de Maeztu, 1948, *Ensayos*, Buenos Aires, Emecé, 1948, págs. 245-246.

blar siempre de la virtud, de los corazones sensibles, de la sublimidad del espíritu, resulta un ser bajo y vil[5].

Ese desinterés supremo, ese sobreponerse a todo, ese desdén callado y dulce por las pompas y vanidades mundanas..., esa dignidad constante y risueña, es lo que hace que... inspire una irreprimible simpatía[6].

Leyendo a Nietzsche, ... se diría que es el Cristo quien nos ha envenenado. Y bien pudiera ser lo contrario... que hayamos nosotros envenenado al Cristo en nuestras almas[7].

A él se debe el hallazgo de uno de los pensamientos más fecundos que han caído en el regazo de nuestra época[8].

Pero la seriedad de la entrega total que ha manifestado Nietzsche —a pesar de su rechazo a la trascendencia— es como la metáfora no deseada y el ejemplo de la profundidad de la consunción por la trascendencia. Ante Nietzsche crece el miedo ante lo inconcebible, pues solamente puede serle diáfano al origen mismo y no a nosotros[9].

Es un Rousseau a la inversa: un Rousseau que como él critica enérgicamente la civilización europea y un Rousseau a la inversa, porque sus medidas críticas se oponen justamente a la idea de Rousseau sobre el hombre.

En Zaratustra Nietzsche ha escarnecido a todo este mundo de humanidad degenerada y ha proporcionado carácter a la imagen del "último hombre". La imagen que opone es la del superhombre. Como concepción filosófica para la superación del nihilismo esta idea no tiene en verdad un contenido social directo ni un sentido político, pero indirectamente se hace concreta en reflexiones históricas de Nietzsche sobre eminentes "hombres excepcionales" y en su idea acerca de "hombres dominadores" futuros que tienen la función de proporcionar al hombre-rebaño de la democracia un objetivo a su existencia[10].

---

[5] P. Baroja, *Juventud, egolatría*, Madrid, Rafael Caro Raggio, 1917, pág. 160.

[6] Azorín, *Los dos Luises IV*, 1921, pág. 148.

A. Machado, *Juan de Mairena*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936, pág. 279.

[8] J. Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, en *Obras completas*, t. 3, Madrid, Alianza Editorial, Revista de Occidente, 1924, pág. 190.

[9] K. Jaspers, en I. Frenzel, *Nietzsche*, Hamburgo, Rohwolt, 1998, pág. 136. Trad. al castellano del autor de este estudio.

[10] K. Löwith, *ibíd.*

La polémica sobre Nietzsche ni ha comenzado ni se han creado todavía los presupuestos para ello... El pensamiento y la palabra de Nietzsche nos están aún muy presentes...

Pero desde hace tiempo en las cátedras alemanas de filosofía se cuenta que Nietzsche no es un pensador estricto, sino un "filósofo-escritor" poeta. Que Nietzsche no pertenece a los filósofos que solamente elaboran cosas abstractas, alejadas de la vida y vagas... Estos juicios de uso generalizado acerca de Nietzsche son erróneos. El error se reconoce cuando se pone en funcionamiento una discusión con Nietzsche al mismo tiempo que una discusión en el ámbito de la cuestión fundamental de la filosofía[11].

Parece, hoy, la última y más grande herencia de todos aquellos que tienen el carácter obstinado de Lucifer —pero una obstinación mezclada y casi idéntica con la nostalgia divina; herencia de toda arrogancia prometeica, de toda voluntad prometeica en el hombre divino sin dios, y de toda resistencia arrogante de Prometeo. La herencia y compañero de destino de todo el que busca no sólo a la manera goetiana desde la oscuridad, sino desde una profunda necesidad hacia la claridad, demasiado claro a lo oscuro, lo incierto: cuya naturaleza, "una y doble", como son las canciones del Diwan, al igual que Proserpina, tiene que pertenecer a dos reinos del alma. Y cuando Nietzsche, el asesino de Dios, es a su manera también el profeta de un nuevo dios, seguro que es un dios que además del simple nombre de dios lleva el nombre de un dios oscuro —al igual que el Eros de Platón y al igual que Dioniso "nacido dos veces"[12].

... su postura reaccionaria agresiva por el imperialismo toma expresión en la forma de una actitud hiperrevolucionaria. La lucha por la democracia y el socialismo, el mito del imperialismo, la llamada a una bárbara actividad parecen una transformación nunca existente, una "transmutación de todos los valores", un "crepúsculo de los dioses"; la apología indirecta del capitalismo como pseudorrevolución de efectos demagógicos[13].

En realidad puede decirse que todo lo que mi generación había discutido, sufrido, representado, había encontrado su formulación ya en

[11] M. Heidegger, *ibíd.*, pág. 137.
[12] E. Bertram, *ibíd.*
[13] G. Lukács, *ibíd.*

Nietzsche y con él se había agotado, todo lo demás no iba más allá de la mera exégesis. Obra suya es su manera peligrosa, su dicción infatigable, la renuncia a todo idilio y a una fundamentación general, la utilización de elementos de la psicología, el psicoanálisis, de lo constitucional como motivo, de la psicología como dialéctica, del conocimiento como sentimiento, de todo el existencialismo. Es el gigante de la época postgoethiana[14].

Nietzsche sabía y de ello fue un ejemplo, que la filosofía no es abstracción fría, sino vivencia, sufrimiento y acto de sacrificio para la humanidad. Así ascendió a los ventisqueros de la equivocación grotesca; sin embargo el futuro era en verdad el ámbito de su amor, y ante los ojos de quienes como nosotros vinimos después, nosotros cuya juventud le está infinitamente agradecida, estará como una figura de dulce y honorable tragedia, rodeada de resplandor por el relampagueo de este cambio de época[15].

Aproximación

Puede decirse que Nietzsche es conocido en nuestro ámbito cultural y científico en la práctica, no quiere decirse que exclusivamente, como filósofo. Tal vez esa falta de interés profundo por otras de sus facetas haya sido como consecuencia de sus deslumbrantes aportaciones filosóficas. En este sentido podría tal vez encontrarse alguna explicación. Es cierto que a Nietzsche se le conoce en un primer lugar como filósofo, junto a ello como un crítico del cristianismo, como un profeta. Pero no por esto dejó en su vida y deja hoy de ser todavía importante en otros aspectos como la filología; porque también fue un filólogo.

Pero Nietzsche encierra una faceta de profunda importancia, como es la de haber sido un gran escritor. Y no es una afirmación que se haga por casualidad, puesto que ya en vida se le reconoce como tal. El léxico *Brockhaus*, todavía, le calificaba como un escritor con un estilo de primer rango y como

[14] G. Benn, *ibid.*, pág. 138.
[15] Th. Mann, *ibid.*

un poeta con un nuevo estilo de escribir ditirambos. Parece como si ya muy pronto el reconocimiento como escritor de calidad no presentara ningún tipo de duda; podría incluso afirmarse que inicialmente fue menos discutido como escritor incluso que como filósofo. Casi al final de sus días, en 1899, en este sentido diría de él Riedel que nos encontramos ante un escritor del rango de Goethe y de Hölderlin, lo que quiere decir que se trata de un autor que puede ser situado al nivel de los clásicos de Weimar. Thomas Mann le alaba en términos muy positivos. Gottfried Benn le considera, en primer lugar, un gran creador de lengua, es más, llega incluso a afirmar que, después de Lutero, Nietzsche es el máximo genio alemán del lenguaje[16]. No existe *Historia de la Literatura Alemana* que no le incluya como uno de los escritores representativos de su época.

Sin embargo, ello no quiere decir que sus aportaciones literarias no tengan nada que ver con su pensamiento filosófico. Antes al contrario. Nietzsche, al igual que todos los autores que se han ocupado de diversos ámbitos de la cultura, ha dejado una impronta que manifiesta aspectos comunes en toda su producción. El virtuosismo que va desde la *prosa inicial* hasta *Menschliches. Allzumenschliches [Humano. Demasiado humano]* es el resultado de la influencia que su actividad de filólogo ejerce hasta la práctica ruptura con la filología. La *lírica de juventud* sigue, como suele ocurrir con quien comienza, los modelos tradicionales, las influencias de sus múltiples lecturas literarias. La *lírica de madurez,* de una manera especial, está influenciada por el pensamiento musical en la constitución no solo del ritmo y el pensamiento filosófico en el caos dionisiaco de la permanente alteración, sino también de las imágenes, la sintaxis y la acentuación casual de las palabras, como es también el caso de los poemas incluidos en *Así habló Zaratustra,* de los *Dionisos-Dithyramben [Ditrambos de Dioniso],* etc.

[16] Cfr. apartado dedicado a esta cuestión en este estudio.

Así habló Zaratustra es uno de los ejemplos paradigmáticos de las obras de Nietzsche que, de entrada, podría calificarse de literaria. Es cierto que si se tienen en consideración contenidos de la misma como la idea del *superhombre*, el concepto del *eterno retorno*, etc., podría llegarse a la conclusión de que se trata de una obra filosófica que se ocupa de esos principios; mas no es menos cierto que, de otro lado, cuenta una historia, hace filosofía de la manera no más frecuente de filosofar; en ella hay poemas que destacan no menos por su componente literario que por su componente filosófico, se hace una utilización del lenguaje de igual modo menos frecuente en la filosofía que en la literatura. En suma y desde esta perspectiva podría parecer que se trata de una obra que participa de elementos de ambas formas de expresión.

Conviene, con todo, tener en consideración que toda obra literaria se ha constituido a través de un proceso de estetización por el que una serie de contenidos, sean del tipo que sean, más próximos o alejados de la realidad real, aun en muchos casos que no hacen sino responder a la capacidad de fantasía e imaginación del autor, son convertidos en obra literaria, son literarizados. A través de ese proceso los contenidos adquieren una expresión peculiar que corresponde a una de las múltiples formas que se entienden como constituyentes de lo que se conoce como manera de expresión literaria. Esto es con lo que el lector se encuentra en el acto de lectura de *Así habló Zaratustra [Also sprach Zarathustra]:* la historia de los años de madurez de un profeta, su manera de vivir, sus encuentros con la gente, sus discursos, etc., contada a lo largo de cuatro partes en distintos capítulos, una historia en la que el profeta da a conocer su forma de pensar, algunos de los conceptos fundamentales que constituyen su *filosofía.* En definitiva, el lector se topa con muchos de los elementos básicos que a primera vista hacen que una obra escrita sea considerada obra literaria.

ÉPOCA LITERARIA Y FILOSÓFICA

No resulta fácil ubicar la figura de Nietzsche desde una perspectiva literaria. La primera dificultad aparece cuando se parte de considerar al autor como un escritor, lo que no ha sido lo más frecuente; a ello hay que añadir, en segundo lugar, que aun siendo considerado un escritor, resulta muy difícil enmarcarle dentro de una corriente específica. Es cierto que a medida que avanza el siglo XIX las corrientes y escuelas literarias han ido diluyéndose paulatinamente, de manera que la rigidez que podía aplicarse en otros momentos de la historiografía literaria para determinar corrientes y pertenencias es, a partir de ese siglo, prácticamente imposible. La rapidez en el desarrollo y el comienzo de la simultaneización de corrientes, escuelas, estilos, etc., podrían entenderse como dos posibles razones de lo mismo. Por otro lado, la presencia en el siglo de atributos propios de otros momentos literarios pasados no hace sino complicar las cosas todavía más. Con sus peculiaridades específicas el siglo XIX, de una manera muy especial en su segunda mitad y en los momentos finales y de transición hacia el siglo XX, se alimenta de momentos como la Ilustración, la época clásica, el Romanticismo, etc., emergiendo además estilos neoclasicistas y neorrománticos. Si de otro lado es posible encontrarse con autores que escriben a caballo entre corrientes distintas, no es de extrañar que ello sea también el caso de Nietzsche.

Hay historiógrafos de la literatura que le consideran como un escritor que puede muy bien enmarcarse dentro de la *corriente naturalista* y no faltan razones para ello. Hay también otros, sin embargo, que le entienden como representante del movimiento generalizado de oposición al Naturalismo.

Nietzsche desarrolla su actividad como escritor en un espacio relativamente reducido en el tiempo, que va desde el comienzo de los años setenta hasta finales de los ochenta en que sus capacidades mentales están completamente debilitadas. Las dos décadas comprendidas entre 1880 y 1900 se entienden como las de desarrollo del Naturalismo. Desde esta perspectiva, Nietzsche sería un naturalista y coincidiría en el tiempo con

la actividad de los grandes escritores naturalistas alemanes como L. Anzengruber, M. Halbe, A. Holz o G. Hauptmann. Sin embargo, eso no excluye que pueda ser considerado también contranaturalista en sus manifestaciones simbolistas o impresionistas.

Con el *movimiento naturalista* se inicia un momento muy relevante en la historia literaria, hasta el punto de que tanto los teóricos como los escritores lo consideran como el punto en que comienza la modernidad por el hecho de que con él se produce una especie de revolución en la literatura, que coincide con el momento de máximo desarrollo del imperialismo tanto a nivel político como a nivel económico. El empobrecimiento de amplias capas sociales y la tecnificación llevan al surgimiento al mismo tiempo del problema que tiene su efecto en el mundo social. El siglo XIX es un siglo de transformaciones también en el desarrollo científico y filosófico y en la concepción del arte y la literatura que ejercen su efectividad en los momentos del desarrollo del naturalismo literario. Las aportaciones de A. Comte (1798-1857) influyen en otros pensadores en cuanto que determinan la experiencia como base del conocimiento, las de J. S. Mill (1806-1873) son de importancia en el campo ético y social, las de H. Spencer (1820-1903) en el pragmatismo que orienta la moralidad, las de Ch. Darwin (1809-1882) en el principio de la selección de las especies que crea la esperanza del progreso humano, los principios positivistas de H. Taine (1828-1893) encuentran su repercusión en la literatura y en la historia, de manera especial la idea de la negación de la trascendencia y la afirmación de que la vida sobre la tierra es lo único que le ha sido dado al hombre, lo que, dicho sea de paso, constituirá uno de los principios del pensamiento de Nietzsche.

En el ámbito de la propia literatura son de destacar las influencias en el surgimiento del Naturalismo alemán de escritores extranjeros como escandinavos, franceses y rusos, de entre los que destacan A. Kielland (1849-1906), J. Lie (1833-1908), A. Garborg (1851-1924), H. Jaeger (1854-1910), Ch. Krogh (1852-1925), J. P. Jacobsen (1847-1885), A. Strindberg (1849-1912) o H. Ibsen (1828-1906). Unos han tratado en sus obras temas como el de la personalidad en cuanto resultado del medio so-

cial y de factores hereditarios, otros, como Strindberg, introducen componentes simbolistas de relevancia; Ibsen, elementos psicológicos, tan presentes asimismo en el pensamiento nietzscheano, así como temas sociales que tienen que ver con la crítica a la clase burguesa, la emancipación social de la mujer, etc. La afirmación de la vida se encuentra ya reproducida literariamente junto con cuestiones de tipo social en los franceses hermanos Goncourt, Edmond (1822-1896) y Jules (1830-1870), la representación detallada hasta adquirir casi un carácter científico en las obras de E. Zola (1840-1902), las inclusiones de los problemas sociales en los escritores rusos I. Turguénev (1818-1883), L. Tolstói (1828-1910) y F. Dostoievski (1821-1881).

El Naturalismo alemán expresa una impronta que tiene que ver con aspectos tanto de contenido como formales. Busca presentar el medio social, personajes cuya vida tiene lugar dentro de él, considerando aspectos tales como el sentimiento y otros que implican la interiondad anímica y personal como instintos de todo tipo, el amor, etc.; y como se trata de acercarse a los temas que incluyen lo *natural*, también tienen cabida personajes como las prostitutas, los enfermos, marginados sociales, etc. Considerados todos estos contenidos desde la obra literaria constituida, producen un resultado que A. Holz (1863-1929) describe con su conocida fórmula de *arte = naturaleza – x*.

Pero esta literatura desarrolla una función que, si no es novedosa en la historia, sin embargo, lo es en un momento histórico completamente nuevo y pretende responder a las exigencias del mismo. La literatura naturalista sirve para educar y para ilustrar pensando en una transformación para el futuro. Y como esta nueva función dentro de un mundo nuevo requiere necesariamente desde una perspectiva crítica literaria nuevos medios de expresión, la corriente *moderna* requiere una descripción precisa de la realidad literaria que, como se acaba de mencionar con la fórmula de Holz, llega a tomar un carácter científico. Para la descripción del medio social no es posible otra técnica. Es más, la inspiración e imaginación que ha sido casi siempre medio exigido para el escritor, pasa a ser considerada como de menor importancia. Se precisa contac-

to directo con la realidad de la que está extraída la realidad de ficción resultante, que no es otra que el mundo social. En este sentido la precisión se logra utilizando instrumentos como el dialecto y la lengua coloquial, llegando incluso en ocasiones a no respetar las normas gramaticales. Las formas líricas tradicionales se consideran no *naturales*. Lo que interesa es el ritmo que produce el contenido. Y en relación con la novela se rechaza toda forma que suponga rigidez.

Pero apenas se ha confirmado el Naturalismo, incluso simultáneamente a su existencia surgen otras corrientes literarias que buscan en sus teóricos, y además lo consiguen, la superación del mismo. En este sentido, en el año 1890, Hermann Bahr escribe el trabajo del sugerente título *Crítica de la modernidad [Kritik der Moderne]* y, en 1891, *Superación del Naturalismo [Überwindung des Naturalismus]*. Y por lo que a la producción literaria se refiere han empezado a sonar nuevas voces a partir de autores como Stefan George, Hugo von Hofmannsthal, Ricarda Huch, Arthur Schnitzler, Frank Wedekind y otros que escriben en los años noventa y que marcan una dirección completamente nueva. Llámese Impresionismo, llámese Simbolismo o comoquiera que se denominen las corrientes que surgen frente al Naturalismo, en ellas se nota un distanciamiento de la realidad del momento y un repliegue a la propia individualidad de los autores. Ciertamente a ellos no les cae lejos la crítica a la clase social dominante, lo que ocurre es que no se realiza desde una perspectiva social, la burguesía es el blanco de la crítica desde una perspectiva de comportamiento y no por razones económicas y sociales. Aquí puede sin duda situarse en cierto sentido la crítica que ejerce Nietzsche a la tradición asimilada por la clase social dominante. Las corrientes literarias surgidas como enfrentamiento al Naturalismo se centran en la consideración del individuo humano en su componente irracional e interior, en la observación de aspectos metafísicos y menos materiales, en el aspecto dionisiaco de la relación con el arte. En ellas se manifiesta paulatinamente un profundo pesimismo como expresión del desgaste de una cultura que es el objeto de la crítica. Aquí resulta necesario pensar en este aspecto una vez más en Nietzsche y en el pesimis-

mo que desarrolla en su crítica a la cultura. Naturalmente puede plantearse la cuestión de quién influye sobre quién. Ciertamente Nietzsche escribe antes del decenio de los años noventa del siglo, sin embargo, no hace mucho tiempo que ha escrito sus obras más significativas. Se entienda como se entienda, el espíntu que invade la obra de Nietzsche pudiera decirse que se ha extendido al ambiente filosófico y cultural. Conviene no olvidar que ya Schopenhauer ha manifestado pesimismo filosófico y cultural y lo ha hecho con anterioridad a Nietzsche. En cualquier caso este último desarrolla conceptos que influyen en los escritores del momento, que tienen que ver de una manera especial con la moralidad y el retraimiento del individuo en el proceso de la superación que lleva a ese *hombre superior* que surgirá como portador de los valores surgidos después de la *muerte* y distintos de los hasta ahora en vigor. De una manera especial va a dejarse notar todo ello en la corriente más intimista que es el Simbolismo, una manera de escribir no lejana a la manera como lo haría Nietzsche en su producción poética y otros autores de entre los que destaca especialmente Stefan George.

Las corrientes enfrentadas al Naturalismo se desarrollan en todo el ámbito geográfico europeo como ocurrió con el propio Naturalismo. Algunos de los autores de fuera de Alemania influyen de una forma decidida en muchos de los autores alemanes. En cualquier caso, el desarrollo se generaliza. Es el caso del autor simbolista sueco A. Strindberg (1849-1912) o de K. Hamsun (1859-1952), del italiano G. D'Annunzio (1863-1938), del ruso F. Dostoievski, sin olvidar a ingleses como O. Wilde (1854-1900), W. Whitman (1819-1892), los belgas E. Verhaeren (1855-1916), M. Maeterlinck (1862-1949) o los franceses Ch. Baudelaire (1821-1867), P. Verlaine (1844-1896), S. Mallarmé (1842-1898), A. Rimbaud (1854-1891) o J. K. Huysmans (1848-1907).

En lo que a la construcción literaria se refiere, la literatura *postnaturalista* desarrolla una utilización del lenguaje en la que predomina el principio del *arte por el arte* a través del cual se busca estimular, crear no historias sino impresiones, mediante esa forma presentar los contenidos. La percepción a través de los sentidos, a través de una mezcla de diferentes sentidos

se convierte en fundamental, una actitud heredada del Romanticismo que tampoco le es extraño a Nietzsche en quien además el elemento dionisiaco hace acto de presencia. En esta literatura la palabra adquiere una relevancia muy especial, lo que quiere decir que se hace notable el elemento formal de la construcción. A la palabra se le otorga forma y conformación, la palabra es arrancada de su medio habitual y la configuración literaria hace de ella que signifique algo distinto a lo que significa en la vida normal, es decir, cobre una nueva capacidad de simbolización. La literatura no se sirve de ella para expresar contenidos de un mayor o menor grado de naturalismo, la realidad cobra una nueva dimensión; el autor se hace consciente de que su actividad consiste en trabajar básicamente con el elemento material que es la lengua y, además de cumplir con ello la función que le es básicamente propia, se arroga una función de naturaleza ética o religiosa.

Llevado al ámbito de la práctica literaria todo ello significa una reorientación. Así, la novela presenta un desarrollo de la acción narrativa no lineal, no continua, se rompe en su evolución, aparece una acción que puede ser la de la realidad imaginada onírica, podría decirse, una segunda realidad. En la novela se mezclan elementos racionales con irracionales; los elementos psicológicos constituyen un componente no alejado de la manera de expresar la realidad como ocurre en la obra de Nietzsche. Al igual que en el Romanticismo el género no se manifiesta claramente definido, sino que en la novela el lector puede encontrarse con la presencia de elementos narrativos junto a líricos e incluso dialógicos más bien propios del drama. El ritmo se mantiene como parte importante de la lengua narrativa. La presencia de peculiaridades de la lengua de Lutero en la obra en prosa y aforística de Nietzsche puede explicarse desde esta nueva perspectiva. La retórica de la palabra se explota hasta sus últimas consecuencias cuando se trata de llegar al destinatario al que se considera objeto de una función didáctica. El género lírico, por su parte, en su nueva orientación se apropia de características propias de una concepción simbolista del arte, de formas no complicadas; a lo que habría que añadir construcciones propias de los poetas de la época clásica alemana del estilo sobre todo de Hölderlin

cuya presencia se observa también en Nietzsche. Hugo von Hofmannsthal, George o Rilke serán la expresión más significativa de este tipo de género lírico.

EL CAMINO HACIA ZARATUSTRA. ETAPAS DE UNA VIDA: DE RÖCKEN BEI LÜTZEN A BASILEA (1844-1869)

Friedrich Nietzsche nace el 15 de octubre de 1844 en Röcken bei Lützen (Sajonia) en el seno de una familia protestante de tradición pietista y en la que en las últimas generaciones había habido también pastores protestantes: sus dos abuelos lo habían sido. Aunque vive una vida típicamente provinciana, en la familia se nota una cierta disposición a la cultura, hasta el punto de que el padre, Carl Ludwig (1813-1849), poseía un cierto talento musical que a su vez había heredado de su propio padre. En 1846 nace su hermana Elisabeth, que tanta importancia va a tener en la difusión de su obra. En 1849 muere el padre, lo que para el pequeño va a suponer una experiencia importante, de manera especial por el hecho de que a partir de ese momento la familia va a estar compuesta, salvo él, y dirigida prácticamente sólo por mujeres: la abuela, dos tías, la joven madre (Franziska Nietzsche, de soltera Oehler) y la hermana.

Por otro lado, como consecuencia de la muerte del padre, la familia se traslada a la ciudad de Naumburg donde transcurren los años de aprendizaje del pequeño, que no parece satisfacerle como tampoco la disciplina con que se desarrolla la vida colegial ni la de casa, debido a las pretensiones religiosas y morales siempre presentes. Parece ser que no fueron muchas las oportunidades que tuvo el pequeño para jugar con amigos y conocidos, lo que, por otra parte, le dio posibilidad de desarrollar una vida personal que le permite dedicarse a escribir. Con diez años compone música y poemas en los que, según propias manifestaciones, pueden apreciarse la educación pietista de las mujeres de que depende, la artificiosidad en la composición y la sensibilidad. A esa edad conoce a los grandes músicos barrocos y románticos, también a músicos de épocas posteriores. Por ellos llega a un muy buen cono-

cimiento de la Biblia; por ellos también llega a amar la literatura y con la lectura, la soledad.

La formación que ha ido logrando en todos estos ámbitos contribuye, sin lugar a duda, en grandísima medida a que fuese propuesto con catorce años, en el año 1858, para una plaza en la famosa institución *Schulpforta*, que si externamente supone el cambio de Naumburg —coincide con el final de la niñez—, internamente trae consigo un cambio fundamental en el desarrollo personal. En este famoso instituto que había sido fundado en el siglo XII como monasterio cisterciense y transformado por el duque Moritz de Sajonia en 1543 en Escuela de Príncipes, se habían formado, entre otras muchas personalidades Klopstock, Fichte o Ranke. Allí permanece Nietzsche hasta la edad de dieciocho años. Ya por entonces, en 1856, comienzan los dolores de cabeza y de ojos que no van a abandonarle a lo largo de su vida y que van a proporcionarle no pocas dificultades para realizar adecuadamente su trabajo.

En la *Schulpforta* conoce a su amigo y colaborador Paul Deussen. Con él y junto con los otros amigos Wilhelm Pinder y Gustav Krug, a quienes ya conocía de la escuela de Naumburg, funda la asociación artístico-literaria *Germania*, para la que cada uno de los miembros todos los meses tenía que escribir una colaboración que previamente había de ser discutida por todos. La música desempeñaba también un papel importante y de entre los vanguardistas que conoce se incluye a Wagner. Como objetivo básico de la *Schulpforta* es de destacar la formación de la personalidad para cuyo fin el esfuerzo y la disciplina son fundamentales y en la que el conocimiento de la cultura clásica desempeña un papel básico. Es por entonces cuando comienza paulatinamente a dudar de la religión cristiana; la formación crítica lógica y filológica que encuentra en la *Pforta* facilita una novedad con respecto a lo que había aprendido en la casa paterna. De la literatura alemana le atraen los autores románticos, comenzando por Jean Paul, pero de una manera muy especial F. Hölderlin, en quien ve proximidades con la propia comprensión del mundo y comprensión de sí mismo. De resaltar es que en esta época de su vida le atraen igualmente los autores de la antigüedad greco-

Casa donde nació Nietzsche.

latina, aparte de ser además los que más a fondo son estudiados en la *Pforta*.

Junto con Deussen se matricula en 1864 en la Universidad de Bonn donde permanecerá dos semestres. La fama internacional de que disfruta entonces esta universidad en lo que a estudios clásicos se refiere, junto con la presencia en la misma de dos personalidades de renombre como eran Ritschl y Jahn, parece que fueron las razones de su decisión. Nietzsche está predestinado a estudiar Filología. La experiencia universitaria —asiste además a clases de Historia del Arte, Historia de la Iglesia, Teología y Política—, que le permite conocer de cerca a esos profesores de los que sólo había oído hablar, junto con la libertad que supone para él la vida universitaria en sí, significan un cambio radical en su vida. Se hace socio de la asociación juvenil *Franconia*, en la que no permanecería largo tiempo por desavenencias sobre consideraciones acerca de la música. Por entonces ha realizado diferentes composiciones musicales.

Escándalos académicos y el traslado del profesor Ritschl a Leipzig hacen que el joven estudiante siga en 1867 el mismo camino. Allí el profesor se convierte en benefactor suyo desde el momento en que advierte los buenos resultados, de manera que Nietzsche podrá con su apoyo impartir clases en pequeños círculos. Aparte de la Filología en sí le interesan también sus componentes filosóficos y estéticos. Así, en Teognis de Megara encuentra formulaciones que de alguna manera adelantan fondo y forma de lo que será *Así habló Zaratustra*.

De la época de Leipzig es la conexión realmente significativa tanto con la filosofía como con la música. Es cuando lee a Schopenhauer y conoce la música de Wagner (1813-1883), dos representaciones tardorrománticas de decisiva importancia, en cuyo conocimiento desempeña, sin lugar a duda, un papel muy relevante el amigo de Leipzig Erwin Rohde, filólogo clásico que con posterioridad hablaría muy positivamente de la obra de Nietzsche como producción literaria. Su investigación filológica se centra en el estudio de *De Laerti Diogenis fontibus*. A Wagner tiene oportunidad de conocerle en persona en una velada, convirtiéndose en admirador de su

Nietzsche estudiante.

música después de haber oído las oberturas de *Tristán* y los *Maestros cantores*. De la filosofía de Schopenhauer le atrae la idea de la incapacidad de la razón para conocer la esencia de las cosas y la finalidad del hombre que sólo puede establecerse mediante la voluntad, por cuya renuncia, destrucción, se logra el verdadero camino, lo que implica un pesimismo irracional y amoral. En otoño de 1867 se alista por un año en el servicio militar, lo que le obliga a interrumpir los estudios de la universidad. Un accidente de caballo hace que abandone el servicio activo y se dé de baja por enfermedad. Ello le permite prácticamente terminar los estudios de Filología en el semestre de otoño de 1868.

Los años de Basilea (1869-1879)

Sin ni siquiera haber pasado por el doctorado, pero por influencias de Ritschl, Nietzsche fue llamado para ocupar una plaza de Catedrático Extraordinario de Lengua y Literatura Griegas de la Universidad de Basilea. Independientemente incluso de sus propias dudas sobre la capacitación acepta la oferta y en febrero de 1869 tiene lugar el llamamiento oficial. La Universidad de Leipzig reconoce el título de Doctorado en razón de sus publicaciones, de manera especial la resultante de los estudios sobre Diógenes Laercio y Teognis de Megara. Lo mismo ocurre con la Habilitación. La lección inaugural versa sobre *Homero y la Filología Clásica*. Un año después sería reconocido como Catedrático Ordinario e imparte lecciones sobre Sófocles, Hesíodo, métrica, los *Diálogos* de Platón y epigrafía latina, Sócrates, la tragedia griega, etc. Basilea se convierte para él, además de en la ciudad de su actividad laboral, en la ciudad de su actividad social, una actividad social totalmente diferente a la que ha vivido hasta ese momento. Sin embargo, comienzan a surgir en él las dudas acerca de la actividad laboral. Sigue manteniendo la amistad con Rohde, y surgen otras amistades, como la del catedrático de Historia de la Iglesia Franz Overbeck y del de Historia del Arte Jacob Burckhardt con quien le une una comprensión cercana de la Antigüedad. Muy pronto se nacionaliza ciudadano suizo. Por

entonces comienza el trabajo sobre *El nacimiento de la tragedia.* Como enfermero voluntario toma parte en la guerra franco-alemana y, a consecuencia de una difteria grave en octubre de 1870, se ve obligado a regresar a Basilea. De mayor relevancia fue, sin embargo, la amistad con Richard Wagner (1813-1883) a quien por primera vez visita en Tribschen, cerca de Lucerna; una amistad que fue profundizando de tal forma que se manifestó no sólo en las frecuentes visitas al matrimonio Wagner, sino en el hecho de que los Wagner pusieron a su disposición dos habitaciones en su residencia. Nietzsche es treinta y un años más joven que Wagner y la relación comienza a cambiar hasta el punto de que en 1872 el músico cambia su residencia a Bayreuth.

Ese año Nietzsche escribe *El nacimiento de la tragedia del espíritu de la música [Die Geburt der Tragödie aus dem Geiste der Musik]* (1872); también *Cinco prólogos a cinco libros no escritos [Fünf Vorreden zu fünf ungeschriebenen Büchern]*, que son, *Sobre el patetismo de la verdad [Über das Pathos der Wahrheit]* (1872), *Ideas sobre el futuro de nuestras instituciones educativas [Gedanken über die Zukunft unserer Bildungsanstalten]* (1872), *El Estado griego [Der Griechische Staat]* (1872), *La relación de la filosofía de Schopenhauer con la cultura alemana [Das Verhältnis der Schopenhauerischen Philosophie zu der deutschen Cultur]* (1872) y *La competencia de Homero [Homer's Wettkampf]* (1872).

De entonces es de destacar el acontecimiento que para él supone un giro muy importante en sus estudios: Como consecuencia del rechazo de *El nacimiento de la tragedia* por parte de los filólogos, fundamentalmente Wilamowitz, aunque sus amigos, Rohde, Burckhardt y Overbeck, la alabasen, decide abandonar el estudio de la Filología y dedicarse a la Filosofía de la manera como él la entiende. La obra tiene un significado fundamental en el desarrollo del pensamiento del autor, dado que en la misma se establecen los pilares de lo que va a ser una concepción estética plenamente novedosa que permiten de alguna manera entender su obra posterior. Y aunque tal y como se manifiesta con posterioridad no está escrito en una forma como a él le hubiera gustado, los fundamentos siguen vigentes en toda su obra. Ya en el título, la tragedia y la música, esto es, la tragedia desde la música, se inclu-

ye un significado de tragedia como manifestación del pesimismo que es, a su vez, señal de decadencia (ocaso). Claro que en la obra hay un componente filológico y un intento de una nueva interpretación del mundo antiguo y una defensa de una nueva música, en ella, sin embargo, está el desarrollo de la pareja de conceptos compuesta por lo apolíneo y lo dionisiaco, dos conceptos fundamentalmente del campo de la estética, pero para Nietzsche también filosóficos en cuanto que explican la concepción de los mundos de los sueños, para cuya producción el hombre es un artista pleno. En Apolo, dentro de un mundo de tormentos está el hombre individual en el que yace inamovible el hombre como individuo, la imagen de los dioses que habla a los hombres comunicándoles su saber, su placer y su belleza. A través de esa claridad tranquila se expresa la experiencia del sueño, en cuanto procedente del dios de las fuerzas artísticas. Sin embargo, frente a esta claridad de la belleza emerge el momento dionisiaco, el momento irracional en que se rompe el principio de la individuación, emerge lo subjetivo, se reúne lo irreunible, lo esclavo se convierte en libre, el hombre no es artista, sino obra de arte. Lo dionisiaco es algo descontrolado que tiende a buscar expresión de sí mismo y que a diferencia de lo apolíneo no es forma artística. En este sentido la tragedia griega tiene su origen en la música en tanto en cuanto surge del coro dionisiaco a partir de la expresión formal apolínea. Por ello el suicidio de la tragedia se produce cuando surge el racionalismo ilustrado ático iniciado por el filósofo Sócrates. Para Nietzsche la tragedia trae consigo alegría, pues ha surgido del caos dionisiaco del que procede toda obra de arte, único principio que justifica el mundo, sólo explicable a partir de la actividad de ese caos.

De los primeros años como profesor en Basilea, del mismo año 1872, es el desarrollo de dos aspectos de relevancia en la obra de Nietzsche, uno de naturaleza social y el otro de naturaleza estética que prueba una vez más la importancia que en su obra tiene el estilo con que escribe y la necesidad de fijar por escrito sus contenidos de una manera literaria. Se trata, de un lado, de la idea de *caudillo (Führer)* y, de otro, del concepto de *verdad*. La primera se encuentra en la obra ya mencio-

Soldado de infantería.

nada *Sobre el futuro de nuestras instituciones educativas [Über die Zukunft unserer Bildungsanstalten]*, escrita al estilo de los diálogos de Platón y en la que un filósofo, el autor mismo, y otros dos amigos conversan acerca de la necesidad de la nueva orientación que ha de otorgarse a la enseñanza media y a las universidades. La idea fundamental radica en la crítica contra la forma estricta como se utiliza la ciencia y la a su vez especialización excesiva de los diferentes campos del saber. Sea dicho de paso que tampoco queda muy bien parado el periodismo como forma de comunicación. Detrás de todo ello se esconde la influencia de la Ilustración. La solución, entiende, ha de venir del *espíritu alemán,* de la aparición de un líder carismático, la aparición de una nueva época en la que lo dionisiaco y apolíneo ocupen de nuevo el lugar que dejaron de ocupar con la aparición del pensamiento socrático. Ese espíritu alemán ya se ha manifestado con la Reforma de la Iglesia, en la música alemana, en la manera estricta de proceder de la filosofía alemana, en la valentía y lealtad del soldado alemán; todo lo cual ha de perfeccionarse en las generaciones venideras, una obra de la actividad educativa de los centros de formación en que el comienzo ha de ser el cultivo de la obediencia y no de la libertad, el cultivo del sometimiento. En ello el líder necesita de los compañeros de igual manera que los que han de ser liderados necesitan del líder, esto es, un orden en que se da una predisposición mutua, una especie de armonía preestablecida. La *cuestión estética* se desarrolla a lo largo de las lecciones que imparte por aquellos años, en las que sigue insistiendo en que el modelo de la filosofía griega ha de encontrarse en los filósofos presocráticos como Tales de Mileto, Anaximandro, Heráclito, Parménides, Anaxágoras, Empédocles y Demócrito. Naturalmente el problema que se le plantea es el de la limitada tradición existente de estos autores, lo que para él, sin embargo, es secundario ya que entiende la filosofía como algo que está dentro del ámbito de lo subjetivo y, en consecuencia, la verdad es una cuestión que puede solucionarse desde una perspectiva meramente subjetiva, refiriéndose a ella como una serie de metáforas, metonimias, antropomorfismos que han sido transmitidas y adornadas de forma poética y retórica. Así se han trasmitido en los

pueblos y han sido consideradas como algo fijo y canonizado. La verdad resulta de esta manera una convención que engaña y la Ilustración, una vez más, viene haciendo uso de ello, ya que utiliza un sistema que convierte las verdades en algo anquilosado y fijo. Lo que, con todo, aquí interesa destacar, como ya se dijo antes, es la formulación de la verdad, la forma como la verdad puede fijarse y, dado el caso, comunicarse. Es aquí donde Nietzsche se convierte no en un filósofo consumado, pues en esta época de su vida no lo está todavía, sino en alguien que da un fundamento a la idea de que el filósofo escribe como un escritor que para comunicar la verdad hace uso de los medios entendidos como típicamente literarios y retóricos, organiza sus obras, al menos en parte, como obras literarias de contenidos filosóficos, de las que, como se verá, *Así habló Zaratustra [Also sprach Zarathustra]* es un ejemplo paradigmático.

Pero no conviene olvidar que de su época de Basilea la relación con Wagner cobra un significado especial, no sólo en lo que se refiere a su realidad biográfica personal, sino también en lo que tiene que ver con el arte. Tampoco hay que olvidar que por esa época parece que la enfermedad que viene padeciendo y que se manifiesta en dolores de cabeza y en alteraciones en la vista comienza a agudizarse, de manera que en 1873 por primera vez piensa en la posibilidad de dejar su trabajo como profesor en la universidad de Basilea. Los Wagner se han trasladado definitivamente de Tribschen a Bayreuth, lo que le produce cierta inquietud. Pero sigue con su actividad universitaria que no le impide tomar parte en la inauguración de los Festivales de Bayreuth con la presentación de la *Séptima* de Beethoven. Allí ha conocido a Malwida von Meysenburg con quien en compañía de su hermana Elisabeth Nietzsche viaja a Munich a la vuelta de Basilea. Su vida es la de un caminante intranquilo, viaja de un lado para otro y se mueve dentro del ámbito no muy amplio de amigos. En 1875 conoce al músico Heinrich Köselitz a quien él llama *Peter Gast*, quien va a ser muy útil como amanuense y ayuda para su hermana Elisabeth en la publicación de las obras postumas. Quepa decir que este es el año en que lee, aparte de obras de economía política, también el *Quijote*. En cualquier caso, por lo

que a la relación con Wagner se refiere, el hecho de la distancia ya supone un impedimento para la relación que habían desarrollado hasta ese momento. Por otra parte, la empresa de Wagner en Bayreuth no parece tener mucho éxito y el hecho de que, por un lado, no sintiese interés por los viejos pensadores alemanes y, por otro, dedicase su vida sobre todo a sacar adelante su empresa, fue algo que no le satisfizo a Nietzsche. En cualquier caso, la relación comenzó a ser conflictiva. En el escrito *Richard Wagner in Bayreuth*, cuarta parte de *Consideraciones intempestivas* (1876) *[Unzeitgemäße Betrachtung]* analiza la figura de Wagner como persona, como músico y como escritor, criticando aspectos negativos en los tres ámbitos, resumiendo, en lo que a su producción artística se refiere, como alguien que no nos hace ver el futuro, sino que interpreta y explica el pasado, alguien que de alguna manera se enmarca dentro de la cultura actual pervertida. Desde julio de 1876 en que acude a Bayreuth a propósito de las pruebas de los Festivales, ya no volverán a encontrarse durante casi dos años. No obstante, previamente Wagner, ante la observación de las crisis e inseguridades permanentes de Nietzsche, le recomienda como paliativo el matrimonio, además de que se case con una mujer rica, lo que Nietzsche no mucho después intentará realizar, pero muy a su manera. El matrimonio de conveniencia era evidente debido a sus necesidades. Ya en septiembre conoce al psicólogo Paul Rée y por entonces se agudiza la enfermedad. Ante estas circunstancias solicita licencia a la Universidad de Basilea, que le es concedida por un periodo de tiempo hasta que se recupere, pasando lo que habría correspondido al semestre de invierno con Rée y Malwida von Meysenburg en la ciudad de Sorrento, donde precisamente tiene lugar el último encuentro con Wagner. El tiempo de recuperación le permite dedicarse con mayor intensidad a leer, destacando las lecturas de Voltaire, y a escribir *Humano, demasiado humano [Menschliches, Allzumenschliches]*. El año 1877 se caracteriza fundamentalmente por el agravamiento de las dolencias y el tratamiento que recibe en la ciudad de Frankfurt por el doctor Otto Eiser. La ruptura definitiva de la amistad con la familia Wagner se materializa en 1878, en el que Nietzsche publica *Humano, demasiado humano. Un libro para*

espíritus libres (1878) *[Menschliches Allzumenschliches. Ein Buch für freie Geister]* y en el que reprocha a Wagner haber renunciado a sus ideas artísticas a favor de los Festivales de Bayreuth. El último envío de Wagner había consistido en *Parsifal;* por su parte Nietzsche le envía *Menschliches, Allzumenschliches.* El quebrantamiento de la salud le hace, a los treinta y cinco años, sentirse como un anciano decrépito.

De estos años son las obras *Consideraciones intempestivas [Unzeitgemäße Betrachtungen]*, una serie de escritos crítico-culturales, que proyectados en un número de trece, solamente llegó a terminar cuatro: *David Strauss el profeso y escritor [David Strauss der Bekenner und Schriftsteller]* (1873), *Del provecho e inconveniencia de la Historia para la vida [Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben]* (1874), *Schopenhauer como educador [Schopenhauer als Erzieher]* (1874), *Richard Wagner in Bayreuth* (1876), *La Filosofía en la época trágica de los griegos [Die Philosophie im tragischen Zeitalter der Griechen]* (1873), *Sobre la verdad y la mentira en el sentido extramoral [Ueber Wahrheit und Lüge im aussermoralischen Sinne]* (1873). También de entonces es I. *Humano, demasiado humano. Un libro para espíritus libres [Menschliches, Allzumenschliches. Ein Buch für freie Geister]*, II. *Miscelánea de opiniones y sentencias [Vermischte Meinungen und Sprüche]* y *El caminante y su sombra [Der Wanderer und sein Schatten]* (1878-1879).

En la primera *consideración* de título *David Strauss el profeso y escritor* se observa una nueva faceta de las muchas que abarca el escritor: la faceta política. En ella hace ver la idea del error de la opinión pública de creer que la cultura alemana ha salido vencedora en la guerra, ya que afirmando algo así se corre el peligro de derrotar el *espíritu alemán* a favor del *imperio alemán.* El contenido de la segunda, *Del provecho e inconveniencia de la historia para la vida,* es más bien de naturaleza histórica; diferencia la historia monumental, la de anticuario y la crítica. Entiende que el ser humano actual es resultado de generaciones anteriores en que también hay que incluir los errores de esas generaciones; pero de esos errores no es posible liberarse por completo, por lo que hace falta una elite, una generación de juventud en la que está escondida y como encadenada la nueva vida, enferma la actual de la enfermedad de la historia, cuyos antídotos son lo *ahistórico* y lo *suprahistórico*, entendien-

do por lo primero la capacidad de olvidar y por lo segundo la mirada a lo eterno y equivalente al arte y la religión. Liberándose del pasado se crea una nueva naturaleza a partir de otra que fue igualmente nueva partiendo de otra anterior. Un ejemplo de ello lo encuentra en la forma de actuar de Schopenhauer en su juventud, lo que trata en la tercera *consideración* de título *Schopenhauer como educador.* La cuarta *consideración* tiene directamente que ver con su relación personal con Wagner al descubrir falta de unitariedad en la obra del músico debido, sin duda, a la evolución que fue tomando la visión del autor a medida que trabajaba en la elaboración de esta obra. Nietzsche sigue valorando la obra de Wagner, pero no de una manera entusiasmada, no encuentra ya en él un punto de comparación con la antigüedad como tampoco a un crítico de la razón ilustrada. En todo ello parece encerrarse también la razón de la enemistad misteriosa que hace que ambas personalidades dejen de comprenderse. Ante el lector critica la obra dramática de Wagner como un grupo de piezas no hechas para ser leídas, como una obra que en su totalidad tiene la seriedad de un Demóstenes.

Humano, demasiado humano es una obra que podría ser considerada como el comienzo de la fase de madurez en la actividad creativa del autor. El punto de partida se explica en el subtítulo: *Un libro para espíritus libres.* Aquí se concentra el fundamento de su pensamiento en este momento de su vida. Significa el abandono de la filosofía idealista, la liberación del dogma cristiano, de una metafísica engañosa y hasta de algo tan próximo a él como era la estética wagneriana. Pero si bien es cierto que la obra supone una nueva orientación en su pensamiento, también el nuevo camino encuentra una nueva forma de expresión en la ruptura de la forma que le atenaza y que se manifiesta en el aforismo, una nueva manera de observación que es resultado hasta cierto punto de la influencia de moralistas franceses como Montaigne, La Bruyère, La Rochefoucauld y Stendhal, donde predomina la distancia a veces cínica de un estilo cuidado hasta el extremo. En cualquier caso, Nietzsche entiende que la realidad no tiene ningún significado en sí, bien que exista como un ser; tampoco existen hechos eternos, como tampoco existen verdades absolutas ni mundos metafi-

sicos, ni un más allá, ni lo bueno ni lo malo en sí, pues lo primero no es más que una convención y lo segundo está motivado por la preservación de uno mismo. Al *racionalismo ilustrado* se opone la *libertad de la razón*, de manera que el hombre consigo mismo y sin meta alguna se abre al mundo y se abre a la libertad. El apéndice que forma la segunda parte de la obra *Miscelánea de opiniones y sentencias* (1879) y *El caminante y su sombra* (1880) contienen variaciones de los mismos temas que la primera parte, siendo de destacar las críticas que vierte sobre los alemanes. La obra supone un giro en la orientación de su pensamiento y además un giro en la orientación de su vida en el sentido de que, a pesar de sus tremendos dolores, cree haber encontrado el camino para sanar la enfermedad, consistente en el desarrollo de la voluntad de conseguir la salud que como su pensamiento de caminante le llevará a algo nuevo.

DE BASILEA AL FINAL DE SUS DÍAS (1879-1900)

La enfermedad y los dolores se agravan en el verano de 1879 hasta tal punto que no le queda otra solución que solicitar de las autoridades de la universidad el cese de su actividad, lo que se le concede otorgándole, además, una pensión anual de tres mil francos, el equivalente a dos tercios de lo que recibía como salario. A partir de este momento continúa una vida viajera sin las obligaciones docentes que había concluido con lecciones sobre lírica griega y una introducción a la obra de Platón; una vida viajera que le lleva primero al castillo de Brengarten, próximo a Berna, y posteriormente a Oberengadin, buscando siempre un lugar y un clima que resultara beneficioso para su salud. En St. Moritz se siente inicialmente algo mejor, lo cierto es que mejor que en ninguna otra parte hasta ahora, y aunque no espera que su estado físico mejore, se siente lo suficientemente fuerte como para poder soportar los dolores. De todas formas la realidad es que su estado de salud no es muy prometedor, hasta el punto de que existen documentos que hablan del convencimiento de que va a morir. En cualquier caso, lo que sí puede afirmarse es que la enferme-

dad, fuera la que fuera, influía de alguna manera en sus reacciones. Por otra parte, no se excluye que éstas como consecuencia de ella pudieran haber influido en el agravamiento.

Si de alguna manera se pretendiese resumir en pocas palabras su vida a partir del momento en que deja la Universidad de Basilea, podría decirse que fueron años de aislamiento y de soledad, de enfermedad, de dedicación a la lectura, de dedicación a escribir. Las relaciones no llegaron mucho más allá de los contactos epistolares con los amigos, los familiares y los editores de sus obras. Durante la estancia en Naumburg, en el otoño de 1879, había aprovechado un viaje a Leipzig para entregar al editor el manuscrito de *Der Wanderer und sein Schatten* (1880), su madre, ante el estado de sus ojos en ese momento, le lee personalmente libros de Lérmontow, Macaulay, Möser, Pestalozzi, Gógol, Bret Harte, Mark Twain y Poe. En los últimos meses del año parece ser que la salud empeora hasta tal punto que los dolores llegan al límite de lo soportable, de manera que entiende y, así lo manifiesta, que su existencia es una horrible carga de la que se habría sacudido si no fuera porque estaba ocupado en las pruebas y los experimentos más instructivos en el ámbito de lo intelectual y lo moral en ese estado de tribulación y de renuncia casi absoluta. La alegría por el deseo profundo de saber le transporta hasta las alturas y le hace vencer todo martirio y desesperanza y sentirse más feliz que nunca. Luego pasa, ya al año siguiente, unos meses en Riva del Garda, la primavera en Venecia donde lee a H. Spencer, J. S. Mill, H. Lüdemann, el verano en Marienbad, volviendo otra vez a Naumburg y a continuación a Stresa y Génova donde estará hasta la primavera del siguiente año de 1880. Sigue escribiendo y hasta llega a preguntarse cómo le resulta posible realizar una actividad así estando en el estado en que se encuentran sus ojos. A continuación pasa unos meses en Recoaro donde trabaja en las pruebas de *Morgenröthe* y prosigue sin pausa con la actividad lectora. Parte del verano, durante su primera estancia en Sils-Maria, su estado anímico va de los extremos de la euforia al completo decaimiento. En esta localidad es donde emerge el pensamiento del *eterno retorno de lo idéntico*. En los meses siguientes de estancia en Génova se distrae con la asistencia al teatro y a

La casa de Nietzsche en Sils-Maria.

la ópera. El año 1882 es un año en que realiza más viajes de lo habitual: Génova, Mesina, Roma, Orta, Basilea, Lucerna, Naumburg, Tautenburg, de nuevo Naumburg, Leipzig, otra vez Basilea, Santa Margherita y Rapallo.

La vuelta a la soledad se interrumpe con el encuentro de gente en algunos viajes y hasta cierto punto con la intensa actividad como escritor de cartas a los amigos y conocidos. La compañía permanente de que disfruta, si es que puede denominarse así, es la actividad como pensador. Los pocos viajes que emprende tienen muchas veces que ver con todo ello, pero a veces son también consecuencia de la búsqueda de un clima que resulte más adecuado para su salud. El primer viaje a Venecia, después de Naumburg, lo pasa con su amigo Peter Gast. Cuando el verano comienza a ser duro se traslada a Engadin (Marienbad). El invierno lo pasa en Génova después de detenerse en el Lago Maggiore. El verano del año siguiente, 1883, también en Engadin, desde donde descubriría por casualidad Sils-Maria, algo muy especial para él, que le atrae por su belleza paisajística, llegándolo a comparar con las altiplanicies mejicanas, importante porque va a ser un lugar testigo de su actividad como escritor. Por entonces parece sentirse mucho mejor de salud, pero no tan bien como manifiesta en sus cartas. No obstante, lo que a fin de cuentas le importa es que se sienta bien porque en Sils-Maria es donde, como se ha mencionado ya, llega a la idea del *eterno retorno de lo idéntico*, el pensamiento que se convertirá en la clave del *Zaratustra*, obra que está a punto de concebir. Aquí se observa la coincidencia biográfica con el motivo fundamental. El autor vive, puede decirse que como un ermitaño, en una pequeña y austera habitación en la parte de atrás de la casa, orientada hacia el bosque y con apenas luz. Aquí vive realmente solo y aquí su tiempo está dedicado solamente a pensar y a escribir, a concentrar sus experiencias, a reflexionar sobre la evolución de su pensamiento en todos los aspectos de la vida. Este ambiente le hace descubrir el concepto del *amor fati* que desarrolla en *La gaya ciencia*, entendido como algo positivo, como una aceptación de la vida.

En el año 1882 el conocimiento de la joven rusa Lou Salomé, alumna de su amigo músico Reé que le había invitado a

Lou Salomé.

Roma, supone para él una experiencia que le hace cambiar completamente de estado de ánimo. Nietzsche se enamora y la joven manifiesta al menos una atracción profunda, pero no acepta los deseos del escritor de convertirla en compañera.

Del principio de este periodo, antes de que llegue *Zaratustra* son, además de *Idilios de Mesina [Idyllen aus Messina]* (1882), I. *Humano, demasiado humano. Un libro para espíritus libres [Menschliches, Allzumenschliches. Ein Buch für freie Geister]*, II. *Miscelánea de opiniones y sentencias [Vermischte Meinungen und Sprüche]* y *El caminante y su sombra [Der Wanderer und sein Schatten]* (1878-1879), *Aurora. Pensamientos sobre los prejuicios morales [Morgenröthe. Gedanke über die moralischen Vorurtheile]* (1881) y *La gaya ciencia [Die fröhliche Wissenschaft]* (1882).

En *Humano, demasiado humano. Un libro para espíritus libres [Menschliches, Allzumenschliches. Ein Buch für freie Geister]* Nietzsche desarrolla una reflexión sobre la metafísica tradicional y la filosofía de la naturaleza en el sentido de que frente al estaticismo de estas formas de disciplina propone un dinamismo por el que los fenómenos de la naturaleza se transforman fenomenológicamente a partir de las experiencias que capta la conciencia y no de una manera dialéctica al estilo hegeliano; aquí se percibe más el pensamiento presocrático y una concepción del ser humano como totalidad en el proceso de comprensión de la naturaleza que significa una especie de perspectivismo en un proceso de constante dinamismo. Por otra parte, en el terreno de la ética, en lo que se refiere en concreto al concepto de lo bueno, frente a lo establecido por Platón (realidad en sí) o de Kant (algo necesariamente en sí), lo bueno se manifiesta en el sentido de que es tal teniendo en cuenta una perspectiva histórica. Además reflexiona sobre la cultura criticando los principios morales como la virtud o la libertad de la voluntad, etc. Confronta el concepto de verdad y de mentira a una teoría del desarrollo en el que el ser humano del pasado es algo diferente al del futuro de un ser humano renovado; admite el hecho de que en la mentira hay una cierta inocencia. La religión, por otra parte, es interpretada como algo en lo que subyace la necesidad y no precisamente una repre-

sentación de la verdad; en este sentido, el arte es una actividad que en algunos aspectos se manifiesta de manera afín a la religión, aunque haya otros que ofrecen también contrastes, y en ella, el protagonista principal, el autor, existe como autor reconocido y admirado por la participación del lector que es quien le confirma; la religión y el arte son como la madre y el ejército, los dos activan el sentimiento del amor; no obstante, entiende que hay que dirigir la mirada más allá, hay que moverse por encima de ellos. En cualquier caso la obra se interpreta como un punto en el desarrollo del pensamiento de Nietzsche que no termina ahí, pues para el autor es una reflexión sobre sí mismo, una vuelta a sí mismo, donde aparece su soledad y desconfianza, un pesimismo valiente frente al pesimismo escéptico de los románticos. Esa vuelta sobre sí mismo no excluye la tarea de superar la enfermedad.

En *Aurora. Pensamientos sobre los prejuicios morales [Morgenröthe. Gedanken über die moralischen Vorurtheile]* continúa el autor desarrollando su pensamiento que interpreta como un viaje, como el vuelo de un pájaro en el que se simboliza el deseo ardiente de la búsqueda de conocimiento, pero que sabe no poder conseguir definitivamente, sino que entiende que sólo puede aportar algo que irá aumentando con la venida de generaciones futuras y que es una realidad prácticamente infinita. La obra desarrolla la idea de que su pensamiento no tiene ningún otro apoyo que él mismo, la misma persona, y así entiende que la moral es una especie de Circe cuyos principios están corrompidos; el pesimismo, al igual que en la obra anterior, sigue estando presente. De otro lado, entiende que la vida humana está fundamentada en la fisiología y psicología de las tendencias y en la siempre presente voluntad de saber. El hombre libre sigue siendo para él inmoral, todo depende de sí mismo, lo malo no tiene otro significado que el de lo anormal, libre, imprevisible, etc.; la religión es un fenómeno que se entiende desde una perspectiva tanto interior como exterior. Para la consideración de la religión y la política, encuentra una referencia en el mundo griego, en la justicia práctica de Platón, lo mismo que en el amor *(eros)*; en este caso también en otros intelectuales del mundo más moderno como Mozart o Stendhal. El espacio

y el tiempo son entendidos como puntos que garantizan la individualidad.

A medida que avanzan los años ochenta, su vida se caracteriza cada vez más por el aislamiento y la soledad y ello se manifiesta en el desarrollo de su pensamiento. En *La gaya ciencia [Die fröhliche Wissenschaft]* desarrolla nuevas ideas y adelanta otras que continuará desarrollando en obras posteriores, como *Also sprach Zarathustra* (1883-1885). Al igual que en *Die Geburt der Tragödie* se había decantado por el componente trágico de la vida, en *La gaya ciencia* lo hace por el cómico, aspecto que hace que el ser humano se ría de sí mismo tal y como hay que reírse para reírse de toda la verdad. De la obra destaca el tema de la idea de Dios y de manera especial de la muerte de Dios, muerte que se entiende como la pérdida de la creencia en él por incomprensible, lo que significa un giro a la metafísica desarrollada desde Platón hasta Hegel, según la cual la verdad se reconoce desde el fundamento que es la divinidad. El hombre loco nietzscheano entiende que con la muerte de Dios el sujeto de la historia es ahora el hombre en soledad y en responsabilidad propia, lo que supone una nueva situación que necesita ser compensada y que se consigue con la presencia de un horizonte nuevo, un mar abierto por el que navegar. Los conceptos de *eterno retorno* y de *superhombre* entran aquí en consideración. El segundo se entiende como una posibilidad ante la que se encuentra el hombre actual y el primero como la idea de que la vida que se vive en este momento tendrá que vivirse repetidas y hasta innumerables veces en las que no habrá nada nuevo, un pensamiento que no puede por menos de producir desesperación y que propone como solución la identificación del yo con el mundo en la que se eliminan las diferencias. La figura de Zaratustra adelanta lo que será el personaje a partir de la forma como es en la obra del mismo título, de la que tendremos ocasión más adelante de comentar más detenidamente.

Los años de dedicación a *Zaratustra* son años en que las relaciones con su madre y hermana no están libres de fricciones, a periodos de reconciliación siguen otros de asperezas. De los enfrentamientos con la hermana Elisabeth es de rese-

Su hermana Elisabeth.

ñar uno que tiene su origen en la actitud opuesta de ambos respecto del semitismo, a propósito del cual conviene hacer la observación de que independientemente de las deducciones que se han hecho de la obra de Nietzsche, parece que su percepción de connotaciones antisemitas no se sostiene. La hermana se casa con un profesor de enseñanza secundaria de mentalidad claramente antisemita. Ello explica el enfrentamiento entre hermanos en el año 1885. Las dos mujeres (hermana y cuñada), por otra parte, le apremian a que vuelva al trabajo universitario, lo que se salda con las no muy buenas noticias de la Universidad de Leipzig como respuesta al intento de aproximación, hecho que aunque no pareció disgustarle, profundizó su estado de soledad. El contrapeso le vendrá dado por el sentimiento de apoteosis que para él significa haber llegado a escribir lo que está escribiendo. En consecuencia, bien fuera por una razón bien lo fuera por la otra, a partir de este momento y hasta el final de su vida no son de reseñar muchos hechos de naturaleza externa significativos. Vive los inviernos fundamentalmente en Niza y los veranos en Sils-Maria.

El último año de su vida de conciencia plenamente clara es 1888. A partir de entonces la enfermedad comienza a agravarse muy seriamente. Coincide con el momento de una autovaloración de su persona que raya en lo desmedido y en el que el estado mental ha llegado a una situación extrema. De ello es prueba la postal que envía a su amigo Gast en la que firma como *El Crucificado [Der Gekreuzigte]* y en otra en la que escribe que puede que su dirección sea el Palazzo del Quirinale. El quebranto definitivo de la salud tiene lugar el 3 de enero del año 1889 en la ciudad de Turín. A partir de ese momento vive bajo la tutela de su madre en Jena y es por entonces cuando el marido de Elisabeth se suicida. Nietzsche sigue escribiendo, pero los resultados no van más allá de, pudiera decirse, extravagancias como *El crepúsculo de los ídolos o cómo se filosofa con el martillo [Götzendammerung oder Wie man mit dem Hammer philosophiert]*, última obra que se edita estando todavía en vida. A la muerte de su madre en 1897 su hermana le acoge en Weimar donde muere en demencia total el 25 de agosto de 1900.

En el año 1894 la hermana había fundado el *Nietzsche-Archiv* donde se recogía en un principio sobre todo la obra tardía del filósofo. En 1901 aparecen alrededor de 500 fragmentos escritos por Nietzsche en los años ochenta, que ella edita en colaboración con el amigo del autor Peter Gast con el título, de forma al parecer no muy acertada, de *La voluntad de poder [Der Wille zur Macht]*, edición que se repetirá en 1906 con aproximadamente el mismo número de fragmentos. De las obras de este último periodo de producción merece hacerse referencia en la práctica a todas, comenzando cronológicamente con *Más allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro [Jenseits von Gut und Böse. Vorspiel einer Philosophie der Zukunt]* (1886), que podría entenderse como una continuación de algunos de los aspectos ya tratados en *Also sprach Zarathustra*, unos con más profundidad otros con menos. Puede entenderse también como la parte negativa complementaria a la positiva de *Zaratustra*, cuya manifestación de los valores se opone a la transmutación de los mismos. En ella el filósofo del futuro es entendido como un tentador, alguien que socialmente está capacitado para ordenar y legislar. Por lo que se refiere a la idea de la *voluntad de poder* no parece el autor claramente decidido a tomar una expresión definida, pues la filosofía encierra una filosofía y las ideas son escondrijos y las palabras máscaras. En su crítica permanente a la metafísica entiende que las grandes filosofías no son sino autorreconocimiento del autor respectivo de las mismas. Por lo que se refiere a la idea de la *antítesis de los valores* y en concreto sobre la *verdad*, se pregunta por qué en lugar de la verdad no se prefiere su contrario.

En *Sobre la genealogía de la moral. Una polémica [Zur Genealogie der Moral. Eine Streitschrift]* (1887) se plantean algunas cuestiones ya iniciadas con anterioridad. En la consideración de la historiografía, la oposición declarada de Nietzsche al historicismo no desdeña la toma en cuenta de los documentos. De otro lado, de entre los aspectos fundamentales de que se trata en la obra, es de reseñar la consideración de dos tipos de moral, la de los señores y la de los esclavos, la primera de las cuales ha predominado en la historia y en ella la nobleza se consideró buena como la portadora de la buena moral y consi-

deró a los subditos como representantes de la mala moral. Con la llegada del cristianismo la nueva moral, la de los subditos, se convierte en la moral dominante, pero se trata de una moral surgida del resentimiento. Además, el surgimiento del Estado se entiende como una manera de dominio del pueblo primitivo por los conquistadores y una raza de señores; y la representación de la Iglesia ocupa su lugar en la consideración de la función ascética, el ideal del sacerdote que Nietzsche explica como algo que no tenía competencia; a fin de cuentas el hombre prefiere la nada a no tener voluntad. El ideal ascético tiene como meta desear la verdad.

En *El caso Wagner. Un problema de músico [Der Fall Wagner. Ein Musikanten-Problem]* (1888) entiende Nietzsche a Wagner como el máximo representante de la decadencia europea. Es una crítica además a la moral que se encierra detrás de la misma. La música de Wagner ha evolucionado hacia el pesimismo representado por Schopenhauer, ha apartado el optimismo de su época anterior a *Ring der Nibelungen*. El éxito del músico es engañoso, pues se basa en las masas y lo grandioso. Su música no tiene melodía, no es una obra de totalidad, sino de pequeñas cosas y detalles; literariamente el autor no sabe construir una acción, le ocurre lo mismo que a la literatura decadente. El compositor es un actor, un histrión, y lo malo es que los amantes de Wagner hacen ver lo costoso que resulta el músico. La enemistad de Nietzsche con Wagner y su esposa parece no haber sido la única razón del escrito, puesto que el músico había muerto ya en el año 1883 y el comienzo de la crítica no tiene lugar aquí.

Pero la polémica no termina, sino que continúa con *Nietzsche contra Wagner. Actas de un psicólogo [Nietzsche contra Wagner. Aktenstücke eines Psychologen]* (1889). El autor insiste en la obra que la enemistad viene ya de antes y, con ello, que las razones son de naturaleza personal y artística, esto es, de la manera de entender el arte. El subtítulo de la obra hace referencia a la cualidad de psicólogo que él considera ser; una cualidad mediante la que es capaz de penetrar en el estado interno anímico de Wagner, que no es otro que un estado de necesidad. Por lo que se refiere en concreto al arte cree que éste se orienta por los griegos, quienes fueron superficiales, idólatras del

Ya enfermo con su madre.

Olimpo, idólatras de la forma, los tonos y las palabras. Así pues, Wagner en su antípoda, representa un gran peligro para la música, significa la degeneración del sentido rítmico, es caótico en este aspecto. Como en la obra anterior, sigue considerándole decadente y al igual que Schopenhauer es un enfermo de pobreza, ambos exigen tranquilidad, un mar tranquilo y al final también el adormecimiento del arte y la filosofía; él en cambio sufre de tener superabundancia de vida, de pretender un arte dionisiaco y de poseer una visión y perspectiva trágicas de la vida. Lo que no quiere decir que no reconociese inicialmente las capacidades de Wagner como músico; a pesar de todo, pronto comenzó a albergar dudas, lo que ocurrió ya con los primeros festivales del verano de 1876.

El crepúsculo de los ídolos o Cómo se filosofa con el martillo [Götzen Dämmerung oder wie man mit dem Hammer philosophirt] (1889) es una obra que el autor en el momento de su aparición —la había escrito con anterioridad en el verano de 1988 como resultado de anotaciones no pensadas expresamente para una obra aislada— se encontraba en un estado de demencia tal que no fue consciente de ello. La obra se ocupa, como el autor dice, de un resumen de sus ortodoxias filosóficas, de entre las que son de destacar la vuelta a los conceptos de lo apolíneo y lo dionisiaco como dos formas de lo entusiástico. Respecto de Alemania afirma que culturalmente es una realidad a no tener en cuenta. Sócrates, en contra de cómo fue considerado inicialmente, es también un decadente y en su crítica a la moral por él desarrollada entiende que, tal y como ha sido entendida por lo común, no ha ido más allá de ser antinatural, por la sencilla razón de que ha ido contra el fundamento de toda moral, esto es, contra los instintos de la vida que son los que hacen que una moral sea sana. En la crítica de la metafísica destaca la que dirige contra la falta de sentido por la historia, su concepción del devenir y la confusión entre principio y final. El término *ídolos* del título de la obra no significa otra cosa que las viejas verdades y, por tanto, el final de las mismas.

El Anticristo. Anatema contra el Cristianismo [Der Antichrist. Fluch auf das Christentum] (1888). La idea básica de esta obra, una parte de la inicialmente pensada como *La transmutación de todos los valores [Umwerthung aller Werthe]*, que posteriormen-

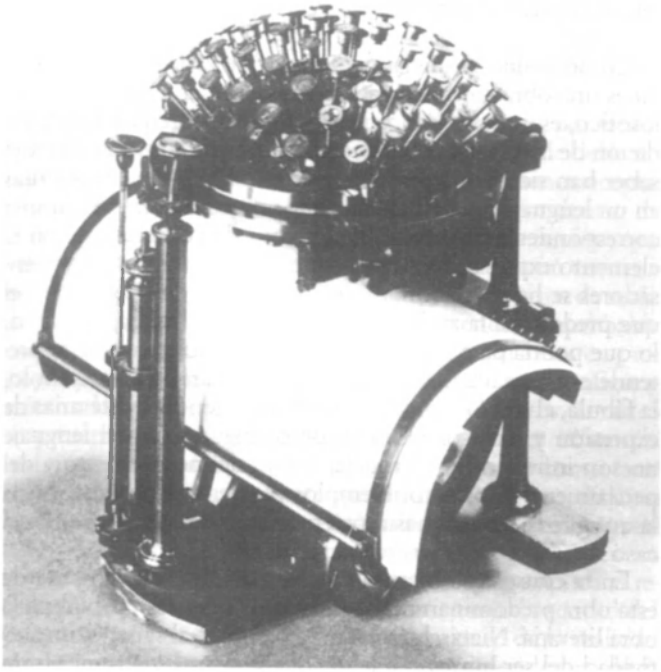
te se limita a ser subtítulo de la misma hasta que aparece publicada con el actual, es el principio de que *bueno* es todo aquello que eleva en el ser humano el sentimiento de poder, la voluntad de poder, malo, sin embargo, todo aquello que tiene su origen en la debilidad. En ella la crítica a la religión cristiana se basa en el hecho de que esta religión ha creado una realidad de ficción y de otro lado un dios en el que se idolatra a la nada, se santifica la voluntad de la nada. El extremo de la obra se alcanza cuando la persona de Cristo es considerada como un idiota y su aportación se entiende como la eliminación de todo tipo de relación de distancia entre Dios y el hombre. De él se afirma no haber sido el fundador del cristianismo; el fundador fue San Pablo el *disangelista*, Cristo no fue más que un decadente. Por todo ello se ve obligado a condenar el cristianismo.

Ecce homo. Cómo se llega a ser lo que se es [Ecce homo. Wie man wird, was man ist] (1888-1889) es el intento de Nietzsche por escribir su autobiografía. En ella pretende varios objetivos: aclarar aspectos de sus obras que cree no han sido entendidos bien, agradecer a la vida lo que realmente es y tal vez también provocar al lector con la publicación de su obra. Cree que tiene que agradecer a toda su vida, es decir, estar agradecido por el amor a la necesidad, el *amor fati,* una actitud de no querer ninguna otra cosa, ni hacia delante ni hacia atrás, hacia ninguna eternidad. Sobre su personalidad dice que también él es decadente, pero al mismo tiempo principio, que no quiere que se le considere santo, que no lo es, pero tal vez sí un bufón. Sobre principios de su filosofía que ha tratado ya anteriormente se refiere a la religión cristiana afirmando que prefiere a Dioniso antes que a Cristo, pues el primero afirma la vida, mientras que el «crucificado» la niega; el descubrimiento de la moral cristiana es algo sin par, ha sido una catástrofe. Y por lo que a la política se refiere cree que los poderes de la vieja sociedad han saltado por los aires, todos ellos viven en la mentira, habrá guerras como nunca ha habido en la tierra.

La última obra que Nietzsche publica en vida y en vida consciente lleva por título *Ditirambos de Dioniso [Dionisos-Dithyramben]* (1888-1889), básicamente literaria, pero también filosófica. En ella se recogen una serie de ditirambos que el

autor había escrito con anterioridad, algunos de los cuales tenía previsto publicar en otras obras, como *Ecce homo* o *Nietzsche contra Wagner*, otros, incluso había publicado ya en la cuarta parte de *Also sprach Zarathustra*. Destaca el tema del nihilismo en *Entre las hijas del desierto [Unter Töchtern der Wüste]*, el ya conocido del *amor fati*, el caso del ditirambo de título *Gloria y eternidad [Ruhm und Ewigkeit]*, la crítica al deseo de verdad en *La canción de la melancolía [Das Lied der Schwermuth]*. En algunos de ellos llama la atención la identificación de Dioniso con Zaratustra e incluso con el propio Nietzsche, para quien Zaratustra habla el lenguaje del ditirambo, pues no en vano los ditirambos surgen de las canciones de Zaratustra.

A pesar de que la obra de Nietzsche publicada en su vida, responde básicamente a la publicada hasta el momento en que su estado mental se lo permite, conviene mencionar la obra póstuma escrita todavía durante los años ochenta, conocida como *Fragmentos [Fragmente]* según el nombre dado por la edición crítica de Colli y Montinari, que en realidad proceden de una serie de anotaciones, reflexiones, proyectos, poemas, cartas no concluidas, etc. Todos ellos responden a aspectos del pensamiento filosófico del autor de los primeros años ochenta relacionados con la moral, siempre con el matiz psicológico específico propio, como es el sentimiento del poder o las ciencias como ayuda para comprender el principio del *eterno retorno*, con alusiones e incluso textos de *Also sprach Zarathustra*, de donde puede observarse incluso el surgimiento de esta obra, la idea sobre *la muerte de Dios*, sobre *el superhombre*, idea relacionada aquí directamente con la del *eterno retorno*, la intención de ampliar dos partes más *Also sprach Zarathustra*, sin olvidar la reelaboración de poemas que había escrito con anterioridad. En los fragmentos escritos después de 1885 parece como si Nietzsche tuviese la intención de revisar o al menos completar parte de su obra ya escrita, pensando incluso en darle una estructura definitiva con cuatro libros sobre cuatro partes: *El nihilismo, Crítica de los valores, El problema del legislador* y *Teoría del eterno retorno*, incluso con un subtítulo que sería *Ensayo de una transmutación de todos los valores*.



Máquina de escribir de Nietzsche.

«Also sprach Zarathustra»

Como se dijo ya inicialmente, aunque *Also sprach Zarathustra* es una obra considerada fundamentalmente de carácter filosófico, es, no obstante, también una obra literaria. En la tradición de la historia de la filosofía las obras de este ámbito del saber han sido por lo común, cierto que no siempre, escritas en un lenguaje discursivo en el que se pretende encontrar una correspondencia a ser posible unívoca de la expresión con el elemento expresado. Es cierto que en ocasiones muchos pensadores se han servido también de un tipo de lenguaje en el que predomina la ambigüedad, es decir un lenguaje literario, lo que podría parecer contradictorio si el objetivo que se pretende es precisamente la univocidad. La parábola, el símbolo, la fábula, el símil y otras muchas formas genéricas literarias de expresión y recursos retóricos de configuración del lenguaje no son infrecuentes en muchas obras del pensamiento y del pensamiento filosófico. Ejemplos pueden encontrarse desde la antigüedad griega hasta prácticamente la actualidad. Es el caso de *Also sprach Zarathustra.*

En la construcción tanto estructural como del lenguaje de esta obra predominan muchos de los elementos propios de la obra literaria. Nietzsche sabe muy bien que el saber es una actividad del ser humano a la que no se le pueden poner fronteras y sabe muy bien también que las actividades del pensamiento no son unívocas y excluyentes. Esto significa para él que la manera de expresión de una idea puede ser resultado de la utilización de cualquier medio de expresión lingüístico de los que dispone la mente humana y que, en consecuencia, las formas de expresión tradicionales de la literatura pueden muy bien servir también para sus objetivos. De otro lado es de la opinión de que dentro del propio campo de la expresión literaria los géneros no son ámbitos estancos, sino ámbitos que pueden no solamente ser invadidos por otros, sino además que ellos mismos pueden invadirse.

En las páginas siguientes se trata pues de intentar ver cómo se produce este fenómeno en esta obra, sin pasar por alto, como no puede ser de otra manera, que la obra es portadora

de unos contenidos y que, por otra parte también, la obra utiliza formas de expresión, dos aspectos que aunque desde una perspectiva metodológica puedan tratarse separadamente, sin embargo, son dos componentes de una única realidad.

Zaratustra parece de entrada una obra literaria y, por tanto, de ficción. Pero seguramente es una afirmación que debe ser matizada. Se trata de una determinación o al menos aceptación de ciertos conceptos que son de uso común dentro de la crítica literaria. El primero de todos es el de la ficción, que ha sido entendido como la expresión literaria de un contenido no real, de manera que puede aparecer con visos de realidad, aunque no se trate de una realidad exterior comprobable como existente. De manera especial en las creaciones en prosa y específicamente en la novela se produce una configuración en la que los personajes o los acontecimientos narrados se presentan como realidades que parecen tener existencia real, no extraliteraria, tanto en la mente del autor como también en la del lector; es cierto que en una menor medida en la del autor por el hecho de ser él quien sabe que no son reales y porque lo que pretende precisamente es que aparezcan con esa cualidad. El concepto de creación que se aplica al resultado de la actividad literaria justificaría tanto la actitud del uno como del otro en el grado de sentimiento de la realidad que aparece en la obra. La literatura histórica y dentro de la narrativa la novela histórica, parecen ofrecer dificultades a la hora de aceptar esta idea de la ficción literaria. A pesar de todo, aun aceptando la teoría de que la novela histórica es una realidad literaria híbrida, en el sentido de que en ella se conjugan tanto elementos ficticios como elementos de la realidad real, sin embargo, no puede excluirse en modo alguno que la realidad literaria resultante que constituye la literatura histórica, sea considerada en su totalidad, a fin de cuentas y con pleno derecho, una realidad ficticia. La razón habría que encontrarla en el hecho de que ha habido una intervención por parte del autor en los contenidos históricos —mejor dicho, que son considerados históricos en el sentido de que se corresponden con la auténtica realidad histórica— para poder integrarlos dentro de la nueva realidad que es la li-

teraria. Es decir, el resultado no ha sido otro que una realidad de ficción.

Pero continuando con la argumentación que lleva a explicar el caso aquí objeto de interés, conviene añadir que aceptando la realidad resultante como de ficción, ésta se constituye como una realidad autónoma no dependiente de ninguna otra realidad externa a ella misma, es decir —tal y como ya se acepta de una manera, si no generalizada, sí al menos muy amplia—, se constituye por un lado como una realidad autorreferencial, pero también como una realidad pseudorreferencial, en el sentido de que de alguna manera establece también una relación de referencia con la realidad exterior no literaria, aunque se limite a la realidad que surge de la experiencia del propio autor. La razón de ello ha de encontrarse en el hecho de que la obra literaria se ha convertido en algo que no se queda en sí mismo sino que trasciende su existencia autónoma por el hecho de establecerse como símbolo de otra realidad que se sitúa fuera de sí misma.

Además de todo ello, la obra literaria es portadora de una función primordial específica propia que, sin ser exclusiva, es básica como justificación de su existencia y que se ha reconocido y aceptado a lo largo de la historia y que sigue reconociéndose y aceptándose también hoy. Es la función que consiste en producir gratificaciones en el lector cuando se pone en contacto con la misma en el proceso del acto de lectura, una función que tradicionalmente ha sido entendida, aunque resulte un término tal vez desgastado, como estética. La actividad literaria que pone en contacto al creador con el receptor es, en definitiva, un juego, una actividad lúdica que, como tal, sirve para divertir. Es cierto que la ficción literaria puede, sin menoscabo de su función fundamental, desempeñar otras funciones que le son secundarias, como pueden ser, por poner algunos ejemplos, la función social, política, didáctica, de producir o trasmitir conocimiento, etc., que de ninguna manera suplantan la fundamental. Finalmente sería conveniente abordar algunos aspectos necesarios para dilucidar la cuestión de la delimitación de los géneros literarios, no poco complicado, que aquí no puede ir más allá de la simple mención.

Con ello se establecen puntos fundamentales de partida para entender la naturaleza de la cualidad de la ficción de toda obra literaria y por tanto también de *Also sprach Zarathustra.*

Génesis de la obra

En el año 1883 Nietzsche publica *Así habló Zaratustra. Primera parte. Un libro para todos y para nadie [Also sprach Zarathustra. Ein Buch für alle und keinen].* En el mismo año *Así habló Zaratustra. Segunda parte. Un libro para todos y para nadie [Also sprach Zarathustra. Zweiter Theil. Ein Buch für alle und keinen].* En el año 1884 aparece *Así habló Zaratustra. Tercera parte. Un libro para todos y para nadie [Also sprach Zarathustra. Dritter Theil. Ein Buch für alle und keinen].* En el año 1885 *Así habló Zaratusthra. Cuarta parte. Un libro para todos y para nadie [Also sprach Zarathustra. Vierter und letzter Theil. Ein Buch für alle und keinen].* Con la publicación de la primera parte parecía, aunque ello pueda dar la impresión de contradictorio como se verá enseguida, que el autor estaba pensando en una obra cerrada a la que en consecuencia no iba a seguir ninguna parte más. No obstante, escribe una segunda y una tercera. Es más, escribe una cuarta, que él en esta ocasión expresamente califica de última, en una edición privada y limitada de cuarenta ejemplares. En el año 1892 aparece una edición completa de la obra.

Diez días es el tiempo que necesita el autor para escribir la primera parte, una celeridad que, aun llamando la atención, se explica como la consecuencia de muchas horas dedicadas con intensidad a lecturas, reflexiones y pruebas de escritura previas sometidas a constante revisión. Ello quiere decir que antes ha habido un periodo más bien largo de gestación que, a la postre, se extiende también al resto de las partes. De otro lado, no se puede pasar por alto la existencia de pruebas que demuestran que el autor no tuvo siempre una idea definitiva sobre la obra que estaba escribiendo, de manera que el plan establecido fue cambiando una y otra vez hasta el punto de que en propias anotaciones se habla de una quinta y hasta de una sexta partes; también de que la cuarta podía terminar

siendo una colección de poemas. En este sentido resulta llamativo el hecho de que los *Ditirambos de Dioniso [Dionisos-Dithyramben]* completen más tarde, como se ha visto, las canciones de la cuarta parte junto con otros poemas nuevos; o que incluso en los *Fragmentos* que dan lugar a la obra postuma se siga mencionando la figura de Zaratustra de la que después de publicada la obra dice no querer ya hablar más[17].

Sea como fuere, el hecho es que en el año 1881 en uno de los fragmentos postumos, *Mediodía y eternidad. Señal de una nueva vida [Mittag und Ewigkeit. Fingerzeige zu einem neuen Leben]* el autor menciona ya el plan de *Zaratustra* cuando, refiriéndose al personaje, dice que se trata de alguien que tiene treinta años y que de ellos ha pasado diez en soledad. Dice además que la obra iba a tener cuatro partes, de las que la primera estaría redactada en el estilo propio del primer tiempo de la *Novena sinfonía*[18]. Es más, en *Ecce homo* (1888-1889) dedica un apartado a la obra en el que cuenta su historia, afirmando que habría de ser considerada como algo musical[19]. La prueba de la consideración por parte del propio autor de algo que pertenece al ámbito de lo artístico, podría afirmarse de lo literario-musical, parece evidenciarse.

A «6.000 pies por encima del hombre y del tiempo» es la manera como Nietzsche firma una hoja que ha escrito, mencionada más tarde en *Ecce homo*[20], en agosto del año 1881. Allí, en Sils-Maria, tiene origen la idea fundamental del *eterno retorno*, paseando junto al lago de Silvaplana a través del bosque y en el momento en que se detiene junto a una roca en forma de pirámide, un lugar no alejado de Surlei. Poco antes, en Recoaro, localidad próxima a Vicenza, en compañía de su amigo Peter Gast, había sentido un cambio fundamental, un renacimiento en el gusto por la música. Un día después de aquella fecha y hasta el *parto* en febrero de 1883 pasarían die-

[17] Friedrich Nietzsche, *Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe 11*, edición de G. Colli y M. Montinari, Munich/Berlín/Nueva York, 1988, pág. 83. (Edición crítica en 11 volúmenes. En adelante *KSA*).

[18] *KSA* 9, pág. 519.

[19] *KSA* 6, pág. 335.

[20] *Ibid.*

ciocho meses de *gestación*, un periodo de tiempo que, al menos según la filosofía budista, hace pensar en la idea de que en el fondo se trata de una *mujercita elefante (Elephanten-Weibchen)*. El invierno siguiente lo pasa en Rapallo, pueblo no alejado de Génova, en la bahía en que confluyen Chiavari y las estribaciones de Porto Fino. Fueron unos meses en los que su salud no fue precisamente a mejor; se encontraba en un lugar donde las mareas altas no le permitían dormir, un ambiente que correspondía a todo lo contrario de lo que uno puede desear del clima. Por las mañanas subía a lo alto del Zoagli, por la tarde, siempre que se lo permitía la salud, bordeaba la bahía de Santa Margherita hasta Porto Fino. En ese invierno de condiciones más bien desfavorables surgió *Zaratustra*. Curiosamente en otoño de 1886 volvería Nietzsche a visitar por última vez este lugar, según él, de felicidad. Allí se le había ocurrido todo el primer *Zaratustra*[21].

Contenido estructural

Por lo general los estudiosos que se han ocupado desde una perspectiva literaria de desentrañar esta obra de Nietzsche son de la opinión de que encierra un contenido argumental relativamente sencillo. Se trata de la historia de un profeta, de un maestro de una nueva doctrina, que se extiende desde el momento en que tiene treinta años hasta que ha llegado a ser un anciano. El contenido argumental es a la vez que narrativo también didáctico, si bien el primer aspecto es dominante en las dos primeras partes y el segundo lo es en las otras dos.

Sintetizando el contenido puede decirse que la narración comienza en el momento que el protagonista abandona su tierra y durante diez años se esconde en la soledad de las montañas. Después de ese tiempo vuelve al lugar de los hombres y comienza a enseñar su doctrina, viviendo en contacto con los mismos, considerados masa en un principio y discípulos después, y llevando alternativamente una vida de anacoreta.

[21] Cfr. *ibíd.*, págs. 336-337.

En las dos últimas partes de la obra el protagonista en muchas ocasiones tan sólo se relaciona consigo mismo con quien y a quien explica la propia doctrina. Es en la parte final, ya en la cuarta, cuando se ha hecho anciano.

En una aproximación más detallada al desarrollo argumental y a la acción, pueden aclararse muchos de los aspectos de la obra. Se observa que la trama se limita prácticamente al protagonista, lo que, desde la perspectiva novelesca puede ser la razón de la simplicidad de la acción externa a que se hacía referencia antes.

La evolución de la acción gira en torno al desarrollo de la actividad de la persona de Zaratustra a lo largo de cuatro momentos de su existencia, lo que coincide con las cuatro partes de la obra.

En la primera parte, a la edad de treinta años, busca la tranquilidad y se retira, acompañado de un águila y una serpiente, a la soledad de las montañas. Después de diez años siente la necesidad de volver a la compañía de los seres humanos y, por el amor que les profesa, enseñarles lo que ha aprendido durante ese tiempo de ausencia, entre otras cosas, que Dios ha muerto, manifestándoles en primer lugar que les habla del *superhombre*, un punto del desarrollo del ser humano que se entiende como el puente que le separa del animal. Salvo el equilibrista —a fin de cuentas un recurso simbólico— que falla en su trabajo, nadie de entre la masa le entiende, con lo que llega a la conclusión de que lo que necesita son discípulos. En ese momento sus animales, el águila y la serpiente, le sirven de guía y de compañía. En la ciudad de *La Vaca Multicolor*, traducción del nombre de la ciudad de Kammasuddamam que visitó Buda, enseña la doctrina de las tres transformaciones del espíritu —la autorresponsabilidad, la autosuperación y la autolegislación—, realiza una crítica de su propia doctrina sobre el sentido de la Tierra, de la que no está plenamente convencido y reflexiona sobre la idea de que la verdad está más allá de los hombres, por detrás de las cosas, de que se trata de la verdad del mundo, del ser. Sus enseñanzas en la ciudad de *La Vaca Multicolor*, giran en tono a *las tres transformaciones*, a *las cátedras* de *la virtud*, a *los trasmundanos*, a *los despreciadores del cuerpo*, a *las alegrías y las pasiones*, al

pálido durmiente, al *leer y al escribir*, etc. Al encontrar cerca de la ciudad a un joven que le evitaba, rompe a hablar sobre el *árbol de la montaña*, después, sobre *los predicadores de la muerte*, sobre *la guerra y el pueblo guerrero*, sobre el *nuevo ídolo*, sobre *las moscas del mercado*, sobre *la castidad*, sobre el *amigo*, sobre *las mil metas y la «única meta»*, sobre el *amor al prójimo*, sobre el *camino del creador*, sobre las *viejecitas y* las *jovencitas*, sobre *la picadura de la víbora*, sobre *el hijo y el matrimonio*, sobre *la muerte libre*...

Dentro del entramado ideológico está el concepto que considera que el cuerpo es el yo del hombre, una realidad que está por detrás del espíritu, y que la virtud está en la individualidad del ser humano. Frente al espíritu de la pesadez que ha de ser superado está el de la ligereza, afirmando de sí mismo que se siente tan ligero que llega hasta volar y que un dios baila en su derredor. La soledad es necesaria para encontrarse y mantenerse uno a sí mismo, si bien es cierto que uno puede sentir la necesidad de la amistad, del amigo que al tiempo se constituye en su mejor enemigo. Entiende que en las relaciones como la de amor entre hombre y mujer, la parte femenina es incapaz de amar; en la de amistad en el sentido de amor al prójimo, se trata o bien de tiranizar al otro incorporándole dentro del propio yo o bien de someterse a la otra parte. Insiste en la doctrina sobre el *sentido de la tierra* con el que está relacionada la esperanza del *superhombre* y aconseja a sus discípulos que no confundan a Zaratustra con sus doctrinas, de manera que se superen ellos mismos y sean autónomos. Llegado un día, el protagonista decide marcharse de la ciudad y antes de despedirse de sus discípulos les habla todavía de *la virtud dadivosa*. La razón de la marcha reside en que siente que necesita madurar y nada mejor que volver a la soledad de las montañas con su águila y su serpiente.

La segunda parte comienza con la estancia del protagonista durante años en las montañas y, como en la primera, vuelve a sentir la necesidad de transmitir, de enseñar a sus adictos lo que ha aprendido, entre otras cosas, también la felicidad de poder volver con este fin, lo que intenta hacer ver al águila y a la serpiente. En las *Islas Afortunadas* habla a sus amigos so-

bre Dios como algo enfrentado a lo que hace que el hombre pueda ser creativo, lo que le lleva a la conclusión de que los hombres han de orientarse según las directrices del *superhombre*. Las razones que aporta para ello están en que este ser es el sentido de la Tierra, esto es, el sentido de las cosas desde la capacidad de creación del ser humano a partir de lo contingente, de la corporeidad, del devenir y del tiempo, frente a la orientación divina que se mueve desde los principios de lo ilimitado, lo imperecedero y lo eterno, es decir, desde la consideración de la idea de la trascendencia.

Además de continuar con la tarea que considera propia, como es la explicación de otros muchos temas de su doctrina mediante discursos, también *compone* canciones, ejerce como poeta; los contenidos expresan la duda de conseguir el objetivo de la autosuperación, son canciones en las que se manifiesta que la solución a ese estado se encuentra en la *voluntad*, lo que no excluye que en ellas se exprese el amor que siente dentro (la *canción de la noche, la canción del baile, el canto fúnebre)*. La personalidad del protagonista va perfilándose cada vez más, precisamente mediante el rasgo nuevo de sentirse *poeta;* llega a entender incluso que las comparaciones y el lenguaje que utiliza, es en realidad propio de los poetas, si bien por otro lado, manifiesta la contradicción de sentirse hastiado de ellos por el hecho de que se siente un espíritu libre.

En las *Islas Afortunadas* sigue con sus discursos y desarrolla el concepto, el segundo fundamental de la obra, de la *voluntad de poder*. Lo explica como la fuerza dinámica que hace que el hombre se ponga en movimiento y se supere teniendo en consideración el intercambio de obediencia y mandato. Una nota importante de la *voluntad de poder* es que ésta encuentra su manifestación también en el conocer.

De los contenidos de sus discursos son de destacar también los que tratan de *los compasivos*, de *los sacerdotes*, de *los virtuosos*, del *pueblo*, de *las tarántulas*, de *los sabios famosos*, etc., y, de vuelta a la forma del discurso, enseña sobre temas como el de *la superación de sí mismo*, de *los sublimes*, del *país de la cultura*, del *inmaculado conocimiento*, de *los dioses*, de *los poetas*, de *grandes acontecimientos*, del *adivino*, de *la redención*, de *la cordura respecto a los hombres*, de *la más silenciosa de todas las horas*.

Después de las primeras experiencias en la *Isla del Volcán* empieza, aunque no sea más que a perfilarse, la idea del *eterno retorno de lo idéntico*, y ante el convencimiento de que lo que puede ofrecer con sus doctrinas es un fruto todavía no maduro, decide, de noche, no sin antes «haber llorado» como consecuencia del dolor que supone la despedida, abandonar a sus amigos en búsqueda de la soledad como medio para profundizar en sus conocimientos.

Al comienzo de la *tercera parte* se narra la nueva marcha de Zaratustra. El apartado primero de título *el caminante* se ocupa de las propias reflexiones de su camino hacia el mar, donde, una vez ya en el barco, después de dos días en completo silencio comienza a hablar de nuevos temas como el de *la visión y el enigma*. A cuatro días de haber dejado las *Islas Afortunadas* se dirige a sí mismo hablando acerca *de la bienaventuranza no querida* y de *antes de la salida del sol*. Llegado a tierra firme se mueve de un lugar para otro preguntándose por cuestiones como la de *la virtud empequeñecedora, del monte de los olivos, del pasar del tiempo* y de *los apóstatas*. Zaratustra se echa a llorar cuando antes de abandonar las *Islas* siente la soledad y en ella el deseo de amar sin olvidarse de sí mismo y, una vez más, superarse. Ya en el viaje en barco desde las *Islas* cuenta a quienes desean escucharle el contenido de un sueño que ha tenido del que se desprende el pensamiento del *eterno retorno de lo idéntico*. Aquí llama de una manera especial la atención la identificación del personaje con las experiencias y vivencias que está teniendo a medida que su vida se desarrolla y evoluciona. Mientras que los acontecimientos que se narran en los libros anteriores de la obra se producen con celeridad, en este caso la vuelta a la montaña desde el lugar donde tienen lugar sus discursos se produce lentamente; tanto es así que llega a compararse con un río que fluyendo por diferentes lugares regresa a su fuente —Goethe ya había expresado algo semejante en su poema «Mohamet», sólo que en este caso el río fluye en dirección hacia el mar. Zaratustra, en cambio, vuelve a las cumbres. Pasa por la *Gran Ciudad*, otra vez por *La Vaca Multicolor*, hasta llegar a la soledad y el aislamiento de las montañas y allí a la libertad. De este modo tiene la oportunidad de seguir reflexionando, ahora sobre ideas como las de los *tres*

males (el *egoísmo*, la *ambición de poder* y la *voluptuosidad)*. Es un adelanto de los contenidos de *La transmutación de todos los valores [Umwerthung aller Werthe]*. A pesar de que le rondan los deseos de volver junto a los hombres, se queda viviendo en su cueva de las montañas. Allí tiene lugar el acontecimiento de llegar a sorprender y a asustar a los animales como resultado de la excitación que manifiesta al conjurar el concepto del *eterno retorno de lo idéntico* que emerge desde lo profundo de su ser. En su ambiente de montaña reflexiona en voz alta también sobre *el retorno a casa, los tres males, el espíritu de la pesadez, las tablas viejas y nuevas,* etc. Una mañana Zaratustra se pone a gritar para atraer hacia sí el pensamiento que está buscando y termina por desvanecerse durante siete días, después de los cuales sus animales comienzan a hablar con él para, posteriormente seguir Zaratustra reflexionando y hablando consigo mismo del *gran anhelo, componiendo* otra *canción de danza* y finalmente *los siete sellos o la canción del sí y del amén.*

Precisamente en el contacto con sus animales, entendido como el medio de unión con ese pensamiento fundamental y a partir del sueño con la serpiente a la que arranca la cabeza, comienza a sentir que va a sanarse de la enfermedad del hastío que siempre le ha acompañado. Zaratustra vuelve a actuar como poeta que *canta* poemas que, además de expresar la felicidad que le proporciona el estado en que se siente, son una alabanza al concepto del *eterno retorno de lo idéntico.*

En la cuarta parte la acción se hace más compleja y también más novelesca en el sentido clásico del término. El autor comienza narrando cómo el protagonista desde el momento de la conjuración de ese gran pensamiento se queda en las montañas disfrutando de la soledad y del tiempo de muchos meses y años que hacen de él un anciano cuyos cabellos se vuelven blancos. La felicidad de Zaratustra expresada al final de la parte tercera de la historia podría conducir a pensar que de ese modo y en ese momento terminaría la obra. Con todo, el autor omnisciente no parece satisfecho y sigue narrando lo que pasa dentro del protagonista después de ese gran momento en que no parece moverle más el anhelo de regresar otra vez junto a los hombres, pero sí la necesidad de hablar de sí mismo y de su doctrina. Zaratustra está lleno de fe-

licidad y quiere servir de atractivo para que, invirtiendo la forma de acercamiento, sean los hombres quienes vengan a donde está él y no al revés como había ocurrido hasta ahora. Sube entonces a una montaña a realizar *la ofrenda de la miel* y al día siguiente se encuentra con el adivino y oye el *grito de socorro* del hombre superior, a cuyo encuentro se pone en camino en contra de la opinión del propio adivino. En la marcha hacia el lugar de donde procede el grito que emite el *hombre superior* va encontrándose con diferentes *hombres superiores* a quienes invita a que vengan a visitarle por la noche a su cueva. En primer lugar se encuentra con un cortejo en el que viajan *los dos reyes* que quieren verle, pues no habiendo querido dejarse infectar por el populacho buscan también a ese ser, a alguien que sea mejor que ellos; luego al *concienzudo del espíritu* con quien habla de *la sanguijuela* y quien manifiesta que se siente seguidor de Zaratustra; luego al *mago,* a quien invita también a su cueva; al *jubilado,* al anciano en estado lamentable que busca al auténtico Zaratustra y a quien igualmente invita a su casa; al *último Papa* que no tiene ya nada que hacer una vez que Dios ha muerto y busca a Zaratustra el más piadoso de todos los ateos; al *más feo de los hombres* que ha matado a Dios y que agradece a Zaratustra su desprecio por la compasión, advirtiéndole de no ceder a la misma; al *mendigo voluntario* que ha dejado sus riquezas para servir a los pobres y para quien Zaratustra es el único hombre que admira; a su propia *sombra* en la que reconoce la eliminación de todos los valores periclitados, pero también la desorientación a que puede llevar el exceso de autonomía. En el camino de regreso Zaratustra oye el grito que sale de su cueva y ve a todos con los que se ha encontrado por la mañana en dirección hacia el lugar de donde venía el grito y se saludan. Dentro celebra con todos ellos, incluidos sus animales a los que se ha añadido un asno, *la cena.* En ella Zaratustra mediante veinte breves discursos habla a sus comensales sobre la realidad del *hombre superior,* y termina aconsejándoles que se superen todavía más. Es la postrera celebración con todos los *hombres superiores* antes de abandonar junto con ellos por tercera vez las montañas. Zaratustra sale de su cueva. El mago canta entonces *la canción de la melancolía;* encontrándose Zaratustra fuera, los invitados hablan de *la*

ciencia para terminar por enfrentarse a él y reírse de él una vez que ha regresado y se encuentra con ellos dentro. El viajero, la sombra de Zaratustra le pide que se quede y se pone a tocar al arpa la canción *entre hijas del desierto,* la fiesta sigue con *el despertar.* Luego ocurre lo inesperado: después del ambiente de fiesta que se ha producido sale de la cueva, encontrándose a la vuelta con que todos los invitados están adorando al asno y en plena noche decide expulsarles del lugar. Entonces, acompañado de la lira, recita *la canción del noctámbulo,* en que glorifica la *ley del eterno retorno de lo idéntico.* Por la mañana espera la llegada del *gran mediodía* con la felicidad y la esperanza de encontrar siempre a los compañeros adecuados. Con la narración del capítulo sobre *la señal* Zaratustra abandona la cueva.

Para explicar la cuestión que se plantea acerca de la estructura externa de la obra sería muy simple afirmar que se trata de una obra que se conforma en un prefacio o discurso preliminar y cuatro partes, que cada una de ellas se desarrolla a lo largo de una serie de capítulos, veintidós la primera, veintidós la segunda, dieciséis la tercera y veinte la cuarta, incluyendo muchos de ellos, a su vez, otros varios subcapítulos. Pero no se trata exclusivamente de eso, el concepto de estructura implica algo más, implica la realidad de un armazón composicional interno en el que tiene lugar una serie amplia de relaciones, dependencias e interdependencias, de la que resulta un sistema, de modo que la totalidad de la obra se entiende como algo que va más allá de una simple suma de partes. Además, el resultado final es un sistema que funciona de acuerdo con unas normas, principios o puntos de referencia de acuerdo con los que ese resultado se estable como realidad estructural total. En el caso de *Also sprach Zarathustra* no resulta fácil dilucidar la realidad que puede fijarse como estructura de acuerdo con la cual el todo ejerce una determinada función. Si a ello se añade la cuestión no poco relevante acerca de la naturaleza del armazón que constituye en sí el género literario, surge un cúmulo de problemas de solución no fácil.

Las cuatro partes de que consta la obra no son una referencia para encontrar una realidad estructural definida, pues es opinión común que si no la intención inicial del autor, sí al

menos el resultado expresa que con las tres primeras partes terminaría la obra. Sin embargo, como se vio, Nietzsche en un espacio de meses desde que apareciera la tercera, decidió escribir una cuarta que parece que, al menos de acuerdo con el subtítulo, sería la última. Sin embargo, tampoco puede considerarse algo definitivo, dado que el autor tenía al parecer el objetivo de continuar añadiendo partes a lo ya escrito. El hecho es que teniendo en consideración la versión definitiva de que se dispone según las ediciones críticas y que consta de cuatro partes, esa versión se le presenta al estudioso como una obra a la que se le ha añadido una especie de anexo que es el que constituye la cuarta. En consecuencia, la unidad podría en teoría circunscribirse a las tres primeras.

Efectivamente, el desarrollo de la función emprendida ha encontrado un punto final con la terminación de la tercera; ha encontrado una conclusión en el desarrollo de la progresión de la individualidad desde el momento en que se ha encontrado una salida a la comprensión de los principios que pretende conseguir, manifestada en la última unidad textual de esta tercera parte *(Los siete sellos)*. Aquí se confirma lo que en el texto anterior *(La otra canción de danza)* había significado el final del conflicto, celebrado mediante canto, de los diferentes tipos de amor; incluso antes —cuando el final se está ya aproximando— se ha reconocido la aceptación de la teoría del *eterno retorno de lo idéntico*. Zaratustra, en definitiva, ya se ha salvado.

Por todo ello podría concluirse que ni formal ni contextualmente, ni en su manifestación formal estructural ni en contenido, sería necesaria ninguna parte más. La cuarta podría, pues, ser considerada un añadido o tal vez simplemente el comienzo de otra obra. Sea como fuere, de los dos casos nos encontramos ante un contenido que, si no es ajeno a la obra que *termina*, sí es una continuación innecesaria de algo que ya ha terminado. Es cierto que esta última comprensión del final podría considerarse algo normal en una obra literaria de naturaleza abierta; ahora bien, aun tratándose de algo así, la obra ya no parece ir más allá, no parece conseguir un principio de fundamentación estructural que signifique algo más. Narrar que Zaratustra ha llegado a ser anciano y no ha ido más allá del pensamiento básico culminado en la parte terce-

ra, resulta innecesario. Si hay una explicación podría encontrarse, en último término, en el principio defendido por el propio Nietzsche del permanente ir más allá, aplicable por extensión también a una obra aunque haya sido entendida como terminada.

De entre los intentos que se han realizado por determinar la estructura organizativa de las cuatro partes, sobresale el que la entiende[22] como una obra cabalística relacionada directamente con la Biblia; en ella se parodian los libros sagrados tal y como el propio autor expresa en una carta que escribe a Schmeitzner[23] en la que le comunica que *Zaratustra* es el quinto evangelio. La tres primeras partes —en el cómputo general se deja de considerar la cuarta— constarían de 66 apartados, lo que coincide con los 66 libros de la Biblia, caso de que no sean 65, lo que evidentemente supondría otra cuestión. Pero no son razones cabalísticas las que darían sentido estructural a la obra, dado que para este cálculo quedaría fuera la cuarta parte de la obra. Según este intento explicativo de la composición *Zaratustra* se estructura como el quinto evangelio en el que se predica la nueva doctrina opuesta al cristianismo y en el que se da fe de la nueva revelación que es la doctrina del *eterno retorno de lo idéntico.*

Zaratustra se ha entendido desde parámetros musicales[24]. La obra habría sido compuesta de acuerdo con los principios clásicos propios de la sinfonía; consta de un preludio y cuatro tiempos que van progresando en extensión en cada uno de sus *tiempos* a medida que avanza el desarrollo. También de acuerdo con la estructura de las canciones de los *Meistersinger,* consistente en varias estrofas *(Gesätze),* constituidas por dos *Stollen* (apoyos) y un *Abgesang* (estribillo), lo que se correspondería con las tres primeras partes de la obra de Nietzsche, si

[22] Cfr. Laurence Lampert, *Nietzsche's Teaching. An Interpretation of «Thus Spoke Zaratustra»,* New Haven/Londres, Yale University Press, 1986.

[23] Friedrich Nietzsche, *Sämtliche Briefe. Kritische Studienausgabe KSB* 6, ed. de G. Colli y M. Montinari, Berlín/Múnich/Nueva York, Walter de Gruyter 1986, pág. 327. (Edición crítica en 8 volúmenes. En adelante *KSB).*

[24] Cfr. Curt Paul Janz, *Friedrich Nietzsche. Biographie in drei Bänden,* Múnich, Hanser, 1981, págs. 211-221.

bien se trata de una estructura de la que quedaría excluida la parte cuarta. Como la consideración bíblica, igualmente la idea de la estructura de las canciones de los *Meistersinger* pierde fuerza al dejar la parte cuarta puede decirse que sin ser tomada en cuenta. El propio autor se había referido, también en una carta[25] al igual que hiciera respecto de la comprensión bíblica, a la caracterización de la obra como una pieza musical, casi como una sinfonía, lo que, por lógica, no es razón suficiente para que tenga que ser de hecho así. La comparación con la estructura de los cuatro tiempos de la sinfonía, no parece sostenerse científicamente, no va más allá de la coincidencia numérica, lo que no excluye, sin embargo, que la obra contenga momentos de profunda musicalidad en la expresión lingüística, aspecto que no se extiende ni mucho menos a la totalidad de la obra.

También se ha defendido la comprensión de la estructura desde parámetros decimales[26] en dos supuestos. De un lado se ha entendido que la obra consta de una introducción y de tres partes; la introducción constaría de 10 capítulos, la primera, la segunda y la tercera partes de 60 y la cuarta de 20. En el caso de que se entendiera que la obra tiene sólo tres partes, la primera constaría en su bloque principal de 20 capítulos, a ella habría que añadir un prólogo y un epílogo, la segunda constaría igualmente de 20 capítulos en su parte principal además de un prólogo y un epílogo, y la tercera de 10 capítulos en la principal y de 3 prólogos y 3 epílogos. Se trata de una interpretación a partir de elementos meramente externos, lo que significa que no encierra una interpretación del contenido o que se explique de alguna manera desde la composición numérica en décadas. La observación empírica resulta correcta aunque no es una correspondencia de sentido interno. Esta comprensión decimal, en definitiva, pasa por alto lo que sería más importante, es decir, la composición intratextual de la obra.

[25] Cfr. *KSB 6*, pag. 353.

[26] Cfr. Claus-Artur Scheier, *Nietzsches Labyrinth. Das ursprüngliche Denken und die Seele*, Friburgo/Múnich, Alber, 1985.

Desde la perspectiva del género literario es difícil determinar a cuál de ellos puede ser asignada la obra. Lo que se observa de entrada es que en ella aparecen diversos géneros o cuando menos diversos componentes de los mismos. Es posible tal y como se ha hecho ya entenderla como un *evangelio;* claro que habría que partir del hecho de que un evangelio es un género literario. El propio autor se refirió a ella designándola como «escrito sagrado»[27]. El simple hecho de someterla a comparación con los evangelios de la Biblia, cuya estructura básica gira en torno a narraciones sobre la vida y la doctrina de Cristo, lleva al resultado de que en ellos están ausentes muchos de los elementos que aparecen en la obra de Nietzsche. No es de extrañar, por otra parte, que pudiera entenderse como una *predicación,* ya que utiliza los elementos retóricos propios de este género. Ocurre, sin embargo, que este género no incluye tampoco los elementos frecuentes de otros géneros literarios que aparecen en *Also sprach Zarathustra* como son, por ejemplo, los no pocos capítulos que contienen elementos líricos, narrativos no propios de la predicación y otros incluso dramáticos. Tampoco soluciona la cuestión el hecho de que sea considerada como una obra de literatura filosófica, dado que en su modo de expresión es evidente que va más allá de simplemente filosofía.

Lo que sí puede afirmarse es que se trata de una obra en la que se conjuntan elementos propios de varios géneros literarios diferentes. Es una obra narrativa que cuenta una historia coherente y delimitable tanto desde una perspectiva formal como desde el contenido. Se ocupa de narrar acontecimientos y de describir conceptos que están implicados entre sí. Estos dos factores constituyen el fundamento de esa historia inmersa con claridad dentro de las coordenadas de tiempo y espacio; de presentar la vida de un héroe, esto es, de un protagonista inmerso también en un tiempo y un espacio del que se cuentan acontecimientos que se extienden a lo largo del periodo de tiempo que se extiende desde que tiene la edad de treinta años hasta que es ya un anciano; de presentar a otros persona-

[27] F. Nietzsche, *KSB* 6, pág. 363.

jes que, aun siendo muy secundarios, participan esporádicamente en la acción e incluso de algunos animales que podrían entenderse como elementos de importancia no tanto por su escasa participación en el decurso argumental, sino por el profundo simbolismo que son capaces de provocar. El protagonista ocupa prácticamente todo el tiempo de la historia centrada en su vida, sus discursos y sus reflexiones de carácter filosófico.

Aunque de la descripción del desarrollo externo de la acción se deducen consecuencias evidentes sobre la obra, es, no obstante, la estructura interna la que aporta más luz a la comprensión de la composición. La obra comienza desde una perspectiva formal prácticamente en el mismo punto en que termina, esto es, con la intención del protagonista de realizar la obra de su vida, lo que supone de entrada un desarrollo narrativo plenamente abierto, pues no termina con el *ocaso de Zaratustra*, sino con un final que supone una continuación. En el prólogo se anuncia en concreto el objetivo; se trata inicialmente de comunicar a los hombres dos principios: la idea de que *Dios ha muerto* y la idea del *superhombre*, todo ello a partir de la experiencia por la que él mismo llega a estos conocimientos mediante un proceso de permanente recapacitación y de reflexión en la soledad propia de un eremita en su cueva, y como las masas no entienden la verdad nueva a que ha llegado, se limita a la búsqueda de amigos, discípulos o simples compañeros de viaje. El protagonista es consciente, además, de que en sus contactos con los seres humanos necesita de la maduración de sus ideas, por lo que vuelve en repetidas ocasiones a la soledad de las montañas.

Ambas ideas son pilares fundamentales del desarrollo del pensamiento de Zaratustra. La idea de la *muerte de Dios* que aparece desde el prólogo de la obra hasta los últimos capítulos, se entiende a partir de la observación de la transformación de los principios morales que han sido vigentes por otros de una naturaleza no sólo nueva, sino también novedosa y hasta opuestos a los anteriores. La del *superhombre* se entiende como el principio según el cual el hombre ha de ir superándose permanentemente para ir más allá del puente que le separa en su estadio de ser simplemente hombre; opuesto al concepto de superhombre esta el del último hombre.

Junto a estas dos ideas se encuentran también, aunque de manera explícita aparecen con posterioridad en la obra, la de la *voluntad de poder* y la del *eterno retorno de lo idéntico*. La primera de ellas no se limita solamente al campo político y social, sino que se extiende al ámbito del saber y de la cultura, y la segunda se convierte en definitiva en la idea central de la obra en torno a la cual gira la estructura fundamental.

En la nota a que se hizo referencia ya, Nietzsche realizó un esbozo sobre este pensamiento central, en el que expresa el objetivo al que pretendía llegar:

1. La asimilación de los errores fundamentales.
2. La asimilación de las pasiones.
3. La asimilación del saber y del saber que renuncia. (Pasión del conocimiento).
4. El inocente. El individuo como experimento. El alivio, el envilecimiento, la debilitación de la vida — transición.
5. El nuevo centro de gravedad: el eterno retorno de lo idéntico. Importancia infinita de nuestro saber, de nuestro errar, de nuestras costumbres, de nuestras maneras de vida para todo lo venidero. ¿Qué hacemos con el resto de nuestra vida — nosotros que hemos pasado la mayor parte de la misma en la ignorancia más fundamental? Nosotros enseñamos esa doctrina — el recurso más eficaz para asimilarla nosotros mismos. Nuestra forma de felicidad como maestros de la doctrina más grande [28].

Pero la obra no es una obra normativa, sino un intento de solución personal ante esa circunstancia narrada al comienzo de la obra de la *muerte de Dios* y de todos los principios y valores que hacen que la misma se configure en consecuencia. Con el prólogo el trabajo de Zaratustra parece fracasar; ello se deduce a partir de la frase del final: «Aquí comenzó el ocaso de Zaratustra»[29], que se entiende como el movimiento del sol que emerge por la mañana y llega a su ocaso, a las

[28] F. Nietzsche, *KSA 9*, pág. 494. (Tradución, al igual que todas las siguientes, del autor de este estudio).
[29] *Ibíd. 4*, pág. 28.

profundidades, por la tarde, es decir, al final del día. El fracaso del contacto inicial con la gente del mercado no supone para el protagonista más que un error, una prueba solamente de que se ha equivocado en la elección del auditorio, lo que no sirve de razón para el desánimo, sino más bien de una forma de encarnación del principio del *superhombre* que siempre se supera a sí mismo.

En el apartado «De las alegrías y las pasiones» de la primera parte se dice:

> El hombre es algo que tiene que ser superado: y por eso has de amar a tus virtudes — pues perecerás por ellas[30].

El hombre del futuro no quiere saber de cosas del más allá, ni quiere saber de las realidades, conceptos y virtudes que han sido los atributos de algo ya superado como el Estado, la guerra, el crimen, la amistad, el amor al prójimo, la relación entre hombre y mujer. Para ocupar su lugar propone la realidad de las propias necesidades e incluso las pasiones, el amor al riesgo aunque lleve no sólo al fracaso sino también al ocaso, la fidelidad a la tierra, la negación de la trascendencia. A lo largo de toda la primera parte se caracteriza la actividad de la vida del protagonista como la búsqueda filosófica de nuevos principios y la ruptura de antiguas obligaciones, trabajo que no se puede realizar desde el ambiente de un público amplio, sino desde la soledad y el aislamiento.

Las múltiples reflexiones que constituyen esta primera parte giran en torno a temas generales diferentes que se aprecian siempre como novedades desde la perspectiva de ese hombre nuevo, culminando con el tema de la *virtud dadivosa,* cuya esencia consiste en la entrega a los demás de toda la alegría que produce el resultado de esa actividad de conocimiento que redunda en beneficio del *superhombre.* El intento de ese hombre pasa por la experiencia de cometer muchos errores, una existencia que no puede tener lugar sin el error. El error se constituye como la única manera de poder descubrir las

[30] *Ibíd.*, pág. 64.

muchas posibilidades que ofrece la vida; es el único procedimiento para llegar a ellas. El final de esta parte se centra en la doctrina de la autonomía y el rechazo de sus discípulos que buscan en su obra una doctrina de salvación.

A partir de la segunda parte disminuye la intensidad de los discursos y la obra se desarrolla con la intervención de otros personajes que le sirven al protagonista de interlocutores de sus diálogos que muchas veces no van más allá de meros monólogos. Ya en la primera parte el protagonista se había sentido hasta cierto punto seguro de la superioridad de su doctrina, pero no había llegado todavía al nivel de maduración necesario para ser trasmitida, tal y como se expresa en el capítulo «En las Islas Afortunadas»:

> Los higos caen de los árboles, son buenos y dulces; y al caer la roja piel se abre. Viento del norte soy para maduros higos[31].

No obstante, aquí comienza a manifestarse algún tipo de duda cuando advierte un peligro que ha deducido de la interpretación de un sueño descrito en el texto de título «El niño del espejo»:

> En verdad he entendido más que bien el símbolo y la advertencia del sueño: ¡mi d o c t r i n a está en peligro, la maleza pretende llamarse trigo![32].

En esta parte se retoma la idea de que la actividad es la *transmutación de todos los valores (Umwerthung aller Werte)*. La estructura de la obra parece moverse en círculos que giran en torno a los diferentes temas que se enmarcan dentro de la actividad principal. El pesimismo hace acto de presencia, pero no se trata de un pesimismo que tenga que ver con el desprecio a la existencia. La introducción que se lleva aquí a cabo sobre el concepto de *libertad de poder* en cuanto forma de interpretación, entiende el pesimismo como perversión de la actitud y

[31] *Ibíd.*, pág. 109.
[32] *Ibíd.*, pág. 106.

una vez más se le ofrece el *superhombre* como antídoto. La confrontación con nuevos conceptos se hace evidente; al mismo tiempo se anuncia la posesión de uno nuevo que no quiere trasmitir cuando llorando se separa otra vez de sus amigos.

La acción de la obra continúa con la inclusión permanente de discursos. La estructura que ya comenzaba a evolucionar frente la exclusividad de los mismos, se confirma en la tercera parte, muestra una transformación que se hace ver con la presencia de elementos nuevos que coadyuvan al desarrollo del argumento, como son monólogos, escenas con diálogos propios de una obra dramática, canciones, etc. Estos componentes además hacen de ella una realidad literaria que adquiere mucha mayor vivacidad. En cualquier caso, lo que aquí irrumpe es un tratamiento profundo del concepto pnncipal de todo el entramado acerca del *eterno retorno de lo idéntico;* junto a él también otros como el de la huida a la seguridad que proporciona la religión o el mundo metafísico, el concepto de «sus hijos», entendidos como las personas que han logrado la autonomía y la individualidad y que, a su vez, sirven de orientación para quienes pretenden una vida que no puede nunca llegar a ser vencida.

La idea fundamental encuentra expresión en esta parte en dos capítulos, en el «De la visión y el enigma», y en el de «El convaleciente». Los temas que se tratan en ambos llevan la impronta de la idea principal. En este sentido, las cosas son contempladas desde el sentido que encierran en sí mismas y liberadas de cualquier otra interpretación que no sea la que se consigue a partir de la consideración de ellas mismas. De otro lado, la persona se entiende como un ser que solamente se siente libre en su soledad. Si es que puede cobrar algún sentido fuera de sí mismo, no es otro que el que proporciona la referencia del *superhombre.* En último término, es en la eternidad donde mejor puede producirse el *eterno retorno.* Es cierto que la aceptación de éste supone que se ponga en cuestión la realidad de la vida, si bien, por otro lado, supone una reafirmación como el punto de pertenencia a la tierra que se ha establecido en la obra ya con anterioridad. Con ello termina el ocaso de Zaratustra y, de hecho, la estructura completa de la obra, cuya configuración se inicia al comienzo en el prólogo.

El héroe acepta su destino que no es otro que un canto a la vida dentro de la que se incluye la *eternidad* y el *eterno retorno*. Zaratustra termina su trabajo como el maestro de un principio fundamental en torno al cual giran otros muchos más. Así, con el final de la tercera parte, termina su actividad como alguien que se ha convertido en entendido que transmite a los demás lo que sabe, que ha ido haciéndose como tal a lo largo de un proceso que ha necesitado muchos momentos y hasta años de soledad.

A pesar de que aquí la obra termina con el cierre del círculo que se inició con el comienzo, la realidad es que existe una cuarta parte que es posible considerar —ya se ha hecho mención más arriba en otro sentido— como un complemento, un añadido, o como quiera que se pueda denominar, estructuralmente innecesario, pero que no obstante sirve muy bien para aclarar algunos de los aspectos conceptuales de la composición que constituyen las tres partes anteriores. Así es como puede entenderse lo expresado antes acerca de la posible consideración de la naturaleza abierta de esa estructura.

En esta parte se produce un giro fundamental. La obra introduce elementos nuevos que se manifiestan en una intensificación de la narración y de los elementos narrativos consiguientes. Podría decirse que se ha convertido en una novela en la que el componente narrativo cobra carta de naturaleza y en la que predomina el elemento dialógico que, en ocasiones y de una manera especial en la parte dedicada a la *cena*, llega hasta dar la impresión de que se trata de momentos de una composición dramática. Por otra parte, la perspectiva temporal es de continuidad aunque se reduzca a un desarrollo de prácticamente dos días y medio. A ello hay que añadir una mayor presencia de elementos líricos que en otras partes.

Esta cuarta parte además proporcionaría a la totalidad la posible forma propia de evangelio en tanto en cuanto que lo parodia en forma blasfémica, luteriza (en el sentido que de oposición puede darse a este término) su forma de expresión como medio de lucha por buscar un estilo propio y muestra aspectos que son más bien propios de lo que podía entenderse como un neorromanticismo contemporáneo. El cristianismo se ha convertido en enemigo. En el camino el primer día de

Zaratustra hacia la montaña, éste ofrece a manera de anzuelo su felicidad y sabiduría como educador hacia la superación y logro de metas más elevadas. A partir de aquí se muestra cómo la nueva doctrina se confirma frente a las realidades de la vida común. La compasión se entiende como un pecado, es una respuesta a la pregunta de si se puede tener compasión del hombre superior que, quizás no con la fuerza suficiente, pero sí con buena voluntad, tiene que ir por un camino de sufrimiento.

A partir del capítulo «El grito de socorro» y hasta el final hay un desarrollo narrativo en el que tiene lugar el encuentro con diferentes personajes que por la noche cenan juntos por última vez («La cena»). Durante el día Zaratustra busca al *hombre superior* y por la noche en «La fiesta del asno», que inicialmente es una mezcla de seriedad y parodia, deriva en último término en lo jocoso. El protagonista se da cuenta en «La canción del noctámbulo» de que los huéspedes han aprendido a alegrarse colectivamente y que han aceptado la existencia, aunque sea en la forma de repetición. Al final Zaratustra se aleja incluso de los *hombres superiores,* dado que el futuro es algo que solamente le pertenece a él y a sus hijos. Así se hace ver en el último capítulo de título «La señal»:

> ¡Bien! El león llegó, mis hijos están cerca, Zaratustra ha madurado, ha llegado mi hora: —
> Ésta es mi mañana, mi día comienza: ¡asciende, entonces, asciende tú gran mediodía!»
>
> Así habló Zaratustra y abandonó la cueva, ardiente y vigoroso como un sol matutino que sale de entre montañas oscuras[33].

De todas estas reflexiones puede afirmarse que la obra desarrolla una estructura en la que el elemento conceptual predomina sobre el elemento de los hechos narrados, es decir, hay más conceptos que acontecimientos, inclinándose paula-

[33] *Ibíd.*, pág. 408.

tinamente el platillo de la balanza a medida que transcurre la acción hacia el otro elemento, sin que ello quiera decir que se logre un equilibrio en el desarrollo interno de la misma. La estructura, tanto en su perspectiva de contenido como de forma, se ve confirmada desde el principio fundamental que orienta todo el desarrollo: la repetición del mismo pensamiento, *la eterna repetición de lo idéntico*, que se manifiesta en el sentido de que nada se pierde, todo evoluciona en idéntico orden, en idéntica sucesión que tiene lugar una y otra vez. La obra acaba añadiendo un círculo al círculo del comienzo cuando Zaratustra abandona la ciudad. La parte cuarta es una línea concéntrica más, que podría repetirse, *cum grano salis* y expresado de una manera a modo de cita del pensamiento fundamental, hasta la eternidad. Es en este sentido como puede entenderse el subtítulo de la obra *Un libro para todos y para nadie*. Se trata de un llamamiento al lector para que sea él quien entienda lo que se expresa dentro, pues explicados los pensamientos de éste de una manera diferente a como acostumbra la filosofía, todos los lectores son capaces de poderlo leer. Pero, por otra parte, hablar permanentemente de futuro, de una realidad todavía no desarrollada y para la que se utiliza unos medios de expresión filosóficos diferentes a aquellos a los que se está acostumbrado, hace que el libro se convierta en una obra para nadie. Ello requiere una lucha para el porvenir a partir de lo que ahora existe, algo que demanda una expresión no clara.

El tiempo y el espacio

En principio el desarrollo temporal de la narración, lo mismo que, como se ha visto, ocurre con el de la acción, parece simple cuando se observa que trata de la historia de la vida de un personaje que se extiende desde la edad de treinta años hasta que es un anciano. Sin embargo, la narración del desarrollo del tiempo no da como resultado un tiempo lineal, sino un tiempo que se mueve irregularmente hasta el punto de que en ciertos momentos llega a desaparecer. Y lo hace precisamente cuando la obra parece abandonar el género

narrativo para convertirse en otro diferente, como puede ser un texto de oratoria en una sucesión múltiple de elementos, esto es, de discursos. La suspensión de la narración, sin embargo, no es completa, es simplemente temporal, lo que trae como consecuencia que el tiempo vuelva a aparecer en el discurso narrativo.

En el prólogo se narra que Zaratustra ha estado diez años en la soledad de las montañas llevando una vida de eremita. Cuando regresa con los hombres pasa con ellos solamente un día, por la noche camina y a mediodía del día siguiente desaparece para volver a su cueva.

En la primera parte de la obra apenas se hacen referencias al transcurso del tiempo, que se detiene en favor de la actividad sin determinación temporal de los discursos: «cuando una tarde iba caminando solo por las montañas...» («Del árbol de la montaña»), «Un día Zaratustra se había quedado dormido...» («De la mordedura de la víbora»), «Cuando Zaratustra se hubo despedido de la ciudad [...] largo tiempo sopesó...» («De la virtud dadivosa»).

En la segunda parte sabemos que ha vuelto a las montañas, y al principio de la misma el tiempo vuelve a aparecer, pero sólo cuando se narra escuetamente: «Así para el solitario transcurrieron meses y años» («El niño del espejo»). Después de ese periodo regresa y prosigue su vida como maestro orador entre los hombres en las Islas Afortunadas, en las que el tiempo desaparece salvo en referencias a un atardecer, en «La canción de danza», o a un día que atraviesa un puente, en el capítulo «De la redención», o al final de esta parte cuando dice que por la noche se fue sólo y abandonó a sus amigos en «La hora más apacible», si bien también aparece al narrar los cinco días que estuvo en la Isla de Fuego en «De grandes acontecimientos».

En la tercera parte, el aumento progresivo de la narración comienza a desarrollar una acción que hasta entonces prácticamente no existía; hace acto de presencia, entre discurso y discurso, también la narración del tiempo. En la travesía desde la isla, Zaratustra está dos días sin hablar en «De la visión y el enigma»; a los cuatro días había superado su dolor en «De la dicha a pesar de uno mismo», una vez en tierra firme en

«De la virtud empequeñecedora», siete días después de haberse desmayado en «El convaleciente».

El gran salto en el tiempo se produce al comienzo de la cuarta parte con la narración en que Zaratustra aparece como el anciano que ha vivido muchos años en «La ofrenda de la miel». Al día siguiente, en «El grito de socorro», comienzan nuevos acontecimientos y el tiempo narrado aparece aquí nítido y dilatado, desarrollándose incluso a lo largo de horas. La cuarta parte de la obra es la única que incluye un tiempo cronológico claro, prácticamente dos días y medio, que contrasta con el de las partes anteriores. Desde el comienzo de la obra el tiempo de la ficción es un espacio vacío que el lector se ve en la práctica obligado a llenar y reconstruir. A partir de la tercera el tiempo irrumpe paulatinamente en la narración hasta el punto de que al final se convierte en un tiempo narrado que podría considerarse propio de una parte de una novela. Ello no significa que el elemento fundamental deje de consistir en los contenidos de la doctrina que constituye la razón de ser de la totalidad, en las dos primeras partes con discursos, en la tercera además con monólogos y en la cuarta con una acción más determinada.

El espacio, por otra parte, responde casi linealmente al desarrollo del tiempo y, como éste, resulta estructuralmente sencillo. Sin embargo, la coordenada espacial se hace siempre mucho más evidente que la temporal. El punto que más presencia ocupa es el lugar en que habita el protagonista, la cueva, lo que no quiere decir que los demás puntos del espacio narrado giren en torno al mismo. En este aspecto ocurre igual que con el tiempo. El espacio en múltiples ocasiones se diluye hasta desaparecer, de modo que el lector no percibe dónde están teniendo lugar los discursos, los diálogos, los monólogos, las reflexiones en alto o las reflexiones narradas. La actuación de Zaratustra tiene lugar, en principio, allí donde viven los hombres, naturalmente en ciudades, bien sea en zona continental, bien en islas. Y cuando la acción cambia de lugar es para que el protagonista se mueva de regreso a casa, bien de una manera más directa, bien pasando por lugares donde aprovechando el camino continúa enseñando su doctrina. Hay momentos en que la acción de la obra se desarro-

lla de una manera más ágil; hay momentos en que lo mismo ocurre con el decurso temporal. Ambas situaciones se dan cuando tienen lugar, como acaba de aludirse, en la cueva. El tiempo de la narración de este punto del espacio no sólo se hace más presente, sino incluso continuado y aprehensible. Los capítulos cuyo desarrollo tiene lugar a lo largo de una acción que se produce a través de un transcurso temporal continuado son los de la estancia del protagonista en la cueva, la salida de la misma y la vuelta para «La fiesta del asno» que termina con el capítulo de «La señal».

Tanto en lo que se refiere a la configuración del tiempo como a la del espacio la obra se estructura en dos formas. Mientras que en las tres primeras partes estas dos coordenadas no aparecen delimitadas de una manera precisa como con frecuencia se exigiría de una realidad literaria de peculiaridades narrativas, en la cuarta parte ocurre de otra manera. Es cierto que a medida que se desarrollan las tres primeras las coordenadas de espacio y de tiempo cobran paulatinamente más relevancia narrativa. Ello no quiere decir que no sea propio de la novela dar saltos en el espacio y en el tiempo en una u otra dirección, en el caso del espacio cambiando de escenario inesperadamente y en el del tiempo dirigiéndose en retención hacia el pasado o en protención hacia el futuro. Lo que ocurre en *Así habló Zaratustra* es que las coordenadas desaparecen a fin de dar lugar a un desarrollo más propio de la lírica o incluso a otras más bien peculiares de otros géneros. Ello podría llevar a la conclusión en la que se acepta la presencia de una cuarta parte si no estructuralmente irreconciliable con las otras tres anteriores, sí de una estructura diferenciada con claridad respecto de las otras tres.

Sin embargo, hay un punto del espacio que desempeña una función y un significado muy relevantes dentro de todos los demás puntos espaciales. Se trata de la cueva o caverna. A ella Zaratustra sube y baja a lo largo de la obra en varias ocasiones. Y el significado que encierra comienza a vislumbrarse cuando en la primera ocasión en que, después de haber pasado diez años impregnándose de la sabiduría del gran astro, decide bajar a los hombres, se encuentra con ellos y se da cuenta de que no le entienden o espera a ver si brota la semilla que ha sem-

brado, vuelve a la cueva, donde a lo largo de meses su sabiduría va aumentando, de manera que puede regalar a los demás lo que ha adquirido allí. Entonces decide otra vez bajar para enseñar su nueva doctrina a amigos y a enemigos.

La cueva puede entenderse no como un lugar físico sino como, a la manera de Platón, un mito, un instrumento a través del cual puede llegarse a la percepción de la verdad, ciertamente en el caso de Nietzsche de una verdad muy diferenciada de la de Platón. Cuando el filósofo griego en su *República* explica en el «mito de la caverna» el camino por el que se llega a una visión más verdadera de los objetos cuando aquel que está atado a cadenas es liberado de las mismas y puede volver la cabeza de manera que ve la luz y ya no sombras, sino los objetos de una manera más verdadera que como antes se mostraban, está utilizando un mito, un medio de comprensión que se ha generalizado en el pensamiento occidental. Todo el proceso de comparación de percepción de sombras y de luz tiene lugar en el mito de Platón dentro de una cueva o caverna. En la vida dentro de una cueva, también a lo largo del tiempo, tiene lugar el proceso de consecución del saber en *Así habló Zaratustra* de Nietzsche. No es que el filósofo alemán imite a Platón, antes al contrario. El símil no va más allá del punto de partida, pues tanto el procedimiento metodológico como el resultado son completamente distintos en el escritor alemán. A fin de cuentas Platón no fue para Nietzsche un pensador muy reconocido sino todo lo contrario: le califica de cobarde, aristócrata, sensual y enemigo de la vida en la *La gaya ciencia*. En primer lugar hay una gran diferencia en el hecho de que la realidad mítica no encuentra su realización en la palabra, sino que su primera objetivación está en lo que puede aportar la intuición en imágenes[34].

Pero la sombra de la caverna de Platón también acompaña a Nietzsche, bien entendido que la compañía es permanente hasta fuera de la cueva y de ella es difícil sacudirse, más bien imposible. La sombra con su insistencia, por la promesa de su viajero, se convierte casi en un personaje más. El paso, no

[34] Cfr. *Die Geburt der Tragödie. F. Nietzsche, KSA 1*, pág. 17.

obstante, de lo concreto a lo abstracto es permanente, pero el paso no es platónico, puede incluso afirmarse que casi no hay paso, se alude a la *caverna nueva,* a la cueva y a la oscuridad, a los hombres superiores, pero a los hombres superiores que viven en la ignorancia; Zaratustra tiene que ser docto, pero dejando de ser docto, abandonando el inmaculado conocimiento. La posibilidad de llegar a la universalidad dionisiaca es sólo posible a través del engaño apolíneo del mito. La voluntad es inconsciente y la que dirige, pero no siempre tiene orientación, sólo la proporcionan la intuición a través del pensamiento y las palabras[35].

De la cueva hay que mencionar también finalmente que es un lugar que se encuentra situado arriba, en lo alto. Zaratustra sube a la montaña a aprender la sabiduría y baja a los hombres a enseñarles. El hombre tiene una doble voluntad y el corazón en la mirada, bien sea en la dirección hacia arriba bien hacia abajo, siempre se precipita, como no puede ser de otra manera, en esta dirección. La permanente lucha entre lo apolíneo y lo dionisiaco no podrían tener cabida en la caverna platónica[36].

Los personajes

Al analizar los personajes lo primero que se observa es que la obra se reduce prácticamente al protagonista; la relación que éste mantiene con los demás se limita a una acción que se centra en una actividad dirigida por él y en la que los discípulos, amigos, compañeros o como quiera que puedan ser denominados, se limitan a mostrar una actitud meramente pasiva a lo largo de la mayor parte del argumento. Por otro lado, de entre los personajes han de ser tenidos en consideración los animales, cuya actividad, más activa en ocasiones que la de otros personajes humanos, tiene un significado de no poca relevancia.

---

[35] Cfr. *ibid.*, pág. 21.

[36] Esta diferencia en la consideración del lugar y de la comprensión del lugar en Platón y en Nietzsche es la razón que ha llevado a utilizar en la presente traducción el término c u e v a en vez del clásico c a v e r n a.

De entrada puede pensarse que Zaratustra es el profeta persa del mismo nombre, también de una simbolización de Jesús de Nazaret o de la simbolización así mismo del propio autor de la obra. Analizar la personalidad de esta figura de la obra es una cuestión no fácil de llevar a cabo. Algunos estudiosos han pensado que se trata de la utilización que Nietzsche hace de la figura semilegendaria del filósofo persa que vivió a finales del siglo VI antes de Cristo. No obstante, de lo poco que se conoce de la biografía de este pensador puede deducirse que fue un profeta persa que vivió entre los años 600 y 1000 antes de Cristo, más probablemente en el cambio del siglo VI al V. El principio fundamental de su pensamiento, de raíces profundamente religiosas, se basaba en una concepción dualista de la existencia a partir del principio del enfrentamiento del espíritu del mal *(Angra Manju)* con el Dios del bien *(Ahura Mazda)*. De aquí a la figura de la obra de Nietzsche no puede decirse que haya mucha distancia.

Así habló Zaratustra es una obra de ficción aunque en ella de alguna manera hagan acto de presencia nombres y supuestos acontecimientos protagonizados por personajes que han existido, como es el caso del principal de la obra, o protagonizados por otros que han sido sacados de otras obras, de una manera especial de la Biblia. En este sentido puede decirse que, independientemente de los posibles rasgos históricos, maneras de comportamiento en su actividad como didacta, el personaje de Zaratustra es un personaje de ficción y la narración que se realiza de su vida es la propia también de una obra de ficción. Podría pensarse por otra parte también que se trata de la figura de Jesús de Nazaret de los Evangelios adaptada a la nueva doctrina. También Zaratustra actúa en su vida básicamente de manera similar a como lo hace el profeta de Galilea. Pero independientemente de las semejanzas o desemejanzas que puedan encontrarse entre ambos personajes, que seguro que se dan, responden en principio a la organización de una obra de naturaleza ficticia al margen de si la figura que desempeña el papel de protagonista utiliza en algunos casos la doctrina de la otra sólo como medio de expresión retórica y a la postre literaria. Jesús de Nazaret al igual que Zaratustra serían en cualquier caso modelos de

personajes literarios pensados para ser portadores de los contenidos de la obra, puntos de referencia de comportamientos que reflejan una manera de comunicar una doctrina.

Pero avanzando un paso más puede pensarse también que sea el profeta persa, sea el profeta judío, la realidad con que se topa el lector es una forma de enmascaramiento detrás de la cual se esconde el autor de la obra y que Zaratustra sería sin más una forma de expresión literaria de la persona de Nietzsche y, en consecuencia, la expresión ficticia referencial de esta persona.

Hay, con todo, un tercer personaje extraliterario, es decir, real, hecho literatura que, si bien no proporciona aspectos de su vida a la vida del personaje literario, sí es la referencia del contenido fundamental de la obra que constituye la doctrina del protagonista. Si ello fuera así, detrás de Zaratustra podría identificarse tanto al autor como la persona de la historia que otorga el fundamento filosófico a la obra. Así lo ha defendido la crítica[37]. Se trataría del filósofo de la antigüedad griega Heráclito, cuyo pensamiento conoce muy bien Nietzsche a consecuencia de su actividad inicial como investigador y en el fondo nunca abandonada de filólogo clásico. Sabe que los presocráticos empiezan sus discursos con las fórmulas «tade» («hode legei...»), ambas más próximas no sólo al «Así habló Zaratustra» del título y del final de la mayoría de los discursos de la obra, sino también a la más alejada a la fórmula «En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos» de los Evangelios. Pero es que hay algo más. En el desarrollo a lo largo de la novela de la idea del *eterno retorno de lo idéntico*, los años de esta repetición podrían entenderse como los «Äonen», en que «Aion» es el *gran año* del filósofo Heráclito. A partir de ahí el *superhombre* podría muy bien ser entendido como el hombre que resiste el *gran año* del retorno[38].

En cualquier caso, en torno a Zaratustra gira toda la estructura de la novela, él es quien determina que ésta se desarrolle en una dirección determinada. Es el profesor, el maestro de

[37] Cfr. Günter Wohlfart, «Wer ist Nietzsches Zarathustra?», *Nietzsche-Studien: Internationales Jahrbuch für die Nietzsche-Forschung* 26, 1977, págs. 319-330.
[38] Cfr. *ibid.*

una doctrina y su acción se mueve con el objetivo de comunicar su doctrina a los humanos. Sin embargo, su actividad como tal no es consecutiva sino que se ve interrumpida en varias ocasiones, bien sea por la falta de predisposición o incapacidad de los discentes, bien porque él mismo cree que ellos no están preparados para recibir los contenidos porque además su doctrina no está aún lo suficientemente madura para ser comunicada. Trátese de lo uno o de lo otro, el hecho es que el protagonista se decide por volver al lugar donde encontrar el reposo para profundizar en varias ocasiones sus pensamientos. Ciertamente Zaratustra lanza su grito de júbilo cuando entiende haber encontrado la idea que encaja con lo que está buscando; pero grita igualmente en la tercera parte cuando en el capítulo sobre «El convaleciente» el pensamiento que busca no llega a su mente o no llega con la claridad que él espera.

Con todo, a medida que avanza la obra, ya en la tercera parte y sobre todo en la cuarta, otros personajes intervienen también en la acción de una manera más directa, pero siempre —como se ha dicho— en relación con el objetivo docente del personaje principal. Así ocurre cuando en la segunda y tercera partes Zaratustra emprende y continúa el viaje de regreso de las Islas hacia el supuesto continente en que está situada la cueva y sobre todo en la parte cuarta cuando entra en relación directa con todos los personajes que al final participarán en «La cena». En esta parte el protagonista ya no sólo se limita a emitir sus discursos, sino que los otros personajes actúan mediante diálogos que entablan con él en distintos capítulos como «Conversación con los reyes», «La sanguijuela», «El mago», «Retirado del servicio», «El más feo de los hombres», «El mendigo voluntario», «La sombra», «La canción de la melancolía», «La fiesta del asno». Su intervención en la acción sirve para o bien aceptar o bien discutir la doctrina de Zaratustra. Todos ellos, *hombres superiores* en cualquier caso, representan el reconocimiento de la doctrina del héroe de la obra como el desarrollo, dentro de lo que es el principio del *eterno retorno*, del hombre hacia el *superhombre*. En ellos domina siempre la duda que se aprecia cuando recaen en la aceptación, como dicen los invitados, de la oferta del reino de los cielos que les hace Zaratustra, una referencia a los Evangelios,

sin lugar a duda paródica, pero que encierra la recaída de los hombres superiores en la situación anterior y por tanto un retroceso en la evolución emprendida. Significa una aceptación, en todo caso, del amor a la tierra, que les ha enseñado Zaratustra tal y como expresa *el más feo de los hombres* en el capítulo «La canción del noctámbulo».

Los animales

Después de que Zaratustra en la parte novena del prólogo de la obra le habla a su corazón sobre el estado en que se encuentra tras el fracaso inicial de su actividad como maestro, advirtiendo que para su obra no sirve cualquier gente, sino seres, compañeros que sean capaces de colaborar en su actividad más allá del bien y del mal y cuyo ocaso sea el propio ocaso, en la parte final y última del prólogo aparecen en el cielo dos animales, un águila y una serpiente de las que ésta pende enroscada de aquella, no como botín de caza sino como una amiga. Son dos animales peligrosos, calificados por Zaratustra el águila como el más altivo y la serpiente como el más inteligente que existen bajo el sol. Ambos quieren saber si Zaratustra vive todavía.

A partir de este momento dos animales entran en la acción de la obra como si fueran dos personajes que desempeñan en ella una función. El protagonista siente que se trata de dos seres, a pesar de su peligro, menos peligrosos que los hombres y los acepta como símbolo del orgullo y de la inteligencia con el deseo de ser inteligente como «su» serpiente, pero también, algo imposible, de que «su» propio orgullo vaya siempre con «su» inteligencia, de manera que si alguna vez le abandona ésta, que también el orgullo desaparezca junto con su necedad. La función que desempeñan en el conjunto es la de ser dos símbolos presentes a lo largo de toda la obra; la relación con el protagonista consiste en servir de compañeras que estarán con él en la cueva y que se preocuparán de su estado anímico y corporal.

En la primera parte los dos animales, independientemente de la mención que de ellos se hace al comienzo del discurso

preliminar, no vuelven a aparecer hasta el final en la situación mencionada de que ambos *vuelan* juntos.

Es al comienzo de la segunda, cuando Zaratustra ha vuelto de su actividad a la cueva, cuando entran de nuevo en escena. En el capítulo «El niño del espejo» se narra cómo, después de años de reflexión, el protagonista advierte el peligro en que se encuentra su doctrina y percibe la necesidad de volver a encontrar a los amigos que ha perdido. Loco de felicidad da un salto que «extrañados» perciben sus animales, el águila y la serpiente; a ellos Zaratustra comienza a confiar sus propósitos como a personajes en actitud meramente paciente y de cuyas reacciones nada dice el narrador. Aparte de ello las águilas son punto de referencia y modelo para la virtud de la fortaleza humana.

En la tercera parte, en «El regreso a casa», en el diálogo con la soledad a la que retorna Zaratustra con lágrimas en los ojos recuerda que la soledad en su despedida anterior le deseó que sus animales le guiasen, comunicándoles además la idea ya manifestada anteriormente de haber encontrado entre los hombres más peligro que entre los animales. Pero es en «El convaleciente» cuando el águila y la serpiente asumen una actividad que no habían tenido hasta entonces, entran plenamente en el desarrollo de la constitución de la realidad literaria. De nuevo cuando acuden hasta él asustados ante el grito emitido por Zaratustra desde su lecho llamando al pensamiento que se resiste. En este caso en el hecho de asustarse se trata inicialmente de una reacción propia, sin más, de cualquier animal y no de animales que desempeñan una función específica dentro de la obra. La importancia radica en que acuden a él adquiriendo una función dentro del conjunto y precisamente en un momento en el proceso de consecución de conocimiento del protagonista. Se está preparando la participación del águila y la serpiente de una manera más intensa dentro de la acción narrativa, podría decirse dentro de una escena de profundos contenidos dramáticos. Van a participar en la extenorización del pensamiento fundamental de la obra.

Cuando Zaratustra pierde casi el conocimiento como consecuencia del esfuerzo que supone la lucha contra el pensamiento que no asciende del abismo, que no abandona la di-

ficultad de ser captado, los animales no se apartan de él ni de día ni de noche salvo en las ocasiones en que el águila sale a buscar comida preparada hasta con hierbas aromáticas. Sólo después de siete días creen que ha llegado el momento de hablar con él y se inicia el diálogo de mayor extensión entre ambas partes. Cuando le preguntan si ha tenido un pensamiento nuevo, resulta que en realidad así ha sido. Se trata del *eterno retorno*. Son ellos mismos quienes dan explicación de que todo se va y todo regresa, de que el año del ser corre eternamente, lo que de otro lado da ocasión a Zaratustra para hablar de la crueldad de los humanos que está por encima de la de los animales (asisten a tragedias, corridas de toros...), o de que el hombre necesita de lo peor que hay en él para realizar sus mejores cosas. Los animales ya no se limitan a ser testigos del pensamiento de Zaratustra, sino que son ellos mismos quienes afirman lo que él es y cuál es su función: «Pues tus animales saben bien, oh Zaratustra, quién eres y quién tienes que llegar a ser: mira, eres el maestro del eterno retorno —, iéste es ahora tu destino!»[39]. Llegan hasta a dar una explicación de lo que eso es en «El convaleciente»:

> Mira, nosotros sabemos lo que enseñas: que todas las cosas retornan eternamente y nosotros mismos con ellas, y que nosotros hemos existido ya infinitas veces, y todas las cosas con nosotros.
>
> Enseñas que existe un gran año del devenir, un monstruo de un gran año: cual un reloj de arena tiene que darse la vuelta una y otra vez para volver a transcurrir y pararse: —
>
> — de manera que todos estos años son idénticos a sí mismos, en lo más grande y también en lo más pequeño. [...]
>
> Pero el nudo de las causas en que estoy enredado vuelve a retomar, — iél me creará de nuevo! Yo mismo formo parte de las causas del eterno retorno[40].

Ante la respuesta de Zaratustra mostrándose silencioso frente a estas palabras, los interlocutores no hacen sino desaparecer y dejarle tranquilo.

---

[39] F. Nietzsche, *KSA 4*, pág. 275.
[40] *Ibíd.*, pág. 276.

A partir de este momento no vuelven a hacer acto de presencia en la escena narrativa hasta prácticamente los capítulos finales de la obra.

En el capítulo «La ofrenda de la miel», ya en la cuarta parte, vuelven a conversar con Zaratustra; le acompañan incluso en el camino hacia una montaña elevada, al igual que en «El despertar», pero no es a través de diálogos sino sólo de monólogos de Zaratustra con ellos. En «La señal», el último capítulo de la obra, Zaratustra les dice que se siente satisfecho de ellos, pero que todavía no tiene los hombres adecuados.

Hay un tercer animal, el asno, que entra en la acción de la obra de una manera completamente diferente y cuyo significado es también muy distinto al de los anteriores. De entrada hay que decir que su acción se limita tan sólo a la parte cuarta. Aparece en la comitiva de los reyes que van en busca del hombre superior y a él le llevan un asno que en el encuentro inicial con Zaratustra, que dialoga con los reyes, no hace sino maliciosamente rebuznar «i-a», que volverá a repetir al comienzo de «La cena» como reacción al discurso del rey. El grito de «i-a» volverá a emerger con el bullicio de la fiesta. Sorprendente es que será el asno y no un becerro el objeto de veneración cuando Zaratustra ha regresado a la cueva y responda a todas las alabanzas, a Dios por los siglos de los siglos, con el rebuzno de siempre. «Y cuando volváis a celebrarla, esta fiesta del asno, ¡hacedlo [...] en memoria mía!» (dice Zaratustra al final de «La fiesta del asno»). La figura del asno ha de ser interpretada como la encarnación de la afirmación del mundo material, como el reconocimiento de que, frente al espíritu, en la tierra todavía hay algo que reverenciar y sobre todo algo que a todos los que buscan al hombre superior les hace reflexionar. El reino de la tierra es lo que buscan.

Es cierto que hay dos diferencias en el animal objeto de veneración. En principio no es, como se acaba de mencionar, un becerro como en la Biblia, y en segundo lugar es un animal viviente que determina el objeto de la veneración. Puede que la cuestión se solucione afirmando que se trata simplemente de una actitud de ridiculización y a la postre irónica del propio pasaje bíblico ofreciendo como fórmula de actuación el rebuzno, pero por otro lado es un rebuzno amplio que in-

cluye todo lo que va de la i a la a, y no de la alfa a la omega, en una línea más amplia de crítica a la filosofía bíblica.

Los animales pueden ser entendidos como la representación simbólica del personaje de Zaratustra en algunas de sus atributos que quiere mantener. Es consciente de la oposición que existe entre los propios del águila y los de la serpiente, pero se siente satisfecho con ellos, porque al mismo tiempo que busca la soledad, desea la compañía aunque sea para comunicar los conocimientos que ha adquirido; en él, como en los astros, hay salida y hay ocaso, se siente rico y se siente pobre, y a un tiempo que sabio también un necio. No es que esos animales estén en posesión de esas propiedades, los dos son más bien poseedores de opuestos que se dan en el protagonista.

El lenguaje bíblico de la obra

Que la obra se constituya ya en sus comienzos como una confrontación entre la figura de Cristo y la de Zaratustra, se desarrolle y casi concluya con la adoración del asno en la fiesta del mismo nombre, no podía por menos de correr paralelo con la utilización de un lenguaje en el que se reproducen una serie de contenidos y expresiones que a veces son prácticamente una reproducción, otras una contraposición, otras una referencia, otras una alusión y otras simplemente expresiones de la Biblia. El lenguaje bíblico no se limita a la parte de la Biblia que tiene que ver con la figura de confrontación, es decir, a los Evangelios, sino que puede ser de cualquiera de los libros, bien sean del Nuevo bien sean del Antiguo Testamento.

Son tantas las expresiones utilizadas que resulta imposible hacer referencia aquí a todas ellas. Sí puede hacerse, sin embargo, un recorrido amplio. Así en la parte quinta del discurso preliminar se habla de «Ningún pastor y un rebaño», lo que recuerda la frase de San Juan: «... y se hará un [solo] rebaño, [con] un [solo] pastor»[41]. En el apartado octavo, también del

[41] San Juan, 10, 6. La traducción de todos los pasajes de la Biblia está tomada de F. Cantera y M. Iglesias, *Sagrada Biblia. Versión crítica sobre los textos hebreo, arameo y griego*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2003.

discurso preliminar se dice: «Aquel que da de comer al hambriento reconforta su propia alma: así habla la sabiduría», lo que recuerda, claro que alterada por Nietzsche, la frase del Salmo: «Feliz aquel [...] que da pan a los hambrientos»[42]. Poco después en el siguiente apartado: «Compañeros busca el creador, y compañeros de recolección: pues en él todo está maduro para la cosecha. Pero le faltan las cien hoces: por ello arranca las espigas y está irritado», frase cuyo contenido coincide con la de San Mateo: «La mies [es] mucha, pero los obreros pocos»[43]. Y cuando Zaratustra ha empezado propiamente con sus discursos, en «De las tres metamorfosis» las contraposiciones a la figura de Cristo y a la Biblia son más frecuentes y directas. Cuando Zaratustra se pregunta por lo que es pesado para el espíritu que es capaz de soportar cargas, enumera entre otras: «¿Escalar altas montañas para tentar al tentador?», lo que encierra una actitud justamente contraria a la de San Mateo, donde es el diablo el que sube a la montaña para tentar a Cristo: «El diablo se lo llevó de nuevo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y su esplendor...»[44]. El orador se sigue preguntando si tal vez es pesado para el espíritu aquello de «¿O es: amar a los que nos desprecian y tender la mano al fantasma cuando quiere amedrentarnos?», clara alusión a San Mateo: «Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen»[45]. Así es la contraposición que se establece en «De las cátedras de la virtud» cuando se buscan las virtudes adecuadas para un buen dormir: «¿Diré falso testimonio? ¿Cometeré adulterio? ¿Permitiré desear la doncella de mi prójimo? Nada de esto le iría bien al buen dormir.» Una respuesta negativa está en la ley antigua y son mandatos del Éxodo: «No adulterarás. No depondrás contra tu prójimo testimonio falso. [...] no codiciarás su mujer»[46]. La contraposición puede llegar hasta la parodia. En el citado «De las cátedras de la virtud» se hace referencia a los

[42] Salmo 146, 5-6.
[43] San Mateo, 9, 37.
[44] *Ibíd.*, 4, 8.
[45] *Ibíd.*, 5, 44.
[46] Éxodo, 20, 14, 16, 17.

escritos bíblicos en este sentido: «Mucho me agradan también los pobres de espíntu: ellos promueven el sueño. Son bienaventurados, de manera especial cuando se les da siempre la razón.» San Mateo por el contrario había escrito: «¡Felices los que tienen espíritu de pobres, porque el reino de los cielos es suyo!»[47]. En el discurso «De los transmundanos», las frases: «Enfermos y moribundos fueron los que [...] inventaron [...] las gotas de sangre redentoras. [...] ¡Se inventaron entonces sus rodeos y sus pócimas de sangre!» encuentran semejanza cuando San Pedro en su epístola dice que las cosas de la tierra no significan nada: «... sabiendo que habéis sido liberados [...] con [la] sangre preciosa de Cristo»[48], o San Mateo: «Bebed de él todos, pues esto es mi sangre de la alianza [...] para perdón de los pecados»[49]. En «De la lectura y la escritura» aparece la oración: «En un tiempo el espíritu era dios, luego se hizo hombre y ahora se está convirtiendo incluso en plebe», cuya primera parte recuerda a San Juan: «Pero llega una hora, y es ésta, en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu, pues el Padre quiere [que sean] así sus adoradores. Dios [es] espíritu»[50]. En «Del nuevo ídolo» aparece la expresión: «os doy esta señal», que repite el estilo del profeta Isaías cuando dice: «Pues bien, Adonai mismo os dará una señal...»[51]. En «De la castidad»: «Y os ofrezco también esta parábola: no pocos de los que quisieron expulsar a sus demonios fueron a dar ellos mismos con los puercos», de indudable referencia a la parábola de los *Endemoniados* de San Mateo[52]. En el mismo discurso: «A quien la castidad le resulta difícil hay que desaconsejársela: de manera que no se convierta en el camino hacia el infierno — esto es, en fango y lascivia del alma», es una reminiscencia clara, pero con contenido interpretado por Nietzsche, de la frase de la Carta I a los Corintios: «Sobre lo que [me] escribisteis: más le vale al hom-

[47] San Mateo, 5, 3.
[48] San Pedro, 1, 18, 19.
[49] San Mateo, 26, 27.
[50] San Juan, 4, 23, 24.
[51] Isaías, 8, 14.
[52] San Mateo, 8, 28-34.

bre no tocar a una mujer; pero, por el peligro de impureza, que cada uno tenga su esposa, y que cada uno tenga su propio marido»[53]. O en «De la mordedura de la víbora»: «Y si se os maldice, no es de mi agrado que queráis bendecir», en oposición evidente a las palabras de San Mateo: «Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen»[54]. De otro lado, «... beber el amargo cáliz de vuestro amor» es una copia estilística de San Mateo: «Padre mío, si es posible, pase lejos de mí este cáliz»[55]. En la parte narrativa inicial de «De la virtud dadivosa» se cuenta que cuando Zaratustra se despedía de la ciudad que tenía el nombre de La Vaca Multicolor: «le siguieron muchos que se llamaban a sí mismos sus discípulos y que le acompañaban», en que el parangón con los Evangelios en su conjunto es evidente y en concreto con el de San Lucas: «Y se dio el caso de que él, a continuación, recorría ciudades y aldeas, unas tras otras [...] y con él [iban] los Doce...»[56]. En ese discurso aparece la idea del pueblo elegido del que surgirá el superhombre: «de vosotros, que os habéis elegido a vosotros mismos, ha de nacer un pueblo elegido — y de él el superhombre», comparable la idea del pueblo de los Salmos: «Y a su pueblo sacó con alegría; con algazara a sus elegidos»[57], con la diferencia profunda del sujeto de la elección. La inversión del sentido vuelve a notarse en la parte del aforismo «y sólo cuando todos me hayáis negado volveré entre vosotros», que contrasta profundamente con el Evangelio de San Mateo: «pero el que me niegue a mí ante los hombres, también yo lo negaré a él ante mi Padre [que está] en los cielos[58]».

Ya en el primer discurso de la segunda parte, «El niño del espejo», se nota que se sigue la influencia del lenguaje bíblico con la alusión a la parábola del trigo y la cizaña: «¡mi d o c t r i n a está en peligro, la maleza pretende llamarse trigo!», tal y como narra San Mateo[59]. En oposición total a una

[53] 1 Corintios, 7, 1, 2.
[54] San Mateo, 5, 44.
[55] *Ibíd.*, 26, 27.
[56] San Lucas, 8, 1.
[57] Salmo 105, 42.
[58] San Mateo, 10, 33.
[59] *Ibíd.*, 13, 36-43.

de las bienaventuranzas se manifiesta en «De los compasivos» el aforismo: «En verdad no me gustan los misericordiosos que son felices en su compasión: tienen demasiada falta de pudor», tal y como se expresa en el Evangelio de San Juan en que se dice: «¡Felices los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia!»[60]. La idea del Evangelio de trasladar montañas se le queda a Nietzsche, por así decirlo, corta, y va mucho más allá cuando en «De los sabios famosos» escribe: «¡Y con montañas ha de aprender a c o n s t r u i r el hombre conocedor! Poca cosa es que el espíritu mueva montañas, — ¿lo sabíais ya?» En San Mateo se decía: «Pues os digo de verdad: si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: "Cámbiate de aquí allí, y se cambiará"»[61]. La idea de la mediocridad se rechaza en el aforismo: «Para mí sois tibios: en cambio frío fluye todo conocimiento profundo. Gélidas son las fuentes más internas del espíritu: un alivio para manos y trabajadores ardorosos», en concordancia de alguna manera con la frase del Apocalipsis «Conozco tus obras: no eres ni frío ni caliente [...] Así, porque eres tibio [...] estoy a punto de vomitarte de mi boca»[62]. En «La canción de noche» el aforismo: «No conozco la felicidad del que toma; y a menudo he soñado que robar tiene que ser más dichoso aún que tomar», expresa una oposición directa a uno de los principios fundamentales del cristianismo manifestado en los Hechos de los Apóstoles: «...en todo os he mostrado que, fatigándose así, hay que acoger a los débiles y acordarse de las palabras del Señor Jesús, que dijo: "Mayor felicidad es dar que recibir"»[63]. En «La canción de danza», en referencia al diablo, se dice: «Una canción de danza y una canción satírica sobre el espíritu de la torpeza, mi supremo y más poderoso diablo, del que se dice que es "el señor del mundo"», es una denominación tomada del Evangelio de San Juan: «Ahora es la condena de este mundo; ahora el jefe de este mundo va a ser expulsado fuera. Y él dijo: "¿Tal vez un dios me sustrajo algo secretamente mientras

[60] San Juan, 5, 7.
[61] San Mateo, 17, 5.
[62] Apocalipsis, 3, 15-16.
[63] Hechos de los Apóstoles, 20, 35.

yo dormía?"»[64]. «En verdad suficiente para formarse con ello una mujercita!», hace referencia, sin duda irónica, al Génesis: «Así, pues, Yahvé Elohim infundió un sopor sobre el hombre, que se durmió; entonces le tomó una de las costillas, cerrando con carne su espacio»[65]. La expresión que aparece en el Evangelio de San Mateo: «Engendro de víboras, ¿cómo vais a poder hablar cosas buenas siendo malos? Pues de lo que abunda en el corazón habla la boca»[66], aparece en el discurso «Del conocimiento puro» en la forma: «En verdad llenáis la boca con palabras nobles: ¿y nosotros hemos de creer que vuestro corazón está rebosante, embusteros?» En el aforismo inmediato siguiente aparece la expresión «me gusta recoger lo que en vuestras comidas cae bajo la mesa», que recuerda la parábola de Lázaro y el hombre rico en la que el Evangelio de San Lucas dice: «y deseando hartarse de lo que caía de la mesa del rico»[67]. Estando preocupados todos de que Zaratustra hubiera desaparecido, tal y como se cuenta en «De grandes acontecimientos», la narración de los hechos recuerdan la narración del Evangelio de San Juan; mientras Nietzsche escribe: «así que para ellos fue una gran alegría cuando al quinto día Zaratustra apareció entre ellos», en San Juan se dice: «Así que los discípulos se alegraron de ver al Señor»[68]. En «El adivino», donde el estilo aforístico es narrativo, Zaratustra cuenta a los suyos el sueño que ha tenido y dice: «Pero el discípulo al que más amaba...», recuerda igualmente a San Juan cuando escribe: «Estaba recostado en el regazo de Jesús uno de sus discípulos, al que Jesús amaba»[69]. El capítulo «De la redención», comienza diciendo: «Cuando un cierto día Zaratustra estaba cruzando el gran puente, le rodearon los inválidos y los mendigos, y un jorobado le habló así», que recuerda a la parte «Numerosas curaciones» de San Mateo[70]. En «La hora más

[64] San Juan, 12, 31.
[65] Génesis, 2, 21.
[66] San Mateo, 12, 34.
[67] San Lucas, 21, 7.
[68] San Juan, 20, 20.
[69] *Ibíd.*, 13, 23.
[70] San Mateo, 15, 29-31.

apacible» aparece la expresión «Espero a alguien más digno; yo no soy digno de ni siquiera destruirme», que recuerda a Juan Bautista en San Mateo: «pero el que viene detrás de mí es más fuerte que yo, su calzado no soy digno de llevar [lo en la mano]»[71].

En la tercera parte el lenguaje bíblico continúa presente. Y empieza sirviéndose del mismo aunque contradiciendo el contenido. Así, en «El caminante» aparece la frase: «¡Alabado sea lo que endurece! No alabo el país donde la manteca y la miel — ¡conen!», en clara contraposición con la narración del Éxodo cuando el pueblo de Dios ha sido liberado de Egipto: «He bajado para... subirlo de ese país... a un país que mana leche y miel»[72]. En «De la virtud empequeñecedora» vuelve el autor al lenguaje y tema de los mandamientos: «Amad siempre a vuestros prójimos como a vosotros, — ¡pero sed, por favor, primero aquellos que s e a m a n a s í m i s m o s —.» La segunda parte es un contraste evidente con lo que dice el Evangelio de San Mateo: «El segundo [es] parecido a él: Amarás a tu prójimo como a ti mismo»[73]. La siguiente serie de aforismos lleva el título de «En el monte de los olivos». En San Mateo se relata: «salieron hacia el monte de los Olivos»[74]. De los Salmos es la expresión «¡Bendecid a Yahvé todas sus huestes, sus ministros que hacéis su beneplácito!»[75], que se recoge en el discurso «Del pasar de largo» en la forma cambiada de «Aquí hay también mucha piedad y mucho servilismo devoto, mucha adulación lisonjera ante el dios de los ejércitos.» Al final de este capítulo la expresión «¡Ay de esta gran ciudad!» es una cita prácticamente literal del Apocalipsis de la forma: «¡Ay, ay, la gran ciudad...»[76], que va seguida de otra: «Pues semejantes columnas de fuego tienen que preceder al gran mediodía», que recuerda expresión semejante del Éxodo: «La columna de nube no se retiraba de delante del pueblo durante

[71] San Mateo, 3, 11.
[72] Éxodo, 3, 11.
[73] San Mateo, 22, 39.
[74] *Ibíd.*, 26, 30.
[75] Salmo 103, 21.
[76] Apocalipsis, 18, 16.

el día, ni la columna de fuego durante la noche»[77]. «Y dijo: "Os digo de verdad: si no volvéis a ser como los niños, no entraréis en el reino de los cielos"», dice San Mateo[78]; en «De los apóstatas», la forma lingüística a que hace referencia es: «Se sientan juntos durante las largas veladas y dicen: ¡Volvamos a ser como los niños pequeños!» De esta misma serie de aforismos es la parte de otro que se expresa así: «¡Existe un solo dios! ¡No has de tener ningún otro dios junto a mí!»; la correspondencia en Éxodo sería: «No tendrás otros dioses frente a Mí. No te fabricarás escultura ni imagen alguna de lo que existe en los cielos...»[79]. No cabe duda la semejanza de la expresión que utiliza Nietzsche en «De los tres males», cuando dice «... el terremoto [...] destructor de sepulcros blanqueados», con la de San Mateo: «¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas!, porque os parecéis a sepulcros encalados...»[80]. La serie de aforismos que lleva por título «De viejas y nuevas tablas» no puede ser más significativa. No sólo el título, todo el capítulo es una antítesis permanente de las leyes bíblicas. La expresión «que la lleven conmigo al valle y dentro de corazones de carne», del apartado cuatro de este capítulo, bien puede ser influencia del estilo de Ezequiel: «... y arrancaré de su cuerpo el corazón de piedra y les daré un corazón de carne»[81]. En el apartado que viene a continuación está presente el final del Apocalipsis: «... el que quiera, tome gratis [el] agua de [la] vida»[82], pero a él se contrapone una tabla nueva: no quiere tener nada g r a t i s, y menos que nada la vida. En «El convaleciente» se retoma el estilo de San Mateo: «Simón Pedro respondió así: "Tú eres el Mesías el Hijo del Dios vivo"»[83], cuando se dice: «... tus animales saben bien, oh Zaratustra, quién eres y quién tienes que llegar a ser: mira, e r e s e l m a e s t r o d e l e t e r n o r e t o r n o —, ¡éste es ahora t u destino!» Y ya en el final de la tercera, el mismo título,

[77] Éxodo, 13, 21.
[78] San Mateo, 18, 3.
[79] Éxodo, 20, 3-4.
[80] San Mateo, 23, 27.
[81] Ezequiel, 11, 19.
[82] Apocalipsis, 22, 17.
[83] San Mateo, 16, 16.

«Los siete sellos (O: La canción del Sí y del Amén)», está tomado del Apocalipsis[84]: el paréntesis como especie de cierre de: «Mira, llega entre las nubes, y lo verán todos los ojos [...] Y se lamentarán por él todas las tribus de la tierra. Sí, amén»; y el propio título: «Y vi en la [mano] derecha del que estaba sentado en el trono un documento escrito por las dos caras, sellado con siete sellos»[85]. En el apartado seis de este capítulo, la expresión «y si mi alfa y omega es que todo lo pesado se vuelve ligero...» recuerda una vez más el estilo del mismo Apocalipsis: «Yo soy el Alfa y la Omega, dice el Señor Dios...»[86].

En la parte cuarta continúa el estilo bíblico. En «La ofrenda de la miel» aparece: «Nuestro gran azar, esto es, nuestro gran lejano reino del hombre, el reino de Zaratustra de mil años», presente ya en el Apocalipsis[87]. San Mateo con «... y sobre esta peña edificaré mi Iglesia»[88], se deja notar en el mismo capítulo al tratar de ese reino de los mil años mediante: «sobre un fundamento eterno, sobre una dura roca originaria». Sin duda la pregunta: «¿No han estado hasta ahora todos los éxitos del lado de los bien perseguidos?», del apartado «El más feo de los hombres» recuerda la de San Mateo: «¡Felices los perseguidos por causa de [la] justicia!»[89]. Bíblico es el contenido y estilo bíblico, del mismo capítulo: «ese abogado de los pequeños seres que testificó de sí mismo "yo — soy la verdad"», que aparece en San Juan: «Jesús le dijo: ¡Yo soy el camino, y la verdad, y la vida...»[90]. En «El mendigo voluntario» aparece una utilización del estilo, pero con un sentido totalmente nietzscheano desde la importancia que otorga a las vacas y su importancia como rumiantes: «Si no cambiamos y nos hacemos como vacas, no entraremos en el reino de los cielos», que reproduce irónicamente la de San Mateo: «Os digo de verdad: si no volvéis a ser como los niños, no en-

[84] Apocalipsis, 1, 7.
[85] *Ibíd.*, 5, 1.
[86] *Ibíd.*, 1, 8.
[87] *Ibíd.*, 20, 1-6.
[88] San Mateo, 16, 18.
[89] *Ibíd.*, 5, 10.
[90] San Juan, 14, 6.

traréis en el reino de los cielos»[91]. Lo mismo puede decirse de lo que en ese mismo lugar viene a continuación: «Y en verdad, aunque el hombre conquistase el mundo entero y no aprendiese la única cosa, el rumiar: ¡de qué serviría!», que recuerda también a San Mateo: «Pues ¿qué provecho puede sacar uno si gana el mundo entero, pero estropea su vida?»[92]. O también: «Ya no es verdad que los pobres sean dichosos. Pues el reino de los cielos está entre las vacas», tomado de San Lucas: «¡Felices [vosotros], pobres, porque el Reino de Dios es vuestro!»[93]. En el capítulo «La sombra», la frase: «mi reino ya no es de e s t e mundo», es un calco de San Juan: «Jesús respondió: Mi reino no es de este mundo»[94]. La frase, aunque con otro sentido, del capítulo «El saludo», «Por todas partes se ven resucitados», recuerda a San Mateo: «...y muchos cuerpos de los santos que dormían resucitaron»[95]. El título del capítulo «La cena» no puede ser más «evangélico». En él el aforismo: «Pero no sólo de pan vive el hombre, sino también de carne de buenos corderos de los que yo tengo dos» se vuelve a parodiar un contenido bíblico, esta vez el de San Mateo: «Está escrito: no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale por [la] boca de Dios»[96]. Las palabras, también de San Mateo: «Y muchos pnmeros serán [los] últimos, y los últimos [serán los] pnmeros»[97], se repiten en «Del hombre superior» en la forma: «¡Y quien quiera ser primero, que vea no convertirse también en último!» San Lucas aparece en el apartado dieciséis de ese mismo capítulo: «Ay de los que ahora reís, porque os afligiréis y lloraréis!»[98], vanado en la forma: «Ay de aquellos que aquí ríen!» Y después: «nos prometió llanto y crujir de dientes», es la cita de San Mateo: «allí estará el llanto y el rechinar de los dientes»[99]. En «La canción de

[91] San Mateo, 18, 3.
[92] *Ibíd.*, 16, 26
[93] San Lucas, 6, 20.
[94] San Juan, 18, 36.
[95] San Mateo, 27, 50-53.
[96] *Ibíd.*, 4, 4.
[97] *Ibíd.*, 19, 30.
[98] San Lucas, 6, 25.
[99] San Mateo, 8, 12.

la melancolía» se hace referencia al nacimiento de Jesús según San Lucas: «... os ha nacido Cristo Señor [...] una criatura envuelta en pañales»[100], en la forma: «a todos vosotros que padecéis el gran asco igual que yo, a quienes se os ha muerto el viejo dios y todavía no tenéis uno nuevo que esté en la cuna y en pañales...» En el capítulo «El despertar» se varía del Apocalipsis: «La bendición, la gloria, la sabiduría, la acción de gracias, el honor, el poderío y la fuerza [se deben] a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén»[101], en la forma: «¡Amén! ¡Y alabanza y honor y sabiduría y gratitud y gloria y fortaleza a nuestro dios, por los siglos de los siglos!» Las palabras del Génesis: «Elohim vio todo cuanto había hecho, y he aquí que todo estaba muy bien», encuentran su correspondencia en «El despertar» en los términos: «No habla: salvo para decir siempre sí al mundo que creó: así alaba a su mundo»[102]. Poco después, en un ataque feroz a otras palabras del mismo Génesis: «Entonces dijo Elohim: "hagamos al hombre a nuestra imagen, a nuestra semejanza..."», se dice: «¿No ha creado el mundo a su imagen, esto es, lo más estúpido posible?»[103]. En «La fiesta del asno» se utiliza otra vez: «Naturalmente: mientras no os hagáis como niños pequeños, no entraréis en ese reino de los cielos», cita con matizaciones de San Mateo: «...y dijo: "Os digo de verdad: si no volvéis a ser como los niños, no entraréis en el reino de los cielos..."»[104]. El aforismo con que se cierra este capítulo: «Y cuando volváis a celebrarla, esta fiesta del asno, ¡hacedlo por amor a vosotros, hacedlo también por amor a mí! ¡Y en memoria mía!», no hace sino parodiar el versículo de la Primera a los Corintos: «... haced esto, siempre que [lo] bebáis en memoria de mí»[105]. En el último capítulo, «La señal», Zaratustra se encuentra con que «Todavía duermen, esos hombres superiores, mientras que yo estoy despierto», lo que recuerda a la narración de San

[100] San Lucas, 2, 12.
[101] Apocalipsis, 7, 12.
[102] Génesis, 1, 31.
[103] *Ibíd.*, 1, 26.
[104] San Mateo, 18, 3.
[105] I Corintos, 11, 24.

Mateo: «Y se acercó a los discípulos, pero los encontró durmiendo...»[106].

El uso del lenguaje bíblico de una manera tan claramente contrapuesta encuentra una explicación no tanto en el hecho de que el autor se oponga a los principios de la Biblia, que también, sino en el hecho de que pretende hacer resaltar el surgimiento de los nuevos predicados por un profeta igualmente nuevo. Un profeta que trasmite una nueva doctrina de contenidos muy diferentes a los del profeta del cristianismo, como son los del *superhombre* y el *eterno retorno de lo idéntico* fundamentalmente. Sólo así el autor de la obra justifica contenidos tan opuestos a los de la Biblia, oposición de la que en muchos casos ni siquiera él mismo está convencido.

El estilo de *Zaratustra* va mucho más allá de los elementos bíblicos. Para Nietzsche la lengua y la utilización que se hace de la misma es un componente fundamental de la expresión. En *Ecce homo* el autor denomina estilo *alciónico* el tono que emana de la boca de Zaratustra[107], la tranquilidad de los días de invierno que están frente a los días tormentosos que han de venir, es la tranquilidad del pensamiento filosófico con todo lo que de polémica pueda tener. A ello, no obstante, se añade un componente psicológico propio de quien ha llegado a pensar los pensamientos más profundos, la más excelsa forma del ser, el eterno sí a todas las cosas de ser uno mismo, que no es algo distinto al concepto de Dioniso. Para ello se necesita un lenguaje de expresión que es el ditirambo[108], forma de canto en el culto a Dioniso del que Nietzsche se manifiesta inventor, lo que no puede entenderse más que como una exageración que no significa otra cosa que ser el adaptador del género a una nueva situación. Con esta forma de expresión lo que se quiere expresar es el proceso de inclusión dentro de la obra literaria de la experiencia propia con los pensamientos filosóficos que se han convertido en acontecimientos. En esa

[106] San Mateo, 26, 40.
[107] Cfr. *KSA* 6, pág. 259.
[108] Cfr. *ibid.*, págs. 344-345.

experiencia se concentra junto al contenido filosófico, también un determinado estado de ánimo que es el casi permanente de soledad en que se encuentra el protagonista en el momento en que llega al pensamiento fundamental de la obra.

El resultado es una prosa artística que busca expresar lo originario, que se sirve de la riqueza de medios expresivos que representa la relación que hay entre lengua y realidad, una realidad que se capta conceptual, pero intuitivamente también y que, como tal, produce un resultado que es una variación y una multiplicidad. La intuición y la inspiración llevan a lo fantástico, a lo mítico, a lo simbólico, a lo maravilloso. La experiencia del conocimiento se expresa así no sólo de una manera épica, sino que llega a lo lírico, a lo ditirámbico, como se acaba de decir, a lo rítmico. La cualidad rítmica no es aquí exclusiva de lo lírico, sino que se extiende a lo épico, y viceversa lo épico se percibe como lírico a través de la presencia del sonido. Son dos elementos en los que cabe también lo dramático, presente en la forma del diálogo o en la forma del monólogo, pero no como algo aislado, algo que tiene lugar en la obra de una manera ocasional, sino como elemento que es también estructural. La totalidad de la obra es, en este sentido, la representación teatral del autor en la persona dramática de un profeta y su pensamiento; una totalidad en la que se da conjuntamente lo épico y lo lírico. Dentro de todos esos elementos tiene lugar el fenómeno de la realización del saber filosófico que emerge de la vida en permanente tensión. De esa tensión surge la multiplicidad estilística que incluye la multiplicidad genérica a que se hace alusión.

Con Zaratustra *creo haber llevado la lengua alemana a su perfección*[109]

El título que aquí se da a este epígrafe junto con otras muchas afirmaciones, como aquella de que «Todo en ella es mío,

[109] *KSB 2*, pág. 574.

sin prototipo, sin parangón, sin precedente»[110] es propio de la manera, a veces exagerada, de expresarse de Nietzsche. En el mismo pasaje explica que él da el tercer paso que la lengua alemana necesitaba en su desarrollo. Lutero había dado el primero y Goethe, el segundo. Ya se ha visto la relación e incluso dependencia que en la obra se manifiesta con respecto de la Biblia. No cabe duda de que el autor de *Zaratustra* ha realizado grandes aportaciones al desarrollo de la lengua alemana; que haya sido él quien en solitario ha dado ese tercer paso es otra cuestión. Puede dejarse otra vez dentro de la forma pleonástica de expresarse del autor.

Así habló Zaratustra significa para Möbius en sus tres primeras partes el momento culminante del desarrollo de expresión artística del autor; la cuarta parte supone un paso hacia el virtuosismo y el amaneramiento[111]. Pero Nietzsche ha leído y se ha impregnado de autores que han dejado impronta en su obra, haya sido desde una perspectiva lingüística, haya sido desde una perspectiva de contenido. Por su biografía se sabe que ha tenido relación directa y científica con muchos de los autores griegos, no en vano inició sus primeros estudios universitarios por el mundo de la Filología Clásica. Pero conoce muy bien a Lutero. Y de entre los clásicos alemanes conoce de manera especial a Lessing, Goethe, Schiller y Hölderlin. También a los franceses de la precisión y la claridad, a Heine, a Schopenhauer y a otros autores de los que se da cuenta en la reseña biográfica introductoria.

Sin duda uno de los clásicos alemanes de los que más influencia ha recibido Nietzsche, tanto en el componente lingüístico como de contenido, ha sido Hölderlin. *Hyperion* con el subtítulo de *El eremita en Grecia [Der Eremit in Griechenland]* encuentra un equivalente en la figura de Zaratustra en la cueva en situación similar, en aquel en Grecia en un estado de transición, de recogida de experiencias, en Zaratustra en las montañas recogiendo saber. La obra de Hölderlin, en este sentido, de entre el saber que recopila el protagonista está el del amor

[110] *Ibid.*
[111] Cfr. Paul J. Möbius, *Nietzsche*, Leipzig, Barth, 1904.

a la vida y no lejos del mismo el de la esperanza del futuro de la humanidad, saber no alejado del principio del *superhombre* de Zaratustra. Por otra parte, en *Hyperion* el *retorno de lo idéntico* encuentra su forma peculiar impregnada del panteísmo imposible del mismo concepto del saber de Nietzsche.

Estas dos ideas se expresan en un estilo altamente desarrollado y propio de los autores clásicos, más en el caso de Hölderlin que en el de Nietzsche, pues si en el pnmero se corresponde con el lenguaje propio de la época que representa, en el segundo, sin hacer menoscabo de un estilo altamente cuidado, no siempre logra escapar del lenguaje extraído de otros niveles, lo que, con todo, ocurre en casos no muy frecuentes. En no pocos, los principios se expresan en una lengua plagada de oposiciones.

Si Hölderlin, por otra parte, es conocido como un autor en el que se reconocen no pocos rasgos desde una perspectiva de naturaleza romántica, prerromántica histórico-literaria, esos mismos rasgos desde esa misma perspectiva se identifican en Nietzsche como posrománticos: predominio del sentimiento, valor de la amistad, insatisfacción por el presente, antipatía por la forma de Estado, aberración de la burguesía, etc.

De similares contenidos resultan los medios de expresión que se reconocen sobre todo en la utilización permanente de antítesis que tienen que ver con contenidos de importancia como pecado y virtud, alegría y penalidad, cielo e infierno, mucho y poco, ingenuo y sabio, la presencia de epítetos de todo tipo que lleva a atrevidos neologismos, formaciones igualmente atrevidas de palabras, juegos de palabras, elementos aliterantes, paradojas, etc. En ambos autores se encuentran giros sacados de la Biblia, más ostensivamente tal vez en el caso de Nietzsche que en el de Hölderlin.

En cualquier caso, Nietzsche es el gran estilista de la lengua de su época. En este sentido ha de ser considerado de alguna manera un teórico de la lengua literaria, tal y como puede deducirse de no pocos aforismos que aparecen en *Humano, demasiado humano [Menschliches, Allzumenschliches],* en *El caminante y su sombra [Der Wanderer und sein Schatten],* y en el trabajo para las *Consideraciones intempestivas [Unzeitgemäße Betrachtungen]*

de título «Sobre la lectura y la escritura» [«Über Lesen und Schreiben»]. La lengua, ya se ha visto, es para el autor ritmo, tiene mucho que ver con el componente sonoro, con el componente hablado, es como una partitura, es danza para la que el oído desempeña un papel muy importante. Desde esta perspectiva es conveniente entender la lengua y el contenido o, expresado de otra manera, el contenido y la lengua de *Así habló Zaratustra*.

Así se entiende que el autor entienda que escribir sea algo como trasportar a la lengua desde la inspiración los contenidos, mediante una especie de trabajo de laboratorio, tal vez mejor de taller. Y lo realiza a lo largo de un proceso consistente en cuatro partes, tal y como explica su hermana Elisabeth en una introducción a *La gaya ciencia [Die fröhliche Wissenschaft]*. Partiendo de la primera consistente en años de dedicación a pensar y reflexionar hasta que surge la inspiración, cuyo resultado consiste en una primera redacción, que en un segundo paso da como resultado una reescritura, reescribiéndose en un tercero, hasta que en cuarto se logra la totalidad final, esto es, hasta que se logra un conjunto de perfección lingüística. El final es el resultado, no podía ser de otra manera, de un orfebre de la lengua. Esta nueva forma de tratar la lengua surge como necesidad de expresar un contenido, es el espacio donde expresar el contenido que consiste, expresado de una manera muy general, en la nueva ética nietzscheana.

Puede que Nietzsche no haya sido el único escritor a quien se debe el tercer paso en el proceso de perfeccionamiento de la lengua alemana, sí uno de los más importantes.

Por otra parte se hace necesario aunque no sea sólo más que mencionar la profunda influencia de Nietzsche sobre muchos de los escritores en lengua alemana posteriores más significativos. Sin él no se entienden aspectos de Stefan George, de Hugo von Hofmannsthal, de Carl Sterheim, de los escritores expresionistas, de los hermanos Heinrich y Thomas Mann en diferentes épocas de su producción, de Robert Musil, de Gottfried Benn, todos ellos grandes nombres y una corriente muy significativa en la historia de la literatura alemana.

RECEPCIÓN E INFLUENCIA DE NIETZSCHE EN LA CULTURA ESPAÑOLA

No es de extrañar que como ha ocurrido en otros ámbitos de la recepción de la cultura alemana en España, también en el caso de la obra de Nietzsche, su obra llegó inicialmente de una manera indirecta antes de manifestarse con peculiaridades propias.

El primer contacto se realizó a través de la traducción, casi seguro del año 1900, precisamente de *Also sprach Zarathustra* con el título de *Así hablaba Zaratustra*, versión realizada por Juan Fernández, posible pseudónimo de M. de Unamuno, directamente del alemán y publicada por la editorial La España Moderna. Del mismo año 1900 son las traducciones *El crepúsculo de los ídolos o cómo se filosofa al martillo* y *El origen de la tragedia, El Anticristo, Ensayo de una transmutación de todos los valores*. En 1901 o 1902 aparece la traducción *Más allá del bien y del mal*, en 1902 *La genealogía de la moral* y, probablemente, *Humano, demasiado humano* y *Aurora*. Por entonces se publican también *El crepúsculo de los ídolos* y *Anticristo*. En el mismo año 1902 se publica *Aurora* y *El Anticristo y el ascetismo cristiano* y en 1904 *Ultimos opúsculos (El caso Wagner, Nietzsche contra Wagner, El ocaso de los ídolos, El Anticristo)*. *La gaya ciencia* aparece en 1905 y ese mismo año *Así hablaba Zaratustra, Más allá del bien y del mal* y *Humano, demasiado humano*. De 1906 son las versiones de *Así hablaba Zaratustra, La genealogía de la moral, Aurora, La gaya ciencia, El Anticristo*. También *El caso Wagner, Nietzsche contra Wagner* y *Opiniones y sentencias diversas*, así como *El crepúsculo de los ídolos, Más allá del bien y del mal;* igualmente *El origen de la tragedia, Humano, demasiado humano* y *El viajero y su sombra*. En 1907 aparece *El viajero y su sombra* y *El Anticristo;* en el año 1910 *Ecce-Homo, Cómo he llegado a ser lo que soy*.

De esta primera acogida de Nietzsche a través de la traducción se observa una cierta falta de criterio en lo que se refiere a la selección de las obras. Por otra parte parece como si las editoriales manifestasen sus intereses por tener al alcance de su público, no importaba que estuviesen traducidas ya

por otros autores en otras editoriales, algunas de las obras del autor. En cualquier caso, lo que de Nietzsche llega al público de habla española es una selección de las obras más significativas, aunque en un primer momento pueda echarse en falta la obra lírica; todo ello independientemente de las afirmaciones de los traductores en los comentarios o anotaciones que incluyen en sus trabajos, referidos fundamentalmente a las fuentes que han utilizado de ediciones escritas en lengua alemana. Puede que en algunos casos fuera así, pero hay evidencias no sólo ya de la intermediación del filtro de la lengua francesa, sino incluso de la contradicción en afirmaciones de los traductores en el sentido de la inexactitud del uso de la lengua original alemana. A ello hay que añadir que algunas de las traducciones no son sino el resultado de la utilización de traducciones ya existentes.

Todo ello hace pronto pensar en la necesidad de iniciar una aproximación a la obra de Nietzsche mediante una versión de las obras completas. En este sentido se inicia ya en el año 1906 la traducción que realiza de P. González Blanco, cierto que con el inconveniente no poco relevante de ser realizada a través de traducciones existentes al francés. Tendrán que pasar, no obstante, casi treinta años hasta poder contar con la primera traducción realizada directamente del alemán. Será obra de E. Ovejero y Maury en el año 1932. De la década siguiente, del año 1947, es la de P. Simon. A partir de los años setenta se inician nuevas traducciones y ediciones y se ha continuado hasta la actualidad. Son de mencionar las traducciones de A. Sánchez Pascual, José Jara, G. Meléndez y otros, no siempre incluidas en la publicación de obras completas.

Aunque los prólogos y anotaciones, caso de que existan pues no siempre se da el caso sobre todo en las traducciones de principios del siglo xx, centren por lo general su atención en aspectos generales referidos al pensamiento del autor, no es en el mundo del pensamiento donde Nietzsche encuentra en primer lugar su acogida en España, sino más bien en el mundo del arte, de los escritores y de los poetas.

Como ocurre en toda Europa, para hablar de la presencia de Nietzsche en España hay que tener en consideración que

el desarrollo de la literatura en este país no es unitaria, es decir, a finales del siglo XIX se producen simultáneamente corrientes literarias distintas o, si se quiere, corrientes de oposición al Naturalismo. Es la repetición, con peculiaridades específicas, de mucho de lo que está ocurriendo en Alemania. Así a finales del siglo XIX Nietzsche está presente en autores como P. Gener (1848-1920), quien intenta escribir una especie de *Also sprach Zarathustra,* pero desistiría en el intento. Leopoldo Alas Clarín (1852-1901), entendiendo muy a su manera el concepto de *superhombre,* logra que los escritos de Nietzsche encuentren difusión en España, A. Palacio Valdés (1853-1938), para quien el concepto de moral nietzscheano no encuentra aceptación al identificar en él la subversión de los valores que han logrado enraizarse en una larga tradición, E. Pardo Bazán (1851-1921), cuya obra no está alejada del nihilismo que rodea a Nietzsche e incluso de la utilización estilística que éste hace de la lengua, el modernista R. Darío (1867-1916) quien, aunque tampoco fue un devoto de Nietzsche, sin embargo, se aproxima en la concepción del arte, que manifiesta aspectos, cierto que propios del modernismo, como la visión del componente apolíneo y la consideración del propio arte como algo superior a otras ocupaciones humanas como en la filosofía la metafísica.

Gonzalo Sobejano en su obra *Nietzsche en España* entiende que es la Generación del 98 el grupo de escritores en quienes más y mayor influencia ejerció el escritor alemán, cierto que en unos autores más y en otros menos. Unamuno (1864-1936) siente antipatía por Nietzsche, pero de él se afirma que es hijo de Nietzsche, aunque su nietzscheanismo fuese provinciano y paradójico o estuviese nutrido de la embriaguez nietzscheana. En Unamuno aparecen conceptos como el de *superhombre,* etc., hay autores, sin embargo, que niegan en él influencia del alemán; Unamuno en ocasiones habla del *pobre* o *desgraciado* Nietzsche, quien, en definitiva, es para aquél a veces objeto de atracción, a veces de rechazo[112]. R. de Maeztu (1874-1936) se manifiesta de manera positiva. De él dice Unamuno que

[112] Cfr. Gonzalo Sobejano, *Nietzsche en España,* Madrid, Gredos, 1967, págs. 278-291.

Maeztu se encontraba bajo las garras de Nietzsche, que era un nietzscheano rabioso. Baroja le recomienda que no escriba ensayos al estilo de Nietzsche, Azorín cree que el ideal de autoridad de Maeztu se fundamentaba en un nietzscheanismo que es la representación de un modo imperfecto de interpretar ese ideal[113]. P. Baroja (1872-1956) conoce bien a Nietzsche tal y como se aprecia en su obra. Manifiesta que de Nietzsche en España no se conocía ni el olor. Baroja es nihilista en su juventud, posteriormente se siente compenetrado con negaciones y afirmaciones del pensamiento de Nietzsche y así se expresa en varios de sus artículos, en muchas ocasiones al igual que en sus obras literarias referidas a la realidad de España y los españoles. En cualquier caso la gran novedad de Nietzsche es para Baroja, no la filosofía, su gran aportación es el estilo; al final su obra es más poética que práctica reconociendo, de otro lado, la adulteración de que fue objeto su pensamiento[114]. Azorín (1873-1967) es nietzscheano en sus reflexiones acerca del espíritu de protesta, la moral señorial, el *eterno retorno*, la mención de la araña, llegando incluso en sus reflexiones a considerar a Gracián como el *Nietzsche español*. Es nietzscheano Azorín hasta el punto de serle fiel en elogios repetidos y en censuras contra quienes interpretaron de manera inadecuada su persona. R. Gómez de la Serna (1888-1963), R. Pérez de Ayala (1880-1962), R. León (1877-1943), J. Grau (1877-1958), J. R. Jimenez (1881-1958), L. Felipe (1884-1968), etc., conocen todos ellos a Nietzsche y reaccionan unos a favor y otros en contra.

De los pensadores que más conocimiento tuvieron de Nietzsche destaca en primer lugar Ortega y Gasset (1883-1955) quien ha llegado a él ya desde sus años de juventud. Interpreta el concepto de *superhombre* que traduce al español por el término de *sobrehombre*, entiende que Nietzsche no es amoral, la idea de la vida vivida en peligro, la vida ascendente y la vida descendente, aspectos de la psicología nietzscheana, aspectos de su estética, los conceptos de *apolíneo* y *dionisiaco*, aspectos de

[113] Cfr. *ibíd.*, págs. 320-323.
[114] Cfr. *ibíd.*, págs. 352-391.

su teoría de la música, el concepto «perspectivismo» en la filosofía, la vida como pasión e ideas, etc. *El tema de nuestro tiempo* (1923)[115] es la obra de Ortega donde más se aprecia la influencia del escritor alemán y de manera muy concreta el componente *vital* de la vida *ascendente* es el que más llama la atención. Tampoco es ajena la idea de la *transmutación de los valores* que se explica en la *Introducción a una estimativa* (1923)[116]; también la idea de la aristocracia del hombre puede tener sus raíces en Nietzsche en *España invertebrada* (1921)[117], o *La rebelión de las masas* (1930)[118]. Y por lo que al arte se refiere, las ideas estéticas encuentran reflejo en *Meditaciones del Quijote* (1914)[119] o *La deshumanización del arte* (1925)[120] de las que destaca, aparte de lo reseñado, la observación de un estilo en el que la frase viva hace que la idea en ella contenida resulte más fácil de exponer. El pensador E. D'Ors (1882-1954) manifiesta ya en *Genealogía ideal del Imperialismo* (1905) la influencia nietzscheana, aunque sea de una manera conciliadora cuando se trata de la oposición entre los conceptos *racional* e *irracional*. Ve en él un romántico que reúne el temperamento dionisiaco y la lucidez apolínea; la idea del *eterno retorno* sirve para comprender aspectos de la historia; para explicar el arte D'Ors se sirve de la idea de que en el arte se refleja el *superhombre;* sin excluir cuando habla de la *nación* la idea relacionada de la superación. F. de los Ríos (1879-1949) recibe la influencia de Nietzsche en la consideración de España.

Independientemente de la influencia que Nietzsche haya podido ejercer en escritores o filósofos españoles existe una aproximación mediante estudios que tratan de su filosofía, al-

[115] *Op. cit.*

[116] José Ortega y Gasset, *Introducción a una estimativa: ¿qué son los valores?*, Madnd, Encuentro, 2004.

[117] José Ortega y Gasset, *Obras completas*, t. 3, Madrid, Alianza Editorial, Revista de Occidente, 1983.

[118] *Ibíd.*

[119] José Ortega y Gasset, *Las meditaciones del Quijote e ideas sobre la novela*, Madrid, Alianza Editorial, 1970.

[120] José Ortega y Gasset, *La deshumanización del arte: ideas sobre la novela*, Madrid, Revista de Occidente, 1928.

gunos de los cuales fueron realizados por autores en los que como se ha visto dejó su rastro. Nietzsche es conocido en España incluso antes de su muerte. Así lo testimonian artículos como el de J. Maragall «Friedrich Nietzsche», publicado en *Artículos*[121] de 1893; el de R. de Goncourt «Nietzsche», aparecido en 1894 en *Alma Española*[122]; el trabajo de 1895 de P. Gener de título *Federico Nietzsche y sus tendencias;* el de J. Valera de 1897 «El superhombre» o del mismo año el de P. Baroja «El éxito de Nietzsche»; la conferencia del año siguiente de E. Sanz y Escartín titulada y publicada como *Federico Nietzsche y el anarquismo intelectual;* el anónimo de 1899 titulado "Federico Nietzsche, opiniones sobre la mujer alemana»[123], aparecido en *La vida literaria;* el de ese mismo año «Así habló mi Zaratustra» de T. Orts Ramos[124], y los de ese año también de P. Baroja[125] y R. de Maeztu de título, el del primero «Nietzsche y su filosofía» y el del segundo «Nietzsche y Maquiavelo»[126], aparecidos respectivamente en *Revista Nueva* y *Vida Nueva.*

Desde 1900, año de la muerte del filósofo, las publicaciones aumentan ostensiblemente. Vuelven a escribir J. Maragall[127], P. Gener[128], J. Valera[129], P. Baroja[130], E. Sanz y Escartín[131], R. de Maeztu[132], P. Corominas[133], J. Echegaray[134],

[121] Joan Maragall, *Obres Completes,* Barcelona, Selecta, 1970.

[122] R. de Goncourt, *Alma Española,* Madrid, 1894.

[123] Anónimo, «Fedenco Nietzsche, opiniones sobre la mujer alemana», *La vida literaria,* 1899.

[124] T Orts Ramos, «Así habló mi Zaratustra», 1899.

[125] Pío Baroja, «Nietzsche y su filosofía», *Revista Nueva,* 1899.

[126] Ramiro de Maeztu, «Nietzsche y Maquiavelo», *Vida Nueva,* 1899.

[127] Joan Maragall, «Friednch Nietzsche», 1895; «La muerte de Nietzsche», 1899, *op. cit.*

[128] Pompeyo Gener, *Nietzsche y sus tendencias,* 1893; *Inducciones,* 1901.

[129] Juan Valera, «El superhombre», 1897.

[130] Pío Baroja, «El éxito de Nietzsche», 1897; «Nietzsche y su filosofía», 1899.

[131] Eduardo Sanz y Escartín, *Federico Nietzsche y el anarquismo intelectual,* Madrid, Hijos de J. A. García, 1898.

[132] Ramiro de Maeztu, «Nietzsche y Maquiavelo», 1899, *op. cit.*

[133] Pedro Corominas, Comentario a la edición de *Menschliches Allzumenschliches* y *Zaratustra,* 1900.

[134] Obra dramática de José de Echegaray, *El loco dios, drama en cuatro actos, en prosa,* Madrid, [s. n.], 1900.

J. Fastenrath[135], Azorín[136], F. Araujo[137], J. Valera[138], C. Bernaldo de Quirós[139], E. Sánchez Torres[140], F. Araujo[141], E. González Blanco[142].

A partir de 1905 la aproximación a Nietzsche se realiza más bien desde introducciones, comentarios, críticas, etc., a las traducciones que empiezan a proliferar. En 1907 escriben A. Caso[143], M. de Unamuno[144], L. Rodríguez Embil[145], I. Ortega y Gasset[146], P. Henríquez Ureña[147], A. González Blanco[148], C. de Doménech[149], F. Giner de los Ríos[150], E. Ugarte de Ercilla[151], F. A. de Icaza[152], G. Martínez[153], M. A. Barrenechea[154], N. Rodríguez Aniceto[155], J. Sánchez[156], J. Arderiús[157].

La época de la guerra civil supone una cesura en la recepción del pensamiento de Nietzsche en España. Ya en los años

[135] J. Fastenrath, «El filósofo artista Federico Nietzsche», 1900.

[136] Azorín, «Un Nietzsche español», 1900; *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904), Madrid, Espasa Calpe, 1992.

[137] F. Araujo, «Las ideas estéticas de Nietzsche», 1900.

[138] Juan Valera, «Las inducciones del Sr. D. Pompeyo Gener», 1901.

[139] C. Bernaldo de Quirós, «El criminal según Nietzsche», 1901.

[140] E. Sánchez Torres, *Nietzsche, Emerson, Tolstoy*, 1902.

[141] F. Araujo, «Goethe y Nietzsche», 1903.

[142] E. González Blanco, «El individualismo de Nietzsche», 1904.

[143] A. Caso, «Nietzsche, y su espíritu y su obra», 1907.

[144] Miguel de Unamuno, «Rousseau, Voltaire, Nietzsche», 1907; *Para qué escribir* (Comenta el epistolario de Nietzsche), 1919.

[145] L. Rodríguez Embil, «Las ideas literarias de Nietzsche», 1907.

[146] José Ortega y Gasset, «El sobrehombre», 1908.

[147] P. Henríquez Ureña, «Nietzsche y el pragmatismo», 1909.

[148] A. González Blanco, «La estética de Nietzsche», 1913.

[149] C. de Doménech, «Friedrich Nietzsche», 1915.

[150] Francisco Giner de los Ríos, «Nietzsche», 1916.

[151] Eustaquio Ugarte de Ercilla, «La filosofía de Nietzsche», 1916.

[152] Francisco Asís de Icaza, *Nietzsche. Poeta. Interpretaciones líricas*, Madrid, [s. n., s. a.].

[153] Graciano Martínez, *Semblanza del primer superhombre o Nietzsche y el Nietzschismo*, Madrid, Casa Editonal Zarzalejos, 1917.

[154] M. A. Barrenechea, «Ensayo sobre Federico Nietzsche», 1918.

[155] Nicolás Rodríguez Aniceto, *Maquiavelo y Nietzsche*, Madrid, Impr. Fortanet, 1919.

[156] J. Sánchez, «A propósito de la correspondencia de Nietzsche», 1923.

[157] Joaquín Arderiús, *Así me fecundó Zaratustra. Recuerdo de una ex mujer*, 1923.

cuarenta escriben Q. Pérez[158], G. Díaz-Plaja[159], R. García Barcena[160], E. Tierno Galván[161], J. J. López Ibor[162], F. E. de Tejada[163], P. Miguel Oltra[164], J. Bergamín[165], R. López de Ayala[166].

A partir de los años sesenta hasta la actualidad los estudiosos españoles continúan ocupándose del pensador alemán cada vez con más interés e intensidad. Muchos de los resultados de ese interés se registran en la relación bibliográfica de este estudio.

El interés por el componente literario de su obra ha aumentado en los últimos decenios, pero puede considerarse literario con restricciones. La razón radica en el hecho de que los estudios que se aproximan inicialmente de alguna manera a ese aspecto, al final devienen en cuestiones de estética fundamentalmente filosófica y en cualquier caso de teoría amplia y general del fenómeno literario como manifestación del artístico o estético más amplio.

En este sentido han de considerarse del último decenio la obra de David Pujante[167] que se ocupa de la tragedia, lo apolíneo, teoría de los géneros y que considera a Nietzsche un deconstructivista *avant la lettre*, la de Luis E. de Santiago[168] que resulta una obra de teoría estético-literaria, la de Encarna

[158] Quintín Pérez, *Nietzsche: por la concepción y nacimiento al estudio de la obra, el pensador y el poeta*, Cádiz, Establecimientos Ceron, Librería Cervantes, 1943.

[159] Guillermo Díaz-Plaja, «Notas sobre la interpretación nietzscheana de la tragedia», 1943.

[160] R. García Barcena, *Estampa espiritual de Federico Nietzsche 1844-1944*, 1944.

[161] Enrique Tierno Galván, «Discusión en torno a Nietzsche», 1950.

[162] Juan José López Ibor, «Nietzsche y su psicología», 1950; publicado también en 1958.

[163] F. E. de Tejada, «El superhombre y Don Juan», 1952.

[164] P. Miguel Oltra, «El nihilismo de Nietzsche, sus consecuencias y su superación», 1955.

[165] José Bergamín, «Nietzsche», 1959.

[166] Ramón López de Ayala, «En torno a Nietzsche», 1960; «Nietzsche en una cáscara de nuez», 1960.

[167] David Pujante, *Un vino generoso. Sobre el nacimiento de la estética nietzscheana*, Murcia, Universidad, Servicio de Publicaciones, 1997.

[168] Luis Enrique de Santiago Guervós, *Arte y poder. Aproximación a la estética de Nietzsche*, Madrid, Trotta, 2003.

Alonso[169] que considera al autor como alguien en que se agudizan las contradicciones de la modernidad, la de Alberto Constante[170] donde se entiende el fenómeno de la metáfora desde la perspectiva de la filosofía, la de Juan Herrero Senes[171] que se centra en la comprensión de la figura del poeta y analiza un poema de los *Ditirambos*, el interesante estudio introductorio de Luis E. de Santiago a *Escritos sobre retórica*[172] donde se analizan las fuentes de la retórica nietzscheana, el paradigma retórico-lingüístico, dentro de él el poder de la palabra, la fuerza del inconsciente, la metaforización del lenguaje y la generalización de la metáfora, la metáfora como transposición, el origen metafórico del lenguaje, los conceptos como residuos de la metáfora, la aporía de la crítica lingüística, etc., el igualmente estudio introductorio de Agustín Izquierdo a la traducción de *Estética y teoría de las artes*[173] en que se entiende el arte como estímulo de la vida estética de la existencia, o las cuestiones tan relacionadas como las de la creación y recepción literarias, la teoría de las artes, las artes no bellas y los conceptos de belleza y fealdad. Habría que mencionar aquí también las obras de M. Barrios Casares[174], la de M. A. García Mercado[175], la de Patxi Lanceros[176], y otras más.

---

[169] Encarna Alonso, *Sólo locos, sólo poetas. Sobre Nietzsche en la joven literatura*, Granada, Universidad de Granada, 2003.

[170] Alberto Constante, *La metáfora de las cosas (Nietzsche, Heidegger, Rilke, Freud)*, México, Arlequín, Sigma, 2003.

[171] Juan Herrero Senés, *La inocencia del devenir. La vida como obra de arte según Friedrich Nietzsche y Oscar Wilde*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.

[172] Luis Enrique de Santiago Guervós (ed. y trad.), *Friedrich Nietzsche. Estudios sobre retórica*, Madrid, Trotta, 2000.

[173] Agustín Izquierdo, Introducción a la traducción *Friedrich Nietzsche. Estética y teoría de las artes*, Madrid, Editoral de la Universidad Complutense, 1999.

[174] M. Barrios Casares, *Hölderlin y Nietzsche. Dos paradigmas intempestivos de la modernidad en contacto*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1992; *Poesía y pensamiento*, Barcelona, Del Serbal, 2002, además de las que aparecen en la selección bibliográfica.

[175] M. A. García Mercado, *Música y realidad. La experiencia estética como hilo conductor de la filosofía de Nietzsche*, San Fernando, Fundación Municipal de Cultura, 1996.

[176] Patxi Lanceros, *La herida trágica. El pensamiento simbólico tras Hölderlin, Nietzsche, Goya y Rilke*, Rubí (Barcelona), Anthropos, 1997.

Como puede desprenderse de la bibliografía aquí recogida, en cualquier caso solamente parcial respecto del Nietzsche filósofo, menos en cuanto al Nietzsche escritor, de ninguna manera se termina con el interés por Nietzsche dentro de la cultura española que no es que vaya decreciendo, si no todo lo contrario en los dos aspectos.

ESTA EDICIÓN

Uno de los aspectos novedosos en la edición de esta obra es el que tiene que ver con la fuente de la traducción. Por primera vez se traduce a nuestra lengua *Also sprach Zarathustra* a partir del volumen cuarto del original de la que se considera la edición crítica por antonomasia realizada por los filósofos Giorgio Colli y Mazzino Montinari de las obras completas en quince volúmenes, *Friedrich Nietzsche. Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe.*

Ello ha supuesto tener en consideración aspectos nuevos de esta edición crítica no recogidos en ediciones alemanas anteriores y, por tanto, tampoco en las correspondientes traducciones españolas. La mayoría de ellas tienen que ver con la escritura, con la puntuación, con la forma de escribir muchas palabras, que otorga sobre todo una intensificación al sentido y significado de los términos que no se habían recogido en ediciones anteriores y, por tanto, tampoco en las traducciones.

Y no es un elemento banal, sino todo lo contrario. Ningún escritor como Nietzsche ha intensificado la importancia material del signo lingüístico cuando entiende que el habla es expresión de la persona y de la voluntad, no sólo como palabra, sino como gesto mímico-rítmico con sonido. No son pensamientos lo que se comunica, sino más bien emociones, signos mímicos que a continuación se vuelven a leer sobre pensamientos. Es más, el filósofo de la vida entiende que la riqueza de ésta se manifiesta en gestos. En consecuencia reco-

mienda que haya que entender todo como gestos, las frases largas y las breves, la puntuación, la selección de palabras, las palabras, la secuencia de los argumentos. La lengua escrita se entiende casi como si fuera lengua hablada. Lo que más se comprende de la lengua no es la palabra misma, sino el tono, la fuerza, la modulación, el *tempo* con que se hablan una serie de palabras, en suma, la música que hay detrás de las palabras, el apasionamiento que hay detrás de esta música, la persona que está detrás de este apasionamiento, todo lo que, en definitiva, no se puede escribir.

Todo ello, incluida esta aparente última contradicción, es lo que Nietzsche pretende llevar o cree haber llevado a la lengua de *Also sprach Zarathustra*. Es evidente que, en el campo de la traducción a una lengua extranjera, no son pocas las dificultades que esto puede traer consigo. Pero es que hay que añadir además algo a lo que ya se ha hecho referencia en el estudio introductorio y es que *Also sprach Zarathustra* ha sido escrita, probablemente no en todas sus partes, pero sí en la mayoría, de acuerdo con el método que describe la hermana del autor en la introducción a *La gaya ciencia*, una metodología profundamente meticulosa que tuvo que dar como resultado necesario una lengua muy pensada y profundamente exacta tanto en sus contenidos como en sus *gestos*. La consecuencia es que una lengua configurada de esta manera ha proporcionado no pocas dificultades al traductor. Si a ello se añade la permanente creación de palabras, la utilización de una sintaxis en muchos casos, por así decirlo, forzada, sin con ello querer expresar que se trate de una sintaxis incorrecta ni mucho menos, pueden surgir no pocas dificultades e indecisiones a la hora de buscar la solución adecuada.

Desde una consideración traductológica amplia se parte de la idea de que la traducción es un procedimiento de translación de una lengua, que los traductólogos denominan de origen, a otra que denominan término, de todos los elementos existentes en la misma sean del tipo que sean, pero sobre todo los de naturaleza lingüística, cultural, personal del autor, en la que se incluye naturalmente lo filosófico como no podía ser de otra manera en este caso, y todos los demás aspectos que transmite una lengua. La tarea no es fácil en ningún caso, bien

se trate de una lengua más alejada en sus componentes culturales, lingüísticos o de cualquier otra naturaleza, bien se trate de una lengua más próxima en esos mismos componentes. En el caso de la lengua alemana, aunque se trate de una lengua transmisora de una cultura a fin de cuentas europea, no ha de considerarse alejada, no así los componentes lingüísticos de la lengua en sí y, como se ha visto, de la lengua de Nietzsche de una manera especial. A pesar de todo, el traductor ha pretendido en primerísimo lugar ser fiel a la lengua de Nietzsche y a todo lo que esa lengua comporta, a la lengua alemana y a la lengua nietzscheana. Se trata de una fidelidad que se ha extendido a la puntuación, de tanta relevancia en la estructura y en el *gesto* de los aforismos de la obra. Sobra decir que fidelidad no significa servilismo; fidelidad se ha entendido aquí como respeto en doble sentido, a la lengua de origen y a la lengua de partida, dicho de otra manera, la fidelidad se ha entendido como fidelidad en la equivalencia, de ninguna de las maneras en la invención de algo nuevo, de algo no existente en la forma anterior. Si se ha alterado alguna vez la equivalencia en la forma ha sido única y simplemente por necesidad de la equivalencia estricta en el contenido, que es lo que en último término ha sido lo determinante.

Finalmente Gustavo Domínguez merece una mención. El fue quien, en su permanente dedicación y amor a la literatura compartió la idea de que era necesario reivindicar el componente literario de *Also sprach Zarathustra*, aspecto no tenido en consideración en la cultura española en su amplitud conveniente. Entendimos que era un hueco que había que llenar. Es lo que se ha pretendido llevar a cabo aquí.

BIBLIOGRAFÍA

Como ocurre siempre que se trata de la cuestión de abordar la bibliografía sobre la producción de un autor relevante en la historia, fijar una selección de entre la inmensidad de trabajos que se han escrito en el caso de Nietzsche, se convierte en una tarea harto ardua. No obstante, aquí no se pretende ir más allá de recoger los trabajos y estudios considerados de importancia para la comprensión del autor tanto en el aspecto filosófico, como, de una manera especial, el literario. Se recogen además trabajos que son resultado de la recepción del autor por parte de estudiosos que han escrito en lengua española así como las traducciones consideradas relevantes.

Obra de Nietzsche

Colli, G. y Montinari, M. (eds.), *Friedrich Nietzsche, Briefwechsel. Kritische Gesamtausgabe*, Berlín/Nueva York, Walter de Gruyter, 1967 y ss.

— *Friedrich Nietzsche, Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe*, Múnich/Berlín/Nueva York, Walter de Gruyter, 1988^2.

— *Friedrich Nietzsche, Briefwechsel. Kritische Gesamtausgabe*, Berlín/Nueva York, Walter de Gruyter, 1975 y ss.

Mette, H. J., Schlechta, K. y Koch, C. (eds.), *Friedrich Nietzsche, Frühe Schriften*, Munich, Deutsche Taschenbuch-Verlag, 1933-1940.

Estudios

Behler, E., «Wer ist Nietzsches Zarathustra? Eine Auseinandersetzung mit Martin Heidegger», *Friedrich Nietzsche. Also sprach Zarathustra*, ed. de V. Gerhardt, Tubinga, Akademie Verlag, 2000, págs. 351-385.

Bekes, P., *Formen der Erzählung vom Beginn der Moderne bis zur Gegenwart für die Sekundarstufe II*, vol. 1, *Nietzsche bis Kafka*, Stuttgart, Reclam, 1999.

Bennholdt-Thomsen, A., *Nietzsches «Also sprach Zarathustra» als literarisches Phänomen*, Frankfurt am Main, Athenäum, 1974.

Bowie, A., *Estética y subjetividad. La filosofía alemana de Kant a Nietzsche*, trad. de E. Leonetti, Madrid, Visor, 1999.

Brusotti, M., *Die Leidenschaft der Erkenntnis. Philosophie und ästhetische Lebensgestaltung bei Nietzsche von «Morgenröthe» bis «Also sprach Zarathustra»*, Berlín/Nueva York, Walter de Gruyter, 1997.

De Man, P., *Allegorie della lectura*, Turín, Einaudi, 1997.

Detlev, O., *Wendeungen der Metapher*, Munich, Fink, 1998.

Frenzel, I., *Friedrich Nietzsche mit Selbstzeugnissen und Dokumenten*, Reinbek bei Hamburg, Rohwolt Taschenbuch Verlag (Rohwolt Monographien), 1998.

— *Friedrich Nietzsche*, Reinbek bei Hamburg, Rohwolt Taschenbuch Verlag, 2002.

Gadamer, H.-G., «Das Drama Zarathustras», *Nietzsche-Studien* 15, 1986, págs. 1-15.

Gasser, P., *Rhetorische Philosophie. Leseversuche zum metaphorischen Diskurs in Nietzsches «Also sprach Zarathustra»*, Berna *et al.*, Peter Lang, 1992.

Gerhardt, V., *Anthropogie und Metaphysik der Macht Am exemplarischen Fall Friedrich Nietzsches*, Berlín/Nueva York, Walter de Gruyter, 1996.

— (ed.), *Friedrich Nietzsche. Also sprach Zarathustra*, Berlín, Akademie Verlag, 2000.

Haase, M.-L., «Der Übermensch in *Also sprach Zarathustra* und im Zarathustra-Nachlass, 1882-1885», *Nietzsche-Studien* 13, 1984, págs. 228-244.

— «Zur Überlieferung und Entstehung von *Also sprach Zarathustra*», *Kritische Gesamtausgabe* VI/4, 1991, págs. 934-978.

— y Montinari, M., «Nachbericht zu *Also sprach Zarathustra*», *Kritische Gesamtausgabe* VI/4, 1991.

Heidegger, M., «Wer ist Nietzsches Zarathustra?», *Vorträge und Aufsätze*, Pfullingen, Neske, 1954, págs. 101-126.

HILLEBRAND, B., *Asthetik des Nihilismus: von der Romantik zum Modernismus*, Stuttgart, Metzler, 1991.
— *Nietzsche: wie ihn die Dichter sahen*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2000.
— (ed.), *Nietzsche und die deutsche Literatur*, 2 vols., Tubinga, Niemeyer, 1978.
— (ed.), *Zur Struktur des Romans*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1978.
100 deutsche Gedichte und ihre Interpretationen, vol. 4, *Von Heinrich Heine bis Friedrich Nietzsche*, ed. de M. Reich-Ranicki, Frankfurt am Main, Insel, 1996.
JANZ, C. P., *Friedrich Nietzsche. Biographie in drei Bänden*, Munich, Hanser, 1981.
KESSLER, M., *Nietzsche ou le dépassement esthétique de la métaphisique*, Paris, Presse Universitaire de France, 1999.
KOFMAN, S., *Nietzsche et la métaphore*, Paris, Galilée, 1983.
LAMPERT, L., *Nietzsches Teaching. An Interpretation of «Thus Spoke Zarathustra»*, New Haven/Londres, Yale University Press, 1986.
LEHMANN, G. K., *Der Übermensch – Friedrich Nietzsche und das Scheitern der Utopie*, Berna/Frankfurt am Main/Nueva York, Peter Lang, 1993.
LÖWITZ, K., *Nietzsches Philosophie der ewigen Wiederkehr des Gleichen*, Stuttgart, 1956.
MAGNUS, B., STEWART, S. y MILEUR, J.-P. (eds.), *Nietzsche's case. Philosophy as/and Literature*, Nueva York, Routledge, 1993.
MARX, K., *La poesía cósmica de tres poetas revolucionarios: Marx, Nietzsche, Martí. Fredo Arias de la Canal*, México, Frente de Afirmación Hispanista, 1998.
MEYER, T., *Nietzsche und die Kunst*, Tubinga/Basilea, Francke, 1993.
MONTINARI, M., *Nietzsche lesen*, Berlín/Nueva York, Walter de Gruyter, 1982.
MÖBIUS, P. J., *Nietzsche*, Leipzig, Barth, 1904.
NEHAMAS, A., *Life as Literature*, Cambridge/(Mass), Harvard University Press, 1985; en alemán: *Nietzsche. Das Leben als Literatur*, Gotinga, Steidl, 1996. [Trad. esp.: *La vida como literatura*, trad. de Ramón J. García, Madrid, Turner; México, Fondo de Cultura Económica.]
Nietzsche Handbuch. Leben – Werk- Wirkung, ed. de Henning Ottmann, Stuttgart/Weimar, Metzler, 2000.
OTTMANN, H., Kompositionsprobleme von Nietzsches *Also sprach Zarathustra. Nietzsche. Friedrich Nietzsche. Also sprach Zarathustra*, ed. de Volker Gerhardt, Berlín, Akademie Verlag, 2000, págs. 47-67.
PÜTZ, P., *Friedrich Nietzsche*, Stuttgart, Metzler, 1967.

ROSS, W., *Der ängstliche Adler. Friedrich Nietzsches Leben*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1980.
RUPP, G., *Rhetorische Strukturen und Kommunikativer Diskurs in Werk F. Nietzsches*, Berna/Frankfurt, 1976.
SCHAEFFER, J. M., *El arte de la edad moderna. La estética y la filosofía del arte desde el siglo XVIII hasta nuestros días*, trad. de S. Caula, Caracas, Monte Ávila, 1999.
SCHEIER, C.-A., *Nietzsches Labyrinth. Das ursprüngliche Denken und die Seele*, Friburgo/Múnich, Alber, 1985.
SCHMIDT, R. y SPRECKELSEN, C., *Nietzsche für Anfänger. Also sprach Zarathustra. Eine Lese-Einführung*, Munich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 1995.
SHAPIRO, G., *Nietzschean Narratives*, Bloomington, Indiana University Press, 1989.
VITENS, S., *Die Sprachkunst Nietzsches in «Also sprach Zarathustra»*, Bremen/Horn, Dorn, 1951.
WAGNER, R., «Das Kunstwerk der Zukunft», *Dichtungen und Schriften*, ed. de D. Borchmeyer, vol. 6, Frankfurt am Main, Insel Verlag, 1983.
WOHLFART, G., «Wer ist Nietzsches Zarathustra?», *Nietzsche-Studien: Internationales Jahrbuch für die Nietzsche-Forschung* 26, 1977, págs. 319-330.

NIETZSCHE EN EL MUNDO HISPANOHABLANTE (RECEPCIÓN)

Nietzsche, Friedrich, Escritos sobre retórica, ed. y trad. de Luis E. de Santiago Guervós, Madrid, Trotta, 2000.
Nietzsche, Friedrich, El libro del filósofo. Seguido de retórica y lenguaje, trad. de Ambrosio Berasaín, Madnd, Taurus, 2000.
Nietzsche, Friedrich, Estética y teoría de las artes, pról., selec. y trad. de Agustín Izquierdo, Madrid, Tecnos, 1999.
Nietzsche, Friedrich, Poemas del príncipe. Canciones en torno al «Gay saber», ed., introd. y trad. de Luis Jiménez, Madrid, Endymión, 1999.
Nietzsche, Friedrich, Poesía completa 1869-1888, ed. y trad. de L. Pérez, Madnd, Trotta. 1998.
Nietzsche, Friedrich, Aforismos, trad., selec. y notas de S. Pascual, Barcelona, Edhasa, 1997.
AA.VV., *Nietzsche. 125 años, ECO. Revista de Cultura de Occidente*, Bogotá, 1969.
— *El caso Nietzsche*, Cremona, 1973.
— *Nietzsche actual e inactual. Proyecciones en el pensamiento contemporáneo*, Actas de las Jornadas Nacionales Nietzsche, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1994.

— *Nietzche más allá de su tiempo 1844...*, Coloquio de Valparaíso, ed. de José Jara, Valparaíso, Edeval, 1998.
ALONSO, E., *Sólo locos, sólo poetas. Sobre Nietzsche en la joven literatura*, Granada, Universidad de Granada, 2003.
ALSINA, J., *Tragedia, religión y mito entre los griegos*, Barcelona, Labor (N.C.L.), 1971.
ANDREAS-SALOMÉ, L., *Mirada retrospectiva. Compendio de algunos recuerdos de mi vida*, trad. de A. Venegas, Madrid, Alianza Editonal, 1980.
— *Nietzsche*, trad. e introd. de L. Pasamar, Madrid, Zero, 1986.
ÁVILA CRESPO, R., «Finalidad, deseo y virtud: Spinoza y Nietzsche», *Anal. Sem. Metafísica* XX, 1985.
— *Nietzsche y la redención del azar*, Granada, Universidad de Granada, 1986.
— *Identidad y tragedia. Nietzsche y la fragmentación del sujeto*, Barcelona, Crítica, 1999.
BAROJA, P., *Juventud, egolatría*, Madrid, Rafael Caro Raggio, 1917.
BARRENECHEA, M. A., *Ensayo sobre F. Nietzsche*, Madrid, América, 1900.
BARRIOS CASARES, M., *La voluntad de poder como amor*, Barcelona, Del Serbal, 1990.
— *Hölderlin y Nietzsche, dos paradigmas intempestivos de la modernidad en contacto*, Sevilla, Universidad de Sevilla, Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, 1992.
— *Voluntad de lo trágico*, Sevilla, Er, 1993.
— *Narrar el abismo. Ensayos sobre Nietzsche, Hölderlin y la disolución del clasicismo*, Valencia, Pre-Textos, 2001.
— *Poesía y pensamiento*, Barcelona, Del Serbal, 2002.
BATAILLE, G., *Sobre Nietzsche, voluntad de suerte*, trad. de F. Savater, Madrid, Taurus, 1972.
BLANCHOT, M., «Nietzsche y la escritura fragmentana», *La risa de los dioses*, Barcelona, Calden, 1977.
BORGES, J. L., *Historia de la eternidad*, Madrid. Alianza Editonal, 1978.
BOUDOT, P., *Desmenuzando a Nietzsche*, Madrid, Miguel Castellote, 1976.
BRITTON, C., *Nietzsche*, Buenos Aires, Losada, 1947.
BURGOS DÍAZ, E., *Dioniso en la filosofía del joven Nietzsche*, Zaragoza, Universidad, 1993.
CACCIARI, M., *Krisis. Ensayo sobre la crisis del pensamiento negativo. De Nietzsche a Wittgenstein*, trad. de R. Medina, revisión de José Aricó, México, Siglo XXI, 1982.
— *Desde Nietzsche. Tiempo, arte, política*, trad. de M. Cragnolini y A. Paternostro, Buenos Aires, Biblos, 1994.

— «Aforismo, tragedia, lírica», *Nuova Corrente* 68/69, 1975-1976, págs. 464-492; trad. de M. Cragnolini en *Perspectivas Nietzscheanas*, Año III, núm. 3, 1994, págs. 9-38.
Camilos, D., *The influence of Fr. Nietzsche and A. Schopenhauer on Pio Baroja*, North Carolina M. A. Thesis, 1933.
Cano, G., *Como un ángel frío. Nietzsche y el cuidado de la libertad*, Valencia, Pre-Textos, 2000.
— *Nietzsche y la crítica de la Modernidad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
Carrasco, P. E., *Para leer «Así habló Zaratustra» de F. Nietzsche*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2002.
Chamberlan, L., *Nietzsche en Turín. Una biografía íntima*, Barcelona, Gedisa, 1998.
Chestov, L., *La filosofía de la tragedia: Dostoievsky y Nietzsche*, Buenos Aires, Emecé, 1949.
Choza, J., *Conciencia y afectividad. Aristóteles, Nietzsche, Freud*, Pamplona, Eunsa, 1991.
Colli, G., *Después de Nietzsche*, trad. de C. Artal, Barcelona, Anagrama, 1978.
— *Introducción a Nietzsche*, trad. de R. Medina, México, Folios Ediciones, 2000; trad. de Isidro Herrera Baquero y Alejandro del Río, Valencia, Pre-Textos, 1983/2000.
— *Después de Nietzsche*, trad. de C. Artal, Barcelona, Anagrama, 1988.
Conill, J., *El enigma del animal fantástico*, Madrid, Tecnos, 1991.
— *El poder de la mentira. Nietzsche y la política de la transvaloración*, prol. de Pedro Laín Entralgo, Madrid, Tecnos, 1997.
Constante, A., *La metáfora de las cosas, (Nietzsche, Heidegger, Rilke, Freud)*, México, Arlequín, Sigma, 2003.
Cragnolini, M. B., «Nietzsche – Huidobro – Aschenbach», *Confines* 3, 1996, págs. 185-198.
— *Nietzsche, camino y demora*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.
— «Nietzsche, la moral y el nihilismo», *Cuadernos de Ética*, núm. 9, junio de 1990.
— «Pensar, actuar y expresar después del nihilismo», *Perspectivas Nietzscheanas*, Año I, núm. 1, octubre de 1992, págs. 17-34.
— «Nietzsche y el problema del lenguaje en la perspectiva de la música. Variaciones en torno a Doktor Faustus», *Cuadernos de Filosofía*, núm. 41, marzo de 1995, págs. 91-118.
— «Nietzsche-Huidobro-Aschenbach: azores fulminados por la altura», *Confines* 3, octubre de 1996.
— «De la risa disolvente a la risa constructiva, una indagación nietzscheana», *Nietzsche actual e inactual*, II, Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del CBC.

— «Extrañas amistades. Una perspectiva nietzscheana de la *philía* desde la idea de la constitución de la subjetividad como *Zwischen*», *Perspectivas Nietzscheanas*, Año V, núms. 5-6, 1998.
— «Filosofía y ensayismo: pensando desde Robert Musil y Friedrich Nietzsche», *Twentieth World Congress of Philosophy*, Boston, 10-16 de agosto de 1998.
— «La constitución de la identidad en el pensamiento nietzscheano: sí mismo y máscara. El "caso" Nietzsche en los inicios del psicoanálisis», *Revista de la Universidad de Morón*, Buenos Aires, abril de 1999.
— «Tiempo de salud, tiempo de la enfermedad», *Escritos de Filosofía*, Academia Nacional de Ciencias, núm. 33, 1999.
— «Nombre e identidad: filosofar en nombre propio», Ponencia del X Congreso Nacional de Filosofía, Huerta Grande, noviembre de 2003, *Nietzsche, camino y demora*, Buenos Aires, Biblos, 1999.
— y KAMINSKY, G. (eds.), *Nietzsche actual e inactual*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1996.
CUEVA, A., *La psicopatología de Nietzsche*, Cuenca, Editorial Universidad, 1950.
CRUZ VÉLEZ, D., *A propósito de Friedrich Nietzsche y su obra*, con una selección de *Fragmentos Postumos* traducidos por G. Meléndez Acuña, Bogotá, Norma, 1993.
DE MAN, N. P., *Alegorías de la lectura: lenguaje figurado en Rousseau, Nietzsche, Rilke y Proust*, trad. de Enrique Lynch, Barcelona, Lumen, 1990.
DELEUZE, G., *Spinoza, Kant y Nietzsche*, trad. de F. Monge, Barcelona, Labor, 1974.
— *Nietzsche y la filosofía*, trad. de C. Artal. Barcelona, Anagrama, 1971.
— «El misterio de Ariadna», *Cuadernos de Filosofía*, núm. 41, abril de 1995.
— *Nietzsche*, trad. de Isidro Herrera Baquero y Alejandro del Río Herrmann, Madrid, Arena Libros, 2000.
DERRIDA, J., *Espolones. Los estilos de Nietzsche*, Valencia, Pre-Textos, 1981.
— *La filosofía como institución*, Barcelona, Granica, 1984.
DELHOMME, J., *Nietzsche o El viajero y su sombra*, trad. de F. López Castro, Madrid, Edaf, 1990.
DESIATO, M., *Nietzsche crítico de la postmodernidad*, Caracas, Monte Ávila, Cátedra Unesco de Filosofía, Idea, 1998.
DUMOULIE, C., *Nietzsche y Artaud. Por una ética cruel*, Madrid, Siglo XXI, 1998.
Estudios Nietzsche. Revista de la Sociedad Española de Estudios sobre Nietzsche, Málaga, Universidad de Málaga, Facultad de Filosofía, 2001.
ESTUGIÈRE, A. J., *La esencia de la tragedia griega*, Barcelona, Ariel, 1986.

Fink, E., *La filosofía de Nietzsche*, trad. de A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 1989.
Foucault, M., *Nietzsche, Freud, Marx*, trad. de A. González Troyano, Madrid, Anagrama, 1970.
Frenzel, I., *Nietzsche*, Barcelona, Salvat, 1985.
Frey, H. (ed.), *La muerte de Dios y el fin de la metafísica. Simposio sobre Nietzsche*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM/Universidad de Artes Aplicadas de Viena, 1997.
García Mercado, M.-Á., *Música y realidad. La experiencia estética como hilo conductor de la filosofía de Nietzsche*, San Fernando (Cádiz), Fundación Municipal de Cultura, 1996.
García Ninet, A., «El fundamento de la moral en F. Nietzsche», *Estudios Filosóficos* 58, 1972, págs. 645-662.
Gaos, J., *El último Nietzsche*, México, Ed. de la Facultad de Filosofía y Letras, 1945.
Giglioli, G., *La jerarquía social*, San José, Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, 1975.
Gonzales, J., *El héroe en el alma, Tres ensayos sobre Nietzsche*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1996.
Gonzalez Sáez, M., *Voluntad de poder y arte: una aproximación a la metafísica de Nietzsche a través de Heidegger*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1999.
Gutiérrez Girardot, R., *Nietzsche y la filología clásica*, Buenos Aires, Eudeba, 1966.
— *Nietzsche y la filología clásica*, Málaga, Analecta Malacitana, 1997.
Habermas, J., «La crítica nihilista del conocimiento en Nietzsche», *Sobre Nietzsche y otros ensayos*, Madrid, Tecnos, 1982, págs. 31-61.
— *Conocimiento e interés*, trad. de M. Jiménez Redondo, Valencia, Universitat, 1995.
— «Entrada en la posmodernidad: Nietzsche como plataforma giratoria», *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989.
Halévy, D., *La vida de Federico Nietzsche*, Buenos Aires, Emecé, 1946.
Heidegger, M., *Nietzsche*, trad. de J. L. Vermal, Barcelona, Destino, 1961.
— *¿Qué significa pensar?*, trad. de H. Kahnemann, Buenos Aires, Nova, 1978.
— «¿Quién es el Zaratustra de Nietzsche?», trad. de F. Bariau, *Conferencias y artículos*, Barcelona, Del Serbal, 1994.
— «La frase de Nietzsche "Dios ha muerto"», en *Caminos de bosque*, trad. de H. Cortés y A. Leyte, Madrid, Alianza Editorial, 1995.
— «La época de la imagen del mundo», en *Caminos de bosque*, trad. de H. Cortés y A. Leyte, Madrid, Alianza Editorial, 1995.

Hernández-Pacheco, J., *Friedrich Nietzsche. Estudio sobre vida y trascendencia*, Barcelona, Herder, 1990.
Herrero Senés, J., *La inocencia del devenir. La vida como obra de arte según Friedrich Nietzsche y Oscar Wilde*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.
Hopenhayn, M., *Después del nihilismo. De Nietzsche a Foucault*, Barcelona, Andrés Bello, 1997.
Ilie, P., «Nietzsche in Spain: 1890-1910», *Publications of the Modern Language Association of America* 79.1, 1964, págs. 80-96.
Izquierdo Sánchez, A., *El concepto de cultura en Nietzsche*, Madrid, Ed. de la Universidad Complutense, 1993.
— *El resplandor de la apariencia*, Madrid, Libertarias/Prodhufi, 1993.
Jähnig, D., *Historia del mundo, historia del arte*, México, FCE, 1982.
Janz, C. P., *Friedrich Nietzsche. Biographie*, 3 vols., Múnich/Viena, Carl Hanser Verlag, 1978-1979. [Trad. esp.: *Friedrich Nietzsche*, trad. de J. Muñoz e I. Reguera, 4 vols. (vol. I: *Infancia y juventud*; vol. II: *Los diez años de Basilea (1869-1879)*; vol. III: *Los diez años de filósofo errante*; vol. IV: *Los años del hundimiento (1889-1900)*, Madrid, Alianza Universidad, 1981-1985.]
Jara, J., *Nietzsche, un pensador postumo. El cuerpo como centro de gravedad*, Barcelona/Valparaíso, Anthropos, 1998.
— (ed.), *Nietzsche, más allá de su tiempo*, Valparaíso, Edeval, 1998.
Jaspers, K., *Nietzsche y el cristianismo*, Buenos Aires, Deucalion 1955.
— *Nietzsche, introducción a la inteligencia de su filosofar*, trad. de E. Estiu, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1963.
Jiménez, A. (ed.), *Nietzsche y la Modernidad*, Heredia (Costa Rica), EFUNA, 1998.
Jiménez Meza, M., *Nietzsche, cuestión judía y nazismo*, Madrid, 1998.
Jiménez Moreno, L., *Nietzsche*, Barcelona, Labor, 1972.
— «Raíz y proyección de la voluntad de poder Nietzscheana», *Aporía* 10, 1980, págs. 7-48.
— «Historia y filosofía en Nietzsche», *Anal. Sem. Historia de la Filosofía*, 1980.
— *Hombre, historia y cultura. Desde la ruptura innovadora de Nietzsche*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983.
— *El pensamiento de Nietzsche*, Madrid, Cincel, 1986.
— *Friedrich Nietzsche*, Madrid, Ediciones del Orto, 1995.
Jurado Baena, M., *Leyendo a Nietzsche... cien años después*, San Vicente, Club Universitario, 1999.
Kauffmann, W., *Tragedia y filosofía*, Barcelona, Seix Barral, 1973.
Klossowski, P., *Nietzsche y el círculo vicioso*, trad. de N. Sánchez y T. Wangeman, Barcelona, Seix Barral, 1972.

KOFMAN, S., *Cámara oscura. De la ideología*, Madrid, Taller de Ediciones Josefina Bentacourt, 1975.
LANCEROS, P., *La herida trágica. El pensamiento simbólico tras Hölderlin, Nietzsche, Goya y Rilke*, Rubí (Barcelona), Anthropos, 1997.
LEFEBRE, H., *Hegel, Marx, Nietzsche ou le royaume des ombres*, Tournai, Castermann, 1975. [Trad. esp.: *Hegel, Marx, Nietzsche (o el reino de las sombras)*, México, Siglo XXI, 1980.]
LLINARES, J. B., «Nietzsche, intérprete de Schopenhauer», J. Urdanibia (coord.), *Los antihegelianos: Kierkegaard y Schopenhauer*, Barcelona, Anthropos, 1990.
— «La fundamentación de una antropología hermenéutica en "El nacimiento de la tragedia" de Friedrich Nietzsche», Jesús Muga y Manuel Cabada (dirs.), *Antropología filosófica: planteamientos*, Madrid, Luna Ediciones, 1984, págs. 241-257.
LÖWITH, K., *Von Hegel zu Nietzsche. Der Revolutionäre Bruch im Denken des XIX. Jahrhunderts*, Zurich, Europa Verlag. [Trad. esp.: *De Hegel a Nietzsche. La quiebra revolucionaria del pensamiento del siglo XIX*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1941.]
LYNCH, E., *Dionisio dormido sobre un tigre. A través de Nietzsche y su teoría del lenguaje*, Barcelona, Destino, 1993.
MACHADO, A., *Juan de Mairena*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936.
MAEZTU, R. de, *Ensayos*, Buenos Aires, Emecé, 1948.
MANN, H., *Por una cultura democrática: escritos sobre Rousseau, Voltaire, Goethe y Nietzsche*, introd. de José L. Villacañas Berlanga, trad. de Héctor Julio Pérez López, Valencia, Pre-Textos, 1996.
MANN. Th., *Schopenhauer. Nietzsche. Freud*, Barcelona, Bruguera, 1984.
MARKET, O., «Fichte y Nietzsche. Reflexiones sobre el origen del nihilismo», *Anal. Sem. Historia de la Filosofía*, 1980.
MARTÍNEZ, J. J., *La fábula de la caverna. Platón y Nietzsche*, Barcelona, Península, 1991.
MARTÍNEZ ESTRADA, E., *Nietzsche*, Buenos Aires Emecé, 1947.
MARTÍNEZ GAMARRA, M., *La idea de la libertad en Nietzsche: Una interpretación de la filosofía nietzscheana*, Zaragoza, Egido, 1999.
MASSUH, V., *Nietzsche y el fin de la religión*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1985.
MOLINA, E., *Nietzsche dionisiaco y asceta. La vida y su itinerario*, Santiago de Chile, Nascimento, 1944.
MOREY, M., «El joven Nietzsche y el filosofar», *Er* 3, 1986, págs. 93 y ss.
— *Nietzsche: una biografía*, Barcelona, Archipiélago, 1993.
NOLTE, E., *Nietzsche y el nietzscheanismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.
OCAÑA, E., *El dionisio moderno y la farmacia utópica*, Barcelona, Anagrama, 1993.

ORTEGA Y GASSET, J., *El tema de nuestro tiempo*, en *Obras completas*, t. 3, Madrid, Alianza Editorial, Revista de Occidente, 1983.
— *Introducción a una estimativa: ¿qué son los valores?*, Madrid, Encuentro, 2004.
PEÑARRUBIA LÓPEZ, J. V., *Nietzsche y la genealogía de la moral*, Valencia, Ediciones de Filosofía para Bachillerato, 1999.
PUY, F., *El derecho y el Estado en Nietzsche*, Madrid, 1966.
PÉREZ MASEDA, E., *Música como idea, música como destino: Wagner-Nietzsche*, Madrid, Tecnos, 1993.
PFEIFFER, E., *Friedrich Nietzsche, Lou v. Salomé, Paul Rée. Documentos de un encuentro*, Barcelona, Laertes, 1982.
PICCIONE, B., «Instante y autenticidad», *Escritos de Filosofía*, núm. 5, 1980, págs. 115-140.
— *Así habló Zaratustra (en su centenario). Una introducción*, Buenos Aires, Edición del autor, 1984.
PUJANTE, D., *Un vino generoso. Sobre el nacimiento de la estética nietzscheana*, Murcia, Universidad, Servicio de Publicaciones, 1997.
QUESADA, J., *Un pensamiento intempestivo. Ontología, estética y política en F. Nietzsche*, Barcelona, Anthropos, 1988.
— *Nihilismo activo. Genealogía de la modernidad*, México, Universidad de Guadalajara, 1999.
REBOUL, O., *Nietzsche, critique de Kant*, París, PUF, 1974. [Trad. esp.: *Nietzsche, crítico de Kant*, Barcelona, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana, 1993.]
RELLA, F., *El silencio y la palabra. El pensamiento en tiempo de crisis*, Buenos Aires, Paidós, 1992.
RICOEUR, P., *Sí mismo como otro*, Madrid, Siglo XXI, 1996.
RIEZU, J., *Nietzsche: Estética, religión y moral*, Granada, Reus, 1986.
RÍOS, R., *Ensayo sobre la muerte de Dios*, Buenos Aires, Biblos, 1996.
ROMERO CUEVAS, J. M., *El caos y las formas. Experiencia, conocimiento y verdad en F. Nietzsche*, Granada, Comares, 2001.
ROSE, G., *Dialéctica del nihilismo. La idea de ley en el pensamiento postestructuralista*, México, FCE, 1990.
ROSS, W., *F. Nietzsche, el águila angustiada. Una biografía*, Barcelona, Paidós, 1994.
ROVATTI, P. A., *Como la luz tenue. Metáfora y saber*, trad. de C. Catropi, revisión téc. de J. Vigil, Barcelona, Gedisa, 1990.
RORTY, R., *Contingencia, ironía y solidaridad*, trad. de A. Sinnot, revisión tec. de J. Vigil, Barcelona, Paidós, 1991.
RUCKSER, U., *Nietzsche in der Hispania*, Berna, Francke, 1962.
RUBINA SÁNCHEZ MECA, D., *En torno al superhombre. Nietzsche y la crisis de la Modernidad*, Barcelona, Anthropos/Universidad de Murcia, 1989.

— *La voluntad de poder como amor*, Barcelona, Del Serbal, 1990.
— «Perspectivas actuales de interpretación del *Übermensch* nietzscheano», *ER, Revista de Filosofía*, núm. 14, Sevilla.
— *Voluntad de lo trágico. El concepto nietzscheano de voluntad a partir de «El nacimiento de la tragedia»*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
— *Narrar el abismo. Ensayos sobre Nietzsche, Hölderlin y la disolución del clasicismo*, Valencia, Pre-Textos, 2001.
SAGOLS, L., *¿Ética en Nietzsche?*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1997.
SÁNCHEZ BRAVO, J., *Del Gay saber y de la interpretación*, Madrid, Rubicam, 1980.
SANTIAGO GUERVÓS, L. E. de, *Arte y poder. Aproximación a la estética de Nietzsche*, Madrid, Trotta, 2003.
SAVATER, F., *Conocer Nietzsche y su obra*, Barcelona, Dopesa, 1977.
— *Nietzsche*, Barcelona, Barcanova, 1982.
— *La idea de Nietzsche*, Barcelona, Anel, 1995.
— *Así hablaba Nietzsche*, Barcelona, Áltera, 1996.
SIMMEL, G., *Schopenhauer y Nietzsche*, Buenos Aires, Kier, 1944.
SOBEIANO, G., *Nietzsche en España*, Madrid, Gredos, 1967.
SOBREVILLA, W., «Nietzsche en la actualidad. 50 años de investigación Nietzscheana 1933-1983», *Repensando la tradición occidental*, Lima, 1986, págs. 242-333.
SOREL, J., *Los hombres del 98. Unamuno*, Madrid, Rafael Caro Raggio, 1917.
STRATHERN, P., *Nietzsche en 90 minutos (1844-1900)*, trad. de J. A. Padilla Villate, Madrid, Siglo XXI, 1999.
SUANCES MARCOS, M., *Friedrich Nietzsche. Crítica de la cultura occidental*, Madrid, UNED, 1993.
TOMÁS, F., *Formas artísticas y sociedad de masas. Elementos para una genealogía del gusto, el entresiglos XIX-XX*, Madrid, Antonio Machado Libros, 2001.
TRIAS, E. y SAVATER, F. *et al.*, *En favor de Nietzsche*, Madrid, Taurus, 1972.
TRIGO, F., *El amor en la vida y en los libros*, Madrid, Renacimiento, 1907.
UNAMUNO, M. de, «La regeneración del teatro español», en *Ensayos II*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1916-1918, págs. 95-96.
VAIHINGER, H., *Die Philosophie des Als Ob: System der theoretischen, praktischen und religiösen Fiktionen der Menschheit auf Grund eines idealistischen Positivismus: mit einem Anhang über Kant und Nietzsche*, Aalen, Scientia, 1986. «Apéndice», trad. «La voluntad de ilusión en Nietzsche», *Sobre verdad y mentira*, Madrid, Tecnos, 1990.

VATTIMO, G., *Introducción a Nietzsche*, trad. de J. Binaghi, Barcelona, Península, 1987.
— *Las aventuras de la diferencia. Pensar después de Nietzsche y Heidegger*, Barcelona, Península, 1986.
— *Más allá del sujeto. Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1989.
— *Ética de la interpretación*, Buenos Aires, Paidós, 1992.
— *Diálogo con Nietzsche. Ensayos 1961-2000*, Buenos Aires, Paidós, 2002.
VALADIER, P., *Nietzsche y la crítica del cristianismo*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1982.
VERMAL, J., *La crítica de la metafísica en Nietzsche*, Barcelona, Antropos, 1987.
— «Acerca de la superación nietzscheana de la metafísica», *Nietzsche actual e inactual. Proyecciones en el pensamiento contemporáneo*, Actas de las Jornadas Nacionales Nietzsche, Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del C.B.C./Universidad de Buenos Aires, 1994.
WELTE, B., *El ateísmo de Nietzsche y el Cristianismo*, trad. de L. Jiménez Moreno, Madrid, Cuadernos Taurus 37, 1962.
WISSER, R., «Friedrich Nietzsche: malentendidos de una vida filosófica», *Folia Humanística*, núm. 26, febrero, págs. 105-117, y núm. 27, marzo de 1967, págs. 221-236.
ZWEIG, S., *La lucha contra el demonio: Hölderlin, Kleist, Nietzsche*, trad. de Joaquín Verdaguer, Barcelona, El Acantilado, 1999.

TRADUCCIONES DE «ASÍ HABLÓ ZARATUSTRA»

FRIEDRICH NIETZSCHE, *Obras completas*, trad. de E. Ovejero y Maury (vols. 1-13) y F. González Vicen (vols. 14-15), Madrid, Aguilar, 1932-1951.
— *Obras completas*, trad. de Pablo Simón, Buenos Aires, Prestigio, 1970.
— *Así habló Zaratustra*, trad. de A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 1997.

ASI HABLO ZARATUSTRA

UN LIBRO PARA TODOS Y PARA NADIE

[PRIMERA PARTE]

PRÓLOGO DE ZARATUSTRA

1.

CUANDO Zaratustra tenía treinta años abandonó su tierra natal y el lago de su tierra natal y se fue a las montañas. Allí disfrutó del espíritu y de la soledad sin cansarse de ello a lo largo de diez años. Pero llegado un momento se transformó su corazón, — y una mañana se levantó con la aurora, se puso delante del sol y le habló de la siguiente manera:

«¡Tú, gran astro! ¡Cuál sería tu fortuna si no tuvieses a aquellos a quienes iluminas! Durante diez años has subido aquí hasta mi cueva: sin mí, mi águila y mi serpiente te habrías hartado de tu luz y de ese camino.

Pero todas las mañanas te estábamos esperando, recogíamos tu abundancia y te bendecíamos por ello.

¡Mira! Me siento hastiado de tu sabiduría, como la abeja que ha recogido demasiada miel necesito de manos que se extiendan.

Me gustaría regalar y repartir hasta que los sabios que hay entre los hombres se hayan vuelto a regocijar de su necedad y los pobres de su riqueza.

Para ello tengo que bajar a la profundidad tal y como tú haces por las tardes cuando te pones tras el mar llevando todavía luz al averno, ¡tú ubérrimo astro!

Tengo, como tú, que i r a l o c a s o como dicen esos hombres a los que quiero bajar.

¡Bendíceme entonces, tú mirada tranquila que sin envidia puede incluso mirar una inmensa dicha!

¡Bendice la copa que quiere desbordarse para que de ella fluya el agua dorada y lleve por doquier el resplandor de tus delicias!

¡Mira! Esta copa quiere vaciarse de nuevo y Zaratustra quiere volver a ser hombre.»

Así comenzó el ocaso de Zaratustra

* * *

2.

Zaratustra bajó sólo las montañas y no encontró a nadie en el camino. Pero cuando se adentró en el bosque, de repente se encontró con que delante de él estaba un anciano que había salido de su santa choza para buscar raíces en el bosque. Y así habló el anciano a Zaratustra:

No me es desconocido este caminante: hace algunos años pasó por aquí. Se llamaba Zaratustra; pero ha cambiado.

Entonces llevabas tu ceniza a la montaña. ¿Vienes hoy a traer tu fuego a los valles? ¿No temes los castigos de incendiario?

Sí, reconozco a Zaratustra. Puros son sus ojos y en su boca no se oculta hastío alguno. ¿No viene andando como un bailarín?

Zaratustra ha cambiado, Zaratustra se ha convertido en un niño, en alguien despierto: ¿qué quieres ahora de los que duermen?

Vivías en la soledad como en el mar y el mar te llevaba. Ay, ¿quieres llegar a tierra? Ay, ¿quieres tú mismo volver a arrastrar tu cuerpo?

Zaratustra respondió: «Yo amo a los hombres.»

¿Pero por qué, dijo el santo, tuvo que ser que me marchase al bosque y a los desiertos? ¿No fue porque amaba demasiado a los hombres?

Ahora amo a Dios: a los hombres no los amo. El hombre es para mí una cosa demasiado imperfecta. El amor al hombre me mataría.

Zaratustra respondió: «¡Qué dije de amor! ¡Un regalo es lo que traigo a los hombres!»

No les des nada, dijo el santo. Quítales más bien algo y llévalo junto con ellos — es lo que mejor les va a venir: — ¡con tal de que te venga bien a ti!

Y si quieres darles algo, ¡no les des más que limosna y deja además que la supliquen!

«No, respondió Zaratustra, yo no doy limosnas. No soy lo suficientemente pobre para ello.»

El santo se rió de Zaratustra y dijo de esta suerte: ¡Entonces cuida de que acepten tus tesoros! Desconfían de los eremitas y no creen que vengamos para hacer regalos.

Nuestros pasos les suenan demasiado solitarios por las callejas. Y al igual que cuando por las noches, acostados, oyen que viene un hombre mucho antes de que salga el sol, probablemente se pregunten: ¿a dónde irá el ladrón?

¡No vayas a los hombres, quédate más bien en el bosque! ¡Es mucho mejor que vayas a los animales! ¿Por qué no quieres ser como yo, — un oso entre osos, un pájaro entre pájaros?

«Y qué hace un santo en el bosque?», preguntó Zaratustra.

El santo respondió: Compongo canciones y las canto, y al componerlas río, lloro y gruño: de este modo alabo a Dios.

Cantando, llorando y gruñendo alabo al Dios que es mi Dios. ¿Y tú qué regalo nos traes?

Cuando Zaratustra hubo oído estas palabras, saludó al santo y dijo: «¡Qué podría daros yo a vosotros! ¡Mejor que me dejes marcharme de prisa para que no os quite nada!» — Y así se separaron uno del otro, anciano y hombre, riendo del modo que ríen dos muchachos.

Pero cuando Zaratustra estuvo solo habló así a su corazón: «¡Será posible! Este santo viejo no ha oído aún en su bosque que D i o s h a m u e r t o !» —

* * *

3.

Cuando Zaratustra llegó a la ciudad más cercana que está junto a los bosques, se encontró allí mismo con un gran gentío reunido en el mercado: ocurrió que se había anunciado la presentación de un equilibrista. Entonces Zaratustra habló así a la muchedumbre:

Yo os enseño el Superhombre. El hombre es algo que debiera ser superado. ¿Qué habéis hecho para superarlo?

Hasta hoy todos los seres han creado algo que va más allá de ellos mismos: ¿y ahora queréis vosotros ser el reflujo de este gran flujo y preferís retornar al animal antes que superar al hombre?

¿Qué es el mono para el hombre? Un hazmerreír o una dolorosa vergüenza. Y eso precisamente ha de ser el hombre para el Superhombre: un hazmerreír o una dolorosa vergüenza.

Habéis recorrido el camino que va del gusano al hombre, y en vosotros hay todavía mucho de gusano. En otros tiempos fuisteis monos, y todavía hoy es el hombre más mono que cualquier mono.

Pero el más sabio de entre vosotros no es más que una discordancia y un híbrido de planta y fantasma. Pero ¿os digo que os convirtáis en fantasmas o plantas?

¡Mirad, yo os enseño el Superhombre!

El Superhombre es el sentido de la tierra. Que vuestra voluntad diga: ¡el Superhombre ha de ser el sentido de la tierra!

Yo os conjuro, hermanos, ¡permaneced fieles a la tierra y no creáis a quienes os hablan de esperanzas supraterrenales! Son emponzoñadores sépanlo o no lo sepan.

Son despreciadores de la vida, están en vías de extinción y hasta envenenados, de ellos está cansada la tierra: ¡ojalá pasen pronto!

En otro tiempo la blasfemia contra Dios era la mayor blasfemia, pero Dios ha muerto y con él han muerto también todos esos blasfemos. ¡Lo más horrible de hoy es blasfemar con-

tra la tierra y tener en más estima las entrañas de lo inescrutable que el sentido de la tierra!

En otro tiempo el alma miraba despectivamente al cuerpo: y ese desprecio era entonces el bien más elevado: — lo quería flaco, monstruoso, famélico. Así pensaba escapar de él y de la tierra.

¡Oh!, también esta alma era ella misma flaca, monstruosa y famélica: ¡y la crueldad era su propio deleite!

Pero decidme también vosotros, hermanos míos: ¿qué es lo que dice vuestro cuerpo de vuestra alma? ¿No es vuestra alma pobreza y suciedad y un miserable bienestar?

En verdad un sucio río es el hombre. Hay que ser un mar para poder recibir a un río sucio y no ensuciarse.

Mirad, yo os enseño el Superhombre: él es ese mar, en él puede sumergirse vuestro gran desprecio.

¿Cuál es la mayor vivencia que podéis tener? La hora del gran desprecio. La hora en que hasta vuestra felicidad se convierta en asco y así mismo vuestra razón y vuestra virtud.

La hora en que digáis: «¡Qué importa mi felicidad! Es pobreza y suciedad y un miserable bienestar. ¡Pero mi felicidad debiera justificar la existencia misma!»

La hora en que digáis: «¡Qué importa mi razón! ¿Anhela ella el saber como el león anhela el alimento? ¡Es pobreza y suciedad y un miserable bienestar!»

La hora en que digáis: «¡Qué importa mi virtud! Todavía no me ha puesto furioso. ¡Qué cansado estoy de mi bien y de mi mal! ¡Todo esto es pobreza y suciedad y un miserable bienestar!»

La hora en que digáis: «¡Qué importa mi justicia! No veo que yo sea brasas y carbón. ¡Pero el justo es brasas y carbón!»

La hora en que digáis: «¡Qué importa mi compasión! ¿No es compasión la cruz a la que está clavado aquel que ama a los hombres? Pero mi compasión no es una crucifixión.»

¿Habéis hablado una vez así? ¿Habéis gritado una vez así? Ah, ¡si os hubiera oído gritar una vez así!

¡No vuestro pecado — vuestra moderación clama al cielo, vuestra mezquindad hasta en el pecado clama al cielo!

¿Y dónde está el rayo que os lama con su lengua? ¿Dónde la locura con que habría que inocularos?

Mirad, os enseño el Superhombre: ¡él es este rayo, él es esta locura! —

Una vez que Zaratustra hubo hablado así, gritó uno de entre el gentío: «Ya hemos oído hablar lo suficiente del equilibrista; ¡idéjanos ahora también verle!» Entonces todo el gentío se rió de Zaratustra. Pero el equilibrista que creyó que eso se refería a él, se puso a trabajar.

* * *

4.

Mas Zaratustra contempló al gentío y se quedó maravillado. Entonces habló de esta manera:

El hombre es una cuerda atada entre el animal y el Superhombre, — una cuerda sobre un abismo.

Un peligroso atravesar de un lado al otro, un peligroso ir por el camino, un peligroso mirar atrás, un peligroso estremecerse y detenerse.

Lo que hay de grande en el hombre es que es un puente y no una meta: lo que puede amarse en el hombre es que es un t r á n s i t o y un o c a s o .

Amo a quienes no saben vivir sino yendo hacia el ocaso, atravesando de un lado al otro.

Amo a los grandes despreciadores, pues ellos son los grandes veneradores y flechas del anhelo de ir hacia la otra orilla.

Amo a quienes no es detrás de las estrellas donde buscan una razón para llegar a su ocaso y sacrificarse: sino que se sacrifican a la tierra para que la tierra sea una vez del Superhombre.

Amo a quien vive para conocer y quiere conocer para que una vez viva el Superhombre. Y así quiere su ocaso.

Amo a quien trabaja e inventa para construir la casa al Superhombre y prepararle tierra, animales y plantas: pues así quiere su ocaso.

Amo a quien ama su virtud: pues la virtud es la voluntad de ir al ocaso y la flecha del anhelo.

Amo a quien no guarda para sí ni una gota de espíritu, sino a quien quiere ser íntegramente el espíritu de su virtud: de este modo pasa como espíntu por el puente.

Amo a quien hace de su virtud su predilección y fatalidad: así, por amor a su virtud quiere seguir viviendo y dejar de vivir.

Amo a quien no quiere tener demasiadas virtudes. Una virtud es más virtud que dos, pues es un nudo más apretado del que pende la fatalidad.

Amo a aquel cuya alma se prodiga, a quien no quiere agradecimiento ni devuelve nada: pues él siempre regala y no quiere preservarse a sí mismo.

Amo a quien se avergüenza cuando el dado le trae suerte y luego se pregunta: ¿soy acaso un jugador que hace trampas? — pues quiere sucumbir.

Amo a quien antepone palabras de oro a sus actos y siempre cumple más de lo que promete: pues quiere su ocaso.

Amo a quien justifica a los hombres que han de venir y redime a los que han sido: pues él quiere perecer por los hombres del presente.

Amo a quien castiga a su dios porque ama a su dios: pues él tiene que sucumbir a la ira de su dios.

Amo a aquel cuya alma es profunda aun cuando se le causa una herida y puede perecer por una pequeña vivencia: así es como le gusta pasar por el puente.

Amo a aquel cuya alma está tan repleta que se olvida de sí mismo, en el que están todas las cosas: así todas las cosas serán su ocaso.

Amo a quien es de espíritu libre y de corazón libre: así la cabeza no es más que las entrañas de su corazón, pero su corazón le empuja hacia el ocaso.

Amo a todos los que como pesadas gotas que son caen una a una de la nube oscura que pende sobre los hombres: profetizan que llega el rayo y sucumben como profetas.

Mirad, soy un profeta del rayo, y una gota pesada de la nube: este rayo, empero, se llama Superhombre. —

* * *

5.

Cuando Zaratustra hubo dicho estas palabras, volvió a contemplar al gentío y se quedó en silencio. «Ahí están», dijo a su corazón, «están riéndose: no me entienden, yo no soy la boca para estos oídos.

¿Tendrá uno primero que destrozarles los oídos para que aprendan a oír con los ojos? ¿Tendrá uno que tronar al igual que timbales y predicadores de la penitencia? ¿O es que sólo creen a quienes balbucean?

Tienen algo de lo que se enorgullecen. ¿Cómo es que llaman a eso que les llena de orgullo? Lo llaman cultura, es lo que les distingue de los cabreros.

Por ello no les gusta oír de sí mismos la palabra "desprecio". Entonces hablaré a su orgullo.

Así que voy a hablarles de lo más despreciable: y es el último hombre.»

Y Zaratustra habló así al gentío:

Es tiempo de que el hombre fije su meta. Es tiempo de que el hombre plante la semilla de su más elevada esperanza.

Todavía su tierra es lo suficientemente fértil para ello. Pero un día esta tierra será pobre y feble, y de ella no podrá ya crecer un elevado árbol.

¡Ay! ¡Llega el tiempo en que el hombre ya no lanzará la flecha de su anhelo más allá del hombre, y en que la cuerda de su arco se habrá olvidado de vibrar!

Yo os digo: es necesario que haya todavía caos dentro de sí para poder dar nacimiento a una estrella que baile. Yo os digo: vosotros tenéis todavía caos dentro de vosotros.

¡Ay! Llega el tiempo en que el hombre ya no dará nacimiento a ninguna estrella. ¡Ay! Llega el tiempo del hombre más despreciable que ya no puede despreciarse más a sí mismo.

¡Mirad! Os mostraré al último hombre.

«¿Qué es amor? ¿Qué es creación? ¿Qué es anhelo? ¿Qué es una estrella?» — así pregunta el último hombre y parpadea.

La tierra se ha vuelto además pequeña, y sobre ella anda dando brincos el último hombre que todo lo empequeñece. Su especie es indestructible como el pulgón; el último hombre es el que más tiempo vive.

«Nosotros hemos inventado la felicidad» — dicen los últimos hombres, y parpadean.

Han abandonado los lugares donde era duro vivir: pues se necesita calor. Se sigue amando al vecino y se fricciona contra él: pues se necesita calor.

Enfermar y tener desconfianza lo consideran pecaminoso: uno tiene que andarse con cuidado. ¡Un tonto que todavía tropieza con piedras o con hombres!

Un poco de veneno de vez en cuando: eso produce sueños placenteros. Y mucho veneno al final para un morir placentero.

Todavía se trabaja, pues el trabajo es un entretenimiento. Mas se procura que el entretenimiento no le deje a uno exhausto.

Uno ya no se hace rico o pobre: ambas cosas son una carga demasiado pesada.

¡Ningún pastor y un rebaño! Todos quieren lo mismo, todos son iguales: quienquiera que piense de otra manera, va directamente al manicomio

«Antiguamente todo el mundo estaba loco» — dicen los más agudos, y parpadean.

Se es inteligente y se sabe todo lo que ha sucedido: así no se pone final a la burla. Se sigue entrando en disputa, mas pronto llega la reconciliación — de otro modo llega la indigestión.

Se tiene su pequeño placer para el día y su pequeño placer para la noche: mas se respeta la salud.

«Nosotros hemos inventado la felicidad» — dicen los últimos hombres, y parpadean. —

Y aquí terminó el primer discurso de Zaratustra, al que se llama también «el prólogo»: pues en este punto le interrumpió el griterío y el regocijo de la muchedumbre. «¡Danos ese último hombre, oh Zaratustra, — gritaban — conviértenos en este último hombre! ¡Tú te quedas con el Superhombre!»

Y todo el gentío se regocijaba y chasqueaba la lengua. Pero Zaratustra se entristeció y le dijo a su corazón:

No me entienden: yo no soy los labios para estos oídos.

Tal vez he vivido demasiado tiempo en las montañas, escuchado demasiado a los arroyos y a los árboles: ahora les hablo como a los cabreros.

Inmóvil es mi alma y clara como las montañas por la mañana. Pero piensan que soy frío y un burlador de horribles bromas.

Y ahora me miran y ríen: y mientras ríen siguen odiándome. Hay hielo en su risa.

* * *

6.

Pero entonces sucedió algo que enmudeció todas las bocas y paralizó todos los ojos. Mientras tanto, efectivamente, el equilibrista había comenzado su trabajo: había salido por una pequeña puerta y caminaba sobre la cuerda estirada entre dos torres, que de esta manera colgaba sobre el mercado y el gentío. Cuando estaba justamente en la mitad del camino, volvió a abrirse la pequeña puerta, salió saltando un compañero con vestimenta de muchos colores a la manera de un bufón que con rápidos pasos seguía al anterior. «¡Adelante, entumido de pies!, gritó su terrible voz, ¡adelante haragán, impostor, cara pálida! ¡Que no te haga yo cosquillas con mi talón! ¿Qué haces por aquí entre unas torres? ¡En la torre está tu sitio, ahí deberían encerrarte, estás cerrando el camino a alguien que es mejor que tú!» — Y con cada palabra se le iba acercando más y más: pero cuando estaba a un solo paso detrás de él, sucedió algo horrible que hizo enmudecer todas las bocas y paralizar todos los ojos: — lanzó un grito como si fuera un demonio y saltó por encima de quien estaba en su camino. Pero cuando éste vio que su rival le vencía, perdió la cabeza y la cuerda; arrojó el balancín y, más rápido que éste, cayó precipitado como un remolino de brazos y piernas. El mercado y el gentío se asemejaban al mar cuando la tempestad avanza: to-

dos salieron volando en completo desorden unos encima de otros, de manera especial allí donde el cuerpo tenía que precipitarse.

Pero Zaratustra se quedó inmóvil, y muy cerca de él cayó el cuerpo, maltrecho y quebrantado, aunque todavía no muerto. Poco después el hombre que había caído destrozado recobró la conciencia y vio a Zaratustra de rodillas junto a él. «¿Qué haces aquí?, dijo finalmente, sabía desde hace mucho tiempo que el diablo me pondría la zancadilla. Ahora me está arrastrando al infierno: ¿intentas impedírselo?»

«Por mi honor, amigo, dijo Zaratustra, nada de eso de lo que hablas existe: no hay demonio ni infierno. Tu alma estará muerta aún antes que tu cuerpo: así que ¡no tengas ya miedo!»

El hombre levantó la mirada desconfiado. «Si dices la verdad, dijo luego, entonces nada pierdo si pierdo la vida. No soy mucho más que un animal al que se le ha enseñado a golpes y por inanición a bailar.»

«No es así, dijo Zaratustra; has hecho del peligro tu profesión, no hay nada de despreciable en ello. Ahora pereces por tu profesión: por ello voy a enterrarte con mis propias manos.»

Una vez que Zaratustra hubo dicho esto, el moribundo ya no respondió; pero movió la mano como si buscase la mano de Zaratustra para darle las gracias. —

* * *

7.

Entretanto llegó el atardecer y el mercado se ocultó en la oscuridad: el gentío se dispersó, pues hasta la curiosidad y el horror se cansan. Zaratustra empero estaba sentado en el suelo junto al muerto y estaba sumergido en sus pensamientos: de este modo se olvidó del tiempo. Pero al final se hizo de noche y un frío viento sopló sobre la persona solitaria. Entonces Zaratustra se levantó y dijo a su corazón:

¡En verdad Zaratustra se ha cobrado hoy una buena presa! No ha pescado a un solo hombre, pero sí ha pescado un cadáver.

Inquietante es la existencia humana y sigue sin tener sentido: un bufón puede convertirse para ella en fatalidad.

Yo quiero enseñar a los hombres el sentido de su existencia: es el Superhombre, el rayo que proviene de la nube hombre.

Pero todavía estoy lejos de ellos, y mi sentido no habla a sus sentidos. Para los hombres estoy aún a medio camino entre un loco y un cadáver.

Oscura es la noche, oscuros son los caminos de Zaratustra. ¡Ven, compañero frío y yerto! Voy a llevarte al lugar en que te enterraré con mis propias manos.

* * *

8.

Cuando Zaratustra hubo dicho esto a su corazón, cargó el cadáver sobre sus espaldas y se puso en camino. Y no había recorrido aún cien pasos cuando sin hacer ruido alguno apareció un hombre que le susurró algo al oído — y he aquí que quien hablaba era el bufón de la torre. «Márchate de esta ciudad, oh Zaratustra, dijo; son demasiados los que aquí te odian. Te odian los buenos y los justos, y te llaman su enemigo y despreciador; te odian los creyentes de la fe verdadera, y te llaman el peligro del gentío. Tu suerte ha sido que se han reído de ti: y en verdad hablabas igual que un bufón. Tu suerte ha sido asociarte al perro muerto; al humillarte hasta ese punto, por hoy tú mismo te has salvado. Pero márchate de esta ciudad — o mañana saltaré por encima de ti, un vivo por encima de un muerto.» Y cuando hubo dicho esto, el hombre desapareció; mas Zaratustra continuó caminando por las oscuras callejuelas.

A la puerta de la ciudad se topó con los sepultureros: iluminaron su rostro con la antorcha, reconocieron a Zaratustra y se mofaron mucho de él. «Zaratustra se lleva al perro muerto: ¡estupendo, Zaratustra se ha hecho sepulturero! Pues nues-

tras manos son demasiado limpias para ese asado. ¿Quiere Zaratustra acaso robarle al diablo su bocado? ¡Ea! ¡Buena suerte! ¡Que aproveche! ¡Salvo que el diablo no sea un mejor ladrón que Zaratustra! — ¡va a robar a los dos, va a comerse a los dos!» E iban riendo y juntaban las cabezas.

Zaratustra no dijo a eso palabra alguna y prosiguió su camino. Después de haber caminado dos horas pasando por bosques y ciénagas, oyó demasiados aullidos hambrientos de lobos y él mismo sintió hambre. Así que se detuvo ante una casa solitaria en la que había encendida una luz.

El hambre me acecha, dijo Zaratustra, como un bandido. En los bosques y las ciénagas me acecha el hambre, y en plena noche.

Singulares capnchos tiene mi hambre. Con frecuencia no me viene hasta después de la comida, y hoy no me ha venido en todo el día: ¿pero dónde ha estado?

Así que Zaratustra llamó a la puerta de la casa. Apareció un anciano; traía el farol y preguntó: «¿Quién viene a mi casa y a mi mal dormir?»

«Un vivo y un muerto, dijo Zaratustra. Dadme de comer y de beber, me he olvidado de ello durante el día. Aquel que da de comer al hambriento reconforta su propia alma: así habla la sabiduría.»

El anciano se fue, pero volvió enseguida y ofreció a Zaratustra pan y vino. «Éste es un mal lugar para hambrientos, dijo; por eso vivo aquí. A mí, el eremita, vienen animales y hombres. Pero da de comer y beber también a tu compañero, está más cansado que tú.» Zaratustra respondió: «Muerto está mi compañero, difícilmente voy a persuadirle a que lo haga.» «Eso no me importa, dijo el anciano broncamente: quien llama a mi casa tiene que tomar también lo que le ofrezco. ¡Comed y que os vaya bien!» —

Después de esto Zaratustra volvió a caminar durante dos horas y se confió al camino y a la luz de las estrellas: pues tenía la costumbre de caminar por la noche y le gustaba mirar en la cara a todo lo que está durmiendo. Mas al alba Zaratustra se encontró en un espeso bosque, el camino había desaparecido. Entonces puso al muerto en un árbol hueco, a la altura de la cabeza — quería protegerlo de los lobos — y él mis-

mo se echó en el suelo y sobre el musgo. Y enseguida se durmió, cansado el cuerpo, pero con un alma en quietud.

* * *

9.

Zaratustra durmió largo tiempo, y no sólo la aurora sino la mañana completa pasó también por su rostro. Pero finalmente se abrieron sus ojos: maravillado miró Zaratustra el bosque y el silencio, maravillado miró dentro de sí. Luego rápidamente se levantó, como un navegante que de repente ve tierra, y se regocijó. Y después habló así a su corazón:

Ha alboreado para mí una luz: necesito compañeros de viaje, compañeros de viaje vivos — no muertos ni cadáveres que llevo conmigo a donde quiero.

Sino que necesito compañeros de viaje vivos que me sigan porque quieren seguirse a sí mismos — y allí a donde yo quiero ir.

Ha alboreado una luz para mí: ¡que Zaratustra no hable al gentío sino a compañeros! ¡Zaratustra no ha de convertirse en pastor y perro de un rebaño!

Para inducir a muchos a que se alejen del rebaño — para eso he venido. Que el pueblo y el rebaño se encolericen contra mí: Zaratustra llamará ladrón al pastor.

Digo pastores, pero ellos se llaman a sí mismos buenos y justos. Pastores digo: pero ellos se llaman a s. mismos creyentes de la verdadera fe.

¡Mirad ahí a los buenos y los justos! ¿A quién es al que más odian? Al que destroza sus tablas de valores, al quebrantador, al infractor — ése es, no obstante, el creador.

Compañeros de viaje busca el creador y no cadáveres, y no rebaños ni creyentes. Compañeros de creación busca el creador que escriban nuevos valores sobre tablas nuevas.

Compañeros busca el creador, y compañeros de recolección: pues en él todo está maduro para la cosecha. Pero le faltan las cien hoces: por ello arranca las espigas y está irritado.

Compañeros busca el creador, busca a los que saben afilar sus hoces. Se les llamará aniquiladores y despreciadores del bien y del mal. Pero son los recolectores y los que se regocijan.

Compañeros de creación busca Zaratustra, compañeros de recolección y compañeros de fiesta busca Zaratustra. ¡Qué tiene él que ver con rebaños y pastores y cadáveres!

Y tú, mi primer compañero de viaje, ¡que te vaya bien! Bien te he enterrado en tu árbol hueco, bien te he escondido de los lobos.

Pero voy a dejarte, ha llegado la hora. Entre aurora y aurora ha venido hasta mí una nueva verdad.

No voy a ser pastor, ni sepulturero. Ni siquiera voy a volver a hablar con la muchedumbre; es la última vez que he hablado a un muerto. Al creador, al recolector, al que se regocija quiero acompañar: Les mostraré el arco iris y todas las escalas del Superhombre.

A los eremitas solitarios voy a cantar mi canción, a los eremitas en pareja; y quien tenga todavía oídos para lo inaudito, a ese voy a afligir su corazón con mi dicha.

Voy hacia mi meta, voy por mi camino; saltaré por encima de los titubeantes y los indolentes. ¡Sea entonces mi progreso su ocaso!

* * *

10.

Zaratustra dijo esto a su corazón cuando el sol estaba al mediodía: entonces miró inquisitivamente hacia lo alto, pues por encima de él oyó el agudo grito de un pájaro. Y he aquí que un águila atravesaba el aire en amplios círculos, y de ella colgaba una serpiente, no como si fuera una presa, sino una amiga — ya que se sostenía enroscada a su cuello.

«¡Son mis animales!, dijo Zaratustra y se alegró de corazón. El animal más altivo bajo el sol y el animal más inteligente bajo el sol — han salido a inspeccionar el territorio.

Quieren averiguar si Zaratustra está aún con vida. ¿Estoy realmente vivo? He encontrado mayores peligros entre hom-

bres que entre animales, caminos peligrosos recorre Zaratustra. ¡Que mis animales me guíen!»

Cuando Zaratustra hubo dicho esto, se acordó de las palabras del santo del bosque, suspiró y habló así a su corazón:

¡Ojalá fuese yo más inteligente! ¡Ojalá fuese inteligente de verdad, igual que mi serpiente!

Pero estoy pidiendo algo imposible: ¡por ello pido a mi orgullo que vaya siempre junto a mi inteligencia!

Y si alguna vez mi inteligencia me abandona — ¡ay, le gusta escapar volando! — ¡que mi orgullo entonces vaya volando con mi necedad! —

Así comenzó el ocaso de Zaratustra.

* * *

Los discursos de Zaratustra

DE LAS TRES METAMORFOSIS

TRES metamorfosis del espíritu os señalo: cómo el espíritu se convierte en camello, y en león el camello, y en niño finalmente el león.

Hay muchas cosas pesadas para el espíritu, para el espíritu fuerte, el espíritu capaz de llevar carga, en el que mora el respeto profundo: su fortaleza demanda cosas pesadas y las más pesadas.

¿Qué es pesado?, así pregunta el espíritu capaz de llevar carga, así se arrodilla, al igual que el camello, y quiere que lo carguen bien.

¿Qué es lo más pesado, héroes?, así pregunta el espíritu capaz de llevar carga, de manera que pueda cargarlo sobre mí y me regocije en mi fortaleza

¿No es acaso: rebajarse para herir su soberbia? ¿Hacer que brille su necedad para burlarse de su sabiduría?

¿O es: abandonar nuestra causa, cuando ella celebra su victoria? ¿Escalar altas montañas para tentar al tentador?

¿O es: alimentarse de bellotas y de la hierba del conocimiento y por amor a la verdad padecer hambre?

¿O es: estar enfermo y despedir a los consoladores y entablar amistad con sordos que nunca oyen lo que tú quieres?

¿O es: meterse en agua sucia cuando es el agua de la verdad y no desdeñar frías ranas y calientes sapos?

¿O es: amar a los que nos desprecian y tender la mano al fantasma cuando quiere amedrentarnos?

Con todas estas, las más pesadas de todas las cosas carga el espíritu capaz de llevar carga: igual que el camello que cargado se apresura al desierto, así se apresura él a su desierto.

Pero en el desierto más solitario tiene lugar la segunda metamorfosis: en león se convierte aquí el espíritu, quiere capturar libertad y ser señor en su propio desierto.

Aquí busca a su último señor: quiere convertirse en su enemigo y en enemigo de su último dios, quiere pelear hasta vencer con el gran dragón.

¿Quién es el gran dragón al que el espíritu no quiere llamar más señor y dios? «Tú-has-de» se llama el gran dragón. Pero el espíritu del león dice «yo quiero».

«Tú-has-de» se encuentra en su camino, centelleante como el oro, una bestia cubierta de escamas, y sobre cada escama resplandece como el oro «¡Tú has de!»

Valores milenarios resplandecen en estas escamas, y así habla el más poderoso de todos los dragones: «Todo el valor de las cosas — resplandece en mí.»

«Todo valor ha sido ya creado, y todo valor creado — eso soy yo. ¡En verdad no debe de haber ya ningún "Yo quiero"! Así habló el dragón.»

Hermanos míos, ¿para qué se necesita del león en el espíritu? ¿Por qué no basta la bestia de carga que renuncia y es respetuosa?

Crear nuevos valores — tampoco el león es capaz de ello: pero crearse libertad para un crear nuevo — es algo que puede hacer el poder del león.

Crearse libertad y un santo No incluso frente al deber: para eso, hermanos míos, se necesita del león.

Tomarse el derecho para nuevos valores — es el tomar más terrible para un espíritu que es capaz de llevar cargas y es respetuoso. En verdad eso es para él robar y asunto de un animal depredador.

En otro tiempo amó el «Tú-has-de» como su asunto más santo: ahora tiene que encontrar ilusión y capricho aun en lo más santo, para poder robar libertad de su amor: para ese robo se necesita el león.

Pero decidme, hermanos míos, ¿qué puede hacer el niño que no pueda precisamente hacer el león? ¿Por qué el león depredador ha de convertirse todavía en niño?

Inocencia es el niño y olvido, un nuevo comenzar, un juego, una rueda automotriz, un primer movimiento, un santo decir-sí.

Sí, hermanos míos, para el juego del crear se necesita un santo Sí: el espíritu quiere ahora su voluntad, su mundo conquista el que está apartado de él.

Tres metamorfosis del espíritu os he señalado: cómo el espíritu se convirtió en camello, y en león el camello, y el león finalmente en niño. — —

Así habló Zaratustra. Y entonces vivía en la ciudad que se llama: La Vaca Multicolor.

* * *

DE LAS CÁTEDRAS DE LA VIRTUD

A Zaratustra le había elogiado un sabio que sabía hablar bien del sueño y de la virtud: era muy venerado y remunerado, y todos los jóvenes se sentaban ante su cátedra. Zaratustra se llegó hasta él y con todos los jóvenes se sentó ante su cátedra. Y el sabio habló así:

¡Respeto y pudor ante el sueño! ¡Eso es lo primero! ¡Y evitad a todos los que duermen mal y están despiertos por la noche!

Pudoroso es incluso el ladrón ante el sueño: siempre roba callandito por la noche. Mas el vigilante nocturno es desvergonzado, sin pudor lleva consigo su trompeta.

Dormir no es un arte despreciable: para ello hay que estar despierto todo el día.

Diez veces al día tienes que superarte a ti mismo: esto produce una agradable fatiga y es opio para el alma.

Diez veces tienes que volver a reconciliarte contigo mismo; pues la superación es amargura, y mal duerme quien no está reconciliado.

Diez verdades tienes que encontrar al día; de otra manera tienes que seguir buscando la verdad durante la noche, y con tu alma todavía hambrienta.

Diez veces tienes que reír al día y estar de buen humor; de otra manera el estómago, ese padre de la aflicción, te molestará por la noche.

Pocos saben esto: pero es necesario tener todas las virtudes para dormir bien. ¿Diré falso testimonio? ¿Cometeré adulterio?

¿Permitiré desear la doncella de mi prójimo? Nada de esto le iría bien al buen dormir.

Y aunque se tengan todas las virtudes, todavía hay una cosa que recordar: mandar incluso a dormir a tiempo a las virtudes.

¡Que no se peleen entre sí esas bonitas mujercitas! ¡Y no por ti, desafortunado!

Paz con Dios y con el vecino: es lo que quiere el buen dormir. ¡Y paz incluso también con el demonio del vecino! De otra manera andará persiguiéndote durante la noche.

¡Honor a la autoridad y obediencia, también a la autoridad aviesa! Así lo quiere el buen dormir. ¿Qué puedo hacer yo si el poder gusta de andar con piernas torcidas?

Consideraré siempre el mejor pastor para mí a aquel que lleve a sus ovejas a la pradera más verde: eso está en consonancia con el buen dormir.

No deseo muchos honores, ni grandes tesoros: eso provoca mal humor. Mas se duerme mal sin un buen nombre y un pequeño tesoro.

Me complace más la compañía de unos pocos que una mala compañía: pero tiene que marcharse y venir en el momento oportuno. Esto está en consonancia con el buen dormir.

Mucho me agradan también los pobres de espíritu: ellos promueven el sueño.

Son bienaventurados, de manera especial cuando se les da siempre la razón.

Así transcurre el día para el virtuoso. ¡Y cuando llega la noche me cuido mucho de emplazar al sueño! ¡El sueño, el señor de las virtudes, no quiere que se lo emplace!

Sino que me pongo a pensar en lo que he hecho y pensado durante el día. Rumiando me pregunto a mí mismo, paciente cual una vaca: ¿cuáles han sido en realidad tus diez superaciones? ¿Y cuáles han sido las diez reconciliaciones y las diez verdades y las diez carcajadas con que mi corazón se lo pasó bien?

Considerando tales cosas y sosegado por cuarenta pensamientos, de repente me sobrecoge el sueño, sin que se lo llame, el señor de las virtudes.

El sueño llama a la puerta de mis ojos: se vuelven pesados. El sueño afecta a mi boca: entonces se queda abierta.

En efecto, viene a mí con calzado suave, el más querido de todos los ladrones, y me roba los pensamientos: entonces me quedo igual de tonto que esta cátedra.

Pero no me quedo mucho tiempo así: enseguida estoy acostado. —

Al oír Zaratustra hablar de este modo al sabio, reía en su corazón: pues mientras tanto se le había asomado una luz. Y habló así a su corazón:

Un loco me resulta a mí este sabio con sus cuarenta pensamientos: pero creo que entiende bien de dormir.

¡Feliz es quien habita en la proximidad de este sabio! Un sueño así se contagia, se contagia incluso a través de un grueso muro.

Un hechizo habita incluso en su cátedra. Y no en vano se han sentado los jóvenes ante el predicador de la virtud.

Su sabiduría es: despertar para dormir bien. Y en efecto, si la vida no tuviese sentido y yo tuviese que elegir un sinsentido, este sería para mí también el sinsentido más deseable.

Ahora entiendo con claridad lo que en otro tiempo se buscaba sobre todas las cosas cuando se buscaban maestros de la virtud. ¡Se buscaba buen dormir y para ello virtudes que fuesen como el opio!

Para todos estos loados sabios de las cátedras significaba sabiduría dormir sin soñar: no conocían un sentido mejor de la vida.

Y todavía hoy puede que haya algunos como este predicador de la virtud, y no siempre tan honestos: pero su tiempo ha pasado. Y no se mantendrán en pie durante mucho tiempo: pues yacen ya acostados.

Dichosos son estos soñolientos: pues pronto se adormitarán. —

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LOS TRANSMUNDANOS

En otro tiempo Zaratustra lanzó su locura, al igual que todos los transmundanos, más allá de los humanos. Entonces el mundo me pareció obra de un dios sufriente y atormentado.

Así que un sueño me pareció el mundo y ficción de un dios; humo coloreado ante los ojos de alguien divinamente descontento.

Bien y mal y placer y pena y yo y tú — me parecía humo coloreado ante ojos creadores. El creador quiso apartar la vista de sí mismo — y creó el mundo.

Ebrio placer es para el apenado apartar la vista de sus penalidades y olvidarse de sí mismo. El mundo en otro tiempo me pareció un ebrio placer y un olvidarse-de-sí-mismo.

Este mundo, eternamente imperfecto, imagen de una eterna contradicción e imagen imperfecta — un ebrio placer para su creador imperfecto — es lo que me pareció en otro tiempo el mundo.

Así también yo en otro tiempo dirigí mi fantasía, al igual que todos los transmundanos, más allá de los humanos. ¿En realidad más allá de los humanos?

¡Ay, hermanos, este dios que yo creé, igual que todos los dioses, era obra-de-hombres y demencia-de-hombres!

Hombre era y nada más que un pedazo pobre de hombre y el yo: de mis propias cenizas y brasas llegó hasta mí, este fantasma, y ¡esa es la verdad! ¡No vino hasta mí desde el más allá!

¿Qué ocurrió, hermanos míos? Me superé a mí mismo, el apenado, llevé mi propia ceniza a la montaña, me inventé una llama más brillante. ¡Y mirad, el fantasma se me desvaneció!

Penalidad y tormento sería ahora para mí, el convaleciente, creer en tales fantasmas: sufrimiento y humillación sería ahora para mí. Así hablo yo a los transmundanos.

Fue penalidad e impotencia — eso creó a los transmundanos; y aquella corta demencia de felicidad que sólo experimenta el que más sufre.

Fatiga que quiere llegar a lo último de un solo salto, de un salto de muerte, una pobre e ignorante fatiga que ni siquiera quiere ya querer: creó a todos los dioses y todos los transmundos.

¡Creedme, hermanos! Fue el cuerpo el que desesperó del cuerpo — con los dedos del espíritu enloquecido tocó las últimas paredes.

¡Creedme, hermanos! Fue el cuerpo el que desesperó de la tierra — oyó que el vientre del ser le hablaba.

Y entonces quiso meter la cabeza por las últimas paredes, y no sólo la cabeza — pasar a «aquel mundo».

Pero «aquel mundo» está bien oculto a la vista del hombre, aquel mundo inhumano, deshumanizado que es un nada celestial; y el vientre del ser no le habla en absoluto al hombre salvo como hombre.

De cierto os digo que todo ser es difícil de probar y difícil de hacerlo hablar. Decidme, hermanos, ¿no es la más maravillosa de todas las cosas la que con más claridad se ha probado?

Sí, este yo y la contradicción y confusión del yo sigue hablando del modo más honesto de su ser, este yo que crea, que quiere, que valora, que es medida y valor de las cosas.

Y este ser tan honesto, el yo — habla del cuerpo, e insiste en quererlo aun cuando haga literatura y deje vagar la imaginación y ande batiendo quebrantadas alas.

Cada vez aprende a hablar con más honestidad, el yo: y cuanto más aprende, tantas más palabras y honores encuentra para el cuerpo y la tierra.

Mi yo me enseñó un nuevo orgullo, se lo enseño a los hombres: ¡no esconder más la cabeza en la arena de las cosas

celestiales, sino llevarla libremente, una cabeza terrenal que proporciona sentido a la tierra!

Una nueva voluntad enseño yo a los hombres: ¡querer este camino que a ciegas ha recorrido el hombre, y calificarlo de bueno y ya no salirse a hurtadillas de él como los enfermos y moribundos!

Enfermos y moribundos fueron los que despreciaron el cuerpo y la tierra e inventaron las cosas del cielo y las gotas de sangre redentoras: ¡pero tomaron del cuerpo y de la tierra hasta estos dulces y aciagos venenos!

Quisieron escapar de su miseria, y les resultaban demasiado alejadas las estrellas. Entonces suspiraron: «¡Oh, sólo con que hubiese caminos celestiales para introducirse furtivamente dentro de otro ser y otra felicidad!» — ¡Se inventaron entonces sus rodeos y sus pócimas de sangre!

Luego pensaron estar arrebatados de su cuerpo y de esta tierra, esos ingratos. ¿Pero a quién debían los espasmos y los goces del arrebato? A su cuerpo y a esta tierra.

Con los enfermos es Zaratustra benigno. En verdad no se enoja con sus formas de consuelo e ingratitud. ¡Que se conviertan en convalecientes y vencedores y se creen un cuerpo de un nivel superior!

Tampoco se enoja Zaratustra con el convaleciente cuando éste mira con ternura su ilusión y anda a medianoche furtivamente por la tumba de su dios: pero hasta sus lágrimas siguen siendo para mí también enfermedad y cuerpo enfermo.

Mucha gente enfermiza hubo siempre entre quienes hacen literatura y anhelan con vehemencia a Dios; odian con enfurecimiento al hombre ilustrado y a la más joven de las virtudes que se llama honestidad.

Siempre están volviendo la mirada a tiempos oscuros: entonces, a decir verdad, eran ilusión y verdad algo distinto; el furor de la razón era algo semejante a Dios, y la duda pecado.

Conozco demasiado bien a estos semejantes a Dios: quieren que se crea en ellos y que la duda sea pecado. Demasiado bien sé también qué es aquello en lo que ellos mismos creen con más firmeza.

Cierto es que no en transmundos y en gotas de sangre redentoras: el cuerpo es en lo que con más firmeza creen, y el propio cuerpo es para ellos su cosa en sí.

Pero para ellos es algo enfermizo: y mucho les gustaría escapar de su piel. Por eso escuchan a los predicadores de la muerte y ellos mismos andan predicando transmundos.

Escuchad más bien, hermanos míos, la voz del cuerpo sano: él es una voz más honesta y pura.

De manera más sana y pura habla el cuerpo sano, el perfecto y rectangular: y habla del sentido de la tierra.

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LOS DESPRECIADORES DEL CUERPO

Quiero hablar a los despreciadores del cuerpo. Que no aprendan ni enseñen de manera distinta, sino que solo digan adiós a su propio cuerpo — y así enmudezcan.

«Cuerpo soy y alma» — así habla el niño. ¿Y por qué no habría de hablarse como los niños?

Pero el despierto, el instruido dice: Cuerpo soy íntegramente y nada más que eso; y alma no es más que una palabra que expresa algo del cuerpo.

El cuerpo es una gran razón, una multiplicidad de un único sentido, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor.

Herramienta de tu cuerpo es también tu pequeña razón, hermano, a la que llamas «espíritu», una pequeña herramienta y pequeño juguete de tu gran razón.

Dices «yo» y estás orgulloso de esa palabra. Pero más grande que eso, aunque no quieras creerlo, es tu cuerpo y su gran razón que no dice yo pero que hace yo.

Lo que el sentido siente, lo que el espíritu percibe no tiene en sí nunca un final. Pero al sentido y al espíritu les gustaría persuadirte de que son el final de todas las cosas: así son de vanidosos.

El sentido y el espíritu son instrumento y juguete: tras ellos está todavía el yo mismo. El yo mismo busca también con los ojos de los sentidos, escucha también con los oídos del espíritu.

El yo mismo siempre escucha y busca: compara, subyuga, conquista, destruye. Domina y es también dominador del yo.

Detrás de tus pensamientos y sentimientos, hermano, hay un soberano poderoso, un sabio desconocido — se llama yo mismo. Habita en tu cuerpo, es tu cuerpo. En tu cuerpo hay más razón que en tu mejor sabiduría. ¿Y quién sabe para qué tu cuerpo necesita precisamente de tu mejor sabiduría?

Tu yo mismo se ríe de tu yo y sus orgullosos saltos. «¿Qué son para mí esos saltos y vuelos del pensamiento?, se dice a sí mismo. Un rodeo hacia mi meta. Soy las andaderas del yo y quien apunta sus conceptos.»

El yo mismo le dice al yo: «¡siente dolor ahora!» Entonces sufre y se pone a pensar cómo poner fin al sufrimiento — y es precisamente para ello por lo que h a d e pensar.

El yo mismo le dice al yo: «¡siente placer ahora!» Entonces se alegra y se pone a pensar cómo seguir a menudo alegrándose — y es precisamente para ello por lo que h a d e pensar.

A los despreciadores del cuerpo quiero decirles algo. Que su despreciar es lo que constituye su apreciar. ¿Qué es lo que creó el apreciar y despreciar y el valor y la voluntad?

El yo mismo creador se creó apreciar y despreciar, se creó el placer y el dolor. El cuerpo creador se creó el espíritu como mano de su voluntad.

Incluso en vuestra insensatez y desprecio, vosotros despreciadores del cuerpo, servís a vuestro yo mismo. Yo os digo: incluso vuestro yo mismo quiere morir y se aparta de la vida.

Ya no puede por más tiempo hacer lo que más quiere — crear más allá de sí. Es lo que más quiere, es su deseo más ferviente.

Pero para esto se le ha hecho ahora demasiado tarde — así que vuestro yo mismo quiere sucumbir, vosotros despreciadores del cuerpo.

Vuestro yo mismo quiere sucumbir ¡y por ello os convertisteis en despreciadores del cuerpo! Pues ya no sois capaces de crear más allá de vosotros.

Y por ello estáis enojados ahora con la vida y con la tierra. Hay una envidia inconsciente en la mirada torva de vuestro desprecio.

¡Yo no voy por vuestro camino, despreciadores del cuerpo! ¡No sois para mí puentes hacia el superhombre!

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LAS ALEGRÍAS Y LAS PASIONES

Hermano, si tienes una virtud y esa es tu propia virtud, entonces no la tienes en común con nadie más.

Seguramente quieres llamarla por su nombre y acariciarla; quieres tirarla de la oreja y divertirte con ella.

¡Y adviértelo! ¡Ahora tienes en común con el pueblo su nombre y con tu virtud te has convertido en pueblo y rebaño!

Harías mejor en decir: «Inexpresable y sin nombre es lo que atormenta y dulcifica mi alma y es además el hambre de mis entrañas.»

Que tu virtud sea demasiado excelsa para la familiaridad de los nombres: y si tienes que hablar de ella, no te avergüences de hacerlo balbuceando.

Habla y balbucea de este modo: «Éste es mi bien, es lo que yo amo, así es justamente como me gusta, sólo así quiero yo el bien.

No lo quiero como ley de un dios, no lo quiero como precepto y obligatoriedad de hombres: que no sea para mí un indicador del camino hacia super-tierras y paraísos.

Una virtud terrenal es la que yo amo: dentro de ella hay poca sagacidad y lo que menos la virtud común a todos.

Mas esta ave se construyó el nido en mi casa: por eso la amo y la cuido, — ahora empolla allí sus dorados huevos.»

Así has de balbucear y alabar la virtud.

En otro tiempo tenías pasiones y las tenías por perniciosas. Pero ahora no tienes más que tus virtudes: se formaron a partir de tus pasiones.

Pusiste tu meta más alta en el corazón de estas pasiones: entonces se convirtieron en tus virtudes y alegrías.

Y aunque procedieses de la estirpe de los coléricos o de la de los lujuriosos o de los fanáticos o de los vengativos:

Al final todas tus pasiones se convirtieron en virtudes y todos tus demonios en ángeles.

En un tiempo tenías perros salvajes en tu bodega: pero al final se convirtieron en pájaros y en dulces cantoras.

De tus venenos destilaste tu bálsamo; ordeñaste a tu vaca tribulación — ahora tomas la dulce leche de sus ubres.

Y nada pernicioso saldrá de ti en un futuro, a no ser el mal que venga del conflicto de tus virtudes.

Hermano, si eres feliz, es que tienes una virtud y nada más: así pasarás con mayor facilidad el puente.

Es un galardón tener muchas virtudes, pero un destino duro; y muchos se fueron al desierto y se quitaron la vida por estar cansados de ser batalla y campo de batalla de virtudes.

Hermano, ¿son la guerra y la batalla algo malo? Mas ese mal es necesario, necesaria es la envidia y la desconfianza y la difamación entre tus virtudes.

Mira cómo cada una de tus virtudes codicia el lugar más alto: quiere todo tu espíritu, quiere que sea su heraldo, quiere toda tu fuerza en la cólera, el odio y el amor.

Toda virtud está celosa de las demás, y los celos son algo horrible. Incluso las virtudes pueden sucumbir de celos.

A quien rodea la llama de los celos termina, al igual que el escorpión, volviendo contra sí mismo el aguijón envenenado.

Ay, hermano, ¿todavía no has visto a una virtud difamarse y apuñalarse a sí misma?

El hombre es algo que tiene que ser superado: y por eso has de amar a tus virtudes — pues perecerás por ellas.

Así habló Zaratustra.

* * *

DEL PÁLIDO CRIMINAL

¿No queréis matar, vosotros jueces y sacrificadores, hasta que el animal haya inclinado el cuello? Mirad, el pálido criminal ha inclinado el cuello: por sus ojos habla el gran desprecio.

«Mi yo es algo que ha de ser superado: mi yo es para mí el gran desprecio del hombre»: es lo que dicen estos ojos.

Su momento supremo fue haberse juzgado a sí mismo: ¡no dejéis que el ser excelso vuelva a caer en su bajeza!

No hay salvación para quien sufre tanto por sí mismo a no ser la muerte rápida.

Vuestro matar, jueces, ha de ser compasión y no venganza. ¡Y cuando matáis, cuidad de que vosotros mismos deis justificación a la vida!

No es suficiente que os reconciliéis con aquel a quien matáis. Que vuestra tristeza sea amor al superhombre: así dais justificación al que sigáis viviendo!

«Enemigo» habéis de decir, pero no «malvado»; «enfermo» habéis de decir, pero no «canalla»; «necio» habéis de decir, pero no «pecador».

Y tú, rojo juez, si quisieras decir en voz alta todo lo que has cometido ya de pensamiento: entonces todo el mundo gritaría: «¡Fuera con esa inmundicia y ese gusano venenoso!»

Pero una cosa es el pensamiento, otra la acción, y otra la imagen de la acción. La rueda de la razón no da vueltas entre ellos.

Una imagen hizo palidecer a este hombre pálido. Estaba a la altura de su acción cuando la realizó: pero no soportó su imagen una vez terminada.

A partir de ese momento se vio siempre autor de una única acción. Locura llamo yo a eso: la excepción se invirtió para él convirtiéndose en esencia.

La raya sobre el suelo hechiza a la gallina; el golpe que dio hechizó a su pobre razón — a ello lo llamo locura d e s p u é s de la acción.

¡Oíd, jueces! Se da todavía otra locura: y es la que hay antes de la acción. ¡Ay, no veo que hayáis penetrado lo suficiente en esa alma!

Así habla el juez rojo: «¿Qué es lo que hizo a este criminal que matara? Quiso robar.» Pero yo os digo: su alma quería sangre, no robo: ¡estaba sediento de la felicidad del cuchillo!

Y su pobre razón no comprendió esta locura y le persuadió. «¿Qué importa la sangre?», dijo ella; «¿no quieres al menos cometer al tiempo un robo? ¿Tomarte una revancha?»

Y se puso a escuchar a su pobre razón: su discurso pesaba sobre él como plomo, — entonces robó al asesinar. No quería sentir vergüenza de su locura.

Y ahora vuelve a pesar sobre él el plomo de su culpa, y su pobre razón vuelve a estar igual de rígida, igual de paralizada, igual de pesada.

Sólo con que pudiera sacudir la cabeza, su carga caería rodando: pero ¿quién sacude esa cabeza?

¿Qué es ese hombre? Un montón de enfermedades que por el espíritu se propagan por el mundo: allí quieren hacer su botín.

¿Qué es ese hombre? Un nudo de serpientes salvajes que raras veces mantienen entre sí la paz, — luego cada una se va por su parte y buscan en el mundo su botín.

¡Mirad ese pobre cuerpo! Esta pobre alma interpretaba para sí lo que aquél sufría y anhelaba, — lo interpretaba como placer asesino y ansia por la felicidad del cuchillo.

A quien ahora se pone enfermo le invade el mal que ahora es mal: quiere hacer daño con aquello que a él le hace daño.

Pero hubo otros tiempos y otros males y otros bienes.

En un tiempo fueron un mal la duda y la voluntad hacia el yo. Entonces el enfermo se convertía en hereje y en bruja: como hereje y bruja sufría y quería hacer sufrir.

Pero esto no quiere penetrar en vuestros oídos: me decís que perjudica a vuestros buenos. Pero ¡qué me importan a mí vuestros buenos!

Muchas cosas de vuestros buenos me repugnan, y a decir verdad no su maldad. ¡Pero querría que tuviesen una locura a causa de la cual hubieran de sucumbir como ese pálido criminal!

En verdad querría que su locura se llamase verdad o lealtad o justicia: pero tienen su virtud para vivir mucho tiempo y en un deplorable bienestar.

Yo soy una barandilla al lado de la corriente: ¡agárrese a mí quien pueda agarrarse! Vuestra muleta, empero, no soy yo. —

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LA LECTURA Y LA ESCRITURA

De todo lo escrito solamente amo lo que uno escribe con su sangre. Escribe con sangre: y descubrirás que la sangre es espíritu.

No es asunto fácil comprender la sangre ajena: odio a los ociosos que leen.

Quien conoce al lector ya no hace nada por el lector. Un siglo más de lectores y el mismo espíritu olerá mal.

El que a todo el mundo le esté permitido aprender a leer, a la larga corrompe no sólo el escribir sino también el pensar.

En un tiempo el espíritu era dios, luego se hizo hombre y ahora se está convirtiendo incluso en plebe.

El que escribe en sangre y aforismos, no quiere ser leído sino aprendido de memoria.

En las montañas el camino más corto va de cumbre en cumbre: pero para ello tienes que tener piernas largas. Los afonsmos deberían ser sentencias: y aquellos a quienes se habla personas grandes y de estatura.

El aire enrarecido y puro, el peligro próximo y el espíritu pleno de una alegre maldad: de este modo se avienen bien.

Quiero tener duendes que me rodeen, pues soy valiente. El valor, que ahuyenta a los fantasmas, se crea a sí mismo duendes, — el valor quiere reír.

Yo ya no siento como vosotros: esa nube que veo bajo mí, esa negrura y pesadez de que yo me río — es precisamente vuestra nube de tormenta.

Levantáis la vista hacia arriba cuando tenéis deseo de ensalzamiento. Y yo miro hacia abajo porque estoy ensalzado.

¿Quién de vosotros puede al mismo tiempo reír y estar ensalzado?

El que sube a las montañas más altas se ríe de todas las tragedias del teatro y de las tragedias reales.

Valerosos, despreocupados, sarcásticos, violentos — así nos quiere la sabiduría: ésta es una mujer y no ama más que a un guerrero.

Vosotros me decís: «la vida es difícil de sobrellevar.» Pero ¿para qué si no habrías de tener por la mañana vuestro orgullo y por la tarde vuestra resignación?

La vida es difícil de sobrellevar: ¡pero no intentéis poneros tan delicados! Todos nosotros somos bonitos asnos y asnas de carga.

¿Qué tenemos en común con el capullo de las rosas que tiembla porque sobre él hay una gota de rocío?

Es verdad: amamos la vida, no porque estemos acostumbrados a vivir, sino porque estamos acostumbrados a amar.

Siempre hay algo de locura en el amor. Pero siempre hay también algo de razón en la locura.

Y también a mí, que soy bueno con la vida, me parece que quienes más saben de la felicidad son las mariposas y las pompas de jabón y todo lo que de su especie exista entre los hombres.

Ver revolotear a estas pequeñas almas ligeras, locas, delicadas, volubles — esto mueve a Zaratustra a lágrimas y a canciones.

Yo no creería más que en un dios que supiese bailar.

Y cuando vi a mi demonio, le encontré serio, escrupuloso, profundo, solemne; era el espíritu de la gravedad — por él sucumben todas las cosas.

No se mata con cólera, sino con risa. ¡Vamos, matemos al espíntu de la gravedad!

He aprendido a andar: desde entonces dejo que se haga por sí mismo. He aprendido a volar: desde ese momento no quiero que se me empuje para moverme del sitio.

Ahora soy ágil, ahora vuelo, ahora me veo bajo mí, ahora un dios baila dentro de mí.

Así habló Zaratustra.

* * *

DEL ÁRBOL DE LA MONTAÑA

Los ojos de Zaratustra habían visto que un joven le evitaba. Fue cuando una tarde iba caminando solo por las montañas que rodeaban la ciudad llamada «La Vaca Multicolor»: he aquí que al ir caminando encontró a ese joven sentado apoyado en un árbol y con mirada cansada mirando hacia el valle. Zaratustra agarró el árbol junto al que estaba sentado el joven y habló así:

«Si quisiera sacudir ese árbol con mis manos, sería incapaz de hacerlo.

Pero el viento que nosotros no vemos lo atormenta y doblega hacia donde quiere. Manos invisibles son las que más nos doblegan y atormentan.»

Entonces el joven consternado se levantó y dijo: «Oigo a Zaratustra y en él estaba precisamente pensando.» Zaratustra replicó:

«¿Por qué te asustas por eso? — La realidad es que al hombre le ocurre como al árbol.

Cuanto más quiere elevarse hacia lo alto y hacia la luz, con tanta más fuerza tienden sus raíces hacia la tierra, hacia abajo, dentro de la oscuridad, lo profundo — hacia el mal.»

«Sí, ¡hacia el mal!, exclamó el joven. ¿Cómo es posible que hayas descubierto mi alma?»

Zaratustra sonrió y dijo: «Hay muchas almas a las que nunca se descubrirá, a no ser que antes se las invente.»

«Sí, ¡hacia el mal!, exclamó de nuevo el joven.

Tú, Zaratustra, has dicho la verdad. Ya no tengo confianza en mí mismo desde que quiero elevarme hacia lo alto, y ya nadie tiene confianza en mí, — ¿cómo es que ocurre esto?

Me transformé demasiado rápidamente: mi hoy refuta mi ayer. A menudo paso a saltos los escalones cuando subo, — ningún escalón me lo perdona.

Cuando estoy arriba me encuentro siempre solo. Nadie me habla. El sentimiento del frío de la soledad me hace estremecer. ¿Qué quiero en lo alto?

Mi desprecio y mi anhelo crecen juntos; cuanto más alto subo, tanto más desprecio al que sube. ¿Qué es lo que quiere en lo alto?

¡Cuánto me avergüenzo de mi subir y tropezar! ¡Cuánto me burlo de mi violento jadear! ¡Cuánto odio al que vuela! ¡Cuán cansado estoy en la altura!»

Entonces el joven se quedó en silencio. Y Zaratustra se puso a contemplar el árbol junto al que se encontraban y habló así:

«Este árbol está solo aquí en la montaña; creció muy alto por encima del hombre y el animal.

Y si quisiera hablar, no tendría a nadie que pudiera entenderle: así de alto ha crecido.

Ahora espera y espera — ¿qué es lo que espera? Habita demasiado cerca del lugar de las nubes: ¿está tal vez esperando al primer relámpago?»

Una vez que Zaratustra hubo dicho esto, exclamó el joven con ademanes violentos: «Sí, Zaratustra, dices la verdad. Anhelaba mi destrucción cuando quería subir a lo alto, ¡y tú eres el relámpago que estaba esperando! Mira, ¿qué es lo que todavía soy después de que apareciste entre nosotros? ¡La envidia de ti es lo que me ha destruido!» Así habló el joven y lloró amargamente. Pero Zaratustra le rodeó con el brazo y se lo llevó consigo.

Y cuando habían caminado juntos un rato, Zaratustra comenzó a hablar así:

Me destroza el corazón. Mejor que tus palabras me expresan tus ojos el peligro que corres.

No eres aún libre, aún buscas la libertad. Tu búsqueda te ha hecho trasnochar y te ha desvelado.

Quieres subir a la altura libre, de estrellas está sedienta tu alma. Pero también tus malos instintos están sedientos de libertad.

Tus perros salvajes quieren libertad; ladran de placer en su cueva cuando tu espíritu intenta abrir todas las prisiones.

Aún eres para mí un prisionero que se imagina la libertad: ay, inteligente se les hace a esos prisioneros el alma, pero también astuta y mala.

El liberado del espíritu tiene todavía que purificarse. Aún queda en él mucho de prisión y de moho: aún tienen que purificarse sus ojos.

Sí, conozco el peligro que corres. Pero por mi amor y esperanza te conjuro: ¡no arrojes de ti tu amor y tu esperanza!

Todavía te sientes noble, y todavía noble te sienten los demás que te guardan rencor y te lanzan miradas malévolas. Aprende que un hombre noble a todos les resulta un obstáculo en el camino.

También a los buenos un hombre noble les resulta un obstáculo en el camino: y aunque le llamen bueno, lo hacen para apartarle.

El noble quiere crear algo nuevo y una nueva virtud. El bueno quiere lo viejo y que lo viejo se conserve.

Pero el peligro del noble no es que se haga alguien bueno, sino un petulante, un malicioso, un destructor.

Ay, conocí a nobles que perdieron su más alta esperanza. Y desde entonces escarnecieron toda alta esperanza.

Desde entonces vivieron insolentes en medio de pequeños placeres, y apenas se propusieron metas que fueran más allá de un día.

«El espíritu es también sensualidad» — dijeron. Entonces a su espíritu se le rompieron las alas: ahora anda arrastrándose de un lado para otro y ensucia lo que roe.

En un tiempo pensaron hacerse héroes: ahora son libertinos. Aflicción y horror es para ellos el héroe.

Pero por mi amor y esperanza te conjuro: ¡no arrojes el héroe que tienes en tu alma! Mantén santa tu más alta esperanza! —

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LOS PREDICADORES DE LA MUERTE

Hay predicadores de la muerte: y la tierra está llena de aquellos a quienes hay que predicar que se marchen de la vida.

Llena está la tierra de superfluos, corrompida está la vida de los-más-que-demasiados. ¡Ojalá se les saque de esta vida con la seducción de la «vida eterna»!

«Amarillos»: así se llama a los predicadores de la muerte, o «negros». Pero voy a mostrárosles además con otros colores.

Ahí están las horribles criaturas que en torno a sí llevan el animal de presa y no tienen otra elección que los placeres o la autodilaceración. E incluso sus placeres siguen siendo autodilaceración.

Ni siquiera han llegado a ser seres humanos, esas horribles criaturas: ¡ojalá prediquen el abandono de la vida y ellos mismos la abandonen!

Ahí están los tuberculosos del alma: apenas han nacido empiezan ya a morir y anhelan doctrinas de fatiga y de renuncia.

Les gustaría estar muertos, ¡y nosotros deberíamos consentir su voluntad! ¡Cuidémosnos de desdespertar a esos muertos y de lastimar a esos ataúdes vivientes!

Si se encuentran con un enfermo o un anciano o un cadáver, dicen enseguida: «¡la vida está refutada!»

Pero sólo ellos están refutados y sus ojos que no ven más que un solo rostro en la existencia.

Envueltos en densa melancolía y ávidos de pequeños accidentes que traen la muerte: así es como esperan apretando los dientes.

O bien: echan mano a los dulces y se mofan de su niñería: penden de su caña de paja de la vida y se mofan de que pendan de una caña de paja.

Su sabiduría es: «Necio es quien sigue viviendo, ¡pero así de necios somos también nosotros! ¡Y esto es lo más necio de la vida!»

«La vida no es más que tribulación» — así dicen otros y no mienten: ¡así que procurad que termine la vida que no es más que tribulación!

Y sea ésta la doctrina de vuestra virtud: «¡Has de matarte a ti mismo! ¡Has de quitarte de en medio a ti mismo!» —

«La voluptuosidad es pecado — así dicen aquellos que predican la muerte — ¡apartémosnos y no engendremos hijos!»

«Dar a luz es asunto arduo — dicen otros — ¿para qué dar a luz? ¡No se da a luz más que criaturas desgraciadas!» También éstos son predicadores de la muerte.

«Lo que hace falta es compasión — dicen los terceros. ¡Tomad lo que yo tengo! ¡Tomad lo que yo soy! ¡Tanto menos de este modo me vincularé a la vida!»

Si fuesen compasivos de corazón, quitarían a sus prójimos las ganas de vivir. Ser malvados — ésta sería su auténtica bondad.

Pero quieren escapar de la vida: ¡qué les importa que con sus cadenas y dádivas aten a otros aún más fuertemente a la vida! —

Y vosotros también, para quienes la vida es una tarea escabrosa e inquietud: ¿no estáis muy cansados de la vida? ¿No estáis muy maduros para la predicación de la muerte?

Todos vosotros que amáis tareas escabrosas, la celeridad, lo nuevo, lo extraño — os soportáis mal, vuestra diligencia es escape y voluntad de olvidaros de vosotros mismos.

Si creyeseis más en la vida, os entregaríais menos al momento. Pero en vosotros no tenéis suficiente capacidad para esperar — ¡y ni siquiera para la pereza!

Por todas partes resuena la voz de quienes predican la muerte: y la tierra está repleta de aquellos a quienes hay que predicarles la muerte.

O «la vida eterna»: para mí es lo mismo, — ¡con tal de que se vayan pronto de ella!

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LA GUERRA Y LOS GUERREROS

No deseamos que nuestros peores enemigos nos perdonen, y tampoco aquellos a quienes amamos de corazón. ¡Así que dejadme que os diga la verdad!

¡Hermanos en la guerra! Os quiero en el alma, soy y he sido vuestro igual. ¡Y soy también vuestro peor enemigo! ¡Así que dejadme que os diga la verdad!

Sé del odio y la envidia de vuestro corazón. No sois los suficientemente grandes como para no conocer el odio y la envidia. ¡Sed, pues, lo suficientemente grandes como para no avergonzaros de ellos!

Y si no podéis ser santos del conocimiento, sed para mí al menos sus guerreros. Éstos son los compañeros de viaje y precursores de esa santidad.

Veo muchos soldados: ¡quisiera ver muchos guerreros! «Uni-forme» llaman a lo que llevan puesto: ¡ojalá no sea uni-forme lo que ocultan con ello!

Habéis de ser aquellos, cuyos ojos buscan siempre un enemigo — v u e s t r o enemigo. Y en algunos de vosotros hay odio a primera vista.

¡Debéis buscar vuestro enemigo, debéis hacer vuestra guerra, por vuestra idea! ¡Y si vuestra idea es derrotada, entonces vuestra honestidad debe cantar victoria por ello!

Habéis de amar la paz como medio para nuevas guerras. Y la paz breve más que la larga.

No os aconsejo el trabajo sino la lucha. No os aconsejo la paz, sino la victoria. ¡Que vuestro trabajo sea una lucha, vuestra paz una victoria!

No se puede más que callar y quedarse tranquilo cuando se tiene flecha y arco: ¡de otro modo se charlotea y se disputa! ¡Que vuestra paz sea una victoria!

¿Decís vosotros que es buena causa incluso la que santifica la guerra? Yo os digo: la buena guerra es la que santifica cualquier causa.

La guerra y el valor han realizado cosas más grandes que el amor al prójimo. No ha sido vuestra compasión, sino vuestra valentía es la que hasta ahora ha salvado a los desgraciados.

¿Qué es bueno? Preguntáis. Ser valiente es bueno. Dejad a las pequeñas muchachas que digan: «ser bueno es ser guapo y al mismo tiempo tierno.»

Se dice que sois despiadados: pero vuestro corazón es auténtico, y amo el pudor de vuestra cordialidad. Os avergonzáis de vuestra pleamar mientras otros se avergüenzan de su bajamar.

¿Sois feos? ¡Muy bien, hermanos! ¡Envolveos en lo sublime, en el manto de lo feo!

Y si vuestra alma llega a ser grande, entonces se hace arrogante, y en vuestra sublimidad hay maldad. Os conozco.

En la maldad el arrogante se encuentra con el débil. Pero se malentienden entre sí. Os conozco.

No deberíais tener más que amigos a quienes odiar, pero no enemigos que despreciar. Deberíais estar orgullosos de vuestro enemigo: entonces los éxitos de vuestro enemigo son también vuestros éxitos.

Rebelión — esto indica nobleza en el esclavo. ¡Que vuestra nobleza sea la obediencia! ¡Que vuestro propio mandar sea obedecer!

A un buen guerrero «debes» le suena más agradable que «quiero». Y todo lo que os es querido debéis primero dejarlo que os mande.

¡Que vuestro amor a la vida sea amor a vuestra más alta esperanza: y vuestra más alta esperanza sea el más alto pensamiento de la vida!

Pero habéis de dejar que yo os ordene vuestro pensamiento más alto — y dice así: el hombre es algo que debe ser superado.

¡Vivid así vuestra vida de obediencia y de guerra! ¡Qué importa una vida larga! ¡Qué guerrero quiere que se le perdone!

¡Yo no os perdono, os quiero de corazón, hermanos en la guerra! —

Así habló Zaratustra.

* * *

DEL NUEVO ÍDOLO

En alguna parte hay todavía pueblos y rebaños, pero no entre nosotros, hermanos: aquí hay Estados.

¿Estados? ¿Qué es eso? ¡Pues bien! Ahora abrid los oídos, pues ahora voy a hablaros de la muerte de los pueblos.

Por Estado se entiende el más frío de todos los monstruos fríos. Miente también con frialdad; y esta mentira sale arrastrándose de su boca: «Yo, el Estado, soy el pueblo.»

¡Es mentira! Creadores fueron quienes crearon los pueblos y colgaron de ellos una fe y un amor: así sirvieron a la vida.

Destructores son quienes ponen trampas para muchos y las llaman Estado: cuelgan de ellos una espada y cien concupiscencias.

Donde todavía existe un pueblo, éste no entiende al Estado y lo odia como mal de ojo y pecado contra las costumbres y las leyes.

Esta señal os doy: todo pueblo habla su propia lengua del bien y del mal: el vecino no la entiende. Inventó su lengua para sí en costumbres y leyes.

Pero el Estado miente en todas las lenguas del bien y del mal; y diga lo que diga, miente — y tenga lo que tenga, lo ha robado.

En él es todo falsedad; muerde, ese mordedor, con dientes robados. Falsas son hasta sus entrañas.

Confusión de la lengua del bien y del mal: os doy esta señal como señal del Estado. ¡En verdad esta señal indica voluntad

de muerte! ¡Ciertamente hace señas a los predicadores de la muerte!

Nacen pero que demasiados: ¡para los superfluos fue inventado el Estado!

¡Mirad bien cómo les seduce, a los más-que-demasiados! ¡Cómo les devora y les mastica y les rumia!

«Sobre la tierra no hay nada más grande que yo: soy el dedo que da órdenes de Dios» — así ruge la fiera. ¡Y no sólo los de orejas largas y vista corta se postran de rodillas!

¡Ay, también en vosotros, almas grandes, murmura sus sombrías mentiras! ¡Ay, él descubre los corazones pródigos a los que les agrada el dispendio!

¡Sí, también a vosotros os descubre, vencedores del viejo Dios! ¡Os fatigasteis en la lucha, y ahora vuestra fatiga sirve también al nuevo ídolo!

¡Héroes y hombres de honor le gustaría situar en torno a sí, el nuevo ídolo! ¡Le gusta solearse al sol de las buenas conciencias — la fría fiera!

Todo quiere daros a v o s o t r o s, si v o s o t r o s le adoráis, el nuevo ídolo: así se compra el resplandor de vuestras virtudes y la mirada de vuestros orgullosos ojos.

¡Quiere que sirváis de reclamo para los más-que-demasiados! ¡Sí, un artificio infernal se ha inventado aquí, un caballo de la muerte tintineando con los arreos de honores divinos!

¡Sí, aquí se ha inventado una muerte para muchos, una muerte que se precia a sí misma como vida: en verdad un servicio cordial para todos los predicadores de la muerte!

Llamo Estado a aquello donde están todos los bebedores de veneno, buenos y malos: Estado en que todos se pierden a sí mismos, buenos y malos: Estado donde el lento suicido de todos — se llama «vida».

¡Mirad bien a esos superfluos! Roban para sí las obras de los inventores y los tesoros de los sabios: ¡llaman cultura a su latrocinio! — ¡y todo lo convierten en enfermedad y calamidad!

¡Mirad bien a esos superfluos! Enfermos están siempre, vomitan su bilis y lo llaman periódico. Se devoran entre sí y ni siquiera pueden digerirse.

¡Mirad bien a esos superfluos! Consiguen fortunas y con ellas se vuelven más pobres. Poder es lo que quieren y sobre todo la palanca del poder, mucho dinero — ¡esos incapaces!

¡Miradles cómo trepan, esos ágiles monos! Trepan unos por encima de otros y así se arrastran por el fango y el abismo.

Todos quieren subir al trono: la locura que tienen — ¡es creer que la felicidad se asienta en el trono! A menudo es el fango lo que se asienta en el trono — y a menudo también el trono en el fango.

Dementes son para mí y monos trepadores e impulsivos. Mal me huele su ídolo, la fría fiera: mal me huelen todos ellos juntos, esos idólatras.

Hermanos, ¿es que queréis asfixiaros en el vaho de sus hocicos y concupiscencias? ¡Sería mejor que rompieseis las ventanas y saltaseis al aire libre!

¡Apartaos, por favor, de ese mal olor! ¡Alejaos de la idolatría de los superfluos!

¡Apartaos, por favor, de ese mal olor! ¡Alejaos del humo de esos sacrificios de hombres!

Para las almas grandes ahora está la tierra todavía libre. Vacíos todavía hay muchos lugares para solitarios y parejas solitarias en torno a los que flota el olor de mares tranquilos.

Para las almas grandes hay todavía una vida libre. En verdad, quien poco posee, tanto menos es poseído: ¡alabada sea una pequeña pobreza!

Allí donde termina el Estado comienza el hombre no superfluo: allí comienza la canción de lo necesario, el estilo único e insustituible.

Allí donde el Estado acaba — ¡mirad allí, por favor, hermanos! ¿No lo veis, el arco iris y los puentes del superhombre? —

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LAS MOSCAS DEL MERCADO

¡Huye, amigo, a tu soledad! Te veo aturdido por el ruido de los hombres grandes y lleno de las picaduras de los aguijones de los pequeños.

Con dignidad saben el bosque y la roca callar contigo. Vuelve a ser cual el árbol que amas, el de amplias ramas: silencioso y atento cuelga sobre el mar.

Allí donde acaba la soledad comienza el mercado; y allí donde comienza el mercado comienza también el ruido de los grandes actores y el zumbido de las moscas venenosas.

En el mundo las grandes cosas siguen sin valer nada sin alguien que primero las presente: hombres grandes llama la gente a estos presentadores.

La gente entiende poco de lo grande, esto es: de lo creador. Pero tiene gusto por todos los presentadores y actores de cosas grandes.

El mundo gira en torno a los inventores de nuevos valores — gira sin que se lo perciba. Pero el pueblo y la fama giran en torno a los actores: así es como se mueve el mundo.

Espíritu tiene el actor, pero poca conciencia del espíritu. Cree siempre en aquello con lo que mejor hace creer — ¡hace creer en s í m i s m o !

Mañana tendrá una nueva fe y pasado mañana otra más actual. Tiene una percepción rápida, lo mismo que la gente, y olfatos versátiles.

Derribar — significa para él: demostrar. Poner a uno furioso — significa para él: convencer. Y la sangre es para él el mejor de todos los argumentos.

A una verdad que sólo penetra en oídos finos la llama mentira y nada. ¡En verdad sólo cree en dioses que hacen mucho ruido en el mundo!

Lleno de bufones está el mercado. — ¡Y la gente se vanagloria de sus hombres grandes! Son para ellos los señores del momento

Pero el momento les apremia: y de ti quieren también sí o no. Ay, ¿quieres colocar tu silla entre el pro y el contra?

¡No seas celoso por causa de estos incondicionales y apremiantes, tú amante de la verdad! Jamás la verdad ha ido del brazo de un incondicional.

Vuelve a tu seguridad a causa de estos repentinos: sólo en el mercado le abordan a uno con un ¿sí? o ¿no?

Lenta es la experiencia de todos los pozos profundos: tienen que esperar mucho tiempo hasta saber q u é cayó en sus profundidades.

Fuera del mercado y de la fama se aleja todo lo grande: fuera del mercado y de la fama de siempre vivieron los inventores de valores nuevos.

Huye, amigo, a tu soledad: te veo lleno de picaduras de moscas venenosas. Huye allí donde sopla el aire rudo y fuerte.

¡Huye a tu soledad! Has vivido demasiado cerca de los pequeños y miserables. ¡Huye de su venganza invisible! Frente a ti no son otra cosa que venganza.

¡No levantes más el brazo contra ellos! Son innumerables y tu hado no es ser espantamoscas.

Innumerables son estos pequeños y miserables; y a muchos edificios nobles han logrado ya derribar gotas de lluvia y maleza.

Tú no eres una piedra, pero muchas gotas ya te han excavado. Veo que esa cantidad de gotas te romperá y resquebrajará.

Veo que te han fatigado moscas venenosas, veo por cien partes en ti rasguños sangrientos; y tu orgullo rehúsa siquiera a enojarse.

Sangre quieren de ti con toda inocencia, sangre anhelan sus exangües almas — y por ello pican con toda inocencia.

Pero tú, ser profundo, sufres demasiado profundamente incluso por pequeñas heridas; y antes de haberte curado se arrastraba el mismo gusano venenoso por la mano.

Te veo demasiado orgulloso como para matar a esos golosos. ¡Pero cuídate que no se convierta en tu fatalidad cargar con su venenosa injusticia!

Zumban a tu derredor incluso con su alabanza: impertinencia es su alabanza. Quieren la proximidad de tu piel y tu sangre.

Te adulan como a un dios o a un demonio; gimen delante de ti cual delante de un dios o un demonio. ¡Para qué sirve eso! Aduladores son y llorones, nada más.

A menudo se hacen contigo los amables. Pero siempre ha sido la astucia de los cobardes. ¡Sí, los cobardes son astutos!

Piensan mucho sobre ti con sus estrechas almas — ¡siempre les resultas sospechoso!

Te castigan por todas tus virtudes. En el fondo no hacen más que perdonarte — por tus fallos.

Como eres blando y de sentido justo, dices: «son inocentes de su pequeña existencia.» Pero su estrecha alma piensa: «Culpable es toda gran existencia.»

Aunque eres blando con ellos, siguen sintiéndose despreciados por ti; y te devuelven tu favor con daños ocultos.

Tu orgullo silencioso ofende siempre a su gusto; se regocijan si alguna vez eres lo suficientemente modesto para ser vanidoso.

Lo que reconocemos en un hombre lo reavivamos también en él. Así que ¡cuídate de los pequeños!

Ante ti se sienten pequeños, y su bajeza arde y se pone al rojo contra ti con venganza invisible.

¿No has advertido cómo enmudecían con frecuencia cuando te acercabas a ellos y cómo se les iba la fuerza como el humo de un fuego que se apaga?

Sí, amigo, eres la mala conciencia de tus prójimos: pues son indignos de ti. Por eso te odian y les gustaría chuparte la sangre.

Tus prójimos serán siempre moscas venenosas; lo que es grande en ti — eso mismo tiene que hacerles más venenosos y cada vez más moscas.

Huye, amigo, a tu soledad y allí donde sopla un aire rudo y fuerte. Tu destino no es ser espantamoscas. —

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LA CASTIDAD

Amo el bosque. En las ciudades es malo vivir: en ellas viven demasiados lujuriosos.

¿No es mejor ir a parar a las manos de un asesino que a los sueños de una mujer lujuriosa?

Os pido que contempléis a esos hombres: sus ojos dicen — no saben nada mejor en la tierra que yacer con una mujer.

Fango hay en el fondo de su alma; y ¡ay si su fango tiene además espíritu!

¡Si al menos fueseis perfectos como animales! Pero del animal es propia la inocencia.

¿Os exhorto a que matéis vuestros sentidos? Os exhorto a la inocencia de los sentidos.

¿Os exhorto a la castidad? La castidad es en algunos una virtud, pero en muchos casi un vicio.

Estos sin duda se abstienen: pero la perra sensualidad mira con envidia todo lo que hacen.

Hasta las alturas de su virtud y hasta dentro del frío espíritu les sigue esa bestia y su discordia.

Y con qué gentileza sabe la perra sensualidad mendigar un trozo de espíritu cuando se le niega un trozo de carne.

¿Amáis las tragedias y todo lo que rompe el corazón? Mas yo soy desconfiado con vuestra perra.

Para mí tenéis ojos demasiado crueles y miráis con lascivia a los que sufren. ¿Es que vuestra lascivia no simplemente se ha disfrazado y se llama a sí misma compasión?

Y os ofrezco también esta parábola: no pocos de los que quisieron expulsar a sus demonios fueron a dar ellos mismos con los puercos.

A quien la castidad le resulta difícil hay que desaconsejársela: de manera que no se convierta en el camino hacia el infierno — esto es, en fango y lascivia del alma.

¿Hablo de cosas sucias? Esto no me parece lo peor.

Al hombre de luces le desagrada vadear en el agua de la verdad no cuando es sucia, sino cuando es superficial.

En verdad hay castos que lo son de raíz: son dulces de corazón, les gusta reír más y más profundamente que a vosotros.

Se ríen también de la castidad y preguntan: «¡qué es castidad!»

¿No es la castidad una insensatez? Mas esta insensatez vino a nosotros y no nosotros a ella.

Ofrecimos a este huésped albergue y corazón: ahora vive con nosotros — ¡ojalá se quede cuanto tiempo quiera!

Así habló Zaratustra.

* * *

DEL AMIGO

«Uno alrededor de mí siempre, es demasiado» — así piensa el eremita. «Siempre uno cada vez — ¡a la larga hacen dos!»

Yo y mí están siempre en conversación apasionada: ¿cómo podría soportarse si no hubiera un amigo?

Para el eremita el amigo siempre es el tercero: el tercero es el corcho que impide que la conversación de los otros dos caiga en la profundidad.

Ay, existen demasiadas profundidades para los eremitas. Por ello anhelan un amigo y sus alturas.

Nuestra fe en otros delata lo que nos gustaría creer de nosotros mismos. Nuestro anhelo por un amigo es nuestro delator.

Y a menudo con el amor no se quiere más que saltar por encima de la envidia. Y a menudo se ataca y se crea uno un enemigo para ocultar que somos vulnerables.

«¡Sé al menos mi enemigo!» — así habla el verdadero respeto que no aventura pedir amistad.

Si se quiere tener un amigo, hay que querer también hacer la guerra por él. y para hacer la guerra hay que p o d e r ser enemigo.

En el amigo ha de honrarse también al enemigo. ¿Puedes aproximarte mucho a tu amigo sin ponerte de su bando?

En el amigo ha de tenerse al mejor enemigo. Tu corazón ha de sentirse lo más próximo a él cuando le opones resistencia.

¿Quieres ir desnudo ante tu amigo? ¿Ha de ser un honor para tu amigo que te muestres a él tal y como eres? ¡Pero por ello te mandará al diablo!

Quien no habla con reparo de sí mismo, se muestra indignado: ¡tanta es la razón que tenéis para temer la desnudez! ¡Sí, si fueseis dioses podríais avergonzaros de vuestra vestimenta!

Nunca puedes adornarte lo suficiente para tu amigo: pues has de ser flecha y anhelo hacia el superhombre.

¿Has visto alguna vez dormir a tu amigo — para saber qué aspecto tiene? ¿Pero qué otra cosa es el rostro de tu amigo? Es tu propio rostro en un espejo tosco e imperfecto.

¿Has visto una vez dormir a tu amigo? ¿No te asustaste de que tu amigo tuviese ese aspecto? Ay, amigo, el hombre es algo que tiene que ser superado.

En el adivinar y guardar silencio ha de ser el amigo un maestro: no tienes que querer ver todo. Tu sueño ha de hacerte ver lo que tu amigo cuando está despierto.

Que tu compasión sea un adivinar: y así sepas si tu amigo quiere compasión. Tal vez ame en ti los ojos limpios y la mirada de la eternidad.

Que la compasión por el amigo se oculte tras una dura cáscara, mordiendo en ella has de dejarte un diente. Así tendrá su delicadeza y su dulzura.

¿Eres aire puro y soledad y pan y medicina para el amigo? Muchos no pueden liberarse de sus propias cadenas y, sin embargo, es un redentor para el amigo.

¿Eres esclavo? Entonces no puedes ser amigo. ¿Eres tirano? Entonces no puedes tener amigos.

Durante demasiado tiempo en la mujer han estado ocultos un tirano y un esclavo. Por ello la mujer no es aún capaz de la amistad: sólo conoce el amor.

En el amor de la mujer hay injusticia y ceguera frente a todo lo que no la ama. E incluso en el amor sabio de la mujer sigue habiendo agresión y noche y rayos al lado de la luz.

La mujer no es aún capaz de la amistad: gatos siguen siendo las mujeres, y pájaros. O, en el mejor de los casos, vacas.

La mujer no es aún capaz de la amistad. Pero decidme vosotros, hombres, ¿quién de vosotros es capaz de la amistad?

¡Ay si hablásemos de vuestra pobreza, hombres, y de vuestra avaricia del alma! Tanto como dais a vuestro amigo quiero yo dar a mi enemigo, y tampoco con ello me habré vuelto más pobre.

Existe la camaradería: ¡ojalá exista la amistad!

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LAS MIL Y UNA METAS

Muchos países vio Zaratustra y muchos pueblos: así descubrió el bien y el mal de muchos pueblos. Zaratustra no encontró poder más grande sobre la tierra que el bien y el mal.

Ningún pueblo podría vivir sin antes hacer estimaciones; pero si quiere mantenerse, no puede hacer las estimaciones que hace el vecino.

Muchas cosas que a este pueblo le parecieron buenas, a otro le parecieron afrenta e ignominia: así lo encontré yo. Encontré que en un lugar muchas cosas eran consideradas malas y en otro eran adornadas con honores de púrpura.

Nunca un vecino entendió al otro: siempre se asombraba su alma de la locura y maldad del vecino.

Una tabla de valores pende sobre cada pueblo. Mira, es la tabla de sus superaciones; mira, es la voz de su voluntad de poder.

Loable es lo que tiene por difícil; lo indispensable y difícil lo considera bueno; y a lo que libra de la mayor necesidad, lo raro, lo muy difícil — lo glorifica como santo.

Lo que trae consigo que él domine y venza y resplandezca para espanto y envidia del vecino: esto cuenta para él como lo sublime, lo supremo, la medida, el sentido de todas las cosas.

En verdad, hermano, sólo con que hayas conocido la necesidad y la tierra y el cielo y el vecino de un pueblo: enton-

ces seguro que adivinarás la ley de sus superaciones, y por qué sube por esa escalera hacia su esperanza.

«Siempre has de ser el primero y aventajar a los demás: a nadie ha de amar tu alma celosa a no ser al amigo» — esto le hizo a un griego estremecer el alma: siguiéndole fue por el camino de la grandeza.

«Decir la verdad y saber manejar bien el arco y la flecha» — esto le pareció a un tiempo estimable y difícil a ese pueblo del que procede mi nombre — el nombre que es para mí a un tiempo estimable y difícil.

«Honrar padre y madre y hacer su voluntad hasta la raíz del alma»: ésta es tabla de la superación que otro pueblo se colgó sobre sí y con la que se hizo poderoso y eterno.

«Guardar lealtad y por razón de la lealtad entregar honor y sangre aun por cosas malvadas y peligrosas»: así se superó otro pueblo con este principio, y de este modo se preñó y llenó de grandes esperanzas.

En verdad los hombres se dieron a sí mismos todo su bien y todo su mal. En verdad no lo recibieron, no lo encontraron, no cayó sobre ellos como una voz del cielo.

Primero el hombre estableció valores en las cosas para conservarse — ¡lo que hizo fue crear sentido para las cosas, un sentido-de-hombre! Por ello se llama a sí mismo «hombre», esto es: quien hace valoraciones.

Valorar es crear: ¡oídlo, creadores! El mismo valorar es tesoro y joya de todas las cosas valoradas.

Sólo mediante la valoración hay valor: y sin valoración la nuez de la existencia estaría vacía. ¡Oídlo, creadores!

Un cambio en los valores — es un cambio en los creadores. Siempre que alguien quiere ser creador, destruye.

Creadores fueron primero los pueblos, hasta más tarde no lo fueron los individuos; en verdad el mismo individuo sigue siendo la creación más reciente.

En un tiempo los pueblos se colgaron sobre sí mismos una tabla del bien. El amor que quiere dominar y el amor que quiere obedecer se crearon juntos para sí tales tablas.

Más antiguo es el placer por el rebaño que el placer por el yo: y mientras la buena conciencia se llame rebaño, la mala conciencia no dice más que: yo.

En verdad el yo astuto, despiadado, que busca su provecho en el provecho de muchos: ése no es el origen del rebaño, sino su destrucción:

Amantes fueron siempre y creadores quienes crearon el bien y el mal. El fuego del amor arde en todos los nombres de las virtudes y el fuego de la cólera.

Muchos países vio Zaratustra y muchos pueblos: ningún poder más grande encontró Zaratustra sobre la tierra como las obras de los amantes: «bueno» y «malo» es su nombre.

En verdad es un monstruo el poder de ese alabar y censurar. Decidme ¿quién va a subyugármelo, hermanos? Decidme ¿quién va a atarle las cadenas por encima de las mil cervices?

Mil metas ha habido hasta ahora, pues ha habido mil pueblos. No falta más que la cadena de las mil cervices, falta la única meta. Todavía la humanidad no tiene meta.

Pero decidme, por favor, hermanos: si a la humanidad le sigue faltando la meta, ¿no falta aún también — ella misma? —

Así habló Zaratustra.

* * *

DEL AMOR AL PRÓJIMO

Os agolpáis en torno al prójimo y para ello tenéis hermosas palabras. Pero yo os digo: vuestro amor al prójimo es vuestro mal amor a vosotros mismos.

Huís al prójimo huyendo de vosotros mismos y de ello quisierais hacer una virtud: mas yo adivino la razón de vuestro «desinterés».

El tú es más antiguo que el yo: el tú está santificado, pero el yo todavía no: por eso el hombre se agolpa en dirección al prójimo.

¿Os aconsejo el amor al prójimo? ¡Mejor aún, os aconsejo la huida-del-prójimo y el amor-al-distante!

Más elevado que el amor al prójimo es el amor al lejano y al venidero; más elevado que el amor al hombre es el amor a cosas y a fantasmas.

Ese fantasma que va corriendo delante de ti, hermano, es más hermoso que tú; ¿por qué no le das tu carne y tus huesos? Pero tienes miedo y corres hacia el prójimo.

No os soportáis entre vosotros mismos y no os amáis lo suficiente: así que queréis seducir al prójimo al amor y cubriros de oro con su error.

Quisiera que no toleraseis a ningún tipo de vecino y sus vecinos; así tendríais que crear de vosotros mismos vuestro amigo y su corazón rebosante.

Invitáis a un testigo cuando queréis hablar bien de vosotros mismos; y cuando le habéis seducido a pensar bien de vosotros, también vosotros pensáis bien de vosotros.

No sólo miente aquel que habla en contra de su saber, sino precisamente más aquel que habla en contra de su ignorancia. Y así es como habláis de vosotros en el trato social y mentís al prójimo al tiempo que a vosotros.

Así habla el necio: «El trato con hombres deteriora el carácter, de manera especial cuando no se tiene.»

El uno se dirige al prójimo porque se busca a sí mismo, y el otro porque le gustaría perderse. El mal amor a vosotros mismos os hace de la soledad prisión.

Los que están más lejos son los que pagan vuestro amor al prójimo; y una vez que os juntáis cinco tiene que morir un sexto.

Tampoco me gustan vuestras fiestas: he encontrado demasiados actores en ellas, y a menudo los espectadores se comportaban como actores.

Yo no os enseño el prójimo, sino el amigo. Que el amigo sea para vosotros la fiesta de la tierra y un presentimiento del superhombre.

Os enseño el amigo y su corazón rebosante. Mas hay que saber ser una esponja si se quiere ser querido por corazones rebosantes.

Os enseño el amigo en el que el mundo está terminado, la copa del bien, — el amigo creador que siempre tiene un mundo terminado que regalar.

Y del modo que el mundo se dispersó de él, así vuelve a enrollarse en él en círculos como el devenir del bien por el mal, como el devenir de la intención por la casualidad.

Que el futuro y lo lejano sean para ti la causa de tu hoy: en tu amigo has de amar al superhombre como la causa de ti.

Hermano, no os aconsejo el amor al prójimo: os aconsejo el amor al lejano.

Así habló Zaratustra.

* * *

DEL CAMINO DEL CREADOR

¿Quieres, hermano, irte al aislamiento en soledad? ¿Quieres buscar el camino hacia ti mismo? Espera sólo un momento y escúchame.

«Quien busca, fácilmente se pierde a sí mismo. Todo aislamiento en soledad es delito»: así habla el rebaño. Y durante mucho tiempo tú has formado parte del rebaño.

La voz del rebaño seguirá resonando también en ti. Y cuando digas: «yo ya no tengo la misma conciencia que vosotros», será un lamento y un dolor.

Mira, es esa única conciencia la que te causó este dolor: y el último vislumbre de esta conciencia brilla aún en tu tribulación.

Pero tú quieres ir por el camino de tu tribulación, ¿cuál es el camino hacia ti mismo? ¡Entonces muéstrame el derecho y la fuerza que te asisten para ello!

¿Eres una fuerza nueva y una ley nueva? ¿Un primer movimiento? ¿Una rueda que se mueve por sí misma? ¿Puedes obligar hasta a las estrellas a que giren en torno de ti?

Ay, ¡hay tanta ansia de ascender a lo alto! ¡Existen tantas convulsiones de ambiciosos! ¡Hazme ver que no eres ansioso ni ambicioso!

Ay, hay tantos grandes pensamientos que no hacen más que lo que hace un fuelle: se inflan y se vacían aún más.

¿Te consideras libre? Quiero oír tu pensamiento dominante y no que has escapado de un yugo.

¿Eres un hombre de tal índole que le h a e s t a d o p e r m i t i d o escapar de un yugo? Hay muchos que al deshacerse de su servidumbre se deshicieron de su último valor.

¿Libre de qué? ¡Qué le importa eso a Zaratustra! Mas tus ojos han de decirme: ¿libre p a r a q u é ?

¿Puedes proporcionarte a ti mismo tu mal y tu bien y colgar sobre ti tu voluntad como una ley? ¿Puedes tú ser juez de ti mismo y vengador de tu ley?

Es terrible el estar solo con el juez y ser vengador de la propia ley. Es como ser una estrella arrojada al espacio vacío y al aliento helado de la soledad.

Todavía hoy sufres por los muchos, tú que estás aparte: todavía hoy tienes todo tu valor y tus esperanzas.

Pero alguna vez te fatigará la soledad, alguna vez tu orgullo se doblegará y tu valor crujirá. Alguna vez gritarás ¡estoy solo!

Alguna vez dejarás de ver lo que hay de elevado en ti y demasiado cerca tu bajeza; incluso lo que tienes de sublime te hará sentir pavor como un fantasma. Alguna vez gritarás: «¡Todo es falsedad!»

Hay sentimientos que quieren matar al solitario; si no lo consiguen, ¡entonces tienen ellos que morir! ¿Pero eres capaz de ser asesino?

¿Conoces ya, hermano, la palabra «desprecio»? ¿Y el tormento de tu justicia de ser justo con quienes te desprecian?

Obligas a muchos a cambiar de opinión acerca de ti; te lo hacen pagar caro. Te acercaste a ellos y pasaste de largo: esto nunca te lo perdonarán.

Pasas por encima de ellos: pero cuanto más alto asciendas, tanto más pequeño te ven los ojos de la envidia. Pues al que más se odia es al que vuela.

«¡Cómo podíais ser justos conmigo! — tienes que decir — elijo para mí vuestra injusticia como la parte que se me ha asignado.»

Injusticia y suciedad arrojan al solitario: pero hermano, si quieres ser una estrella, ¡no por ello tienes que resplandecer menos para ellos!

¡Y cuídate de los buenos y los justos! Les gusta crucificar a quienes se inventan su propia virtud — odian al solitario.

¡Cuídate también de la santa sencillez! Todo lo que no es sencillo no es para ella santo; le gusta jugar también con el fuego — con la hoguera.

¡Y cuídate también de los ataques de tu amor! Demasiado rápido extiende el solitario la mano a aquel con quien se encuentra.

A muchos hombres no debes darles la mano, sino sólo la zarpa: y yo quiero que tu zarpa tenga también garras.

Pero el peor enemigo con quien puedes encontrarte, seguirás siendo tú mismo; tú te acechas a ti mismo en las cuevas y en los bosques

¡Solitario, recorres el camino que lleva a ti mismo! ¡Tu camino pasa por ti mismo, y por tus siete demonios!

Un hereje serás para ti mismo y una bruja y un adivino y un necio y un escéptico y un sacrilego y un malvado.

Quemarte has de querer en tu propia llama: ¡cómo ibas a renovarte si no te has convertido primero en ceniza!

Solitario, recorres el camino del creador: ¡un dios quieres crearte de tus siete demonios!

Solitario, recorres el camino del amante: te amas a ti mismo y por ello te desprecias como sólo desprecian los amantes.

¡Crear quiere el amante porque desprecia! ¡Qué sabe de amor aquel que no tuvo que despreciar precisamente porque amaba!

Ve a tu soledad con tu amor y con tu crear, hermano; sólo después te seguirá la justicia rezagada.

Con mis lágrimas ve a tu soledad, hermano. Amo a quien quiere crear por encima de sí mismo y de esta manera perece.

Así habló Zaratustra.

* * *

DE VIEJAS Y JÓVENES MUJERCITAS

«¿Por qué a escondidas esquivo te deslizas en el crepúsculo, Zaratustra? ¿Qué ocultas tan cuidadosamente bajo tu capa?»

«¿Es un tesoro que alguien te ha regalado? ¿O un niño que ha nacido para ti? ¿O es que tú mismo ahora recorres el camino de los ladrones, tú amigo de los malvados?» —

¡En verdad, hermano!, dijo Zaratustra, es un tesoro que alguien me regaló: lo que llevo conmigo es una pequeña verdad.

Pero es traviesa como un niño pequeño; y si no le callo la boca, llora alborotadamente.

Cuando solo recorría hoy mi camino, a la hora en que el sol desciende, me encontré con una viejecita y le habló así a mi alma:

«Muchas cosas nos dijo Zaratustra también a nosotras las mujeres, pero nunca nos habló de la mujer.»

Y yo le repliqué: «Sobre la mujer sólo ha de hablarse a los hombres.»

«Háblame también a mí de la mujer, dijo ella; soy lo suficientemente vieja para volver a olvidarlo pronto.»

Accedí al ruego de la vieja mujercita y le hablé así:

Todo en la mujer es un enigma, y todo en la mujer tiene una única solución: se llama embarazo.

El hombre es para la mujer un medio: el fin es siempre el hijo. ¿Pero qué es la mujer para el hombre?

Dos cosas quiere el hombre auténtico: peligro y juego. Por ello quiere a la mujer como al más peligroso de los juguetes.

El hombre ha de ser educado para la guerra y la mujer para el reposo del guerrero: todo lo demás es una insensatez.

Los frutos demasiado dulces — no le gustan al guerrero. Por ello le gusta la mujer; amarga es también la más dulce de las mujeres.

Mejor que el hombre entiende la mujer a los niños, pero el hombre es más infantil que la mujer.

En el hombre genuino hay escondido un niño: éste quiere jugar. ¡Adelante, mujeres, descubrid, por favor, en el hombre el niño!

Que la mujer sea un juguete, puro y delicado, igual que una piedra preciosa, iluminado por las virtudes de un mundo que no existe todavía.

¡Que brille en vuestro amor el resplandor de una estrella! Que vuestra esperanza sea: «¡Ojalá dé yo a la luz al superhombre!»

¡Que en vuestro amor haya valor! Con vuestro amor habéis de abalanzaros contra aquel que os infunde miedo.

¡Que en vuestro amor esté vuestro valor! Por lo normal poco es lo que de honor entiende la mujer. Pero que vuestro honor sea amar siempre más de lo que sois amados y nunca ser en esto el segundo.

Que el hombre tema a la mujer cuando ésta ama: es cuando ella hace todo sacrificio, considera que todo lo demás no tiene valor.

Que el hombre tema a la mujer cuando ésta odia: pues en el fondo del alma el hombre sólo es malvado, la mujer en cambio es perversa.

¿A quién odia la mujer más? — Así habló el hierro al imán: «A ti es a quien más odio, porque atraes, pero no eres lo suficientemente fuerte como para atraer hacia ti.»

La felicidad del hombre es: yo quiero. La felicidad de la mujer es: él quiere.

«Mira ¡ahora precisamente el mundo se ha vuelto perfecto!» — así piensa toda mujer cuando obedece de todo amor.

Y la mujer tiene que obedecer y encontrar una profundidad a su superficie. El ánimo de la mujer es superficie, una piel en movimiento tormentosa sobre aguas poco profundas.

Pero el ánimo del hombre es profundo, su tormenta brama en cavernas subterráneas: la mujer presiente su fuerza pero no la comprende. —

Entonces me replicó la anciana viejecita: «Zaratustra ha dicho muchas cosas bellas y en especial para quienes son para ellas lo bastante jóvenes.»

«¡Es extraño, Zaratustra conoce poco a las mujeres pero tiene razón en lo que dice de ellas! ¿Es ello así porque no hay nada imposible en la mujer?»

«¡Y ahora toma como gratitud una pequeña verdad! ¡La verdad es que soy lo bastante vieja para ella!»

«Envuélvela y tápale la boca: de otro modo dirá a voz en grito esta pequeña verdad.»

«¡Dame, mujer, tu pequeña verdad!», dije. Y así habló la vieja mujercita:

«¿Vas a estar con mujeres? ¡No te olvides del látigo!» —

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LA MORDEDURA DE LA VÍBORA

Un día Zaratustra se había quedado dormido debajo de una higuera, pues hacía mucho calor, y había apoyado los brazos sobre el rostro. Entonces vino una víbora y le mordió en el cuello de modo que Zaratustra se puso a dar gritos de dolor. Al quitar el brazo del rostro vio a la serpiente: ésta entonces reconoció los ojos de Zaratustra, hizo un torpe giro y quiso marcharse: «¡No, todavía no!, dijo Zaratustra; ¡aún no has recibido mi agradecimiento! Me has despertado a tiempo, mi camino todavía es largo.» «Tu camino es ya corto, dijo triste la víbora; mi veneno mata.» Zaratustra sonrió. «¿Ha muerto quizás alguna vez un dragón a causa del veneno de una serpiente? — dijo él. ¡Pero toma de nuevo tu veneno! No eres lo suficientemente rica como para regalármelo.» Entonces la víbora se le lanzó de nuevo al cuello y le lamió la herida.

Cuando Zaratustra contó una vez esto a sus discípulos, le preguntaron: «¿Y cuál es, Zaratustra, la moral de tu historia?» Zaratustra respondió a ello de tal manera:

Los buenos y los justos me llaman el destructor de la moral: mi historia es inmoral.

Vosotros, sin embargo, cuando tengáis un enemigo, no le devolváis bien por mal: pues sería razón para la vergüenza. Sino demostrad que os ha hecho un bien.

¡Es mejor que os encolericéis a que os avergoncéis! Y si se os maldice, en ese caso no es de mi agrado que queráis bendecir. ¡Es mejor también maldecir un poco!

Y si se os ha hecho una gran injusticia, ¡en ese caso cometed enseguida además cinco pequeñas! Es horroroso ver a aquel a quien sólo le oprime la injusticia.

¿Sabíais ya esto? La injusticia en partes es una injusticia a medias. ¡Y sólo ha de cargar con la injusticia aquel que pueda sobrellevarla!

Una pequeña venganza es más humana que absolutamente ninguna venganza. Y cuando el castigo no es tampoco un derecho y un honor para el trasgresor, en este caso tampoco me gusta vuestro castigo.

Es más noble considerar que no se tiene razón que mantener la razón, de manera especial cuando se tiene razón. Sólo que para ello hay que ser lo suficientemente rico.

No me gusta vuestra fría justicia; y por los ojos de vuestros jueces me mira siempre el verdugo y su frío hierro.

Decidme, ¿dónde se encuentra la justicia que es amor con ojos que ven?

Así que, ¡inventad, por favor, el amor que soporta no sólo todos los castigos, sino también todas las culpas!

Así que, ¡inventad, por favor, la justicia que absuelve a todos menos a los que juzgan!

¿Queréis oír además lo que sigue? En quien por principio quiere ser justo, hasta la mentira se convierte en filantropía.

¡Pero cómo iba yo a querer ser por principio justo! ¡Cómo puedo dar a cada uno lo suyo! Séame suficiente con esto: doy a cada uno lo mío.

¡En fin, hermanos, cuidaos de hacer injusticia a los eremitas! ¡Cómo podría olvidar un eremita! ¡Cómo podría corresponder!

Un eremita es como un pozo profundo. Es fácil tirar dentro una piedra. Pero una vez que se ha hundido en el fondo, ¿quién quiere volver a sacarla?

¡Cuidaos de ofender al eremita! Mas caso de que lo hicierais, ¡entonces si es así matadle!

Así habló Zaratustra.

* * *

DEL HIJO Y DEL MATRIMONIO

Tengo que hacerte una pregunta sólo a ti, hermano: como una sonda lanzo esta pregunta a tu alma para averiguar lo profunda que es.

Eres joven y deseas hijos y matrimonio. Pero yo te pregunto: ¿eres un hombre al que le *está permitido* desear un hijo?

¿Eres el victorioso, el dominador de ti mismo, el soberano de los sentidos, el señor de tus virtudes? Así te pregunto.

¿O hablan desde tu deseo el animal y la necesidad? ¿O la soledad? ¿O la discordia contigo mismo?

Quiero que tu victoria y tu libertad anhelen un hijo. Has de elegir movimientos vivientes a tu victoria y a tu liberación.

Has de construir más allá de ti. Pero antes tienes que construirte tú mismo, cuadrangular en cuerpo y alma.

¡No has de propagarte solamente hacia adelante, sino hacia lo alto! ¡Que a ello te ayude el jardín del matrimonio!

Has de crear un cuerpo más elevado, un primer movimiento, una rueda que se propulse por sí misma — has de crear un creador.

Matrimonio: así llamo yo la voluntad de dos de crear a uno que sea más que los que le crearon. Respeto mutuo llamo al matrimonio, respeto ante quienes quieren una voluntad así.

Que sea éste el sentido y la verdad de tu matrimonio. Pero lo que llaman matrimonio los más-que-demasiados, esos superfluos — ay ¿cómo llamo yo a eso?

¡Ay, esa pobreza de alma en pareja! ¡Ay, esa suciedad de alma en pareja! ¡Ay, ese triste bienestar en pareja!

Matrimonio llaman a todo esto; y dicen que sus matrimonios han sido contraídos en el cielo.

¡Ahora bien, no me gusta, ese cielo de los superfluos! ¡No, no me gustan, esos animales enredados en la red celestial!

¡Que se quede también lejos de mí el dios que viene cojeando a bendecir lo que él no ha unido!

¡No os riáis de tales matrimonios! ¿Qué hijo no tendría razón para llorar por sus padres?

Ese hombre me pareció digno y maduro para el sentido de la tierra: pero cuando vi a su mujer, la tierra me pareció una casa para insensatos.

Sí, quiero que la tierra tiemble convulsionada cuando un santo y una gansa se apareen.

Éste salió cual héroe en busca de verdades, y al final logró como botín una pequeña mentira acicalada. Lo llama su matrimonio.

Aquél era bronco en el trato y escrupuloso al elegir. Pero estropeó de una vez para siempre su compañía: lo llama su matrimonio.

Aquél buscaba una criada con las virtudes de un ángel. Pero se convirtió de una vez en la criada de una mujer, y sería necesario que ahora además se convirtiera aún en ángel.

He visto que hoy todos los que comparan son cuidadosos, y tienen todos ojos astutos. Pero incluso el más astuto compra a su mujer tapada.

Muchas pasajeras tonterías — eso se llama entre vosotros amor. Y vuestro matrimonio pone fin a muchas pasajeras tonterías como una única prolongada estupidez.

Vuestro amor a la mujer y el amor de la mujer al hombre: ¡ay, si sólo fuera compasión por dioses dolientes y ocultos! Pero por lo general dos animales se perciben mutuamente.

Pero hasta vuestro mejor amor no es más que una personificación apasionada y un doloroso ardor. Es una antorcha que ha de iluminaros hacia caminos más elevados.

¡Habéis de amar una vez más allá de vosotros mismos! ¡Por ello, a p r e n d e d primero a amar! Además por ello tendríais que beber del amargo cáliz de vuestro amor.

También hay amargura en el cáliz del mejor amor: ¡por ello produce anhelo del superhombre, por ello te produce sed a ti, el creador!

Sed del creador, flecha y anhelo hacia el superhombre: habla, hermano, ¿es ésta tu voluntad de matrimonio?

Santos son para mí una voluntad así y un matrimonio así. —

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LA MUERTE LIBRE

Muchos mueren demasiado tarde, y algunos mueren demasiado pronto. Todavía suena extraña la sentencia: «¡muere en el momento adecuado!»

Muere en el momento adecuado; así lo enseña Zaratustra.

En verdad, ¿cómo va a morir en el momento adecuado quien no vive nunca en el momento adecuado? ¡Mejor habría sido no haber nacido nunca! — Así es como aviso a los superfluos.

Pero también los superfluos hacen algo grande de su muerte, incluso la nuez más vacía quiere ser cascada.

Todos dan importancia al morir: pero hasta ahora la muerte no ha sido una fiesta. Los hombres no han aprendido todavía a consagrar las fiestas más hermosas.

Os muestro la muerte consumadora que será para el vivo un aguijón y una promesa.

El que consuma la vida muere su muerte victoriosamente, rodeado de personas llenas de esperanza y que hacen votos.

Así habría que aprender a morir; ¡y no debería haber una fiesta en que uno que muere así no santifica los juramentos de los vivos!

Lo mejor es morir así; pero lo segundo es: morir en la lucha y sacrificar un alma grande.

Pero tanto al que combate como al vencedor les es odiosa vuestra muerte de sonrisa burlona, que se acerca sin hacer ruido como un ladrón — y, sin embargo, viene como un señor.

Os elogio mi muerte, la muerte libre que viene a mí porque y o quiero.

¿Y cuándo voy a querer? — Quien tiene un objetivo y un heredero, ese quiere la muerte a su debido tiempo para el objetivo y el heredero.

Y por respeto al objetivo y al heredero, no colgará coronas secas en el santuario de la vida.

En verdad no quiero asemejarme a los cordeleros: estiran sus hebras y resulta que ellos mismos van siempre hacia atrás.

Muchos se hacen demasiado viejos incluso para sus verdades y victorias; una boca desdentada ya no tiene derecho para todas las verdades.

Y todo el que pretende tener fama, tiene que retirarse a tiempo del honor y ejercitar el difícil arte de — retirarse — a tiempo.

Hay que parar de permitir ser comido en el momento en que uno mejor sabe: esto lo saben quienes desean ser queridos por mucho tiempo.

Lo cierto es que hay manzanas agrias, cuyo destino quiere que esperen hasta el último día del otoño: y a un tiempo se ponen maduras, amarillas y arrugadas.

A unos les envejece primero el corazón y a otros el espíritu. Y algunos son viejos en la juventud: quien es joven tarde se mantiene mucho tiempo joven.

Para muchos la vida es un fracaso: un gusano venenoso le carcome el corazón. Que tengan así cuidado de que el morir tanto más les resulte un éxito.

Muchos no llegan nunca a estar dulces, se pudren ya en el verano. La cobardía es lo que les sujeta a su rama.

Demasiados viven y durante demasiado tiempo están colgados de sus ramas. ¡Ojalá venga una tormenta que sacuda del árbol toda esta podredumbre y carcoma!

¡Ojalá vengan predicadores de la muerte r á p i d a ! ¡Serían para mí las propias tormentas y sacudidores de los árboles de la vida! Pero no oigo más que predicar la muerte lenta y paciencia con todo lo «terrenal».

Ay, ¿predicáis paciencia con lo terrenal? ¡Es lo terrenal lo que tiene demasiada paciencia con vosotros, bocas blasfemas!

En verdad murió demasiado pronto aquel hebreo a quien veneran los predicadores de la muerte lenta: y para muchos

desde entonces se ha convertido en una fatalidad el que muriera demasiado pronto.

Aún no conocía más que las lágrimas y la melancolía de hebreo, junto con el odio de los buenos y los justos — el hebreo Jesús: entonces le invadió el anhelo de la muerte.

¡Ojalá se hubiera quedado en el desierto y lejos de los buenos y los justos! ¡Tal vez habría aprendido a vivir y habría aprendido a amar a la tierra — y también a reír!

¡Creedme, hermanos! Murió demasiado pronto; ¡él mismo se habría retractado de su doctrina si hubiera llegado a mi edad! ¡Era lo suficientemente noble como para retractarse!

Pero era todavía inmaduro. El joven ama de modo inmaduro y también odia de modo inmaduro, al hombre y a la tierra. Su ánimo y las alas de su espíritu están todavía atadas y son torpes.

Pero en el hombre hay más de niño que en el joven, y menos melancolía: entiende más de muerte y de vida.

Libre para la muerte y libre en la muerte, un santo que por principio dice no cuando ya no hay tiempo para el sí: así entiende de vida y de muerte.

Que vuestro morir no sea una blasfemia contra el hombre y la tierra, amigos: es lo que pido a la miel de vuestra alma.

En vuestro morir ha de continuar brillando vuestro espíritu y vuestra virtud, al igual que crepúsculo vespertino en torno a la tierra: de otro modo, el morir habrá sido para vosotros un fracaso.

Así que yo mismo quiero morir a fin de que vosotros amigos améis más a la tierra por mi causa; y quiero volver a ser tierra para tener descanso en la que me dio a luz.

En verdad Zaratustra tenía un objetivo, tiró su pelota: ahora sois, amigos, herederos de mi objetivo, a vosotros os tiro la pelota de oro.

¡Lo que más prefiero es veros, amigos, tirar la pelota de oro! Y así me quedo todavía un poco en la tierra: ¡perdonádmelo!

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LA VIRTUD DADIVOSA

1.

Cuando Zaratustra se hubo despedido de la ciudad de la que su corazón estaba prendido y cuyo nombre es: «La Vaca Multicolor» — le siguieron muchos que se llamaban a sí mismos sus discípulos y que le acompañaban. Así que llegaron a un cruce de caminos: les dijo Zaratustra que a partir de ese momento quería ir solo, pues era amigo de caminar en solitario. Mas sus discípulos como despedida le dieron un bastón en cuya empuñadora de oro estaba enroscada una serpiente en torno a un sol. Zaratustra se alegró del bastón y se apoyó en él; luego habló así a sus discípulos:

Decidme, por favor: ¿cómo llegó el oro a tener el más alto valor? Porque es poco común e inútil y brillante y suave en su resplandor; siempre confiere don por sí mismo.

Sólo como imagen de la virtud más excelsa se convirtió el oro en el más alto valor. Igual que oro brilla la mirada de quien regala algo. Brillo de oro cierra la paz entre luna y sol.

Poco común es la virtud más excelsa e inútil, es brillante y suave en su resplandor: una virtud dadivosa es la virtud más excelsa.

En verdad, os adivino bien, discípulos, pretendéis como yo la virtud dadivosa. ¿Qué tendríais en comun con gatos y lobos?

Es vuestra sed de llegar a ser vosotros mismos sacrificios y regalos: y por ello tenéis la sed de acumular todas las riquezas en vuestra alma.

Insaciable pretende vuestra alma tesoros y joyas, pues vuestra virtud es insaciable en la voluntad de regalar.

Obligáis a todas las cosas a que vengan a vosotros y entren dentro de vosotros, de modo que tengan que volver a fluir de vuestro manantial como dádivas de vuestro amor.

En verdad un amor así de dadivoso tiene que convertirse en el bandido de todos los valores; pero ese egoísmo lo llamo sano y santo. —

Existe otro egoísmo, demasiado pobre, hambriento, que siempre quiere robar, ese egoísmo de los enfermos, el egoísmo enfermo.

Con ojos de ladrón mira todo lo que brilla; con la voracidad del hambre mide a quien tiene de comer en abundancia; y siempre anda acechando alrededor de la mesa de los dadivosos.

La enfermedad habla con tal avidez y degeneración invisible; de cuerpo enfermo habla la codicia ladronesca de ese egoísmo.

Decidme, hermanos: ¿qué es lo que entendemos por malo y por lo peor de todo? ¿No es d e g e n e r a c i ó n ? — Y siempre barruntamos degeneración allí donde falta el alma dadivosa.

Hacia arriba va nuestro camino, pasando de la especie a la super-especie. Pero para nosotros es un horror el sentido degenerado que dice: «Todo para mí.»

Hacia arriba vuela nuestro sentido: así es un símbolo de nuestro cuerpo, símbolo de una elevación. Los nombres de las virtudes son símbolos de tales elevaciones.

Así pasa el cuerpo por la historia, evolucionando y batallando. Y el espíntu — ¿qué es para él? El heraldo de sus luchas y victorias, compañero y eco.

Todos los nombres son símbolos del bien y del mal: no se expresan, no hacen más que señas. Tonto quien de ellos quiere saber.

Prestad atención, por favor, hermanos, a todo momento en que vuestro espíritu quiere hablar mediante símbolos: ahí está el origen de vuestra virtud.

Entonces vuestro cuerpo está elevado y resucitado; con su regocijo cautiva al espíritu para que se haga creador y evaluador y amante y benefactor de todas las cosas.

Cuando vuestro corazón se agita ancho y lleno como un río, una bendición y un peligro para los ribereños: ahí está el origen de vuestra virtud.

Cuando estáis por encima de la alabanza y la vituperación y vuestra voluntad quiere ordenar todas las cosas como voluntad de un amante: ahí está el origen de vuestra virtud.

Cuando despreciáis lo que es agradable y el lecho blando y no podéis acostaros a suficiente distancia de los muelles: ahí está el origen de vuestra virtud.

Cuando queréis con una sola voluntad y ese giro de toda indigencia se llama para vosotros necesidad: ahí está el origen de vuestra virtud.

¡En verdad es un nuevo bien y mal! ¡En verdad un nuevo y profundo estruendo y la voz de un manantial nuevo!

Es poder, esa nueva virtud; es un pensamiento dominante, y en torno a él un alma sutil: un sol de oro, y en torno a él la serpiente del conocimiento.

* * *

2.

Aquí Zaratustra calló por un momento y miró a sus discípulos cariñosamente. Luego continuó hablando así — y su voz era diferente.

¡Permaneced, por favor, fieles a la tierra, hermanos, con el poder de vuestra virtud! ¡Que vuestro amor dadivoso y vuestro conocimiento sirvan al sentido de la tierra! Así os pido, os conjuro.

¡No permitáis que escape de lo terrenal y bata las alas en dirección a paredes eternas! ¡Ay, ha habido siempre tantas virtudes que han perdido el rumbo volando!

Conducid de vuelta a la tierra, como yo lo hago, la virtud que ha perdido el rumbo volando — sí, de vuelta al cuerpo y

a la vida: ¡de modo que dé a la tierra su sentido, un sentido del hombre!

Cien veces hasta ahora han perdido el rumbo volando y se han confundido tanto el espíritu como la virtud. Ay, en nuestro cuerpo sigue habitando ahora todo ese ensueño y error: se han convertido en cuerpo y voluntad.

Cien veces hasta ahora han experimentado y se han extraviado tanto el espíritu como la virtud. Sí, el hombre ha sido un experimento. ¡Ay, mucha ignorancia y error se han hecho cuerpo en nosotros!

No sólo la razón de milenios — también su locura se abre paso entre nosotros. Es peligroso ser heredero.

Paso a paso seguimos combatiendo con el gigante casualidad, y sobre toda la humanidad ha seguido dominando hasta ahora el absurdo y el sinsentido.

Que vuestro espíritu y vuestra virtud sirvan al sentido de la tierra, hermanos: ¡y vosotros establezcáis de nuevo el sentido de todas las cosas! ¡Por eso habéis de ser luchadores! ¡Por eso habéis de ser creadores!

El saber purifica al cuerpo; se eleva experimentando con el saber; al hombre de discernimiento se le santifican todos los instintos; al que ha llegado alto el alma se le vuelve alegre.

Médico, sánate a ti mismo: así sanarás también a tu enfermo. Que su mejor medicina sea ver con los ojos al que se cura a sí mismo.

Miles de senderos hay que todavía no han sido recorridos, mil formas de salud e islas ocultas de la vida. No agotados ni descubiertos siguen estando el hombre y la tierra del hombre.

¡Vigilad y escuchad, solitarios! Del futuro vienen vientos de secretos aleteos; y a oídos finos llega buena nueva.

Vosotros los solitarios de hoy, vosotros los apartados de la sociedad, debéis ser un día un pueblo: de vosotros, que os habéis elegido a vosotros mismos, ha de nacer un pueblo elegido — y de él el superhombre.

¡En verdad la tierra ha de hacerse todavía un lugar de curación! ¡Ya en torno a ella flota un nuevo olor, un olor que trae salud — y una nueva esperanza!

* * *

3.

Cuando Zaratustra hubo dicho estas palabras, se quedó en silencio como quien no ha dicho todavía su última palabra; durante largo rato balanceó, dudando, el bastón en la mano. Finalmente habló así: — y su voz era diferente.

¡Ahora, mis discípulos, me voy solo! ¡También vosotros os vais ahora y solos! Así lo quiero.

¡En verdad os doy este consejo: ¡alejaos de mí y cuidaos de Zaratustra! Y todavía mejor: ¡avergonzaos de él! Puede que os haya engañado.

El hombre de discernimiento tiene no sólo que amar a sus enemigos, sino también poder odiar a sus amigos.

Mal se recompensa al maestro siempre que se sea discípulo. ¿Y por qué no queréis deshojar mi corona?

Vosotros me veneráis; pero ¿qué será un día si vuestra veneración se viene abajo? ¡Cuidaos de que no os machaque una estatua!

¿Decís que creéis en Zaratustra? Pero ¿qué importa Zaratustra? Vosotros sois mis creyentes: ¡pero qué importan todos los creyentes!

Aún no os habíais buscado a vosotros mismos: entonces me encontrasteis; por eso tiene toda fe tan poca cuenta.

Ahora os pido que me perdáis y os encontréis a vosotros; y sólo cuando todos me hayáis negado volveré entre vosotros.

En verdad con otros ojos, hermanos, buscaré entonces a mis perdidos; entonces os amaré con un amor distinto.

Y en un tiempo todavía habéis de llegar a ser para mí amigos e hijos de una única esperanza: entonces voy a estar entre vosotros por tercera vez para celebrar el gran mediodía con vosotros.

Y el gran mediodía es cuando el hombre está en medio de su trayectoria entre el hombre y el animal y celebra su camino hacia la tarde como la más alta esperanza: pues es el camino hacia una nueva mañana.

En tal caso el que sucumbe se bendecirá a sí mismo de ser uno que pasará al otro lado; y el sol de su discernimiento estará para él al mediodía.

«Muertos están todos los dioses: ahora queremos que viva el superhombre» — ¡que una vez sea ésta en el gran mediodía nuestra última voluntad! —

Así habló Zaratustra.

* * *

ASÍ HABLÓ ZARATUSTRA

UN LIBRO PARA TODOS Y PARA NADIE

SEGUNDA PARTE

... y sólo cuando todos me hayáis negado volveré entre vosotros.

En verdad con otros ojos, hermanos, buscaré entonces a mis perdidos; entonces os amaré con un amor distinto.

Así habló Zaratustra, «De la virtud dadivosa»
(I, pág. 218)

EL NIÑO DEL ESPEJO

Después Zaratustra volvió a las montañas y a la soledad de su cueva y se apartó de los hombres: esperando al igual que un sembrador que ha esparcido la semilla. Pero su alma se llenó de impaciencia y de deseo por aquellos a quienes amaba: pues tenía todavía mucho que darles. Esto es, efectivamente, lo más difícil, cerrar por amor la mano abierta y preservar el pudor al otorgar dádivas.

Así para el solitario transcurrieron meses y años; pero su sabiduría iba creciendo de modo que su abundancia le causaba dolor.

Mas una mañana se despertó algo antes de la aurora, se puso a meditar durante largo rato y finalmente habló a su corazón:

«¿De qué me he asustado tanto en el sueño, que me he despertado? ¿No vino hacia mí un niño que llevaba un espejo?»

«Oh Zaratustra — me dijo el niño — ¡mírate al espejo!»

Y al mirar al espejo, di un grito y mi corazón se estremeció: pues no fui yo a quien vi, sino la mofa y el gesto burlón de un demonio.

En verdad he entendido más que bien el símbolo y la advertencia del sueño: ¡mi d o c t r i n a está en peligro, la maleza pretende llamarse trigo!

Mis enemigos se han hecho poderosos y han distorsionado la imagen de mi doctrina, de manera que los que más quiero tienen que avergonzarse de las dádivas que les he dado.

«Mis amigos están perdidos para mí; ¡me ha llegado la hora de buscar a los perdidos!» —

Al decir estas palabras Zaratustra se levantó de un salto, pero no como alguien atemorizado que busca aire, sino más bien como un profeta y un cantor a quien impulsa el espíritu. Atónitos miraron hacia él su águila y su serpiente: pues sobre su rostro había, al igual que en la aurora, una felicidad cercana.

Pero ¿qué me ha sucedido, animales míos? — dijo Zaratustra. ¿No he cambiado? ¿No me vino la bienaventuranza cual viento tempestuoso?

Loca es mi felicidad y va a decir cosas locas: todavía es demasiado joven — ¡así que tened paciencia con ella!

Mi felicidad me ha herido: ¡todos los que sufren han de ser médicos para mí!

¡Puedo bajar de nuevo junto a mis amigos y también junto a mis enemigos! ¡Zaratustra puede volver a hablar y regalar y dar lo más querido a los que ama!

Mi amor impaciente se desborda en ríos, corriente abajo, hacia levante y hacia poniente. De montañas silenciosas y tormentas de dolor baja fragosa mi alma hacia los valles.

Demasiado tiempo he estado anhelando y mirando a la lejanía. Demasiado tiempo he pertenecido a la soledad: así he olvidado a estar callado.

No me he convertido más que en boca, y en murmullo de un arroyo que cae de altas rocas: quiero que mis palabras se precipiten a los valles.

¡Y que la corriente de mi amor se precipite por lugares infranqueables! ¡Cómo una corriente no iba a encontrar al final su camino hacia el mar!

Sin duda hay en mí un lago, apartado, autosuficiente; pero la corriente de mi amor lo arrastra consigo hacia abajo — ¡al mar!

Voy por caminos nuevos, un nuevo lenguaje ha venido a mí; me cansé, como todos los creadores, de las viejas lenguas. Mi espíritu ya no quiere andar más sobre suelas gastadas.

Demasiado lento discurre para mí todo habla — ¡a tu carro subo de un salto, tempestad! ¡E incluso a ti quiero golpearte con el látigo de mi maldad!

Como un grito y una exclamación de júbilo quiero viajar por anchos mares hasta encontrar las Islas Afortunadas donde paran mis amigos: —

¡Y mis enemigos entre ellos! ¡Cómo amo ahora a todo aquel con el que simplemente me esté permitido hablar! También mis enemigos son parte de mi felicidad.

Y si quiero montar en mi caballo más salvaje, lo que mejor me ayuda a ello es mi lanza: es el servidor siempre dispuesto de mi pie: —

¡La lanza que arrojo contra mis enemigos! ¡Cómo les agradezco que por fin se me permita arrojarla!

Demasiado grande era la tensión de mi nube: entre carcajadas de rayos quiero lanzar granizadas a las profundidades.

Vigoroso se hinchará entonces mi pecho, vigoroso soplará su tempestad por las montañas: así conseguirá alivio.

¡En verdad cual tempestad llega mi dicha y mi libertad! Pero mis enemigos deben creer que el espíritu maligno pasa enfurecido por encima de sus cabezas.

Sí, también vosotros os asustaréis, amigos, por mi sabiduría salvaje; y puede que huyáis de ella junto con todos mis enemigos.

¡Ay, si supiera yo atraerlos con flautas de pastores para que regresaran! ¡Ay, si mi leona sabiduría aprendiera a rugir con ternura! ¡Son muchas cosas las que hemos aprendido ya unos con otros!

Mi sabiduría salvaje quedó preñada en montañas solitarias; sobre ásperas rocas parió a su cría, la más joven.

Ahora corre enloquecida por el desierto cruel y busca y busca césped suave — ¡mi vieja sabiduría salvaje!

¡Sobre el césped suave de vuestros corazones, amigos! — ¡sobre vuestro amor quisiera ella acostar lo más querido que tiene! —

Así habló Zaratustra.

* * *

EN LAS ISLAS AFORTUNADAS

Los higos caen de los árboles, son buenos y dulces; y al caer la roja piel se abre. Viento del norte soy para maduros higos.

Así, como higos caen estas enseñanzas hasta vosotros, amigos: ¡bebed ahora su jugo y su dulce carne! El otoño invade todo y un cielo limpio y la tarde.

¡Mirad qué plenitud nos rodea! Y desde la abundancia es bello mirar hacia mares lejanos.

En un tiempo se decía Dios cuando se miraba hacia mares lejanos; ahora en cambio os he enseñado a decir; superhombre.

Dios es una suposición; pero quiero que vuestro suponer no llegue más lejos que vuestra voluntad creadora.

¿Podrías vosotros c r e a r un dios? — ¡Entonces no me habléis ya de dios alguno! Pero seguro que podríais crear el superhombre.

¡Tal vez no vosotros mismos, hermanos! Pero podríais transcrearos en padres y antepasados del superhombre: ¡y que esto sea vuestro mejor crear! —

Dios es una suposición: pero quiero que vuestro suponer esté limitado a lo concebible.

¿Podríais c o n c e b i r o s un dios? — ¡Ahora bien, que la voluntad hacia la verdad signifique que todo se transforma en lo que es concebible humanamente, en lo que es visible humanamente, en lo que es sensible humanamente! ¡Habéis de pensar hasta el final vuestros propios sentidos!

Y lo que llamasteis mundo, tenéis primero que crearlo: ¡ese mundo ha de formarse en vuestra razón, en vuestra imagen, vuestra voluntad, vuestro amor! ¡Y en verdad para vuestra felicidad, vosotros hombres de conocimiento!

¿Y cómo queríais soportar la vida sin esta esperanza, vosotros hombres de conocimiento? Ni en lo incomprensible os es congénito estableceros, ni en lo irracional.

Pero para descubriros completamente mi corazón, amigos: s i hubiese dioses, ¡cómo iba a soportar no ser dios! P o r l o t a n t o no existen dioses.

Ciertamente yo he sacado la conclusión; sin embargo, ahora me saca ella a mí. —

Dios es una suposición: pero ¿quién bebería todo el tormento de esta suposición sin morir? ¿Ha de quitársele al creador su fe y al águila su remontarse a lejanías propias del águila?

Dios es un pensamiento que hace todo lo derecho torcido y hace ladearse a todo lo que está en pie. ¿Cómo? ¿Desaparecería el tiempo y todo lo transitorio no sería más que mentira?

Pensar en esto es remolino y vértigo para esqueletos humanos, y hasta un vómito para el estómago: en verdad enfermedad vertiginosa llamo yo a suponer tal cosa.

¡Malvadas y misantrópicas llamo yo a todas esas doctrinas acerca de lo único y lo perfecto y lo inamovible y lo suficiente y lo imperecedero!

¡Todo es imperecedero — no es más que un símbolo! ¡Y los poetas se pasan en sus mentiras!

Pero de tiempo y devenir han de hablar los mejores símbolos: ¡una alabanza han de ser y una justificación de todo lo perecedero!

Crear — ésta es la gran redención del sufrimiento, y de la vida el alivio. Pero para que el creador exista, eso exige sufrimiento y mucha transformación.

¡Sí, mucho morir amargo tiene que haber en vuestra vida, creadores! De ese modo sois valedores y justificadores de toda transitoriedad.

Para que el creador mismo sea el niño que acaba de nacer, tiene que querer ser también la parturienta y el dolor de la parturienta.

En verdad, mi camino ha pasado por cien almas y cien cunas y dolores de parto. Muchas son las veces que me he despedido ya, conozco las horas finales que parten el corazón.

Pero así lo quiere mi voluntad creadora, mi destino. O para decíroslo con mayor honestidad: precisamente un destino así — es el que quiere mi voluntad.

Todo sentimiento sufre en mí y está en prisión: pero mi querer viene a mí siempre como libertador y es quien me trae alegría.

El querer libera: esta es la verdadera doctrina sobre la voluntad y la libertad — así os la enseña también Zaratustra.

¡No-querer-más y no-evaluar-más y no-crear-más! ¡Ay, que esta gran fatiga permanezca siempre lejos de mí!

También en el comprender no siento más que el placer de mi voluntad de engendrar y de devenir; y si en mi comprender hay inocencia, entonces ocurre esto porque en él hay voluntad de engendrar.

A ir lejos de Dios y de dioses me ha seducido esa voluntad; ¿qué habría entonces que crear si los dioses — existiesen!

Pero hacia el hombre me impele siempre una y otra vez mi ardiente voluntad de crear; así es como el martillo se mueve impelido hacia la piedra.

¡Ay, hombres, percibo que en la piedra duerme una imagen, la imagen de mis imágenes! ¡Ay, que tenga que dormir en la piedra más dura, más fea!

Ahora mi martillo se encoleriza furiosamente contra su prisión. De la piedra saltan pedazos: ¿qué es eso para mí?

Quiero completarlo: pues una sombra ha llegado hasta mí — ¡la más silenciosa y ligera de todas las cosas vino una vez hasta mí!

La belleza del superhombre vino hasta mí como una sombra. ¡Ay, hermanos! ¡Qué me importan ya — los dioses! —

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LOS COMPASIVOS

Amigos, vuestro amigo ha oído unas palabras de burla: «¡fijaos en Zaratustra! ¿No se mueve entre nosotros como entre animales?»

Pero lo diría mejor de este modo: «el hombre conocedor se mueve entre hombres c o m o entre animales.»

El hombre mismo sin embargo se llama para el conocedor: el animal que tiene mejillas rojas.

¡Cómo le ha ocurrido eso! ¿No ha sido porque ha tenido que avergonzarse con demasiada frecuencia?

¡Oh, amigos! Así habla el hombre conocedor: vergüenza, vergüenza, vergüenza — ¡ésa es la historia del hombre!

Y por ello el hombre noble trata de que otros no se avergüencen: trata de sentir vergüenza ante todos los que sufren.

En verdad no me gustan los misericordiosos que son felices en su compasión: tienen demasiada falta de pudor.

Mas si tengo que ser compasivo no quiero que se me llame así; y si lo soy, me gusta serlo en la distancia.

Me gusta también esconder la cabeza y escapar antes de que se me reconozca: ¡y así os pido que hagáis, amigos!

¡Quiera el destino poner siempre en mi camino a gente que no sufre, como vosotros, y a aquellos con quienes me e s t é p e r m i t i d o tener en común la esperanza y la comida y la miel!

En verdad, seguramente he hecho esto y aquello por los que sufren: pero me parecía que actuaba siempre mejor cuando aprendía a alegrarme mejor.

Desde que existen hombres el hombre se ha alegrado demasiado poco: ¡nada más que esto, hermanos, es nuestro pecado original!

Y si aprendemos a alegrarnos más adecuadamente, será la mejor manera de olvidarnos de hacer daño a los demás y de ingeniarnos daños.

Por eso me lavo la mano que ha ayudado al que sufre, por eso me limpio también el alma.

Porque he visto sufrir al que sufre, y porque lo he visto me avergüenzo de su propia vergüenza; y cuando le ayudé, ofendí hasta el extremo su orgullo.

Los grandes favores no vuelven agradecidas a las personas, sino vengativas; y si no se olvida la pequeña atención, se convierte en un gusano roedor.

«¡Sed reservados en el aceptar! ¡Honrad en el hecho de aceptar!» — así aconsejo a quienes no tienen nada que regalar.

Sin embargo, yo soy un donador: me gusta regalar, como amigo a los amigos. Pero que los extraños y los pobres cojan ellos mismos el fruto de mi árbol: de esta manera causa menos vergüenza.

¡Mas los mendigos deberían ser completamente abolidos! En verdad molesta darles y molesta no darles.

¡Y de igual modo los pecadores y las conciencias malvadas! Creedme, amigos: los remordimientos de conciencia enseñan a morder.

Pero lo peor son los pensamientos mezquinos. ¡En verdad es mejor haber obrado con maldad que haber pensado con mezquindad!

Seguro que decís: «el placer de pequeñas maldades nos ahorra muchas grandes acciones malvadas.» Pero en esto no se debería querer ser ahorrativo.

La acción malvada es como un tumor: escuece e irrita y revienta — habla con franqueza.

«Mira, soy enfermedad» — así habla la acción malvada; esa es su franqueza.

Pero como el hongo es el pensamiento mezquino: se arrastra y se agacha y no quiere estar en ningún lugar — hasta que todo el cuerpo de los pequeños hongos está podrido y fláccido.

Más a aquel que está poseído del diablo le digo al oído estas palabras: «¡es mejor que críes a tu diablo! ¡También para ti queda un camino de grandeza!» —

¡Ay, hermanos! ¡De todo el mundo se sabe demasiado! Y muchos se nos vuelven transparentes, sin embargo por ello siguen siendo aún por mucho tiempo invulnerables.

Es difícil vivir con hombres porque es muy difícil guardar silencio.

Y con quien más injustos somos no es con quien nos desagrada, sino con quien no nos importa en absoluto nada.

Pero si tienes un amigo que sufre, sé para su sufrimiento un lugar de descanso aunque sea un lecho duro, una cama de campaña: así es como le serás más útil.

Y si un amigo te hace algún mal, dile: «Te perdono lo que me has hecho; pero el que te lo hayas hecho a t i — ¡cómo podría yo perdonarlo!»

Así habla todo amor grande: supera incluso el perdón y la compasión.

Ha de sujetarse el corazón; pues si se lo deja ir, ¡pronto se irá también la cabeza!

Ay, ¿en qué lugar del mundo ha habido mayores necedades que entre los compasivos? ¿Y qué cosa en el mundo ha traído más sufrimiento que las necedades de los compasivos?

¡Ay de todos aquellos amantes que no han logrado aún la grandeza de estar por encima de su compasión!

Así me habló una vez el demonio: «También Dios tiene su infierno: es su amor a los hombres.»

Y hace poco le oí decir estas palabras: «Dios ha muerto; Dios ha muerto a causa de su compasión por los hombres.» —

Así que, por favor, estad prevenidos contra la compasión: ¡d e a h í sigue viniéndole al hombre una nube! ¡En verdad, entiendo de señales del tiempo!

Pero tened en cuenta también estas palabras: todo gran amor esta hasta por encima de toda su compasión: porque quiere todavía — ¡crear! — lo amado.

«Me ofrezco a mí mismo a mi amor, y a mi prójimo como a mí mismo» — así es como hablan todos los creadores.

Pero todos los creadores son duros. —

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LOS SACERDOTES

Y una vez Zaratustra hizo una señal a sus discípulos y les dijo estas palabras:

«Aquí hay sacerdotes: y aunque son mis enemigos, ¡pasad, por favor, a su lado en silencio y con la espada dormida!

También entre ellos hay héroes; muchos de ellos han sufrido demasiado — : es la razón por la que quieren hacer sufrir a otros.

Son malvados enemigos: nada hay más vengativo que su humildad. Y aquel que les ataca, fácilmente se ensucia.

Pero mi sangre está emparentada con la suya; y quiero que mi sangre sea honrada incluso en la de ellos.» —

Y cuando hubieron pasado, a Zaratustra le atacó un dolor; y no llevaba largo rato luchando contra el dolor cuando comenzó a hablar así:

Siento pena de estos sacerdotes. Repugnan incluso mi gusto; pero para mí esto es lo de menos desde que estoy entre hombres.

Mas sufro y he sufrido con ellos: me parecen prisioneros y personas marcadas. Aquel a quien llaman redentor les dirigió al cautiverio: —

¡Al cautiverio de valores falsos y palabras ilusorias! ¡Ay si alguien les redimiese de su redentor!

En una isla creyeron una vez haber desembarcado después de que el mar les hubiera arrastrado de un lado para otro; pero he aquí que ¡era un monstruo dormido!

¡Valores falsos y palabras ilusorias!: éstos son los peores monstruos para los mortales, — hace mucho tiempo que en ellos duerme y espera la fatalidad.

Pero al final ésta llega y vigila y come y devora a todo aquello que sobre ella había construido sus cabanas.

¡Oh, no tenéis, por favor, más que contemplar esas cabañas que se han construido esos sacerdotes! Llaman iglesias a sus cuevas que tienen un aroma dulce.

¡Oh, esa luz engañosa, ese aire enmohecido! ¡Aquí donde al alma hacia su altura — no le está permitido volar!

Por lo contrario, su fe ordena: «¡de rodillas la escala arriba, pecadores!»

¡En verdad prefiero ver a quien no tiene pudor que a los torcidos ojos de su pudor y devoción!

¿Quién se creó semejantes cuevas y escaleras de penitencia? ¿No fueron aquellos que querían ocultarse y que se avergonzaban del limpio cielo?

Y sólo cuando el limpio cielo vuelva a mirar a través de tejados destruidos y descienda su mirada hasta la hierba y la amapola roja de los muros destruidos — volveré a dirigir mi corazón hacia los lugares de ese dios.

Llamaban dios a lo que les contradecía y causaba dolor: ¡y en verdad había mucho de heroicidad en su veneración!

¡Y no supieron amar a su dios de otra manera que clavando al hombre en la cruz!

Cual cadáveres pensaron vivir, de negro vistieron su cadáver; también en sus palabras huelo todavía el aroma maligno de sus cámaras mortuorias.

Y quien vive cerca de ellos, vive cerca de estanques negros desde los que el sapo canta su canción con dulce melancolía.

Mejores canciones tendrían que cantarme a mí para aprender a creer en su salvador: ¡sus discípulos tendrían que parecer más redimidos!

Desnudos me gustaría verlos: pues sólo la belleza debería predicar penitencia. ¡Pero a quién iba a persuadir esa aflicción encubierta!

¡En verdad sus mismos redentores no venían de la libertad ni del séptimo cielo de la libertad! ¡En verdad ellos mismos nunca caminaron sobre las alfombras del conocimiento!

De oquedades estaba hecho el espíntu de esos redentores; pero en cada oquedad habían puesto su ilusión, su tapaoquedades al que llamaban dios.

En la compasión se había ahogado su espíritu, y cuando se hinchaban y rebosaban de compasión, en la superficie flotaba siempre una gran necedad.

Fervientemente conducían y a gritos los rebaños por su vereda: ¡como si no hubiera más que una sola vereda hacia el futuro! ¡En verdad también estos pastores aún formaban parte de las ovejas!

Espíritus pequeños y amplias almas tenían estos pastores: pero, hermanos, ¡qué pequeños ámbitos han sido hasta hoy incluso las más amplias almas!

Marcas de sangre escribieron en el camino que recorrían, y su necedad enseñaba que con sangre se probaba la verdad.

Pero la sangre es el peor testigo de la verdad; la sangre envenena la doctrina más pura hasta convertirla en ilusión y odio de los corazones.

Y si alguien atraviesa el fuego por su doctrina — ¡de qué es eso prueba! ¡En verdad es más cuando la propia doctrina procede del propio fuego!

Corazón sofocante y cabeza fría: cuando esto coincide, surge el viento tempestuoso, el «redentor».

¡En verdad ha habido hombres más grandes y de nacimiento más eminentes que aquellos a los que la gente llama redentores, estos arrebatadores vientos tempestuosos!

¡Y por hombres aún más grandes que todos los redentores tenéis que ser liberados, hermanos, si queréis encontrar el camino hacia la libertad!

Todavía no ha existido nunca un superhombre. Desnudos vi a ambos, al hombre más grande y al más pequeño: —

Todavía siguen pareciéndose demasiado el uno al otro. En verdad también al más grande le encontré — ¡demasiado humano! —

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LOS VIRTUOSOS

Con truenos y fuegos de artificio celestiales hay que hablar a los sentidos débiles y dormidos.

Pero la voz de la belleza habla suave: penetra deslizándose sólo en las almas más despiertas.

Suave tembló y rió para mí mi escudo; es el santo reír y temblar de la belleza.

De vosotros, virtuosos, se rió hoy mi belleza. Y de este modo llegó hasta mí su voz: «¡También ellos quieren — que se les pague!»

¡Queréis que se os pague, virtuosos! ¿Queréis recompensa por la virtud y cielo por la tierra y eternidad por vuestro hoy?

¿Y os irritáis ahora conmigo porque enseño que no existe retribuidor ni remunerador? Y en verdad ni siquiera enseño que la virtud es su propia recompensa

Ay, esta es mi aflicción: en el fondo de las cosas se han introducido mendazmente recompensa y castigo — ¡y ahora además en el fondo de vuestras almas, virtuosos!

Pero al igual que el hocico del jabalí mi palabra ha de desgarrar el fondo de vuestras almas; reja de arado quiero que me llaméis.

Todos los misterios de vuestro fondo han de salir a la luz; y cuando escarbados y quebrantados estéis acostados al sol, también vuestra mentira estará separada de vuestra verdad.

Pues ésta es vuestra verdad: sois demasiado limpios para la suciedad de las palabras: venganza, castigo, recompensa, retribución.

Amáis vuestra virtud como la madre al hijo; pero ¿cuándo se ha oído decir que una madre ha querido ser pagada por su amor?

Vuestra virtud es vuestro yo mismo más quendo. En vosotros hay sed de anillo; para volver a alcanzarse a sí mismo lucha y gira todo anillo.

Y toda obra de vuestra virtud es igual que la estrella que se extingue: su luz siempre está en camino y anda — ¿cuándo dejará de estar en camino?

Así la luz de vuestra virtud continúa estando en camino aunque la obra esté hecha. Puede que ahora esté olvidada y muerta: su rayo de luz vive aún y anda.

Que vuestra virtud sea vuestro yo mismo y no una cosa extraña, una piel, un encubrimiento: ¡ésta es la verdad que viene del fondo de vuestra alma, virtuosos! —

Pero seguramente hay algunos para quienes la virtud significa las convulsiones bajo un látigo: ¡y para mí que vosotros habéis escuchado demasiado sus gritos!

Y hay otros que llaman virtud al hecho de que sus vicios se vuelvan perezosos; y cuando su odio y sus celos estiran una vez los miembros para descansar, entonces su «justicia» se despereza y se frota los ojos adormecidos.

Y hay otros que son arrastrados hacia abajo: sus demonios tiran de ellos. Pero cuanto más se hunden con tanto más ardor brillan sus ojos y el anhelo de su dios.

Ay, también su griterío penetró en vuestros oídos, virtuosos: «¡lo que yo n o soy, eso, eso son para mí dios y virtud!»

Y hay otros que siguen su camino pesados y crepitando, como carros que llevan piedras cuesta abajo: hablan mucho de dignidad y de virtud — ¡a su freno lo llaman virtud!

Y hay otros que son como relojes de casa a los que se les ha dado cuerda; producen su tictac y quieren que al tictac — se lo llame virtud.

En verdad éstos me divierten: donde quiera que me encuentre con relojes así, les daré cuerda con mi mofa; ¡y al hacerlo deberán además repiquetear!

Y otros están orgullosos de su puñado de justicia y por ella cometen delitos contra todas las cosas: de modo que el mundo se ahoga en su injusticia.

¡Ay, con qué desagrado les sale de la boca la palabra «virtud»! Y cuando dicen: «yo soy justo», suena siempre como «¡estoy vengado!».

Con su virtud quieren sacar los ojos a sus enemigos; y se ensalzan a sí mismos sólo para humillar a otros.

Y hay además quienes se sientan en su ciénaga y hablan así desde el cañaveral: «virtud — es estar sentado en silencio en la charca.

No mordemos a nadie y nos apartamos del camino de quien quiere morder; y en todo tenemos la opinión que se nos da.»

Y además hay aquellos a quienes les gustan los gestos y piensan: la virtud es una especie de gesto.

Sus rodillas están siempre venerando, y sus manos son alabanzas de la virtud, pero su corazón no sabe nada de ello.

Y además hay quienes consideran virtud decir: «La virtud es necesaria»; pero en el fondo sólo creen que la policía es necesaria.

Y muchos que no son capaces de ver lo que hay de elevado en el hombre, llaman virtud al hecho de ver muy cerca su bajeza: así llaman virtud a su mirada malvada.

Y algunos quieren ser edificados y erigidos y a eso lo llaman virtud; y otros quieren ser derribados — y lo llaman también virtud.

Y de esta manera casi todos creen ser partícipes de la virtud; y cada uno quiere ser como mínimo conocedor del «bien» y del «mal».

Pero Zaratustra no ha venido para decir a todos estos mentirosos y necios: «¡qué sabéis v o s o t r o s de virtud! ¡Qué p o d r í a i s vosotros saber de virtud!» —

Sino para que vosotros, amigos, os canséis de las viejas palabras que habéis aprendido de los necios y mentirosos:

Os canséis de las palabras «recompensa», «remuneración», «castigo», «venganza en la justicia» —

Os canséis de decir: «que si una acción es buena quiere decir que es desinteresada.»

¡Ay, amigos! Que v u e s t r o yo mismo esté en la acción al igual que está la madre en el hijo: ¡que esta sea, por favor, v u e s t r a palabra sobre la virtud!

En verdad os he quitado seguramente cien palabras y los juguetes más preciados de vuestra virtud; y ahora os enojáis como se enojan los niños.

Estaban jugando a la orilla del mar — entonces vino la ola y les arrastró el juguete al fondo: ahora están llorando.

¡Pero esta ola ha de traerles juguetes nuevos y desparramar para ellos nuevas conchas multicolores!

Así serán consolados; y al igual que ellos también vosotros, amigos, recibiréis vuestros consuelos — ¡y nuevas conchas multicolores! —

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LA PLEBE

La vida es una fuente de placer; pero donde la plebe también bebe, se envenenan todos los pozos.

Siento inclinación por todo lo que es limpio; pero no me gusta ver los hocicos irónicos y la sed de los impuros.

Han arrojado sus ojos a la profundidad del pozo: ahora brilla para mí desde el fondo del pozo su repugnante sonrisa.

Han envenenado el agua santa con su lascivia; y cuando llamaron placer a sus sucios sueños, envenenaron además las palabras.

La llama se enoja cuando ponen al fuego sus corazones húmedos; el espíritu mismo hierve a borbotones y humea cuando la plebe se aproxima al fuego.

Dulzón y demasiado blando se vuelve el fruto en su mano: su mirada al árbol frutal lo vuelve presa de los estragos del viento y seca su copa.

Y muchos que se apartaron de la vida, sólo se apartaron de la plebe: no quisieron compartir con la plebe pozo y llama y fruto.

Y muchos que se fueron al desierto sufrieron sed con fieras, no querían más que sentarse alrededor de la cisterna con camelleros sucios.

Y muchos que vinieron como destructores y como pedrisco para los campos de frutos no quisieron más que poner su pie en las fauces de la plebe y de este modo taponar su garganta.

Y el bocado que más se me ha atragantado no ha sido saber que la vida misma tiene necesidad de enemistad y de muerte y cruces de tortura: —

Sino que una vez pregunté y mi pregunta me hizo casi perder el aire: ¿cómo? ¿Tiene la vida también n e c e s i d a d de la plebe?

¿Son necesarios pozos envenenados y fuegos hediondos y sueños ensuciados y gusanos en el pan de la vida?

¡No ha sido mi odio, sino mi hastío el que hambriento ha devorado mi vida! ¡Ay, me cansé con frecuencia del espíritu cuando observé que también la plebe ha sido dotada de espíritu!

Y di la espalda a los gobernantes cuando me di cuenta de lo que ahora ellos llaman gobernar: cambalachear y mercadear por el poder — ¡con la plebe!

Entre pueblos de lengua extraña he vivido con los oídos cerrados: para que la lengua de su cambalache siguiese siendo extraña para mí, y también su mercadeo por el poder.

Y tapando mi nariz he pasado disgustado por todo ayer y todo hoy: ¡en verdad todo ayer y todo hoy apesta a plebe que escribe!

Cual un inválido que se ha quedado sordo y ciego y mudo: ¡así viví yo largo tiempo para no vivir con la plebe del poder, de la escritura y del placer!

Con grandes dificultades subía escaleras mi espíritu, y con cuidado; limosnas de placer fueron su alivio; la vida del ciego se arrastraba apoyada en un bastón.

¿Qué me ocurrió, con todo, a mí? ¿Cómo me liberé del hastío? ¿Quién rejuveneció mis ojos? ¿Cómo remonté el vuelo hasta la altura en la que ya no se sienta plebe alguna junto al pozo?

¿El propio hastío me proporcionó alas y fuerzas que presienten el manantial? ¡En verdad que tuve que volar hasta lo más alto para volver a encontrar la fuente del placer!

¡Oh, la encontré, hermanos! ¡Aquí en lo más alto mana para mí la fuente del placer! ¡Y hay una vida de la que no bebe conmigo ninguna plebe!

¡Casi demasiado impetuosa fluyes para mí, fuente del placer! ¡Y a menudo vuelves a vaciar tu copa por querer llenarla!

Y tengo que aprender aún a aproximarme a ti con más modestia: con demasiado impulso corre todavía mi corazón a tu encuentro —

Mi corazón sobre el que arde mi verano, el breve, cálido, melancólico, más que feliz: ¡cómo desea mi corazón de verano tu frescor!

¡Ya pasó la titubeante tribulación de mi primavera! ¡Se acabó la maldad de mis copos de nieve de junio! ¡Me he transformado completamente en verano y en mediodía de verano!

Un verano en lo más alto con frías fuentes y silencio pleno de alegría: ¡oh, venid, amigos, para que el silencio se haga más alegre todavía!

Pues ésta es n u e s t r a altura y nuestra tierra natal: para todos los impuros y su sed vivimos aquí en un lugar demasiado alto y escarpado.

¡No tenéis más que lanzar vuestros ojos puros al manantial de mi placer, amigos! ¡Cómo iba a enturbiarse por ello! La respuesta ha de ser reír con s u pureza.

Sobre el Arbol Futuro construimos nuestros nidos; ¡las águilas nos traerán a nosotros solitarios alimentos en los picos!

¡En verdad ningún alimento del que a los impuros les esté permitido tomar parte! ¡Fuego creerían comer y se quemarían las fauces!

¡En verdad aquí no tenemos hogares dispuestos para impuros! ¡Una cueva de hielo sería para sus cuerpos y sus espíritus nuestra felicidad!

Y como vientos fuertes queremos vivir entre ellos, vecinos de las águilas, vecinos de la nieve, vecinos del sol: así es como viven los vientos fuertes.

Y al igual que un viento quiero yo un día soplar entre ellos y con mi espíritu quitar la respiración a su espíritu: es lo que quiere mi futuro.

En verdad un viento fuerte es Zaratustra para todas las hondonadas; y el consejo que da a sus enemigos y a todo lo que escupe y esputa es: «¡cuidaos de esputar c o n t r a el viento!»

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LAS TARÁNTULAS

¡Mirad, ésa es la cueva de la tarántula! ¿Quieres verla a ella? Aquí cuelga la telaraña: tócala para que tiemble.

Ahí viene solícita: ¡bienvenida, tarántula! Negro está sobre tu espalda tu triángulo y emblema; y sé también lo que hay en tu alma.

Venganza hay en tu alma: allí donde quiera que muerdas se forma una costra negra; ¡con venganza consigue el veneno que se aturda el alma!

Con ello os hablo en parábolas a vosotros que aturdís a las almas, ¡predicadores de la i g u a l d a d ! ¡Para mí sois tarántulas y vengativos ocultos!

Pero yo quiero sacar a la luz vuestros escondrijos: por eso me río de vosotros a la cara con mi carcajada de las alturas.

Por eso tiro de vuestra telaraña para que vuestra rabia os seduzca a salir de vuestra cueva de mentiras, y vuestra venganza sobresalga de detrás de vuestra palabra «justicia».

Pues q u e e l h o m b r e s e a r e d i m i d o d e l a v e n g a n z a : ése es para mí el puente hacia la esperanza suprema y un arco-iris de después de prolongadas tempestades.

Mas algo distinto es lo que, como es natural, quieren las tarántulas. «Que se llama para nosotros precisamente justicia el que el mundo se llene de tempestades» — así hablan ellas entre sí.

«Venganza queremos ejercer y ultraje contra todos los que no son como nosotros» — así se juran a sí mismos los corazones de tarántula.

Y «voluntad de igualdad» — esto mismo ha de ser a partir de ahora el nombre de la virtud; ¡y contra todo lo que tiene poder queremos levantar nuestros gritos!

Vosotros predicadores de la igualdad, de este modo es como de dentro de vosotros la demencia de tiranos de la impotencia pide a gritos «igualdad»: ¡vuestros apetitos más ocultos de tirano se enmascaran así en palabras de virtud!

Arrogancia amargada, envidia reprimida, quizás arrogancia y envidia de vuestros padres: de vosotros arranca cual llama y demencia la venganza.

Lo que en el padre guardó silencio se manifiesta en el hijo; y con frecuencia he encontrado al hijo como secreto desvelado del padre.

Son como los entusiastas: pero no es el corazón lo que les entusiasma — sino la venganza. Y cuando se vuelven refinados y fríos, no es el espíritu sino la envidia lo que les vuelve refinados y fríos.

Los celos les guían también por los senderos de los pensadores; y esto es el distintivo de los celos — siempre van demasiado lejos: de manera que la fatiga al final tiene que acostarse a dormir incluso en la nieve.

De cada una de sus lamentaciones sale resonando venganza, en cada uno de sus elogios hay un agravio; y ser juez les parece una felicidad.

Pero éste es, sin embargo, el consejo que os doy, amigos: ¡desconfiad de todos aquellos en quienes es fuerte el instinto de castigo!

Es gente de mala catadura y procedencia· en sus rostros asoman el verdugo y el sabueso.

¡Desconfiad de todos aquellos que hablan mucho de su justicia! En verdad a sus almas no sólo les falta miel.

Y si se llaman a sí mismos «los buenos y justos», no olvidéis que para fariseos no les falta más que — ¡poder!

Amigos, no quiero que se me mezcle o confunda.

Hay quienes predican mi doctrina sobre la vida: y al tiempo son predicadores de la igualdad y tarántulas.

El que hablen bien de la vida, aunque estén sentados en sus cuevas, esas arañas de veneno, y apartados de la vida: es porque de ese modo quieren causar daño.

Así quieren hacer daño a quienes ahora detentan el poder: pues entre ellos es donde más a gusto sigue sintiéndose la predicación de la muerte.

Si fuera de otra manera, las tarántulas enseñarían de otra manera: y justamente ellos fueron en un tiempo quienes mejor difamaron al mundo y supieron quemar herejes.

Con estos predicadores de la igualdad no quiero que se me mezcle y confunda. Pues así me habla la justicia: «los hombres no son iguales.»

¡Y tampoco han de llegar a serlo! ¿Qué sería de mi amor al superhombre si yo hablara de otro modo?

Por mil puentes y senderos los hombres han de apresurarse a ir hacia el futuro, y siempre más guerras y desigualdad ha de haber entre ellos: ¡así me hace hablar mi gran amor!

Inventores de emblemas y fantasmas han de llegar a ser en sus hostilidades, ¡y con los emblemas y fantasmas todavía han de liberar entre ellos la más grande de las batallas!

Bueno y malo, y rico y pobre, y noble y humilde, y todos los nombres de los valores: ¡han de ser armas y distintivos resonantes de que la vida una y otra vez tiene que superarse a sí misma!

Hacia la altura quiere edificarse con pilares y escalones la vida misma: hacia distancias lejanas quiere mirar y más allá hacia bienaventurados esplendores — ¡por eso necesita de la altura!

¡Y porque necesita de la altura, necesita escalones y conflicto entre los escalones y entre quienes ascienden! Ascender quiere la vida y ascendiendo superarse.

¡Y miradme, por favor, amigos! Aquí donde está la cueva de la tarántula se elevan las ruinas de un viejo templo — ¡miradlo, por favor, con ojos iluminados!

¡En verdad quien en otro tiempo levantó en piedra a gran altura sus pensamientos, sabía como el más sabio del secreto de la vida!

Que hay lucha y desigualdad incluso en la belleza, y guerra por el poder y predominio: nos lo enseña aquí en el más claro símil.

De igual modo que aquí se oponen de forma divina bóvedas y arcos en intensa lucha: de igual modo que con luz y

sombra se enfrentan entre sí, esos que tienen aspiraciones divinas —

¡Así de seguros y bellos dejadnos ser también enemigos, amigos! ¡De forma divina queremos ponernos unos c o n t r a otros en nuestras aspiraciones!

¡Ay! Ahora a mí mismo me ha picado la tarántula, ¡mi vieja amiga! ¡De forma divinamente segura y bella me ha picado en el dedo!

«Castigo tiene que haber y justicia — así piensa ella: ¡no en vano ha de cantar él aquí cánticos en honor de la enemistad!»

Sí, ¡se ha vengado a sí misma! Y ¡ay! ahora con venganza va a aturdir también mi alma.

Pero para que yo n o me aturda, amigos, ¡atadme fuerte a esta columna! ¡Prefiero todavía ser santo de pilar que remolino de la sed de venganza!

En verdad Zaratustra no es un viento de virada ni un torbellino; y si es un bailarín, ¡en modo alguno un bailarín tarántula! —

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LOS SABIOS FAMOSOS

¡Al pueblo habéis servido y a la superstición del pueblo, vosotros todos, sabios famosos! — iy n o a la verdad! Y precisamente por eso se os ha tributado veneración.

Y por esta razón también se ha soportado vuestro escepticismo, pues era un juego y un rodeo para llegar hasta el pueblo. Así, el señor confiere libertad a sus esclavos e incluso se divierte con su insolencia.

Pero a quien el pueblo odia, es como un lobo para los perros: es el espíritu libre, el enemigo de cadenas, el que no practica culto, el morador de los bosques.

Sacarle de su refugio — significaría siempre para el pueblo «sentido de lo justo»: contra él sigue azuzando a sus perros de dientes más afilados.

«Pues la verdad está ahí: iya que el hecho es que el pueblo está ahí! ¡Ay, ay de los que buscan!», así es como se ha dicho siempre.

A vuestro pueblo queríais justificarle en su veneración: a esto lo llamasteis «voluntad de verdad» ¡vosotros, sabios famosos!

Y vuestro corazón se decía siempre a sí mismo: «he venido del pueblo: de ahí me ha venido también la palabra de Dios.»

Obstinados y sagaces, cual el asno, habéis sido vosotros siempre como abogados del pueblo.

Y muchos poderosos que querían estar a bien con el pueblo engancharon además delante de sus corceles — un asnito, un sabio famoso.

¡Y ahora quisiera, sabios famosos, que por fin arrojaseis por completo de vosotros la piel de león!

¡La piel de la fiera, la de manchas multicolores, y los mechones de quien investiga, de quien busca, de quien conquista!

Ay, que yo aprendiese a creer en vuestras «veracidades», para ello tendríais primero que romper vuestra voluntad veneradora.

Veraz — así llamo yo a aquel que va por los desiertos sin dios y que ha roto su corazón venerador.

En la arena amarilla y quemado por el sol parpadea tal vez sediento hacia los oasis de abundantes manantiales donde criaturas vivas reposan bajo árboles oscuros.

Pero su sed no le persuade a hacerse igual que esos seres cómodos: pues donde hay oasis hay también ídolos.

Hambrienta, violenta, solitaria, sin dios: así es como quiere ser la voluntad de león.

Libre de la felicidad de los siervos, redimida de dioses y veneraciones, impertérrita y temible, grande y solitaria: así es la voluntad de lo veraz.

En el desierto han vivido desde siempre los veraces, los espíritus libres, como señores del desierto; pero en las ciudades viven los sabios bien alimentados y famosos — los animales de tiro.

¡Pues siempre tiran, como asnos! — ¡de los carros del p u e b l o !

No es que yo me irrite por ello: pero para mí siguen siendo servidores y uncidos, aunque brillen con jaez de oro.

Y a menudo han sido buenos sirvientes y loables. Pues así habla la virtud: «¡Si tienes que ser sirviente, busca entonces a aquel a quien más útil le sea tu servicio!»

«El espíritu y la virtud de tu señor han de crecer por ser tú su servidor: ¡de este modo creces tú mismo con su espíritu y su virtud!»

Y en verdad, ¡sabios famosos, servidores del pueblo! Vosotros mismos habéis crecido con el espíritu y la virtud del pueblo — ¡y el pueblo por vosotros! ¡Lo digo en vuestro honor!

Pero pueblo seguís siendo para mí también en vuestras virtudes, pueblo con ojos torpes, — ¡pueblo que no sabe qué es e s p í r i t u !

El espíritu es la vida que se cercena a sí misma en vida; en el propio tormento aumenta el propio saber, — ¿lo sabíais ya?

Y ésta es la felicidad del espíritu: ser ungido y consagrado con lágrimas para el sacrificio, — ¿lo sabíais ya?

Y la ceguera del ciego y su buscar y andar a tientas han de seguir siendo testimonio del poder del sol al que miró, — ¿lo sabíais ya?

¡Y con montañas ha de aprender a c o n s t r u i r el hombre conocedor! Poca cosa es que el espíritu mueva montañas, — ¿lo sabíais ya?

Vosotros sólo conocéis chispas del espíntu: ¡pero no veis el yunque que él es, y no veis la crueldad de su martillo!

¡En verdad no conocéis el orgullo del espíritu! ¡Pero aún menos soportaríais la modestia del espíritu si alguna vez quisiera ella hablar!

Y todavía nunca se os ha permitido arrojar vuestro espíritu a un precipicio de nieve. ¡No sois lo suficientemente fogosos para ello! Así que tampoco conocéis los encantos de su frialdad.

Pero para mí sois demasiado confiados con el espíritu; y del saber hacéis a menudo un asilo y un hospital para poetas malos.

No sois águilas: por eso no habéis vivido tampoco la felicidad del horror del espíritu. Y quien no es pájaro no debe alojarse sobre precipicios.

Para mí sois tibios: en cambio frío fluye todo conocimiento profundo. Gélidas son las fuentes más internas del espíritu: un alivio para manos y trabajadores ardorosos.

Venerables estáis ahí para mí y rígidos y con la espalda recta, ¡sabios venerables! — a vosotros no os empujan ni un viento ni una voluntad fuertes.

¿No habéis visto nunca una vela moverse sobre el mar, redondeada e hinchada y temblorosa ante la impetuosidad del viento?

Cual la vela temblorosa ante la impetuosidad del espíritu se mueve mi sabiduría sobre el mar — ¡mi sabiduría salvaje!

Pero vosotros, servidores del pueblo, sabios famosos — ¡cómo p o d r í a i s ir conmigo! —

Así habló Zaratustra.

* * *

LA CANCIÓN DE NOCHE

Es de noche: ahora las saltantes fuentes hablan todas más alto. Y también una saltante fuente es mi alma.

Es de noche: ahora es cuando se despiertan todas las canciones de los amantes. También mi alma es la canción de un amante.

Algo insaciado, insaciable hay en mí; algo que busca una expresión. Un ansia de amor en mí que habla la lengua del amor.

Luz soy: ¡ay, si fuera noche! Pero mi soledad es que estoy circundado de luz.

¡Ah, si fuera oscuridad y noche! ¡Cómo mamaría de los pechos de la luz!

¡Me queda a vosotras bendeciros, pequeñas estrellas rutilantes y gusanos de luz de allá arriba — y ser feliz por vuestros regalos de luz!

Pero yo vivo en mi propia luz, absorbo las llamas que de mí arrancan.

No conozco la felicidad del que toma; y a menudo he soñado que robar tiene que ser más dichoso aún que tomar.

Mi pobreza está en que mi mano nunca descansa de dar; mi envidia está en que veo ojos expectantes y las iluminadas noches del anhelo.

¡Oh desventura de todos los que regalan! ¡Oh eclipse de mi sol! ¡Oh ansia de anhelar! ¡Oh hambre devoradora de la saciedad!

Ellos toman lo que doy: ¿pero llego yo a tocar su alma? Hay un abismo entre dar y tomar; y el más pequeño abismo es el último en superarse.

Un hambre sale de mi belleza: causar daño quisiera a quienes ilumino, despojar a quienes lleno de regalos — así es mi hambre de maldad.

Ir retirando la mano cuando ya la otra mano se acerca a ella, titubeante cual cascada de agua que al caer aún vacila — así es mi hambre de maldad.

Tal venganza se imagina mi abundancia: tal perfidia mana de mi soledad.

¡Mi felicidad en regalar ha muerto de regalar, mi virtud se ha cansado de sí misma de tanta abundancia!

Quien regalando está siempre corre el riesgo de perder el pudor; a quien repartiendo está siempre se le forman de tanto repartir callosidades en la mano y en el corazón.

Mis ojos ya no se inundan de lágrimas por la vergüenza de los que piden; mi mano se ha vuelto demasiado dura para el temblar de manos llenas.

¿A dónde han ido las lágrimas de mis ojos y el plumón de mi corazón? ¡Oh soledad de todos los que regalan! ¡Oh silencio de todos los que brillan!

Muchos soles giran en el desierto espacio: a todo lo que es oscuro le hablan con su luz — para mí callan.

Oh, ésta es la enemistad de la luz con lo que brilla, recorre despiadada sus órbitas.

Injusto en lo más profundo de su corazón con lo que brilla, frío para con los soles — así es como camina todo sol.

Cual tempestades vuelan los soles por sus órbitas, ese es su caminar. Cumplen su voluntad inexorable, ésa es su frialdad.

¡Oh, sólo vosotros sois, seres sombríos, seres de la noche, los que creáis calor de lo que brilla! ¡Oh, sólo vosotros bebéis leche y alivio de las ubres de la luz!

¡Ah, hay hielo a mi derredor, la mano se quema al contacto con lo helado! ¡Ay, en mí hay sed que languidece por vuestra sed!

Es de noche: ¡ay, que tenga yo que ser luz! ¡Y sed de lo nocturno! ¡Y la soledad!

Es de noche: ahora brota de mí como un manantial mi deseo — hablar es lo que ansío.

Es de noche: ahora hablan más alto todas las saltantes fuentes. Y también mi alma es una saltante fuente.

Es de noche: ahora es cuando se despiertan todas las canciones de los amantes. Y mi alma es también la canción de un amante. —

Así cantó Zaratustra.

* * *

LA CANCIÓN DE DANZA

Una tarde iba Zaratustra con sus discípulos por el bosque; y buscando una fuente, he aquí que llegó a un verde prado rodeado en la tranquilidad por árboles y arbustos; allí había unas muchachas que bailaban unas con otras. Una vez que las muchachas reconocieron a Zaratustra, dejaron de bailar; pero Zaratustra se acercó a ellas con gesto amable y les dijo estas palabras:

«¡No paréis de bailar, hermosas muchachas! ¡Quien viene hasta vosotras no es un aguafiestas de mirada malvada, no es un enemigo de las muchachas!

Abogado soy de dios ante el diablo: pero éste es el espíritu de la torpeza: ¿Cómo, seres de porte ligero, iba yo a ser enemigo de bailes divinos? ¿O de pies de muchachas de tobillos bellos?

Seguramente soy un bosque y una noche de árboles oscuros: pero quien no teme mi oscuridad, también encuentra enramadas de rosas bajo mis cipreses.

Y seguro que encuentra también al pequeño dios que les es a las muchachas más querido: está acostado junto al pozo, en calma, con los ojos cerrados.

¡En pleno día en verdad se me quedó dormido el haragán! ¿Estuvo tal vez demasiado tiempo tratando de coger mariposas?

¡No os enojéis conmigo, bellas bailarinas, si castigo un poco al pequeño dios! Gritará seguramente y llorará — ¡pero aun cuando llora mueve a risa!

Y con lágrimas en los ojos ha de pediros un baile; y yo mismo voy a cantar una canción para acompañar su baile:

Una canción de danza y una canción satírica sobre el espíritu de la torpeza, mi supremo y más poderoso diablo, del que se dice que es "el señor del mundo".» —

Y ésta es la canción que cantó Zaratustra mientras Cupido bailaba con las muchachas:

¡Hace poco miré a tus ojos, ¡oh vida! Y me pareció hundirme en lo insondable.

Pero tú me sacaste con un anzuelo de oro; te reíste burlonamente cuando te llamé insondable.

«Así es el lenguaje de todos los peces, dijiste; lo que e l l o s no sondean es insondable.»

«Pero yo tan sólo soy voluble y salvaje y en todos los sentidos mujer, y nada virtuosa:

»Si bien para vosotros me llamo "la profunda" o "la fiel", "la eterna", "la misteriosa".

»Sin embargo vosotros los hombres nos agasajáis siempre con vuestras propias virtudes — ¡Ay, seres virtuosos!»

Así reía la increíble mujer; pero yo nunca la creo a ella ni a su risa cuando habla mal de sí misma.

Y cuando hablé en secreto con mi salvaje sabiduría, ella me dijo encolerizada: «Tú quieres, tú anhelas, tú amas, ¡sólo por ello a l a b a s tú la vida!»

Poco faltó para que le diese una mala contestación y le dijese la verdad a la encolerizada; y no se puede contestar peor que cuando a la sabiduría de uno «se le dice la verdad».

Así son, pues, las cosas entre nosotros. En el fondo de mi alma yo no amo sino la vida — y, en verdad, cuando la odio es cuando más la amo!

Pero que yo sea bueno con la sabiduría y a menudo demasiado bueno: ¡es porque me recuerda plenamente a la vida!

Tiene sus ojos, su risa e incluso su dorada caña de pescar: ¿qué puedo hacer yo si ambas son tan semejantes?

Y cuando una vez me preguntó la vida: ¿quién es, pues, esa sabiduría? — me apresuré a decir: «¡Ah sí, la sabiduría!

Se tiene sed de ella y uno no se sacia, se la mira a través de velos, se la apresa con redes.

¿Es hermosa? ¡Yo qué sé! Pero las carpas más viejas siguen picando en su cebo.

Voluble es y porfiada; a menudo he visto que se mordía los labios y pasaba el peine a contrapelo.

Tal vez es mala y falsa, y una mujer en todo; pero cuando habla mal de sí misma, es entonces cuando más seduce.»

Cuando le dije esto a la vida, se rió maliciosamente y cerró los ojos. «¿Pero de quién está hablando? dijo, ¿tal vez de mí?

Y aunque tuvieras razón — ¡se me dice e s o a mí de este modo a la cara! ¡Y ahora, por favor, habla también de tu sabiduría!»

¡Ay, y entonces volviste a abrir los ojos, vida amada! Y en lo insondable me pareció hundirme de nuevo. —

Así cantó Zaratustra. Pero cuando el baile se hubo terminado y las muchachas se marcharon, se puso triste.

«El sol hace ya mucho que se ha puesto, dijo finalmente; el prado está húmedo, llega frescor de los bosques.

Algo desconocido me rodea y está mirando pensativo. ¡Cómo! ¿Vives todavía, Zaratustra?

¿Por qué? ¿Para qué? ¿Con qué? ¿A dónde? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿No es una locura vivir todavía?—

Ay, amigos, es la tarde quien pregunta en mí. ¡Perdonadme mi tristeza!

Ha llegado la tarde: ¡perdonadme que haya llegado la tarde!»

Así habló Zaratustra.

* * *

EL CANTO FÚNEBRE

«Ahí está la isla de los sepulcros, la silenciosa; ahí están también las tumbas de mi juventud. Quiero llevar hasta ellos una corona siempre verde de la vida.»

Con esta decisión en el corazón me puse a navegar.

¡Oh, vosotras, visiones y recuerdos de mi juventud! ¡Oh, vosotras, miradas todas del amor, vosotros divinos momentos! ¡Qué de prisa moristeis para mí! Hoy estáis en mi recuerdo como mis muertos.

De vosotros, queridísimos muertos, viene un perfume dulce que desahoga el corazón y hace brotar las lágrimas. En verdad ese perfume conmueve y desahoga el corazón del navegante solitario.

Sigo siendo aún el más rico y aquel a quien más ha de envidiarse — ¡yo el más solitario! Pues lo cierto es que os h e t e n i d o y vosotros aún me tenéis a mí: decid, ¿a quién, como a mí le cayeron del árbol semejantes manzanas de rosas?

Sigo siendo aún el heredero de vuestro amor y tierra que florece en vuestra memoria con multicolores virtudes salvajes, ¡oh queridísimos!

Ay, fuimos hechos para permanecer cerca unos de otros, propicias maravillas extrañas; y no cual temerosos pájaros vinisteis a mí y mi anhelo — ¡no, como confiados con el confiado!

Sí, hechos para la lealtad, al igual que yo, y para las dulces eternidades: ahora tengo que nombraros por vuestra desleal-

tad, miradas y momentos divinos: todavía no he aprendido ningún otro nombre.

En verdad moristeis para mí con demasiada prisa, fugitivos. Sin embargo, no huisteis de mí, ni yo huí de vosotros: inocentes somos los unos para los otros en nuestra deslealtad.

¡Para matarme a mí, se os estranguló a vosotros, pájaros cantores de mis esperanzas! Sí, contra vosotros, queridísimos, siempre disparó flechas la maldad — ¡para alcanzar mi corazón!

¡Y acertó! Pues vosotros erais siempre lo más querido para mí, mi posesión y mi — ser poseído: por ello tuvisteis que morir demasiado jóvenes y demasiado pronto!

Contra lo más vulnerable que yo poseía se disparó la flecha: ¡eso erais vosotros cuya piel es igual que un plumón y, más todavía, que la sonrisa que muere de una mirada!

Pero estas palabras quiero decir a mis enemigos: ¡qué son todos los homicidios frente a todo lo que me habéis hecho!

Me habéis hecho algo peor que todos los homicidios; me quitasteis algo irrecuperable — ¡así os hablo, enemigos míos!

Me habéis hecho algo peor que todos los asesinatos; me quitasteis algo irrecuperable — ¡así os hablo a vosotros, enemigos míos!

¡Me habéis asesinado realmente las visiones y los prodigios de mi juventud! ¡Me habéis quitado los compañeros de juego, los espíritus dichosos! Para su memoria deposito esta corona y esta maldición.

¡Esta maldición contra vosotros, enemigos míos! ¡Abreviasteis en verdad mi eternidad como un sonido se quiebra en una noche fría! ¡Llegó hasta mí como parpadeo de divinos ojos — como un momento!

Así habló en hora favorable una vez mi pureza: «divinos han de ser para mí todos los seres.»

Entonces caísteis sobre mí con sórdidos fantasmas; ¡ay, adónde escapó aquella hora favorable!

«Todos los días han de ser santos para mí» — así habló en otro tiempo la sabiduría de mi juventud: ¡en verdad palabras de una sabiduría gaya!

Pero entonces vosotros enemigos me robasteis mis noches y las vendisteis a insomnes tormentos: ay, ¿adónde ha escapado ahora esta sabiduría gaya?

En un tiempo ansiaba yo dichosos presagios: entonces pusisteis en medio de mi camino un monstruo de buho, repugnante. Ay, ¿adonde escapó entonces mi dulce anhelo?

A todo anhelo juré en un tiempo renunciar: entonces transformasteis a mis vecinos y mis prójimos en tumefacciones purulentas. Ay, ¿adonde escapó entonces mi juramento más noble?

Como un ciego recorrí en un tiempo caminos dichosos: entonces arrojasteis inmundicias en el camino del ciego: y ahora siente náuseas del viejo sendero de ciego.

Y cuando llevé a cabo lo más difícil y celebraba la victoria de mis superaciones: entonces hicisteis gritar a quienes me amaban, a mí que era quien más daño les hacía.

En verdad así fue como siempre actuasteis: me convertisteis en hiel mi mejor miel y la labonosidad de mis mejores abejas.

A mi caridad enviasteis siempre los mendigos más descarados; en torno a mi compasión empujasteis siempre a desvergonzados incurables. De este modo heristeis mis virtudes en su fe.

Y si sacrificaba lo más sagrado de mí: en seguida vuestra «piedad» añadía sus dádivas más grasientas: de modo que en el vaho de vuestra grasa se ahogaba hasta lo más sagrado que hay en mí.

Y en un tiempo quise bailar como jamás había bailado hasta entonces: más allá de todos los cielos quería bailar. Entonces persuadisteis a mi más amado cantor.

Y entonces entonó una espantosa y tétnca melodía; ay, ¡trompeteó a mis oídos como un cuerno lastimero!

¡Cantor asesino, instrumento de la maldad, la persona más inocente! Estaba yo ya dispuesto para el mejor baile: ¡entonces asesinaste con tus sonidos mi arrebato!

Sólo en el baile sé yo expresar el símbolo de las cosas más excelsas — ¡y ahora mis miembros han dejado sin expresar mi símbolo más excelso!

¡No expresada ni acabada en mí quedó la suprema esperanza! ¡Y murieron para mí todas las visiones y consuelos de juventud!

¿Cómo es que pude soportar aquello? ¿Como me he recuperado de semejantes heridas y las he superado?

Sí, algo invulnerable, insepultable hay en mí, algo que hace saltar las rocas: esto es m i v o l u n t a d . Silenciosa avanza e inalterable a través de los años

Su camino quiere recorrer bajo sus pies mi vieja voluntad; duro de corazón es para ella el sentido y además invulnerable.

Invulnerable soy tan sólo en mi talón. ¡Sigues aún viviendo ahí y eres igual a ti misma, pacientísima! ¡Siempre pasaste por todos los sepulcros!

En ti vive todavía lo inacabado de mi juventud; y como vida y juventud estás ahí, plena de esperanzas, sentada sobre amarillas ruinas de sepulcros.

Sí, para mí sigues siendo quien destroza todos los sepulcros: ¡Salve, voluntad mía! Y sólo donde hay sepulcros hay resurrecciones. —

Así habló Zaratustra.

* * *

LA SUPERACIÓN-DE-SÍ-MISMO

¿«Voluntad de verdad» llamáis vosotros, sapientísimos, lo que os impulsa y hace apasionados?

¡Voluntad de hacer pensable todo lo que existe: así es como designo a vuestra voluntad!

Primero queréis h a c e r pensable todo lo que existe: pues dudáis con sana desconfianza de que sea pensable.

¡Pero ha de plegarse y acomodarse a vosotros! Así lo quiere vuestra voluntad. Ha de hacerse suave y someterse al espíritu como espejo y reflejo.

Ésa es toda vuestra voluntad, sapientísimos, es una voluntad de poder; y lo es aunque habléis del bien y del mal y de las estimaciones.

Queréis crear todavía el mundo ante el que podéis arrodillaros: es vuestra última esperanza y última embriaguez.

Los ignorantes, ciertamente, el pueblo — son como el río sobre el que va flotando una barca: y en la barca están sentadas solemnes y enmascaradas las estimaciones.

Habéis colocado vuestra voluntad y vuestros valores sobre el río del devenir; lo que el pueblo entiende por bueno y por malo me revela una vieja voluntad de poder.

Fuisteis vosotros, sapientísimos, quienes colocasteis a semejantes pasajeros en esta barca y les disteis suntuosidad y orgullosos nombres — ¡vosotros y vuestra voluntad dominadora!

El río ahora sigue llevando vuestra barca: t i e n e q u e llevarla. ¡Poco importa que la ola rota forme espuma y furiosa se oponga a la quilla!

El río no es vuestro peligro ni el final de vuestro bien y mal, sapientísimos: sino esa voluntad misma, la voluntad de poder — la inagotada y procreadora voluntad de vida.

Pero para que entendáis mis palabras acerca del bien y del mal: os relataré todavía mis palabras acerca de la vida y sobre la naturaleza de todas las criaturas vivientes.

Observé a las criaturas vivientes, recorrí los caminos más grandes y más pequeños a fin de conocer su naturaleza.

Con espejo centuplicado capté su mirada cuando tenían cerrada la boca: para que me hablaran sus ojos. Y sus ojos me hablaron.

Pero allí donde no encontré más que criaturas vivientes, oí también el lenguaje de la obediencia. Toda criatura viviente es una criatura obediente.

Y lo segundo: se manda a quien no sabe obedecerse a sí mismo. Así es la naturaleza de las criaturas vivientes.

Pero aquí viene lo tercero que oí: que mandar es más difícil que obedecer. Y no sólo que quien manda lleva el peso de todos los que obedecen, y que ese peso fácilmente le aplasta: —

Un experimento y un riesgo me pareció ver en todo mandar; y siempre que la criatura viviente manda, corre ella misma un riesgo.

Y todavía más cuando se manda a sí misma: también entonces tiene que pagar por su mandar. Tiene que convertirse en juez y vengador y víctima de su propia ley.

¡Y cómo es que ocurre esto! me pregunté. ¿Qué es lo que persuade a las criaturas vivientes a que obedezcan y manden y a que al mandar ejerzan obediencia?

¡Escuchad entonces mis palabras vosotros, sapientísimos! ¡Examinad seriamente si es que me he deslizado dentro del corazón de la vida misma, y dentro de las raíces de su corazón!

Allí donde encontré criaturas vivientes encontré voluntad de poder; y hasta en la voluntad de quien sirve encontré la voluntad de ser señor.

La voluntad es lo que persuade al más débil a servir al más fuerte, ella quiere ser dueña de lo que es aún más débil: es el único placer del que no gusta renunciar.

Y como lo más pequeño se entrega a lo más grande para sentir placer y poder sobre lo más pequeño de todo: se entrega así también lo más grande y por razón del poder — arriesga en ello la vida.

La abnegación de lo más grande es ser temeridad y peligro, y un juego de dados por la muerte.

Y donde hay sacrificio y servicio y miradas de amor: también allí hay voluntad de ser señor. Por caminos secretos se desliza el más débil dentro del castillo y hasta el corazón del más poderoso — y entonces roba poder.

Y este secreto me reveló la vida misma: «Mira, dijo, soy lo que una y otra vez tiene que superarse a sí mismo.»

«En verdad lo llamáis voluntad de engendrar o instinto de finalidad, de algo más alto, más lejano, más variado: pero todo esto es una única cosa y un único secreto.»

«Prefiero sucumbir antes que renunciar a esa única cosa. Y en verdad donde hay ocaso y caída de las hojas, ya ves, allí la vida se sacrifica a sí misma — ¡por el poder!»

«Que tengo que ser lucha y devenir y finalidad y conflicto de finalidades: ¡ay, quien adivina mi voluntad, seguramente adivina también qué camino tan torcido tiene que recorrer!»

«Cree yo lo que cree y ámelo como lo ame, — pronto tengo que oponerme a ello y a mi amor: así lo quiere mi voluntad.»

«Y tú también, hombre de conocimiento, no eres más que un sendero y una huella de mi voluntad: ¡en verdad mi voluntad de poder anda también con los pies de tu voluntad de verdad!»

En verdad no acertó con la verdad quien disparó hacia ella la expresión «voluntad de existencia»: ¡esa voluntad — no existe!

«Pues: lo que no existe no puede querer; pero lo que está en la existencia ¡cómo iba a querer ir a la existencia!»

«Sólo donde hay vida hay tambien voluntad: pero no voluntad de vida, sino — así te lo enseño — ¡voluntad de poder!»

«Muchas cosas valora más la criatura viviente que la vida misma; sin embargo en esta valoración se expresa — ¡la voluntad de poder!» —

Esto me enseñó en un tiempo la vida: y con ello os soluciono además, sapientísimos, el enigma de vuestro corazón.

En verdad os digo: un bien y un mal que sean imperecederos — ¡es algo que no existe! Es algo que una y otra vez tiene que superarse a sí mismo.

Con vuestros valores y palabras sobre el bien y el mal, vosotros evaluadores, ejercéis violencia; y ese es vuestro amor oculto y el esplendor, el temblor, la exuberancia de vuestra alma.

Pero una violencia más fuerte emana de vuestros valores y una nueva superación: contra ellos se rompen huevo y cáscara.

Y quien ha de ser un creador en lo bueno y en lo malo: tiene que ser en verdad antes un destructor y quebrantador de valores.

Así que el supremo mal forma parte de la suprema bondad: esta es, sin embargo, la creadora. —

Hablemos de esto, sapientísimos, incluso aun siendo algo malo. Callar es peor; todas las verdades silenciadas se hacen venenosas.

¡Y ojalá se quebrante todo lo que en nuestras verdades — pueda quebrantarse! ¡Todavía quedan casas por construir!

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LOS SUBLIMES

Tranquilo está el fondo de mi mar: ¡quién iba a adivinar que esconde monstruos divertidos!

Imperturbable es mi profundidad: sin embargo, brilla de misterios y risas flotantes.

A un sublime he visto hoy, a una persona solemne, a un penitente del espíritu: ¡oh, cómo se rió mi alma de su fealdad!

Elevando el pecho y al igual que alguien que está inspirando aire: así estaba él, el sublime, y en silencio:

Adornado de feas verdades, su botín de caza, y abundantes harapos; de él pendían también muchas espinas — pero no llegué a ver ninguna rosa.

Hasta el momento no había aprendido la risa ni la belleza. Con aspecto sombrío volvía este cazador del bosque del conocimiento.

De la lucha con animales salvajes regresaba a casa: pero en su seriedad sigue estando la mirada de una bestia salvaje — ¡una bestia todavía no vencida!

Sigue estando ahí al igual que un tigre a punto de saltar; pero no me gustan esas almas en tensión, mi gusto es hostil a todos esos encogidos.

¡Y vosotros me decís, amigos, que no hay que disputar sobre el gusto y sobre tener gusto!

Gusto: es al tiempo peso y balanza y quien pesa; ¡y ay de toda aquella criatura viviente que quiera vivir sin disputar sobre peso y balanza y quien pesa!

Si se cansase de su sublimidad, este sublime: sólo entonces emergería su belleza, — y sólo entonces quiero gustar de él y encontrarle sabroso.

Y hasta que no se aparte de sí mismo no saltará por encima de su propia sombra — y ¡en verdad! Penetrará dentro de su propio sol.

Durante demasiado tiempo ha estado sentado en la sombra, al penitente del espíritu se le han palidecido las mejillas; ha muerto casi de hambre por sus expectativas.

Desprecio sigue habiendo en sus ojos; y asco se esconde en su boca. Es cierto que ahora reposa, pero su reposo no se ha acostado todavía al sol.

Debería hacer como el toro; y su felicidad debería de oler a tierra, y no a desprecio de la tierra.

Me gustaría verle como un toro blanco que resoplando y mugiendo va delante del arado: ¡y su mugido además debiera alabar todo lo que es terrenal!

Oscuro sigue siendo su rostro; la sombra de la mano se proyecta sobre él. Ensombrecido está aún el sentido de sus ojos.

Su acción misma sigue siendo la sombra que se cierne sobre él: la mano oscurece al que actúa. Todavía no ha superado su acción.

Seguro que de él me gusta la cerviz de toro: pero ahora quiero ver también los ojos de ángel.

Aún tiene que olvidar también la voluntad de héroe: para mí debería ser un ser encumbrado y no sólo uno sublime — ¡el mismo éter debería elevarle, a él el falto de voluntad!

Ha dominado a monstruos, desentrañado enigmas, debería transformarlos aún en criaturas del cielo.

Todavía su conocimiento no ha aprendido a sonreír y a no tener celos; todavía su caudalosa pasión no se ha hecho tranquila en la belleza.

¡En verdad no en la saciedad debería enmudecer y sumergirse el deseo sino en la belleza! El encanto es una parte de la magnanimidad de los magnánimos.

El brazo apoyado sobre la cabeza: así es como debería reposar el héroe, así es como debería superar también el reposo.

Pero precisamente al héroe es l o b e l l o lo que más difícil le resulta de todas las cosas. Inalcanzable es lo bello para toda voluntad violenta.

Un poco más, un poco menos: justamente eso es aquí mucho, aquí es eso lo más de todo.

Estar en pie con los músculos relajados y con voluntad protegida: ¡esto es lo más difícil para vosotros todos, seres sublimes!

Cuando el poder se hace benévolo y desciende a lo visible: belleza llamo yo a tal descendimiento.

Y precisamente de nadie quiero belleza como de ti, hombre de poder: que tu bondad sea la última superación de ti mismo.

De todo mal te creo capaz: por ello quiero de ti el bien.

¡En verdad que a menudo me he reído de los débiles que se creen buenos por tener zarpas impedidas!

A la virtud de la columna has de aspirar: se va haciendo cada vez más bella y fina, pero internamente más dura y resistente a medida que va ascendiendo.

Tú, ser sublime, una vez has de ser también bello y ponerle el espejo a tu propia belleza.

Entonces tu alma se estremecerá de anhelos divinos; ¡y habrá adoración aun en tu vanidad!

Este es efectivamente el secreto del alma: sólo después de que el héroe la ha abandonado, se acerca a ella en sueños — el super-héroe.

Así habló Zaratustra.

* * *

DEL PAÍS DE LA CULTURA

Volé demasiado lejos dentro del futuro: el espanto se apoderó de mí.

Y cuando miré a mi derredor, he aquí que el tiempo era mi único contemporáneo.

Entonces retrocedí volando, en dirección a casa — y cada vez más de prisa: así llegué hasta vosotros, hombres del presente, y al país de la cultura.

Era la primera vez que traía conmigo ojos para veros, y deseos sanos: en verdad llegué con anhelo en el corazón.

Pero ¿qué es lo que me ocurrió? A pesar de la angustia que había en mí — ¡tuve que reír! ¡Nunca mis ojos habían visto algo tan abigarrado!

Reía y reía mientras seguía temblándome el pie y también el corazón: «¡Seguro que ésta es la morada de todas las cazuelas de colores!» — dije.

Pintarrajeados de cincuenta maneras rostro y miembros: ¡así para mi asombro era como os veía sentados, hombres del presente!

¡Y con cincuenta espejos a vuestro derredor que adulaban y reproducían vuestro juego de colores!

En verdad no podíais llevar en absoluto una máscara mejor, hombres del presente, que vuestro propio rostro, ¡quién iba a — r e c o n o c e r o s !

Plenamente escritos con los signos del pasado y estos signos pintarrajeados también con nuevos signos: ¡así fue como os ocultasteis a todos los intérpretes de signos!

Y aun siendo escrutador de virilidad: ¡quién iba a creer que no sois estériles! De colores parecéis estar cocidos y de trozos de papel encolados.

Todas las épocas y todos los pueblos ven de forma multicolor a través de vuestros velos; todas las costumbres y todas las creencias hablan de forma multicolor a través de vuestros gestos.

Quien quitase de vosotros velos y envoltorios y colores y gestos: con lo que quedase tendría todavía suficiente para con ello espantar a los pájaros.

En verdad yo mismo soy el pájaro asustado que os vio una vez desnudos y sin color; y me escapé de allí volando cuando el esqueleto me hizo guiños de amor.

¡Preferiría más bien ser un jornalero en el submundo y en las sombras del pasado! — ¡más gordos y rellenos que vosotros son precisamente los habitantes del submundo!

¡Esto, en efecto esto es amargura para mis intestinos, el no soportar veros ni desnudos ni vestidos, a vosotros hombres del presente!

Y todo lo que de inquietante tiene el futuro y que alguna vez hizo estremecer a pájaros espantados, es en verdad más inquietante aún y más plácido que vuestra «realidad».

Pues habláis de esta manera: «Somos del todo reales y no tenemos fe ni superstición»: así hincháis el pecho — ¡ay, sin tener pecho siquiera!

Sí, ¡cómo ibais a p o d e r creer, vosotros multicoloreados! — ¡vosotros que sois pinturas de todo lo que alguna vez se creyó!

Refutaciones ambulantes sois de la fe misma, y una fractura de todo pensamiento. I n c r é d u l o s : ¡así es como y o os llamo a vosotros, seres de la realidad!

Todas las épocas han charloteado unas contra otras en vuestros espíritus; ¡y los sueños y parloteo de todas las épocas han sido más reales todavía que vuestro estado de vigilia!

Sois estériles: p o r e l l o os falta la fe. Pero quien ha tenido que crear, tuvo siempre sus sueños proféticos y sus augurios estelares — ¡y creyó en la fe! —

Puertas entreabiertas sois a las que están esperando sepultureros. Y esta es v u e s t r a realidad: «Todo es digno de perecer.»

¡Ay, de qué manera aparecéis ahí, estériles, qué flacos de costillas! Y muchos de vosotros seguramente se han dado cuenta de ello.

Y él dijo: «¿Tal vez un dios me sustrajo algo secretamente mientras yo dormía? En verdad suficiente para formarse con ello una mujercita!

¡Maravillosa es la pobreza de mis costillas!», así han hablado ya muchos hombres del presente.

¡Sí, me dais risa, hombres del presente! ¡Y de manera especial cuando os maravilláis de vosotros mismos!

¡Y ay de mí si no pudiera reírme de vuestro asombro, y tuviera que engullir todo lo que hay de repugnante en vuestras escudillas!

Así que quiero tomaros a la ligera, pues tengo que llevar c o s a s p e s a d a s ; ¡y qué me importa el que escarabajos y gusanos alados se posen sobre mi carga!

¡En verdad no por ello me ha de resultar más pesada! Y no de vosotros, hombres del presente, ha de venirme el gran cansancio. —

¡Ay, adonde he de subir todavía con mi anhelo! Desde todas las montañas miro en búsqueda de patrias y de matrias.

Pero en ninguna parte encontré hogar; vagabundo soy en todas las ciudades y una partida en todas las puertas.

Extraños me son y una burla los hombres del presente a los que hace poco me arrastraba el corazón; y estoy desplazado de las patrias y las matrias.

Así que ya no amo más que al p a í s d e m i s h i j o s, el no descubierto en el lejano mar: ordeno a mis velas que no paren de buscarlo.

En mis hijos quiero enmendar el ser hijo de mis padres: ¡y en todo futuro — e s t e presente!

Así habló Zaratustra.

* * *

DEL CONOCIMIENTO PURO

Cuando ayer salía la luna, pensé que iba a dar a luz un sol: tan ancha y grávida estaba en el horizonte.

Pero para mí fue una mentira su preñez; y quiero creer antes en el hombre que hay en la luna que en la mujer.

Ciertamente poco es también lo que de hombre hay en ese tímido noctámbulo. En efecto, con mala conciencia camina por los tejados.

Pues es voluptuoso y envidioso el monje que hay en la luna, voluptuoso de la tierra y de todas las alegrías de los amantes.

¡No, no me gusta ese gato en los tejados! ¡Me repugnan todos los que se deslizan furtivamente por ventanas entreabiertas!

Piadosa y silenciosa camina a lo largo de alfombras de estrellas — pero no me gustan esos pies sigilosos de varón en los que ni siquiera se oye sonar una espuela.

El paso de todo hombre honesto habla: pero el gato se escabulle furtivamente por el suelo. Mira, la luna camina cual gato y sin honestidad. —

A vosotros os cuento esta parábola, sentimentales hipócritas, a vosotros, «conocedores de lo puro». ¡A vosotros os llamo y o — voluptuosos!

También vosotros amáis a la tierra y a lo terrenal: ¡os lo he adivinado bien! — pero vergüenza hay en vuestro amor y mala conciencia — ¡os parecéis a la luna!

Para desprecio de lo terrenal se ha persuadido a vuestro espíritu, pero no a vuestras entrañas: ¡ é s t a s son, sin embargo, lo más fuerte que hay en vosotros!

Y ahora se avergüenza vuestro espíritu de estar a voluntad de vuestras entrañas y por su propia vergüenza recorre caminos desviados y engañosos.

«Para mí sería lo más excelso» — así habla a sí mismo vuestro espíritu mendaz — mirar a la vida sin codicia y no, como el perro, con la lengua afuera:

«¡Ser feliz en contemplar, con voluntad entumecida, sin la codicia y la avidez del egoísmo — frío y ceniciento todo el cuerpo, pero con ojos embriagados de luna!»

«Para mí lo más querido sería, — así se seduce a sí mismo el seducido — amar a la tierra como la ama la luna, y nada más que con los ojos palpar sólo su belleza.»

«Y que para mí el conocimiento p u r o de todas las cosas sea que no quiero nada de las cosas: salvo que me sea permitido estar tendido ante ellas como un espejo de cien ojos.» —

¡Oh, sentimentales hipócritas, hombres concupiscentes! Os falta la inocencia del deseo: ¡y por eso ahora calumniáis el desear!

¡En verdad no amáis a la tierra como creadores, engendradores, gozosos de existencia nueva!

¿Dónde hay inocencia? Donde hay voluntad de engendrar. Y quien quiere crear más allá de sí mismo, tiene para mí la más pura voluntad.

¿Dónde está la belleza? Allí donde t e n g o q u e q u e r e r con toda voluntad; allí donde quiero amar y sucumbir para que una imagen no se quede sólo en imagen.

Amar y sucumbir: ambas cosas han ido juntas desde la eternidad. Voluntad de amor: es estar dispuesto hasta la muerte. ¡Así es lo que os digo, cobardes!

¡Pero ahora vuestra castrada vista torcida quiere llamarse «contemplación»!

¡Y lo que con cobardes ojos se deja palpar, ha de ser bautizado con el calificativo de «bello»! ¡Oh, vosotros que ensuciáis nombres nobles!

Pero vuestra maldición, inmaculados, conocedores de lo puro, ha de ser que nunca daréis a luz: ¡y ello aunque estéis anchos y grávidos en el horizonte!

En verdad llenáis la boca con palabras nobles: ¿y nosotros hemos de creer que vuestro corazón está rebosante, embusteros?

Pero m i s palabras son palabras fútiles, despreciadas, sinuosas: me gusta recoger lo que en vuestras comidas cae bajo la mesa.

¡Con ellas puedo seguir diciendo — la verdad a hipócritas! ¡Sí, mis espinas, conchas y hojas espinosas han de — cosquillear la nariz de los hipócritas!

Aire viciado hay siempre alrededor de vosotros y de vuestras comidas: ¡vuestros pensamientos concupiscentes, vuestras mentiras y disimulos están en realidad en el aire!

¡Lo que tenéis que hacer es osar primero a creeros a vosotros mismos — a vosotros y a vuestras entrañas! Quien no se cree a sí mismo miente siempre.

La máscara de un dios habéis puesto ante vosotros mismos, «puros»: dentro de la máscara de un dios se ha arrastrado vuestra lombriz asquerosa.

¡En verdad engañáis, «contemplativos»! También Zaratustra fue en un tiempo el loco de vuestras divinas pieles; no adivinó el lío de serpientes de que estaban repletas.

¡Una vez me imaginé ver jugar al alma de un dios a vuestros juegos, conocedores de lo puro! ¡Una vez me imaginé que no había arte mejor que vuestros artificios!

La distancia me ocultaba la inmundicia de serpientes: y que la astucia de una lagartija se arrastraba concupiscente de un lado para otro.

Pero me a c e r q u é a vosotros: entonces llegó para mí el día — y ahora viene a vosotros, — ¡los amoríos con la luna llegaron a su fin!

¡Mirad hacia allí! ¡Allí está atrapada y pálida — delante de la aurora!

Pues ya llega, la incandescente — ¡llega s u amor a la tierra! ¡Inocencia y anhelo de creador es todo amor de sol!

¡Pero mirad hacia allí cómo llega impaciente sobre el mar! ¿No sentís la sed y la respiración caliente de su amor?

Del mar quiere sorber y beber la profundidad elevándola hacia su altura: entonces se levanta con mil pechos el deseo del mar.

Q u i e r e ser besado y sorbido por la sed del sol; ¡quiere transformarse en aire y en altura y en huella de la luz y en luz misma!

En verdad al igual que el sol amo la vida y todas las profundidades del mar.

Y a esto lo llamo y o conocimiento: ha de ascender todo lo profundo — ¡hasta mi altura!

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LOS ERUDITOS

Mientras dormía acostado, una oveja se puso a comer de la corona de hiedra de mi cabeza — comía y al tiempo decía: «Zaratustra ya no es un erudito.»

Así dijo y se marchó altiva y orgullosa. Me lo contó un niño.

Me gusta echarme aquí donde juegan los niños, junto al muro abatido, entre cardos y hojas rojas de amapola.

Un erudito sigo siendo para los niños y también para los cardos y las hojas rojas de amapola. Inocentes son incluso en su maldad.

Pero para las ovejas ya no lo soy: así lo quiere mi suerte — ¡bendita sea!

Porque esta es la verdad: me he ido de la casa de los eruditos y he cerrado tras de mí la puerta con un golpe.

Durante demasiado tiempo mi alma ha estado sentada hambrienta a su mesa; a mí no se me ha instruido como a ellos para el conocimiento como si fuera cascar nueces.

Amo la libertad y el aire sobre la tierra fresca; me gusta más dormir sobre pieles de bueyes que sobre sus dignidades y respetabilidades.

Soy demasiado ardiente y estoy demasiado abrasado por pensamientos propios: a menudo me falta el aliento. Entonces tengo que salir al aire libre y marcharme de todas las habitaciones llenas de polvo.

Pero ellos están sentados frescos a la fresca sombra: no quieren más que ser en todas partes espectadores y se cuidan de sentarse donde el sol abrasa los escalones.

Al igual que aquellos que se paran en la calle y se quedan boquiabiertos mirando a la gente que va pasando: así están esperando también ellos y se quedan boquiabiertos ante pensamientos que otros han pensado.

Si se les toca con las manos levantan polvo a su derredor cual sacos de harina, y sin quererlo; ¿pero quién adivinaría que su polvo procede del grano y de la delicia amarilla de los campos estivales?

Cuando se las dan de sabios, me hacen temblar de frío sus pequeñas sentencias y verdades: un olor hay con frecuencia en su sabiduría como si viniese de la ciénaga: y ¡en verdad yo he oído croar en ella a las ranas!

Son hábiles, tienen dedos diestros: ¡qué pretende mi sencillez al lado de su complejidad! Sus dedos entienden todo lo que es hilar y anudar y tejer: ¡así hacen la calceta del espíritu!

Son buenos relojes: ¡sólo que hay que tener cuidado de darles cuerda a su debido tiempo! Entonces marcan la hora sin error y producen un ruido comedido al hacerlo.

Trabajan al igual que molinos y morteros: ¡no hay más que echarles sus granos! — ellos saben ya moler el grano y hacer de ello polvo blanco.

Se vigilan bien unos a otros y desconfían lo más que pueden. Imaginativos para pequeñas astucias esperan a aquellos cuyo saber anda sobre pies cojos — esperan al igual que arañas.

Siempre les he visto precavidos preparar veneno; y al hacerlo llevaban siempre guantes de vidrio en los dedos.

También saben jugar con dados falsos; y les he encontrado jugando con tanto esmero que al hacerlo sudaban.

Somos extraños los unos para los otros y para mí sus virtudes se oponen al buen gusto todavía más que sus falsedades y sus dados falsos.

Y cuando yo vivía entre ellos vivía por encima de ellos. Por eso se enconaron conmigo.

No quieren oír decir que alguien se mueve por encima de sus cabezas; y por ello pusieron madera y tierra e inmundicias entre mí y sus cabezas.

Así suavizaron el ruido de mis pasos: y desde entonces han sido los más eruditos quienes peor atención me prestaron.

Entre ellos y yo situaron los defectos y las debilidades de todos los hombres — «suelo falso» llaman a esto en sus hogares.

Pero a pesar de ello, camino con mis pensamientos p o r e n c i m a de sus mentes; y aun cuando quisiera caminar sobre mis propios errores, seguiría estando por encima de ellos y de sus mentes.

Pues los hombres n o son iguales: así habla la justicia. ¡Y lo que yo quiero, a e l l o s no les ha estado permitido quererlo!

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LOS POETAS

«Desde que conozco mejor el cuerpo», — dijo Zaratustra a uno de sus discípulos — «el espíritu no es para mí, por así decirlo, más que espíritu; y todo lo "imperecedero" — no es igualmente más que un símbolo.»

«Esto te lo he oído decir ya en otra ocasión», respondió el discípulo; y entonces añadiste: «pero los poetas mienten demasiado.» «¿Y cómo es que dijiste que los poetas mienten demasiado?»

«¿Por qué?, dijo Zaratustra. ¿Preguntas por qué? Yo no soy de esos a quienes se les puede preguntar por su porqué.

¿Es que mi experiencia de la vida es de ayer? Hace ya mucho tiempo que viví las razones de mis opiniones.

¿No tendría yo que ser un tonel de memoria si es que también quisiera tener conmigo mis razones?

Para mí es ya demasiado incluso retener mis opiniones; y muchos pájaros se me marchan volando.

Y de vez en cuando encuentro también en mi palomar un animal que se ha añadido a los que ya hay, que me es extraño y que tiembla cuando pongo la mano sobre él.

¿Pero qué te dijo en otro tiempo Zaratustra? ¿Qué los poetas mienten demasiado? — Sin embargo, también Zaratustra es poeta.

¿Crees, entonces, que he dicho la verdad en esto? ¿Por qué lo crees?»

El discípulo respondió: «Creo en Zaratustra.» Y Zaratustra sacudió la cabeza y sonrió.

La fe no me hace dichoso, dijo, aún menos la fe en mí.

Y en el supuesto de que alguien dijera con toda seriedad que los poetas mienten demasiado: tendría razón, — n o s o t r o s mentimos demasiado.

También nosotros sabemos demasiado poco y somos malos en aprender: así que tenemos que mentir.

¿Y quién de nosotros poetas no ha adulterado su vino? Muchas mezcolanzas venenosas se han producido en nuestras bodegas, en ellas se han hecho muchas cosas indescriptibles.

Y porque sabemos poco, nos gustan profundamente los pobres de espíntu, ¡de manera especial si son mujercitas jóvenes!

E incluso codiciamos las cosas que se cuentan las mujercitas viejas por la noche. A eso lo llamamos el eterno femenino que hay en nosotros.

Y como si hubiese un acceso secreto especial hacia el saber, que se les b l o q u e a a quienes aprenden algo: así nosotros creemos en el pueblo y su «sabiduría.»

Pero todos los poetas creen lo siguiente: que quien tendido en la hierba o en pendientes solitarias aguza el oído, se entera algo de las cosas que hay entre el cielo y la tierra.

Y si les llegan delicadas sensaciones, piensan los poetas siempre que la misma naturaleza está enamorada de ellos:

Y que ella se desliza penetrando en sus oídos para murmurarles cosas secretas y lisonjas enamoradas: ¡de ello se vanaglorian y envanecen ante todos los mortales!

¡Ay, existen tantas cosas entre el cielo y la tierra de las que tan sólo los poetas se han permitido soñar!

Y de una manera especial p o r e n c i m a d e l cielo: ¡pues todos los dioses son un símbolo de poetas y subrepciones de poetas!

En verdad siempre se tira de nosotros hacia lo alto — esto es, hacia el reino de las nubes: sobre ellas ponemos nuestros multicolores muñecos y luego los llamamos dioses y superhombres: —

¡Pues lo cierto es que son bastante ligeros para estas sillas! — todos esos dioses y superhombres.

¡Ay, qué cansado estoy de todo lo insuficiente que a toda costa ha de ser acontecimiento! ¡Ay, qué cansado estoy de los poetas!

Cuando Zaratustra dijo esto, se irritó con él su discípulo, pero se quedó en silencio. Y también Zaratustra se quedó en silencio; y sus ojos se habían tornado hacia dentro como si mirasen a la distante lejanía. Finalmente suspiró y tomó aliento.

Soy de hoy y de otro tiempo, dijo después; pero hay algo en mí que es de mañana y de pasado mañana y de lo que será.

Me he cansado de los poetas, de los viejos y de los nuevos: Superficiales son todos para mí y mares poco profundos.

No han pensado con suficiente profundidad: por ello su sentimiento no se sumergió hasta lo más hondo.

Algo de voluptuosidad y algo de aburrimiento: esto es lo mejor a lo que han llegado sus ideas.

Exhalación y paso rápido de fantasmas es para mí el sonido discordante de su arpa; ¡qué han sabido hasta ahora del ardor de los sonidos! —

Para mí no son ni siquiera lo suficientemente limpios: enturbian sus aguas para que parezcan profundas.

Y con ello les gusta hacerse pasar por conciliadores: ¡pero para mí no van más allá de ser mediadores y aderezadores, medianos y mediocres y sucios! —

Ay, lancé en verdad mis redes en sus mares y quise pescar buenos peces; pero siempre saqué la cabeza de un viejo dios.

De esta manera le proporcionó al hambriento el mar una piedra. Y ellos mismos puede que procedan del mar.

Cierto que en ellos se encuentran perlas: pero ello hace tanto más que se parezcan a crustáceos duros. Y en lugar de alma encontré a menudo en ellos salada mucosidad.

Y del mar han aprendido también su vanidad: ¿no es el mar el pavo real de los pavos reales?

Hasta ante el más feo de todos los búfalos despliega la cola y nunca se cansa de su abanico de encaje hecho de plata y de seda.

Ceñudo mira el búfalo hacia allí, su alma está cerca de la arena, más cerca aún de la espesura, y de lo que más cerca está es de la ciénaga.

¡Qué es para él belleza y mar y ornamento de pavo real! Esta comparación se la hago a los poetas.

¡En verdad su mismo espíritu es el pavo real de los pavos reales y un mar de vanidad!

Espectadores quiere el espíritu del poeta: ¡habrían de ser también búfalos! —

Pero me he cansado de ese espíritu: y veo venir el momento en que él se cansará incluso de sí mismo.

Transformados he visto ya a los poetas y la mirada dirigida contra sí mismos.

He visto venir penitentes del espíritu: han salido de ellos.

Así habló Zaratustra.

* * *

DE GRANDES ACONTECIMIENTOS

Hay una isla en el mar — no lejos de las Islas Afortunadas de Zaratustra — en la que humea sin cesar una montaña de fuego; de ella dice la gente y especialmente lo dicen las viejas mujercitas de entre la gente, que está allí puesta como un bloque de roca delante de la puerta del submundo: pero que a través de la misma montaña de fuego desciende el estrecho camino que lleva a esa puerta del averno.

Por aquel tiempo en que Zaratustra estaba en las Islas Afortunadas, ocurrió que un barco echó el ancla en aquella donde se encuentra la montaña humeante; y la tripulación bajó a tierra para cazar conejos. Pero hacia la hora del mediodía, cuando el capitán y su gente se habían vuelto a reunir, vieron de pronto que por el aire venía hacia ellos un hombre y que una voz decía con claridad: «¡ya es hora! ¡es la hora justa!» Pero cuando de ellos estuvo más cerca la figura — lo cierto es que pasó volando tan rápida como una sombra en dirección de donde estaba la montaña de fuego — reconocieron entonces con la mayor consternación que era Zaratustra; pues todos le habían visto ya, salvo el propio capitán, y le amaban al modo que el pueblo ama: esto es, tal y como a partes iguales se unen amor y temor.

«¡Eh, mirad aquí!, dijo el viejo timonel, ¡por ahí se dirige Zaratustra al infierno!» —

Por aquellos mismos días en que estos marineros habían tomado tierra en la isla de fuego, corría el rumor de que Zaratustra había desaparecido; y si se preguntaba a sus amigos,

contestaban diciendo que había embarcado de noche sin decir adonde tenía la intención de ir.

Así que se produjo cierta inquietud; pero después de tres días se añadió a esta inquietud la historia de los marineros —y entonces toda la gente decía que el diablo se había llevado a Zaratustra. Sus discípulos naturalmente se reían de estas habladurías; y uno de ellos llegó incluso a decir: «Yo creo más bien que es Zaratustra quien se ha llevado al diablo.» Pero en el fondo de su alma todos estaban muy preocupados y de igual manera le añoraban: así que para ellos fue una gran alegría cuando al quinto día Zaratustra apareció entre ellos.

Y éste es el relato de la conversación de Zaratustra con el perro de fuego:

La tierra, dijo él, tiene una piel; y esta piel tiene enfermedades. Una de estas enfermedades se llama por ejemplo: «hombre».

Y otra de estas enfermedades se llama «perro de fuego»: acerca de él los hombres han dicho muchas mentiras y se les han dicho muchas mentiras.

Para rastrear este misterio navegué por el mar: y he visto la verdad desnuda, ¡de verdad! descalzo hasta el cuello.

Ahora sé todo lo que hay en el perro de fuego: y del mismo modo todos esos demonios de escoria y revolución a los que no solamente temen las viejas mujercitas.

¡Fuera de ahí, perro de fuego, sal de tu profundidad! exclamé, y confiesa lo profundo que es tu abismo. ¿De dónde viene todo eso que resoplas?

Bebes en cantidad del mar: ¡eso delata tu salificada elocuencia! ¡En verdad para ser un perro del abismo tomas demasiado tu alimento de la superficie!

Como mucho te considero el ventrílocuo de la tierra: y siempre que he oído hablar a demonios de escoria y revolución, encontré que eran igual que tú: salificados, embusteros y superficiales.

¡Entendéis de bramar y de oscurecer las cosas con ceniza! Sois los más grandes bravucones y habéis aprendido lo suficiente el arte de hervir el fango.

Donde estáis, siempre tiene que haber fango cerca y mucho de esponjoso, de hueco y de estrecho: esto quiere ser liberado.

«Libertad» es lo que más os gusta bramar: pero yo ya no creo en «grandes acontecimientos», cuando quiera que en torno a ellos hay mucho aullido y mucho humo.

¡Y créeme, por favor, amigo estrépito infernal! Los más grandes acontecimientos — no son nuestros momentos más ruidosos sino nuestros momentos más silenciosos.

No en torno a los inventores de nuevos ruidos: el mundo gira en torno a los inventores de nuevos valores; g i r a d e m a n e r a i n a u d i b l e.

¡Y confiésalo, por favor! Ya sabes que eran pocas las cosas que ocurrían cuando tu ruido y tu humo se dispersaban. ¡Qué importa que una ciudad se convierta nada más que en una momia y una estatua yazca en el fango!

Y éstas son las palabras que añado para los destructores de columnas. Sin lugar a duda la mayor necedad es arrojar sal al mar y estatuas al fango.

En el fango de vuestro desprecio estaba la estatua: ¡pero su ley es justamente que del desprecio vuelva a nacer en ella vida y belleza viva!

Con rasgos más divinos vuelve a levantarse y con seducción del padecimiento; y ¡en verdad! ¡Hasta os dará las gracias por haberla derribado, destructores!

Pero este consejo se lo doy a reyes e iglesias y a todos los que son débiles por edad y por virtud — ¡no tenéis más que dejaros destruir! ¡Para que volváis a la vida y a vosotros también — la virtud! —

Así hablé ante el perro de fuego: entonces él me interrumpió de modo áspero y preguntó: «¿Iglesia? ¿Y qué es eso?»

¿Iglesia?, respondí, eso es una especie de Estado, y ciertamente el más mendaz. ¡Pero cállate, perro hipócrita! ¡Tú eres quien seguramente mejor conoce ya tu especie!

Lo mismo que tú el Estado es un perro hipócrita; lo mismo que a ti le gusta hablar con humo y aullidos — para hacer creer, como tú, que habla de las entrañas de las cosas.

Pues quiere ser sea como sea el animal más importante de la tierra, el Estado; y se cree también de él que lo es. —

Cuando hube dicho esto, el perro de fuego se comportó como si se hubiera vuelto loco de envidia. «¿Cómo?, gritó, ¿el animal más importante de la tierra? ¿Y se cree también de

él que lo es?» Y salieron tanto vapor y tan horribles voces de sus fauces que pensé que iba a asfixiarse de furia y de envidia.

Finalmente se tranquilizó y fue dejando de jadear; pero tan pronto como estuvo callado le dije sonriendo:

«Te pones furioso, perro de fuego: ¡así que tengo razón en lo que pienso sobre ti!

Y con el fin de seguir manteniéndola, escucha algo de otro perro de fuego: realmente habla desde el corazón de la tierra.

Oro exhala su aliento y lluvia áurea: así lo quiere su corazón. ¡Qué es para él ahora la ceniza y el humo y la viscosidad caliente!

La risa sale revoloteando de él como de nubes multicolores; ¡está predispuesto en contra de los gorgoteos y esputos y retortijones de tus entrañas!

Pero el oro y la risa — es algo que toma del corazón de la tierra: pues sólo para que lo sepas — el corazón de la tierra es de oro.»

Cuando el perro de fuego oyó esto, no pudo aguantar de escucharme por más tiempo. Avergonzado metió el rabo entre las piernas, dijo con voz apocada ¡Guau! ¡Guau! Y se fue arrastrándose a su cueva. —

Es lo que contó Zaratustra. Pero sus discípulos apenas si le escuchaban: tan grande era su deseo de hablarle de los marineros, los conejos y del hombre volador.

«¡Qué he de pensar de ello!, dijo Zaratustra. ¿Soy acaso un fantasma?

Pero habrá sido mi sombra. ¿Habéis oído ya quizás hablar del caminante y de su sombra?

Mas lo cierto es esto: tengo que mantenerla bien sujeta — de otra manera echará a perder mi reputación.»

Y otra vez volvió a sacudir Zaratustra la cabeza sorprendiéndose.

«Cómo es que gritó el fantasma: "¡Ya es hora! ¡Es la hora justa!"

¿Y para qué es — la hora justa?» —

Así habló Zaratustra.

* * *

EL ADIVINO

« — y vi venir sobre los hombres una gran tristeza. Los mejores se cansaban de sus obras.»

Una doctrina se propagó, junto a ella corrió una creencia: «¡todo está vacío, todo es único, todo fue!»

Y de todas las colinas volvió a resonar: «¡Todo esta vacío, todo es único, todo fue!»

Es cierto que hemos cosechado: pero ¿por qué se nos han podrido y oscurecido todos los frutos? ¿Qué cayó de la malvada luna la última noche?

Inútil fue todo el trabajo, en veneno se ha convertido nuestro vino, el mal de ojo ha quemado nuestros campos y corazones dejando en ellos un color amarillo.

Todos nos hemos vuelto ásperos; si cae fuego sobre nosotros nos esparciremos como ceniza — sí, hemos fatigado al mismo fuego.

Todos los pozos se nos han secado, también el mar se ha retirado. ¡Todos los suelos quieren abrirse, pero el abismo no quiere engullir!

«Ay, dónde queda todavía un mar en el que poder ahogarse» — : así resuena nuestra lamentación — lejos por encima de ciénagas horizontales.

En verdad, para morir estamos ya demasiado cansados; ahora estamos todavía en vela y seguimos viviendo — ¡en cámaras sepulcrales! —

Así oyó Zaratustra hablar a un adivino: y su vaticinio le llegó hasta el corazón y le transformó. Triste estuvo dando vuel-

tas de un lugar para otro y cansado; y llegó a ser igual a aquellos de los que el adivino había hablado.

En verdad, así habló a sus discípulos, falta muy poco para que llegue este largo crepúsculo. ¡Ay, cómo voy a salvar mi luz pasándola al otro lado!

¡Que no se me extinga dentro de esta tristeza! ¡Ha de ser con seguridad luz para mundos más lejanos e incluso para las noches más remotas!

De este modo, afligido en su corazón, Zaratustra se fue de un lugar para otro; y durante tres días no tomó ninguna bebida ni comida, no tuvo tranquilidad y perdió el habla. Finalmente ocurrió que se sumergió en un profundo sueño. Pero sus discípulos estaban sentados a su derredor y esperaban con preocupación para ver si se despertaba y recobraba el habla y si se había curado de su aflicción.

Mas éste es el discurso que Zaratustra pronunció una vez despierto; y su voz les resultaba a sus discípulos como si llegara de una remota lejanía.

Escuchadme el sueño que he tenido, amigos, y ayudadme a descifrar su sentido!

Un enigma sigue pareciéndome este sueño; su sentido está oculto en él y atrapado y aún no vuela por encima de él con alas libres.

A toda vida había renunciado, es lo que me vino en el sueño. En vigilante nocturno y en guardián de noche me había convertido, allí en el solitario castillo de montaña de la muerte.

Arriba guardaba yo sus ataúdes: llenos estaban las sepulcrales bóvedas de tales símbolos de victoria. Desde ataúdes de cristal me miraba vida que había sido vencida.

Respiraba el olor de eternidades convertidas en polvo: sofocada y convertida en polvo yacía mi alma. ¡Y quién habría podido airear también su alma!

Una constante claridad de medianoche me rodeaba, la soledad se agazapaba a su lado; y, lo tercero, un silencio de muerte resollante, de mis amigos el peor.

Yo llevaba llaves, las más herrumbrosas de todas las llaves; y podía abrir con ellas las más chirriantes de todas las puertas.

Como un graznido irntado corría el sonido por los largos pasillos cuando se abrían los batientes de la puerta: irritado gritaba ese pájaro, no le agradaba que se le despertase.

Pero más horroroso era aún y más se contraía el corazón cuando volvía el silencio y por doquier llegaba la tranquilidad, y yo estaba sentado solo en medio de aquel silencio maligno.

Así se me iba y se me deslizaba el tiempo si es que todavía había tiempo: ¡qué sé yo de ello! Pero al final ocurrió algo que me despertó.

Tres veces se oyó dar golpes como truenos a la puerta, y tres veces las bóvedas resonaron y devolvieron el rugido: me acerqué entonces a la puerta.

¡Alpa! Exclamé, ¿quién trae su ceniza a la montaña? ¡Alpa! ¡Alpa!, ¡quién trae su ceniza a la montaña?

Y empujé la llave dentro, forcejeé la puerta, me esforcé. Pero no se había abierto ni un dedo:

Entonces un viento impetuoso abrió violentamente los batientes: silbando, chirriando y cortante me arrojó un ataúd negro:

Y en medio del bramido, silbido y chirrido reventó el ataúd y escupió miles de risotadas.

Mil máscaras de niños, ángeles, búhos, locos y mariposas del tamaño de niños se rieron y escarnecieron de mí y bramaron contra mí.

Esto me aterrorizó tremendamente: me tiró al suelo. Y grité de horror como nunca había gritado.

Pero mi propio grito me despertó: — y volví en mí. —

Así contó Zaratustra su sueño y luego se quedó en silencio: pues no sabía todavía cuál era la interpretación del mismo. Pero el discípulo al que más amaba se levantó con rapidez, tomó la mano de Zaratustra y dijo:

«¡Tu vida misma nos da la interpretación de este sueño, Zaratustra!

¿No eres tú mismo el viento con silbidos chirriantes que arranca con violencia las puertas a los castillos de la muerte?

¿No eres tú mismo el ataúd lleno de maldades multicolores y máscaras de ángeles de la vida?

En verdad, al igual que mil risotadas de niño llega Zaratustra a todas las cámaras mortuorias, riéndose de los guardianes

nocturnos y de los vigilantes de tumbas, y de cualquiera que crepita con sombrías llaves.

Les asustarás y darás en tierra con ellos con tus risotadas; desvanecimiento y vuelta en sí será la prueba de tu poder sobre ellos.

Y aunque llegue el largo crepúsculo y el cansancio de muerte, no sucumbirás en nuestro cielo, ¡tú defensor de la vida!

Nos has hecho ver nuevas estrellas y nuevos esplendores de la noche; en verdad has extendido la risa misma como una bóveda multicolor sobre nosotros.

A partir de ahora de los ataúdes brotará siempre risa de niño; a partir de ahora un fuerte viento vendrá siempre victorioso sobre toda fatiga de muerte: ¡de ello eres tú nuestro garante y adivino!

En verdad tú has soñado con ellos mismos, tus enemigos: ¡ha sido tu sueño más agobiante!

Pero de la misma manera que te has despertado de ellos y has vuelto en ti, igualmente ellos habrán de despertarse de sí mismos — ¡y de venir a ti!» —

Así habló el discípulo; y todos los demás se apretaron junto a Zaratustra y le tomaron de las manos y quisieron persuadirle de que abandonase la cama y la tristeza y regresase hasta ellos. Pero Zaratustra se sentó incorporado en su lecho y con una mirada extraña. Igual que uno que regresa a casa de un país extranjero en el que ha estado largo tiempo, observaba a sus discípulos y examinaba sus rostros; pero seguía sin reconocerles. Y cuando le levantaron y le pusieron de pie, en ese momento, de repente, cambió su mirada; comprendió todo lo que había sucedido, se atusó la barba y dijo con voz firme:

«¡Bien! Esto llegará a su debida hora; pero procuradme, discípulos, que haya una buena comida, ¡y al instante! ¡Así es como pienso hacer penitencia por mis malos sueños!

Mas el adivino ha de comer y beber a mi lado: ¡y en verdad quiero mostrarle todavía un mar en el que pueda ahogarse!»

Así habló Zaratustra. Pero después se quedó mirando largo rato a la cara del discípulo que había interpretado el sueño y mientras tanto sacudía la cabeza.

* * *

DE LA REDENCIÓN

Cuando un cierto día Zaratustra estaba cruzando el gran puente, le rodearon los inválidos y los mendigos, y un jorobado le habló así:

«¡Mira, Zaratustra! También el pueblo aprende de ti y adquiere creencia en tu doctrina: pero para poder creerte del todo, necesita todavía una cosa — ¡primero tienes que persuadirnos a nosotros los inválidos! Ahora tienes aquí una magnífica selección y en verdad una ocasión que ofrece más de una posibilidad. A ciegos puedes curar y a paralíticos hacer andar; y al que va demasiado cargado, bien podrías también quitarle un poco de peso: — ¡ésta, pienso, sería la manera adecuada de hacer que los inválidos creyeran en Zaratustra!»

Pero Zaratustra replicó al que había hablado de este modo: «Si al jorobado se le quita la joroba, entonces se le quita su espíritu — esto es lo que enseña el pueblo. Y si al ciego se le proporcionan ojos, entonces ve demasiadas cosas malas sobre la tierra: así que maldice a quien le curó. Y quien hace andar a un paralítico le causa el mayor de los perjuicios: pues apenas puede andar cuando sus vicios corren velozmente con él — esto es lo que enseña el pueblo acerca de los paralíticos. ¿Y por qué no habría Zaratustra de aprender también del pueblo, si el pueblo aprende de Zaratustra?

Pero lo menos importante para mí desde que estoy entre hombres es ver que: "a éste le falta un ojo y a aquél un oído

y a un tercero la pierna, y hay otros que han perdido la lengua o la nariz o la cabeza."

Veo y he visto cosas peores y muchas tan espantosas que no quisiera hablar de todas y cada una de ellas, ni siquiera silenciar algunas, como: personas que no son nada más que un ojo grande, o una boca grande o un vientre grande o cualquier otra cosa grande, — a esos les llamo lisiados invertidos.

Y cuando venía de mi soledad y cruzaba por pnmera vez este puente: no daba crédito a mis ojos y miraba una y otra vez y terminé por decir: "¡Esto es una oreja! ¡Una oreja tan grande como un hombre!" Miré con más atención: y efectivamente, bajo la oreja aún se movía algo que era pequeño hasta dar lástima y mísero y débil. Y verdaderamente la oreja monstruosa se asentaba sobre un pequeño pedúnculo delgado — ¡el pedúnculo, sin embargo, era un hombre! Poniéndose una lente, podría uno incluso reconocer también una carita envidiosa; además, que una túrgida almita se balanceaba en el pedúnculo. Mas el pueblo me decía que la oreja grande no era solamente un hombre, sino un gran hombre, un genio. Sin embargo, yo nunca he creído al pueblo cuando ha hablado de grandes hombres — y persistí en mi creencia de que era un inválido invertido que tenía muy poco de todo y demasiado de una cosa.»

Cuando Zaratustra hubo hablado de ese modo al jorobado y a aquellos de quienes era portavoz e intercesor, se volvió con profundo enojo a sus discípulos y dijo:

«¡En verdad, amigos, ando entre los hombres como entre fragmentos y entre miembros de hombres!

Lo más horrible para mis ojos es encontrar a hombres destrozados y esparcidos como sobre un campo de batalla y de matanza.

Y cuando mis ojos escapan del presente hacia el pasado: encuentran siempre lo mismo: fragmentos y miembros y espantosas casualidades — ¡pero no hombres!

El presente y el pasado sobre la tierra — ¡ay! amigos, — son para mí lo más insoportable; y no sabría vivir si no fuese un adivino de lo que tiene que venir.

Un adivino, alguien que tiene voluntad, un adivino del futuro — y, ay, también en cierto modo un inválido en este puente: todo esto es Zaratustra.

Y a menudo os habéis preguntado también: "¿Quién es para nosotros Zaratustra? ¿Cómo hemos de llamarle?" Y al igual que yo, vosotros os habéis dado preguntas por respuestas.

¿Es alguien que hace promesas? ¿O alguien que cumple? ¿Un conquistador? ¿O un heredero? ¿Un otoño? ¿O la reja de un arado? ¿Un médico? ¿O un convaleciente?

¿Es un poeta? ¿O una persona veraz? ¿Un libertador? ¿O un subyugador? ¿Una persona buena? ¿O una mala persona?

Ando entre hombres como entre fragmentos del futuro: ese futuro que yo contemplo.

Y todos sus anhelos e ilusiones consisten en componer y reunir en unidad lo que es fragmento y enigma y espantosa casualidad.

¡Pero cómo iba yo a soportar ser hombre, si el hombre no fuese también poeta y descifrador de enigmas y redentor de la casualidad!

¡Redimir a los que fueron y transformar todo "fue" en un "así lo quise yo!" — inada más que esto sería para mí redención!

Voluntad — así es como se llama el libertador y el que trae alegría: ¡así os lo he enseñado, amigos! Y ahora aprended además esto: la voluntad misma es todavía un prisionero.

El querer hace libre: pero ¿cómo se llama eso que mantiene aún encadenado al libertador?

"Fue": así se llama el rechinar de dientes y la aflicción más solitaria de la voluntad. Impotente contra lo que está hecho — es un malvado espectador de todo lo pasado.

La voluntad no puede querer actuar hacia atrás; no poder quebrantar el tiempo ni el deseo del tiempo, — es la aflicción más solitaria de la voluntad.

El querer hace libre: ¿qué se imagina el querer mismo para liberarse de su aflicción y mofarse de su prisión?

¡Ay, en necio se convierte todo prisionero! De una manera necia se libera también la voluntad prisionera.

Que el tiempo no retrocede es lo que excita su rabia; "lo que fue" — así se llama la piedra que no puede remover.

Y así remueve piedras de rabia y enojo y se venga de aquello que, al igual que ella, no siente rabia y enojo.

Así la voluntad, la libertadora, se convierte en malefactora: y en todo lo que es capaz de sufrir venga el no poder actuar hacia atrás.

Esto, sí, nada más que esto es la venganza misma; la aversión de la voluntad contra el tiempo y su "fue."

En verdad una gran necedad habita en nuestra voluntad; ¡y se ha convertido en una maldición para todo lo humano el que esa necedad haya adquirido espíritu!

El espíritu de la venganza: amigos, aquello sobre lo que hasta el momento han reflexionado mejor los hombres; y donde había sufrimiento, allí debía de haber siempre castigo.

"Castigo", en efecto, es como se llama a sí misma la venganza: con una palabra mendaz finge una buena conciencia.

Y como en quien tiene voluntad hay sufrimiento por el hecho de no poder querer ir hacia atrás, — así el mismo querer y toda vida deberían — ¡ser castigo!

Y luego se ha acumulado nube tras nube sobre el espíritu: hasta que por fin la demencia ha predicado: "¡Todo pasa, por ello todo merece pasar!"

"Y es justicia misma, es ley del tiempo, el que tenga que devorar a sus hijos": así lo predicó la demencia.

"Las cosas están moralmente ordenadas según la ley y castigo. Oh, ¿dónde está la redención del río de las cosas y del castigo 'existencia'?" Así lo predicó la demencia.

"¿Puede haber redencion si existe una ley eterna? ¡Ay!, inamovible es la piedra 'fue': ¡todos los castigos tienen que ser también eternos!" Así lo predicó la demencia.

"Ninguna acción puede ser anulada: ¡cómo iba a ser anulada mediante el castigo! Esto, esto es lo eterno en el castigo 'existencia', ¡que la existencia eternamente tiene que convertirse en acción y en culpa!"

"A no ser que la voluntad al final se redima a sí misma y el querer se convierta en no-querer — ": ¡pero vosotros conocéis, amigos, ese canto de fábula de la demencia!

Os alejé a vosotros de esos cantos de fábula cuando os enseñé: "la voluntad es creadora."

Todo "fue" es un fragmento, un enigma, una espantosa casualidad — hasta que la voluntad creadora añade: "¡pero así lo quise yo!"

Hasta que la voluntad creadora añade: "¡Pero así lo quiero yo! ¡Así lo querré yo!"

Es que ha hablado ella ya de esta manera? ¿Y cuándo va a tener lugar esto? ¿Está la voluntad protegida ya contra su propia necedad?

¿Se ha convertido ya la voluntad para sí misma en redentora y portadora de alegría? ¿Ha olvidado el espíritu de la venganza y todo rechinar de dientes?

¿Y quién le ha enseñado reconciliación con el tiempo y lo que es superior a toda reconciliación?

Algo superior a toda reconciliación tiene que querer la voluntad que es voluntad de poder — : y ¿cómo le va a venir eso? ¿Quién le ha enseñado incluso a querer hacia atrás?»

Y en este punto de su discurso ocurrió que Zaratustra de repente se detuvo y parecía exactamente alguien que estaba atrapado por el terror más extremo. Con ojos aterrorizados miró a sus discípulos; los ojos penetraban como flechas en sus pensamientos y en los transfondos. Pero al poco rato volvió a reír y dijo apaciguado:

«Es difícil vivir con hombres porque es muy difícil estar callado. De una manera especial para el charlatán.» —

Así habló Zaratustra. El jorobado sin embargo había escuchado la conversación y mientras tanto había cubierto el rostro; pero cuando oyó reír a Zaratustra, levantó con curiosidad la vista y dijo lentamente:

«¿Y cómo es que Zaratustra nos habla de manera distinta que a sus discípulos?»

Zaratustra respondió: «¡Qué tiene de sorprendente! ¡Con jorobados está permitido hablar de manera que entienden los jorobados!»

«Bien, dijo el jorobado; y con escolares está permitido charlar como se habla en la escuela.

Pero ¿por qué Zaratustra habla de manera distinta a sus discípulos — que a sí mismo?» —

* * *

DE LA CORDURA DE LOS HUMANOS

¡No la altura: la pendiente es lo espantoso!

La pendiente donde la mirada se precipita h a c i a a b a j o y la mano agarra h a c i a a r r i b a . Aquí el corazón siente vértigo de su doble voluntad.

Ay, amigos, ¿adiviná is quizás también la doble voluntad de mi corazón?

Esto, esto es mi pendiente y mi peligro, que mi mirada se precipite hacia la altura, y que mi mano quiera mantenerse y apoyarse — ¡en el abismo!

A los hombres se adhiere mi voluntad, con cadenas me sujeto a los hombres porque estoy arrastrado hacia lo alto, hacia el superhombre: pues allí quiere ir mi otra voluntad.

Y p a r a e s t o vivo ciego entre los hombres; igual que si no les conociera: para que mi mano no pierda del todo la fe en algo consistente.

No os conozco a vosotros hombres: ésta es la oscuridad y éste el consuelo que a menudo se ha extendido a mi derredor.

Estoy sentado a la entrada de la ciudad a la espera de cualquier pícaro y pregunto: ¿quién quiere engañarme?

Mi primera cordura de humano es que me dejo engañar para no estar en guardia contra los impostores.

Ay, si estuviese en guardia frente al hombre: ¡cómo podría ser el hombre un ancla para mi globo! ¡Con demasiada facilidad sería arrastrado hacia lo alto y hacia lo lejos!

La providencia que pende sobre mi destino es que no tenga que tener cuidado.

Y quien entre los hombres no quiera morir de sed tiene que aprender a beber en todos los vasos; y quien entre los hombres quiera permanecer puro tiene que saber lavarse incluso con agua sucia.

Y así hablé yo a menudo para consolarme: «¡Bien! ¡Bien! ¡Viejo corazón! Una desgracia se te ha malogrado: ¡disfrútala como tu — suerte!»

Mi segunda cordura de humano: soy más considerado con los v a n i d o s o s que con los orgullosos.

¿No es la vanidad ofendida la madre de todas las tragedias? Pero donde se ofende al orgullo, allí seguramente crece algo aún mejor que el orgullo.

Para que la vida pueda contemplarse con agrado, tiene que realizarse bien su representación: para ello se necesita, sin embargo, buenos actores.

Buenos actores he encontrado en todos los vanidosos: realizan su representación y quieren que se sienta agrado contemplándoles, — todo su espíritu está en esa voluntad. Se representan a sí mismos, se inventan a sí mismos; en su proximidad me gusta contemplar la vida, — cura de la melancolía.

Soy considerado con los vanidosos porque para mí son médicos de mi melancolía y me sujetan al hombre como a una representación.

Y además: ¡quién mide en el vanidoso toda la profundidad de su modestia! Soy para con él bueno y compasivo por razón de su modestia.

De vosotros quiere aprender a creer en sí mismo; se alimenta de vuestras miradas, devora la alabanza que sale de vuestras manos.

Cree incluso en vuestras mentiras cuando mentís de manera favorable a él: pues en lo más profundo suspira su corazón: «¡qué soy y o !»

Y si la verdadera virtud es la que no sabe nada de sí misma: entonces, ¡el vanidoso no sabe de su modestia! —

Y mi tercera cordura de humano es que no permito que vuestro temor me quite el gusto por contemplar a los m a l v a d o s .

Soy dichoso de ver las maravillas que incuba el ardiente sol: tigres y palmeras y serpientes de cascabel.

También entre hombres hay hermosas crías de un sol ardiente y muchas cosas dignas de admiración en los malvados.

Efectivamente, de la misma manera que vuestros sapientísimos a mí no me parecen en absoluto tan sabios: así también encontré que la maldad de los hombres está por debajo de su fama.

Y a menudo me pregunto sacudiendo la cabeza: ¿por qué seguís tableteando, serpientes de cascabel?

¡En verdad también hay un futuro para el mal! Y el sur más ardiente no ha sido todavía descubierto para los hombres.

¡A cuántas cosas se las llama ahora la peor maldad, cuando, sin embargo, no son más que doce pies de ancho y no duran más que tres meses! No obstante, alguna vez vendrán al mundo dragones mayores.

Pues para que al superhombre no le falte su dragón, que el super-dragón sea digno de él: ¡para ello mucho sol ardiente tiene todavía que poner al rojo vivo la húmeda selva virgen!

Primero vuestros gatos salvajes tienen que convertirse en tigres y vuestros sapos venenosos en cocodrilos: ¡pues al buen cazador ha de dársele buena caza!

Y en verdad, ¡buenos y justos! En vosotros hay muchas cosas de las que reír, ¡y de una manera especial vuestro temor por lo que hasta ahora se ha llamado «demonio»!

¡Tan desacostumbrados estáis en vuestra alma para lo que es grande, que el superhombre sería para vosotros h o r r i b l e en su bondad!

¡Y vosotros, sabios e ilustrados, escaparíais al ardor propio del sol de la sabiduría en el que el superhombre con placer baña su desnudez!

¡Hombres supremos con que se encontraron mis ojos! Esta es la duda que tengo de vosotros y mi secreta risa: ¡acertaría si digo que a mi superhombre — le llamaríais demonio!

Ay, me he fatigado de estos seres superiores y óptimos: ¡desde su «altura» tenía el deseo de ascender, de salir, de marcharme hacia el superhombre!

Un espanto me sobrecogió cuando vi desnudos a estos óptimos seres: entonces me crecieron las alas para alejarme suspendido hacia lejanos futuros.

A más lejanos futuros, hacia sures más al sur que los que un artista haya jamás soñado: ¡allí donde los dioses se avergüenzan de todos los vestidos!

Pero a vosotros o s quiero ver disfrazados, prójimos y semejantes, y bien engalanados, y vanidosos, y dignos, al igual que «los buenos y justos» —

Y yo mismo disfrazado quiero sentarme entre vosotros, — para no r e c o n o c e r o s ni a vosotros ni a mí mismo d e u n a m a n e r a a c e r t a d a : ésta es, en efecto, mi tercera cordura de hombre.

Así habló Zaratustra.

* * *

LA HORA MÁS APACIBLE

¿Qué me ha ocurrido, amigos míos? Me veis perturbado, empujado, obediente contra mi voluntad, dispuesto a irme — ay, ¡a alejarme de v o s o t r o s !

Sí, una vez más Zaratustra tiene que volver a su soledad: ¡pero esta vez el oso vuelve de mala gana a su cueva!

¿Qué me ha ocurrido? ¿Quién ordena esto? — Ay, mi airada señora lo quiere así, me ha dicho: ¿os he dicho ya alguna vez su nombre?

Ayer hacia el atardecer me habló m i h o r a m á s a p a c i b l e : éste es el nombre de mi temible señora.

Y así es como sucedió, — ¡porque tengo que contaros todo para que vuestro corazon no se endurezca contra quien se separa precipitadamente!

¿Conocéis el pavor de quien se está durmiendo?

Hasta los dedos de los pies se asusta porque el suelo cede y el sueño comienza.

Os lo cuento a modo de parábola. Ayer, en la hora más apacible, me pareció que el suelo cedía: el sueño comenzó.

La aguja se movía, el reloj de mi vida tomaba aliento — , nunca había oído semejante silencio a mi derredor: hasta tal punto que mi corazón se asustó.

Entonces algo me habló sin voz: « ¿ L o s a b e s , Z a r a t u s t r a ? » —

Y yo grité de espanto ante este susurro, y la sangre se disipó de mi rostro; pero me quedé callado.

Entonces algo volvió a hablarme de nuevo sin voz: «¡Lo sabes, Zaratustra, pero no lo dices!» —

Y respondí al final en actitud desafiante: «Sí, lo sé, pero no quiero decirlo.»

Entonces algo volvió a hablarme sin voz: «¿No quieres, Zaratustra? ¿Es eso cierto? ¡No te escondas en tu obstinación!» —

Y lloré y temblé como un niño y dije: «¡Ay, eso quisiera, pero cómo hacerlo! ¡No me obligues, por favor, a decirlo! ¡Está por encima de mis fuerzas!»

Entonces alguien volvió a hablarme sin voz: «¡Y tú qué importas, Zaratustra! ¡Pronuncia tu palabra y destrúyete!» —

Y yo respondí: «Ay, ¿es mi palabra? ¿Quién soy yo? Espero a alguien más digno; yo no soy digno de ni siquiera destruirme.»

Entonces alguien volvió a hablarme sin voz: «¿Y tú qué importas? Todavía no eres para mí lo suficientemente humilde. La humildad tiene la más dura piel.» —

Y respondí: «¡Qué es lo que aún no ha soportado la piel de mi humildad! Vivo al pie de mi altura: ¿cómo son de altas mis cumbres? Nadie me lo ha dicho todavía. Sin embargo, conozco bien mis valles.»

Entonces algo volvió a hablarme sin voz: «Oh, Zaratustra, quien ha de trasladar montañas, traslada también valles y llanuras.» —

Y respondí: «Mi palabra todavía no traslada montañas, y lo que he dicho no ha llegado a los hombres. Ciertamente yo me he dirigido a los hombres, pero no he llegado aún a ellos.»

Entonces algo volvió a hablarme sin voz: «¡Qué sabes tú de eso! El rocío cae sobre la hierba cuando la noche está más callada.» —

Y respondí: «Ellos se burlaron de mí cuando encontré y seguí mi propio camino; y en verdad entonces temblaron mis pies.

Y ellos me hablaron de este modo: ¡has olvidado el camino, ahora te olvidas también de andar!»

Entonces algo volvió a hablarme sin voz: «¡Qué importa su burla! Eres alguien que ha olvidado obedecer: ¡ahora debes ordenar!

¿No sabes q u i é n es el más necesario para todos? El que ordena cosas grandes.

Realizar cosas grandes es difícil: pero lo más difícil es ordenar cosas grandes.

Lo más imperdonable en ti es: tienes el poder y no quieres dominar!» —

Y respondí: «Me falta la voz del león para dar cualquier orden.»

Entonces algo me habló como un susurro: «Las palabras más silenciosas son las que traen la tempestad. Los pensamientos que vienen con pies de paloma dirigen el mundo.

Oh Zaratustra, debes de caminar como una sombra de lo que tiene que venir; así tú ordenarás y ordenando marcarás el camino.» —

Y respondí: «Me avergüenzo.»

Entonces algo me habló sin voz: «Tienes todavía que hacerte niño y dejar la vergüenza.

El orgullo de la juventud está aún sobre ti, tarde te has hecho joven: pero quien quiera convertirse en niño, tiene que superar además su juventud.» —

Y me quedé reflexionando un largo rato y temblé. Pero finalmente dije lo que había dicho al principio: «No quiero.»

Entonces estallaron risas a mi derredor. ¡Ay, cómo esas risas me desgarraron las entrañas y el corazón y me partieron el corazón!

Y por última vez alguien me habló: «Oh Zaratustra, tus frutos están maduros, pero tú no estás maduro para tus frutos!

Así que tienes que regresar a la soledad: porque tienes que ponerte blando.» —

Y de nuevo alguien rió, y se retiró: luego, a mi derredor quedó el silencio, como un silencio doble. Pero yo yacía sobre el suelo y el sudor fluía de mis miembros.

— «Ahora habéis oído todo, y por qué tengo que regresar a mi soledad. Nada os he callado, amigos.

Pero también habéis oído de mí decir q u i é n sigue siendo el más callado de todos los hombres — ¡y quiere serlo!

¡Ay, amigos! ¡Tendría que deciros algunas cosas todavía, tendría que daros algunas cosas todavía! ¿Por qué no las doy? ¿Soy tal vez avaro?»

Y cuando Zaratustra hubo dicho estas palabras se apoderó de él la violencia del dolor y la proximidad de la despedida de sus amigos, de manera que se puso a llorar en voz alta; y nadie sabía cómo consolarle. Pero siendo de noche se marchó solo y dejó a sus amigos.

* * *

ASÍ HABLÓ ZARATUSTRA

UN LIBRO PARA TODOS Y PARA NADIE

TERCERA PARTE

Levantáis la vista hacia arriba cuando tenéis deseo de ensalzamiento. Y yo miro hacia abajo porque estoy ensalzado.

¿Quién de vosotros puede al mismo tiempo reír y estar ensalzado?

El que sube a las montañas más altas se ríe de todas las tragedias del teatro y de las tragedias reales.

Así habló Zaratustra, «De la lectura y la escritura» (I, pág. 172)

EL CAMINANTE

Era hacia media noche cuando Zaratustra emprendió su camino por la cresta de la montaña para llegar por la mañana temprano a la otra orilla: por allí quería embarcarse. En efecto, en ese lugar había una buena rada en la que barcos extranjeros gustaban también de echar el ancla; recogían a muchos que querían dejar las Islas Afortunadas y atravesar el mar. Pues bien, mientras Zaratustra ascendía la montaña, en el camino pensaba en los muchos viajes por rutas solitarias que había realizado desde su juventud, y en las cuantísimas montañas y crestas y cumbres que ya había ascendido.

Soy un caminante y un escalador de montañas, le dijo a su corazón, no me gustan las llanuras y parece que no puedo estar durante largo tiempo tranquilo.

Y sea el que fuera mi destino y mis vivencias, — en ello habrá un caminar y un escalar montañas: al final la única vivencia que se tiene es la de sí mismo.

Ha transcurrido ya el tiempo en el que aún me estaba permitido dar con casualidades; ¡y qué p o d r í a ocurrirme todavía que no fuera ya algo mío propio!

No hace sino regresar, vuelve por fin a casa para mí — mi propio yo mismo, y lo que de él hace largo tiempo que estaba en tierra extraña y dispersado entre todas las cosas y casualidades.

Y todavía sé una cosa: estoy ahora ante mi última cumbre y ante aquello que durante más tiempo me ha sido dejado

para más tarde. ¡Ay, tengo que ascender mi camino más duro! ¡Ay, he comenzado mi viaje por la ruta más solitaria!

Pero a alguien de mi especie no se le escapa semejante hora: la hora que le dice: ¡Sólo ahora vas por tu camino de grandeza! Cima y abismo — ¡ahora están comprendidos en una misma cosa!

Vas por tu camino de grandeza: ¡ahora se ha convertido en tu último refugio lo que en otro tiempo se entendió como tu último peligro!

Vas por tu camino de grandeza: ¡ahora tu mayor coraje tiene que ser que tras de ti no quede ningún camino!

Vas por tu camino de grandeza; ¡aquí nadie ha de seguirte en secreto! Tu mismo pie ha borrado tras de ti el camino, y sobre él está escrito: Imposibilidad.

Y si a partir de ahora te faltan todas las escalas, tienes que saber ascender incluso sobre tu propia cabeza: ¿de qué otra manera ibas a ascender?

¡Sobre tu propia cabeza y más allá de tu propio corazón! Ahora lo más suave que hay en ti tiene todavía que convertirse en lo más duro.

Quien siempre se ha tratado a sí mismo con mucho cuidado, al final enferma de su exceso de cuidado. ¡Alabado sea lo que endurece! No alabo el país donde la manteca y la miel — ¡corren!

Es necesario aprender a v e r l e j o s d e u n o m i s m o para ver m u c h o : — todo escalador de montañas necesita esta dureza.

Sin embargo, quien como persona de conocimiento mira con ojos indiscretos, ¡cómo iba a ver en todas las cosas más allá de sus primeros planos!

Pero tú, Zaratustra, has querido ver el fondo y trasfondo de todas las cosas: así que tienes que ascender por encima de ti mismo, — ¡más allá, más arriba, hasta que tus propias estrellas queden p o r d e b a j o de ti!

¡Sí! Mirar abajo hacia mí mismo e incluso hacia mis estrellas: ¡sólo esto significaría para mi la c u m b r e , esto es lo que sigue siendo para mí mi última cumbre! —

Así habló Zaratustra consigo mismo al ascender, consolando su corazón con severas y breves sentencias: pues su cora-

zón estaba herido como nunca antes. Y cuando llegó a la altura de la cresta de la montaña, hete aquí que el otro mar se extendía ante él: se detuvo y se quedó largo rato en silencio. Pero la noche a esta altura era fría y clara y estrellada.

Conozco mi hado, dijo finalmente con tristeza. ¡Vamos! Estoy dispuesto. Ha acabado de empezar mi última soledad.

¡Ay, este negro mar triste a mis pies! ¡Ay, este pesaroso tedio nocturno! ¡Ay, destino y mar! ¡A vosotros tengo ahora que d e s c e n d e r !

Estoy ante mi más alta montaña y ante mi más largo viaje: por eso primero tengo que descender más que lo que jamás descendí:

¡descender al dolor más de lo que jamás descendí, hasta dentro de su más negro oleaje! ¡Así lo quiere mi destino! ¡Adelante! Estoy dispuesto.

¿De dónde vienen las más altas montañas?, pregunté una vez. Luego aprendí que vienen del mar.

Este testimonio está escrito en sus rocas y en las paredes de sus cumbres. De lo más profundo tiene que llegar lo más alto hasta su altura. —

Así habló Zaratustra en la cumbre de la montaña donde hacía frío; pero cuando llegó cerca del mar y finalmente estuvo solo bajo los acantilados, se sintió cansado del camino y más anhelante que nunca.

Ahora todo sigue aún dormido, dijo; también el mar duerme. Somnolientos y extrañados miran hacia mí sus ojos.

Pero su aliento es cálido, lo percibo. Y también percibo que sueña. Se tuerce soñando sobre una dura almohada.

¡Escucha! ¡Escucha! ¡Cómo suspira por funestos recuerdos! O ¿por funestas expectativas?

Ay, estoy triste contigo, monstruo tenebroso, y enojado incluso conmigo mismo por tu causa.

¡Ay, que mi mano no tiene la suficiente fortaleza! ¡Me gustaría, en verdad, liberarte de los malos sueños! —

Y mientras Zaratustra hablaba de este modo, se reía con melancolía y amargura de sí mismo. «¡Cómo! ¡Zaratustra!, dijo, ¿quieres incluso cantar consolaciones al mar?

¡Ay, Zaratustra loco enamorado, apasionado de la confianza! Pero siempre has sido así: siempre te has acercado confiado a todas las cosas horribles.

A todo monstruo has querido incluso acariciar. Un hálito de cálida respiración, un poco de pelo suave en sus patas — : y en seguida estabas dispuesto a amarlo y a seducirlo.

El a m o r es el peligro del más solitario, el amor a todo i c o n t a l d e q u e v i v a ! ¡Para reír es en verdad mi necedad y mi modestia en el amor!» —

Así habló Zaratustra y volvió a reírse otra vez: pero entonces pensó en sus amigos abandonados — y, se enojó consigo mismo por sus pensamientos como si les hubiera ofendido con ellos. Y en seguida ocurrió que el que reía lloró: — de enojo y de anhelo lloró Zaratustra amargamente.

* * *

DE LA VISIÓN Y EL ENIGMA

1.

Cuando entre los marineros corrió el rumor de que Zaratustra estaba en el barco, — pues al mismo tiempo que él había embarcado un hombre que venía de las Islas Afortunadas, — se produjo una gran curiosidad y expectación. Pero Zaratustra permaneció callado durante dos días y de tristeza tuvo frío y se quedó sordo, de manera que no respondía ni a miradas ni a preguntas. Sin embargo, al atardecer del segundo día volvió a abrir sus oídos, no obstante lo cual siguió guardando silencio: pues había muchas cosas raras y peligrosas que oír en este barco que venía de lejos y que quería ir más lejos aún. Mas Zaratustra era amigo de aquellos que gustan de realizar largos viajes y de vivir no sin peligro. Y he aquí que al escuchar finalmente se le desató la propia lengua y se rompió el hielo de su corazón: — entonces comenzó a hablar así:

A vosotros, intrépidos buscadores, aventureros, y a quienquiera que alguna vez se haya embarcado con sagaces velas a navegar sobre espantosos mares, —

a vosotros, los ebrios de enigmas, los que sois felices con la luz del crepúsculo, a cuyas almas seducen flautas a todo abismo de confusión:

pues no queréis con cobarde mano seguir a tientas un hilo; y allí donde podéis a d i v i n a r, odiáis el c a l c u l a r —

a vosotros sólo os cuento el enigma que he v i s t o , — la visión del más solitario. —

Tenebroso iba yo hace poco por el crepúsculo de color cadavérico, — tenebroso y duro, con los labios apretados. Para mí no se había puesto solamente un sol.

Un sendero que terco ascendía por entre pedregales, malicioso, solitario, al que ya no alegraban ni hierba ni matorrales: un sendero de montaña crujía bajo la terquedad de mis pies.

Mudo avanzando sobre el estrépito desdeñoso de guijarros, aplastando la piedra que le hacía resbalar: así se esforzaban mis pies por ascender.

Hacia arriba: — resistiendo al espíritu que le tiraba hacia abajo, hacia el abismo, el espíritu de la gravedad, mi demonio y capital enemigo.

Hacia arriba: — aunque iba sentado sobre mí, medio enano, medio topo; paralítico; paralizador; goteando plomo a través de mi oído, pensamientos de gotas de plomo en mi cerebro.

«¡Oh Zaratustra, me susurraba en tono burlón sílaba a sílaba, piedra de la sabiduría! Te has lanzado a ti mismo hacia lo alto, pero toda piedra lanzada — ¡tiene que caer!

¡Oh Zaratustra, piedra de la sabiduría, piedra de honda, destructor de estrellas! Te has lanzado muy alto a ti mismo, — pero toda piedra lanzada — ¡tiene que caer!

Condenado a ti mismo y a la propia lapidación: oh Zaratustra, lejos, en efecto, has lanzado la piedra, — ¡pero recaerá sobre t i !»

Luego se quedó en silencio el enano; y así estuvo largo rato. Pero su silencio me agobiaba; ¡y estando dos de una manera así, se está en verdad más solo que estando uno!

Ascendí, ascendí, soñé, pensé, — pero me agobiaba todo. Me parecía a un enfermo al que el terrible tormento le fatiga, y al que un mal sueño vuelve a despertar nada más dormirse. —

Pero hay algo en mí que yo llamo coraje; es lo que hasta ahora ha ahogado en mí todo disgusto. Este coraje al final me hizo detenerme y decir: «¡Enano! ¡Tú! ¡O yo!» —

El coraje es, efectivamente, el mejor destructor, — el coraje que a t a c a : pues en todo ataque hay un juego triunfador.

Pero el hombre es el animal con más coraje: con él ha superado a todo animal. Con juego triunfador ha superado todo dolor; mas el dolor de hombre es el más profundo dolor.

El hombre acalla incluso el vértigo al lado del abismo: ¡y dónde el hombre podría estar que no fuese al lado de abismos! ¿El simple mirar no es — mirar abismos?

El coraje es el mejor destructor: el coraje acalla incluso la compasión. Pero la compasión es el abismo más profundo: con la misma profundidad que ve el hombre la vida ve también el sufrimiento.

Pero el coraje es el mejor destructor, el coraje que ataca: mata incluso la muerte, pues dice: «¿Era e s o la vida? ¡Adelante! ¡Otra vez!»

Mas en esa sentencia hay mucho juego triunfador. Quien tenga oídos, que oiga. —

* * *

2.

«¡Detente! ¡Enano!, dije. ¡Yo! ¡O tú! Pero yo soy el más fuerte de los dos — : ¡tú no conoces mi pensamiento abismático! — ¡no podrías soportarlo!» —

Entonces ocurrió algo que me alivió: ¡pues el enano saltó de mi hombro, el curioso! Y se puso en cuclillas sobre una piedra frente a mí. Precisamente allí donde nos habíamos detenido había un portón.

«¡Mira este portón! ¡Enano!, continué diciendo: tiene dos caras. Aquí confluyen dos caminos: nadie aún los ha recorrido nunca hasta el final.

Esa larga calle estrecha de detrás: lleva a la eternidad. Y esa calle frente a nosotros — es otra eternidad.

Se contradicen el uno con el otro, estos caminos; chocan frontalmente: — y aquí, en este portón es donde confluyen. El nombre del portón está escrito arriba: "Momento."

Pero si alguien continuase el recorrido de uno de ellos — y continuase y cada vez más lejos: ¿crees tú, enano, que estos caminos se contrapondrán eternamente?» —

«Todo lo que es derecho miente, murmuró despectivamente el enano. Toda verdad es curva, el tiempo mismo es un círculo.»

«¡Tú, espíritu de la gravedad!, dije encolerizado, ¡no te lo tomes tan a la ligera! O te dejo en cuclillas ahí donde estás, derrengado, — ¡y yo que te he traído h a s t a a q u í a r r i b a!

¡Mira, continué diciendo, este momento! Desde este portón que es el momento va una larga calle eterna h a c i a a t r á s; detrás de nosotros hay una eternidad.

¿No habrá tenido que recorrer ya una vez esta calle todo aquello que p u e d e correr? ¿No habrá tenido que ocurrir, que haber sido hecho, que haber transcurrido ya una vez todo aquello que p u e d e ocurrir?

Y si todo ha existido ya: ¿qué piensas tú, enano, de este instante? ¿Incluso este portón no habrá ya — tenido que existir?

¿Y no están todas las cosas fuertemente enlazadas, de manera que este instante atrae en pos de sí a t o d a s las cosas venideras? ¿P o r l o t a n t o — — incluso a sí misma?

Pues todo lo que puede c o r r e r: también a l o l a r g o de esta larga calle — t i e n e una vez que correr. —

Y esta lenta araña que se arrastra a la luz de la luna, y esta misma luz de la luna, y yo y tú en este portón cuchicheando los dos juntos, cuchicheando sobre cosas eternas — ¿no habremos tenido todos que existir ya?

— y retornar y correr por esa calle, delante de nosotros, por esa larga y horripilante calle — ¿no tenemos que retornar eternamente? — »

Así hablé, y cada vez con voz más baja: pues tenía miedo de mis propios pensamientos y trasfondos. Entonces, de repente, oí a u l l a r a un perro.

¿Había oído yo alguna vez a u l l a r así a un perro? Mi pensamiento corrió hacia atrás. ¡Sí! Cuando era niño, en la más remota infancia:

entonces oí aullar así a un perro. Y le vi también con el pelo erizado, la cabeza hacia arriba, temblando, en la medianoche más silenciosa, cuando hasta los perros creen en fantasmas:

de manera que me compadecí de él. Pues precisamente en ese momento la luna llena, con un silencio de muerte, salió por encima de la casa, acababa de detenerse, una incandes-

cencia redonda, — sobre el tejado plano, como sobre una propiedad ajena: —

lo que sobresaltó entonces al perro: pues los perros creen en ladrones y en fantasmas. Y cuando volví a oír aullar, me compadecí de él otra vez.

¿Adonde se había ido en ese momento el enano? ¿Y el portón? ¿Y la araña? ¿Y todo el murmullo? ¿Es que había estado soñando? ¿Me había despertado? Entre acantilados salvajes me encontré de repente, solo, abandonado, en el más solitario claro de luna.

¡Pero allí yacía un hombre! ¡Y allí! El perro, dando saltos, con el pelo erizado, gimiendo, — en el momento en que me vio llegar — se puso de nuevo a aullar, a gritar: — ¿había yo oído gritar alguna vez así a un perro?

Y en verdad nunca había visto algo semejante a lo que vi allí. Vi a un joven pastor, retorciéndose, asfixiándose, convulsionándose, el rostro descompuesto, una pesada serpiente negra colgaba de su boca.

¿Había visto yo alguna vez tanta repugnancia y tan pálido espanto en un rostro? ¿Se había quizás dormido? Entonces la serpiente se deslizó dentro de su garganta — y allí se aferró mordiendo.

Mi mano tiró de la serpiente y tiró: — ¡en vano! No logró sacar a la serpiente de la garganta. Entonces de mí salió un grito: «¡Muerde! ¡Muerde! ¡Arráncale la cabeza! ¡Muerde!» — Ése fue el grito que salió de mí, mi horror, mi odio, mi repugnancia, mi compasión, todo lo que tengo de bueno y de malo salió gritando de mí. —

¡Hombres audaces que me rodeáis! ¡Buscadores, aventureros, y quienquiera que alguna vez se haya embarcado con sagaces velas a navegar por mares inexplorados! ¡Vosotros que disfrutáis con los enigmas!

¡Resolvedme, por favor, el enigma que contemplé entonces, interpretadme, por favor, la visión del más solitario!

Pues fue una visión y una previsión: — ¿qué vi yo entonces a manera de símbolo? ¿Y quién es el que tiene algún día aún que venir?

¿Quién es el pastor al que de esta manera se le metió la serpiente en la garganta? ¿Quién es el hombre al que de este

modo se le meterá en la garganta todo lo más penoso, todo lo más negro?

Pero el pastor mordió tal y como le aconsejó mi grito; ¡mordió de un buen mordisco! Lejos escupió la cabeza de la serpiente — ; y se levantó de un salto.

Ya no más pastor, ya no más hombre, — un ser transfigurado, rodeado de luz que s e r e í a .

Oh, hermanos, he oído una risa que no era risa de hombre, — — y ahora me devora una sed, un anhelo que nunca va a aplacarse.

Mi anhelo de risa me devora: ¡oh, cómo voy a soportar seguir viviendo! ¡Y cómo soportaría ahora morir! —

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LA DICHA A PESAR DE UNO MISMO

Con tales enigmas y amarguras en el corazón navegó Zaratustra por el mar. Pero cuando estuvo alejado después de cuatro días de viaje de las Islas Afortunadas y de sus amigos, había vencido todo su dolor — : victorioso y con pies seguros se encontraba de nuevo frente a su destino. Y entonces Zaratustra habló así a su conciencia radiante de alegría:

Solo estoy de nuevo y quiero estarlo, solo con el cielo limpio y el mar libre; y de nuevo me rodea la tarde.

Era por la tarde cuando en otro tiempo encontré por primera vez a mis amigos, por la tarde fue también la segunda vez: — en la hora en que toda luz se vuelve más silenciosa.

Pues lo que de felicidad hay todavía a camino entre el cielo y la tierra es lo que sigue buscando para sí como refugio un alma luminosa: d e f e l i c i d a d se ha vuelto toda luz ahora más silenciosa.

¡Oh tarde de mi vida! En otro tiempo descendió también m i felicidad al valle para buscarse un refugio: allí encontró estas almas abiertas y hospitalarias.

¡Oh tarde de mi vida! ¡De qué no me he desprendido yo para tener una sola cosa: esta viviente plantación de mis pensamientos y esta luz de la mañana de mi más alta esperanza!

Compañeros de viaje buscó en otro tiempo el creador e h i j o s de su esperanza: y he aquí que ocurrió que no pudo encontrarles a no ser que primero él mismo les crease.

Estoy en la plenitud de mi obra, yendo hacia mis hijos y volviendo de ellos: por razón de sus hijos Zaratustra tiene que perfeccionarse a sí mismo.

Porque desde la raíz sólo se ama al propio hijo y a la propia obra; y donde hay gran amor a sí mismo, allí hay señal de embarazo: así lo he entendido.

Encuentro que todavía reverdecen mis hijos en su primera primavera, cerca unos de otros y agitados juntos por vientos, árboles de mi jardín y mejor terreno.

¡Y verdaderamente! ¡Donde están juntos semejantes árboles, allí h a y islas afortunadas!

Pero un día voy a transplantarlos y colocarlos separados unos de otros: para que cada uno aprenda de la soledad y la tenacidad y la cautela.

Nudoso y torcido y con dureza flexible habrá de estar entonces para mí junto al mar, un faro viviente de invencible vida.

Allí donde las tempestades descienden precipitándose hasta el mar, y la trompa de la montaña toma agua, allí cada uno de ellos ha de tener un día sus guardias de día y de noche, para ser e l l o s probados y conocidos.

Conocido y probado ha de ser sobre si es de mi especie y procedencia, — sobre si es señor de una voluntad firme, si callado hasta cuando habla, y por lo tanto cediendo como si t o m a s e cuando da: —

— para que un día llegue a ser mi compañero de viaje y un cocreador y concelebrador de Zaratustra — ; alguien tal que escriba mi voluntad sobre mis tablas: para consumación mayor de todas las cosas.

Y por razón de él y de su igual tengo que perfeccionarme a m í mismo: por ello dejo pasar mi felicidad y me ofrezco a toda infelicidad — a m i última prueba y reconocimiento.

Y en verdad era ya tiempo de marcharme; y la sombra del caminante y el momento más largo y la hora más silenciosa — todos me decían: «¡No queda ya nada de tiempo!»

El viento me soplaba por el ojo de la cerradura y decía: «¡Ven!» La puerta se me abría astutamente y decía: «¡Ve!»

Pero yo yacía encadenado al amor hacia mis hijos: el deseo me tendía esas redes, el deseo de amor de llegar a ser presa de mis hijos y de perderme en ellos.

Deseo — esto significa para mí: haberme perdido. ¡Os tengo, hijos míos! En este tener ha de ser todo seguridad y nada deseo.

Pero sofocante yacía el sol de mi amor sobre mí, en su propio caldo se cocía Zaratustra, — entonces las sombras y la dudas se alejaron volando por encima de mí.

La helada y el invierno ya anhelaba: «¡Oh, que la helada y el invierno me hagan chirriar y crujir!», suspiré: — entonces subían de mí nieblas heladas.

Mi pasado rompió sus tumbas, muchos dolores enterrados vivos se despertaron — : no habían hecho más que quedarse dormidos tapados con sudarios.

Así todas las cosas me llamaron por signos: «¡Ya es hora!» — Pero yo — no oía: hasta que por fin se movió mi abismo y me mordió mi pensamiento.

¡Ah, pensamiento abismático, tú que eres mi pensamiento! ¿Cuándo voy a encontrar la fuerza para oírte cavar y no temblar más?

¡Hasta la garganta me late el corazón cuando te oigo cavar! ¡Tu silencio quiere aún estrangularme, tú silencioso abismático!

Todavía no me he atrevido nunca a decirte arriba: ¡ya era suficiente que conmigo — te llevase!

Aún no era yo lo suficientemente fuerte para la última altanería y petulancia de león.

Suficientemente terrible ha sido ya para mí siempre tu pesadez: ¡pero un día he de encontrar todavía la fuerza y la voz de león que te dice arriba!

Sólo cuando haya superado esto, superaré algo todavía mayor; ¡y una victoria ha de ser el sello de mi perfección! —

Entretanto voy vagando por mares inciertos; la casualidad me lisonjea, es deslenguada; miro hacia delante y hacia atrás — , no veo aún un final.

Todavía no ha llegado para mí la hora de mi última lucha, — ¿o me llega tal vez en este momento? ¡En verdad con pérfida belleza me contemplan el cielo y la tierra que me rodean!

¡Oh tarde de mi vida! ¡Oh felicidad de antes del anochecer! ¡Oh puerto en alta mar! ¡Oh paz en la incertidumbre! ¡Cómo desconfío de todos vosotros!

¡En verdad soy desconfiado frente a vuestra pérfida belleza! Soy como el amante que desconfía de una sonrisa demasiado aterciopelada.

De la misma manera que el celoso rechaza lejos de sí a la más querida, siendo incluso suave en su dureza — , rechazo yo lejos de mí esta dichosa hora.

¡Lejos de aquí, hora dichosa! ¡Contigo llegó para mí una dicha a mi pesar! Dispuesto a mi dolor más profundo estoy aquí: — ¡llegaste en momento no propicio!

¡Lejos de aquí, hora dichosa! Es preferible que busques refugio allí — ¡entre mis hijos! ¡De prisa! ¡Y bendícelos antes del atardecer con m i felicidad!

Ahora se acerca ya el anochecer: el sol se está poniendo. ¡Vete — mi felicidad!

Así habló Zaratustra. Y estuvo esperando su desdicha durante toda la noche: pero esperó en vano. La noche permaneció clara y silenciosa, y la felicidad se le fue acercando cada vez más. Hacia el amanecer, sin embargo, Zaratustra le rió a su corazón y dijo burlonamente: «La felicidad corre tras de mí. Esto se debe a que yo no corro tras las mujeres. Pero la felicidad es una mujer.»

* * *

ANTES DE LA SALIDA DEL SOL

¡Oh cielo que estás por encima de mí, tú puro! ¡Profundo! ¡Abismo de luz! Al contemplarte me estremezco de deseos divinos.

Lanzarme a tu altura — ¡eso es mi profundidad! Refugiarme en tu pureza — ¡eso es mi inocencia!

Al dios le encubre su belleza: así ocultas tú a tus estrellas. Tú no hablas: así me anuncias tu sabiduría.

Mudo sobre el mar estrepitoso has salido hoy tú para mí, tu amor y tu pudor confían revelación a mi estrepitosa alma.

Que hayas venido hermoso a mí, encubierto en tu belleza, que mudo me hables, claro en tu sabiduría:

¡Oh, cómo no adiviné todo lo que hay de pudoroso en tu alma! Antes que el sol viniste tú a mí, el más solitario.

Somos amigos desde el principio: nos son comunes la tristeza, el temor y el fondo; hasta el sol nos es común.

No nos hablamos el uno al otro porque sabemos demasiado —: nos callamos uno al otro, nos sonreímos nuestro saber.

¿No eres tú la luz para mi fuego? ¿No tienes el alma hermana para mi conocimiento?

Juntos aprendimos todo; juntos aprendimos a ascender por encima de nosotros hacia nosotros mismos y a sonreír con claridad: —

— a sonreír con claridad hacia abajo con ojos luminosos y desde una remota lejanía, mientras que debajo de nosotros

la coacción y el propósito y la culpa exhalan vapores como la lluvia.

Y si yo caminaba solo: ¿ d e q u i é n tenía hambre mi alma en las noches y en los senderos extraviados? Y si ascendía montañas, ¿ a q u i é n buscaba yo siempre, si no a ti, en las montañas?

Y todo mi caminar y ascender montañas: no era más que una necesidad y un arreglo del torpe: — i v o l a r es solamente lo que quiere toda mi voluntad, volar dentro de t i !

¿Y a quién odiaba yo más que a las nubes que iban pasando y a todo lo que te ensucia? ¡Y además odiaba a mi propio odio porque te ensuciaba!

Con las nubes que van pasando estoy enojado, esos gatos de rapiña que van suavemente deslizándose: nos quitan a ti y a mí lo que tenemos en común, — el enorme e interminable decir sí y amén.

Con esas mediadoras y entremetedoras estamos enojados, esas nubes que pasan: esas indecisas, que no han aprendido ni a bendecir ni a maldecir a fondo.

¡Prefiero estar sentado en el tonel bajo un cielo cubierto, prefiero estar sentado sin cielo en el abismo que verte a ti, cielo de luz, ensuciado con nubes que van pasando!

Con frecuencia he tenido el deseo de sujetarlas con alambres de púas áureos del rayo para, al igual que el trueno, tocar los timbales sobre su vientre de caldera: —

— un timbalero encolerizado porque me roban tu ¡sí! y tu ¡amén! ¡Tú cielo que estás sobre mí, tú, puro! ¡Despejado! ¡Tú, abismo de luz! — porque te roban m i ¡sí! y mi ¡amén!

Pues prefiero el ruido y el trueno y las maldiciones del mal tiempo a este reposo de gatos circunspecto y dubitativo; y también de entre los hombres a quienes más odio es a todos los que van sin hacer ruido y todos los indecisos y a las nubes que dubitativas se disuelven.

¡Y «quien no sepa bendecir, que a p r e n d a a maldecir!» — esta doctrina clara me cayó del cielo claro, esta estrella está también en mi cielo hasta en las noches negras.

Pero yo soy alguien que bendice y que dice sí sólo con que estés en torno a mí, ¡tú, puro! ¡Despejado! ¡Tú, abismo de

luz! — a todos los abismos trasporto entonces mi decir sí de bendición.

Me he convertido en alguien que bendice y dice sí: y he luchado durante largo tiempo y he sido un luchador para un día tener las manos libres para bendecir.

Pero ésta es mi bendición: estar sobre cualquier cosa como su propio cielo, como su tejado redondo, su campana azul celeste y eterna seguridad: ¡y bendito es quien así bendice!

Pues todas las cosas están bautizadas en la fuente de la eternidad y más allá del bien y del mal; pero el bien y el mal mismos no son más que sombras intercaladas y tribulaciones humedecidas y nubes que van pasando.

En verdad es una bendición y no un ultraje que yo enseñe: «sobre todas las cosas está el cielo azar, el cielo inocencia, el cielo casualidad, el cielo arrogancia.»

«De casualidad», — ésta es la más vieja nobleza del mundo, se la he devuelto a todas las cosas, la he redimido de la servidumbre que es la finalidad.

He situado esta libertad y esta serenidad de cielo como campana azul celeste sobre todas las cosas cuando he enseñado que por encima de ellas y a través de ellas no hay ninguna «voluntad eterna» — que quiera.

He situado esta arrogancia y esta necedad en el lugar de aquella voluntad cuando he enseñado: «en todo sólo una cosa es imposible — la racionalidad.»

Ciertamente un p o c o de razón, una semilla de sabiduría diseminada de estrella a estrella, — esta levadura inmiscuida en todas las cosas: ¡por razón de la necedad la sabiduría se ha inmiscuido en todas las cosas!

Un poco de sabiduría es, no cabe duda, posible; pero esta es la bendita seguridad que he encontrado en todas las cosas: que prefieren — b a i l a r — sobre los pies del azar.

¡O cielo que estás sobre mí, tú, puro! ¡Elevado! Ahora para mí tu pureza es ¡que no existe ninguna eterna araña de razón ni ninguna eterna telaraña de razón: —

— que para mí eres un suelo de baile para casualidades divinas, que para mí eres una mesa de dios para dados y para jugadores de dados divinos! —

¿Pero te sonrojas? ¿He dicho algo que no pueda decirse? ¿He injuriado al querer bendecirte?

¿O ha sido la verdad a dúo la que te ha hecho enrojecer? — ¿Me mandas que me vaya y que me calle porque ahora — viene el día?

El mundo es profundo —: y más profundo de lo que jamás ha pensado el día. No a todas las cosas les está permitido tener palabras antes del día. Pero el día llega: ¡así que ahora nos separamos!

¡Oh cielo que estás sobre mí, tú, pudoroso! ¡Ardiente! ¡Oh, tú, mi felicidad de antes de la salida del sol! El día llega: ¡así que ahora nos separamos! —

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LA VIRTUD EMPEQUEÑECEDORA

1.

Cuando Zaratustra volvió a estar en tierra firme no fue directamente a su montaña ni a su cueva, sino que recorrió muchos caminos e hizo muchas preguntas y se informó sobre esto y aquello, de manera que en broma decía de sí mismo: «¡He aquí un río que en muchos meandros fluye de regreso a la fuente!» Pues quería saber qué había ocurrido mientras tanto con el hombre: si se había hecho más grande o más pequeño. Y en una ocasión vio una hilera de casas nuevas; entonces quedó asombrado y dijo:

«¿Qué significan estas casas? ¡En verdad ningún alma grande las ha puesto ahí como símbolo de sí misma!»

¿Tal vez un niño tonto las ha sacado de su caja de juguetes? ¡Ojalá otro niño vuelva a meterlas en su caja!

Y estos cuartos y habitaciones: ¿pueden salir de ahí y entrar en ellos hombres? Me parece que han sido hechas para muñecas de seda; o para gatos golosos que tal vez permiten que se les mordisquee.

Y Zaratustra se detuvo y se puso a reflexionar. Al final dijo afligido: «¡Todo se ha hecho más pequeño!»

Por todas partes veo puertas más bajas: quien es de mi especie probablemente puede pasar todavía por ellas, pero — tiene que agacharse.

¡Oh, cuándo regresaré a mi tierra natal donde ya no tengo que agacharme! — ¡donde ya no tengo que agacharme a n t e l o s p e q u e ñ o s ! — Y Zaratustra suspiró y miró a la lejanía. —

Mas aquel mismo día pronunció su discurso sobre la virtud empequeñecedora.

* * *

2.

Camino por este pueblo y mantengo mis ojos abiertos: no me perdonan que sienta envidia de sus virtudes.

Tratan de picotearme porque les digo: para gente pequeña son necesarias virtudes pequeñas — ¡y porque para mí es duro entender que exista la n e c e s i d a d de gente pequeña!

Aquí soy todavía como el gallo en corral ajeno, al que picotean también las gallinas; sin embargo, no por eso soy descortés con estas gallinas.

Soy con ellas cortés como con toda pequeña molestia; ser espinoso con lo pequeño me parece una sabiduría propia de erizo.

Todos hablan de mí cuando por la noche están sentados alrededor del fuego — hablan de mí, ¡pero nadie piensa — en mí!

Éste es el silencio nuevo que he aprendido: el ruido que hacen a mi derredor tiende un manto sobre mis pensamientos.

Hacen mucho ruido unos con otros: «¿Qué quiere de nosotros esa sombría nube? ¡Cuidemos de que no nos traiga una epidemia!»

Y hace poco una mujer tiró violentamente hacia sí de su hijo que quería venir hasta mí: «¡llevaos a los niños», gritó; «ojos como esos abrasan almas de niños.»

Tosen cuando yo hablo: piensan que toser es un pretexto contra vientos fuertes, — ¡no adivinan nada del bramar de mi felicidad!

«No tenemos todavía tiempo para Zaratustra» — es su pretexto; pero ¿qué importancia tiene un tiempo que «no tiene tiempo» para Zaratustra?

Y hasta cuando me elogian: ¿cómo podría yo descansar en s u alabanza? Un cinturón de espinas es para mí su alabanza: sigue raspándome aun después de separarlo de mí.

Y también aprendí esto entre ellos: quien alaba aparece como si restituyese, ¡en realidad, sin embargo, quiere que se le regale más!

¡Preguntad a mi pie si le gusta esa forma de alabar y seducir! A decir verdad no le agrada ni bailar ni estarse quieto a ese ritmo y tictac.

Les gustaría atraerme y encomendarme a la pequeña virtud; les gustaría persuadir a mi pie a ir al tictac de la pequeña felicidad.

Voy a través de este pueblo y mantengo los ojos abiertos: se han hecho más p e q u e ñ o s y cada vez se hacen más pequeños: — e s t o s e d e b e a s u d o c t r i n a s o b r e l a f e l i c i d a d y l a v i r t u d.

Son, en efecto, modestos también en la virtud — pues quieren comodidad. Pero con la comodidad sólo se aviene la virtud modesta.

Seguro que, a su manera, aprenden a andar con pasos largos y a avanzar a grandes trancos: a esto lo llamo yo c o j e a r —. De este modo lo que hacen es chocar contra todo el que tiene prisa.

Y muchos de ellos marchan hacia delante y miran al tiempo hacia atrás con el cuello tieso: me gusta lanzarme contra ellos.

Pies y ojos no deben mentir ni desmentirse. Pero hay mucho de mentira entre la gente pequeña.

Algunos de ellos quieren, pero la mayoría sólo es objeto de voluntad. Algunos de ellos, pero la mayoría son malos actores.

Hay actores entre ellos sin saberlo y actores sin quererlo —, los auténticos son algo que siempre abundan poco, de manera especial los auténticos actores.

Aquí hay poco de varón: por ello se masculinizan sus mujeres. Pues nada más quien es lo suficientemente varón — r e d i m i r á — a l a m u j e r.

Y la peor de todas las hipocresías que encontré entre ellos fue que: también los que mandan, fingen hipócritamente las virtudes de quienes sirven.

«Yo sirvo, tú sirves, nosotros servimos» — así es incluso la forma como entona aquí la hipocresía de los que gobiernan, — ¡y, ay, cuando el primer señor es s o l a m e n t e el primer servidor!

¡Ay, también en sus hipocresías se disipó seguramente la curiosidad de mis ojos; y bien adiviné toda esa su felicidad de moscas y zumbar en torno a cristales de ventanas soleados.

Estoy viendo tanta bondad cuanta flaqueza. Tanta justicia y compasión cuanta flaqueza.

Francos, honestos y amables son entre sí como francos, honestos y amables son los granitos de arena con los granitos de arena.

Abrazar con modestia una pequeña felicidad — ¡a esto lo llaman «sumisión»! Y, a la vez, con modestia están mirando ya de reojo a otra pequeña felicidad.

En el fondo lo que más quieren los ingenuos es una sola cosa: que nadie les haga daño. Por eso son complacientes con todos y a todos les hacen bien.

Sin embargo, esto es c o b a r d í a : aunque se lo llame «virtud». —

Y cuando en alguna ocasión, esta pequeña gente habla con rudeza: y o ahí no oigo más que su voz ronca, — porque cualquier corriente de aire les pone, efectivamente, roncos.

Son hábiles, sus virtudes tienen dedos hábiles. Pero les faltan los puños, sus dedos no saben ocultarse detrás de puños.

Virtud es para ellos lo que le hace a uno modesto y manso: de este modo han hecho del lobo un perro y del hombre mismo el mejor animal doméstico del hombre.

«Colocamos nuestra silla en el m e d i o — es lo que me dice su sonrisa de satisfacción — y a igual distancia de guerreros moribundos que de cerdas satisfechas.»

Pero esto es — m e d i o c r i d a d : aunque se llame moderación. —

* * *

3.

Voy por este pueblo y dejo caer muchas palabras: pero ellos no saben ni tomar ni mantener.

Se asombran de que yo no haya venido a maldecir placeres y vicios; ¡y, en verdad, tampoco he venido para poner en alerta contra los rateros!

Se asombran de que no esté dispuesto a hacer más avisada y agudizar aún más su habilidad: ¡como si no tuvieran ya la suficiente cantidad de listos cuya voz me rechina igual que pizarrines!

Y cuando clamo: «Maldecid a todos los demonios cobardes que hay en vosotros, a los que gustaría gimotear y plegar las manos y rezar»: entonces ellos claman: «Zaratustra es impío.»

Y así claman de manera especial sus maestros de la sumisión — ; pero precisamente a éstos me gusta gritarles al oído: ¡Sí! ¡Yo soy Zaratustra, el impío!

¡Estos maestros de la sumisión! Por todas partes donde hay ruines, enfermos y tiñosos se deslizan como piojos; y solamente el asco que tengo me impide aplastarlos con la uña.

¡Bien! Esta es mi predicación para sus oídos: yo soy Zaratustra, el impío, el que pregunta «¿quién es más impío que yo para que me regocije con su enseñanza?»

Soy Zaratustra, el impío: ¿dónde voy a encontrar a mis semejantes? Y mis semejantes son todos aquellos que se entregan ellos mismos a su voluntad y apartan de sí toda sumisión.

Yo soy Zaratustra, el impío: yo me cuezo en mi cazuela toda casualidad. Y sólo cuando está allí completamente cocida, le doy la bienvenida como comida mía.

Y en verdad muchas casualidades han llegado hasta mí en actitud imperiosa: sin embargo, en tono más imperioso aún les habló mi voluntad. — Entonces se habían puesto ya de rodillas suplicando —

suplicando encontrar en mí cobijo y corazón, y tratando de persuadirme con palabras de lisonja: «¡Pero mira, oh Zaratustra, de qué manera sólo el amigo viene al amigo!» —

¡Pero para qué hablar allí donde nadie tiene mis oídos! Y así quiero proclamar a todos los vientos:

¡Cada vez os hacéis más pequeños, gente pequeña! ¡Os desmenuzáis, hombres comodones! ¡Veo que vais a hundiros! —

— a causa de vuestras muchas pequeñas virtudes, a causa de vuestras muchas pequeñas omisiones, a causa de vuestras muchas pequeñas sumisiones!

Demasiado indulgente, demasiado condescendiente: ¡así es vuestro terruño! ¡Pero para que se haga grande un árbol ha de echar recias raíces en torno a duras rocas!

Hasta lo que omitís forma parte del tejido del futuro de todos los hombres; hasta vuestra nada es una telaraña y una araña que vive de la sangre del futuro.

Y cuando tomáis es como robar, pequeños seres virtuosos; pero incluso entre pícaros dice el h o n o r : «sólo ha de robarse allí donde no se puede saquear.»

«Se da» — esto es también una doctrina de la sumisión. Pero yo os digo, seres comodones: i s e t o m a y cada vez se seguirá tomando más de vosotros!

¡Ay, si os desprendieseis de vuestro querer a m e d i a s y os decidieseis tanto por la pereza como por la acción!

¡Ay, si entendieseis mis palabras: «haced siempre lo que queráis, — pero sed, por favor, primero como aquellos que p u e d e n q u e r e r !»

«Amad siempre a vuestros prójimos como a vosotros, — ¡pero sed, por favor, primero aquellos que s e a m a n a s í m i s m o s —

que aman con el gran amor, que aman con el gran desprecio!» Así habló Zaratustra, el impío. —

¡Pero para qué hablar allí donde nadie tiene m i s oídos! Aquí es todavía una hora demasiado temprana para mí.

Mi propio precursor soy entre este pueblo, mi propio canto de gallo a través de estas oscuras callejuelas.

¡Pero llega s u hora! ¡Y llega también la mía! Cada hora se hacen más pequeños, más pobres, más estériles, — ¡pobres hierbas!, ¡pobre terruño!

Y p r o n t o han de estar ante mí como hierba seca y como una estepa, y ¡en verdad! cansados de sí mismos — ¡y más que de agua, ávidos de f u e g o !

¡Oh bienaventurada hora del rayo! ¡Oh misterio de antes del mediodía! — Corriente de fuego voy a hacer todavía de ellos un día y mensajeros con lenguas de fuego: —

— un día han de anunciar con lenguas de fuego: ¡Llega, está próximo, e l g r a n m e d i o d í a !

* * *

EN EL MONTE DE LOS OLIVOS

El invierno, mal huésped se ha aposentado en mi casa; moradas están mis manos del apretón de manos de su amistad.

Tributo honores a este mal huésped, pero me gusta dejarle sentado solo. Me gusta huir de él; ¡y si uno corre b i e n , se consigue escapar de él!

Con pies calientes y calientes pensamientos corro yo allí donde el viento está tranquilo, — al soleado rincón de mi huerto de los olivos.

Allí me río de mi severo huésped y veo con buenos ojos que me atrape las moscas que hay en casa y haga callar muchos pequeños ruidos.

No soporta, efectivamente, que un mosquito se ponga a cantar y mucho menos dos; hasta deja a la callejuela tan solitaria que por la noche la luz de la luna tiene miedo de entrar en ella.

Es un huésped severo, — pero yo le tributo honores, y no rezo, como los débiles, al barrigudo dios del fuego.

¡Es preferible castañetear un poco los dientes que adorar a ídolos! — es como lo quiere mi condición. Y siento una especial antipatía por todos los ídolos del fuego fervientes que exhalan vapores humeantes y aletargados.

Al que yo amo, le amo mejor en invierno que en verano; me burlo de mis enemigos y de una manera más resuelta ahora que el invierno se ha aposentado en mi casa.

De manera, en verdad, más resuelta, hasta cuando v o y a r r a s t r á n d o m e a la cama — : allí sigue riéndose y sin-

tiéndose petulante mi felicidad escondida; se ríe incluso mi engañoso sueño.

¿Yo — alguien que se arrastra? Nunca en la vida me he arrastrado ante poderosos; y si alguna vez he mentido, he mentido por amor. Por eso estoy contento aun en una cama de invierno.

Una cama modesta me calienta más que una cama lujosa porque estoy celoso de mi pobreza. Y en invierno es cuando más fiel me es.

Cometiendo una maldad comienzo cada día, me burlo del invierno con un baño frío: eso hace gruñir a mi áspero amigo de casa.

También me gusta hacerle cosquillas con una velita de cera: para que por fin permita que salga para mí el cielo del crepúsculo ceniciento.

De manera especial soy, en efecto, malo por la mañana: a una hora temprana en que el cubo del pozo rechina y los caballos relinchan acaloradamente por las grises callejuelas: —

entonces aguardo impaciente a que por fin levante para mí el cielo luminoso, el cielo de invierno de barbas de nieve, el anciano de alba cabeza, —

¡el cielo de invierno, el silencioso que con frecuencia sume en silencio incluso al sol!

¿Aprendí acaso de él el largo silencio luminoso? ¿O lo aprendió él de mí? ¿O lo ha inventado cada uno de nosotros mismos?

El origen de todas las cosas buenas tiene miles de facetas, — todas las cosas buenas y buscadas saltan de alborozo a la existencia: ¡cómo iban a hacerlo siempre — nada más que una vez!

Una cosa buena y buscada es también el largo silencio y, al igual que el cielo de invierno, mirar con un rostro luminoso de redondos ojos: —

— al igual que él, acallar su sol y su inflexible voluntad de sol: ¡en verdad he aprendido bien este arte y este propósito intencionado de invierno!

De mi maldad y arte lo que más me gusta es que mi silencio ha aprendido a no delatarse con el silencio

Haciendo ruido con palabras y con dados logro engañar a mis solemnes guardianes: a todos esos severos vigilantes ha de eludírseles mi voluntad y mi finalidad.

Para que nadie penetre en mi profundidad y última voluntad, — me he inventado el largo y luminoso silencio.

Así me he topado con muchas personas perspicaces: ocultaban el rostro con velos y enturbiaban su agua para que nadie pudiese ver a través de ella ni en profundidad.

Pero directamente a ellos venían personas desconfiadas y cascanueces más perspicaces: ¡a ellos directamente se les pescaban sus peces más recónditos!

Pero las personas diáfanas, honradas, transparentes — son para mí las que guardan silencio de la manera más perspicaz: aquellos cuyo fondo es tan p r o f u n d o que incluso el agua más clara no les — delata. —

¡Tú, silencioso cielo de invierno de barba de nieve, tú, cabeza alba de redondos ojos que está sobre mí! ¡Oh, símbolo celestial de mi alma y de sus intenciones!

¿Y no t e n g o q u e esconderme como alguien que ha tragado oro, — para que no me rajen el alma?

¿No t e n g o q u e llevar zancos para que p a s e n p o r a l t o mis largas piernas — a todos esos envidiosos y miserables que me rodean?

Esas almas ahumadas, calentadas, decrépitas, enmohecidas, amargadas — ¡cómo p o d r í a su envidia soportar mi felicidad!

Así que tan sólo les muestro el hielo y el invierno de mis cumbres — ¡y n o cómo mi montaña además se ciñe todos los cinturones de sol!

Tan sólo oyen silbar mis tormentas de invierno: y n o que yo navego también por mares cálidos; al igual que los anhelantes, pesados, ardientes vientos del sur.

Se compadecen hasta de mis desgracias y azares: — pero m i palabra dice: «Dejad que el azar venga a mí: ¡es inocente como un niñito!»

¡Cómo p o d r í a n soportar mi felicidad si yo no pusiera en torno a mi felicidad desgracias y necesidades de invierno y gorras de oso blanco y ropas de cielo de nieve!

— si yo no sintiera lástima hasta de su c o m p a s i ó n : ¡de la compasión de estos envidiosos y miserables!

— ¡si yo no suspirase y temblase de frío incluso ante ellos y no me d e j a s e envolver pacientemente en su compasión!

Esta es la sabia intención y benevolencia de mi alma, que n o o c u l t a su invierno ni sus tormentas de hielo; tampoco oculta sus sabañones.

Para unos la soledad es la huida del enfermo; para otros la soledad es la huida a n t e el enfermo.

¡Que me oigan castañetear los dientes y sollozar por el frío del invierno, todos esos pobres pícaros bisojos que me rodean! Con esos castañeteos de dientes y sollozos escapo incluso de sus calentados aposentos.

Que se compadezcan de mí y sollocen conmigo por mis sabañones: «¡en el hielo del conocimiento a c a b a r á p o r m o r i r d e f r í o !», — es su lamentación.

Mientras tanto ando con pies calientes de un lado para otro en mi monte de los olivos: en el rincón soleado de mi monte de los olivos canto y me burlo de toda compasión. —

Así habló Zaratustra

* * *

DEL PASAR DE LARGO

De esta manera, tomándose tiempo para pasar por entre muchas gentes y atravesando sin prisa muchos pueblos y muchas ciudades, dando rodeos volvía Zaratustra a sus montañas y su cueva. Y he aquí que de este modo llegó sin darse cuenta también a la puerta de la g r a n c i u d a d : pero aquí un loco echando espuma saltó hacia él con las manos extendidas y le cortó el paso. Mas era el mismo loco al que la gente llamaba «el mono de Zaratustra»: pues había aprendido algo de la construcción y cadencia de su lenguaje y probablemente le gustaba también hacer suyas cosas del tesoro de su sabiduría. Y el loco le habló así a Zaratustra:

«Oh Zaratustra, ésta es la gran ciudad: aquí no tienes nada que buscar y todo que perder.

¿Para qué ibas a abrirte paso por entre este fango? ¡Ten, por favor, compasión de tus pies! ¡Mejor te sería escupir a la puerta de la ciudad y — darte la vuelta!

Aquí está el infierno para pensamientos de eremita: aquí se hierven vivos los pensamientos elevados y se los convierte en papilla.

Aquí se pudren todos los sentimientos profundos: ¡aquí sólo les está permitido repiquetear a sentimientos pequeñitos y trasijados!

¿No sientes ya el olor de los mataderos y los bodegones del espíritu? ¿No exhala esta ciudad el vapor del espíritu sacrificado?

¿No ves a las almas colgadas como trapos sueltos y sucios? — ¡Y aun así hacen periódicos de estos trapos!

¿No oyes cómo el espíritu se ha convertido aquí en un juego de palabras? ¡Vomita una repugnante agua de fregar de palabras! — Y aun así hacen periódicos de esa agua de fregar de palabras.

Se acosan entre sí y no saben ¿para qué? Se acaloran unos con otros y no saben ¿por qué? Aporrean su hojalata y tintinean con su oro.

Son fríos y buscan el calor en el aguardiente; están acalorados y buscan el fresco en espíritus congelados; todos ellos están enfermos y sienten la adicción de opiniones públicas.

Todos los placeres y todos los vicios tienen aquí su casa; pero aquí también hay virtuosos, aquí hay mucha virtud laboriosa y útil: —

Mucha virtud laboriosa con dedos de escribano y trasero endurecido de estar sentado y esperar, bendecida con pequeñas estrellas para el pecho y con disecadas hijas sin trasero.

Aquí hay también mucha piedad y mucho servilismo devoto, mucha adulación lisonjera ante el dios de los ejércitos.

"De arriba" es de donde realmente gotean la estrella y el esputo indulgente; hacia arriba se levanta anhelante todo pecho sin estrella.

La luna tiene su corte y la corte tiene a sus estúpidos: pero a todo lo que procede de la corte lo implora el pueblo mendicante y toda habilidosa virtud de mendigo.

"Yo sirvo, tú sirves, nosotros servimos" — así eleva sus imploraciones hacia el soberano toda virtud habilidosa: ¡para que la merecida estrella se fije al final en el estrecho pecho!

Pero la luna sigue girando en torno a todo lo terrenal: de igual manera sigue girando también el soberano en torno a lo que es más terrenal de todo — : pero esto es el oro de los tenderos.

El dios de los ejércitos no es el dios de los lingotes de oro; el soberano piensa, ¡pero el tendero — dispone!

¡Por todo lo que hay en ti de lúcido y fúerte y bueno, oh Zaratustra! ¡Escupe a esta ciudad de tenderos y vuelve sobre tus pasos!

Aquí toda la sangre corre por las venas corrompida, tibia y sin sustancia: ¡escupe a la gran ciudad que es el gran pozo negro donde espumosas se acumulan todas las heces!

Escupe a la ciudad de las almas abatidas y los estrechos pechos, de los ojos sesgados, de los dedos pegajosos —

— a la ciudad de los impertinentes, de los desvergonzados, de los escribidores y vocingleros, de los ambiciosos exasperados; —

— donde se junta todo lo corrompido, lo sospechoso, lo lascivo, lo sombrío, lo papandujo, lo ulceroso, lo conspirador:

— escupe a la gran ciudad y vuelve sobre tus pasos!» — —

Pero aquí Zaratustra interrumpió al loco que echaba espuma y le tapó la boca.

«¡Cállate de una vez!, gritó Zaratustra, hace ya un buen rato que me están produciendo náuseas tus palabras y tus maneras!

¿Por qué has habitado en la ciénaga tanto tiempo que has tenido que transformarte tú también en rana y sapo?

¿No corre incluso por tus venas una sangre de ciénaga viciada y sin sustancia, de manera que has aprendido a croar y blasfemar de este modo?

¿Por qué no te has ido al bosque? ¿O has arado la tierra? ¿No está acaso el mar lleno de verdes islas?

Desprecio tu desprecio; y cuando me has advertido, — ¿por qué no te has advertido a ti mismo?

Sólo del amor han de salir volando mi desprecio y mi ave amonestadora: ¡pero no de la ciénaga! —

A ti te llaman mi mono, loco que echas espuma: pero yo te llamo mi cerdo gruñón, — con tu gruñir echas a perder incluso mi elogio de la locura.

¿Qué fue entonces lo que hizo que comenzases a gruñir? Que nadie te haya a d u l a d o lo suficiente: ha sido la razón de haberte metido en esta inmundicia y tener el motivo de gruñir, —

— ¡y tener el motivo de v e n g a r t e en alto grado! Porque la venganza, vanidoso loco, es toda esa espuma que echas, ¡bien te lo he adivinado!

¡Pero tu palabra de loco es nociva para mí incluso cuando tienes razón! Y aunque la palabra de Zaratustra tuviese hasta cien veces razón: con mi palabra siempre — llegarías al falseamiento!»

Así habló Zaratustra; y contempló la gran ciudad, suspiró y se quedó en silencio durante largo rato. Finalmente dijo así:

«A mí también me produce náuseas esta gran ciudad y no sólo este loco. Ni aquí ni allí hay nada que mejorar, nada que empeorar.

¡Ay de esta gran ciudad! — ¡Quisiera ver ya la columna de fuego en que se abrasaría!

Pues semejantes columnas de fuego tienen que preceder al gran mediodía. ¡Sin embargo, esto tiene su tiempo y su propio destino! —

Pero esta enseñanza te la doy a ti, loco, como despedida: donde no se puede ya amar, se debe — ¡pasar de largo!»

Así habló Zaratustra y pasó de largo ante el loco y la gran ciudad.

* * *

DE LOS APÓSTATAS

1.

Ay, ¿está ya marchito y gris todo lo que hasta hace poco en este prado era verde y multicolor? ¡Y cuánto de la miel de la esperanza he llevado yo de ahí dentro de mis colmenas!

Estos corazones jóvenes se han hecho ya todos ellos viejos, — ¡y ni siquiera viejos! sólo cansados, vulgares, cómodos: — lo explican diciendo «hemos vuelto a hacernos piadosos».

Todavía hace poco les vi salir de madrugada a prisa con animosos pies: pero los pies de su conocimiento se han cansado y ¡ahora calumnian hasta su valentía de la mañana!

En verdad muchos de ellos en otro tiempo levantaban las piernas como un bailarín, a ellos les hizo una señal de la risa que hay en mi sabiduría: — entonces se pusieron a pensar. Acabo de verles curvados — arrastrarse hacia la cruz.

Alrededor de la luz y de la libertad en otro tiempo revoloteaban cual mosquitos y jóvenes poetas. Un poco más viejos, un poco más fríos: y son ya mistificadores y rezongadores y trashogueros.

¿Se desesperó tal vez su corazón porque, cual ballena, me tragase la soledad? ¿Tal vez sus oídos anhelosos estuvieron escuchando atentamente e n v a n o durante largo tiempo a mi persona y mis llamadas de trompeta y de heraldo?

— ¡Ay! Siempre son pocos aquellos cuyo corazón tiene un duradero valor y una duradera alegría desbordante; y en éstos

el espíritu sigue también siendo paciente. El resto, sin embargo, es c o b a r d e .

El resto: son siempre la mayoría, los vulgares, los superfluos, los demasiados — ¡todos estos son cobardes!

Quien es de mi condición se topará en el camino también con vivencias de mi condición: de modo que sus primeros compañeros tienen que ser cadáveres y chocarreros.

Sus segundos compañeros, sin embargo, se llamarán a sí mismos sus c r e y e n t e s : un enjambre vivaz, mucho amor, mucha insensatez, mucha veneración de adolescente.

¡A estos creyentes no ha de ligar su corazón quien entre los hombres sea de mi condición; en estas primaveras y multicolores prados no ha de creer quien conoce la condición humana huidiza y cobarde!

Si p u d i e s e n de otro modo, q u e r r í a n también de otro modo. Personas que son mitad de esto mitad de aquello corrompen todo lo que es completo.

Que las hojas se marchitan, — ¡qué es de lamentar en ello!

¡Déjalas que se vayan y caigan, oh Zaratustra, y no te lamentes! Mejor que soples entre ellas con raudos vientos, —

— sopla entre estas hojas, oh Zaratustra: ¡de modo que todo lo m a r c h i t o se aleje de ti con más rapidez aún! —

* * *

2.

«Nos hemos vuelto otra vez piadosos» — confiesan estos apóstatas; y muchos de ellos son incluso cobardes para confesarlo.

A éstos les miro a los ojos, — a éstos se lo digo a la cara y al sonrojo de sus mejillas: ¡Sois de aquellos que vuelven a r e z a r ! ¡No obstante es una vergüenza rezar! No para todos, mas para mí y para ti y para cualquier otro que tenga conciencia en la cabeza. ¡Para ti es una vergüenza rezar!

Lo sabes bien: el demonio cobarde que hay en ti, que se complace en juntar las manos y cruzar los brazos y tenerlo más cómodo: — este demonio cobarde te dice: «¡dios e x i s t e !»

Pero p o r e l l o eres uno de esa especie de oscurantistas a quienes la luz no deja nunca tranquilidad; ¡ahora tienes que esconder cada día la cabeza más profundamente en la noche y en la niebla!

Y en verdad escogiste bien la hora: pues justamente en ese momento vuelven a salir volando las aves nocturnas. Ha llegado la hora para todo pueblo que teme la luz, la hora de la tarde y del reposo, cuando no — «hay reposo».

Lo oigo y lo huelo: ha llegado la hora de la caza y la procesión, y no, por cierto, de una caza salvaje, sino de una caza tranquila, ligera, husmeante, la caza de quienes pisan y rezan suavemente, —

— la caza tras los hipócritas con mucha alma: ¡ahora han vuelto a colocarse todas las ratoneras de corazones! Y donde levanto una cortina, allí sale precipitada una mariposita nocturna.

¿Estaba allí tal vez acurrucada junto con otra mariposita nocturna? Pues por todas partes huelo pequeñas comunidades escondidas; y allí donde hay pequeños aposentos, dentro se encuentran devotos nuevos y el vaho de devotos.

Se sientan juntos durante las largas veladas y dicen: ¡Volvamos a ser como los niños pequeños y digamos «Dios mío»! — con la boca y el estómago deteriorados por los piadosos confiteros.

O durante largas noches contemplan una astuta araña de la cruz que predica incluso astucia a las arañas enseñándoles así: «¡bien está tejer las telas bajo las cruces!»

O se sientan durante el día al lado de ciénagas con cañas de pensar y se creen p r o f u n d o s con ello; ¡pero a quien pesca allí donde no hay peces ni siquiera le considero superficial!

O aprenden con piadosa alegría a tocar el arpa con un coplero a quien le gustaría con el arpa entrar en el corazón de las jóvenes mujercitas: — porque se ha cansado de las viejas mujercitas y de sus loas.

O aprenden a estremecerse de miedo con un sabio medio trastornado que espera en oscuras habitaciones a que los espíritus aparezcan — ¡y el espíritu desaparece de allí por completo!

O escuchan a un viejo vagabundo de música ronroneante y quejumbrosa, que ha aprendido de vientos tristes la tribula-

ción de sus sonidos; ahora silba como el viento y predica tribulación con sonidos tristes.

Y algunos de ellos se han hecho hasta vigilantes nocturnos: ahora saben tocar cornetas y rondar por la noche y despertar cosas viejas que hace ya mucho tiempo que se durmieron.

Ayer noche oí junto al muro del jardín cinco palabras acerca de viejas cosas: procedían de esos viejos vigilantes nocturnos entristecidos y ásperos.

«Para ser padre no se preocupa lo suficiente de sus hijos: ¡los padres-hombre lo hacen mejor!» —

«¡Es demasiado viejo! Ya no se preocupa en absoluto de sus hijos» — , así respondió el otro vigilante nocturno.

«¿Pero t i e n e hijos? ¡No hay nada que pueda demostrarlo si no lo demuestra él mismo! Hace ya mucho tiempo que me gustaría que lo demostrase una vez de verdad.»

«¿Demostrar? ¡Como si é l hubiese demostrado alguna vez algo! Demostrar se le hace difícil; considera muy importante que se le c r e a . »

«¡Sí! ¡Sí! La fe le hace dichoso, la fe en él. ¡Así es la gente mayor! ¡Así nos ocurre también a nosotros!» —

— De este modo hablaron entre sí los dos viejos vigilantes nocturnos y temerosos de la luz, y después entristecidos se pusieron a tocar las cornetas: esto ocurrió ayer noche en la muralla del jardín.

Pero a mí se me retorcía el corazón de risa y quería estallar y no sabía cómo, y se hundió hasta el diafragma.

En verdad será para mí la muerte que me asfixie de risa por ver a asnos bebidos y oír a vigilantes nocturnos dudar de dios de esta manera.

¿Es que no hace ya m u c h o que pasó el momento para semejantes dudas? ¡A quién le está aún permitido desvelar semejantes viejas cosas ya dormidas y temerosas de la luz!

En realidad hace ya mucho tiempo que los viejos dioses se acabaron: — y en verdad ¡fue para ellos un buen y alegre final de dioses!

No llegaron a la muerte «con el crepúsculo», — ¡esto es seguramente mentira! Más bien: fueron ellos mismos quienes se murieron — i d e r i s a !

Esto ocurrió cuando un dios pronunció él mismo la palabra más atea, — la palabra: «¡Existe un solo dios! ¡No has de tener ningún otro dios junto a mí!» —

— un viejo dios de barba airada, un dios celoso se propasó hasta ese punto:

Y todos los dioses se rieron entonces, se tambalearon en sus sillas y gritaron: «¿No es precisamente divinidad que haya dioses pero no un dios?»

Quien tenga oídos, que oiga. —

Así habló Zaratustra en la ciudad que amaba y que se denomina «La Vaca Multicolor.» Pues desde aquí no le quedan más que dos días de camino para regresar hasta su cueva y hasta sus animales; mas su alma se regocijaba en todo momento por la proximidad del regreso a casa.

* * *

EL REGRESO A CASA

¡Oh soledad! ¡Tú, mi t i e r r a soledad! ¡Demasiado ha sido el tiempo que de manera salvaje he vivido en extraños países salvajes como para no regresar a ti derramando lágrimas!

Amenázame ahora con el dedo como amenazan las madres, sonríeme ahora como sonríen las madres, di ahora solamente: «¿Y quién fue el que en otro tiempo se alejó de mí como un viento de tormenta? —

» — el que al marcharse exclamó: ¡demasiado tiempo he estado sentado junto a la soledad, me he olvidado del silencio! ¿ E s t o — lo has aprendido tal vez ahora?

»Oh Zaratustra, lo sé todo: ¡y que has estado m á s a b a n d o n a d o entre la multitud, tú solitario, que lo que jamás lo estuviste conmigo!

»Una cosa es el abandono, otra cosa la soledad: ¿ E s t o — lo has aprendido ahora? Y que entre hombres serás siempre salvaje y extraño:

» — salvaje y extraño aun cuando te amen: ¡pues lo primero que quieren es que s e l e s o t o r g u e u n b u e n t r a t o!

»Aquí, en cambio, estás en tu propia casa y hogar; aquí puedes expresar todo y echar fuera todas tus razones, nadie se avergüenza de sentimientos ocultos, endurecidos.

»Aquí todas las cosas acceden acariciadoras a tu discurso y te lisonjean: pues quieren cabalgar sobre tus espaldas. Montado aquí sobre todos los símbolos cabalgas hacia todas las verdades.

Con rectitud y franqueza te está permitido hablar aquí a todas las cosas: y en verdad como un elogio suena a sus oídos el que uno hable con todas las cosas — ¡con rectitud!

»Otra cosa, en cambio, es estar abandonado. Pues ¿lo sabes todavía, Zaratustra? Cuando entonces, tu pájaro lanzó un grito por encima de ti, estando tú en el bosque, sin saber indeciso adonde ir, inexperto, cerca de un cadáver: —

» — cuando dijiste: ¡que mis animales me guíen! He encontrado que era más peligroso estar entre hombres que entre animales: — ¡Esto era abandono!

»Y ¿lo sabes todavía, Zaratustra? Cuando sentado en tu isla, una fuente de vino entre vacíos cubos, dando y derramando, regalando y escanciando entre sedientos:

— hasta que finalmente fuiste el único que sediento estaba allí sentado entre borrachos y por la noche te lamentabas preguntando "¿no es más dichoso tomar que dar? ¿Y no es más dichoso robar que tomar?" ¡Esto era abandono!

»Y ¿lo sabes todavía, oh Zaratustra? Cuando llegó la más silenciosa de tus horas y te arrastró lejos de ti mismo, cuando dijo con malicioso susurro: "¡habla y rómpete!" —

» — cuando ella te hizo penosos tu espera y tu silencio y quitó el aliento a tu humilde coraje: ¡Esto era abandono!» —

¡Oh soledad! ¡Tú mi tierra soledad! ¡Con qué dicha y delicadeza se dirige hacia mí tu voz!

No nos hacemos preguntas el uno al otro, no nos hacemos recriminaciones mutuas, abierto el uno para el otro atravesamos puertas abiertas.

Pues abierto es todo en ti y luminoso; y también las horas de aquí corren con pies ligeros. En efecto en la oscuridad resulta el tiempo más pesado que en la luz.

Aquí se me abren de un golpe las palabras y los cofrecillos de palabras de todo ser: todo ser quiere convertirse aquí en palabra, todo devenir quiere aquí aprender a hablar de mí.

Pero allí abajo — ¡allí es todo discurso en vano! Allí olvidar y pasar de largo es la mejor sabiduría: Esto — ¡lo he aprendido ahora!

Quien quiera comprender todo lo que hay en los hombres, tendría que atacar todo. Mas para ello tengo unas manos demasiado limpias.

Ya no me gusta aspirar su aliento; ¡ay, por qué he vivido tanto tiempo entre su ruido y su mal aliento!

¡Oh dichoso silencio que me rodea! ¡Oh puros olores a mi derredor! ¡Oh cómo este silencio respira aire puro desde lo profundo del pecho! ¡Oh cómo escucha este dichoso silencio!

Pero allí abajo — allí habla todo, allí nada se oye. Puede que se anuncie su sabiduría con tañidos de campanas: ¡los tenderos del mercado apagarán su sonido con el ruido de peniques!

Todo habla entre ellos, nadie sabe ya entender. Todo cae dentro del agua, nada cae ya en profundos pozos.

Todo habla entre ellos, nada se logra ni se concluye. Todo cacarea, pero ¿quién quiere todavía tranquilo sentarse en el nido e incubar huevos?

Todo habla entre ellos, de todo se habla hasta el exceso y el embotamiento. Y lo que todavía ayer era demasiado duro para el tiempo mismo y para sus dientes: cuelga hoy desgastado y raído de las bocas de los hombres de hoy.

Todo habla entre ellos, todo es revelado. Y lo que en otro tiempo se llamó secreto y sigilo de almas profundas, ahora es cosa de los trompeteros de calleiuelas y otras mariposas.

¡Oh naturaleza humana, extraña realidad! ¡Ruido de callejas oscuras! Ahora vuelves a estar detrás de mí: — ¡mi mayor peligro está detrás de mí!

En la consideración y en la compasión ha estado siempre mi mayor peligro; y toda naturaleza humana quiere ser considerada y que se la compadezca.

Con verdades retenidas, con mano de necio y corazón trastornado y muchas pequeñas mentiras de compasión: así he vivido siempre entre los hombres.

Disfrazado me he sentado entre ellos, dispuesto a ignorarme a mí para soportarles a ellos y gustando de decirme «¡tú necio, tú no conoces a los hombres!»

Se olvida lo que se sabe de los hombres cuando se vive entre ellos: demasiado primer plano hay en todos los hombres, — ¡qué han de hacer allí ojos que ven lejos, que se apasionan por lo lejano!

Y aun no conociéndome bien: yo, necio, les trataba, por ello, con más consideración que a mí mismo: habituado a la

dureza contra mí y a menudo hasta vengando en mí esa consideración.

Acnbillado por moscas venenosas y horadado, como una piedra, por muchas gotas de maldad, así fue como me encontraba entre ellos y además me decía a mí mismo: «¡inocente es todo lo pequeño en su pequeñez!»

De manera especial aquellos que se llaman a sí mismos «los buenos» encontré que eran las moscas más venenosas: pican con toda inocencia, mienten con toda inocencia; ¡cómo iban a ser capaces de ser frente a mí — justos!

A quien vive entre los buenos la compasión le enseña a mentir: La compasión hace el aire sofocante para todas las almas libres. En efecto, la estupidez de los buenos es insondable.

A ocultarme yo mismo y a ocultar mi riqueza — esto lo aprendí allí abajo: pues encontré que todos seguían siendo pobres de espíritu. La mentira de mi compasión fue ique yo sabía de todos y cada uno,

— que en cada uno veía y olía cuando en él había suficiente espíritu y cuando en él había ya demasiado espíritu!

A sus engreídos sabios: les llamaba sabios, no engreídos, — así fue como aprendí a tragar palabras. A sus sepultureros: les llamaba investigadores y examinadores, — así aprendí a intercambiar palabras.

Los sepultureros contraen enfermedades cavando. Bajo los viejos escombros descansan vapores malignos. No se debe remover el fango. Se debe vivir en las montañas.

¡Dichosas mis narices que vuelven a respirar la libertad de la montaña! ¡Se ha redimido por fin mi nariz del olor a toda naturaleza humana!

Por cortantes vientos cosquilleada, como por espumosos vinos, estornuda mi alma, — estornuda y se grita a sí misma: ¡Salud!

Así habló Zaratustra.

* * *

DE LOS TRES MALES

1.

En un sueño, en el último sueño de la mañana, me encontraba yo hoy encima de un promontorio, — más allá del mundo, sostenía una balanza y p e s a b a el mundo.

¡Oh, qué pronto me llegó la aurora: me despertó con su ardor, esa celosa! Celosa está siempre de los ardores de mis sueños matinales.

Mensurable para quien tiene tiempo, ponderable para un buen pesador, accesible para alas vigorosas, adivinable para cascanueces divinos: así encontró mi sueño el mundo: —

Mi sueño, un navegante intrépido, medio buque, media bonasca, igual de silencioso que las manposas, impaciente como los halcones: ¿cómo es que hoy ha tenido en realidad calma y tiempo para pesar el mundo!

¿Le habrá alentado en secreto mi sabiduría, mi risueña y despierta sabiduría diurna que se burla de todos los «mundos infinitos»? Pues ella dice: «donde hay fuerza, allí también el número se convierte en dueño: tiene más fuerza.»

Con qué seguridad contemplaba mi sueño este mundo infinito, sin curiosidad, sin indiscreción, sin miedo, sin súplica: —

— como si una buena manzana se le ofreciese a mi mano, una manzana de oro, madura, de piel suave, fresca y aterciopelada: — así se me ofrecía el mundo: —

— como si un árbol, me hiciera señas, un árbol de amplio ramaje, de voluntad fuerte, torcido para apoyo y hasta escabel del caminante cansado: así se levantaba el mundo en mi promontono: —

— como si gráciles manos me ofrecieran un cofrecillo, — un cofrecillo abierto para delicia de ojos púdicos y reverentes: así se me presentaba hoy el mundo: —

— ni enigma suficiente como para espantar el amor de hombres, ni solución suficiente como para adormecer la sabiduría de hombres: — ¡una cosa humanamente buena me resultaba hoy el mundo del que se dicen cosas tan malas!

¡Cuánto agradezco a mi sueño de la mañana el haber pesado así hoy temprano al mundo! ¡Como algo humanamente bueno me vino a mí ese sueño y consuelo del corazón!

Y para hacer igual que él durante el día, copiar e imitar lo mejor que tiene: voy ahora a poner en la balanza las tres cosas peores y sopesarlas bien al modo humano. —

Quien aquí ha enseñado a bendecir, ha enseñado también a maldecir: ¿cuáles son las tres cosas más maldecidas del mundo? Estas voy a ponerlas sobre la balanza.

Voluptuosidad, afán de dominio, egoísmo: estas tres cosas han sido hasta hoy las más maldecidas, las que peor reputación han tenido y de las que se han dicho las mayores mentiras, — estas tres cosas voy a pesar humanamente bien.

¡Adelante! Aquí está mi promontorio y ahí el mar: éste se aproxima revolcándose hasta mí, hirsuto, adulador, el viejo y fiel monstruo de perro de cien cabezas que yo amo.

¡Adelante! Aquí voy a sostener la balanza sobre el ondulado mar: y elijo también un testigo que lo vea, — ¡a ti, árbol ermitaño, a ti de intenso aroma y de ancha copa que yo amo! —

¿Sobre qué puente va el ahora hacia el pasado? ¿Qué fuerza obliga a lo alto a bajar hasta lo bajo? ¿Y qué es lo que precisamente ordena al más alto — que siga aún creciendo más? —

Ahora está la balanza equilibrada y quieta: tres preguntas difíciles he puesto en ella, tres respuestas difíciles en el otro platillo.

* * *

2.

Voluptuosidad: para todos los que desprecian el cuerpo y se visten de cilicio, aguijón y estaca, y entre los trasmundanos anatematizada como «mundo»: pues se burla y se mofa de todos los maestros de la confusión y del error.

Voluptuosidad: para la canalla el fuego lento en que se abrasa; para toda la madera carcomida, para todos los andrajos malolientes el siempre dispuesto horno de ardor y gorgoteo.

Voluptuosidad: para los corazones libres, es inocente y libre, la dicha del paraíso de la tierra, rebosamiento de gratitud de todo futuro para con el ahora.

Voluptuosidad: sólo para el mustio un veneno dulzón, pero para los de voluntad de león el gran confortamiento del corazón, y el vino de los vinos guardado con esmero y con respeto.

Voluptuosidad: la gran felicidad que simboliza la mayor felicidad y esperanza suprema. Porque a muchas cosas se les ha prometido el matrimonio y más que el matrimonio. —

— A muchas cosas que entre sí son más extrañas que hombre y mujer: — ¡y quién ha comprendido por completo l o e x t r a ñ o s que son entre sí hombre y mujer!

Voluptuosidad: — pero quiero poner coto a mis pensamientos y hasta a mis palabras: ¡para que los cerdos y los fanáticos no penetren en mis jardines! —

Afán de dominio: el látigo incandescente de los más duros de entre los duros de corazón; el cruel martirio que se reserva incluso al más cruel; la sombría llama de vigorosas hogueras.

Afán de dominio: el maligno freno colocado a los pueblos más vanidosos; el escarnio de toda virtud incierta; algo que cabalga encima de todos los caballos y todos los orgullos.

Afán de dominio: el terremoto que rompe y revienta todo lo que está podrido y falso; el retumbante, encolerizado y justiciero destructor de sepulcros blanqueados; el signo de interrogación relampagueante al lado de respuestas prematuras.

Afán de dominio: ante su mirada el hombre se arrastra y se humilla, se esclaviza y se hace más bajo que la serpiente y el cerdo: — hasta que por fin de él clama el gran desprecio — .

Afán de dominio: la terrible maestra del gran desprecio, que a ciudades e imperios les predica a la cara «¡fuera de aquí!» — hasta que ellos mismos gritan «¡fuera yo de aquí!»

Afán de dominio: que, sin embargo, asciende seductor también hasta los puros y solitarios, que asciende hasta las alturas autosuficientes, ardiente como un amor que seductor pinta bienaventuranzas purpúreas en el cielo terrenal.

Afán de dominio: pero ¿quién llamaría afán a que lo elevado descienda a la apetencia del poder! ¡En verdad nada de enfermizo ni de apasionado hay en semejante apetencia y rebajamiento!

Que la altura solitaria no se aísle eternamente y sea eternamente autosuficiente; que la montaña baje al valle y los vientos de la altura a las hondonadas: —

¡Oh, quién encontraría el nombre adecuado que podría darse a esta virtud del afán! «Virtud dadivosa» — así denominó en otro tiempo Zaratustra a lo innombrable.

Y entonces ocurrió también, — ¡y en verdad ocurrió por primera vez! — que su palabra llamó dichoso al egoísmo, al egoísmo sano y saludable que brota de un alma poderosa: —

— de un alma poderosa a la que pertenece un cuerpo excelso, el cuerpo bello, victorioso, reconfortante en torno al cual todas las cosas se convierten en espejo:

— el cuerpo dúctil, persuasivo, el bailarín del que es símbolo y extracto el alma que goza de sí misma. El goce de sí mismo de semejantes cuerpos y almas se denomina a sí mismo: «virtud.»

Con sus palabras sobre el bien y el mal se resguarda semejante goce de sí mismo como si fueran arboledas sagradas; con los nombres de su dicha destierra de sí todo lo despreciable.

Lejos de sí destierra todo lo cobarde; dice: lo malo — ¡es cobarde! Despreciable le resulta quien se preocupa, suspira y se lamenta constantemente y quien rebusca hasta las ventajas más pequeñas.

Desprecia también toda sabiduría lastimera: pues, en verdad, hay también sabiduría que florece en lo oscuro, una sabiduría de sombras nocturnas que siempre está suspirando: «¡Todo es vanidad!»

Tiene en poco a la desconfianza temerosa y a todo aquel que quiere juramentos en vez de miradas y manos: igualmente a toda sabiduría que es demasiado desconfiada, — pues una así es propia de almas cobardes.

Por menos aún tiene a quien es dado a la rápida complacencia, al perruno que enseguida se tumba de espaldas, al humilde; y también hay sabiduría que es humilde y perruna y piadosa y dada a la rápida complacencia.

Para él es completamente odioso y un asco quien nunca quiere defenderse, quien se traga esputos venenosos y miradas torvas, el demasiado paciente, quien todo lo tolera, quien con todo se contenta: pues ésta es la naturaleza servil.

Sobre alguien que bien es servil ante dioses o puntapiés divinos, bien lo es ante hombres y opiniones estúpidas de hombres: ¡escupe sobre t o d o tipo de siervo, ese dichoso egoísmo!

Malo: así llama a todo lo que dobla las rodillas y es mezquino y servil, a los ojos que no parpadean libremente, a los corazones oprimidos y a esa especie de gente falsa y condescendiente que besa con labios anchos y cobardes.

Y sabiduría falsa: así llama a todo ingenio de los siervos y ancianos y fatigados; y de una manera especial a toda la necedad maligna de sacerdote, extravagante, excesivamente ingeniosa.

Los falsos sabios, todos los sacerdotes, los fatigados y aquellos cuya alma es de la especie de las mujeres y los siervos, — ¡oh, qué malos juegos le han jugado desde siempre al egoísmo!

¡Y precisamente debiera ser virtud y llamarse virtud el que se jugase malos juegos al egoísmo! ¡Y «desinteresados» — es lo que querían para sí con buenas razones todos esos cobardes y arañas cruceras!

Pero a todos ellos les llega ahora el día, la transformación, la espada de la justicia, e l g r a n m e d i o d í a : ¡entonces habrán de ponerse de manifiesto muchas cosas!

Y quien declara al yo sano y santo y al egoísmo glorioso, verdaderamente ése dice también lo que sabe, es un profeta: «¡ H e a q u í q u e l l e g a , q u e e s t á y a c e r c a e l g r a n m e d i o d í a ! »

Así habló Zaratustra.

* * *

DEL ESPÍRITU DE LA GRAVEDAD

1.

Mi habla — es del pueblo: de manera demasiado ruda y cordial hablo para los conejos de seda. Y más extraña aún suena mi palabra a todos los calamares y plumíferos.

Mi mano — es una mano de necio: ¡ay de todas las mesas y paredes y de todo lo que ofrece aún lugar al ornamento de un necio o los garabatos de un necio!

Mi pie — es una pata de caballo; con él voy al trote corto y troto por montes y valles, a lo largo y ancho de los campos y al galope tendido siento el placer del demonio.

Mi estómago —¿es tal vez el estómago de un águila? Pues lo que más le gusta es la carne de cordero. Pero es con toda seguridad el estómago de un ave.

Alguien que se alimenta de cosas inocentes y de poco, dispuesto con impaciencia a volar, de alejarse volando — así es mi condición: ¡cómo no iba a haber en ella algo de la condición de las aves!

Y de una manera especial el ser enemigo del espíritu de la gravedad es algo propio de la condición de las aves: ¡en verdad enemigo mortal, enemigo jurado, enemigo ancestral! ¡Oh, adonde no ha volado ya y ha perdido la onentación volando mi enemistad!

Sobre ello podría cantar una canción — — y v o y a cantarla: aun estando solo en la casa vacía y tenga que cantarla para mis propios oídos.

Estoy seguro de que hay otros cantores a quienes sólo una casa llena les vuelve la garganta suave, la mano elocuente, los ojos expresivos, el corazón despierto: yo no me parezco a ellos. —

* * *

2.

Quien un día enseñe a los hombres a volar, habrá cambiado de sitio los mojones; los mismos mojones subirán volando por el aire hasta donde él va, bautizará de nuevo a la tierra — dándole el nombre de «La ligera».

El avestruz corre más rápido que el caballo más veloz, pero también esconde precisamente la cabeza dentro de la pesada tierra: así como el hombre que aún no puede volar.

Entiende que la tierra y la vida son pesadas; ¡y así lo q u i e r e el espíritu de la gravedad! Pero quien quiera volverse ligero y convertirse en un pájaro, ése ha de amarse a sí mismo: es lo que y o enseño.

Y no en verdad con el amor de los enfermos y adictos: ¡porque en ellos hasta el amor propio exhala mal olor!

Hay que aprender a amarse a sí mismo — es lo que yo enseño — con un amor sano y saludable: a fin de soportarse a sí mismo y no andar vagabundeado de un lado para otro.

Un vagabundeo semejante se denomina a sí mismo «amor al prójimo»: con esta palabra se han dicho hasta ahora las mayores mentiras y cometido las mayores hipocresías, y de una manera especial han llegado a ello quienes resultaban gravosos a todo el mundo.

Y en verdad no es un mandamiento para hoy y para mañana a p r e n d e r a amarse a sí mismo. Es de entre todas las artes más bien la más delicada, la más astuta, la fundamental y la más paciente de todas.

Porque todo lo que uno posee está bien oculto para el poseedor; y de todos los tesoros escondidos es el propio el último que se desentierra, — así actúa el espíritu de la gravedad.

Casi ya desde la cuna se nos dota de palabras y valores pesados: «bueno» y «malo» — así se denomina esa dote. Y por causa de ella se nos perdona el que vivamos.

Y dejamos que los pequeñitos vengan a nosotros para impedirles a tiempo que se amen a sí mismos: así actúa el espíritu de la gravedad.

Y nosotros — ¡arrastramos fielmente aquello de que se nos dota, sobre hombros robustos y sobre ásperas montañas! Y si sudamos se nos dice entonces: «Sí, la vida es una carga pesada.»

¡Pero el hombre es para sí mismo la única carga pesada! Y es así porque sobre los hombros arrastra demasiadas cosas ajenas. Al igual que el camello dobla las rodillas y deja que le carguen bien.

De manera especial el hombre fuerte y de carga, al que es inherente el respeto y veneración: carga sobre sí demasiadas palabras y valores pesados ajenos, — ¡entonces la vida le parece un desierto!

¡Y en verdad! ¡También muchas c o s a s p r o p i a s son una carga pesada! Y mucho de lo que hay en el interior del hombre es como la ostra, esto es, nauseabundo y resbaladizo y difícil de agarrar —,

— de manera que tiene que intervenir a su favor una concha noble con nobles adornos. Pero hay que aprender también este arte: ¡ T e n e r una concha y una bella apariencia y una ceguera inteligente!

Muchas veces uno se engaña sobre algunas cosas del ser humano por el hecho de que muchas conchas son pobres y tristes y son demasiado concha. Nunca se adivina la mucha verdad y fuerza que hay ocultas; ¡los más exquisitos bocados no encuentran degustadores!

Las mujeres, las más exquisitas de ellas, lo saben: un poco más gordas, un poco más delgadas — ¡oh cuántos destinos dependen de tan poca cosa!

El hombre es difícil de descubrir y lo más difícil de todo es descubrirse a sí mismo; a menudo el espíritu miente a propósito del alma. Así actúa el espíritu de la gravedad.

Pero a sí mismo se ha descubierto quien dice: éste es m i bien y mal: con ello ha acallado al topo y al enano que dicen «bueno para todos, malo para todos».

En verdad tampoco me gustan aquellos para quienes cualquier cosa es buena y éste es el mejor de los mundos. A éstos los llamo los omnisatisfechos.

Omnisatisfacción que sabe saborear todo: ¡no es el mejor gusto! Yo venero las lenguas y estómagos obstinados y selectivos que aprendieron a decir «yo» y «sí» y «no».

Pero masticar y digerir todo — ¡es algo propio de la condición del cerdo! Decir siempre i-a — ¡es algo que sólo ha aprendido el asno y quien es de su mismo espíritu! —

El amarillo intenso y el rojo vehemente: es lo que m i gusto quiere, — el que mezcla sangre con todos los colores. Pero quien pinta de blanco su casa me delata un alma blanqueada.

De momias se enamoran los unos, los otros de fantasmas; y ambos son de igual modo enemigos de toda carne y toda sangre — ¡oh, cómo repugnan ambos mi gusto! Porque lo que a mí me gusta es la sangre.

Y no quiero vivir ni quedarme allí donde todo el mundo escupe y esputa: esto es de m i gusto, — preferiría más bien vivir entre ladrones y perjuros. Nadie lleva oro en la boca.

Pero me repugnan aún más todos los lamedores de escupitajos; y al más repugnante animal humano con que me topé le he bautizado con el nombre de parásito: éste no ha querido amar pero sí vivir del amor.

Desventurados llamo a todos los que no tienen más que una elección: convertirse en animales malvados o en domadores malvados: entre gente así no me construiría refugios.

Desventurados llamo también a aquellos que t i e n e n siempre que esperar, — no son de mi gusto: todos los aduaneros y tenderos y reyes y otros guardianes de países y de tiendas.

En verdad yo también aprendí a esperar y a fondo, — pero sólo a esperarme a m í . Y aprendí a estar en pie y a caminar y a correr y a saltar y a trepar y a bailar por encima de todo.

Pero ésta es mi doctrina: quien quiera aprender a volar un día, tiene que aprender primero a estar en pie y a caminar y a correr y a saltar y a trepar y a bailar: ¡a volar no se aprende volando!

Con escalas de cuerda aprendí a escalar muchas ventanas, con piernas ágiles trepé a elevados mástiles: estar sentado en elevados mástiles del conocimiento no me parecía pequeña bienaventuranza, —

— al igual que pequeñas llamas flamear sobre elevados mástiles: ¡ciertamente una luz pequeña y, sin embargo, un gran consuelo para navegantes y náufragos extraviados! —

Por múltiples caminos y maneras he llegado a mi verdad; no por una sola escala subí hasta la altura desde la que mis ojos recorren mi lejanía.

Y lo que nunca me ha gustado ha sido preguntar por caminos, — ¡era algo nunca de mi gusto! Prefería preguntar e investigar los caminos mismos.

Investigar y preguntar fue todo mi caminar: — ¡y en verdad hay que a p r e n d e r también a responder a semejante preguntar! Pues esto — es de mi gusto:

— no uno bueno, no uno malo, pero m i gusto, del que ya ni me avergüenzo ni lo oculto.

«Este — es mi camino — ¿dónde está el vuestro? Así respondí a aquellos que me preguntaban "por el camino". Porque e l camino — ¡ése no existe!»

Así habló Zaratustra.

* * *

DE VIEJAS Y NUEVAS TABLAS

1.

Aquí estoy sentado y espero rodeado de viejas tablas rotas y también de tablas nuevas a medio escribir. ¿Cuándo llegará mi hora?

— la hora de mi descenso, de mi ocaso: porque todavía quiero ir una vez más hasta los hombres.

Es lo que estoy esperando: que tienen primero que llegar las señales de que es m i hora, — es decir, el león riente con la bandada de palomas.

Mientras tanto me hablo a mí mismo como alguien que tiene tiempo. Nadie me cuenta nada nuevo: por ello me cuento cosas a mí mismo.

* * *

2.

Cuando llegué junto a los hombres, les encontré asentados sobre una vieja presunción: todos parecían saber ya desde hacía mucho tiempo qué es lo bueno y lo malo para el hombre.

Un asunto viejo y fatigoso les parecía a ellos todo hablar sobre la virtud; y quien quería dormir bien, antes de ir a dormir seguía hablando todavía sobre el «bien» y sobre el «mal».

Turbé esta somnolencia cuando enseñé: lo que es bueno y lo que es malo, es algo que todavía no lo sabe nadie: — ¡a excepción del creador!

—Pero éste es el que crea la meta del hombre y da a la tierra su sentido y su futuro: solamente éste crea el que algo sea bueno o malo.

Y les ordené que derribaran sus viejas cátedras y cualquiera que fuera el lugar donde se había asentado esa presunción; les ordené que se rieran de sus grandes maestros de la virtud y de sus santos y sus poetas y redentores del mundo.

De sus sabios sombríos les ordené que se rieran, y de cualquiera que como un espantapájaros negro en tono amonestador se hubiese asentado sobre el árbol de la vida.

Yo mismo me senté en su gran calle de los sepulcros e incluso junto a la carroña y los buitres — y me reí de todo su pasado y su esplendor mustio y decadente.

En verdad al igual que los predicadores de penitencia y que los necios grité yo cólera y justicia sobre todas sus cosas grandes y pequeñas — , ¡incluso lo mejor de ellos es pequeño! ¡Incluso lo peor de ellos es pequeño! — así me reía.

Mi sabio anhelo gritaba y se reía en mí así, anhelo que ha nacido en las montañas y ¡es en verdad sabiduría salvaje! — mi gran anhelo de zumbantes alas.

Y a menudo me arrastraba lejos y hacia arriba y por encima de todo en medio de la risa: y allí volaba yo más bien estremecido, una flecha, a través de un éxtasis embriagado de sol:

— allá afuera hacia remotos futuros que ningún sueño había visto todavía, hacia sudes más ardientes que los que jamás se habían imaginado los artistas: hacia allí donde los dioses al bailar se avergüenzan de sus vestidos: —

— de modo que puede que yo hable en parábolas e igual que los poetas cojeo y balbuceo: ¡y en verdad me avergüenzo de tener aún que ser poeta! —

Hacia allí donde todo devenir me pareció baile de dioses y petulancia de dioses, y el mundo desatado y turbulento y que vuelve volando hacia sí mismo: —

— como el eterno huir de muchos dioses unos de otros y el volver a buscarse, como el dichoso contradecirse, el volverse a oír, el pertenecerse mutuamente de muchos dioses: —

hacia allí donde todo tiempo me pareció un dichoso escarnio de los momentos, donde la necesidad era la libertad misma que jugaba feliz con el aguijón de la libertad: —

hacia allí donde volví también a encontrar a mi viejo demonio y enemigo mortal, el espíritu de la gravedad y todo lo que él creó: coacción, precepto, necesidad y consecuencia y finalidad y consecuencia y voluntad y bien y mal: —

¿Pues no tiene que existir algo sobre lo que y más allá de lo que se pueda bailar? ¿No tienen que existir por razón de los ligeros, los más ligeros — topos y pesados enanos?

* * *

3.

Allí fue también donde yo recogí del camino la palabra «superhombre», y que el hombre es algo que tiene que ser superado,

— que el hombre es un puente y no una meta: que se llama a sí mismo bienaventurado a causa de su mediodía y de su atardecer, como camino que es hacia nuevas auroras:

— la palabra de Zaratustra sobre el gran mediodía, y todo lo demás que he pendido por encima de los hombres, cual segundas auroras purpúreas.

En verdad también les he hecho ver nuevas estrellas junto con nuevas noches; y por encima de nubes y del día y de la noche extendí además la risa como una bóveda multicolor.

Les enseñé todo mi arte y mis aspiraciones: a componer y reunir en unidad lo que de fragmento hay en el hombre y de enigma y horrible azar, —

— como poeta, descubridor de enigmas y redentor del azar les enseñé a crear en el futuro, y todo lo que fue —, redimirlo de forma creadora.

Redimir lo que hay de pasado en el hombre y recrear todo «fue» hasta que diga la voluntad: «¡Así fue como lo quería! Así es como lo querré — »

— a esto lo denominé para ellos redención, sólo les enseñé a llamar redención a esto. — —

Ahora estoy esperando mi redención —, ir hasta ellos por última vez.

Porque todavía quiero ir una vez hasta los hombres: i e n t r e ellos quiero llegar al ocaso, al morir les daré el más rico de mis dones!

Del sol aprendí esto cuando se pone, el superabundante: es cuando derrama oro sobre el mar desde una riqueza inagotable, —

— ¡así que el pescador más pobre rema también con remos d e o r o ! Porque esto fue lo que vi una vez y no me cansé de llorar contemplándolo. —

Al igual que el sol quiere ponerse Zaratustra: ahora está sentado aquí y espera, rodeado de viejas tablas rotas y también de tablas nuevas, — a medio escribir.

* * *

4.

Mira, aquí hay una tabla nueva: pero ¿dónde están mis hermanos, que la lleven conmigo al valle y dentro de corazones de carne? —

Esto es lo que ordena mi gran amor a los más distantes: i n o d e s b u e n t r a t o a t u p r ó j i m o ! El hombre es algo que tiene que ser superado.

Hay muchos modos y maneras de superación: ¡no tienes más que mirar! Pero sólo un bufón piensa: «el hombre es algo p o r e n c i m a de lo que también se puede s a l t a r.»

Supérate a ti mismo incluso en tu prójimo: ¡y un derecho que puedas arrebatar para ti, no has de permitir que te lo den!

Lo que tú haces es algo que nadie puede volver a hacértelo a ti. Mira, no hay retribución alguna.

Quien no puede mandarse a sí mismo debe de obedecer. Y muchos p u e d e n mandarse a sí mismos, ¡pero es mucho lo que falta para que también se obedezcan a sí mismos!

* * *

5.

Así lo quiere la especie de las almas nobles: no quiere tener nada g r a t i s, y menos que nada la vida.

Quien forma parte de la plebe quiere vivir gratis; pero nosotros los otros, a quienes la vida se nos entregó, — ¡nosotros siempre estamos pensando sobre q u é es lo mejor que vamos a dar a c a m b i o!

Y en verdad es un lenguaje noble el que dice: «lo que la vida n o s promete a n o s o t r o s, eso queremos — mantenerle en promesa a la vida!»

Uno que no da nada a disfrutar no debe querer disfrutar. Y — ¡uno no debe de querer disfrutar!

Pues el disfrute y la inocencia son las cosas más púdicas: ninguna de las dos quiere que se la busque. Hay que t e n e r l a s —, ¡mas ha de b u s c a r s e más bien culpa y dolores! —

* * *

6.

Oh hermanos, quien es primerizo es siempre sacrificado. Más nosotros somos primerizos.

Nosotros todos nos desangramos en altares secretos, ardemos y nos asamos todos en honor de viejas imágenes de ídolos.

Lo mejor de nosotros es todavía joven: esto estimula a viejos paladares. Nuestra carne es tierna, nuestra piel no es más que piel de cordero: — ¡cómo no íbamos a estimular a viejos sacerdotes de ídolos!

En n o s o t r o s m i s m o s vive aún él, el viejo sacerdote de ídolos que asa lo mejor de nosotros para su banquete. ¡Ay, hermanos, cómo no iban a ser los principiantes víctimas!

Pero así lo quiere nuestra especie; y amo a quienes no quieren preservarse a sí mismos. A los que sucumben les amo con todo mi amor; pues ellos pasan al otro lado.

* * *

7.

Ser veraces — ¡pocos lo p u e d e n ! Y quien lo puede ¡todavía no lo quiere! Pero quienes menos lo pueden son los buenos.

¡Oh, estos buenos! — l o s h o m b r e s b u e n o s n u n c a d i c e n l a v e r d a d ; para el espíritu ser bueno así es una enfermedad.

Ellos ceden, estos buenos se rinden, su corazón repite lo de otros, en el fondo obedece. ¡Pero quien obedece n o s e o y e a s í m i s m o !

Todo lo que los buenos entienden como bueno tiene que juntarse para que nazca una verdad: oh, hermanos, ¿sois vosotros también lo suficientemente malos para e s t a verdad?

La audacia temeraria, la gran desconfianza, la cruel negativa, el hastío, la incisión en lo vivo — ¡qué raro es que todo esto se junte! Pero de una semilla así — ¡se genera la verdad!

¡ A l l a d o d e la mala conciencia ha crecido hasta ahora todo el saber! ¡Romped, rompedme, vosotros seres de conocimiento, las viejas tablas!

* * *

8.

Cuando el agua tiene maderos, cuando puentecillos y barandillas saltan sobre la corriente: en verdad no hay nadie detrás que crea al que dice: «Todo fluye.»

Aun los mismos tontos le contradicen. ¿Cómo? Dicen los tontos, ¿que todo fluye? ¡Pero si hay maderos y barandillas s o b r e la corriente!

« S o b r e la corriente todo está fijado con firmeza, todos los valores de las cosas, los puentes, conceptos, todo "bien" y todo "mal": todo esto está f i j a d o c o n f i r m e z a » —

En cuanto llega el duro invierno, el domador de ríos, hasta los más ingeniosos aprenden desconfianza; y, en verdad, no sólo los tontos dicen entonces: «¿No será que todo — p e r m a n e c e i n m ó v i l ? »

«En el fondo todo permanece inmóvil» — , es una genuina teoría de invierno, una buena cosa para un tiempo estéril, un buen consuelo para invernantes y trashogueros.

«En el fondo todo permanece inmóvil» — : ¡pero c o n t r a e l l o levanta su voz el viento del deshielo!

El viento del deshielo, un toro que no es un toro de labrar, — un toro furioso, un destructor que rompe hielo con coléricas astas. Pero el hielo — — i r o m p e l o s p u e n t e c i l l o s!

Oh hermanos, ¿no va todo ahora fluyendo? ¿No se han caído al agua todas las barandillas y puentecillos? ¿Quién puede todavía adherirse al «bien» y al «mal»?

«¡Ay de nosotros! ¡Que nos llegue la salvación! ¡Sopla el viento del deshielo! — ¡predicadme esto, hermanos, por todas las pequeñas calles!»

* * *

9.

Existe una vieja ilusión que se llama bien y mal. Hasta hoy en día en torno a adivinos y astrólogos ha girado la rueda de esta ilusión.

En otro tiempo se c r e í a en adivinos y astrólogos: y p o r e l l o se creía que «¡Todo es destino!: ¡debes porque estás obligado!»

En cambio después se desconfió de todos los adivinos y astrólogos: y p o r e l l o se creyó que «¡Todo es libertad: puedes porque quieres!»

Oh, hermanos, sobre las estrellas y el futuro hasta hoy día no se han hecho más que figuraciones, pero no se ha sabido nada; y p o r e l l o sobre el bien y el mal no se han hecho hasta hoy día más que figuraciones, ¡no se ha sabido nada!

* * *

10.

«¡No hurtarás! ¡No matarás!», — estas palabras fueron calificadas en otro tiempo de santas; ante ellas uno doblaba la rodilla y agachaba la cabeza y se descalzaba.

Pero yo os pregunto: ¿dónde en el mundo hubo alguna vez mejores bandidos y asesinos que tales santas palabras?

¿No hay en toda misma vida — robo y asesinato? Y al calificar a esas palabras de santas, ¿no se asesinó de ese modo — a la v e r d a d misma?

¿O fue una predicación de la muerte que calificó de santo a lo que iba en contra de la vida y disuadía de ella? — Oh hermanos, ¡romped, rompedme las viejas tablas!

* * *

11.

Mi compasión por todo lo pasado es ver: que ha sido abandonado, —

— ¡abandonado a la gracia, al espíritu, a la locura de cada generación que llega y vuelve a interpretar todo lo que fue transformándolo en su propio puente!

Podría venir un gran déspota, un perspicaz diablo que con su clemencia e inclemencia forzase y constriñese todo lo que es pasado: hasta que se convirtiera para él en puente y en presagio y en heraldo y en canto de gallo.

Pero ése es el otro peligro y mi otra compasión: — quien es de la plebe en sus recuerdos va hasta el abuelo, — pero con el abuelo termina el tiempo.

Así se ha abandonado todo lo que es pasado: pues podría un día ocurrir que la plebe se convirtiese en señor y ahogase todo tiempo en aguas poco profundas.

Por ello, oh hermanos, se necesita una n u e v a n o b l e z a que sea enemiga de toda plebe y todo despotismo y sobre tablas nuevas escriba de nuevo la palabra «noble».

¡Porque se necesitan muchos nobles y muchos tipos de nobles p a r a q u e e x i s t a l a n o b l e z a ! O como dije yo en otro tiempo a modo de parábola: «¡La divinidad es precisamente el que existan dioses pero no dios!»

* * *

12.

Oh hermanos, os consagro y os indico una nueva nobleza: habéis de convertiros para mí en engendradores y cultivadores y sembradores del futuro, —

— en verdad no una nobleza que podríais comprar al igual que los tenderos y con oro de tenderos: pues poco es el valor que tiene todo lo que tiene un precio.

¡Que de ahora en adelante sea para vosotros vuestro honor no de dónde venís, sino adonde vais! ¡Que vuestra voluntad y vuestro pie, que quieren ir más allá de vosotros mismos, — sean vuestro nuevo honor!

En verdad no el que hayáis servido a un príncipe — ¡qué importan ya los príncipes! — o que os hayáis convertido en baluarte de lo que existe ¡a fin de que sea más firme!

No el que vuestra estirpe se haya hecho galante en cortes y vosotros aprendieseis a estar en pie con ropas de colores, al igual que un flamenco, durante horas en estanques poco profundos.

— Pues p o d e r estar en pie es un mérito de cortesanos; y todos los cortesanos creen que es parte de la bienaventuranza de después de la muerte — ¡el que s e p e r m i t a estar sentado! —

Tampoco el que un espíritu al que llaman santo condujese a vuestros antepasados a tierras prometidas que yo no alabo: pues donde creció el peor de todos los árboles, la cruz, — ¡en esa tierra no hay nada que alabar! —

— y en verdad adonde quiera que ese «espíritu santo» condujera a sus caballeros, tales cruzadas iban p r e c e d i d a s — ¡de cabras y gansos y estrafalanos y chiflados! —

Oh hermanos, ¡no hacia atrás ha de mirar vuestra nobleza, sino h a c i a a d e l a n t e ! ¡Habéis de ser los desplazados de todas las patrias y países de antepasados!

Habéis de amar el p a í s d e v u e s t r o s h i j o s: que este amor sea vuestra nobleza nueva, — ¡el no descubierto, el que está en el más lejano mar! ¡A su continua búsqueda ordeno que salgan vuestras velas!

En vuestros hijos habéis de e n m e n d a r el que seáis hijos de vuestros padres: i d e e s t e m o d o habéis de redimir todo lo pasado! ¡Sobre vosotros pongo esta nueva tabla!

* * *

13.

«¿Para qué vivir? ¡Todo es vanidad! Vivir — es trillar paja — es quemarse y, sin embargo, no calentarse.» —

Semejante anticuado palabreo sigue siendo considerado aún «sabiduría»; pero por ser viejo y rancio se lo respeta más. También el moho ennoblece. —

Y quien a los niños les permitía hablar así: i t i e n e n a v e r s i ó n al fuego porque les quema! Hay mucho infantilismo en los viejos libros de la sabiduría.

Y aquel que siempre «trilla paja», ¡cómo iba a estarle permitido difamar el trillar! A semejantes necios habría que amordazarles!

Ésos se sientan a la mesa y no traen nada consigo, ni siquiera el hambre saludable: — y entonces maldicen diciendo «¡todo es vanidad!»

Pero comer y beber bien, oh hermanos, ¡no es en verdad un arte vano! ¡Romped, rompedme las tablas de los eternos descontentos!

* * *

14.

«Para el puro es todo puro», — así habla el pueblo. Pero yo os digo: ¡para los cerdos todo se vuelve cerdo!

Por ello los fanáticos y los hipócritas de cabeza gacha, que llevan también el corazón dolorido, predican: «el mundo mismo es un monstruo cenagoso.»

Pues todos ellos son de espíritu poco limpio; pero de manera especial aquellos que no tienen tranquilidad ni descanso, a no ser que vean el mundo por detrás, — ¡los transmundanos!

A ésos les digo yo a la cara, aunque no suene agradable: el mundo se asemeja al hombre en que tiene un trasero, — ¡todo esto es cierto!

Hay en el mundo mucho estiércol: ¡todo esto es cierto! Pero no por ello el mundo mismo es ya un monstruo cenagoso.

Hay sabiduría en que muchas de las cosas del mundo huelen mal: ¡hasta la náusea crea alas y fuerzas que presienten manantiales!

En el mejor hay siempre algo que produce náuseas; ¡y el mejor es siempre algo que tiene que ser superado! —

Oh hermanos, ¡hay mucha sabiduría en que haya mucho estiércol en el mundo! —

* * *

15.

Tales sentencias se las he oído decir a su conciencia a transmundanos piadosos; y en verdad sin malicia ni falsedad, — si bien no hay todavía en el mundo nada más falso ni malicioso.

«¡Deja, por favor, que el mundo sea el mundo! ¡No levantes ni siquiera un dedo en contra!»

«Deja a quien quiera que estrangule y apuñale y saje y desuelle a la gente: ¡No levantes ni siquiera un dedo en contra! Así aprenderán a renunciar al mundo.»

«Y tu propia razón — a ésta tú mismo has de ahogarla y estrangularla; pues es una razón de este mundo, — así aprenderás tú mismo a renunciar al mundo.» —

— ¡Romped, rompedme, oh hermanos, estas viejas tablas de los piadosos! ¡Destrozad con vuestra palabra las sentencias de los calumniadores del mundo!

* * *

16.

«Quien mucho aprende, olvida todo deseo vehemente» — es algo que se susurran hoy día unos a otros en todas las callejuelas oscuras.

«¡La sabiduría fatiga, no vale la pena — nada; no has de tener deseos!» — esta nueva tabla la encontré colgada hasta en los mercados públicos.

¡Rompedme, oh hermanos, rompedme también esta n u e v a t a b l a ! Los cansados del mundo la han colgado allí, y los predicadores de la muerte y también los calaboceros: pues mirad, ¡es también una predicación para la esclavitud! —

Han aprendido mal y no las mejores cosas y todo demasiado prematuramente y todo con demasiada celeridad; y por haber c o m i d o mal tienen un estómago indigesto, —

— porque su espíritu es un estómago indigesto: i é l aconseja morir! Pues en verdad, hermanos, ¡el espíritu es un estómago!

La vida es un manantial de placer: pero para aquel por quien habla el estómago indigesto, el padre de la tribulación, todas las fuentes están envenenadas.

Conocer: ¡es placer para quien tiene voluntad leonina! Pero quien se ha cansado, ese mismo es al que se desea, con el que juegan todas las olas.

Y así es siempre la naturaleza de los hombres débiles: se pierden en sus caminos. Y al final pregunta aún su fatiga: «¡Para qué hemos en todo caso recorrido caminos! ¡Todo es igual!»

A é s o s les suena agradable a los oídos el que se predique: «No merece la pena nada! ¡No debéis querer!» Pero ésta es una predicación para la esclavitud.

Oh hermanos, cual viento fresco y estrepitoso viene Zaratustra para todos los cansados del camino; ¡todavía hará que muchas narices estornuden!

¡También a través de muros sopla mi aliento libre y hasta dentro de las cárceles y los espíritus encarcelados!

Querer hace libre: pues querer es crear: es lo que yo enseño. ¡Y n a d a m á s que para crear habéis de aprender!

¡Y también el aprender habéis de a p r e n d e r l o antes de mí, el aprender bien! — ¡Quien tenga oídos que oiga!

* * *

17.

Ahí está la barca, — puede que yendo al otro lado se llegue a la gran nada. — ¿Pero quién quiere subir a este «puede que»?

¡Nadie de vosotros quiere subir a la barca de la muerte! ¡Cómo es entonces que vais a estar cansados del mundo!

¡Cansados del mundo! ¡Y ni siquiera habéis sido personas apartadas de la tierra! ¡Ávidos de la tierra os he encontrado siempre, enamorados del propio e s t a r f a t i g a d o d e l a t i e r r a!

No en vano os cuelga el labio: — ¡sobre él sigue estando un pequeño deseo por la tierra! Y en el ojo — ¿no está flotando en él una nubecilla de inolvidable placer de tierra?

En la tierra hay muchos buenos inventos, los unos útiles, los otros placenteros: la tierra puede ser amada por su causa.

Y en ella hay diversas cosas tan bien inventadas que es como el seno de la mujer: al mismo tiempo que útiles son placenteras.

¡Pero vosotros cansados del mundo! ¡Vosotros holgazanes de la tierra! ¡Debéis ser azotados! ¡Con azotes han de despabilarse de nuevo vuestras piernas!

Así pues: si no sois enfermos y tunantes decrépitos de quienes la tierra está cansada, entonces sois astutos holgazanes o

golosos y encamados gatos de placer. Y caso de que no queráis volver a c o r r e r alegremente, ¡habéis entonces — de ir al otro mundo!

De incurables no ha de quererse ser médico: así lo enseña Zaratustra: — ¡así que habéis de ir al otro mundo!

Pero se requiere más c o r a j e para poner un fin que para escribir un nuevo verso: esto lo saben todos los médicos y todos los poetas. —

* * *

18.

Oh hermanos, hay tablas que creó la fatiga y tablas que creó la pereza, la pereza indolente: aun hablando de igual modo, quieren, sin embargo, que se las oiga de diferente manera. —

¡Mirad aquí a este hombre desfalleciente! Tan sólo a un palmo se encuentra de su meta, pero por la fatiga se ha echado obstinado ahí en el polvo: ¡este valiente!

Por la fatiga bosteza al camino y a la tierra y a la meta y a sí mismo: no quiere seguir dando ningún paso más, — ¡este valiente!

Ahora arde el sol sobre él, y los perros lamen su sudor, pero ahí yace en su obstinación y prefiere desfallecer. —

— ¡Desfallecer a un palmo de su meta! En verdad tendréis que llevarle a su cielo tirando de los cabellos, — ¡a este héroe!

Mejor aún que le dejéis tendido ahí donde él se ha echado hasta que le llegue el sueño, el consolador, con refrescante y estrepitosa lluvia:

dejadle echado hasta que se despierte por sí mismo, — ¡hasta que por sí mismo se retracte de toda fatiga y de todo lo que en él mostraba ser fatiga!

Sólo que, hermanos, ahuyentéis de él a los perros, a los rastreros perezosos y a todas las sabandijas enjambradas: —

— todas las sabandijas enjambradas de los «cultos», que con el sudor de todo héroe — ¡se deleitan! —

* * *

19.

Formo círculos en torno a mí y fronteras sagradas; van disminuyendo los que suben conmigo a montañas cada vez más altas, — construyo una cordillera de montañas cada vez más sagradas. —

Pero adondequiera que subáis conmigo, oh hermanos: ¡tened cuidado de que un p a r á s i t o no suba con vosotros!

Parásito: es un tipo de gusano que se arrastra, dócil, que quiere engordar con vuestros rincones enfermos y lastimados.

Y su arte consiste en e s t o , en adivinar los puntos cansados de las almas ascendentes: en vuestro pesar y en vuestro enojo, en vuestro delicado pudor construye su nauseabundo nido.

Allí donde el fuerte es débil, el noble demasiado benévolo, — allí dentro construye su nauseabundo nido: el parásito habita donde el grande tiene sus pequeños rincones lastimados.

¿Cuál es la especie más elevada de todo ser y cuál la más baja? El parásito es la especie más baja; pero quien es de la especie más elevada, ése alimenta a la mayor parte de los parásitos.

Pues el alma que tiene la escala más larga y que puede descender más profundo: ¿cómo no iban a asentarse en ella la mayor parte de los parásitos? —

— el alma más amplia, que más lejos puede correr y errar y vagar dentro de sí; la más necesaria que por placer se precipita en el azar: —

— el alma que existe y se sumerge en el devenir; la que posee, que q u i e r e participar en el querer y el desear: —

— la que va huyendo de sí misma, la que se alcanza a sí misma en el ámbito más amplio; el alma más sabia a la que con más dulzura habla la necedad: —

— la que más se ama a sí misma, en la que todas las cosas tienen su corriente y contracorriente y su flujo y reflujo: — oh, ¿cómo e l a l m a m á s s u b l i m e no iba a tener los peores parásitos?

* * *

20.

Oh hermanos, ¿es que soy yo cruel? Mas yo digo: ¡a lo que está cayendo se lo debe además empujar!

Todas las cosas de hoy — están cayendo, declinando: ¿quién iba a querer mantenerlas! Pero yo — ¡yo q u i e r o además empujarlas!

¿Conocéis el placer que hace rodar piedras a sus profundidades? — Estos hombres de hoy: ¡miradles, por favor, cómo ruedan a mis profundidades?

¡Soy, hermanos, un preludio de mejores jugadores! ¡Un ejemplo! ¡ O b r a d según mi ejemplo!

Y a quien no enseñáis a volar, ¡enseñadle — a c a e r m á s d e p r i s a ! —

* * *

21.

Yo amo a los valientes: pero no es suficiente con ser un espadachín, — ¡hay que saber también c o n t r a q u i é n se es espadachín!

Y con frecuencia hay más valentía en contenerse y en pasar de largo: i a f i n de reservarse para un enemigo más digno!

No habéis de tener más que enemigos a los que odiar, pero no enemigos a quienes despreciar: tenéis que estar orgullosos de vuestro enemigo: así lo he enseñado yo ya una vez.

Para el enemigo más digno, oh amigos, habéis de reservaros: por ello tenéis que pasar de largo de muchas cosas, —

— en especial de mucha canalla que aturde vuestros oídos hablando del pueblo y de pueblos.

¡Mantened limpio vuestro ojo de su pro y de su contra! En ello hay mucha justicia, mucha injusticia: quien se queda contemplándolo se pone furioso.

Verlo, golpear — viene a ser lo mismo: ¡por ello marchad a los bosques y dejad que vuestra espada duerma!

¡Id por v u e s t r o s caminos! ¡Y dejad al pueblo y a los pueblos que vayan por los suyos! — ¡caminos en verdad oscuros en los que ya no fucila ni siquiera una esperanza!

¡Que el tendero gobierne allí donde todo lo que todavía brilla — es oro de tendero! Ya no es época de reyes: lo que hoy se llama a sí mismo pueblo no se merece reyes.

Mirad precisamente cómo estos pueblos actúan ahora igual que si fuesen tenderos: ¡recogen las más insignificantes ventajas de cualquier basura!

Se acechan unos a otros, se sonsacan cosas unos a otros, — a esto lo llaman «buena vecindad». Oh dichoso tiempo lejano en el que un pueblo se decía a sí mismo: «¡quiero ser de otros pueblos — s e ñ o r ! »

Porque, hermanos: ¡lo mejor ha de gobernar, lo mejor q u i e r e también gobernar! Y donde se enseña una doctrina diferente, allí — f a l t a lo mejor.

* * *

22.

Si é s o s — tuviesen el pan gratis, ¡ay! ¡Tras de qué irían é s o s gritando! Su sustento — es su auténtico entretenimiento; ¡y han de tenerlo difícil!

Son unas fieras: en su «trabajo» hay también robo, en su «ganancia» — ¡hay además también engaño! ¡Por ello han de tenerlo difícil!

Así que han de hacerse mejores fieras, más sutiles, más astutas, m á s p a r e c i d a s a h o m b r e s : pues el hombre es la mejor fiera.

A todos los animales les ha arrebatado ya el hombre sus virtudes: eso significa que de todos los animales el hombre es el que lo ha tenido más difícil.

Ya solamente las aves están por encima de él. Y si el hombre aprendiese a volar, ¡ay!, ¡ h a s t a c u á n t a a l t u r a — volaría su rapacidad!

* * *

23.

Así quiero yo al hombre y a la mujer: al uno apto para la guerra, a la otra apta para parir, más a ambos aptos para bailar con la cabeza y con las piernas.

¡Y tengamos por perdido el día en que no se bailó ni una vez! ¡Y sea para nosotros una falsedad toda verdad en la que nunca hubo una carcajada!

* * *

24.

Vuestro casamiento: ¡mirad que no sea una mala c o n - c e r t a c i ó n ! Habéis concertado con demasiada prisa: ¡ l a c o n s e c u e n c i a de ello es — el quebrantamiento!

¡Y mejor todavía cometer adulterio que torcer el matrimonio, que mentir en el matrimonio! De esta manera me habló una mujer: «seguramente cometí yo adulterio, pero primero el matrimonio me adulteró — a mí.»

Encontré siempre a los mal apareados como a las personas más vengativas: hacen pagar a todo el mundo el que no puedan ya andar solos.

Pos esa razón quiero que los honestos se digan entre sí: «nos amamos: i v e a m o s si podemos seguir amándonos! ¿O es que ha de ser nuestra promesa una equivocación?»

— «¡Dadnos un plazo y un pequeño matrimonio de manera que veamos si servimos para el gran matrimonio! ¡Es un gran asunto estar siempre ambos a dos!»

Es lo que aconsejo a todos los honestos; ¡y cómo sería mi amor al superhombre y a todo lo que ha de venir si yo aconsejara y hablara de otro modo!

No os quedéis sólo en propagaros, sino propagaos h a c i a a r r i b a — ¡que a ello, hermanos, os ayude el jardín del matrimonio!

* * *

25.

Quien ha llegado a conocer los viejos orígenes, veréis cómo terminará buscando manantiales del futuro y nuevos orígenes. —

Oh hermanos, no pasará mucho tiempo hasta que surjan n u e v o s p u e b l o s y nuevas fuentes desciendan estrepitosamente hasta las profundidades.

Porque el terremoto — es algo que ciega muchos pozos, que provoca muchos desmayos: también saca a la luz poderes y secretos internos.

El terremoto revela nuevas fuentes. En el terremoto de viejos pueblos brotan nuevas fuentes.

Y quien entonces grita: «Mira, un pozo para muchos sedientos, un corazón para muchos anhelantes, una voluntad para muchas herramientas»: — en torno a él se congrega un pueblo, esto es: muchos tanteadores.

Quién puede ordenar, quién puede obedecer — i e s o e s l o q u e a q u í s e t a n t e a ! ¡Ay con qué prolongada búsqueda y aciertos y fracasos y aprendizajes y nuevos tanteos!

La sociedad humana: es un tanteo, así es como yo lo enseño, — una larga búsqueda: ¡ella, sin embargo, busca al que ordena!, —

— un tanteo, ¡hermanos! ¡Y n o u n contrato! ¡Romped, rompedme tal palabra de los corazones débiles y de los indecisos!

* * *

26.

¡Oh hermanos! ¿En quiénes reside precisamente el mayor peligro de todo futuro del hombre? ¿No está en los buenos y justos?, —

— en quienes dicen y sienten en el corazón: «ya sabemos lo que es bueno y justo, hasta lo poseemos; ¡ay de aquellos que siguen buscando por aquí!»

Y cualquiera que sean los daños que pueden hacer los malos: el daño de los buenos es el más dañino de los daños.

Y cualquiera que sean los daños que pueden hacer los calumniadores del mundo: el daño de los buenos es el más dañino de los daños.

Oh hermanos, una vez uno miró dentro del corazón de los buenos y los justos y dijo: «son fariseos.» Pero no se le entendió.

A los buenos y justos mismos no les estaba permitido entenderle: su espíritu es prisionero de su buena conciencia. La estupidez de los buenos es insondablemente sagaz.

Pero la verdad es ésta: los buenos t i e n e n q u e ser fariseos, — ¡no tienen opción!

¡Los buenos t i e n e n que crucificar al que se inventa su propia virtud! ¡Esta es la verdad!

Pero el segundo que descubrió su país, país, corazón y tierra de los justos: fue quien preguntó: «¿quién es al que más odian?»

Al c r e a d o r es al que más odian: a quien rompe tablas y viejos valores, al que rompe le llaman delincuente.

Porque los buenos — no s o n c a p a c e s de crear: son siempre el principio del fin: —

— crucifican al que escribe nuevos valores sobre nuevas tablas, sacrifican a s í m i s m o s el futuro, — ¡crucifican todo futuro del hombre!

Los buenos — siempre fueron el principio del fin. —

* * *

27.

Oh hermanos, ¿entendisteis también esta palabra? ¿Y lo que dije en otro tiempo acerca del «último hombre»? — —

¿En quiénes reside el mayor peligro de todo futuro del hombre? ¿No está en los buenos y los justos?

¡R o m p e d , d e s p e d a z a d a l o s b u e n o s y a l o s j u s t o s ! — Oh hermanos, ¿entendisteis también esta palabra?

* * *

28.

¿Huís de mí? ¿Estáis asustados? ¿Tembláis ante esta palabra?

Oh hermanos, cuando os ordené despedazar a los buenos y las tablas de los buenos: sólo entonces embarqué al hombre en su alta mar.

Y es ahora cuando le sobreviene el gran espanto, el gran mirar en torno de sí, la gran enfermedad, el gran asco, el gran mareo.

Falsas costas y falsa seguridad os enseñaron los buenos; en mentiras de los buenos nacisteis y os cobijasteis. Todo está en el fondo falseado y torcido por los buenos.

Pero quien descubrió el país «hombre» descubrió también el país «futuro del hombre». ¡Ahora habéis de ser para mí marineros, intrépidos, pacientes!

¡Id a tiempo erguidos, oh hermanos, aprended a ir erguidos! El mar está enfurecido: muchos quieren vuestra ayuda para volver a erguirse

El mar está enfurecido: todo está en el mar. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Viejos corazones de marinero!

¡La patria! Nuestro timón quiere t o m a r r u m b o hacia donde está el p a í s d e nuestros h i j o s : ¡en ese rumbo, más furioso que el mar se precipita nuestro gran anhelo! —

* * *

29.

«¿Por qué tan duro? — le dijo una cierta vez al diamante el carbón de cocina; ¿es que no somos parientes cercanos?»

«¿Por qué tan blandos?» Oh hermanos, a vosotros y o os hago esta pregunta: ¿es que no sois — mis hermanos?

¿Por qué tan blandos, de tan poca resistencia y dúctiles? ¿Por qué hay tanta negación, tanta denegación en vuestros corazones? ¿Tan poco destino en vuestra mirada?

Y si no queréis ser destinos, si no queréis ser inexorables: ¿cómo podríais conmigo — conseguir la victoria?

Y si vuestra dureza no quiere producir destellos y cortar y despedazar: ¿cómo podríais vosotros un día conmigo — crear?

Porque los creadores son duros. Y una dicha tiene que pareceros imprimir la huella de vuestra mano sobre milenios cual si fueran cera, —

— una dicha escribir sobre la voluntad de milenios cual si fueran bronce, — más duros que el bronce, más nobles que el bronce. Sólo lo más noble es lo completamente duro.

Esta nueva tabla, oh hermanos, pongo sobre vosotros: ¡endureceos!

* * *

30.

¡Oh tú, voluntad mía! ¡Tú, que das vuelta a toda carencia, tú mi necesidad! ¡Cuídame de todas pequeñas victorias!

¡Tú, predestinación de mi alma, que yo llamo destino! ¡Dentro de mí! ¡Encima de mí! ¡Cuídame y guárdame para un gran destino!

Y tu última grandeza, voluntad, guárdala para tu final, — ¡de manera que seas inexorable en tu victoria! ¡Ay, quién no sucumbió a su victoria!

¡Ay, qué ojos no se han oscurecido en este ebrio crepúsculo! ¡Ay, qué pie no vaciló y se olvidó en la victoria — de estar de pie! —

— Que yo esté un día preparado y maduro en el gran mediodía: preparado y maduro cual el bronce incandescente, la nube preñada de relámpagos y la ubre túrgida de leche: —

— preparado para mí mismo y para mi voluntad más oculta: un arco ávido de la flecha, una flecha ávida de la estrella: —

— una estrella preparada y madura en su mediodía, incandescente, atravesada, feliz por las flechas destructoras del sol: —

— un sol ella misma y una voluntad inexorable de sol idispuesto a la aniquilación en la victoria!

¡Oh voluntad, giro de toda carencia, tú mi necesidad! ¡Guárdame para una gran victoria! —

Así habló Zaratustra.

* * *

EL CONVALECIENTE

1.

Una mañana, no mucho tiempo después de su regreso a la cueva, saltó Zaratustra del lecho como un loco, gritó con una voz terrible y gesticuló como si sobre el lecho estuviese acostado alguien que no quería levantarse; y fue tanto lo que sonó la voz de Zaratustra que sus animales, asustados, acudieron hasta allí, que de todas las cuevas y escondrijos, cercanos a la cueva de Zaratustra, salieron rápidamente todos los animales, — volando, aleteando, arrastrándose, saltando según les hubiesen sido dadas patas o alas. Pero Zaratustra dijo estas palabras:

¡Asciende, pensamiento abismal, de mis profundidades! Soy tu gallo y tu crepúsculo de la mañana, gusano adormecido: ¡arriba!, ¡arriba! ¡Mi voz va a despertarte con su canto de gallo!

Desprende las cadenas de tus oídos: ¡Escucha! ¡Porque quiero oírte! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Aquí hay suficiente trueno como para que también las tumbas aprendan a escuchar!

¡Y restriega de tus ojos el sueño y toda imbecilidad, toda ceguera! Óyeme también con tus ojos: mi voz es una medicina hasta para ciegos de nacimiento.

Y una vez que estés despierto habrás de permanecer eternamente despierto. No es mi costumbre despertar a tatarabuelas de su sueño para pedirles — ¡que sigan durmiendo!

¿Estás moviéndote, estirándote, resollando? ¡Arriba! ¡Arriba! No resollar — ¡hablar es lo que has de hacer! ¡Zaratustra, el ateo, te llama!

Yo, Zaratustra, el defensor de la vida, el defensor de la penalidad, el defensor del círculo — ¡te llamo a ti, el más abismal de mis pensamientos!

¡Dichoso de mí! Estás viniendo — ¡te oigo! ¡Mi abismo h a b l a , he hecho dar la vuelta a mi última profundidad en dirección a la luz!

¡Dichoso de mí! ¡Ven aquí! Dame la mano — — ¡ay! ¡No! ¡ay, ay! — — Asco, asco, asco — — — ¡ay de mí!

* * *

2.

Pero apenas hubo dicho Zaratustra estas palabras se desplomó como un muerto y permanecio largo tiempo como un muerto. Y cuando volvió en sí estaba pálido y temblaba y siguió tendido y durante mucho tiempo no quiso comer ni beber. Estuvo en este estado durante siete días; pero sus animales no le abandonaron ni de día ni de noche, excepción hecha del águila que salía volando a buscar comida. Y lo que recogía y robaba lo ponía en el lecho de Zaratustra: de manera que Zaratustra terminó por estar acostado entre amarillas y rojas bayas, uvas, manzanas rosadas, hierbas aromáticas y conos de piña. Mas a sus pies había dos corderos que el águila no sin dificultad había arrebatado a sus pastores.

A la postre, después de siete días, se incorporó Zaratustra sobre el lecho, tomó una manzana rosada en la mano, la olió y encontró que tenía un olor agradable. Entonces sus animales pensaron que había llegado el momento de hablar con él.

«Oh Zaratustra, dijeron, hace ya siete días que estás ahí acostado con ojos somnolientos: ¿no quieres por fin volver a levantarte?

Sal de tu cueva: el mundo te está esperando como a un jardín. El viento juega con densas fragancias que quieren venir hacia ti; y a todos los arroyos les gustaría correr tras de ti.

Todas las cosas te anhelan después de haber estado solo siete días, — ¡sal de tu cueva! ¡Todas las cosas quieren ser tus médicos!

¿Es que te ha venido un conocimiento nuevo, un conocimiento amargo, pesado? Yacías ahí cual masa fermentada, tu alma comenzaba a subir y rebosaba por todos sus extremos. — »

«¡Oh animales míos, respondió Zaratustra, seguid parloteando de ese modo y dejad que os escuche! Me reconforta en gran manera que parloteéis: donde se parlotea el mundo se extiende para mí ya como un jardín.

Qué agradable es que haya palabras y sonidos: ¿no son las palabras y los sonidos arco iris y puentes de ilusión tendidos hacia lo separado eternamente?

A cada alma le pertenece un mundo distinto; para cada alma son cada una de las demás almas un transmundo.

Entre lo más semejante es precisamente donde la ilusión miente de la manera más hermosa; pues el abismo más pequeño es el más difícil de franquear.

Para mí — ¿cómo iba a haber un fuera-de-mí? ¡No hay ningún afuera! Pero lo olvidamos ante cualquier sonido; ¡qué agradable es olvidar!

¿No les han sido acaso dados a las cosas nombres y sonido para que el hombre se reconforte con las cosas? El hablar es una hermosa necedad: con ello el hombre baila sobre todas las cosas.

¡Qué agradable es todo hablar y todas las mentiras de los sonidos! Con sonidos baila nuestro amor sobre arco iris multicolores. — »

— «Oh Zaratustra, dijeron a ello los animales, todas las cosas mismas bailan para aquellos que piensan como nosotros: vienen y se dan la mano y ríen y escapan — y regresan.

Todo se va, todo regresa; eternamente rueda la rueda del ser. Todo muere, todo vuelve a florecer, eternamente corre el año del ser.

Todo se rompe, todo vuelve a recomponerse; eternamente se construye la misma casa del ser. Todo se despide, todo vuel-

ve a saludarse; eternamente permanece fiel a sí mismo el anillo del ser.

En cada instante comienza el ser; en torno a cada aquí gira la bola allí. El medio está en todas partes. Sinuoso es el sendero de la eternidad.»

— ¡Oh truhanes bufones y organillos!, respondió Zaratustra y volvió a sonreír, qué bien sabéis lo que ha tenido que colmarse en siete días: —

— ¡y cómo aquel monstruo se arrastró dentro de mi garganta y me ahogó! Pero yo le arranqué la cabeza de un mordisco y la escupí lejos de mí.

Y vosotros, — ¿habéis hecho vosotros de ello ya una canción de organillo? Ahora yo, sin embargo, estoy aquí acostado, fatigado todavía de haber mordido y escupido entonces, enfermo aún de la propia redención.

¿Y vosotros habéis sido espectadores de todo eso? Oh animales míos, ¿sois también vosotros crueles? ¿Habéis querido contemplar mi gran dolor como hacen los hombres? Porque el hombre es el animal más cruel.

Viendo tragedias, corridas de toros y crucifixiones es como mejor se ha sentido hasta ahora en la tierra; y cuando él se inventó el infierno, mira por donde fue su cielo en la tierra.

Cuando el gran hombre grita — : inmediatamente acude el pequeño corriendo; y de ansiedad se le sale la lengua. Pero él llama a esto su «compasión».

El hombre pequeño, de manera especial el poeta, — ¡con qué fervor acusa a la vida con palabras! ¡Escuchadle, pero no paséis por alto el placer que hay en toda acusación!

A tales acusadores de la vida: la vida les supera con un parpadeo. «¿Tú me quieres?, dice la insolente; espera un poco todavía, aún no tengo tiempo para ti.»

El hombre es frente a sí mismo el animal más cruel; y siempre que se llame a sí mismo «pecador» y «portador de cruz» y «penitente», ¡no dejéis de oír la voluptuosidad que hay en ese lamento y esa acusación!

Y yo mismo — ¿quiero con ello ser acusador del hombre? Ay, animales míos, hasta ahora no he aprendido más que el

hombre necesita de lo peor que hay en él para lo mejor que hay en él, —

— que todo lo peor es su mejor f u e r z a y la piedra más dura para el creador supremo; y que el hombre tiene que hacerse mejor y más malvado: —

el leño de tormento a que he estado atado no h a s i d o que yo sé: que el hombre es malo, — sino que he gritado como todavía no ha gritado nadie:

«Ay, ¡qué pequeño es incluso lo peor que hay en él! Ay, ¡qué pequeño es incluso lo mejor que hay en él!»

El gran hastío del hombre — é l me ahogó y se arrastró dentro de mi garganta: y lo que el adivino predijo: «Todo es igual, nada merece la pena, el saber ahoga.»

Un largo crepúsculo cojeaba ante mí, una tristeza con fatiga de muerte, ebria de muerte que me hablaba con una boca bostezante.

«Eternamente retorna, el hombre del que estás fatigado, el hombre pequeño», — así bostezaba mi tristeza y arrastraba el pie y no podía dormirse.

En cueva se transformó para mí la tierra del hombre, su pecho se hundió, todo lo vivo se hizo para mí putrefacción de hombre y huesos y pasado corrompido.

Mis suspiros se sentaron sobre todos los sepulcros de los hombres y no podían ponerse de pie; mis suspiros y preguntas presagiaban desastres y ahogaban y roían y se lamentaban día y noche:

— «¡ay, el hombre retorna eternamente! ¡El hombre pequeño retorna eternamente!» —

Desnudos vi en otro tiempo a ambos, al hombre más grande y al hombre más pequeño: demasiado parecidos entre sí, — ¡demasiado humano incluso el más grande!

¡Demasiado pequeño el más grande! — ¡Fue el hastío de toda existencia!

Ay, ¡asco! ¡asco! ¡asco! — — Así habló Zaratustra y suspiró y tembló; pues se acordaba de su enfermedad. Pero entonces sus animales no le dejaron que siguiera hablando.

«¡No sigas hablando, convaleciente! — así le respondieron sus animales, sino sal fuera donde el mundo está esperándote como a un jardín.

¡Sal fuera junto a las rosas y las abejas y las bandadas de palomas! Pero de una manera especial junto a las aves cantoras: ¡para que de ellas aprendas a c a n t a r !

Porque cantar es para convalecientes; al sano le gusta hablar. Y aun cuando el sano quiere oír canciones, sin embargo, las quiere distintas a las del convaleciente.»

— «Oh truhanes bufones y organillos, mejor que os calléis! — respondió Zaratustra y se rió ligeramente de sus animales. ¡Qué bien conocéis el consuelo que me inventé yo mismo en siete días!

Que tenía que volver a cantar, — e s e consuelo me inventé y é s t a mi convalecencia: ¿queréis vosotros también hacer de ello de inmediato una canción de organillo?»

— «No sigas hablando, le respondieron de nuevo sus animales; ¡es mejor, convaleciente, que primero te prepares una lira, una nueva lira!

Pues tienes que mirar, ¡oh Zaratustra! ¡Para tus nuevas canciones se necesita de nuevas liras!

Canta y llénalo de estrépito, oh Zaratustra, cura con tus canciones el alma: de manera que portes ese tu gran destino que no ha sido todavía el destino de ningún hombre.

Pues tus animales saben bien, oh Zaratustra, quién eres y quién tienes que llegar a ser: mira, e r e s e l m a e s t r o d e l e t e r n o r e t o r n o —, ¡éste es ahora t u destino!

Por tener que ser el primero en enseñar esta doctrina, — ¿cómo este gran destino no iba a ser también tu mayor peligro y enfermedad?

Mira, nosotros sabemos lo que enseñas: que todas las cosas retornan eternamente y nosotros mismos con ellas, y que nosotros hemos existido ya infinitas veces, y todas las cosas con nosotros.

Enseñas que existe un gran año del devenir, un monstruo de un gran año: cual un reloj de arena tiene que darse la vuelta una y otra vez para volver a transcurrir y pararse: —

— de manera que todos estos años son idénticos a sí mismos, en lo más grande y también en lo más pequeño.

Y si tú ahora quisieras morir, oh Zaratustra: mira, también sabemos cómo entonces te hablarías a ti mismo: — ¡pero tus animales te piden que no te mueras todavía!

Hablarías y sin temblar, más bien tomando aliento de felicidad: pues se te quitarían una gran pesadez y un gran calor sofocante, ¡el más paciente de todos! —

Ahora muero y desaparezco, dirías, y en un instante seré nada. Las almas son tan mortales como los cuerpos.

Pero el nudo de las causas en que estoy enredado vuelve a retornar, — ¡él me creará de nuevo! Yo mismo formo parte de las causas del eterno retorno.

Retornaré, con este sol, con esta tierra, con este águila, con esta serpiente — n o a una nueva vida o una vida mejor o una vida semejante:

— retornaré eternamente a esta idéntica y misma vida, en lo más grande y en lo más pequeño, para volver a enseñar el eterno retorno de todas las cosas, —

— para pronunciar de nuevo la palabra del gran mediodía de la tierra y del hombre, para anunciar de nuevo a los hombres el superhombre.

He pronunciado mi palabra, estoy roto por mi palabra: así lo quiere mi eterna suerte — , ¡perezco como profeta!

Ha llegado ya la hora de que el que llega a su ocaso se bendiga a sí mismo. Así — t e r m i n a el ocaso de Zaratustra.» — —

Cuando los animales hubieron dicho estas palabras, se quedaron callados y esperaron a que Zaratustra les dijese algo: pero Zaratustra no oyó que estaban callados. Antes bien se quedó en silencio, con los ojos cerrados, parecido a alguien que duerme, aunque ya no dormía: pues estaba conversando con su alma. Pero la serpiente y el águila, como quiera que le encontraran de esta manera callado, respetaron el gran silencio que había a su derredor y se alejaron cuidadosamente.

* * *

DEL GRAN ANHELO

Oh alma mía, te he enseñado a decir «hoy» al igual que «una vez» y «en otro tiempo» y a bailar tu danza en corro más allá de todo aquí y ahí y allí.

Oh alma mía, te he rescatado de todos los rincones, he barrido de ti polvo, arañas y penumbra.

Oh alma mía, he lavado de ti el pequeño pudor y la virtud de los rincones y te he persuadido a estar desnuda ante los ojos del sol.

Con la tempestad que se llama «espíritu» soplé sobre tu mar agitado; soplando disipé de él todas las nubes, estrangulé hasta al estrangulador que se llama «pecado».

Oh alma mía, te he dado el derecho a decir no como la tempestad y a decir sí como el cielo despejado: silencioso como la luz estás y vas ahora a través de las tempestades negadoras.

Oh alma mía, te he devuelto la libertad sobre lo creado y lo no creado: ¿y quién conoce, como tú la conoces, la voluptuosidad de lo futuro?

Oh alma mía, te he enseñado el desprecio que no viene como la carcoma, el gran desprecio, el que ama, el que más ama allí donde más se desprecia.

Oh alma mía, te he enseñado a persuadir de tal modo que persuadas a los argumentos mismos a venir a ti: igual que el sol que persuade al sol a subir hasta su altura.

Oh alma mía, he quitado de ti todo obedecer doblando la rodilla y todo decir señor; te he dado a ti misma el nombre de «inversión de la necesidad» y de «destino».

Oh alma mía, te he dado nuevos nombres y juguetes multicolores, te he llamado «destino» y «amplitud de las amplitudes» y «ombligo del tiempo» y «campana azul».

Oh alma mía, a tu tierra le di a beber toda la sabiduría, todos los vinos nuevos y también todos los vinos inmemorialmente viejos y fuertes de la sabiduría.

Oh alma mía, he derramado sobre ti todo sol y toda noche y todo silencio y todo anhelo: — luego creciste para mí como una cepa.

Oh alma mía, superabundante y grávida estás ahora ahí, una cepa con hinchadas ubres y apretados racimos de moreno dorado: —

— apretada y oprimida por tu felicidad, expectante de superabundancia y hasta avergonzada por tu espera.

Oh alma mía, ¡en ningún lugar hay ahora un alma que ame tanto, que capte tanto y sea de tanta amplitud! ¿Dónde estarían futuro y pasado más próximos el uno al otro que en ti?

Oh alma mía, te he dado todo y todas mis manos se han vaciado en ti: — ahora me dices sonriendo y llena de melancolía: ¿quién de nosotros tiene que estar agradecido? —

— ¿El que da no tiene que dar las gracias porque el que toma tome? ¿No es tomar — compadecerse? —

Oh alma mía, entiendo la sonrisa de tu melancolía: ¡tu inmensa riqueza misma extiende ahora manos anhelantes!

¡Tu plenitud mira ahora por encima de mares estrepitosos y busca y espera!; ¡el anhelo de la superabundancia mira desde el cielo sonriente de tus ojos!

Y en verdad, ¡oh alma mía! ¿Quién no vería tu sonrisa y se desharía en lágrimas? Los mismos ángeles se deshacen en lágrimas por la excesiva bondad de tu sonrisa.

Tu bondad y excesiva bondad son las que no quieren lamentarse y llorar: y sin embargo tu sonrisa, oh alma mía, anhela aún las lágrimas y tu trémula boca el sollozo.

«¿No es todo llanto un lamento? ¿Y no es todo lamento una acusación?» Así te hablas a ti misma y por ello prefieres, oh alma mía, sonreír a echar fuera tu sufrimiento.

— ¡a echar fuera en mares de lágrimas todo el sufrimiento por tu plenitud y por el apremio de la cepa por el vendimiador y la podadera!

Pero si no quieres llorar, no quieres deshacer en llanto tu purpúrea melancolía, ¡tendrás entonces que c a n t a r, oh alma mía! — Mira, yo mismo estoy sonriendo, yo que te predije tales cosas:

— cantar, con un canto estrepitoso, hasta que todos los mares se acallen para escuchar tu anhelo, —

— hasta que sobre silenciosos y anhelantes mares se balancee la barca, la áurea maravilla en torno a cuyo oro brincan todas las buenas, malas y maravillosas cosas: —

— también muchos grandes y pequeños animales y todo lo que tiene prodigiosos pies ligeros para así correr por senderos violetas, —

— hacia la áurea maravilla, la barca voluntaria, hacia su señor: mas éste es el vendimiador que está esperando con su podadera de diamante, —

— tu gran liberador, oh alma mía, el anónimo — — ¡para el que sólo cantos futuros encontrarán nombres! Y en verdad, tu aliento exhala el aroma de cantos futuros, —

— ¡estás ardiendo ya y estás soñando, ya estás bebiendo sedienta de todos los profundos y sonoros pozos del consuelo, descansando está ya tu melancolía en la felicidad de futuros cantos! — —

Oh alma mía, ahora te he dado ya todo, hasta lo último que tenía, y todas mis manos se han vaciado en ti: — ¡e l h a b e r t e p e d i d o q u e c a n t e s, mira, fue mi última cosa!

El haberte pedido cantar, y ahora di, di: ¿quién de nosotros tiene ahora — que dar las gracias? — Mejor todavía: ¡canta para mí, canta, oh alma mía! ¡Y a mí déjame que dé las gracias! —

Así habló Zaratustra.

* * *

LA OTRA CANCIÓN DE BAILE

1.

«En tus ojos he mirado hace muy poco, oh vida: oro he visto fulgurar en tus ojos oscuros como la noche, — este placer paralizó mi corazón:

— ¡una barca de oro vi fulgurar en tenebrosas aguas, una barca de oro balanceante que se sumergía, tomaba agua, volvía a hacer señas!

A mi pie furioso de bailar lanzaste una mirada balanceante, llena de risa, inquisitiva, cadenciosa:

solamente dos veces hiciste sonar las castañetas con pequeñitas manos — entonces ya mi pie se balanceó con furia de bailar. —

Mis talones se alzaron, los dedos de mis pies se ponían a escuchar para entenderte: porque el bailarín en efecto lleva el oído — ¡en los dedos de los pies!

Salté hacia ti: entonces retrocediste escapando de mi salto; ¡y contra mí silbaba la lengua de tu cabello que huía y que volaba!

Me aparté de ti de un salto y de tus serpientes: allí estabas tú ya, medio vuelta, los ojos llenos de deseo.

Con miradas torvas — me enseñas caminos curvos; en caminos curvos mi pie aprende — ¡astucias!

Te temo a ti cerca, te amo lejana; tu huida me atrae, tu búsqueda me afirma: — sufro, ¡pero qué no he sufrido a gusto por ti!

Por ti cuya frialdad inflama, cuyo odio seduce, cuya huida sujeta, cuya burla — conmueve el corazón:

— ¡quién no te aborrecería a ti, maestra en el compromiso, en el envolvimiento, en la tentación, en la búsqueda, en el hallazgo! ¡Quién no te amaría a ti, pecadora inocente, impaciente, rápida como el viento, de ojos infantiles!

¿Adonde me arrastras ahora, portento y desenfreno? ¡Y ahora vuelves a huir de mí, dulce niño travieso y ser ingrato!

Sigo tu baile, sigo hasta tu más pequeña huella. ¿Dónde estás? ¡Dame la mano!, ¡aunque no sea más que un dedo!

Aquí hay cuevas y espesuras: ¡nos extraviaremos! — ¡Alto! ¡Detente! ¿No ves revolotear búhos y murciélagos?

¡Tú, búho! ¡Tú, murciélago! ¿Quieres burlarte de mí? ¿Dónde estamos? De los perros has aprendido esa manera de aullar y ladrar.

Tú me gruñes cariñosamente con dientecitos blancos, ¡tus malvados ojos se lanzan contra mí de esa melenita ensortijada!

Este es un baile por valles y montes: yo soy el cazador, — ¿quieres ser mi perro o mi gamuza?

¡Ahora, a mi lado! ¡Y rápido, malvada saltadora! ¡Ahora, arriba! ¡Y al otro lado! — ¡Ay! ¡Yo mismo me he caído al saltar!

¡Mírame tumbado, tú arrogancia, e implorando clemencia! ¡Contigo me gustaría — recorrer más placenteras sendas!,

— ¡sendas del amor a través de silenciosos arbustos multicolores! O por allí a lo largo del lago: ¡donde nadan y bailan peces de color de oro!

¿Te encuentras ahora cansada? Al otro lado hay ovejas y atardeceres: ¿no es hermoso dormir cuando los pastores tocan la flauta?

¿Estás muy cansada? Yo te llevaré ¡no tienes más que dejar caer los brazos! Y tienes sed, — seguramente tendría algo, ¡pero tu boca no lo quiere beber! —

¡Oh, esta serpiente maldita, ágil, flexible y bruja escurridiza! ¿Dónde te has ido? ¡Pero de tu mano siento en la cara dos puntitos y manchas rojas!

¡Estoy verdaderamente cansado de ser siempre tu estúpido pastor! Tú, bruja, hasta ahora te he cantado a ti, ¡ahora t ú has de — gritarme!

¡Al compás de mi látigo has de bailar y gritar para mí! ¿He olvidado tal vez el látigo? — ¡No!» —

* * *

2.

Entonces me respondió la vida de este modo y al hacerlo me tapaba los gráciles oídos:

«¡Oh Zaratustra! ¡No chasquees tan espantosamente tu látigo! Lo sabes bien: el ruido asesina los pensamientos, — y precisamente ahora me vienen pensamientos muy tiernos.

Nosotros, ambos, somos dos auténticos malhechores y bienhechores. Más allá del bien y del mal hemos encontrado nuestra isla y nuestro prado verde — ¡solos nosotros dos! ¡Por ello tenemos que ser bueno el uno para con el otro!

Y aun no amándonos en el fondo — , ¿es necesario ser rencoroso si no se ama en el fondo?

Y que soy bueno contigo y a menudo demasiado bueno es algo que tú sabes: y la razón son los celos por tu sabiduría. ¡Ah, esa loca necia vieja de la sabiduría!

Si de ti se alejase una vez tu sabiduría, ¡ah!, entonces se alejaría de inmediato también mi amor.» —

En ese momento miró pensativa la vida tras de sí y alrededor de sí y dijo en un tono de voz suave: «¡Oh Zaratustra, tú no me eres lo suficientemente fiel!

Mucho es lo que falta para que me ames tanto como dices; sé que estás pensando en abandonarme pronto.

Hay una vieja pesada, pesada, campana vibrante: sus vibraciones de por la noche suben hasta tu cueva: —

— cuando oyes a esta campana dar la hora a medianoche, entonces piensas en ello entre la una y las doce —

estás pensando, oh Zaratustra, lo sé, ¡en abandonarme pronto! — »

«Sí, respondí titubeante, pero también tú lo sabes — .» Y le dije algo al oído por entre sus alborotados, amarillos, disparatados mechones de cabello.

¿Lo sabes, oh Zaratustra? Eso no lo sabe nadie. — —

Y nos miramos el uno al otro y dirigimos la mirada a la verde pradera sobre la que en ese momento caía la frescura de la tarde y lloramos juntos. — Sin embargo, entonces la vida me era más querida que lo que nunca me había sido mi sabiduría. —

Así habló Zaratustra.

* * *

3.

¡Una!
¡Oh hombre! ¡Ten cuidado!

¡Dos!
¿Qué dice la profunda medianoche?

¡Tres!
«Yo dormía, dormía — ,

¡Cuatro!
»Me desperté de un profundo sueño: —

¡Cinco!
»El mundo es profundo,

¡Seis!
»Y más profundo que lo pensado por el día,

¡Siete!
»Profundo es su dolor — ,

¡Ocho!
»El placer — más profundo que la pena:

¡Nueve!
»El dolor dice: ¡Pasa!

¡Diez!
»Pero todo placer quiere eternidad — ,

¡Once!
» — ¡quiere profunda, profunda eternidad!»

¡Doce!

* * *

LOS SIETE SELLOS
(O: LA CANCIÓN DEL SÍ Y DEL AMÉN)

1.

Si soy un adivino y estoy lleno de aquel espíritu profetizador que camina por una elevada colina entre dos mares, —

que camina entre lo pasado y lo futuro como una pesada nube, — enemiga de hondonadas sofocantes y de todo lo que está fatigado y no puede morir ni vivir:

pronta para el relámpago en el oscuro seno y para el rayo de luz liberador, preñada de relámpagos que dicen ¡sí!, que ríen ¡sí!, pronta para resplandores de relámpagos profetizadores: —

— ¡dichoso, sin embargo, quien está preñado de cosas semejantes! ¡Y en verdad mucho tiempo tiene que estar colgado de la montaña cual profunda tormenta quien un día ha de encender la luz del futuro! —

¡oh, cómo no iba yo a estar apasionado por la eternidad y por el anillo nupcial de los anillos, — por el anillo del retorno!

Todavía no he encontrado nunca a la mujer de la que desear tener hijos, a no ser esta mujer a la que amo: ¡pues te amo, oh eternidad!

¡Pues te amo, oh eternidad!

* * *

2.

Si mi ira alguna vez quebrantó sepulcros, removió mojones y echó a rodar viejas tablas rotas por escarpadas profundidades:

si mi escarnio alguna vez dispersó al viento palabras enmohecidas e hice de escoba para arañas cruceras y de viento que barre para viejas y lóbregas cámaras mortuorias:

si lleno de júbilo alguna vez me senté allí donde yacen enterrados viejos dioses, bendiciendo al mundo, amando al mundo, junto a los monumentos de antiguos calumniadores del mundo: —

— porque incluso amo a las iglesias y a los sepulcros de dioses sólo si el cielo mira con ojos limpios a través de sus derruidos techos; me gusta sentarme cual la hierba y la amapola roja sobre iglesias derruidas: —

Oh, ¡cómo no iba a estar apasionado por la eternidad y por el anillo nupcial de los anillos, — el anillo del retorno!

Todavía no he encontrado nunca a la mujer de la que desear tener hijos, a no ser esta mujer a la que amo: ¡pues te amo, oh eternidad!

¡Pues te amo, oh eternidad!

* * *

3.

Si llegó a mí alguna vez un hálito del soplo creador y de esa celestial necesidad que fuerza incluso a los azares a bailar danzas de estrellas:

si reí alguna vez con la risa del relámpago creador al que sigue enconado pero obediente el trueno largo de la acción:

si jugué alguna vez a los dados con dioses en la mesa de dioses de la tierra, de manera que la tierra temblaba y se resquebrajaba y resoplando lanzaba ríos de fuego: —

— porque una mesa de dioses es la tierra que está temblando de nuevas palabras creadoras y del tirar de dados de los dioses: —

Oh, ¿cómo no iba a estar apasionado por la eternidad y por el anillo nupcial de los anillos, — el anillo del retorno?

Todavía no he encontrado nunca a la mujer de la que desear tener hijos, a no ser esta mujer a la que amo: ¡pues te amo, oh eternidad!

¡Pues te amo, oh eternidad!

* * *

4.

Si bebí alguna vez un largo trago de aquel espumeante jarro de mezclar especias en el que todas las cosas están bien mezcladas:

si mi mano alguna vez vertió lo más lejano con lo más próximo y fuego con espíritu y placer con penalidad y lo más malvado con lo más bondadoso:

si soy yo mismo un grano de aquella sal salvadora que hace que todas las cosas se mezclen bien en el jarro de mezclar: —

— porque hay una sal que une lo bueno con lo malo; y hasta lo peor es digno de ser condimento y de ser el último rebosamiento: —

Oh, ¡cómo no iba a estar apasionado por la eternidad y por el anillo nupcial de los anillos, — el anillo del retorno!

Todavía no he encontrado nunca a la mujer de la que desear tener hijos, a no ser esta mujer a la que amo: ¡pues te amo, oh eternidad!

¡Pues te amo, oh eternidad!

* * *

5.

Si amo al mar y a todo lo que es de la especie del mar y cuando más lo amo es cuando más airadamente me contradice:

si existe en mí ese placer por buscar, que impulsa las velas hacia lo no descubierto, si en mi placer hay un placer por navegar:

si mi júbilo alguna vez gritó: «la costa ha desaparecido, — ahora ha caído para mi la última cadena —

— lo ilimitado brama en torno a mí, allá lejos resplandecen para mí tiempo y espacio, ¡bien!, ¡bien!, ¡viejo corazón!» —

Oh, ¡cómo no iba a estar apasionado por la eternidad y por el anillo nupcial de los anillos, — el anillo del retorno!

Todavía no he encontrado nunca a la mujer de la que desear tener hijos, a no ser esta mujer a la que amo: ¡pues te amo, oh eternidad!

¡Pues te amo, oh eternidad!

* * *

6.

Si es mi virtud la virtud de un bailarín y con ambos pies a menudo he saltado en un éxtasis de oro y esmeralda:

si mi maldad es una maldad que ríe, que mora entre pendientes de rosas y setos de lirios:

— porque en la risa se reúne toda la maldad, aunque canonizada y absuelta por su propia dicha: —

y si mi alfa y omega es que todo lo pesado se vuelve ligero, todo cuerpo bailarín, todo espíritu ave: ¡y en verdad esto es mi alfa y omega! —

Oh, ¿cómo no iba a estar apasionado por la eternidad y por el anillo nupcial de los anillos, — el anillo del retorno?

Todavía no he encontrado nunca a la mujer de la que desear tener hijos, a no ser esta mujer a la que amo: ¡pues te amo, oh eternidad!

¡Pues te amo, oh eternidad!

* * *

7.

Si sobre mí extendí alguna vez silenciosos cielos y volé con alas propias a cielos propios:

si jugando nadé a profundas lejanías de luz, y mi libertad logró una sabiduría de ave: —

— mas así es como habla una sabiduría de ave: «Mira, ¡no hay ni arriba ni abajo! ¡Lánzate de uno en otro lado, hacia fuera, hacia atrás, tú que eres ligero! ¡Canta! ¡No hables más!» —

Oh, ¡cómo no iba a estar apasionado por la eternidad y por el anillo nupcial de los anillos, — el anillo del regreso!

Todavía no he encontrado nunca a la mujer de la que desear tener hijos, a no ser esta mujer a la que amo: ¡pues te amo, oh eternidad!

¡Pues te amo, oh eternidad!

* * *

ASÍ HABLÓ ZARATUSTRA

UN LIBRO PARA TODOS Y PARA NADIE

CUARTA Y ÚLTIMA PARTE

Ay, ¿en qué lugar del mundo ha habido mayores necedades que entre los compasivos? ¿Y qué cosa en el mundo ha traído más sufrimiento que las necedades de los compasivos?

¡Ay de todos aquellos amantes que no han logrado aún la grandeza de estar por encima de su compasión!

Así me habló una vez el demonio: «También Dios tiene su infierno: es su amor a los hombres.»

Y hace poco le oí decir estas palabras: «Dios ha muerto; Dios ha muerto a causa de su compasión por los hombres.»

Así habló Zaratustra «De los compasivos»
(II, pág. 233)

LA OFRENDA DE LA MIEL

Y volvieron a pasar lunas y años por el alma de Zaratustra y él no lo advertía; pero su cabello se volvió blanco. Un día, cuando se encontraba sentado sobre una piedra delante de la cueva y silencioso miraba el exterior, — pues desde allí se divisa a lo lejos el mar y a lo lejos escarpados abismos — sus animales, pensativos, daban vueltas a su derredor hasta que finalmente se pusieron delante de él.

«Oh Zaratustra, dijeron, ¿estás buscando tal vez con la mirada tu felicidad?» — «¡Qué importa la felicidad!, respondió, hace tiempo que ya no pretendo felicidad, lo que pretendo es mi obra.» — «Oh Zaratustra, volvieron a hablar los animales, lo dices como uno que está saturado de bien. ¿Es que no estás acostado sobre un lago de felicidad azul como el cielo?» — «Vosotros, truhanes, repondió Zaratustra y sonrió, ¡qué bien habéis elegido la comparación! Pero sabéis también que mi felicidad es pesada y no como una ola fluida de agua: me oprime y no quiere apartarse de mí y actúa como la pez derretida.» —

Entonces los animales, pensativos, se pusieron a dar vueltas de nuevo a su derredor y otra vez volvieron a ponerse delante de él. «Oh Zaratustra, dijeron, ¿depende entonces de ello el que tú mismo estés poniéndote cada vez más amarillo y oscuro aunque tu cabello pretenda ser blanco y del color del lino? ¡Tienes que ver que estás sentado en tu pez!» — «Qué

estáis diciendo, animales míos, dijo Zaratustra y además se rió, en verdad ha sido una infamación haber hablado de la pez. Me ocurre lo que a todos los frutos que maduran. Es la miel que hay en mis venas la que hace mi sangre más espesa y también mi alma más silenciosa.» — «Así va a ser, oh Zaratustra, respondieron los animales arremolinándose junto a él; ¿no quieres volver a subir hoy a una montaña alta? El aire está limpio y hoy se puede ver una extensión del mundo más amplia que nunca.» — «Sí, animales míos, respondió, aconsejáis acertadamente y de acuerdo a mi corazón: ¡hoy quiero subir a una montaña alta! Pero procurad que allí tenga a mano miel, miel dorada de colmena, amarilla, blanca, buena, fresca como el hielo. Pues sabed que allí arriba voy a llevar la ofrenda de la miel.» —

Pero cuando Zaratustra estuvo arriba en la cumbre mandó a casa a los animales que le habían acompañado y se dio cuenta de que estaba solo: — entonces se puso a reír de todo corazón, miró a su alrededor y habló así:

¡El que haya hablado de ofrendas y de ofrendas de miel, no ha sido más que una argucia y en verdad una necedad provechosa! Aquí arriba me está permitido hablar con mayor libertad que ante cuevas de eremitas y ante animales domésticos de eremitas.

¡Qué es eso de hacer una ofrenda! Despilfarro lo que se me regala, yo despilfarrador a múltiples manos; ¡cómo iba a permitírseme todavía — llamar a esto hacer una ofrenda!

Y cuando yo anhelaba miel, no anhelaba más que un cebo y un almíbar y un mucílago dulces como los que lamen también osos gruñones y malvados pájaros huraños:

— el mejor cebo como el que necesitan cazadores y pescadores. Pues si el mundo es como un oscuro bosque de animales y un jardín de delicias para todos los cazadores salvajes, a mí me parece que se asemeja más y mejor a un rico mar lleno de abismos.

— Un mar lleno de peces y cangrejos multicolores, en cuya orilla hasta los dioses sentirían la codicia de hacerse pescadores y tiradores de red: ¡así de rico es el mundo en maravillas grandes y pequeñas!

De manera especial el mundo del hombre, el mar del hombre: — a é l lanzo yo ahora mi caña dorada y digo: ¡ábrete, abismo del hombre!

¡Ábrete y arrójame tus peces y cangrejos resplandecientes! ¡Con mi mejor cebo engancho hoy los más maravillosos peces humanos!

— Arrojo mi propia felicidad, a lo ancho y a lo lejos, entre el amanecer, el mediodía y el atardecer, por ver si muchos peces humanos aprenden a morder y sacudirse en el anzuelo de mi felicidad.

Hasta que, mordiendo en mis afilados anzuelos escondidos, tengan que ascender a m i altura los gobios de las profundidades más multicolores, al más malvado de todos los pescadores de hombres.

Pues é s e soy yo en el fondo y desde un principio, ese que está tirando, atrayendo, levantando, elevando, un tirador, un criador, un corrector, quien un día no en vano se dijo a sí mismo: «¡Llega a ser el que eres!»

Así entonces que los hombres s u b a n hasta mí: pues todavía estoy esperando las señales de que ha llegado el tiempo de mi descenso, todavía yo mismo no me estoy hundiendo como tengo que hacer entre los hombres.

Eso estoy esperando aquí astuto y burlón en montañas elevadas, no impaciente, no paciente, más bien uno que ha olvidado la paciencia, — porque ya no sufre la «paciencia».

Porque mi destino me da tiempo: ¿es que quizás me ha olvidado? ¿O es que está sentado detrás de una piedra grande a la sombra y está cazando moscas?

Y en verdad le estoy agradecido a mi eterno destino de que no me urja ni me apremie y me deje tiempo para bromas y maldades: de manera que hoy he subido a pescar peces a esta elevada montaña.

¿Es que alguna vez un hombre ha pescado peces en montañas elevadas? Y aunque sea una insensatez lo que yo quiero y realizo aquí arriba: es mejor esto que esperar allá abajo volverme festivo y verde y amarillo —

— alguien que resopla jactanciosamente de cólera por causa de la espera, una santa tempestad rugiente que viene de las

montañas, un impaciente que grita a los valles: «¡Oíd u os azoto con el látigo de Dios!»

No es que yo sienta antipatía por ello hacia semejantes coléricos: ¡bastante es lo que me hacen reír! ¡Impacientes tienen que estar ya esos grandes tambores del estruendo que o bien hoy o nunca tomarán la palabra!

Pero yo y mi destino — no hablamos al hoy, tampoco hablamos al nunca: para hablar tenemos ya paciencia y tiempo y más que tiempo. Pues tiene que venir un día y no puede pasar de largo.

¿Quién tiene que venir un día y no puede pasar de largo? Nuestro gran azar, esto es, nuestro gran lejano reino del hombre, el reino de Zaratustra de mil años. — —

¿Qué lejana puede estar esa «lejanía»? ¡Qué me importa! Mas no por ello es realmente para mí menos firme — , con ambos pies estoy seguro sobre ese fundamento,

— sobre un fundamento eterno, sobre una dura roca originaria, sobre estas originarias montañas, las más elevadas y firmes, a las que vienen todos los vientos como a una frontera meteorológica preguntando ¿dónde? y ¿de dónde? y ¿adonde?

¡Ríe aquí, ríe, clara y saludable maldad mía! ¡Arroja hacia mí desde lo alto de montañas elevadas tu resplandeciente risotada burlona! ¡Pesca con tu resplandor para mí los más hermosos peces humanos!

Y lo que en todos los mares a m í me pertenece, lo que es en mí y para mí de todas las cosas — e s o péscamelo, e s o tráemelo aquí arriba· es lo que espera el más malvado de todos los pescadores.

¡Fuera de aquí, fuera de aquí anzuelo mío! ¡Dentro, hacia abajo cebo de mi felicidad! ¡Haz que gotee tu dulcísimo rocío, mi miel del corazón! ¡Pica, anzuelo mío, en el vientre de toda negra tribulación!

¡Fuera de aquí, fuera de aquí anzuelo mío! ¡Oh, cuántos mares a mi derredor, cuántos futuros de hombres que despiertan con la aurora! Y sobre mí — ¡qué rosada tranquilidad! ¡Qué despejado silencio!

* * *

EL GRITO DE SOCORRO

Al día siguiente Zaratustra estaba de nuevo sentado en su piedra delante de la cueva mientras que los animales andaban fuera errantes por el mundo para traer nuevas provisiones, — también nueva miel: pues Zaratustra había consumido y derrochado la vieja miel, consumido y derrochado hasta la última gota. Pero cuando estaba allí sentado, con una vara en la mano, y dibujaba sobre la tierra la sombra de su figura, pensativo y ¡en verdad! no acerca de sí mismo ni acerca de su sombra — de repente se asustó y sobresaltó: pues junto a su sombra vio además otra sombra. Y al mirar a su derredor y levantarse, he aquí que a su lado estaba el adivino, el mismo al que un día había dado de comer y de beber en su mesa, el anunciador de la gran fatiga que enseñaba: «Todo es igual, nada vale la pena, el mundo no tiene sentido, el saber ahoga.» Pero su rostro mientras tanto se había transformado; y cuando Zaratustra le miró a los ojos, su corazón se asustó otra vez: tantos eran las funestas predicciones y los relámpagos de color ceniza que corrieron por aquella cara.

El adivino que había advertido lo que se movía en el alma de Zaratustra se restregó el rostro con la mano como si quisiera hacerlo desparecer; lo mismo hizo Zaratustra. Y cuando de este modo ambos en silencio se hubieron serenado y recuperado, se dieron la mano en señal de que querían reconocerse.

«Seas bienvenido, dijo Zaratustra, tú, adivino del gran cansancio, no ha de ser en vano el que tú un día fueras mi co-

mensal y mi huésped. ¡Come y bebe también hoy en mi casa y perdona que un anciano divertido se siente a la mesa contigo!» — «¿Un anciano divertido?, respondió el adivino sacudiendo la cabeza: quienquiera que seas o quienquiera que quieras ser, oh Zaratustra, lo has sido aquí arriba durante ya mucho tiempo, — ¡dentro de poco tu barca no va a estar ya más en tierra seca!» «¿Es que estoy en tierra seca?», preguntó Zaratustra riéndose. — «Las olas que hay alrededor de tu montaña, respondió el adivino, suben y suben, las olas de la gran necesidad y tribulación: pronto levantarán también tu barca y te llevarán de aquí.» Zaratustra se calló al oírlo y se maravilló. — «¿No oyes nada todavía? prosiguió el adivino: ¿no notas la fragosidad y el estrépito que sube desde la profundidad?» — Zaratustra continuó callado y escuchó: entonces oyó un continuado, continuado grito que los abismos se lanzaban entre sí y que transmitían, pues ninguno quería retenerlo: tan funesto era su sonido.

«Tú, perverso profeta, dijo finalmente Zaratustra, es un grito de socorro y el grito del hombre, que puede que venga de un negro mar. ¡Pero a mí qué me importa la necesidad de los hombres! ¿Sabes tal vez tú cómo se llama — el último pecado que me ha sido reservado?»

— «¡C o m p a s i ó n !, respondió el adivino desde el corazón rebosante y levantó en alto ambas manos — ¡oh Zaratustra, vengo a seducirte a que cometas tu último pecado!» —

Y apenas fueron dichas estas palabras resonó de nuevo el grito, y más prolongado y angustiado que antes, incluso mucho más cercano. «¿Oyes? ¿Oyes, oh Zaratustra?, gritó el adivino, el grito es para ti, a ti te llama: ¡ven, ven, ven, ya es hora, no hay tiempo que perder!» —

A esto Zaratustra se quedó callado, confundido y perturbado; al final preguntó como alguien que duda en su interioridad: «¿Y quién es ese que me llama desde allí?»

«Lo sabes muy bien, respondió con vehemencia el adivino, ¿por qué te escondes? Es el h o m b r e s u p e r i o r el que te llama gritando.»

«¿El hombre superior?, gritó Zaratustra horrorizado: ¿qué quiere é l ? ¿Qué quiere é l ? ¡El hombre superior! ¿Qué quiere él de aquí?» — y su piel se cubrió de sudor.

Pero el adivino no respondió a la angustia de Zaratustra, sino que siguió escuchando a la profundidad. Sin embargo, una vez que allí se produjo un largo silencio, volvió la vista y vio que Zaratustra estaba de pie y temblaba.

«Oh Zaratustra, comenzó a decir con una voz triste, no estás ahí como alguien al que la felicidad hace dar vueltas: ¡tendrás que bailar si no quieres caerte al suelo!

Pero aunque quisieras bailar y ejecutar ante mí todos tus trucos: a nadie, sin embargo, le estaría permitido decir: "¡Mira, aquí está bailando el último hombre feliz!"

En vano vendría alguien a esta altura a buscar a é s e aquí: Seguramente encontraría cuevas y trascuevas, escondrijos para gente escondida, pero no minas de felicidad ni tesoros ni nuevos filones auríferos de felicidad.

Felicidad — ¡cómo se iba a encontrar la felicidad entre semejantes enterrados y semejantes eremitas! ¿Tengo yo todavía que buscar la última felicidad en estas Islas Afortunadas y allá lejos entre mares olvidados?

¡Pero todo es igual, nada merece la pena, de nada sirve buscar, tampoco hay ya islas afortunadas!» — —

Así habló el adivino suspirando; pero con su último suspiro Zaratustra volvió a la lucidez y seguridad, cual alguien que sale a la luz desde la profundidad de un abismo. «¡No! ¡No! ¡Tres veces no!, exclamó con una voz fuerte y se atusó la barba. — ¡ E s o lo sé yo mejor! ¡Todavía hay islas afortunadas! ¡ D e e s o , silencio, tú, saco de penalidades sollozante!

¡Para de chapotear s o b r e e l l o , tú, nube de lluvia de la mañana! ¿Es que no estoy ya aquí, mojado por tu tribulación y calado como un perro?

Ahora iré a sacudirme y a alejarme de ti para volver a estar seco: ¡no puedes asombrarte de ello! ¿Te parece que soy descortés? Aquí está, sin embargo, m i corte.

Y por lo que se refiere a tu hombre superior: ¡bien! Iré con toda prisa a buscarlo a aquellos bosques: d e a l l í venía su grito. Puede que le esté acosando allí un animal malicioso.

Está en m i territorio: ¡aquí no ha de sobrevenirle ningún daño! Y en verdad hay muchos animales malvados en mi casa.» —

Con estas palabras Zaratustra se dio la vuelta para irse. Entonces el adivino dijo: «¡Oh Zaratustra, eres un truhán!

Ya lo sé: ¡quieres librarte de mí! ¡Prefieres correr a los bosques y ponerte a acechar animales malvados!

Pero ¿de qué te sirve eso? Por la tarde seguro que volverás a tenerme, estaré sentado en tu propia cueva, pacientemente y con la pesadez de un leño — ¡y esperándote!»

«¡Que sea así!, replicó Zaratustra al marcharse: y lo que es mío en mi cueva, es también tuyo, huésped mío.

Y si fuera que todavía allí dentro encuentras miel, ¡bien!, no tienes más que lamértela toda, oso gruñón, ¡y dulcifica tu alma! Por la tarde los dos queremos estar de buen talante,

— ¡de buen talante y contentos de que este día haya terminado! Y tú mismo has de bailar al son de mis canciones como si fueras mi oso bailarín.

¿No lo crees? ¿Mueves la cabeza? ¡Bien! ¡Bien! ¡Viejo oso! Pero también yo — soy un adivino.»

Así habló Zaratustra.

* * *

CONVERSACIÓN CON LOS REYES

1.

No llevaba Zaratustra todavía una hora caminando por sus montañas y bosques cuando de pronto vio un extraño cortejo. Precisamente por el camino por el que quería bajar venían caminando dos reyes, adornados con coronas y cinturones de púrpura, coloreados como flamencos: delante de sí conducían a un asno cargado. «¿Qué quieren esos reyes en mi reino?», dijo a media voz Zaratustra asombrado a su corazón y rápido se escondió detrás de un arbusto. Pero cuando los reyes fueron acercándose a él dijo a media voz como alguien que habla consigo mismo: «¡Qué raro! ¡Qué raro! ¿Cómo se explica esto? Dos reyes veo yo — ¡y tan sólo un asno!»

Entonces los dos reyes hicieron una parada, sonrieron, miraron al lugar de donde venía la voz, y luego se miraron el uno al otro a la cara. «Seguramente esas cosas se piensan también entre nosotros, dijo el rey de la derecha, pero no se dicen.»

El rey de la izquierda, sin embargo, se encogió de hombros y respondió: «Probablemente sea un cabrero. O un eremita que ha vivido demasiado tiempo entre rocas y árboles. Ocurre que la carencia absoluta de sociedad echa a perder las buenas costumbres también.»

«¿Las buenas costumbres?, replicó indignado y áspero el otro rey: ¿de qué, pues, vamos nosotros escapando? ¿No es de las "buenas costumbres"? ¿De nuestra "buena sociedad"?

Mejor vivir, en verdad, entre eremitas y cabreros que con nuestra plebe dorada, falsa y acicalada, — aunque a sí misma se llame "buena sociedad",

— aunque a sí misma se llame "nobleza". Pero allí todo es falso y está podrido, ante todo la sangre, debido a viejas y malignas enfermedades y a peores curanderos.

Para mí el mejor y preferido sigue siendo hoy un campesino sano, tosco, astuto, testarudo, tenaz: éste es el tipo más noble hoy.

El campesino es hoy el mejor; ¡y el paisanaje debería gobernar! Pero es el reino de la plebe, — ya no me dejo engañar en nada. Mas plebe significa: confusión.

Confusión de plebe: en ella todo está revuelto con todo, santo y bandido, hidalgo y judío y todo tipo de bestia del arca de Noé.

¡Buenas costumbres! Todo entre nosotros es falso y está podrido. Ya nadie sabe respetar: de e s o es precisamente de lo que vamos huyendo. Son perros empalagosos e inoportunos, pintan de color de oro hojas de palmera.

¡Lo que me ahoga de asco es que hasta nosotros los reyes nos hemos vuelto falsos, revestidos y disfrazados con el viejo y amarillento fausto de los abuelos, medallones para los más necios y los más astutos y quienquiera que trafica hoy con el poder!

Nosotros no s o m o s los primeros — y, sin embargo, tenemos que a p a r e n t a r l o : de este engaño estamos por fin hartos y nos da asco.

Hemos escapado de la chusma, de todos esos vocingleros y escritores moscardones, de la pestilencia de los tenderos, de las sacudidas de agitación de los ambiciosos, de la respiración hedionda — : puf, vivir en medio de la chusma.

— puf, ¡aparentar ser los primeros entre la chusma ¡Ay!, ¡asco! ¡asco! ¡asco! ¡Qué importancia tenemos ya nosotros los reyes!» —

«Tu vieja enfermedad se apodera de ti, dijo en esto el rey de la izquierda, el asco se apodera de ti, pobre hermano mío. Pero tú sabes bien que alguien nos escucha.»

De inmediato se levantó de su escondrijo Zaratustra que había abierto de par en par ojos y oídos a estas palabras, se acercó a los reyes y comenzó a decir:

«Quien os está escuchando, a quien le gusta escucharos, oh reyes, ese se llama Zaratustra.

Soy Zaratustra quien en otro tiempo dijo: "¡Qué importancia tienen ya los reyes!" Perdonadme que me alegrase de oír que os decíais el uno al otro: "¡Qué importancia tenemos nosotros los reyes!"

Pero esto es m i reino y mi dominio: ¿qué podéis andar buscando en mi reino? Tal vez en el camino h a b é i s e n c o n t r a d o lo que y o busco: a saber, al hombre superior.»

Al oír los reyes esto, se dieron golpes en el pecho y dijeron al unísono: «¡Hemos sido reconocidos!

Con la espada de esa palabra desgarras las tinieblas más densas de nuestro corazón. Has descubierto nuestra necesidad, pues ¡mira! Estamos de camino para encontrar al hombre superior —

— al hombre que es superior a nosotros: aunque nosotros seamos reyes. A él le llevamos este asno. Pues el hombre superior ha de ser sobre la tierra también el señor superior.

No hay desgracia más dura en todo destino humano que cuando los poderosos de la tierra no son también los primeros hombres. Entonces todo se vuelve falso y torcido y monstruoso.

Y cuando son hasta los últimos y más ganado que hombres: entonces la chusma sube y sube de precio hasta que finalmente dice incluso la virtud de la chusma: ¡mira, sólo yo soy virtud!» —

«¿Qué acabo de oír?, respondió Zaratustra; ¡qué sabiduría en unos reyes! Estoy fascinado y, en verdad, siento ya ganas de componer unos versos sobre ello: —

— si bien puede que sean unos versos no adecuados para el oído de cualquiera. Hace ya mucho tiempo que olvidé tener consideración para con orejas largas. ¡Bien! ¡Bien!

(Pero entonces ocurrió que el asno tomó también la palabra: pero dijo claramente y con malicia i-a.)

En otro tiempo — creo que en el año primero de la salvación —

Dijo la Sibila, beoda sin vino:

»¡Ay, qué mal van las cosas!

»¡Decadencia! ¡Decadencia! ¡Nunca el mundo había caído tan bajo!

»Roma se rebajó a ser ramera y a ser burdel.

»El César de Roma se rebajó a ser ganado, Dios mismo — se hizo judío!»

* * *

2.

Los reyes se deleitaron con estos versos de Zaratustra; pero el rey de la derecha dijo: «¡Oh Zaratustra, qué bien hemos hecho con habernos puesto en camino para verte!

Pues tus enemigos nos mostraron tu imagen en su espejo: en él mirabas con el gesto de un demonio y con una sonrisa burlona: de modo que teníamos miedo de ti.

¡Más de qué sirvió esto! Una y otra vez nos pinchaban en el oído y en el corazón con tus sentencias. Entonces dijimos finalmente: ¡qué importancia tiene su aspecto!

Tenemos que o í r l e , a él que enseña: "¡Habéis de amar la paz como medio para nuevas guerras, y más la paz breve que la larga!"

Nunca nadie ha dicho palabras tan belicosas: "¿Qué es bueno? Bueno es ser valiente. La guerra buena es aquella que santifica todas las causas."

Oh Zaratustra, la sangre de nuestros padres se revolvía en nuestro cuerpo al oír tales palabras: era como las palabras de la primavera a viejos toneles de vino.

Cuando las espadas se cruzaban como serpientes manchadas de sangre, entonces a nuestros padres les iba bien la vida; el sol de toda paz les parecía débil y tibio, pero una paz prolongada producía vergüenza.

¡Cómo suspiraban nuestros padres cuando veían en la pared espadas relucientes y secas! Al igual que éstas, también ellos sentían sed de guerra. Pues una espada quiere beber sangre y centellea de avidez.» — —

Mientras los reyes hablaban y parloteaban de este modo, con pasión, de la felicidad de sus padres, a Zaratustra le sobrevi-

nieron no pocas ganas de burlarse de su pasión: pues eran reyes visiblemente muy pacíficos los que veía delante, esos de rostros viejos y delicados. Pero se dominó. «¡Bien!, dijo, hacia allí lleva el camino, ahí está la cueva de Zaratustra; ¡y este día ha de tener una larga tarde! Mas ahora me llama un grito de socorro que hace que tenga que alejarme con celeridad de vosotros.

Un honor es para mi cueva cuando en ella quieren sentarse y esperar reyes: ¡pero, en realidad, tendréis que esperar mucho tiempo!

¡Ea pues! ¡Qué importa! ¿Dónde se aprende hoy a esperar mejor que en las cortes? Y la virtud entera de los reyes, que les queda aún — ¿no se llama hoy: p o d e r — esperar?»

Así habló Zaratustra.

* * *

LA SANGUIJUELA

Y Zaratustra pensativo prosiguió su camino en descenso atravesando bosques y bordeando tierras pantanosas; pero como suele ocurrir a todo aquel que va reflexionando sobre cosas complicadas, inadvertidamente pisó a un hombre. Y he aquí que de golpe le salpicaron la cara un grito de dolor y dos maldiciones y veinte injurias maliciosas: de manera que en el espanto levantó el bastón y golpeó además al que había pisado. Pero inmediatamente después recobró el juicio; y su corazón rió de la locura que acababa de cometer.

«Perdona, dijo al que había pisado, quien furibundo se irguió y permaneció sentado, perdona y escucha antes de nada un símil.

Como un caminante que sueña en cosas lejanas y que tropieza sin darse cuenta en una calle solitaria con un perro que está durmiendo, un perro echado al sol:

y los dos se enfurecen, se increpan, como si fueran enemigos mortales, los dos llenos de un susto de muerte: así nos ha ocurrido a nosotros.

¡Y aun así! Y aun así — ¡qué poco ha faltado para que los dos se acariciasen, ese perro y esa persona solitaria!»

«Quienquiera que seas, dijo todavía enfurecido el que había sido pisado, ¡también me ofendes con tu símil y no sólo con tu pie!

Por favor, mira, ¿soy acaso un perro?», — y entonces se levantó el que seguía sentado y sacó el brazo desnudo del pan-

tano. Pues antes había permanecido tendido a la larga en el suelo, oculto e irreconocible al igual que los que están al acecho de la caza en los pantanos.

«¡Pero qué estás haciendo!», exclamó Zaratustra asustado, pues vio que sobre el brazo desnudo corría mucha sangre. — ¿Qué te ha sucedido? ¿Te ha mordido, desdichado, un animal maligno?

El que estaba sangrando rió, todavía encolerizado. «¡A ti qué te importa!, dijo y quiso continuar su camino. Aquí estoy en mi casa y en mis dominios. Quienquiera que me pregunte: difícilmente responderé a un lerdo.»

«Te equivocas, dijo Zaratustra compadecido y le retuvo, te equivocas: aquí no te encuentras en tu casa, sino en mi reino, y aquí a nadie ha de ocurrirle daño alguno.

Pero sigue llamándome como quieras, — soy el que tengo que ser. Yo me llamo a mí mismo Zaratustra.

¡Bien! Por ahí arriba va el camino que lleva a la cueva de Zaratustra: no está lejos, — ¿no quieres curar tus heridas en mi casa?

Te ha ido mal, desdichado, en esta vida: primero te mordió el animal y luego — ¡te pisó el hombre!» — —

Pero cuando el que había sido pisado oyó el nombre de Zaratustra, se transformó. «Pero ¡qué es lo que me está pasando!, exclamó, ¿quién es el que me interesa todavía en esta vida sino ese único hombre, es decir, Zaratustra, y ese único animal que vive de la sangre como es la sanguijuela?

Por causa de la sanguijuela he estado aquí tendido al lado de este pantano como un pescador, y mi brazo extendido había sido picado ya diez veces cuando además me pica un erizo más hermoso en busca de mi sangre, el mismo Zaratustra.

¡Oh felicidad! ¡Oh maravilla! ¡Alabado sea este día que me atrajo hasta este pantano! ¡Alabada sea la mejor y más vivaz ventosa que hoy está en vida, alabado sea Zaratustra, la gran sanguijuela de conciencias!» —

Así habló el que había sido pisado; y Zaratustra se alegró de sus palabras y de sus finas y respetuosas maneras. «¿Quién eres tú?, preguntó y le tendió la mano, entre nosotros queda mucho que aclarar y que despejar: pero me parece que ya está naciendo un día limpio y luminoso.»

«Soy el hombre concienzudo del espíritu, respondió quien había sido preguntado, y en asuntos del espíritu no es fácil que alguien se lo tome con más rigor, delimitación y firmeza que yo, excepto aquel de quien yo lo he aprendido, el mismo Zaratustra.

¡Es preferible no saber nada que saber mucho a medias! ¡Es preferible ser un necio por propia cuenta que un sabio según pareceres ajenos! Yo — voy al fondo:

— ¿qué importa si es grande o pequeño? ¿Si se llama pantano o cielo? Un palmo de tierra me es suficiente: con tal de que sea tierra realmente firme.

— un palmo ancho de terreno: sobre el que uno pueda estar de pie. En la genuina ciencia concienzuda no hay nada grande ni nada pequeño.»

«¿Así que eres tú tal vez el conocedor de la sanguijuela?, preguntó Zaratustra; ¿e investigas la sanguijuela hasta sus últimas causas, tú persona concienzuda?»

«Oh Zaratustra, respondió quien había sido pisado, sería una monstruosidad, ¡cómo podría yo emprender algo así!

De lo que yo soy maestro y conocedor es del cerebro de la sanguijuela; — ¡ése es mi mundo!

¡Y es también un mundo! Pero perdona que aquí tome la palabra mi orgullo, pues en esto no tengo igual. Por eso dije que "aquí estoy en mi casa".

¡Cuánto tiempo hace ya que llevo investigando a esta única cosa, el cerebro de la sanguijuela a fin de que la verdad escurridiza no se me escape ya más de aquí! ¡Aquí está mi reino!

— por eso he tirado a un lado todo lo demás, por eso todo lo demás se me hizo indiferente; y al lado justo de mi saber reposa mi negra ignorancia.

Mi conciencia del espíritu quiere de mí que sepa de una cosa y que no sepa nada de lo demás: siento asco de todas las medianías del espíritu, de todos los rodeados de vapores, fluctuantes, entusiastas.

Allí donde termina mi honestidad soy ciego y quiero además ser ciego. Pero allí donde quiero saber quiero además ser honesto, esto es, quiero firmeza, rigor, delimitación, crueldad, implacabilidad.

El que en un tiempo dijeras, oh Zaratustra: "El espíritu es la vida que se secciona a sí mismo en vida", fue lo que me llevó y me sedujo a tu doctrina. Y, en verdad, ¡con mi propia sangre he multiplicado mi propio saber!»

«Como enseña la evidencia», se le ocurrió a Zaratustra; pues la sangre seguía fluyendo por el brazo desnudo del hombre concienzudo. Ya que diez sanguijuelas habían mordido quedándose agarradas a él.

«¡Oh tú, extraño compañero, cuánto me enseña esta evidencia, esto es, tú mismo! ¡Y tal vez no me esté permitido vaciarlo todo en tus rigurosos oídos!

¡Bien! ¡Entonces separémonos aquí! Sin embargo, me gustaría volver a encontrarte. Por ahí asciende el camino que lleva a mi cueva: ¡esta noche has de ser allí mi huésped querido!

Me gustaría además compensar en tu cuerpo el que Zaratustra te haya pisado: estoy reflexionando sobre ello. Ahora, sin embargo, un grito de socorro hace que tenga que alejarme con celeridad de ti.»

Así habló Zaratustra.

* * *

EL MAGO

1.

Pero cuando Zaratustra dio la vuelta a una roca, vio entonces, no muy abajo, en el mismo camino, a un hombre que estaba moviendo brazos y piernas de un lado para otro hasta que al final cayó al suelo de bruces. «¡Detente!, dijo entonces Zaratustra a su corazón, ese que está ahí tiene que ser seguramente un hombre superior, de él venía ese siniestro grito de socorro, — voy a ver si es posible ayudarle.» Pero cuando llegó corriendo hasta el lugar en que el hombre yacía en el suelo, encontró a un anciano tembloroso con los ojos fijos; y por mucho que Zaratustra se esforzara por incorporarle y volver a ponerle de pie, todo fue inútil. El desgraciado ni siquiera pareció darse cuenta de que alguien estuviera junto a él; más bien no paraba de mirarse con gestos entrañables como alguien que ha sido abandonado de todos y dejado solo. Pero finalmente, después de mucho temblar, convulsionarse y contorsionarse, comenzó a lamentarse así:

¿Quién me calienta, quién me ama todavía?
¡Tendedme manos ardientes!
¡Dadme braseros para el corazón!
Desparramado, temblando de horror,
Igual que el casi muerto al que se calienta los pies —

Sacudido, ¡ay!, por desconocidas fiebres,
Temblando ante las agudas gélidas flechas del escalofrío,
¡Por ti, pensamiento, acosado!
¡Innombrable! ¡Encubierto! ¡Espantoso!
¡Tú, cazador de detrás de las nubes!
Fulminado a tierra por ti,
Tú ojo burlón que me contempla desde la oscuridad:
— Aquí yazgo,
Me doblo, me retuerzo, atormentado
Por todas las torturas eternas,
Herido
Por ti, el más cruel de los cazadores,
¡Tú, desconocido — dios!

Hiere más profundo,
¡Hiere otra vez!
¡Llena de cuchilladas, destroza este corazón!
¿Por qué esta tortura
Con flechas desafiladas?
¿Por qué vuelves a mirar,
No cansado del tormento humano,
Con maliciosos ojos cual divinos rayos?
¿No quieres matar,
Tan sólo torturar, torturar?
¿Para qué — torturarme a mí,
Tú, malicioso dios desconocido?

¡Ah!, ¡ah! ¿Te acercas deslizándote?
¿En una medianoche como ésta
Qué quieres? ¡Habla!
Me urges, me oprimes —
¡Ah! ¡Ya demasiado cerca!
¡Lejos! ¡Lejos!
Me oyes respirar,
Escuchas mi corazón,
Tú celoso —
Mas ¿celoso de qué?
¡Lejos! ¡Lejos! ¿Para qué la escala?
¿Quieres e n t r a r d e n t r o

Del corazón,
Penetrar, en mis más profundos
Pensamientos penetrar?
¡Desvergonzado! ¡Desconocido — ladrón!
¿Qué quieres robar?
¿Qué quieres escuchar?
¡Tú, torturador!
¡Tú — dios verdugo!
¿O es que debo, al igual que el perro,
Arrastrarme ante ti?
¿Entregado, fuera de mí de entusiasmo,
A ti — entregarte mi amor?

¡En vano! ¡Sigue pinchando,
Cruelísimo aguijón! No,
No un perro — tu caza soy tan sólo yo,
¡Cruelísimo cazador!
Tu más orgulloso prisionero,
¡Tú, bandido detrás de nubes!
Habla al fin,
¿Qué quieres tú, salteador de caminos, de mí?
¡Tú, escondido tras el rayo! ¡Desconocido! Habla,
¿Qué q u i e r e s tú, dios desconocido? — —

¿Cómo? ¿Un rescate?
¿Cuánto rescate quieres?
Exige mucho — ¡lo aconseja mi orgullo!
Y habla poco — ¡lo aconseja mi otro orgullo!
¡Ah, ah!

¿A mí — es a quien quieres? ¿A mí?
¿A mí — a mí todo?

¡Ah, ah!
¿Y me torturas, necio como eres,
Atormentas mi orgullo?
Dame a m o r — ¿quién me da aún calor?
¿Quién me ama aún? — dame manos calientes,
Dame braseros para el corazón,

Dame a mí, el más solitario,
Al que el hielo, ¡ah!, el siete veces hielo
Enseña a desvivirse hasta por enemigos,
Por enemigos,
Dame, sí, entrégame,
Cruelísimo enemigo,
— A t i mismo — —

¡Se ha ido!
¡Ha huido él,
Mi último y único compañero,
Mi gran enemigo,
Mi desconocido,
Mi dios verdugo!

— ¡No! ¡Vuelve,
Con todos tus suplicios!
¡Al último de todos los solitarios,
Oh, vuelve!
¡Todos mis arroyos de lágrimas siguen
Su camino hacia ti!
¡Y la última llama de mi corazón —
Para t i se enardece!
¡Oh, vuelve,
Mi dios desconocido! ¡Mi dolor! ¡Mi última — felicidad!

* * *

2.

Pero aquí Zaratustra no pudo contenerse por más tiempo, tomó su bastón y golpeó con todas sus fuerzas al que estaba lamentándose. «¡Deténte!, le gritaba con una risa llena de cólera, ¡deténte, comediante! ¡Falsificador de moneda! ¡Mentiroso inveterado! ¡Si te conozco bien!

¡Voy a ponerte calientes las piernas, malicioso mago, sé muy bien cómo calentar — a tipos como tú!»

— «Basta ya, dijo el anciano y se levantó del suelo de un salto, no des más golpes, oh Zaratustra! ¡Pues lo que he estado haciendo no ha sido más que un juego!

Cosas así forman parte de mi arte; ¡a ti mismo quise ponerte a prueba con esta prueba! ¡Y en verdad has penetrado bien en mis pensamientos!

Pero tú también — me has dado de ti una prueba no pequeña: ¡tú eres d u r o , sabio Zaratustra! Pegas duro con tus "verdades", tu garrote me obliga — ¡a e s t a verdad!»

«No me adules, respondió Zaratustra todavía excitado y con la mirada sombría, ¡tú, perfecto comediante! Eres falso: ¡qué dices tú — de la verdad!

Tú, pavo real de los pavos reales, tú, mar de vanidad, ¿ q u é representación has hecho ante mí, tú, mago siniestro, en q u i é n había yo de creer cuando te lamentabas de ese modo?»

« A l p e n i t e n t e d e l e s p í r i t u , dijo el anciano, a ése — representaba yo: tú mismo inventaste en otro tiempo esa palabra —

— al poeta y mago que al final termina por volver su espíritu contra sí mismo, al transformado que se congela por su malvado saber y su malvada conciencia.

Y no tienes más que confesarlo: ¡ha pasado mucho tiempo, oh Zaratustra, hasta que has descubierto mi arte y mi embuste! C r e í s t e en mi estado de necesidad cuando me sostenías la cabeza con ambas manos, —

— oía que te lamentabas diciendo "¡le han amado demasiado poco, le han amado demasiado poco!" El haberte engañado hasta ese punto era de lo que se regocijaba interiormente mi maldad.»

«Puede que hayas engañado a gente más lúcida que yo, dijo Zaratustra con dureza. Yo no estoy en guardia contra los impostores, yo no tengo que ser cauteloso: así lo quiere mi suerte.

Sin embargo, tú — t i e n e s q u e engañar: ¡hasta ese punto te conozco! ¡Tu expresión tiene siempre que tener dos, tres, cuatro y cinco interpretaciones! ¡Tampoco lo que acabas de confesar ha sido para mí todavía ni lo suficientemente verdadero ni lo suficientemente falso!

¡Tú, falsario perverso, qué otra cosa podrías hacer! Lo que harías sería acicalar tu enfermedad si te mostrases desnudo ante tu médico.

Así acabas de acicalar ante mí tu mentira cuando has dicho: "¡Pues lo que he estado haciendo no ha sido más que un juego!" ¡Había también s e r i e d a d en ello, e r e s algo así como un penitente del espíritu!

Te he adivinado bien: te has convertido en el encantador de todos, pero contra ti no te queda ya ni mentira ni astucia, — ¡tú te has desencantado a ti mismo!

Has cosechado el asco como tu única verdad. Ninguna palabra es ya en ti auténtica, pero tu boca lo es: es decir, el asco que está pegado a tu boca.» — —

«¡Pero quién eres en realidad!, gritó entonces el viejo mago en un tono de voz altivo, ¿quién se permite hablarme así, a mí el más grande de los que hoy viven?», — y un verde destello salió fulminante contra Zaratustra. Pero inmediatamente después cambió y dijo con tristeza:

«Oh Zaratustra, estoy cansado de ello, siento asco de mis artes, no soy g r a n d e , ¡por qué fingir! Pero tú lo sabes bien — ¡lo que yo buscaba era grandeza!

Quería representar el papel de un gran hombre y a muchos les persuadí de ello: pero esta mentira iba más allá de mis fuerzas. Ante ella me derrumbo.

Oh Zaratustra, todo en mí es mentira; pero el que yo me derrumbe — ¡este mi derrumbamiento es auténtico!» —

«Te honra, dijo Zaratustra sombrío y bajando la mirada hacia un lado, te honra el que hayas buscado grandeza, pero también te traiciona. Tú no eres grande.

Tú, malvado viejo mago, lo mejor y más honesto que honro en ti es e s t o : que te has cansado de ti y que has dicho: "yo no soy grande."

E n e s o te honro como a un penitente del espíritu: y aunque no haya durado más que un abrir y cerrar de ojos, durante ese único instante has sido — auténtico.

Pero dime, ¿qué andas buscando por aquí en mis bosques y entre mis rocas? Y cuando te pusiste en m i camino, ¿qué prueba querías de mí? —

— ¿con qué querías tentarme a m í ? »

Así habló Zaratustra y sus ojos centelleaban. El viejo mago se calló por un momento, luego dijo: «¿Te he tentado yo a ti? — Yo — solamente busco.

Oh Zaratustra, yo busco a alguien auténtico, justo, sencillo, claro, de toda honestidad, una vasija de sabiduría, un santo del conocimiento, ¡a un gran hombre!

¿Es que no lo sabes, oh Zaratustra? Yo busco a Zaratustra.»

Y en ese momento se produjo un largo silencio entre ambos; pero Zaratustra se sumió profundamente dentro de sí mismo, de manera que cerró los ojos. Pero luego, volviéndose a su interlocutor, tomó la mano del mago y dijo con toda cortesía y astucia:

«¡Bien! Por ahí arriba sube el camino, allí está la cueva de Zaratustra. En ella te está permitido buscar a quien deseas buscar.

Y pide consejo a mis animales, a mi águila y a mi serpiente: te ayudarán a buscar. Mas mi cueva es grande.

Lo cierto es que yo mismo — no he visto aún a ningún gran hombre. Para lo que es grande el ojo de los más sutiles no está hoy todavía bien educado. Es el reino de la plebe .

Y he encontrado ya a muchos que se estiraban y se inflaban y el pueblo gritaba: "¡Mirad ahí a un gran hombre!" ¡Pero de qué sirven todos los fuelles! A fin de cuentas el viento termina por salir fuera.

Finalmente la rana que se había inflado durante mucho tiempo termina por explotar: el viento sale fuera. A pinchar a un hinchado en el vientre lo llamo yo un exce!ente entretenimiento. ¡Escuchad esto, muchachos!

El día de hoy pertenece a la plebe: ¡quién sabe ya lo que es grande y lo que es pequeño! ¡Quién podría buscar con éxito la grandeza! Sólo un necio: los necios tienen suerte.

¿Estás buscando a grandes hombres, tú, extraño necio? ¿Quién te lo ha enseñado? ¿Es hoy tiempo para ello? Oh, tú, maligno buscador, ¿por qué — me tientas?» —

Así hablo Zaratustra, con el corazón consolado, y néndose prosiguió su camino.

* * *

RETIRADO DEL SERVICIO

Pero no mucho tiempo después de haberse liberado Zaratustra del mago, volvió a ver a alguien sentado en el camino que él seguía y que era un hombre negro y alto de rostro pálido y delgado: é s t e le irritó profundamente. «Ay, dijo a su corazón, ahí está sentada la aflicción enmascarada, me parece ser de la especie de los sacerdotes: ¿qué buscan é s o s en mi reino?

¡Cómo! Apenas acabo de escapar de ese mago: y tiene que atravesarse en mi camino otro nigromante, —

— un maestro cualquiera en brujería que impone las manos, un oscuro taumaturgo por la gracia de Dios, un ungido denigrador del mundo ¡a quien se lo lleve el diablo!

Pero el diablo nunca está en el lugar adecuado: siempre llega demasiado tarde, ¡ese maldito enano cojitranco!» —

Así maldecía Zaratustra en su corazón impaciente y pensaba, con la vista apartada, cómo pasar subrepticiamente junto al hombre negro: pero he aquí que todo ocurrió de otra manera. Pues en ese mismo momento ya le había visto quien allí estaba sentado; y no de manera distinta a aquel a quien le sobreviene una suerte inesperada, se levantó de un salto y se fue en dirección de Zaratustra.

«¡Quienquiera que seas, caminante, dijo, presta ayuda a un extraviado, a uno que busca, a un anciano al que fácilmente puede sucederle algo malo!

Este mundo de aquí me resulta extraño y lejano, además he oído aullar a animales salvajes; y quien habría podido ofrecerme protección, no existe ya.

Yo buscaba al último hombre piadoso, a un santo y eremita que, solo en el bosque, no había oído todavía nada de lo que hoy sabe todo el mundo.»

«¿Qué es lo que sabe hoy todo el mundo?, preguntó Zaratustra. ¿Tal vez que no existe ya el viejo Dios en que en otro tiempo todo el mundo ha creído?»

«Tú lo has dicho, respondió el anciano atribulado. Y yo serví a este viejo Dios hasta su última hora.

Pero ahora estoy retirado del servicio, sin dueño, y, sin embargo, no soy libre, tampoco en ningún momento estoy alegre a no ser en los recuerdos.

Por ello he ascendido a estas montañas, para de nuevo celebrar una fiesta como corresponde a un viejo papa y padre de la Iglesia: ¡pues has de saber que soy el último papa! — una fiesta de recuerdos piadosos y cultos religiosos.

Pero ahora él mismo ha muerto, el hombre más piadoso, aquel santo del bosque que constantemente alababa a su Dios con cánticos y gruñidos.

A él no le encontré cuando encontré su cabaña, — pero sí a dos lobos dentro que aullaban por su muerte — pues todos los animales le amaban. Entonces me fui corriendo de allí.

¿Así que he venido inútilmente a estos bosques y montañas? Entonces decidió mi corazón que yo buscase a otro, al más piadoso de todos los que no creen en Dios — , ¡que yo buscase a Zaratustra!»

Así habló el anciano y miró con ojos penetrantes a quien estaba delante de él; pero Zaratustra cogió la mano del viejo papa y la contempló largo tiempo con admiración.

«Mira, venerable, dijo después, ¡qué mano tan bella y larga! Es la mano de alguien que siempre ha impartido bendiciones. Pero ahora está agarrando firmemente a aquel a quien buscas, a mí, Zaratustra.

Soy yo, el ateo Zaratustra que anda diciendo: ¿quién es más ateo que yo de manera que me regocije con su enseñanza?» —

Así habló Zaratustra y con su mirada penetró los pensamientos y salvedades profundas del viejo papa. Por fin comenzó éste a decir:

«Quien más le amó y más le poseyó, ése es quien ahora también más le ha perdido — :

— mira, ¿es que no soy yo mismo ahora de entre nosotros dos el más ateo? ¡Pero quién podría alegrarse de eso!» —

— «Tú le has servido hasta el final, preguntó Zaratustra pensativo después de un profundo silencio, ¿sabes c ó m o murió? ¿Es verdad como se dice que le ahogó la compasión,

— que vio cómo e l h o m b r e colgaba de la cruz, y no soportó que el amor al hombre se convirtiera en su infierno y al final en su muerte?» — —

Pero el viejo papa no respondió, sino que apartó con timidez la mirada y con una expresión dolorida y sombría.

«Déjale que se vaya, dijo Zaratustra después de una larga reflexión siguiendo con la vista directamente a los ojos del anciano.

Deja que se vaya, está acabado. Y aun honrándote el que no digas más que cosas buenas de ese muerto, sabes tan bien como yo q u i é n era; y que siguió caminos extraños.»

«Hablando entre tres ojos, dijo animado el viejo papa (pues era tuerto), en asuntos de Dios soy más ilustrado que el mismo Zaratustra — y está permitido que así sea.

Mi amor le sirvió durante largos años, mi voluntad siguió en todo a su libertad. Mas un buen servidor sabe todo, hasta muchas cosas que su señor se oculta a sí mismo.

Era un Dios oculto, lleno de misterios. En verdad el llegar a un hijo no fue de otra manera que por caminos tortuosos. En la puerta de su fe está el adulterio.

Quien le honora como el Dios del amor, no tiene una idea demasiado alta del amor mismo. ¿No quiso este Dios ser también juez? Pero el que ama, ama más allá de la recompensa y el castigo.

Cuando era joven, este Dios del Oriente, era duro y vengativo y se edificó un infierno para diversión de sus favoritos.

Pero al final se hizo viejo y débil y blando y compasivo, más parecido a un abuelo que a un padre, lo más parecido a una vieja abuela vacilante.

Se sentaba allí, marchito, en su rincón al lado de la estufa, estaba apesadumbrado por la debilidad de sus piernas, cansado del mundo, de voluntad cansada, y un día se ahogó en su excesiva compasión.» — —

«Tú, viejo papa, le interrumpió Zaratustra al llegar ahí, ¿lo has visto con tus propios ojos? Podría haber ocurrido así: así, y también de otra manera. Cuando los dioses mueren, siempre mueren de muchos tipos de muerte.

Pero ¡bien! Así o así, así y así — ¡está acabado! Iba en contra del gusto de mis oídos y ojos, no deseo decir sobre él nada peor.

Amo todo lo que tiene una mirada limpia y habla honestamente. Pero él — tú lo sabes muy bien, tú, viejo sacerdote, en él había algo de tu condición, de la condición de sacerdote — era ambiguo.

Era también poco claro. ¡Cómo se encolerizaba con nosotros, ese iracundo, porque le entendíamos mal! ¿Pero por qué no hablaba con más nitidez?

Y si dependía de nuestros oídos, ¿por qué nos dio oídos que le oían mal? Si había lodo en nuestros oídos, ¡bien!, ¿quién lo había metido allí dentro?

¡Demasiado fue lo que se le malogró, a este alfarero, que no había terminado de aprender su oficio! Pero que se vengase de sus ollas y criaturas por haberle salido mal, — fue un pecado contra el m a l g u s t o.»

También en la piedad hay buen gusto: é s t e acabó diciendo: «¡Fuera con un dios a s í ! Es preferible que no haya ningún dios, es preferible construirse el destino a la propia manera, ¡es preferible ser necios, es preferible ser dios uno mismo!»

«¡Qué oigo!, dijo entonces el viejo papa con los oídos aguzados: ¡oh Zaratustra, con una incredulidad así eres más piadoso de lo que crees! Algún dios dentro de ti te ha convertido a tu ateísmo.

¿No es tu piedad misma la que no te permite creer ya en Dios? ¡Y tu desmesurada honestidad te llevará también más allá del bien y del mal!

Por favor, mira, ¿qué te ha sido reservado? Tienes ojos y mano y boca predestinados a bendecir desde la eternidad. No se bendice tan sólo con la mano.

En tu proximidad, aunque quieras ser el más ateo, olfateo un olor secreto a incienso y un aroma de largas bendiciones: me produce bienestar y a un tiempo también dolor.

¡Deja que sea tu huésped, oh Zaratustra, por una única noche! ¡En ningún lugar de la tierra me siento ahora mejor que en tu casa!» —

«¡Amén! ¡Que así sea!, dijo Zaratustra con gran admiración, por ahí arriba lleva el camino, ahí está la cueva de Zaratustra.

Gustosamente, en verdad, te llevaría yo mismo hasta allí, venerable, pues amo a todos los hombres piadosos. Pero ahora me llama un grito de socorro que hace que tenga que alejarme con celeridad de ti.

En mi dominio no ha de sobrevenirle a nadie ningún daño; mi cueva es un buen puerto. Y lo que más me gustaría sería volver a colocar a todos los tristes en tierra firme y sobre piernas firmes.

¿Mas quién te quitaría de los hombros el peso de tu melancolía? Para ello soy yo demasiado débil. Largo tiempo, en verdad, habremos de esperar hasta que alguien vuelva a resucitarte a tu Dios.

Porque este viejo Dios ya no vive: está totalmente muerto.» —

Así habló Zaratustra.

* * *

EL MÁS FEO DE LOS HOMBRES

— Y de nuevo corrieron los pies de Zaratustra por montañas y bosques, y sus ojos buscaban y buscaban, pero por ninguna parte podía verse aquel al que querían ver, el necesitado y el que lanzaba gritos de socorro. Pero durante todo el camino iba alegrándose en su corazón y estaba agradecido. «¡Qué buenas cosas, decía, me ha regalado en realidad este día para compensar que empezara mal! ¡Con qué extraños interlocutores me he encontrado!

Ahora voy a rumiar durante largo tiempo sus palabras como buenos granos; ¡mis dientes han de molerlas y desmenuzarlas hasta que como leche fluyan dentro de mi alma!» —

Pero cuando el camino hizo de nuevo una curva en tomo a una roca de repente se transformó el paisaje, y Zaratustra entró en un reino de muerte. Allí rígidos miraban hacia arriba negros y rojos peñascos: ni hierba, ni árboles, ni cantos de pájaro. Pues era un valle que evitaban todos los animales, incluso los animales de rapiña; salvo una especie de serpientes feas, gordas y de color verde, que cuando se hacían viejas, venían aquí para morir. Por eso a este valle los pastores lo llamaban: Muerte de la Serpiente.

Pero Zaratustra se sumergió en un negro recuerdo, pues le resultaba como si hubiera estado ya una vez en este valle. Y muchas cosas pesadas le vinieron a su ánimo: de manera que comenzó a caminar más despacio y cada vez más despacio hasta que finalmente se detuvo. Mas allí, al abrir los ojos, vio algo

que estaba sentado en el camino que tenía la forma de un hombre pero apenas como de hombre, algo inexpresable. Y de repente le sobrevino a Zaratustra una gran vergüenza por haber visto algo así con sus ojos: ruborizándose hasta su blanco cabello volvió la vista y levantó los pies para abandonar ese pernicioso lugar. Pero en ese momento resonó el apagado desierto: pues del suelo brotaba un gorgoteo y un resuello como cuando el agua gorgotea por la noche y resuella por tuberías atascadas; hasta que finalmente de ello salió una voz de hombre y unas palabras de hombre: — decían así:

«¡Zaratustra! ¡Zaratustra! ¡Adivina mi enigma! ¡Habla, habla! ¿Qué venganza hay contra el testigo?

Te induzco a que vuelvas, ¡aquí hay hielo deslizante! ¡Cuida, cuida de que tu orgullo no se rompa en él las piernas!

¡Te crees sabio, orgulloso Zaratustra! Entonces adivina el enigma, tú, duro cascanueces, — ¡el enigma que yo soy! ¡Di entonces: quién soy yo!»

Pero cuando Zaratustra hubo oído estas palabras, — ¿qué os pensáis que pasó por su alma? Le sobrevino la compasión; y de repente se desplomó como una encina que durante largo tiempo ha resistido a muchos leñadores, — compacta, de golpe, asustando incluso a quienes querían cortarla. Pero pronto volvió a levantarse del suelo y su rostro tenía una expresión de dureza.

«¡Te conozco bien, dijo con una voz de bronce: ¡tú eres el asesino de Dios! Deja que me vaya.

No has soportado al que te veía, — al que siempre te veía y por completo, ¡tú, el más feo de los hombres! ¡Te has vengado de ese testigo!»

Así habló Zaratustra y quiso marcharse; pero el inexpresable se agarró a un extremo de su vestido y comenzó de nuevo a gorgotear y a buscar palabras. «"¡Quédate!", dijo finalmente, —

— ¡quédate! ¡No pases de largo! He adivinado cuál fue el hacha que te derribó: ¡Salve, oh Zaratustra, estás de nuevo en pie!

Tú adivinaste, lo sé bien, cómo se siente aquel que le mató, — el asesino de Dios. ¡Quédate! Ven a sentarte conmigo, no será en vano.

¿Hacia quién iría yo sino hacia ti? ¡Quédate, siéntate! ¡Pero no me mires! ¡Honra de este modo — mi fealdad!

Me persiguen: ahora tú eres mi último refugio. No con su odio, no con sus esbirros: — ¡oh, de tal persecución me burlaría y estaría orgulloso y contento!

¿No han estado hasta ahora todos los éxitos del lado de los bien perseguidos? Y quien persigue bien aprende fácilmente a seguir: — ¡pues lo que hace es — seguir a otros los talones! Pero es su compasión —

— es su compasión de lo que yo huyo y por lo que busco refugio en ti. Oh Zaratustra, protégeme, tú, mi último refugio, el único que me ha adivinado:

— tú has adivinado cómo se siente aquel que le mató. ¡Quédate! Y si quieres irte, tú, impaciente: no vayas por el camino por el que yo vine. Ese camino es malo.

¿Estás irritado conmigo porque llevo ya hablando y chapurreando demasiado tiempo? ¿Por qué hasta te doy consejos? Sábete que soy el más feo de los hombres,

— que además tengo los pies más grandes y pesados. Por donde yo fui, el camino ha sido malo. Mato los caminos que piso y los envilezco.

Pero el que pasaras por mí de largo, en silencio; que te ruborizaras, lo vi bien: en ello reconocí que eres Zaratustra.

Cualquier otro me habría tirado su moneda, su compasión, con la mirada y con sus palabras. Pero para eso — no soy lo bastante mendigo, lo has adivinado —

— para eso soy demasiado rico, rico en cosas grandes, en cosas terribles, en las cosas más feas, en las cosas más inexpresables! ¡Tu vergüenza, oh Zaratustra, me ha honrado!

Me fue difícil escapar de la aglomeración de los compasivos, — para encontrar al único que hoy enseña que "la compasión es importuna" — ¡a ti, oh Zaratustra!

— ya sea de un Dios, ya sea de los hombres: la compasión está en contra del pudor. Y no-querer-ayudar puede ser más noble que aquella virtud que acude solícita en ayuda.

Pero hoy entre toda la gente pequeña a eso, la compasión, se le da el nombre mismo de virtud: no tienen respeto por la gran desgracia, por la gran fealdad, por el gran fracaso.

Paso la mirada por encima de todos ellos al igual que un perro mira por encima de los lomos de los rebaños de ovejas que rápidas se mueven de un lado para otro. Son pequeños seres grises, de buena lana y buena voluntad.

Al igual que una garza desdeñosa pasa la mirada por encima de la superficie de estanques poco profundos, con la cabeza inclinada hacia atrás: así paso yo la mirada por encima del hormigueo gris de olas y voluntades y seres pequeños.

Durante demasiado tiempo se les ha dado la razón a estos seres pequeños: de este modo se terminó por darles además el poder — ahora enseñan: "sólo es bueno aquello que los pequeños seres llaman bueno."

Y "verdad" se llama hoy a lo que dijo el predicador que procedía él mismo de ellos, extraño santo, ese abogado de los pequeños seres que testificó de sí mismo "yo — soy la verdad".

Este presuntuoso hace ya tiempo que ha hecho que a los pequeños seres se les hinche la cresta — él, que enseñó un error no pequeño cuando enseñó: "yo — soy la verdad."

¿Se le ha respondido alguna vez a un presuntuoso de una manera más cortés? — Pero tú, oh Zaratustra, pasaste por él de largo y dijiste: "¡No! ¡No! ¡No! ¡Tres veces no!"

Advertiste acerca de su error, fuiste el primero en advertir acerca de la compasión — no a todos, a nadie más, sólo a ti y a los de tu especie.

Tú te avergüenzas de la vergüenza de quienes sufren mucho; y en verdad, cuando dices que "de la compasión emerge una gran nube, ¡tened cuidado, vosotros, hombres!"

— cuando enseñas que "todos los creadores son duros, todo amor grande está por encima de su compasión": ¡oh Zaratustra, qué buen entendido me pareces en pronósticos del tiempo!

Pero a ti mismo — ¡adviértete también a ti mismo acerca de tu compasión! Pues muchos están en camino hacia ti, muchos que sufren, que dudan, que se desesperan, que se ahogan, que sienten frío. —

También te advierto de ti mismo. Adivinaste mi mejor, mi peor enigma, a mí mismo y lo que he hecho. Conozco el hacha que te derriba.

Pero él — t e n í a que morir: miró con ojos que veían t o d o , — vio las profundidades y los abismos del hombre, toda su oculta ignominia y fealdad.

Su compasión no conocía pudor: se arrastraba dentro de mis rincones más sucios. Éste, el más curioso, el impertinente en exceso, el compasivo en exceso, tenía que morir.

Siempre me veía a m í : de semejante testigo quise vengarme — o yo mismo dejar de vivir.

El Dios que lo veía todo, t a m b i é n al h o m b r e : ¡este Dios tenía que morir! El hombre no s o p o r t a que semejante testigo viva.»

Así habló el más feo de los hombres. Pero Zaratustra se levantó y se dispuso a marcharse: pero se sentía aterido de frío hasta las entrañas.

«Tú, inexpresable, dijo, me avisaste de tu camino. En agradecimiento por ello voy a alabarte el mío. Mira, allí arriba está la cueva de Zaratustra.

Mi cueva es grande y profunda y tiene muchos rincones; en ella el más escondido encuentra su escondrijo. Y muy cerca de ella hay un centenar de hendiduras en la roca y recovecos para animales que se arrastran, que revolotean y que saltan.

Tú, desterrado, que te has desterrado a ti mismo, ¿no quieres vivir entre hombres y la compasión de hombres? ¡Pues bien, actúa como yo! De este modo también aprenderás de mí; sólo actuando se aprende.

¡Y primero de todo y sobre todo habla con mis animales! El animal más orgulloso y el animal más sagaz — ¡serán seguramente para nosotros dos los consejeros adecuados!» — —

Así habló Zaratustra y prosiguió su camino, más pensativo y más lentamente todavía que antes: pues se preguntaba muchas cosas y no sabía darse una respuesta fácil.

«¡Pero qué pobre es el hombre!, pensaba en su corazón, qué feo, cómo resuella, qué lleno está de oculta vergüenza!

Se me dice que el hombre se ama a sí mismo: ¡ay, qué grande tiene que ser este amor a sí mismo! ¡Cuánto desprecio tiene en contra de sí mismo!

También aquél se amaba a sí mismo tanto como se despreciaba, — para mí es alguien grande en el amor y alguien grande en el desprecio.

Aún no he encontrado a nadie que se haya despreciado tan profundamente: también e s t o es altura. Ay, ¿era tal vez é s e el hombre superior cuyo grito yo oí?

Amo a quienes son grandes en el desprecio. El hombre, sin embargo, es algo que tiene que ser superado.» — —

* * *

EL MENDIGO VOLUNTARIO

Cuando Zaratustra hubo dejado al más feo de los hombres, tuvo frío y se sintió solo: pues por su mente pasaban muchos pensamientos fríos y solitarios, así que por ello sus miembros y articulaciones fueron enfriándose más. Pero a medida que seguía el ascenso del camino, hacia arriba, hacia abajo, pasando unas veces al lado de verdes prados, pero también por rutas salvajes y pedregosas por donde puede que en otro tiempo un impaciente arroyo hubiera tendido su lecho: de repente volvió a sentir más calor y recuperó el ánimo.

«Pero ¿qué me ha sucedido?, se preguntó, algo caliente y vivo me reconforta, tiene que estar en mi proximidad.

Ya estoy menos solo; desconocidos compañeros de viaje y hermanos andan vagando a mi derredor, su aliento cálido ha conmovido mi alma.»

Pero cuando se puso a observar alrededor y a buscar a los consoladores de su soledad; he aquí que eran unas vacas que estaban reunidas en un alto; su proximidad y su olor le habían calentado el corazón. Mas estas vacas parecían estar escuchando con gran interés a alguien que les estaba hablando y no prestaron atención al que se acercaba. Pero cuando Zaratustra estuvo muy cerca de ellas, oyó con claridad que una voz de hombre hablaba desde el medio de las vacas; y como se veía, todas ellas habían vuelto las cabezas en dirección a quien hablaba.

Entonces Zaratustra se presentó todo apresurado allí arriba y dispersó a los animales, pues tenía el temor de que a alguien le hubiese ocurrido allí una desgracia, al que la compasión de las vacas apenas si podía servirle de ayuda. Pero en eso se había equivocado; pues he aquí que en aquel lugar había un hombre sentado en el suelo y parecía intentar persuadir a los animales de que no tuviesen ningún temor de él, un hombre pacífico y predicador de la montaña, de cuyos ojos predicaba la bondad misma. «¿Qué buscas tú aquí?», exclamó Zaratustra con extrañeza.

«¿Que qué busco aquí?, respondió: lo mismo que tú estás buscando, ¡tú, perturbador!, esto es, la felicidad sobre la tierra.

Pero para ello me gustaría aprender de estas vacas. Pues, puede que sepas que llevo hablándoles ya media mañana y precisamente ahora querían darme una respuesta. ¿Cómo es que las has molestado?

Si no cambiamos y nos hacemos como vacas, no entraremos en el reino de los cielos. Porque de ellas deberíamos aprender una cosa: el rumiar.

Y en verdad, aunque el hombre conquistase el mundo entero y no aprendiese la única cosa, el rumiar: ¡de qué serviría! No se liberaría de la tribulación,

— de su gran tribulación: la que hoy se llama a s c o . ¡Quién no tiene hoy llenos de asco el corazón, la boca y los ojos! ¡También tú! ¡También tú! ¡Pero mira, sin embargo, a estas vacas!» —

Así habló el predicador de la montaña y luego volvió su propia mirada a Zaratustra, — pues hasta ahora había estado pendiente de las vacas lleno de simpatía —: pero en ese momento se transformó. «¿Con quién estoy hablando?, exclamó asustado y de un salto se levantó del suelo.

Este es el hombre sin asco, éste es el mismo Zaratustra, el vencedor del gran asco, éste es el ojo, ésta es la boca, éste es el corazón del mismo Zaratustra.»

Y al decir esto besó las manos de aquel a quien estaba hablando con los ojos inundados de lágrimas, y su gesto era completamente el de aquel a quien de improviso le cae del cielo un regalo y un tesoro de valor. Pero las vacas contemplaban todo y estaban sorprendidas.

«¡No hables de mí, tú, hombre extraño! ¡Persona encantadora!, dijo Zaratustra y se protegió de su ternura, ¡háblame primero de ti! ¿No eres el mendigo voluntario que un día arrojó lejos de sí una gran riqueza, —

— que se avergonzó de su riqueza y de los ricos y huyó hacia los más pobres a fin de regalarles su opulencia y su corazón? Pero no le aceptaron.»

«Pero no me aceptaron, dijo el mendigo voluntario, lo sabes muy bien. Así que al final me vine hasta los animales y hasta estas vacas.»

«Entonces has aprendido, interrumpió Zaratustra al que hablaba, que es más difícil dar como conviene que recibir como conviene, y que regalar como conviene es un a r t e y la última y más sutil maestría de la bondad.»

«De una manera especial hoy, respondió el mendigo voluntario: digo hoy en que todo lo bajo se ha vuelto insurrecto y esquivo y a su manera altanero: me refiero a la forma de la plebe.

Pues ha llegado la hora, tú lo sabes bien, de la rebelión grande y malévola y larga y lenta de la plebe y de los esclavos: que está creciendo cada vez más.

Hoy en día todo beneficio y pequeña dádiva indigna a los de abajo; ¡y los muy ricos ya pueden estar en guardia!

Quienes hoy día gotean cual botellas panzudas por cuellos demasiado estrechos: — a botellas de ese tipo se les rompe gustosamente el cuello.

Codicia concupiscente, envidia viliosa, sed de venganza pesadumbrosa, altanería de la plebe: esto me saltaba a la vista. Ya no es verdad que los pobres sean dichosos. Pues el reino de los cielos está entre las vacas.»

«¿Y por qué no está entre los ricos?», preguntó Zaratustra para tentarle, mientras se protegía de las vacas que con familiaridad echaban el resuello al apacible hombre.

«¿Por qué me tientas?, respondió éste. Tú mismo lo sabes aún mejor que yo. Porque ¿qué fue lo que me impulsó a irme entre los más pobres, oh Zaratustra? ¿No fue el asco a los más ricos de entre nosotros?

— a los presidiarios de la riqueza que sacan ventaja de las inmundicias, con mirada fría, con pensamientos lujuriosos, a esa chusma que apesta hasta el cielo,

— a esa plebe de purpurina y falseada, cuyos padres han sido carteristas o aves de carroña o traperos, dispuesta a complacer a las mujeres, concupiscente, olvidadiza: — pues todos ellos no andan muy lejos de parecerse a una puta. —

¡Plebe arriba, plebe abajo! ¡Qué significa todavía hoy día "pobre" y qué "rico"! Esa diferencia la he olvidado, — por eso me fui huyendo de allí, lejos, cada vez más lejos hasta llegar junto a estas vacas.»

Así habló el apacible hombre y él mismo resoplaba y sudaba con sus palabras: de tal manera que las vacas volvieron a sorprenderse. Pero Zaratustra seguía mirándole a la cara sonriendo como si hablara muy duramente y además sacudía la cabeza en silencio.

«Estás violentándote a ti mismo, tú, predicador de la montaña, al hacer uso de palabras tan duras. Para dureza semejante no se han hecho ni tu boca ni tus ojos.

Tampoco, así me parece a mí, ni siquiera tu mismo estómago: le repugna todo ese encolerizamiento y odio y furia. Tu estómago quiere cosas más suaves: tú no eres un carnicero.

Más bien me pareces una persona de plantas y raíces. Puede que muelas granos. Y con seguridad que eres contrario a las alegrías de la carne y te gusta mucho la miel.»

«Me has adivinado bien, respondió el mendigo voluntario, con el corazón aliviado. Me gusta mucho la miel, muelo también granos, pues he buscado lo que resulta delicioso al paladar y produce un aliento puro:

— también lo que necesita mucho tiempo, un trabajo para el día y la boca de ociosos apacibles y gandules.

Quienes en verdad han llegado más lejos en ello han sido estas vacas: inventaron el rumiar y el estar-echadas-al-sol. Se abstienen también de todo pensamiento complicado que hincha el corazón.»

— «¡Bien!, dijo Zaratustra: tú debes ver también a mis animales, a mi águila y a mi serpiente, — hoy no hay sobre la tierra nada que se les parezca.

Mira, por ahí va el camino que lleva a mi cueva: sé por esta noche su huésped. Y habla con mis animales sobre la felicidad de los animales, —

— hasta que yo mismo vuelva a casa. Pues ahora me llama un grito de socorro que hace que tenga que alejarme con celeridad de ti. ¡También encontrarás miel nueva en mi casa, miel de color oro de panal, fresquísima: cómela!

¡Pero ahora despídete rápidamente de tus vacas, tú, hombre extraño! ¡Hombre amable! Aunque te sea difícil. ¡Ya que son tus más cálidos amigos y maestros!» —

« — Salvo uno al que amo todavía más, respondió el mendigo voluntario. ¡Tú mismo eres bueno y mejor aún que una vaca, oh Zaratustra!»

«¡Fuera de aquí, lejos de mí! ¡Redomado adulador!, gritó Zaratustra con maliciosidad, ¿por qué me haces daño con semejante alabanza y la miel de la adulación?»

«¡Fuera de aquí, lejos de mí!» Volvió a gritar y blandió el bastón contra el afectuoso mendigo: pero él escapó a toda prisa de allí.

* * *

LA SOMBRA

Pero apenas se hubo ido corriendo de allí el mendigo voluntario y Zaratustra volvió a estar solo consigo mismo, oyó detrás de sí otra voz: que exclamó: «¡Alto! ¡Zaratustra! ¡Te pido que esperes! ¡Que soy yo, oh Zaratustra, yo, tu sombra!» Pero Zaratustra no esperó, pues le sobrevino un disgusto repentino a causa de la gran aglomeración y gentío que había en sus montañas. «¿Adonde se ha ido mi soledad?, dijo.

En verdad me está siendo demasiado; en estas montañas hay un hormigueo de gente, mi reino ya no es de e s t e mundo, necesito montañas nuevas.

¿Me llama mi sombra? ¡Qué importa mi sombra! ¡Si quiere que siga tras de mí! Yo — huiré de ella.»

Así habló Zaratustra a su corazón y salió corriendo de allí. Pero el que se encontraba detrás de él le seguía: de suerte que pronto fueron tres los que iban uno detrás de otro, a saber, delante el mendigo voluntario, después Zaratustra y el tercero y en último lugar su sombra. Pero no llevaban mucho tiempo caminando de esta manera cuando Zaratustra se dio cuenta de su insensatez y de repente se sacudió todo disgusto y hastío.

«¡Cómo!, dijo, ¿es que no han ocurrido desde siempre las cosas más ridículas entre nosotros viejos eremitas y santos?

¡En verdad mi insensatez ha crecido hacia lo alto de las montañas! ¡Ahora estoy oyendo que seis viejas piernas de necios van tableteando una detrás de otra!

¿Le está permitido a Zaratustra tener miedo de una sombra? Me parece en cualquier caso que tiene piernas más largas que yo.»

Así habló Zaratustra, riendo con ojos y entrañas, se detuvo y rápidamente se volvió — y he aquí que al hacerlo casi tiró al suelo a quien le seguía y a su sombra: tan junta le seguía ésta los talones y además era tan débil. Pero cuando la examinó con los ojos, se asustó como de un fantasma que aparece de repente: tan delgado, negruzco, hueco y gastado era el aspecto de quien le seguía.

«¿Quién eres tú?, preguntó Zaratustra con vehemencia, ¿qué te mueve por aquí? ¿Y por qué te llamas a ti mismo mi sombra? No me gustas.»

«Perdóname, respondió la sombra, que sea yo; y si no te gusto, bien, ¡oh Zaratustra!, en ello te alabo a ti y a tu buen gusto.

Soy un caminante que ha andado ya mucho detrás de tus talones: siempre de camino, pero sin destino, y sin hogar: de suerte que en verdad poco me falta para ser el eterno judío, a no ser que no sea eterno y tampoco judío.

¿Cómo? ¿Tengo que estar siempre de camino? ¿Remolineado por todos los vientos, desasosegado, empujado hacia delante? ¡Oh tierra, te has hecho tan redonda para mí!

En todas las superficies he estado sentado ya, como polvo cansado me he quedado dormido en espejos y en cristales de ventana: todas las cosas toman algo de mí, ninguna me da nada, estoy quedándome delgado, — soy casi igual que una sombra.

Pero tú, oh Zaratustra, eres hacia quien más tiempo he volado y hacia quien más tiempo he seguido, y aun habiéndome ocultado de ti, he sido, sin embargo, tu mejor sombra: hasta donde has estado sentado allí me he sentado yo también.

Contigo he andado errando por los mundos más lejanos y más fríos, al igual que un fantasma que voluntariamente anda por tejados de invierno y por la nieve.

Contigo he tenido el afán de llegar a todo lo prohibido, a lo peor, a lo más lejano: y si algo hay en mí que sea virtud, es que no he tenido miedo a ninguna prohibición.

Contigo he destrozado lo que siempre ha venerado mi corazón, he derribado todos los mojones e imágenes, he ido tras los deseos más peligrosos, — en verdad alguna vez he pasado de prisa por encima de todos los delitos.

Contigo olvidé la fe en la palabra y el valor y los grandes nombres. Cuando el diablo muda de piel, ¿no se quita al mismo tiempo también el nombre? porque él es también piel. El mismo diablo es tal vez — piel.

"Nada es verdadero, todo está permitido": así me dije a mí mismo. En las aguas más frías me tiré de cabeza y corazón. ¡Ay, con cuánta frecuencia he estado desnudo por ello como un cangrejo rojo!

¡Ay, adonde se me ha ido todo lo bueno y todo el pudor y toda la fe en los buenos! ¡Ay, adonde se ha ido aquella falsa inocencia que yo tuve en otro tiempo, la inocencia de los buenos y sus nobles mentiras!

Con demasiada frecuencia, es cierto, he seguido muy de cerca los pies de la verdad: entonces ella me pisaba la cabeza. En ocasiones yo pensaba que mentía, y he aquí que sólo entonces daba — con la verdad.

Demasiadas cosas se me han explicado: ahora ya no me importa nada. No hay nada que viva que yo ame, — ¿cómo iba yo a seguir amándome a mí mismo?

"Vivir como me plazca o no vivir en absoluto": así lo quiero yo, así lo quiere también el santo. Pero, ay, ¿cómo voy a tener y o todavía — placer?

¿Tengo y o — todavía una meta? ¿Un puerto al que navegue m i vela?

¿Un viento favorable? Ay, sólo quien sabe a d o n d e navega, sabe también qué viento es favorable, qué viento es el de su navegación.

¿Qué es lo que me queda aún? Un corazón cansado y petulante; una voluntad inestable; alas de revoloteo; una columna vertebral rota.

Esta búsqueda de m i hogar: oh Zaratustra, tú sabes bien que esta búsqueda ha sido m i aflicción que me devora.

¿Dónde está — m i hogar? Por él pregunto y lo busco y lo he buscado, y no lo he encontrado. ¡Oh eterno estar en todas partes, oh eterno estar en ninguna parte, oh eterno — en vano!»

Así habló la sombra, y el rostro de Zaratustra se alargó al oír sus palabras. «¡Tú eres mi sombra!, dijo él finalmente con tristeza.

Tu peligro no es uno pequeño, ¡tú, espíritu libre y caminante! Has tenido un mal día: ¡procura que no te llegue un atardecer peor aún!

A los errantes como tú hasta una prisión les parece al final una dicha. ¿Has visto alguna vez cómo duermen los delincuentes encarcelados? Duermen tranquilos, disfrutan de su nueva seguridad.

¡Cuídate de no caer al final prisionero de una creencia todavía más angosta, una ilusión dura y severa! Pues ahora te seduce y te tienta cualquier cosa que sea rigurosa y estrecha.

Has perdido la meta: ay, ¿cómo podrás superar esta pérdida y consolarte de ella? Con ello — ¡has perdido también el camino!

¡Tú, pobre vagabundo, romántico, tú, fatigada mariposa! ¿Quieres tener esta tarde un descanso y una morada? ¡Entonces sube a mi cueva!

Por ahí sube el camino que lleva a mi cueva. Y ahora quiero volver rápido a escapar de ti. Siento como si sobre mí hubiese ya una sombra.

Quiero andar solo, que para mí vuelva a haber claridad. Para ello tengo aún que estar largo tiempo con regocijo sobre mis piernas. ¡Pero por la tarde en mi casa — habrá baile!»

Así habló Zaratustra.

* * *

A MEDIODÍA

Y Zaratustra anduvo y anduvo y no encontró ya a nadie y estuvo solo, y una y otra vez se encontró a sí mismo y disfrutó y saboreó su soledad y pensó en cosas buenas, — durante horas. Pero hacia el mediodía, cuando el sol estaba exactamente sobre la cabeza de Zaratustra, éste pasó al lado de un viejo árbol torcido y nudoso que estaba abrazado por el rico amor de una parra, y ocultado de sí mismo: de él pendían frente al caminante amarillas uvas en abundancia. Entonces sintió deseos de calmar una ligera sed y cortar un racimo; pero cuando ya extendía el brazo para hacerlo, sintió deseos de otra cosa: echarse junto al árbol y dormir en pleno mediodía.

Esto fue lo que hizo Zaratustra; y tan pronto como estuvo acostado sobre el suelo, en medio del silencio y el sigilo de la hierba multicolor, se había olvidado ya de su ligera sed y se durmió. Pues como dice el refrán de Zaratustra: una cosa es más necesaria que otra. Sólo que sus ojos se quedaron abiertos: — pues no se cansaban de mirar y de alabar al árbol y el amor de la parra. Pero al dormirse habló Zaratustra así a su corazón:

¡Silencio! ¡Silencio! ¿No acaba de volverse el mundo perfecto? Pero ¿qué es lo que me ocurre?

Cual un delicado viento, no visto, baila ágil, ligero como una pluma sobre la entarimada superficie del mar: así — baila el sueño sobre mí.

Los ojos no me los cierra, me deja despierta el alma. Ligero es, en verdad, ligero como una pluma.

Me persuade no sé de qué manera, toca ligeramente mi interior con mano lisonjera, me fuerza. Sí, me fuerza a que el alma se expanda: —

— ¡qué larga se vuelve y qué cansada se pone, mi extraña alma! ¿Le ha venido justamente al mediodía la tarde de un séptimo día? ¿Ha caminado ya demasiado tiempo dichosa entre cosas buenas y maduras?

¡Se estira y se estira alargándose, — alargándose más! Está en silencio, mi extraña alma. Demasiadas cosas buenas ha saboreado ya, esta tristeza de oro la oprime, tuerce la boca.

— Como un barco que ha entrado en su más tranquila bahía: — se apoya en la tierra, cansado de largos viajes y del mar incierto. ¿No es la tierra más leal?

Al igual que un barco como ése se pega a tierra, se arrima a tierra: — es suficiente con que una araña teja su hilo hasta él desde tierra. No se necesita una maroma más fuerte.

Al igual que un fatigado barco como ése descansa en la bahía más tranquila: así descanso yo ahora cerca de la tierra, leal, confiado, esperando, atado a ella con los más finos hilos.

¡Oh felicidad! ¡Oh felicidad! ¿Quieres tal vez cantar, oh alma mía? Estás echada en la hierba. Mas ésta es la hora secreta y festiva en que ningún pastor toca la flauta.

¡Ten cuidado! Un ardiente mediodía duerme sobre los campos. ¡No cantes! ¡Silencio! El mundo es perfecto.

¡No cantes, ave de la pradera, oh alma mía! ¡No susurres siquiera! ¡Pero mira — en silencio! el viejo mediodía duerme, mueve la boca: ¿no está bebiendo en este preciso momento una gota de felicidad —

— una vieja gota bronceada de dorada felicidad, de dorado vino? Algo se desliza sobre él, su felicidad ríe. Así — ríe un dios. ¡Silencio! —

— «¡Para la felicidad, qué poco basta para la felicidad!» Así dije yo en otro tiempo, y me pareció inteligente. Pero fue una blasfemia: E s t o lo he sabido ahora. Los necios inteligentes hablan mejor.

Precisamente la cosa más pequeña, la apenas perceptible, la más ligera, el suave deslizarse de una lagartija, un soplo, una

exhalación, un parpadeo. — L o p o c o constituye la cualidad de la m e j o r felicidad. ¡Silencio!

— Qué me ha sucedido: ¡escucha! ¿Se ha ido tal vez volando el tiempo? ¿No me estoy cayendo? ¿No me he caído — ¡escucha! en el pozo de la eternidad?

— ¿Qué me sucede? ¡Silencio! ¡Me han clavado — ay — en el corazón! ¡En el corazón! ¡Oh, rómpete, rómpete, corazón, después de tal felicidad, después de tal pinchazo!

— ¿Cómo? ¿No se había vuelto el mundo hace un momento perfecto? ¿Redondo y maduro? Oh aro áureo y redondo — ¿adonde se va volando? ¡Me voy corriendo detrás de él! ¡Silencio!

Silencio — — (y aquí Zaratustra se estiró y sintió que dormía).

¡Arriba!, se dijo a sí mismo, ¡tú, dormilón! ¡Tú, dormilón de mediodía! ¡Bien, vamos, vosotras, viejas piernas! Tiempo es y más que tiempo, aún os queda una buena parte de camino. —

Habéis dormido hasta más no poder, ¿cuánto tiempo? ¡Una media eternidad! ¡Bien, vamos, viejo corazón mío! ¿Cuánto tiempo vas a necesitar después de un sueño así — para terminar de despertarte?

(Pero entonces volvió a dormirse otra vez, y su alma habló en contra de él y se defendió y se acostó de nuevo.) — «¡Que me dejes! ¡Silencio! ¿No se había vuelto el mundo hace un momento perfecto? ¡Oh dorada esfera redonda!» —

«¡Levántate, dijo Zaratustra, tú, pequeña ladrona, tú, perezosa! ¿Cómo? ¿Estás todavía estirándote, bostezando, suspirando, cayendo dentro de pozos profundos?

¡Pero quién eres tú! ¡Oh alma mía!» (y en ese momento se asustó, pues un rayo de sol cayó del cielo sobre su rostro).

«Oh cielo que estás sobre mí, dijo suspirando y se incorporó, ¿estás contemplándome? ¿Estás escuchando a mi extraña alma?

¿Cuándo beberás esta gota de rocío que cae sobre todas las cosas de la tierra, — cuándo beberás esta extraña alma —

— cuándo, ¡pozo de la eternidad!, ¡tú, sereno y horrible precipicio del mediodía!, cuándo beberás de nuevo dentro de ti mi alma?»

Así habló Zaratustra y se levantó de su lecho de junto al árbol como de una extraña embriaguez: y he aquí que el sol estaba todavía justamente encima de su cabeza. Pero de ello podía deducirse con razón que Zaratustra entonces no había estado durmiendo mucho tiempo.

* * *

EL SALUDO

Hasta el final de la tarde Zaratustra no regresó a su cueva después de haber estado durante mucho tiempo buscando y errando inútilmente de un lado para otro. Pero cuando estuvo frente a la misma, a una distancia de no más de veinte pasos, sucedió lo que en ese momento él menos esperaba: de nuevo oyó el gran g r i t o d e s o c o r r o . Y, ¡sorprendentemente!, el mismo procedía esta vez de su propia cueva. Pero era un grito prolongado, múltiple y extraño, y Zaratustra distinguió con claridad que se componía de muchas voces: si bien, oído desde lejos, podía sonar igual que un grito salido de una única boca.

Entonces Zaratustra saltó hacia su cueva y ¡mirad! ¡qué espectáculo estaba esperándole justo después de la representación auditiva! Pues allí estaban sentados juntos todos aquellos con quienes se había encontrado a lo largo del día: el rey de la derecha y el rey de la izquierda, el viejo mago, el papa, el mendigo voluntario, la sombra, el concienzudo del espíritu, el triste adivino y el asno; el más feo de los hombres se había puesto una corona y ceñido dos cinturones de púrpura, — pues le gustaba mucho, como a todos los feos, disfrazarse y embellecerse. Mas en medio de esta triste compañía estaba el águila de Zaratustra, con las plumas erizadas e inquieta, pues quería responder a muchas cosas para las que su orgullo no tenía respuesta; pero la astuta serpiente colgaba enroscada de su cuello.

Todo esto lo vio Zaratustra con gran asombro; entonces examinó a todos y cada uno de sus huéspedes con amable curiosidad, leyó en sus almas y se asombró de nuevo. Mientras tanto los reunidos se habían levantado de sus asientos y esperaban con respeto que Zaratustra hablase. Pero Zaratustra habló así:

«¡Vosotros, gente desesperanzada! ¡Vosotros, gente extraña! ¿Así que oí v u e s t r o grito de socorro? Y ahora sé además dónde puede buscarse a quien hoy he estado buscando en vano: a l h o m b r e s u p e r i o r — :

— ¡está sentado en mi propia cueva, el hombre superior! Pero ¡de qué me asombro! ¿No le he inducido yo mismo a que venga a mi casa con ofrecimientos de miel y sagaces llamadas de mi felicidad?

¿No me parece, sin embargo, que servís mal para estar en compañía, que vuestros corazones son entre sí desabridos, vosotros, que dais gritos de socorro, cuando estáis sentados aquí juntos? Antes tiene que llegar uno,

— uno que vuelva a haceros reír, un buen bufón alegre, un bailarín y un viento y un travieso loco, cualquier viejo necio: — ¿qué os parece?

Pero perdonadme, gente desesperanzada, que ante vosotros hable yo con tales pequeñas palabras, indignas, ¡en verdad!, ¡de semejantes huéspedes! Pero no adiviníais l o q u e hace a mi corazón petulante: —

— ¡vosotros mismos y vuestra apariencia, perdonádmelo! Porque todo el que ve a una persona desesperanzada recobra el coraje. Para dar ánimo a una persona desesperanzada — cualquiera se cree lo suficientemente fuerte.

A mí mismo me disteis esa fuerza, — una buena facultad, ¡mis ilustres huéspedes! Bien, así que no os enojéis porque os ofrezca de lo mío.

Esto de aquí es mi reino y mi dominio: pero lo que es mío, por esta tarde y esta noche ha de ser vuestro. Mis animales os servirán: ¡que mi cueva sea vuestro lugar de reposo!

En mi hogar y casa nadie ha de desesperarse, en mi territorio yo protejo a todos de sus animales salvajes. Y esto es lo primero que yo os ofrezco: ¡seguridad!

Pero lo segundo es: mi dedo meñique. Y una vez que tengáis é s t e , no tenéis más que tomaros la mano entera, ¡va-

mos! ¡y además de esto también el corazón! ¡Sed aquí bienvenidos, bienvenidos, huéspedes míos!»

Así habló Zaratustra y rió de amor y de maldad. Después de este saludo sus huéspedes volvieron a hacer una inclinación y callaron respetuosamente; pero el rey de la derecha le respondió en su nombre.

«Por la suerte, oh Zaratustra, como nos has ofrecido mano y saludo, te reconocemos como Zaratustra. Te has humillado ante nosotros; casi has dañado nuestro respeto — :

— ¿mas quién sería como tú capaz de rebajarse con semejante orgullo? E s t o nos levanta a nosotros mismos, es un solaz para nuestros ojos y nuestro corazón.

Nada más que para ver esto subiríamos gustosamente montañas más elevadas que ésta. Pues hemos venido como ávidos espectadores, hemos querido ver qué es lo que hace que ojos turbios se aclaren.

Y he aquí que ya ha terminado todo nuestro grito de socorro. Ya mente y corazón están abiertos y fascinados. Poco falta: y nuestro ánimo se hará atrevido.

Nada, oh Zaratustra, hay en la tierra que se desarrolle de una manera tan alentadora como una voluntad elevada y fuerte: es la planta más hermosa que en ella crece. Todo un paraje se reconforta tan sólo con un árbol semejante.

Al pino comparo, oh Zaratustra, a quien crece como tú: esbelto, en silencio, duro, solo, de la mejor y más flexible madera, espléndido, —

— finalmente, sin embargo, llegando con vigorosas y verdes ramas hasta s u dominio, formulando preguntas audaces a los vientos y los temporales y cualquier cosa que tenga su morada en las alturas,

— respondiendo con más audacia, alguien que da órdenes, alguien victorioso: oh, ¿quién no subiría a elevadas montañas para ver una planta así?

En tu árbol de aquí, oh Zaratustra, se reconforta también el melancólico, el fracasado, viéndote se vuelve seguro aun el inestable y cura su corazón.

Y en verdad, a tu montaña y a tu árbol se dirigen hoy muchos ojos; un gran anhelo se ha desencadenado y muchos han aprendido a preguntar: ¿quién es Zaratustra?

Y a aquel dentro de cuyo oído alguna vez has derramado gota a gota tu canción y tu miel: todos los escondidos, los eremitas, los eremitas en pareja han dicho de pronto a su corazón:

"¿Vive todavía Zaratustra? Ya no merece la pena vivir. Todo es igual, todo es en vano; o — ¡tenemos que vivir con Zaratustra!"

¿Por qué no llega el que hace tanto tiempo que se ha anunciado?, así se preguntan muchos; ¿le ha tragado la soledad? ¿O hemos nosotros tal vez de ir a él?

Ahora ocurre que la misma soledad se reblandece y se quiebra al igual que una tumba que se despedaza y no puede ya retener a sus muertos. Por todas partes se ven resucitados.

Ahora ascienden y ascienden las olas en torno a tu montaña, oh Zaratustra. Y por muy elevada que sea tu altura, muchos tienen que subir hasta ti; tu barca no va a quedarse mucho tiempo en seco.

Y el que nosotros desesperados hayamos venido a tu cueva y ya no estemos desesperados: no es más que la señal y el presagio de que hay mejores que están en camino hacia ti, —

— pues él mismo está en camino, el último resto de Dios entre los hombres, éste es: todos los hombres del gran anhelo, del gran asco, del gran hastío.

— Todos los que no quieren ya vivir, salvo que aprendan a t e n e r e s p e r a n z a — ¡o aprendan de ti, oh Zaratustra, la g r a n esperanza!»

Así habló el rey de la derecha y tomó la mano de Zaratustra para besarla; pero Zaratustra se opuso a su reverencia y asustado se echó hacia atrás, en silencio y de repente como escapando a una lejana distancia. Más después de un pequeño momento volvió a estar con sus huéspedes, les miró con claros y escrutadores ojos y dijo:

«Huéspedes míos, vosotros hombres supenores, quiero hablar con vosotros en alemán y claramente. No erais v o s o t r o s a quienes he estado esperando aquí en estas montañas.

("¿En alemán y con claridad? ¡Que Dios se compadezca!, dijo entonces aparte el rey de la izquierda; ¡se nota que este sabio de Oriente no conoce a los buenos alemanes!

Pero lo que quiere decir es 'en alemán y de manera tosca' — ¡bien! ¡Hoy en día éste no es todavía el peor de los gustos!")

Puede que en verdad todos vosotros seáis hombres superiores, continuó diciendo Zaratustra: pero para mí — no sois ni lo bastante grandes ni lo bastante fuertes.

Para mí, esto es: para lo inexorable que calla dentro de mí, pero que no va a callar siempre. Y caso de que seáis parte de mí, no lo sois como mi brazo derecho.

Pues quien como vosotros se sustenta sobre piernas enfermas y delicadas, lo que sobre todo quiere, lo sepa o se lo oculte a sí mismo: que se le trate con cuidado.

Pero a mis brazos y a mis piernas no los trato con cuidado, yo no trato con cuidado a mis guerreros: ¿cómo podríais vosotros servir para mi guerra?

Con vosotros destrozaría todas mis victorias. Y muchos de vosotros caerían ya sólo con oír el fuerte redoblar de mis tambores.

Tampoco sois par mí ni lo bastante hermosos ni lo bastante bien nacidos. Yo necesito espejos limpios y puros para mis enseñanzas; en vuestra superficie se desfigura ya mi propia imagen.

Vuestros hombros tienen la presión de muchas cargas, de muchos recuerdos; muchos malvados enanos están en cuclillas en vuestros rincones. En vosotros hay oculta también plebe.

Y aunque seáis grandes y de una especie superior: mucho de lo que hay en vosotros está torcido y deformado. No hay herrero en el mundo que os arregle y enderece para mí.

Vosotros no sois más que puentes: ¡que por vosotros pasen al otro lado hombres más grandes! Vosotros sois escalones: ¡así que no enojéis al que por vosotros asciende a su grandeza!

De vuestra semilla es posible que crezca para mí un hijo auténtico y un perfecto descendiente: pero eso está lejos. Vosotros mismos no sois aquellos que forman parte de mi herencia y mi nombre.

No es a vosotros a quien espero en estas montañas, no sois vosotros con quienes me está permitido descender por última vez. Tan sólo habéis venido como presagio de que hay otros más grandes que están en camino hacia mí, —

— no los hombres del gran anhelo, del gran asco, del gran hastío y aquello que habéis llamado el resto de Dios.

— ¡No! ¡No! ¡Tres veces no! Son o t r o s a los que espero en estas montañas y no voy a levantar mis pies de aquí sin ellos,

— a más grandes, más fuertes, más victoriosos, más alegres, a aquellos que estén configurados de manera cuadrada de cuerpo y alma: i r i e n t e s l e o n e s tienen que llegar!

Oh huéspedes míos, seres extraños, — ¿todavía no habéis oído nada de mis hijos? ¿Y que están en camino hacia mí?

Habladme, por favor, de mis jardines, de mis Islas Afortunadas, de mi nueva y bella especie, — ¿por qué no me habláis de ello?

De vuestro amor os pido como regalo de huéspedes que me habléis de mis hijos. Para esto yo soy rico, para esto me he hecho pobre: de qué no me he desprendido.

— ¡De qué no me desprendería por tener una cosa: e s o s hijos, e s a plantación viviente, e s o s árboles de vida de mi voluntad y de mi suprema esperanza!»

Así habló Zaratustra y de repente se detuvo en su discurso: pues le sobrevino su anhelo, y cerró ojos y boca a causa de la agitación de su corazón. Y todos los huéspedes guardaron también silencio y se quedaron quietos y consternados: salvo el viejo adivino que hizo señales con manos y ademanes.

* * *

LA CENA

Pues en este momento el adivino interrumpió el saludo de Zaratustra y de sus huéspedes: se abrió paso como alguien que no tiene tiempo que perder, tomó la mano de Zaratustra y exclamó: «¡Pero Zaratustra!

Una cosa es más necesaria que la otra, lo dices tú mismo: bien, una cosa es p a r a m í más necesaria que todas las demás.

Una palabra en el momento oportuno: ¿no me has invitado a una c o m i d a ? Y aquí hay muchos que han recorrido largos caminos. ¿Es que vas a alimentarnos acaso con discursos?

Además todos habéis estado pensando demasiado en el quedarse helados, en el ahogarse, en el asfixiarse y otros peligros para el cuerpo: pero ninguno ha pensado en mi e s t a d o d e n e c e s i d a d , esto es, el de estar muriéndome de hambre — »

(Así habló el adivino; pero cuando los animales de Zaratustra oyeron estas palabras, asustados se fueron corriendo de allí. Pues veían que ni siquiera lo que habían traído a casa durante el día iba a ser suficiente para llenar el estómago del adivino.)

«Incluida la sed de muerte, continuó el adivino. Y aun oyendo aquí ya chapotear al agua, cual discursos de la sabiduría, esto es, abundante e incansable — ¡quiero v i n o !

No todos son como Zaratustra natos bebedores de agua. El agua tampoco sirve a cansados y marchitos: a n o s o t r o s

nos corresponde vino, — ¡solamente él otorga curación repentina y salud al instante!»

En esta ocasión, cuando el adivino solicitaba vino, ocurrió que también el rey de la izquierda, el taciturno, tomó por una vez la palabra. «Del vino, dijo, nos hemos preocupado nosotros, yo junto con mi hermano el rey de la derecha: tenemos suficiente vino, — todo un asno cargado. Así que ya sólo falta el pan.»

«¿Pan?, replicó Zaratustra riéndose. Precisamente pan es lo que no tienen los eremitas. Pero no sólo de pan vive el hombre, sino también de carne de buenos corderos de los que yo tengo dos:

— hemos de sacrificar los y adobarlos con salvia: así es como a mí me gusta. Tampoco faltan raíces y frutos, lo suficientemente buenos incluso para paladares exquisitos y degustadores; tampoco nueces y otros enigmas para cascar.

Así que pongámonos en breve a preparar una cena. Pero quien quiera comer tiene que colaborar, incluidos los reyes. Pues en casa de Zaratustra también a un rey le está permitido ser cocinero.»

Con esta proposición estaban todos profundamente de acuerdo: sólo que el mendigo voluntario se resistía a la carne y al vino y a las especias.

«¡Pero oíd, por favor, a este glotón de Zaratustra!, dijo bromeando: ¿se va a cuevas y a altas montañas a hacer semejantes comidas?

Ahora en verdad entiendo lo que él nos enseñó en otro tiempo: "¡Alabada sea la pequeña pobreza!" Y por qué quiere él suprimir a los mendigos.»

«Ten buen humor, le respondió Zaratustra, como lo tengo yo. Sigue siendo fiel a tu costumbre, persona excelente, muele tus granos, bebe tu agua, alaba tu cocina: ¡sólo con que te haga feliz!

Yo soy una ley tan sólo para los míos, yo no soy una ley para todos. Pero quien es de los míos tiene que tener huesos duros, también pies ligeros, —

— sentirse feliz con las guerras y las fiestas, no ser un melancólico, un personaje de sueños, dispuesto a lo más difícil como a su fiesta, de buena salud y salvo.

Lo mejor les pertenece a los míos y me pertenece a mí; y si no nos lo dan, entonces lo tomamos: — ¡el mejor alimento, el cielo más limpio, los pensamientos más vigorosos, las más bellas mujeres!» —

Así habló Zaratustra; pero el rey de la derecha replicó: «¡Qué raro! ¿Se han oído alguna vez semejantes cosas inteligentes de la boca de un sabio?

Y en verdad lo más raro en un sabio es que además de ello sea inteligente y no un asno.»

Así habló el rey de la derecha y se sorprendió; mas el asno con maliciosa voluntad dijo a su discurso i-a. Sin embargo, esto fue el comienzo de aquella larga cena que en los libros de historia es llamada «la última cena». En ella no se habló de otra cosa que d e l h o m b r e s u p e r i o r.

* * *

DEL HOMBRE SUPERIOR

1.

Cuando por primera vez fui hasta los hombres cometí la locura del eremita, la gran locura: me instalé en la plaza del mercado.

Y cuando hablaba a todos no hablaba a ninguno. Pero por la tarde mis compañeros eran volatineros, y cadáveres; y yo mismo era casi un cadáver.

Mas con la nueva mañana me llegó una nueva verdad: y aprendí a decir: «¡Qué me importa a mí el mercado y la plebe y el ruido de la plebe y las largas orejas de la plebe!»

Vosotros, hombres superiores, aprended de mí esto: en la plaza del mercado nadie cree en hombres superiores. Y si quieres hablar allí, ¡bien! Pero la plebe parpadeará diciendo que «todos somos iguales».

«¡Vosotros, hombres superiores, — parpadea la plebe diciendo — no existen hombres superiores, todos somos iguales, el hombre es hombre, ante Dios — ¡todos somos iguales!»

¡Ante Dios! — Pero ahora ese Dios ha muerto. Y ante la plebe no queremos ser iguales. Vosotros, hombres superiores, ¡marchaos de la plaza del mercado!

* * *

2.

¡Ante Dios! — ¡Pero ahora ese Dios ha muerto! Vosotros, hombres superiores, ese Dios era vuestro mayor peligro.

Hasta después de yacer él en la tumba no habéis vuelto a resucitar. Sólo ahora llega el gran mediodía, sólo ahora el hombre superior se está haciendo — ¡señor!

¿Entendéis esta palabra, oh hermanos? Estáis asustados: ¿sienten vértigo vuestros corazones? ¿Se os abre aquí el abismo? ¿Os ladra aquí el perro del infierno?

¡Bien! ¡Adelante! ¡Vosotros, hombres superiores! Este es el momento en que gira la montaña del futuro del hombre. Dios ha muerto: ahora n o s o t r o s queremos, — que viva el superhombre.

* * *

3.

Los más preocupados se preguntan hoy: «¿cómo es que se mantiene el hombre?» Pero Zaratustra es el único y primero que se pregunta: «¿cómo s e s u p e r a al hombre?»

El superhombre es mi gran preocupación, é l es para mí lo primero y lo único, — y n o el hombre: no el prójimo, no el más pobre, no el que más sufre, no el mejor. —

Oh hermanos, lo que yo puedo amar en el hombre es esto, que es un tránsito y un ocaso. Y también en vosotros hay muchas cosas que me hacen amar y tener esperanza.

El que vosotros, hombres superiores, hayáis despreciado, es lo que me hace tener esperanzas. Porque los grandes despreciadores son los grandes veneradores.

En el hecho de que hayáis desesperado, hay mucho que honrar. Porque vosotros no habéis aprendido cómo someteros, vosotros no habéis aprendido perspicacias mezquinas.

Efectivamente, hoy la gente pequeña se han convertido en señores: predican toda sumisión y modestia y perspicacia y laboriosidad y consideración y el largo etcétera de las pequeñas virtudes.

Lo que es de condición femenina, lo que procede de condición servil y de manera especial la mezcolanza de la plebe: E s t o quiere convertirse en señor de todo destino humano — ¡oh asco! ¡asco! ¡asco!

E s t o es lo que se pregunta y se pregunta y no se cansa: ¿cómo se conserva el hombre mejor, durante más tiempo, de la manera más agradable? Con ello — son los señores de hoy.

Oh hermanos, superadme a estos señores de hoy — a esta pequeña gente: ¡ e l l o s son el mayor peligro del superhombre!

¡Superadme, vosotros, hombres superiores, las pequeñas virtudes, las pequeñas perspicacias, las consideraciones de grano de arena, la inanidad propia de hormigas, el triste bienestar, «la felicidad de los más» — !

Y antes desesperarse que someterse. Y en verdad os amo porque hoy no sabéis vivir, ¡vosotros, hombres superiores! Pues así es como v o s o t r o s vivís — ¡del modo mejor!

* * *

4.

¿Tenéis valor, oh hermanos? ¿Sois personas de corazón? ¿ N o valor ante testigos, sino valor de eremita y de águila, ese que ya no puede ver ningún dios?

Las almas frías, las mulas, los ciegos, los beodos no son para mí seres de corazón. Corazón tiene quien conoce el miedo, pero d o m i n a el miedo, quien ve el abismo, pero con o r g u l l o .

Quien ve el abismo pero con ojos de águila, quien con garras de águila a g a r r a el abismo: ése tiene valor. —

* * *

5.

«El hombre es malo» — , así me dijeron para consuelo mío los más sabios. ¡Ay, si eso siguiera siendo hoy verdad! Pues el mal es la mejor fuerza del hombre.

«El hombre tiene que mejorar y tiene que empeorar» — es lo que yo enseño. Lo peor es necesario para lo mejor del superhombre.

Puede que sería bueno para aquel predicador de las pequeñas gentes que él sufriera y cargara con el pecado del hombre. Sin embargo, yo me alegro del gran pecado como de mi gran c o n s u e l o . —

Mas estas cosas no están dichas para orejas largas. Tampoco todas las palabras son adecuadas a todas las bocas. Estas son cosas sutiles y remotas: ¡no son para ser agarradas por pezuñas de oveja!

* * *

6.

Vosotros hombres superiores, ¿pensáis que yo estoy aquí para enmendar lo que vosotros habéis hecho mal?

¿O que yo quiera a vosotros que sufrís prepararos en adelante un lecho más cómodo? ¿O a vosotros errantes, descarriados, extraviados en vuestras ascensiones, mostraros senderos más fáciles?

¡No! ¡No! ¡Tres veces no! Han de sucumbir cada vez más, y cada vez más de los mejores de vuestra especie, — pues cada vez habéis de tenerlo peor y más duro. Solamente así — solamente así crece el hombre hasta l a altura en que el rayo le alcanza y le destroza: ¡suficientemente alto para el rayo!

Hacia lo poco, hacia lo largo, hacia lo lejano van mi sentido y mi anhelo: ¡qué iba a importarme vuestra pequeña, mucha, corta miseria!

¡Para mí no sufrís aún lo suficiente! Pues sufrís por vosotros, todavía no habéis sufrido por e l h o m b r e . ¡Mentiríais si lo expresaseis de otra manera! Ninguno de vosotros sufre por lo que y o h e s u f r i d o . — —

* * *

7.

Para mí no es suficiente con que el rayo ya no haga daño. No quiero desviarlo: ha de aprender — a trabajar para m í . —

Mi sabiduría se acumula desde hace ya mucho tiempo al igual que una nube, cada vez se vuelve más tranquila y más negra. Así actúa toda sabiduría que a l g u n a v e z ha de dar rayos a luz. —

Para estos hombres de hoy no quiero ser l u z , o que me llamen luz. A é s t o s quiero cegarlos: ¡rayo de mi sabiduría!, ¡sácales los ojos!

* * *

8.

No queráis nada más allá de vuestras capacidades: hay una malvada falsedad en quienes quieren más allá de sus capacidades.

¡Especialmente cuando quieren grandes cosas! Pues despiertan desconfianza contra las grandes cosas, esos falsificadores de moneda y actores sutiles: —

— hasta que al final son falsos frente a sí mismos, bizcos, carcoma blanqueada, revestidos de un ropaje de vigorosas palabras, de virtudes de escaparate, de obras resplandecientes y falsas.

¡Tened mucho cuidado con ello, vosotros, hombres superiores! Pues para mí hoy no hay nada más valioso y singular que la honestidad.

¿Es que esto hoy no es de la plebe? Mas la plebe no sabe lo que es grande, lo que pequeño, lo que recto y honesto: es inocentemente torcida, siempre miente.

* * *

9.

Tened hoy una desconfianza sana, ¡vosotros, hombres superiores, hombres de corazón, hombres francos! ¡Y mantened en secreto vuestras razones! Pues esto hoy es de la plebe.

Lo que la plebe aprendió un día a creer sin razones, ¿quién podría mediante razones — echárselo por tierra?

Y en la plaza del mercado se persuade con gestos. Pero las razones vuelven a la plebe desconfiada.

Y si la verdad venció allí una vez, preguntaos entonces con sana desconfianza: «¿qué fuerte error ha tenido que luchar por ella?»

¡Cuidaos también de los gestos! Os odian: ¡pues son estériles! Tienen ojos fríos y secos, ante ellos yace desplumada toda ave.

Alguien así se jacta de que no miente: pero la incapacidad para la mentira está todavía muy lejos del amor a la verdad. ¡Tened cuidado!

¡La falta de fiebre está aún muy lejos del conocimiento! En espíritus helados yo no creo. Quien no es capaz de mentir no sabe lo que es la verdad.

* * *

10.

Si queréis ascender alto, ¡utilizad entonces vuestras propias piernas! ¡No dejéis que os l l e v e n hacia arriba, no os pongáis sobre espaldas y cabezas ajenas!

Pero ¿tú te has montado sobre el caballo? ¿Cabalgas ahora veloz subiendo hacia tu meta? ¡Bien, amigo mío! ¡Pero también tu pie impedido va sobre el caballo!

Cuando llegues a tu meta, cuando saltes del caballo: a tu a l t u r a precisamente, tú, hombre superior — ¡tropezarás!

* * *

11.

¡Vosotros, creadores, vosotros, hombres superiores! No se está embarazada más que para el propio hijo.

¡No dejéis que os cuenten historias, que traten de convenceros! Porque, ¿quién es v u e s t r o prójimo? Y aun obrando «por el prójimo», — sin embargo, ¡no creéis por él!

Olvidad, por favor, ese «por», vosotros, creadores: vuestra virtud precisamente quiere que no hagáis ninguna cosa «por» y «en razón de» y «porque». Frente a estas palabras pequeñas y falsas habéis de cerrar vuestros oídos.

El «por el prójimo» no es más que la virtud de pequeñas gentes: entre ellas se dice «tal para cual» y «bien por bien»: ¡no tienen el derecho ni la fuerza de pedir v u e s t r o egoísmo!

¡En vuestro egoísmo, creadores, existe la precaución y previsión de la embarazada! Lo que nadie ha visto todavía con los ojos, el fruto: es lo que todo vuestro amor protege y trata con cuidado y alimenta.

¡Donde está todo vuestro amor, en vuestro hijo, allí está también toda vuestra virtud! Vuestra obra, vuestra voluntad es v u e s t r o «prójimo»: ¡No dejéis que traten de convenceros de valores falsos!

* * *

12.

¡Vosotros, creadores, vosotros, hombres superiores! Quien tiene que dar a luz está enfermo; pero quien ha dado a luz es impuro.

Preguntad a las mujeres: no se da a luz por placer. El dolor hace cacarear a gallinas y poetas.

Vosotros, creadores, en vosotros hay mucha impureza. Esto es debido a que tuvisteis que ser madres.

Un nuevo hijo: ¡oh, cuánta nueva suciedad vino también al mundo! ¡Apartaos! ¡Y quien ha dado a luz ha de lavar su alma hasta purificarla!

* * *

13.

¡No seáis virtuosos más allá de vuestras fuerzas! ¡Y no queráis de vosotros nada que vaya en contra de la probabilidad!

¡Id por los senderos por los que ya fue la virtud de vuestros padres! ¿Cómo ibais a querer ascender alto si no asciende con vosotros la voluntad de vuestros padres?

¡Y quien quiera ser primero, que vea no convertirse también en último! ¡Y donde están los vicios de vuestros padres no debéis querer pasar por santos!

Si los padres de alguien han sido aficionados a las mujeres y a vinos fuertes y a comer jabalí: ¿qué ocurriría con él si pretendiese de sí castidad?

¡Sería una necedad! Mucho, en verdad, me parece para alguien así ser el marido de una o dos o tres mujeres.

Y si él mismo fundase monasterios y escribiese sobre la puerta: «El camino hacia la santidad», — tendría que decir: ¡para qué! ¡otra necedad!

Ha fundado para sí mismo un presidio y un refugio: ¡que le sea para bien! Pero yo no lo creo.

En la soledad crece lo que uno lleva a ella, también el animal interior. Así que a muchos habría que disuadirles de la soledad.

¿Ha habido antes sobre la tierra algo más sucio que los santos del desierto? A l r e d e d o r d e e l l o s andaba suelto no sólo el demonio, — sino también el cerdo.

* * *

14.

Temerosos, avergonzados, torpes como un tigre al que le ha fallado el salto: así, hombres superiores, os he visto a menudo echaros cuidadosamente a un lado. Os había salido mal una t i r a d a.

Pero ¡qué importa eso, jugadores de dados! ¡No habéis aprendido a jugar ni a burlaros de cómo hay que jugar y cómo burlarse! ¿No estamos siempre sentados en una gran mesa de burlas y de juegos?

Y aunque a vosotros os hayan fracasado grandes cosas — ¿significa eso que vosotros mismos — habéis fracasado? Y aun habiendo fracasado vosotros mismos, ¿ha fracasado por ello — el hombre? Pero si el hombre ha fracasado: ¡bien! ¡adelante!

* * *

15.

Cuanto más elevada es la especie de una cosa, con tanta menor frecuencia se logra. Hombres superiores, ¿no habéis todos vosotros — fracasado?

¡Tened valor, qué importa! ¡Cuántas cosas son todavía posibles! ¡Aprended a reír de vosotros mismos tal y como hay que reír!

¡Qué es de extrañar además que hayáis fracasado y logrado éxitos a medias, vosotros hombres mediodestrozados! ¿No apremia e insta en vosotros — el f u t u r o del hombre?

Lo más lejano, profundo que hay en el hombre, lo que en él llega a las estrellas más lejanas, su fuerza prodigiosa: ¿no levanta espuma todo esto en vuestra cazuela?

¡Qué es de extrañar que muchas cazuelas se rompan! ¡Aprended a reír de vosotros mismos tal y como hay que reír! ¡Hombres superiores, oh cuántas cosas son todavía posibles!

¡Y en verdad, con cuántas cosas ha habido éxito ya! ¡Qué rica es esta tierra en cosas pequeñas, buenas y perfectas, en cosas bien logradas!

¡Colocad en torno a vosotros cosas pequeñas, buenas y perfectas, hombres superiores! Su dorada madurez cura el corazón. Lo perfecto enseña a esperar.

* * *

16.

¿Cuál ha sido hasta ahora aquí en la tierra el mayor pecado? ¡No ha sido la palabra de aquel que dijo: «¡Ay de aquellos que aquí ríen!»

¿No encontró él mismo en la tierra motivos para reír? Si así fue es que buscó mal. Hasta un niño encuentra aquí motivos.

Ese — no amaba lo suficiente: ¡de otra manera nos habría amado también a nosotros los que reímos! Pero nos odiaba y nos escarnecía, nos prometió llanto y crujir de dientes.

¿Es que hay enseguida que maldecir cuando no se ama? Esto — me parece de mal gusto. Pero así actuó aquel incondicional. Procedía de la plebe.

Y él mismo no amó lo suficiente: de otro modo se habría enojado menos porque no se le amase. Todo gran amor no q u i e r e amor: — quiere más.

¡Apartaos de todos esos incondicionales! Son una especie pobre y enferma, una especie plebeya: miran a esta vida con maldad, tienen una vista malvada para esta tierra.

¡Apartaos de todos esos incondicionales! Tienen pies pesados y corazones sofocantes: — no saben bailar. ¡Cómo iba a ser la tierra ligera para gente así!

* * *

17.

De manera torcida se acercan todas las cosas buenas a su meta. Al igual que los gatos arquean el lomo, ronronean en su interior ante la proximidad de su dicha, — todas las cosas buenas ríen.

El paso delata si uno va por s u propio camino: ¡así que vedme a mí andar! Pero quien se aproxima a su meta, baila.

Y en verdad no me he convertido en una estatua, ni estoy aquí rígido, indolente, petrificado, como una columna; me gusta correr veloz.

Y aun cuando en la tierra hay también cenagal y profunda tribulación: quien tiene pies ligeros, pasa corriendo incluso por encima del fango y baila encima como sobre hielo lustrado.

¡Levantad vuestros corazones, hermanos, hacia lo alto, más alto! Y no os olvidéis de las piernas, buenos bailarines, y mejor aún: ¡sosteneos sobre vuestras cabezas!

* * *

18.

Esta corona de quien ríe, esta corona de guirnaldas de rosas: yo mismo me pongo esta corona encima, yo mismo he santificado mi risa. A ningún otro he encontrado hoy que fuera lo suficientemente fuerte para ello.

Zaratustra el bailarín, Zaratustra el ligero, el que hace señas con las alas, alguien dispuesto a volar, haciendo señas a todos los pájaros, preparado y dispuesto, alguien alegre bienaventuradamente: —

Zaratustra el profeta, Zaratustra el profeta que ríe, no alguien impaciente, no alguien incondicional, alguien que ama los saltos y las escapadas; ¡yo mismo me puse esta corona encima!

* * *

19.

¡Levantad vuestros corazones, hermanos, hacia lo alto, más alto! Y no os olvidéis de las piernas, buenos bailarines, y mejor aún: ¡sosteneos sobre vuestras cabezas!

También hay animales que son pesados incluso en la felicidad, los hay que son de pies torpes de nacimiento. Se esfuerzan de manera extraña al igual que un elefante que se esfuerza por sostenerse sobre la cabeza.

Pero es mejor estar loco de felicidad que estar loco de infelicidad, mejor bailar con torpeza que andar cojeando. Así que lo que tenéis que hacer es aprender de mi sabiduría: aun la peor de las cosas tiene dos buenos reversos, —

— aun la peor de las cosas tiene buenas piernas para bailar: ¡así que lo que tenéis que hacer es aprender de mí vosotros mismos, hombres superiores, a sosteneros sobre vuestra pierna derecha!

¡Así que lo que tenéis que hacer es olvidar una cara de tribulación y toda tristeza plebeya! ¡Oh qué tristes me parecen todavía hoy los bufones de la plebe! Pero este hoy día es de la plebe.

* * *

20.

Haced al igual que el viento cuando se precipita desde sus cuevas de la montaña: quiere bailar al son de su silbido, los mares tiemblan y bailotean bajo sus pisadas.

Quien da alas a los asnos, ordeña a las leonas, ¡alabado sea ese buen espíritu indómito que viene cual viento tempestuoso para todo hoy y toda plebe, —

— que es enemigo de las cabezas de cardo y narices fisgonas y de todas las hojas y malas hierbas mustias!: ¡alabado sea este espíritu de tempestad salvaje, bueno y libre, que baila sobre cenagal y tribulaciones como sobre prados!

El que odia los perros tísicos plebeyos y toda cría malograda y sombría: ¡alabado sea este espíritu de todos los espíritus libres, la tempestad riente que sopla polvo a los ojos de todos los pesimistas y ulcerados!

Hombres superiores, lo peor de vosotros es: no habéis aprendido a bailar como hay que bailar — ¡a bailar más allá de vosotros mismos! ¡Qué importa que hayáis fallado!

¡Cuántas cosas son posibles todavía! ¡Así que lo que habéis de hacer es a p r e n d e r a reír más allá de vosotros mismos! ¡Levantad vuestros corazones, buenos bailarines, hacia lo alto, más alto! ¡Y no os olvidéis tampoco del buen reír!

Esta corona de quien ríe, esta corona de guirnaldas de rosas: ¡a vosotros, hermanos, os arrojo esta corona! He santificado el reír, ¡habéis de a p r e n d e r — a reír!

* * *

LA CANCIÓN DE LA MELANCOLÍA

1.

Cuando Zaratustra pronunciaba estos discursos estaba cerca de la entrada de su cueva; pero al decir las últimas palabras se escapó de los huéspedes y se refugió por un breve momento al aire libre.

«¡Oh puros aromas que me circundan, exclamó, oh dichosa tranquilidad que me rodea!» Pero ¿dónde están mis animales? ¡Acercaos aquí, acercaos aquí águila y serpiente mías!

Tenéis que decirme, animales míos: esos hombres superiores en su conjunto — ¿tal vez no h u e l e n bien? ¡Oh puros aromas que me circundan! ¡Solamente ahora sé y siento, animales míos, cuánto os amo!

Y Zaratustra dijo otra vez: «¡os amo, animales míos!» Y el águila y la serpiente acudieron presurosas a su lado al decir estas palabras y elevaron sus miradas hacia él. De esta manera se quedaron los tres juntos en silencio y respiraron y saborearon el aire puro. Pues el aire era allí fuera mejor que junto a los hombres superiores.

* * *

2.

Mas apenas Zaratustra hubo abandonado la cueva, se levantó el viejo mago, miró sagazmente alrededor y dijo: «¡Ha salido!

Y permitidme ya, hombres superiores, que os cosquillee con este nombre de alabanza y de adulación, al igual que él mismo — me ataca ya mi maligno espíritu del engaño y de la magia, mi demonio melancólico,

— que es un adversario radical de este Zaratustra: ¡perdonadle! Ahora q u i e r e ejercitar su magia ante vosotros, es precisamente s u hora; en vano estoy luchando con este espíritu malvado.

A todos vosotros, sean los que fueren los honores que os podéis conceder con palabras, bien os llaméis "los espíritus libres" o "los veraces" o "los expiadores del espíritu" o "los liberados de las cadenas" o "los hombres del gran anhelo" —

— a todos vosotros que padecéis e l g r a n a s c o igual que yo, a quienes se os ha muerto el viejo dios y todavía no tenéis uno nuevo que esté en la cuna y en pañales, — a todos vosotros mi espíritu y mi demonio mago os es propicio.

Os conozco, hombres superiores, le conozco, — conozco también a ese espíritu malvado al que amo en contra de mi voluntad, a ese Zaratustra: él mismo me parece con gran frecuencia la bella máscara de un santo,

— una extraña nueva mascarada en que se recrea mi espíritu maligno, el demonio melancólico: — amo a Zaratustra, es lo que a menudo me parece, a causa de mi espíritu maligno. —

— ¡no tenéis más que abrir los ojos! — tiene el deseo de venir d e s n u d o , sea como hombre o como mujer, todavía no lo sé: pero viene, me fuerza, ¡ay! —¡abrid vuestros sentidos!

El día va extinguiéndose, a todas las cosas les llega ahora el atardecer, incluso a las mejores cosas; ¡oíd y ved, hombres superiores, qué demonio, hombre o mujer, es este espíritu de la melancolía del atardecer!»

Así habló el viejo Zaratustra, miró astutamente a su derredor y cogió luego su arpa.

* * *

3.

Al perder aire claridad,
Cuando ya el consuelo del rocío
Desciende emanando sobre la tierra,
Invisible, y sin que se lo oiga: —
Pues delicado calzado lleva
El consolador rocío
Al igual que todo el que consuela con dulzura — :
Entonces tú recuerdas, recuerdas, ardiente corazón,
De cómo en otro tiempo sediento te sentías,
De lágrimas celestes y goteo de rocío
Cansado y abrasado sediento te sentías,
Mientras que en los senderos amarillos de la hierba
Malévolas miradas del sol de la tarde
En torno a ti corrían a través de negros árboles,
Deslumbrantes y ardientes miradas del sol, contentas del mal ajeno.

«¿Es el pretendiente de la v e r d a d ? ¿Tú? — así es como se motaban —
¡No! ¡Un poeta tan sólo!
Un animal, astuto, de presa, que gatea,
Que tiene que mentir,
Que a sabiendas, con intención tiene que mentir:
Deseoso de presa,
De máscaras abigarrado.
Máscara para sí mismo,
Presa para sí mismo —
¿Es e s t o — de la verdad el pretendiente?
Alguien que sólo habla un lenguaje abigarrado,
Que lanza gritos abigarrados de máscaras de loco,
Y da vueltas por engañosos puentes de palabras,
Por multicolores arco iris,
Entre cielos falsos

Y falsas tierras,
Dando vueltas y flotando de un lado para otro.
¡S ó l o loco! ¡S ó l o poeta!

¿Es é s t e — el pretendiente de la verdad?
Inquieto, rígido, liso, frío.
Convertido en imagen,
En columna de Dios,
No levantada delante de templos,
Guardián de un dios:
¡No! Enemigo de semejantes estatuas de verdad,
Más familiarizado a territorios yermos que ante templos,
Pleno de petulancia felina,
Saltando por cualquier ventana,
¡Sus! A cualquier azar,
Olisqueando toda selva virgen,
Olisqueando con anhelo y con deseo
Correr pecaminosamente sano y abigarrado y bello
Por selvas vírgenes
Entre fieras de motas multicolores,
Correr robando la presa, deslizándose, engañando,
Con belfos lascivos,
Dichosamente burlón, dichosamente infernal, dichosamente sediento de sangre: —

O, al igual que el águila, que largo tiempo,
Largo tiempo mira fijamente a los abismos,
A s u s abismos: — —
¡Oh cómo se mueven en círculos descendentes,
Hacia abajo y hacia dentro,
Dentro de cada vez más hondas profundidades! —
¡Luego,
De repente, marcando la puntería,
En vibrante vuelo,
Se lanza sobre corderos,
Con la cabeza hacia abajo, voraz,
Ansioso de corderos,
Enojado con todas las almas de corderos,
Enojado con furia con todo lo que tiene

Mirada de oveja, ojos de cordero, de rizada lana,
Ceniciento, con bondad de oveja y de cordero!

Así
Cual de águila, cual de pantera
Son los anhelos del poeta,
Son tus anhelos bajo miles de máscaras,
¡Tú, loco! ¡Tú, poeta!

Tú que en el hombre viste
Tanto a Dios como a oveja — ;
D e s g a r r a r al dios que hay en el hombre
Al igual que la oveja que hay en el hombre,
Y desgarrando r e í r . —

¡ É s t a , é s t a es tu bendición!
¡Bendición de una pantera y de un águila!
¡Bendición de un poeta y de un loco!» — —

Al perder el aire claridad,
Cuando ya la hoz de la luna
Verde entre purpúreos rojos
Se desliza envidiosa:
— enemiga del día,
A cada paso secreto
Segando jardines de rosas,
Hasta que éstas caen,
Declinan pálidas hacia la noche: —

Así yo mismo caí en otro tiempo
De la locura de mi verdad,
De los anhelos de mi día,
Cansado del día, enfermo de la luz,
— sucumbí, hacia abajo, hacia la tarde, hacia la sombra:
De una verdad
Quemado y sediento:
¿Te acuerdas todavía, te acuerdas, ardiente corazón,
Qué sed sentías? —
Que se me destierre

De t o d a verdad,
¡Sólo loco!
¡Sólo poeta!

* * *

DE LA CIENCIA

Así cantó el mago; y todos los que estaban reunidos, sin darse cuenta cayeron como pájaros en la red de su voluptuosidad astuta y melancólica. Sólo el concienzudo hombre del espíritu no había sido capturado: le arrebató rápido el arpa al mago y exclamó: «¡Aire! ¡Dejad que entre aire limpio! ¡Dejad que entre Zaratustra! ¡Estás haciendo esta cueva sofocante y venenosa, tú, maldito viejo mago!

Tú, falso, refinado, con tu seducción llevas a apetitos y terrenos yermos desconocidos. ¡Y ay cuando gente como tú habla y hace ruido acerca de la v e r d a d !

¡Ay de todo espíritu libre que no está en guardia ante t a l e s magos! Entregada está su libertad: enseñas e induces a volver a las prisiones, —

— tú viejo demonio melancólico, de tu lamento suena un atractivo reclamo, eres igual que aquellos que con su alabanza de la castidad invitan secretamente a voluptuosidades.»

Así habló el hombre concienzudo; pero el viejo mago echó una mirada a su derredor, disfrutó de su victoria y tragó por ella el disgusto que el hombre concienzudo le causaba. «¡Cállate!, dijo con modesta voz, las buenas canciones buscan resonar bien; después de buenas canciones se debe callar durante un largo tiempo.

Así hacen todos estos, los hombres superiores. Pero tú quizás has entendido poco de mi canción. En ti poco hay de espíritu de magia.»

«Me alabas, replicó el hombre concienzudo, al diferenciarte de mí. ¡Muy bien! Pero vosotros, ¿qué veo? Seguís sentados con ojos lascivos: —

vosotros, almas libres, ¡adónde se fue vuestra libertad! Casi, así yo creo, os parecéis a aquellos que largo tiempo se quedaron contemplando a muchachas perversas bailar desnudas: ¡vuestras almas bailan también!

En vosotros, hombres superiores, tiene que haber más de eso que el mago llama espíritu de magia y espíritu de engaño maliciosos: — tenemos que ser sin duda distintos.

Y en verdad hemos hablado y pensado mucho en común antes de que Zaratustra regresara a su cueva, como para que no supiese: que somos distintos.

Buscamos cosas distintas también aquí arriba, vosotros y yo. Porque busco más seguridad, por esta razón vine hasta Zaratustra. Porque sigue siendo la torre y voluntad más firmes —

— hoy en que todo se tambalea, en que tiembla toda la tierra. Pero vosotros, cuando os miro a los ojos, me parece casi a mí que buscáis más inseguridad,

— más horror, más peligro, más terremotos. Deseáis, casi me parece a mí, perdonad mi presunción, vosotros, hombres superiores —

— deseáis la vida peor y más peligrosa, la que a mí más miedo me da, la vida de animales salvajes, los bosques, las cavernas, montañas escarpadas y tortuosos abismos.

Y no son los guías que sacan del peligro lo que más os agrada, sino aquellos que apartan de todo camino, los seductores. Pero aun siendo vuestros deseos reales, no obstante, me parecen imposibles.

Pues el miedo — éste es el sentimiento originario y fundamental del hombre; todo se explica por el miedo, el pecado original y la virtud original. Del miedo surgió también mi virtud que se llama: ciencia.

Pues el miedo a los animales salvajes — fue lo que durante más tiempo se cultivó en el hombre, incluido el animal que oculta y teme dentro de sí mismo: — Zaratustra lo llama "la bestia interior".

Ese antiguo y prolongado miedo, finalmente hecho sutil, espiritualizado intelectualizado — hoy, me parece a mí, se llama: ciencia.» —

Así habló el hombre concienzudo; pero Zaratustra, que en ese preciso momento volvía a su cueva y había oído y entendido las últimas palabras, arrojó al hombre concienzudo un ramo de rosas y se rió de sus «verdades». «¡Cómo!, exclamó, ¿qué es lo que acabo de oír? En verdad, me parece, o tú eres un loco o lo soy yo: y voy a poner tu verdad de inmediato cabeza abajo.

El miedo pues — es nuestra excepción. Pero el valor y la aventura y el placer por lo incierto, lo arriesgado, — el valor me parece ser la completa prehistoria del hombre.

A los animales más salvajes y valientes les envidió y arrebató todas sus virtudes: sólo así se convirtió — en hombre.

Este valor finalmente hecho sutil, espiritualizado, intelectualizado, este valor de hombre con alas de águila y astucia de serpiente: ése, me parece, se llama hoy — »

« ¡Zaratustra! », gritaron todos los que allí estaban sentados juntos como de una sola boca y lanzaron una gran carcajada; y fue como si una pesada nube se levantara de ellos. También el mago rió y dijo astutamente: «¡Bien! ¡Mi espíritu malvado se ha ido!

¿Y no os había yo mismo puesto en aviso contra él cuando dije que era un embustero, un espíritu de mentira y de engaño?

Y de una manera especial cuando se muestra desnudo. ¡Pero cómo puedo yo evitar sus perfidias! ¿Fui yo quien le creé a él y al mundo?

¡Muy bien! ¡Volvamos a ser buenos y a tener buen humor! Y aunque Zaratustra mire con malos ojos — ¡no tenéis más que verle! está enfadado conmigo — :

— antes de que llegue la noche aprenderá de nuevo a amarme y a alabarme, no puede vivir largo tiempo sin cometer tales locuras.

Él — ama a sus enemigos: entiende este arte mejor que cualquiera de los que he visto. Pero de ello se venga — ¡en sus amigos!»

Así habló el viejo Zaratustra y los hombres superiores le aplaudieron: de manera que Zaratustra fue pasando ante sus amigos, con maldad y amor, estrechándoles la mano, — al igual que alguien que tiene que manifestar desagravio y dis-

culparse por algo ante todos. Pero cuando al hacer esto llegó a la puerta de su cueva, he aquí que sintió deseos de volver a salir al aire limpio de fuera y de ir hasta sus animales, — saliendo a hurtadillas.

* * *

ENTRE HIJAS DEL DESIERTO

1.

«¡No te marches!, dijo entonces el caminante que se llamaba a sí mismo la sombra de Zaratustra, quédate con nosotros, de otra manera podría atacarnos la vieja y pesada tribulación.

Ya aquel viejo mago nos ha dado pródigamente de sus peores cosas, y he aquí que el bueno y piadoso papa tiene lágrimas en los ojos y se ha embarcado de nuevo plenamente en el mar de la melancolía.

Estos reyes puede que ante nosotros sigan poniendo buena cara: ¡pues de entre todos nosotros son hoy e l l o s quienes mejor lo han aprendido! Pero si no tuviesen testigos, apuesto a que también en ellos volvería a empezar el malvado juego —

— el malvado juego de las nubes que pasan, de la húmeda melancolía, de los cielos cubiertos, de los soles robados, de los mugientes vientos de otoño,

— el malvado juego de nuestro rugido y grito de socorro: ¡quédate con nosotros, oh Zaratustra! ¡Aquí hay mucha miseria oculta que quiere hablar, mucho atardecer, mucha nube, mucho aire enrarecido!

Nos alimentaste con enérgico alimento de hombre e intensas sentencias: ¡no permitas que de postre vuelvan a atacarnos los débiles y femeninos espíritus!

¡Sólo tú haces el aire que te rodea fuerte y claro! ¿Encontré alguna vez en la tierra un aire tan limpio como el que hay junto a ti en tu cueva?

He visto en verdad muchos países, mi nariz ha aprendido a enjuiciar y valorar muchos tipos de aires: ¡pero en tu casa las fosas de mi nariz saborean su mayor placer!

A no ser que, — a no ser que —, ¡oh, perdona un viejo recuerdo! Perdóname una vieja canción de sobremesa que compuse en una ocasión entre hijas del desierto: —

— pues entre ellas había un aire igualmente bueno, claro, oriental; ¡allí fue donde estuve lo más alejado de la nubosa, húmeda, melancólica vieja Europa!

Entonces yo amaba a semejantes muchachas de Oriente y otro reino celestial azul sobre el que no penden nubes ni pensamientos.

No os podéis creer con qué galantería estaban allí sentadas cuando no bailaban, profundas, pero sin pensamientos, al igual que pequeños misterios, como enigmas engalanados con cintas, como nueces de sobremesa —

de múltiples colores y extrañas ¡a decir verdad! Pero sin nubes: enigmas que se dejan adivinar: en honor a tales muchachas compuse entonces un salmo de sobremesa.»

Así habló el caminante y sombra; y antes de que nadie le respondiera, había tomado ya el arpa del viejo mago, cruzado las piernas y relajado y de forma sabia miró en su derredor: — pero con las fosas de la nariz aspiró el aire lenta e inquisitivamente como alguien que en nuevos países saborea nuevo y extraño aire. A continuación comenzó a cantar con una especie de rugido.

* * *

2.

El desierto crece: ¡ay de aquel que oculta desiertos!

¡Ah! ¡Solemne!
¡Ciertamente solemne!
¡Un digno comienzo!
¡Solemne a lo africano!
Digno de un león,

O de un moral mono aullador —
Pero nada para vosotras,
Vosotras las más encantadoras amigas,
A cuyos pies por primera vez a mí
A un europeo, bajo palmeras
Le ha sido dado sentarse. Sela.

¡En verdad maravilloso!
Ahí estoy sentado ahora,
Próximo al desierto y ya
De nuevo tan lejos del desierto,
Y de ninguna manera tampoco devastado:
Pues estoy engullido
Por este pequeñísimo oasis — :
Justo hace un instante bostezando abrió
Su suavísima boca.
La más dulce oliente de todas las boquitas:
¡Entonces caí dentro,
Hacia abajo, a través — entre vosotras,
Vosotras las más encantadoras amigas! Sela.

¡Gloria, gloria a aquella ballena,
Si es que a su huésped
Hizo que le fuera tan bien! — ¿entendéis
Mi erudita alusión?
Gloria a su vientre
Si es que
Fue un vientre de oasis tan grato
Como éste: lo que pongo, sin embargo, en duda,
Por ello vengo de Europa,
Que es más escéptica que todas
Las viejecitas esposas.
¡Que Dios la mejore!
¡Amén!

Ahora estoy aquí sentado,
En este pequeñísimo oasis,
Al igual que un dátil,
Bronceado, todo dulzor, rezumando oro, deseoso

De una boca redonda de muchacha,
Más aún todavía, de incisivos
Helados, níveos cortantes
De muchacha: pues por ellos
Languidece el corazón de todos los ardientes dátiles. Sela.

Al mencionado fruto del sur
Semejante, demasiado semejante
Aquí estoy acostado, mientras pequeños
Insectos alados
Danzan y juegan en torno a mí.
E igualmente me vienen
Deseos y ocurrencias
Más pequeños aún,
Más locos y más malignos, —
Rodeados por vosotras,
Gatas muchachas,
Vosotras, mudas, vosotras, llenas de presentimientos,
Dudu y Suleika,
p e r i e s f i n g e a d o para en una palabra
Juntar muchos sentimientos:
(¡Que Dios me perdone
Este pecado de lengua!)
Estoy sentado aquí, olfateando
El mejor aire,
Aire, en verdad, de paraíso,
Luminoso y ligero aire, de estrías doradas,
El aire puro que sólo una vez
Cayó de la luna —
¿Fue cosa del azar,
O aconteció por petulancia?
Como narran los viejos poetas.
Más yo escéptico lo pongo
En duda, pues por ello vengo
De Europa,
Que es más escéptica que todas
Las viejecitas esposas.
¡Que Dios la mejore!
¡Amén!

Bebiendo de este aire bellísimo,
Con las fosas nasales hinchadas como cálices,
Sin futuro, sin recuerdos,
Así estoy aquí sentado, vosotras
Muy encantadoras amigas,
Y contemplo cómo la palmera,
Cómo, al igual que una bailarina,
Se encorva y se dobla y mece las caderas,
¡Uno la acompaña si la contempla mucho tiempo!
¿Igual que una bailarina que en mi idea,
Hace ya mucho tiempo, peligrosamente mucho tiempo
Siempre, siempre se sostuvo sobre tan sólo una pierna?
¿Y que así olvidó, en mi idea,
La otra pierna?
En vano al menos
Busqué la dada por perdida
La alhaja gemela
A saber, la otra pierna —
En la proximidad santa
De su más encantadora y graciosa
Ondulante faldita de encajes en forma de abanico.
Sí, si vosotras, vosotras bellas amigas,
Queréis creerme todo;
¡La ha perdido!
¡Ha desaparecido!
¡Desaparecido para siempre!
¡La otra pierna!
¡Oh qué lástima por esa otra hermosa pierna!
¿Dónde — andará y se lamentará abandonada?
¿La solitaria pierna?
¿Presa del miedo quizá de un
Fiero monstruo de león de
Rizos rubios? O incluso ya
Roída, devorada —
¡Qué pena!, ¡ay! ¡ay! ¡devorada! Sela

¡Oh no lloréis,
Tiernos corazones!

¡No lloréis, vosotros
Corazones tiernos.
No lloréis,
Corazones de dátiles! ¡Senos de leche!
¡Vosotros saquitos
De corazones de regaliz!
¡No llores más,
Pálida Dudu!
¡Sé hombre, Suleika! ¡Animo! ¡Ánimo!
¿O vendría tal vez bien
Un reconfortante, un reconfortante para el corazón?
¿Una sentencia ungida?
¿Un consuelo solemne?

¡Ah! ¡Levántate, dignidad!
¡Dignidad de virtud! ¡Dignidad de europeo!
¡Sopla, sopla de nuevo,
Fuelle de la virtud!
¡Ah!
¡Rugir otra vez,
Moralmente rugir!
¡Como moral león
Rugir ante las hijas del desierto!
— ¡Pues el aullido de virtud,
Vosotras, las más encantadoras muchachas,
Es más que todo
En el ardor del europeo, en el hambre voraz del europeo!
Y ahí estoy yo ahora,
Como europeo,
¡No sé hacer otra cosa, Dios me ampare!
¡Amén!

El desierto crece: ¡ay de aquel que oculta desiertos!

* * *

EL DESPERTAR

1.

Después de la canción del caminante y sombra, de repente la cueva se llenó de ruido y risas; y como los huéspedes reunidos hablaban todos al mismo tiempo, y el asno, ante una tal animación, tampoco siguió en silencio, le sobrevino a Zaratustra una cierta aversión y burla hacia sus visitantes: si bien él mismo se alegraba también de su alborozo. Pues le parecía una señal de curación. Entonces salió escabulléndose fuera al aire libre y habló a sus animales.

«¿Adonde se ha ido ahora su pena?, dijo, y ya se había recuperado él mismo de su pequeño tedio, — ¡me parece que conmigo han olvidado el grito de socorro!

— aunque desgraciadamente todavía no el gntar.» Y Zaratustra se tapó los oídos, pues justo entonces el i-a del asno se mezclaba maravillosamente con el ruido de júbilo de esos hombres superiores.

«Están contentos, comenzó de nuevo y, ¿quién sabe?, tal vez a costa de su anfitrión; y aun habiendo aprendido de mí a reír, no obstante, no es m i risa lo que aprendieron.

¡Pero qué importa eso! Son viejos: se curan a su manera, se ríen a su manera; mis oídos han soportado ya cosas peores y no se han vuelto ásperos.

Este día es una victoria: ¡ya cede, ya escapa e l e s p í r i t u d e l a g r a v e d a d , mi viejo archienemigo! ¡Qué bien va a terminar este día que comenzó de una manera tan difícil!

Y v a a terminar. Ya llega el atardecer: ¡por el mar cabalga hacia aquí, el buen caballero! ¡Cómo se balancea, el bienaventurado, en su purpúrea silla!

El cielo mira hacia allí luminoso, el mundo está profundo: ¡oh, todos vosotros que vinisteis hasta mí, merece ya la pena que viváis conmigo!»

Así habló Zaratustra. Y nuevamente llegaron de la cueva los gritos y las risas de los hombres superiores; entonces comenzó de nuevo.

«Pican, mi cebo tiene efecto, de ellos también se aparta su enemigo, el espíritu de la gravidez. Están aprendiendo ya a reírse de sí mismos: ¿oigo bien?

Mi alimento de hombres tiene efecto, mi sentencia sabrosa y enérgica: y en verdad ¡no la alimenté con legumbres de la flatulencia! Sino con comida de guerreros, con comida de conquistadores: desperté nuevos apetitos.

Nuevas esperanzas hay en sus brazos y en sus piernas, su corazón se amplía. Encuentran palabras nuevas, pronto su espíritu respirará petulancia.

Ciertamente un alimento así no es para niños, como tampoco para mujercitas viejas y jóvenes anhelantes. A éstos se les persuade las entrañas de otro modo: yo no soy ni su médico ni su maestro.

La n á u s e a se aparta de estos hombres superiores: ¡bien! ésta es mi victoria. En mi reino van sintiéndose seguros, toda estúpida vergüenza escapa, se desahoga.

Desahogan su corazón, vuelven a ellos las horas buenas, de nuevo huelgan y rumian, se vuelven a g r a d e c i d o s .

E s t o es lo que considero el mejor signo: se vuelven agradecidos. No habrá de pasar mucho tiempo para que se inventen fiestas y levanten monumentos a sus viejas alegrías.

¡Son c o n v a l e c i e n t e s ! » Así habló Zaratustra con alegría a su corazón y contemplando a lo lejos; pero sus animales acudieron a él y honraron su felicidad y su silencio.

* * *

2.

Pero de repente se asustó el oído de Zaratustra: pues la cueva que hasta entonces había estado llena de ruidos y de risas, de súbito todo se convirtió en un ruido sepulcral; — su nariz, sin embargo, percibió un vapor fragante e incienso como de piñas que se están quemando.

«¿Qué ocurre? ¿Qué están haciendo?», se preguntó y cuidadoso se acercó hasta la entrada para sin ser notado poder contemplar a sus huéspedes. Pero ¡maravilla tras maravilla! ¡Qué cosas tuvo que ver allí con sus propios ojos!

«¡De nuevo todos se han vuelto p i a d o s o s , e s t á n r e z a n d o , están locos!» — dijo llegando al colmo del asombro. Y, «a decir verdad», todos esos hombres superiores, los dos reyes, el papa jubilado, el mago perverso, el mendigo voluntario, el caminante y la sombra, el viejo adivino, el hombre concienzudo del espíritu y el hombre más feo: todos estaban allí de rodillas como niños y crédulas mujeres viejas adorando al asno. Y en ese mismo momento el hombre más feo comenzó a gargarizar y a resoplar como si de él quisiera salir algo indecible; pero cuando en realidad logró hablar, he aquí que se trataba de una piadosa y extraña letanía en alabanza del asno al que se adoraba y ofrecía incienso. La letanía sonaba de este modo:

¡Amén! ¡Y alabanza y honor y sabiduría y gratitud y gloria y fortaleza a nuestro dios, por los siglos de los siglos!

— El asno, sin embargo, respondió rebuznando i-a.

Lleva nuestra carga, tomó figura de esclavo, es paciente de corazón, y nunca dice no; y quien ama a su dios, le castiga.

— El asno, sin embargo, respondió rebuznando i-a.

No habla: salvo para decir siempre sí al mundo que creó: así alaba a su mundo. Su astucia es la que no habla: así rara es la vez que se equivoca.

— El asno, sin embargo, respondió rebuznando i-a.

Por el mundo va sin ser notado. El color de su cuerpo en el que oculta la virtud es gris. Si tiene espíritu lo encubre; pero todos creen en sus orejas largas.

— El asno, sin embargo, respondió rebuznando i-a.

¡Qué sabiduría oculta es la de tener orejas largas y sólo decir sí y nunca ya! ¿No ha creado el mundo a su imagen, esto es, lo más estúpido posible?

— El asno, sin embargo, respondió rebuznando i-a.

Vas por caminos derechos y torcidos; poco te preocupa lo que a nosotros los hombres nos parece ser derecho o torcido. Tu reino está más allá del bien y del mal. Tu inocencia es no saber qué es inocencia.

— El asno, sin embargo, respondió rebuznando i-a.

Y mira cómo no rechazas a nadie de tu lado, ni a los mendigos ni a los reyes. Dejas venir a ti a los pequeños niños, y cuando te seducen los muchachos perversos, entonces dices sencillamente i-a.

— El asno, sin embargo, respondió rebuznando i-a.

Te gustan las asnas y los higos frescos, comes de todo. Un cardo cosquillea tu corazón si ocurre que tienes hambre. En ello está la sabiduría de un dios.

— El asno, sin embargo, respondió rebuznando i-a.

* * *

LA FIESTA DEL ASNO

1.

Pero en este punto de la letanía Zaratustra no pudo dominarse más, rebuznó él mismo i-a, más fuerte aún que el asno, y de un salto se puso en medio de sus enloquecidos huéspedes. Pero ¿qué estáis haciendo, amigos míos?, exclamó arrancando del suelo a los que rezaban. Ay de vosotros si os hubiese visto otro que no fuera Zaratustra:

¡todos pensarían que con vuestra nueva fe sois los peores blasfemos y las más locas de entre las mujercitas viejas!

Y tú mismo, viejo papa, ¿cómo concuerda contigo el que adores de ese modo a un asno como si fuese Dios?

«Oh Zaratustra, respondió el papa, perdóname, pero en asuntos de Dios soy más ilustrado incluso que tú. Y ello es lo justo.

¡Es mejor adorar a Dios así, de esta manera que de ninguna! Considera esta sentencia, digno amigo: pronto verás que dentro de esta sentencia se encierra sabiduría.

Aquel que dijo "Dios es espíritu" — fue quien hasta ahora dio aquí en la tierra el paso y salto más largos hacia la incredulidad: ¡una sentencia así no es fácil de corregir aquí en la tierra!

Mi viejo corazón salta y brinca de alegría al ver que en la tierra hay todavía algo a lo que adorar. ¡Perdónale esto, oh Zaratustra, a un corazón de papa viejo y piadoso! — »

«Y tú, dijo Zaratustra al caminante y sombra, ¿te denominas y consideras espíritu libre? ¿Y te dedicas al servicio de tales idolatrías y de cura?

¡En verdad aquí te comportas peor que con tus perversas muchachas morenas, perverso nuevo creyente!»

«Suficientemente mal, respondió el caminante y sombra, tienes razón: ¡pero qué puedo hacer! El viejo Dios vuelve a vivir, oh Zaratustra, digas lo que digas.

El hombre más feo es el culpable de todo: él ha vuelto a resucitarle. Y si dice que un día le mató: ¡la m u e r t e entre dioses no es más que un prejuicio!»

«— Y tú, dijo Zaratustra, perverso mago viejo, ¡qué has hecho! ¿Quién en esta época de libertad va a creer en un futuro en ti, cuando t ú crees en tales asnos dioses?

Ha sido una estupidez lo que has hecho; ¡cómo has podido, tú persona inteligente, cometer esa estupidez!»

«Oh Zaratustra, respondió el inteligente mago, tienes razón, ha sido una tontería, — ya me ha resultado lo bastante cara.»

«Y sobre todo tú, dijo Zaratustra al hombre concienzudo del espíritu, ¡ponte a pensar y ponte el dedo en la nariz! ¿No hay nada aquí que repugne a tu conciencia? ¿No es tu espíritu demasiado limpio como para adorar así y para el vaho de estos hermanos de oración?»

«Algo hay en ello, respondió el hombre concienzudo del espíritu y puso el dedo en la nariz, algo hay en este teatro que incluso hace bien a mi conciencia.

Tal vez el que no me esté permitido creer en Dios: pero cierto que es en esta figura en la que Dios se me hace más creíble.

Dios ha de ser eterno, según el testimonio de los más piadosos: quien tiene tanto tiempo se toma tiempo. De la manera más lenta y estúpida posible: é s t e e s e l m o d o como efectivamente alguien así puede llegar muy lejos.

Y quien tiene demasiado espíritu, podría muy bien enloquecer de la locura y la estupidez mismas. ¡Piensa en ti mismo, oh Zaratustra!

Tú mismo — ¡en verdad!, podrías con probabilidad por abundancia y exceso convertirte en asno.

¿No va gustosamente un perfecto sabio por los caminos más torcidos? La evidencia lo enseña, oh Zaratustra, — ¡tu evidencia!»

— «Y por fin tú también, dijo Zaratustra y se volvió hacia el hombre más feo que seguía tumbado en el suelo levantando el brazo hacia el asno (pues le daba vino a beber). Di, tú indecible, ¡qué es lo que has hecho!

Me pareces transformado, te arden los ojos, el manto de lo sublime rodea tu fealdad: ¿qué has hecho?

¿Es verdad lo que dicen ésos, que has vuelto a resucitarle? ¿Y para qué? ¿No había sido con razón muerto y destruido?

Tú mismo me pareces resucitado: ¿qué has hecho? ¿Por qué te has convertido tú? ¿Habla, tú indecible?»

«Oh Zaratustra, respondió el hombre más feo, ¡eres un pícaro!

Si es que él vive todavía o vive de nuevo o está de verdad muerto — ¿quién de nosotros dos lo sabe mejor? Te pregunto.

Pero una cosa sé yo, — la aprendí una vez de ti mismo, oh Zaratustra: quien quiere matar más a fondo, ríe.

"No con cólera, sino con risa es como se mata" — así dijiste una vez. Oh Zaratustra, tú persona oscura, tú destructor sin cólera, tú santo peligroso, — ¡eres un pícaro!»

* * *

2.

Entonces, sin embargo, ocurrió que Zaratustra maravillado de tales respuestas de pícaro, retrocedió de un salto hacia la puerta de su cueva y, vuelto hacia todos sus huéspedes, exclamó con voz muy alta:

«¡Oh vosostros, todos locos pícaros, vosotros payasos! ¡Qué fingís y ocultáis ante mí!

¡Y cómo se os agitaba el corazón a todos vosotros de gozo y de maldad por el hecho de haber vuelto a convertiros por fin en niños, esto es, en piadosos, —

— por el hecho de actuar por fin otra vez como niños, esto es rezar, juntar las manos y decir "dios mío"!

Pero ahora salid de esta habitación de niños, mi propia cueva donde hoy todo tipo de niñería se siente como en su casa. ¡Salid fuera y refrescad vuestra ardiente altivez de niño y el clamor de vuestros corazones!

Naturalmente: mientras no os hagáis como niños pequeños, no entraréis en ese reino de los cielos. (Y Zaratustra señaló con las manos hacia arriba.)

Pero como nosotros no queremos entrar en el reino de los cielos: nos hemos hecho hombres. — Por eso queremos el reino de la tierra.»

* * *

3.

Y Zaratustra comenzó a hablar de nuevo. «¡Oh mis nuevos amigos, dijo, — vosotros gente extraña, vosotros hombres superiores, cuánto me agradáis ahora, —

— desde que habéis vuelto a ser alegres! En verdad todos vosotros habéis florecido: pienso que flores tales como vosotros tienen necesidad de nuevas fiestas,

— de un pequeño sinsentido valiente, de algún servicio religioso y alguna fiesta de asno, de algún viejo y alegre loco Zaratustra, de un viento tempestuoso que soplando aclare vuestras almas.

¡No olvidéis ni esta noche ni esta fiesta del asno, hombres superiores! Lo habéis ideado en mi casa, yo lo tomo como un buen presagio. — ¡Algo así sólo lo idean los convalecientes!

Y cuando volváis a celebrarla, esta fiesta del asno, ¡hacedlo por amor a vosotros, hacedlo también por amor a mí! ¡Y en memoria mía!»

Así habló Zaratustra.

* * *

LA CANCIÓN DEL NOCTÁMBULO

1.

Mientras tanto, con todo, habían ido uno tras otro saliendo fuera al aire libre y a la noche fresca y meditativa; pero el mismo Zaratustra llevó de la mano al hombre más feo a fin de mostrarle su mundo de la noche y la luna grande y redonda y las plateadas cascadas que había junto a su cueva. Finalmente se detuvieron unos al lado de otros, un grupo de gente vieja, pero con un corazón consolado y valiente y maravillados en su interior de sentirse tan bien en la tierra; el misterio de la noche iba penetrando cada vez más dentro de sus corazones. Y Zaratustra de nuevo pensó para sí: «¡Oh cuánto me gustan ahora, estos hombres superiores!», — pero no lo decía, pues respetaba su felicidad y su silencio. —

En ese momento, sin embargo, sucedió lo más asombroso de todo aquel largo día: el hombre más feo comenzó otra vez y por última a gargarizar y resoplar, y cuando logró hablar, he aquí que una pregunta redonda y pura saltó de su boca, una pregunta buena, profunda y clara que movió el corazón de todos los que la oyeron.

«Amigos míos todos, dijo el hombre más feo, ¿qué pensáis? Gracias a este día — y o estoy por primera vez contento de haber vivido toda mi vida.

Y no es suficiente con que atestigüe algo que ya es mucho. Merece la pena vivir en la tierra: un día, una fiesta con Zaratustra me enseñó a amar a la tierra.

"¿Era e s o — vida?", quiero decirle a la muerte. ¡Bien! ¡Otra vez!

Amigos míos, ¿qué pensáis? ¿No queréis como yo decirle a la muerte: Era e s o : vida? ¡Gracias a Zaratustra, ¡bien! ¡Otra vez!» — —

Así habló el hombre más feo; y no faltaba mucho para medianoche. ¿Pero qué creéis que ocurrió entonces? Tan pronto como los hombres superiores oyeron su pregunta, cobraron de súbito conciencia de su transformación y curación, y quién se la había proporcionado: entonces se abalanzaron sobre Zaratustra, dándole las gracias, rindiéndole veneración, acariciándole, besándole las manos, cada cual a su manera: de modo que unos reían, otros lloraban. El viejo mago, en cambio, bailaba de placer; y aunque él, según piensan algunos narradores, se encontraba en ese momento lleno de dulce vino, lo cierto es que estaba más lleno aún de la dulce vida y había retirado de sí toda fatiga. Hay incluso quienes cuentan que el asno llegó entonces a bailar: pues no en vano el hombre más feo le había dado antes a beber vino. Puede que esto haya sido así o también de otra manera; y aun siendo verdad que el asno no bailase aquella noche, ocurrieron entonces sin embargo prodigios mayores y más extraños que el baile de un asno. En breves palabras, como dice el proverbio de Zaratustra: «¡qué tiene eso de importancia!»

* * *

2.

Zaratustra, en cambio, mientras ocurría esto con el hombre más feo, estaba allí, como un beodo: la mirada mortecina, la lengua le balbucía, le temblaban los pies. ¿Y quién iba a adivinar los pensamientos que pasaban corriendo en ese momento por el alma de Zaratustra? Mas fue manifiesto que su espíritu se apartó de él y salió huyendo hacia delante y estuvo en lontanas lejanías y por decirlo así «sobre un elevado anticlinal, como está escrito, entre dos mares,

— entre lo pasado y lo futuro caminando cual pesada nube.» Paulatinamente, no obstante, mientras los hombres superiores le sostenían en los brazos, volvió un poco sobre sí y apartó con las manos a la conglomeración de veneradores y preocupados; sin embargo, no habló. Pero de repente con un movimiento rápido volvió la cabeza, pues le parecía oír algo: se llevó entonces el dedo a la boca y dijo: «¡Venid!»

Y al momento se hizo el silencio y el misterio al derredor; pero de la profundidad subía lentamente el sonido de una campana. Zaratustra se puso a escuchar al igual que los hombres superiores; y luego se llevó de nuevo el dedo a la boca y dijo: «¡Venid! ¡Venid! ¡Se acerca la medianoche!» — y su voz se había transformado. Pero seguía sin moverse del sitio: entonces el silencio y el misterio se hicieron aún mayores, y todos escuchaban, también el asno, y los dos animales de honor de Zaratustra, el águila y la serpiente, y de igual manera la cueva de Zaratustra y la redonda luna fría y la misma noche. Mas Zaratustra se llevó por tercera vez la mano a la boca y dijo:

«¡Venid! ¡Venid! ¡Venid! ¡Pongámonos en camino ya! ¡Ha llegado la hora: pongámonos en camino hacia la noche!»

* * *

3.

Vosotros hombres superiores, se acerca la medianoche: quiero deciros ahora algo al oído, como al oído me lo dice a mí esa vieja campana, —

— tan íntima, tan horrible, tan cordial como me lo dice a mí esa campana de medianoche, que ha tenido más vivencias que un solo hombre:

— que contó ya los latidos de dolor del corazón de vuestros padres — ¡Ay! ¡Ay! ¡Cómo suspira! ¡Cómo se ríe en los sueños! ¡La vieja profunda, profunda medianoche!

¡Silencio! ¡Silencio! Pues se oyen muchas cosas a las que durante el día no les está permitido hablar alto; sólo que aho-

ra, en el aire fresco, cuando ha callado todo ruido de vuestros corazones, —

— ahora hablan, ahora se les oye, ahora se deslizan en nocturnas almas desveladas: ¡Ay! ¡Ay! ¡Cómo suspira! ¡Cómo se ríe en los sueños!

— ¿No oyes qué íntima, qué horrible, qué cordial te habla la vieja profunda, profunda medianoche?

¡Oh hombre, ten cuidado!

* * *

4.

¡Ay de mí! ¿A dónde se ha ido el tiempo? ¿No me he hundido en pozos profundos? El mundo duerme. —

¡Ay! ¡Ay! El perro aulla, la luna brilla. Prefiero morir, morir, a deciros lo que piensa ahora mi corazón de medianoche.

Ahora ya estoy muerto. Todo ha terminado. Araña, ¿por qué tejes tu tela alrededor de mí? ¿Quieres sangre? ¡Ay! ¡Ay! El rocío cae, la hora llega —

— la hora en que tiemblo de frío y me hielo, que pregunta y pregunta y pregunta: «¿Quién tiene corazón suficiente para esto?

— ¿Quién ha de ser el señor de la tierra? El que quiera decir: ¡Así habéis de correr vosotras, corrientes grandes y pequeñas!»

— la hora se acerca: Oh hombre, tú hombre superior, ¡ten cuidado! Este discurso es para oídos delicados, para tus oídos — ¿qué dice la profunda medianoche?

* * *

5.

Algo me trasporta, mi alma baila. ¡Obra del día! ¡Obra del día! ¿Quién ha de ser señor de la tierra?

La luna está fría, el viento calla. ¡Ay! ¡Ay! ¿Habéis volado ya lo suficientemente alto? Bailabais: mas una pierna no es un ala.

Vosotros, buenos bailarines, ahora ha pasado todo el placer, el vino se ha convertido en hez, las copas todas se han reblandecido, las tumbas balbucean.

No habéis volado lo suficientemente alto: ahora balbucean las tumbas ¡tenéis que redimir a los muertos! ¿Por qué es noche durante tanto tiempo? ¿No nos pone la luna ebrios?

Vosotros, hombres superiores, tenéis que redimir las tumbas, ¡despertad a los cadáveres! Ay, ¿por qué sigue el gusano excavando la tierra? Se acerca, se acerca la hora, —

— la campana retumba, el corazón aún ronquea, la carcoma aún roe, la carcoma. ¡Ay! ¡Ay! ¡El mundo es profundo!

* * *

6.

¡Dulce lira! ¡Dulce lira! ¡Me agrada tu sonido, tu ebrio sonido siniestro! — ¡desde qué tiempo lejano, desde qué lejana distancia me viene tu sonido, de los estanques del amor!

¡Tú, vieja campana, tú dulce lira! Todo dolor te ha desgarrado el corazón, el dolor del padre, el dolor de los padres, el dolor de los abuelos, tu discurso ha madurado, —

— maduro como el otoño y las tardes áureas, como mi corazón de eremita — ahora hablas tú: el mismo mundo ha madurado, las uvas negrean,

— ahora quieren morir, morir de felicidad. Vosotros, hombres superiores, ¿no lo oléis? Hacia arriba gotea un aroma misterioso,

— un perfume y un aroma de eternidad, un aroma de bendición rosácea, un aroma oscuro color vino oro de vieja felicidad,

— de ebria felicidad de morir a medianoche, de felicidad que canta: ¡El mundo es profundo y más profundo que lo que el día piensa!

* * *

7.

¡Déjame! ¡Déjame! Yo soy para ti demasiado puro. ¡No me toques! ¿No acaba de hacerse mi mundo perfecto?

Mi piel para tus manos es demasiado pura. ¡Déjame, tú, día estúpido, torpe, insensible! ¿No es más clara la medianoche?

Los más puros han de ser los señores de la tierra, los más desconocidos, más fuertes, las almas de la medianoche que son más claras y profundas que cualquier día.

Oh día, ¿andas a tientas tras de mí? ¿Vas palpando mi felicidad? ¿Soy rico para ti, solitario, un tesoro escondido, una reserva de oro?

Oh mundo, ¿Me deseas a m í ? ¿Soy para ti mundano? ¿Soy para ti espiritual? ¿Soy para ti divino? Pero día y mundo, sois demasiado torpes, —

— tened manos más inteligentes, prended felicidad más profunda, infelicidad más profunda, prended a cualquier dios, no me prendáis a mí:

— mi infelicidad, mi felicidad son profundas, tú, día extraño, pero yo no soy no obstante un dios, ningún infierno divino: p r o f u n d o e s s u d o l o r.

* * *

8.

¡El dolor de Dios es más profundo, tú, mundo extraño! ¡Prende el dolor de Dios, no a mí! ¡Qué soy yo! Una beoda dulce lira, —

una lira de medianoche, una campana que croa a quien nadie entiende, pero que t i e n e que hablar ante sordos, vosotros, hombres superiores! ¡Pues vosotros no me entendéis!

¡Se acabó! ¡Se acabó! ¡Oh juventud! ¡Oh mediodía! ¡Oh mediatarde! Han legado ahora la tarde avanzada y la noche y la medianoche, — el perro aúlla, el viento:

— ¿No es el viento un perro? Gime, aúlla, gañe. ¡Ay! ¡Ay! ¡Cómo suspira! ¡Cómo ríe, cómo resuella y jadea, la medianoche!

¡Qué desapasionada habla precisamente ahora, esta poetisa beoda! ¿Es que ha ahogado en la bebida su embriaguez? ¿Se ha vuelto vigilante? ¿Está rumiando?,

— está rumiando su dolor, en sueños, la vieja medianoche profunda, y más aún su placer. En efecto el placer, aun siendo el dolor profundo: el placer es aún más profundo que el sufrimiento del corazón.

* * *

9.

¡Tú, cepa! ¿Por qué me ensalzas? ¡Si yo te corté! Soy cruel, estás sangrando — : ¿qué quiere tu alabanza de mi ebria crueldad?

«¡Lo que llegó a ser perfecto, todo lo maduro — quiere morir!», así hablas, ¡bendita, bendita sea la podadera! Pero todo lo inmaduro quiere vivir: ¡Ay!

El dolor habla: «¡Pasa! ¡Fuera, tú, dolor!» Pero todo lo que padece, quiere vivir para madurar y hacerse alegre y anhelante,

— anhelante de algo más lejano, más elevado, más luminoso. «Quiero herederos, así habla todo lo que sufre, quiero hijos, no me quiero a mí», —

pero el placer no quiere herederos, no hijos, — el placer se quiere a sí mismo, quiere eternidad, quiere retorno, quiere para sí eternamente lo mismo.

El dolor habla: ¡Rompe, sangra, corazón! ¡Ponte en camino, pierna! ¡Ala, vuela! ¡Arriba! ¡Arriba! Oh, mi viejo corazón: el dolor habla: «¡Pasa!»

* * *

10.

A vosotros, hombres superiores, ¿qué os parece? ¿Soy yo un adivino? ¿Un soñador? ¿Un beodo? ¿Un intérprete de sueños? ¿Una campana de medianoche?

¿Una gota de rocío? ¿Un vapor y perfume de la eternidad? ¿No lo oís? ¿No lo oléis? Mi mundo acaba de hacerse perfecto, medianoche es también mediodía, —

el dolor es también placer, la maldición es también una bendición, la noche es también un sol, — marchaos de aquí o aprenderéis: un sabio es también un loco.

¿Habéis dicho sí alguna vez a un placer? Oh, amigos míos, entonces habéis dicho sí también a t o d o dolor. Todas las cosas están encadenadas, trabadas, enamoradas, —

¿habéis querido en una ocasión una vez dos veces, habéis dicho alguna vez «¡me agradas, felicidad! ¡Sus! ¡Instante!»? ¡Entonces vuestro deseo fue que todo volviera!

— Todo de nuevo, todo eterno, todo encadenado, trabado, enamorado, oh, entonces a m a s t e i s el mundo, —

— vosotros eternos, amadlo eternamente y para siempre: y decidle al dolor también: ¡ve, pero vuelve! ¡P u e s t o d o p l a c e r q u i e r e — e t e r n i d a d!

* * *

11.

Todo placer quiere la eternidad de todas las cosas, quiere miel, quiere hez, — quiere medianoche beoda, quiere tumbas, quiere consuelo de lágrimas en las tumbas, quiere dorado crepúsculo de la tarde —

¡ q u é no quiere placer! Es más sediento, más cordial, más hambriento, más horrible, más misterioso que todo dolor, se quiere a s í m i s m o, se muerde a s í m i s m o, la voluntad del anillo combate en él,

— quiere amor, quiere odio, es rico hasta el extremo, obsequia, mendiga que uno lo tome, da las gracias a quien lo toma, le gustaría ser odiado, —

— es tan rico el placer que siente sed de dolor, de infierno, de odio, de ignominia, de lo inválido, de m u n d o, — pues este mundo, ¡oh, vosotros lo conocéis, es cierto, bien!

¡Vosotros, hombres superiores, a vosotros os anhela, el placer, el indómito, aventurado, — vuestro dolor, vosotros fracasados! A fracasados anhela todo placer eterno.

Pues todo placer se quiere a sí mismo, ¡por eso quiere también dolor de corazón! ¡Oh felicidad, oh dolor! ¡Oh, rompe, corazón! ¡Vosotros, hombres superiores, tenéis que aprenderlo, el placer quiere eternidad,

— el placer quiere eternidad de todas las cosas, ¡quiere profunda, profunda eternidad!

* * *

12.

¿Habéis aprendido ahora mi canción? ¿Habéis adivinado su significado? ¡Bien! ¡Adelante! Vosotros, hombres superiores, ¡cantadme, pues, ahora, mi canto de ronda!

¡Cantadme ahora vosotros mismos la canción, cuyo título es «Otra vez», cuyo sentido es «por toda la eternidad». ¡Cantad, vosotros, hombres superiores, el canto de ronda de Zaratustra!

¡Oh hombre! ¡Ten cuidado!
¡Qué dice la profunda medianoche!
«Yo dormía, yo dormía —,
»Me he despertado de un profundo sueño —
»El mundo es profundo —,
»Y más profundo de lo que el día puede comprender,
»Profundo es su sufrimiento —,
»El placer — aún más profundo que el sufrimiento:
»El dolor dice: ¡pasa!
»Pero todo placer quiere eternidad —,
»— quiere profunda, profunda eternidad!»

* * *

LA SEÑAL

Pero a la mañana después de esta noche Zaratustra saltó de su lecho, se ciñó los riñones y salió de la cueva, ardiente y vigoroso como un sol matutino que sale de entre oscuras montañas.

«Tú, gran astro, dijo como en otro tiempo había dicho, tú, profundo ojo de felicidad, ¡qué sería de toda tu dicha si no tuvieras a a q u e l l o s a quienes iluminas!

Y si se quedaran en sus aposentos mientras tú estás ya despierto y vienes y das regalos y repartes cosas: ¡cómo iba a irritarse en contra de ello tu orgullosa vergüenza!

¡Bien! Todavía duermen, esos hombres superiores, mientras que y o estoy despierto: i e s o s no son mis adecuados compañeros de viaje! No es a ellos a los que espero aquí en mis montañas.

A mi obra quiero ir, a mi día: pero no entienden cuáles son las señales de mi mañana, mi paso — no es para ellos una llamada al trabajo.

Todavía duermen en mi cueva, su sueño sigue rumiando mi medianoche. El oído que m e escuche, el oído o b e d i e n t e falta en sus miembros.»

Esto había dicho Zaratustra a su corazón cuando el sol ascendía: entonces miró inquisitivo hacia lo alto, pues por encima de él oía el grito agudo de su águila: «¡Bien!, exclamó con la vista levantada hacia arriba, así me gusta y me conviene. Mis animales están despiertos porque yo estoy despierto.

Mi águila está despierta y honora, igual que yo, al sol. Con garras de águila prende la nueva luz. Sois mis animales adecuados; os amo.

¡Pero todavía me faltan mis hombres adecuados!» —

Así habló Zaratustra; más entonces ocurrió que de repente oyó, como rodeado por innumerables pájaros que revoloteaban, el zumbido de tantas alas, cuya aglomeración alrededor de su cabeza era tan grande que cerró los ojos. Y a decir verdad sobre él cayó algo así como una nube, algo como una nube de flechas que descargaba sobre un nuevo enemigo. Pero mira por donde era una nube de amor que se derramaba sobre un nuevo enemigo.

«¿Qué me sucede?», pensó Zaratustra en su asombrado corazón y lentamente se sentó sobre la piedra grande que había a la salida de la cueva. Pero mientras sacudía las manos a su derredor y por encima y debajo de sí y se defendía de los delicados pájaros, he aquí que le ocurrió algo aún más extraño: fue que en ese momento metió la mano sin advertirlo dentro de una espesa y caliente melena; y al mismo tiempo delante de él sonó un rugido, — un suave y prolongado rugido de león.

«Llegaa la señall»,, dijo Zaratustra y su corazón se transformó. Y en verdad, cuando ante él se hizo claridad, a sus pies estaba tendido un amarillo e imponente animal que doblaba la cabeza sobre las rodillas y por amor no quería separarse de él, y hacía como un perro que acaba de encontrar a su viejo dueño. Pero las palomas no eran en su amor menos vehementes que el león; y cada vez que una paloma se deslizaba por la nariz del león, éste sacudía la cabeza, se sorprendía y reía por ello.

A todos ellos Zaratustra no les dijo más que una sola frase: «Miss hijoss estám cercca., miss hijoss» —, entonces enmudeció por completo. Y su corazón estaba aliviado, y de sus ojos goteaban lágrimas y caían sobre sus manos. Y no prestaba atención a ninguna otra cosa más y allí estaba sentado, inmóvil y sin defenderse ya más de los animales. Las palomas echaron entonces a volar de un lado para otro y se posaban sobre sus hombres y acariciaban su cabello blanco y no se cansaban de hacer caricias y de manifestar su júbilo. Pero

el vigoroso león lamía constantemente las lágrimas que caían sobre las manos de Zaratustra y al hacerlo rugía y gruñía con timidez. Así era el comportamiento de esos animales.

Todo esto duró mucho tiempo, o poco tiempo: pues hablando en propiedad, en la tierra para semejantes cosas no existe t i e m p o a l g u n o —. Mientras tanto ocurrió que los hombres superiores de la cueva de Zaratustra se despertaron y se dispusieron para ir en procesión al encuentro de Zaratustra y ofrecerle el saludo de la mañana: pues se habían encontrado al despertarse con que ya no se hallaba entre ellos. Pero cuando llegaron a la puerta de la cueva y ante ellos iba el ruido de sus pasos, el león aguzó entonces las orejas con violencia, se separó de repente de Zaratustra y se abalanzó, rugiendo salvajemente, sobre la cueva; y los hombres superiores, al oírle rugir, se pusieron a rugir como con una sola boca, retrocedieron huyendo y en un instante desaparecieron.

Pero Zaratustra, aturdido y extraño, se levantó de su asiento, miró a su derredor, se quedó de pie sorprendido, preguntó a su corazón, se puso a reflexionar y estuvo solo. «¿Qué es lo que he oído?, dijo por fin lentamente, ¿qué acaba de ocurrirme?»

Entonces comenzó a recordar, y de una sola mirada comprendió todo lo que había ocurrido entre ayer y hoy. «Aquí está efectivamente la piedra, dijo atusándose la barba, en la que estuve sentado ayer por la mañana; y aquí se me acercó el adivino, y aquí oí por primera vez el grito que acabo de oír, el gran grito de socorro.

Oh, vosotros hombres superiores, v u e s t r a necesidad fue justamente la que ayer por la mañana me vaticinó aquel viejo adivino, —

— quería seducirme y tentarme a venir a vuestra necesidad: oh Zaratustra, me dijo. Vengo para seducirte a tu último pecado.

¿A mi último pecado?, exclamó Zaratustra y rió con furia de su propia palabra: ¿qué me había sido reservado como mi último pecado?»

— Y una vez más Zaratustra se sumergió dentro de sí y volvió a sentarse sobre la piedra grande y se puso a reflexionar. Repentinamente se levantó dando un salto: —

«¡Compasión! ¡La compasión por el hombre superior!, gritó, y el rostro se le puso duro como el bronce. ¡Bien! ¡Esto — tuvo su tiempo!

Mi sufrimiento y mi compasión — ¡qué importancia tienen! ¿Es que aspiro a la felicidad? ¡Yo aspiro a mi obra!

¡Bien! El león llegó, mis hijos están cerca, Zaratustra ha madurado, ha llegado mi hora: —

Esta es mi mañana, mi día comienza: ¡asciende, entonces, asciende, tú, gran mediodía!»

— —

Así habló Zaratustra y abandonó la cueva, ardiente y vigoroso como un sol matutino que sale de entre montañas oscuras.

* * *

Fin de Así habló Zaratustra

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 7

Autores sobre Nietzsche 9
Aproximación 12
Epoca literaria y filosófica 15
El camino hacia Zaratustra. Etapas de una vida: de Rocken bei Lützen a Basilea (1844-1869) 21
Los años de Basilea (1869-1879) 26
De Basilea al final de sus días (1879-1900) 35
Also sprach Zarathustra: 52
Génesis de la obra 55
Contenido estructural 57
El tiempo y el espacio 76
Los personajes 81
Los animales 85
El lenguaje bíblico de la obra 89
Con «Zaratustra» creo haber llevado la lengua alemana a su perfección 101
Recepción e influencia de Nietzsche en la cultura española 105

ESTA EDICIÓN 115

BIBLIOGRAFÍA 119

Así habló Zaratustra 133

[Primera parte] 135

Prólogo de Zaratustra 137
Los discursos de Zaratustra 153
De las tres metamorfosis 153
De las cátedras de la virtud 156
De los transmundanos 159
De los despreciadores del cuerpo 163
De las alegrías y las pasiones 166
Del pálido criminal 168
De la lectura y la escritura 171
Del árbol de la montaña 174
De los predicadores de la muerte 177
De la guerra y los guerreros 180
Del nuevo ídolo 183
De las moscas del mercado 186
De la castidad 190
Del amigo 192
De las mil y una metas 195
Del amor al prójimo 198
Del camino del creador 200
De viejas y jóvenes mujercitas 203
De la mordedura de la víbora 206
Del hijo y del matrimonio 208
De la muerte libre 211
De la virtud dadivosa 214

Segunda parte 221

El niño del espejo 225
En las Islas Afortunadas 228
De los compasivos 231
De los sacerdotes 235
De los virtuosos 238
De la plebe 242
De las tarántulas 245
De los sabios famosos 249
La canción de noche 252
La canción de danza 255
El canto funebre 258
La superación-de-sí-mismo 262
De los sublimes 266

Del país de la cultura ... 269
Del conocimiento puro ... 272
De los eruditos ... 276
De los poetas ... 279
De grandes acontecimientos ... 283
El adivino ... 287
De la redención ... 291
De la cordura de los humanos ... 296
La hora más apacible ... 300

Tercera parte ... 305

El caminante ... 309
De la visión y el enigma ... 313
De la dicha a pesar de uno mismo ... 319
Antes de la salida del sol ... 323
De la virtud empequeñecedora ... 327
En el monte de los olivos ... 333
Del pasar de largo ... 337
De los apóstatas ... 341
El regreso a casa ... 346
De los tres males ... 350
Del espíritu de la gravedad ... 355
De viejas y nuevas tablas ... 360
El convaleciente ... 383
Del gran anhelo ... 390
La otra canción de baile ... 393
Los siete sellos (O: La canción del Sí y del Amén) ... 398

Cuarta y última parte ... 403

La ofrenda de la miel ... 407
El grito de socorro ... 411
Conversación con los reyes ... 415
La sanguijuela ... 420
El mago ... 424
Retirado del servicio ... 431
El más feo de los hombres ... 436
El mendigo voluntario ... 442
La sombra ... 447
A mediodía ... 451
El saludo ... 455
La cena ... 461
Del hombre superior ... 464

La canción de la melancolía 476
De la ciencia 482
Entre hijas del desierto 486
El despertar 492
La fiesta del asno 496
La canción del noctámbulo 500
La señal 509

Colección Letras Universales

387 *Los bandidos (Un drama)*, FRIEDRICH SCHILLER.
Edición de Berta Raposo Fernández.
388 *Conversaciones imaginarias*, WALTER SAVAGE LANDOR.
Edición de Javier Alcoriza y Antonio Lastra.
389 *Don Juan y Fausto*, CHRISTIAN DIETRICH GRABBE.
Edición de Regula Rohland de Langbehn.
390 *El Misántropo*, JEAN-BAPTISTE POQUELIN, «MOLIÈRE».
Edición de Vicente Bastida.
391 *Memorias de un cazador*, IVÁN TURGUÉNEV.
Edición de Natalia Ujánova.
392 *Cuentos*, E.T.A. HOFFMANN.
Edición de Ana Pérez y Carlos Fortea.
393 *Las torres de Barchester*, ANTHONY TROLLOPE.
Edición de Miguel Ángel Pérez.
394 *Sátiras*, JUVENAL.
Edición bilingüe de Rosario Cortés Tovar.
395 *Epistolario (Libros I-X). Panegírico del emperador Trajano*, PLINIO EL JOVEN.
Edición de José Carlos Martín.
396 *Israel Potter*, HERMAN MELVILLE.
Edición de Manuel Broncano.
397 *Historias de los Bosques de Viena. El divorcio de Fígaro*, ÖDÖN VON HORVÁTH.
Edición de Miguel Ángel Vega y Juan Antonio Albaladejo.
398 *La señorita Julie*, AUGUST STRINDBERG.
Edición de Vicente R. Sanchis Caparros.
399 *De la vida de un tunante*, JOSEPH VON EICHENDORFF.
Edición de Germán Garrido.
400 *Libro de las maravillas del mundo*, MARCO POLO.
Edición de Manuel Carrera.
401 *Hombres representativos*, RALPH WALDO EMERSON.
Edición de Javier Alcoriza y Antonio Lastra.
402 *La tragedia española*, THOMAS KYD.
Edición bilingüe de José Paya Beltrán.
403 *Florecillas de san Francisco. Vida del hermano Junípero.*
Edición de Santiago R. Santerbás.